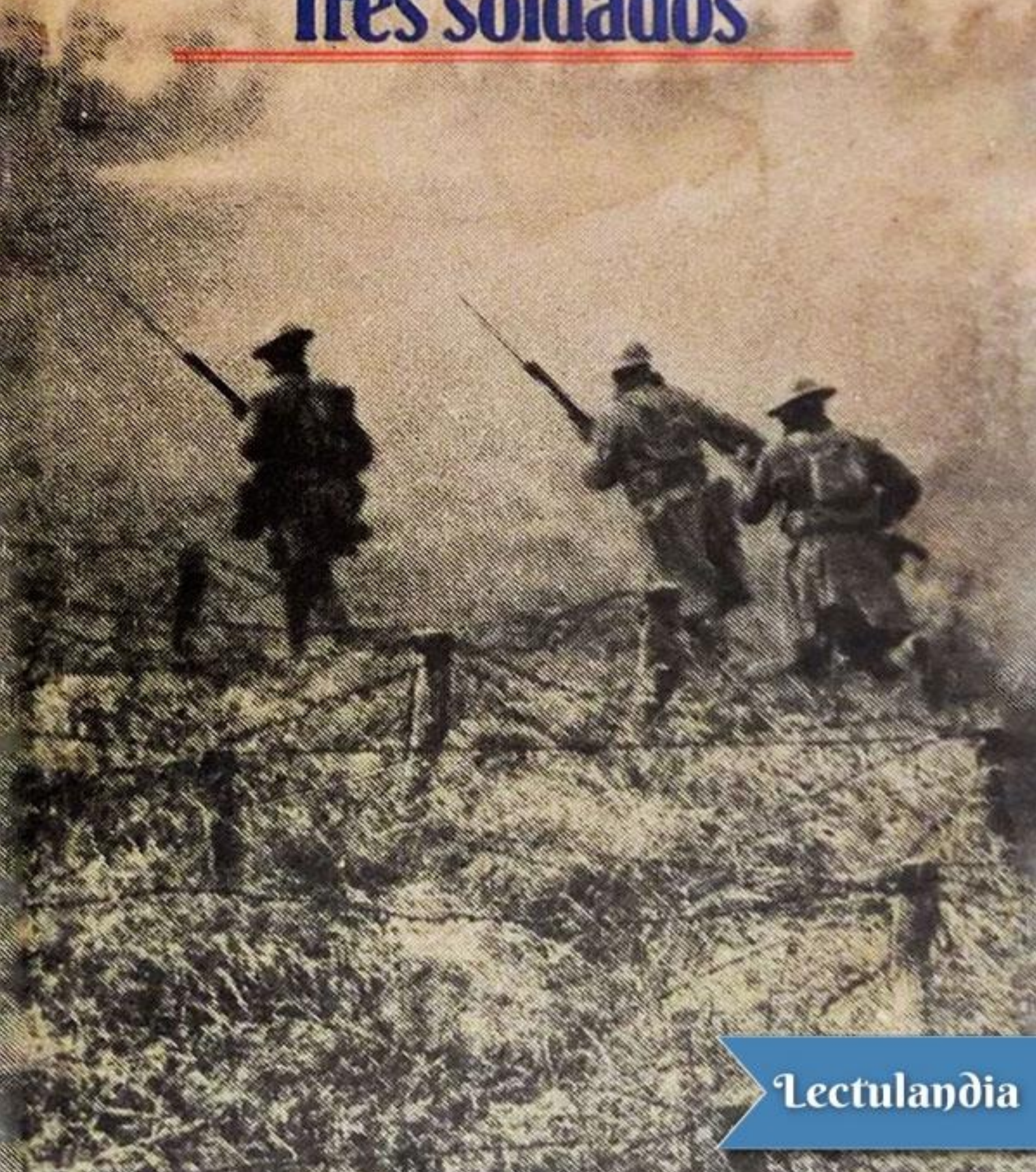


JOHN DOS PASSOS

Tres soldados



Lectulandia

Vehemente alegato antibélico, *Tres soldados* narra con intenso verismo las vicisitudes de un grupo de reclutas norteamericanos que libran en Francia la primera gran guerra europea. Una de las primeras obras del autor, a pesar del subjetivo patetismo que tiñe aquí su prosa, y de que la temática se centra todavía en el artista abrumado por el choque con un mundo feroz, esta novela ya anuncia la agudeza crítica y la dimensión épica que habría de caracterizar toda la escritura de Dos Passos.

Sus dos grandes trilogías, *USA* y *Distrito de Columbia*, dejarían después la honda huella de esta gran figura de la Generación Perdida.

Lectulandia

John Dos Passos

Tres soldados

ePub r1.0

orhi 03.07.14

Título original: *Three soldiers*

John Dos Passos, 1921

Traducción: Mary Rowe

Editor digital: orhi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Los contemporáneos a quienes ciertas cosas les causan pesar, recuerdan siempre éstas con un sentimiento de horror que les impide saborear cualesquiera otros placeres, incluso el de leer un cuento.

STENDHAL

PRIMERA PARTE

HACIENDO EL MOLDE

I

La compañía estaba en posición de firmes. Cada hombre miraba fijamente ante sí, hacia el patio vacío del cuartel, en donde unos montones de ceniza parecían rojos a la luz del atardecer. La atmósfera olía a cuartel, a desinfectante y también un poco a grasa y comida.

Al otro lado del extenso patio, largas hileras de soldados iban desapareciendo en el interior del pabellón que servía de comedor y en donde era servido el rancho. Entretanto, con la barbilla inclinada, ensanchado el pecho, las piernas nerviosamente contraídas, fatigadas por el ejercicio del día, los hombres de aquella compañía seguían firmes, cada hombre miraba frente a sí, unos con expresión ausente o resignada, otros intentando distraerse con la contemplación de cuanto los rodeaba: los montones de ceniza, la inmensa silueta de los cuarteles y los comedores rodeados de hombres en pie, apoyados en las paredes de madera, fumando unos, escupiendo otros... Algunos de los soldados que seguían alineados podían oír el tictac del reloj en sus bolsillos.

Alguien se movió, y al hacerlo crujió la grava bajo sus pies.

—¡Firmes! —gritó el sargento—. Dejen de moverse por ahí.

Los hombres que estaban junto al que se había movido miraron a éste con el rabillo del ojo.

Por el patio se acercaban dos oficiales. Por su gesto y por su modo de andar comprendieron los soldados que comentaban algo divertidos. Uno de ellos rió infantilmente, volvió sobre sus pasos y se alejó por el camino.

El otro, un teniente, siguió avanzando y sonriendo al andar. Al acercarse a la compañía, la sonrisa abandonó sus labios y, levantando la cabeza, avanzó con pasos firmes y decididos.

—Puede ordenar que rompan filas, sargento —dijo con voz dura y tajante.

Él sargento alzó maquinalmente una mano para saludar.

—¡Rompan filas! —gritó.

El grupo de hombres vestidos de caqui se convirtió muy pronto en una masa de individuos con personalidad propia, a pesar de sus caras y de sus botas sucias. Diez minutos más tarde, convenientemente alineados en grupos de a cuatro, se acercaban al comedor.

Unas bombillas de luz eléctrica daban un leve resplandor rojizo al interior oscuro. Las mesas, los bancos y hasta el entarimado del suelo olían ligeramente a basura y al desinfectante con que todo había sido limpiado después de la última comida. Cada hombre tenía ante sí la cazuela ovalada, en donde se les había servido el rancho extraído de unas calderas colocadas junto a la puerta. Un soldado del K. P.^[1], sudoroso, vestido con un mono azul, volcaba en cada una de las cazuelas la ración de

patatas y carne.

—No parece tan malo esta noche —dijo Fuselli al individuo que estaba frente a él, mientras se subía los puños de su guerrera y se inclinaba sobre el rancho humeante.

Era un muchacho robusto, de cabello rizado y labios firmes y gruesos, que chascaba furiosamente al comer.

—En efecto —respondió un muchacho sonrosado y de cabello rubio que se sentaba frente a él. Llevaba garbosamente inclinado hacia un lado el sombrero de amplias alas.

—Tengo permiso esta noche —dijo Fuselli levantando orgullosamente la cabeza.

—De juerga, ¿eh?

—Nada de eso, amigo. Tengo novia en San Francisco. Una buena muchacha...

—Haces bien en no acercarte a las chicas de este maldito pueblo. Ni siquiera son limpias. Te lo advierto por si tu intención es salir para ultramar —dijo muy serio el muchacho de pelo rubio, inclinándose sobre la mesa para acercarse más a él.

—Voy por más rancho —dijo Fuselli—. Espera un poco.

—¿Qué harás en el pueblo? —preguntó el muchacho rubio cuando Fuselli hubo regresado.

—Pues no sé... Pasear un poco y luego ir al cine —respondió Fuselli llenándose la boca de patatas.

—¡Hora de retreta! —gritó una voz a su espalda.

Fuselli se llenó la boca cuanto pudo y de mala gana vació en el cubo de los desperdicios lo que no había podido terminar. Momentos después se hallaba en posición de firmes en la fila de figuras vestidas de caqui, una de las cientos de las filas igualmente vestidas de caqui que llenaban los ángulos del cuartel. Al otro extremo, en donde estaba situada la bandera, sonó un toque de corneta. Al oírlo, Fuselli recordó sin saber por qué al hombre que, sentado tras una mesa en la Caja de Reclutamiento, le dijo al entregarle los documentos que garantizaban su ingreso en el campamento en donde ahora se hallaba: «Desearía poder ir con usted», tras lo cual le tendió su blanca y delgada mano, que Fuselli, después de unos instantes de vacilación, estrechó entre las suyas morenas y fuertes. El hombre añadió fervientemente: «Debe de ser maravilloso sentir el peligro, saberse continuamente expuesto a morir. Buena suerte, muchacho, buena suerte».

Al recordar su cara blanca como el papel y su calva verdosa, Fuselli sintió un estremecimiento. No obstante, las palabras de aquel hombre le hicieron salir de la Caja de Reclutamiento con la cabeza erguida y pasar rápida y orgullosamente junto a un grupo parado a la puerta. Aún ahora, el recuerdo de aquellas palabras, que surgían junto a las notas del himno nacional, le hacían sentirse importante y casi orgulloso de sí mismo.

—¡Compañía...! ¡Derecha...!

Era una orden. ¡Crunch...! ¡Crunch...! Los pies crujieron sobre la grava del terreno. Las compañías volvían al cuartel. Fuselli quiso sonreír y no se atrevió. Quiso sonreír porque tenía permiso hasta medianoche, y porque pocos minutos después estaría al otro lado de la verja, más allá de la verde valla, lejos de los centinelas y de las alambradas de espino. ¡Crunch...! ¡Crunch...! ¡Crunch...! ¡Oh! ¡Tardaban tanto en llegar al cuartel! Y eso representaba una pérdida de tiempo. La pérdida de unos preciosos minutos de libertad.

—¡Al... to! —gritó el sargento con su agresiva expresión de bulldog, para saber quién era el que había equivocado el paso.

Era casi oscuro. Todos volvieron a quedar firmes. Fuselli se mordió los labios de impaciencia. Los minutos pasaban...

Por fin, y como de mala gana, el sargento gritó:

—¡Rompan... filas...!

Fuselli se dirigió rápidamente hacia la verja, contoneándose al andar como para darse importancia. Cuando pisó el asfalto de la calle contempló la larga hilera de jardincillos y porches, donde la claridad violácea de los arcos voltaicos, colgados de unos postes de hierro muy por encima de los arbolillos recién plantados de la avenida, luchaban por vencer las primeras sombras. Cabizbajo, se detuvo en una esquina y se apoyó en un poste de telégrafos. A su espalda quedaban la valla del campamento y la alambrada de espino. No sabía qué camino tomar. Era un lunar horrible. ¡Soñar tanto en viajar, en recorrer inundo, para llegar a aquello!

«Cuando salga de aquí, mi casa me va a parecer la gloria», murmuró. Y siguió recorriendo la ancha calle en dirección al centro del poblado, en donde estaba el cine, sin dejar de pensar en su hogar, en aquellos bajos de la casa de siete pisos en donde vivía su tía. «¡Dios, qué bien cocinaba!», pensó con nostalgia.

En el transcurso de una noche tan calurosa como aquélla, habría estado seguramente en la esquina de la calle, parado junto a la droguería, charlando con algunos amigos, riendo con las chicas del barrio, o paseando del brazo de una e incluso de dos de ellas, haciendo caso omiso de las miradas que pudieran dirigirle los transeúntes... O quizás habría marchado con Al, su compañero de trabajo de la Casa de Óptica donde prestaba sus servicios, a recorrer las calles brillantemente iluminadas, hasta llegar a aquélla en donde estaban los teatros y los restaurantes, o hasta los muelles y los embarcaderos, donde habrían tomado asiento para fumar y contemplar el puerto de color oscuro, casi morado, el centelleo de las luces y las embarcaciones que mecían en las aguas el reflejo rojizo que salía de sus portillas.

Con un poco de suerte, hasta hubieran podido ver la entrada de algún transatlántico a través de la Golden Gate ^[2]. Habrían podido disfrutar de aquel espectáculo inenarrable. Hubiesen visto unas luces que se convertían al acercarse en

una inmensa mole, resplandeciente como la sala de un teatro de primera categoría, y que avanzaba por entre los *ferry-boats*. En algunas ocasiones hasta podía oírse el ruido de la hélice, o el producido por la proa al hundirse en las tranquilas aguas de la bahía, y las notas de una orquesta. Todos esos rumores se percibían alternativamente leves o fuertes.

—Cuando sea rico —había dicho Fuselli a su amigo Al— pienso viajar en uno de esos transatlánticos.

—Tu padre vino en uno de ellos del Viejo Continente, ¿no es así? —hubiera preguntado Al.

—Como pasajero de proa. Para eso prefiero quedarme en casa. Mira, chico, lo que yo quiero es viajar en primera clase, en un camarote de lujo. Para ello tendré que esperar a ser rico.

Sin embargo, allí estaba, en una pequeña población del Este, donde no conocía a nadie y en la que lo único que podía hacer para divertirse era ir al cine.

—¡Hola, amigo! —murmuró una voz a su lado. El muchacho de alta estatura que a la hora del rancho estuvo sentado frente a él acababa de acercársele—. ¿Vas al cine?

—Sí. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Traigo a un novato. Llegó esta mañana al campamento —dijo señalando a un individuo que andaba junto a él.

—Te gustará —dijo Fuselli deseando darle ánimos.

—No se está tan mal en él como parece al principio.

—Le estaba diciendo que debe andarse con cuidado y no meterse en un lío. Porque si sirviendo en este endiablado Ejército se mete uno en un lío, la vida puede ser un verdadero infierno.

—Y que lo digas. ¿De manera que te han destinado a nuestra compañía? No creo que lo pases del todo mal. El sargento es bastante decente, pero el teniente es un cerdo... ¿De dónde vienes?

—De Nueva York —dijo el recién llegado, un hombrecillo de unos treinta años, de corta estatura, piel cetrina y la nariz larga y brillante de un judío—. Trabajo en el ramo de la pañería, y ha sido una injusticia que me trajeran aquí. Es injusto, sí. Estoy tuberculoso —explicó con voz débil y desagradable.

—No te preocupes, que ya te curarán —dijo el muchacho de alta estatura—. Te dejarán como nuevo. Te sentirás tan bien que ni siquiera vas a conocerte a ti mismo. Ni tu madre, cuando vuelvas al hogar, podrá reconocerte. Además, eres afortunado.

—¿Por qué?

—Por ser de Nueva York. El cabo, Tim Sidis, es también de allá, y siente especial predilección por sus paisanos. ¿Qué cigarrillos fumas?

—No fumo.

—Será mejor que te acostumbres a fumar. Al cabo le gustan mucho los

cigarrillos, y lo mismo le sucede al sargento. Si de vez en cuando les regalas algunos, pues..., bueno, eso facilita mucho las cosas.

—¡Tonterías! —exclamó Fuselli—. A veces eso no sirve de nada. Es cuestión de suerte. Procura aparecer siempre limpio y sonriente y todo te irá bien. Y si alguien quiere tomarte el pelo, hazle frente. Tienes que ser un poco fanfarrón para salir adelante con éxito en el Ejército.

—Tienes mucha razón —dijo el muchacho de alta estatura—. Ya lo sabes, amigo. No dejes que te pisen. Y, a propósito, ¿cómo te llamas?

—Eisenstein.

—Éste se llama Powers, Bill Powers. Yo, Fuselli. ¿Va usted al cine, míster Eisenstein?

—No. Prefiero ir en busca de unas faldas —repuso el hombrecillo mirando de soslayo a sus interlocutores—. He tenido mucho gusto en conocerle.

—¡Bah! ¡Un maldito judío! —dijo Powers cuando Eisenstein se alejó por la calle cercana, que, lo mismo que la avenida, estaba flanqueada de árboles cuyas hojas se mecían al impulso del viento. La atmósfera olía a fábrica y a polvo de carbón.

—Hombre, no son tan malos. Tengo un buen amigo que es judío —dijo Fuselli.

Salieron del cine mezclados con la multitud, en la que predominaba el clásico traje oscuro de obrero.

—En la escena en que el protagonista deja a su novia para marchar al frente, hasta tuve ganas de llorar —dijo Fuselli.

—¿De veras?

—Sí. Es un caso tan parecido al mío... ¿Has estado alguna vez en San Francisco, Powers?

El muchacho de alta estatura negó con un ademán, se quitó después el sombrero de anchas alas y, se rascó su enmarañada cabellera rubia.

—La verdad es que hacía calor allí dentro —murmuró.

—Pues bien —siguió diciendo Fuselli—, te contaré cómo fue todo... Hay que coger el ferry para ir a Oakland. Mi tía (ya sabes que no tengo madre y que siempre he vivido con una tía), su cuñada y Mabe (Mabe es mi novia) se empeñaron en coger el ferry-boat a pesar de que yo me había opuesto a que lo hiciesen. Mabe estaba muy enfadada conmigo, se había enterado de que yo le había escrito varias cartas amorosas a Georgine Slater, otra chica de mi calle. Le dije a Mabe que aquello nunca pasó de ser una broma sin consecuencias y que no tenía importancia. Pero Mabe se empeñó en decir que nunca podría perdonarme. Tuve entonces que decirle que quizá me mataran y que tal vez no me viese nunca más. La confusión fue espantosa. Todos chillábamos a la vez.

—Es terrible tener que despedirse de una novia —dijo Powers comprensivamente—. La verdad, es como para acabar con uno. Prefiero mil veces andar por ahí con una

prostituta cualquiera. Al menos, no hay que despedirse de ellas.

—¿Has ido alguna vez con una prostituta?

—Bueno, no puedo decir que haya ido con ellas —admitió el muchacho, sonrojándose tan intensamente que su rubor se hizo visible aun bajo el pálido reflejo de las luces que iluminaban la calle por donde caminaban, de regreso al campamento.

—Pues yo sí puedo decirlo —dijo Fuselli con orgullo—. Era portuguesa. Una chica estupenda, claro que desde que tengo novia terminé con esas aventuras... Pero, en fin, como te iba diciendo, Mabe y yo hicimos las paces. Terminó asegurándome que nunca podría casarse con otro que no fuese yo. Mientras paseaba por una calle vi en cierto escaparate una bandera preciosa, con una estrella bordada en el centro. Te aseguro que era estupenda. Me dije: «Voy a regalársela a Mabe». Entré en la tienda y la compré, sin importarme un rábano lo que costaba. Más tarde, en el momento de la despedida, en medio de la confusión producida por los gritos y antes de presentarme al «Departamento de Ultramar», puse esa bandera en manos de Mabe y le dije: «Guárdala, nena, y no te olvides de mí». ¿Qué crees que hizo ella entonces? Pues sacó una caja de bombones de cinco libras por lo menos, que tenía escondida, y me dijo: «Toma, Dan, y procura que no te hagan daño». La había llevado todo el rato encima y yo ni siquiera me había dado cuenta. ¿No te parece que las mujeres son muy listas?

—En efecto —respondió vagamente el otro muchacho.

Cuando Fuselli entró en el dormitorio pudo observar que entre los soldados reinaba gran excitación. Por entre las largas hileras de camastros se oían muchos murmullos.

—Veremos lo que pasa. Parece que alguien escapó del calabozo.

—Pero ¿cómo?

—¿Qué diablos sé yo?

—El sargento Timmons dijo que hizo una especie de cuerda con las mantas.

—No. El centinela le ayudó a escapar.

—Eso es. Puedo asegurarlo. Pasaba junto al calabozo cuando se dieron cuenta del suceso.

—¿A qué compañía pertenecía?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Estaba arrestado por insubordinación. Parece ser que le había dado un puñetazo a un oficial.

—Me hubiese gustado verlo.

—Pues lo que es esta vez va servido.

—Tienes razón. ¡Por vida de...!

—¿Queréis callar de una vez? Han tocado silencio —gritó el sargento, que leía

tranquilamente el periódico ante una mesita que había a la puerta de entrada del dormitorio, bajo la luz tenue de una bombilla convenientemente disimulada—. Puede ponerse encima el Pluvial de Guardia.

Fuselli se tapó la cabeza con la manta y se dispuso a dormir. Se acomodó en el catre y se abrigó con las mantas, sintiéndose a salvo de la impresionante voz del sargento y del reflejo acerado de los ojos del oficial. Se sentía cómodo y feliz, lo mismo que se había sentido en el lecho de su hogar cuando no era más que un niño. Por un momento se entretuvo en imaginar cómo sería aquel hombre que se atrevió a pegar a un oficial. Vestiría seguramente como él, y tal vez, como él, sólo tuviera diecinueve años y una novia como Mabe esperándole en cualquier sitio. ¡Qué triste, qué terrible debía de ser estar fuera del campamento y saberse perseguido por los soldados de guardia! Se vio a sí mismo corriendo jadeante por una calle interminable, seguido por un pelotón armado de fusiles y al mando de un oficial de ojos crueles que brillaban como la punta afilada de las balas.

Se rodeó la cabeza con la manta, disfrutando del agradable calorcillo y de la suavidad de la lana sobre la mejilla. Tendría que acordarse de sonreírle al sargento cuando estuviese fuera de servicio. Había oído decir que iban a haber ascensos. ¡Y él deseaba tanto ser ascendido! Sería maravilloso poder escribir a Mabe y decirle que en el futuro debía dirigir sus cartas al «Cabo Dan Fuselli». Tendría que tener mucho cuidado en no meterse en un lío por nada ni por nadie, y en no perder la oportunidad de demostrar lo listo que era.

«¡Oh! Cuando nos destinen a ultramar sabré demostrarles de lo que soy capaz», pensó entusiasmado. Y soñando con una inacabable serie de actos heroicos se quedó dormido.

Le despierto una voz estridente que chillaba junto al vecino catre:

—¡Vamos! ¡Arriba!

A la blanca luz de una linterna de bolsillo pudo ver la cara del individuo que ocupaba el catre.

«El oficial de guardia», se dijo Fuselli.

—¡Vamos, muévete! —repitió con acritud la misma voz. El individuo tendido en el catre se movió y abrió los ojos—. Levántate.

—Voy, señor —respondió el hombre.

La luz de la linterna le hizo parpadear. Estaba todavía medio dormido. Saltó de la cama y quedó en posición de firme.

—¿No se te ocurre nada mejor que dormir con la camisa puesta? ¡Vamos, quítatela!

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

El individuo le miró estúpidamente, sin dejar de parpadear. Estaba demasiado

sorprendido para poder hablar.

—Conque no sabes ni cómo te llamas, ¿eh? —dijo entonces el oficial mirándole con fiera expresión. Su voz fue seca y breve como un latigazo—. Vamos, quítate la camisa y los pantalones y vuelve a acostarte.

El oficial de guardia se alejó, escudriñando con la linterna todos los rincones del dormitorio.

La oscuridad más absoluta reinó de nuevo. Sólo oía la respiración y los ronquidos de los que dormían. Antes de conciliar el sueño, Fuselli pudo oír cómo su vecino juraba y blasfemaba con voz apenas perceptible, deteniéndose sólo para inventar frases nuevas. Trataba así de dar rienda suelta a su furor, consolándose con un monótono rosario de insultos.

Momentos después, Fuselli volvió a despertarse con una exclamación. Había tenido una terrible pesadilla. Soñó que había dado un puñetazo en la mejilla al oficial de guardia, que había escapado del calabozo y que corría desesperada, angustiosamente; que se caía de vez en cuando, y que la compañía entera le perseguía hasta darle caza en una avenida flanqueada de árboles. Escuchó claramente las voces de los oficiales que gritaban órdenes, y llegó a estar seguro no sólo de su captura, sino de que iba a ser fusilado.

Se estremeció e hizo un movimiento como para librarse de la pesadilla, con el mismo ademán con que el perro se sacude el agua del cuerpo.

Se abrigó con las mantas y quedó dormido otra vez.

II

John Andrews se hallaba desnudo en el centro de una habitación de techo, paredes y suelo de tablas de madera de pino sin pulir. Hacía mucho calor, y la atmósfera era agobiante. En una mesa situada en un rincón una máquina de escribir tecleaba espasmódicamente.

—Dígame, joven, ¿sabe usted deletrear la palabra «imbecilidad»?

John Andrews se acercó a la mesa del que escribía, deletreó la palabra y añadió después:

—¿Es que van a someterme a un examen?

Sin responder, el hombre continuó tecleando, mientras John Andrews, con los brazos cruzados y una expresión mitad divertida, mitad furiosa, balanceaba el cuerpo ligeramente en el centro de la habitación. Seguía escuchando el ruido de la máquina y la voz del que escribía en ella, el cual leía en voz alta el informe que redactaba.

«Licenciamiento recomendado... *Clic, clic, clic...* (¡Maldita sea esta estúpida máquina!) Soldado Coe Elbert... *Clic, clic, clic...* (¡Malditas sean todas las endiabladas máquinas del Ejército!) Motivo: Deficiencia mental. Historial del caso...»

En aquel momento entró de nuevo el sargento de Reclutamiento.

—Si no tienes listo ese informe dentro de diez minutos, Bill, temo que el capitán Arthur se ponga furioso. ¡Por lo que más quieras, termina de una vez! Le oí decir que si no podías cumplir con tu obligación habría que buscar al alguien capaz de hacerlo. Supongo que no querrás perder tu puesto, ¿verdad? —Se interrumpió, miró a John Andrews y añadió—: ¡Hola! Te había olvidado, muchacho. Vamos a ver, corre un poco por la habitación. No, no tanto... Es para comprobar el perfecto funcionamiento del corazón. ¡Dios, qué fuertes son estos reclutas!

John Andrews permitió dócilmente que le examinaran. Se sentía como un caballo premiado en una feria. Siguió escuchando la voz del individuo que escribía a máquina, el cual decía con voz monótona:

—No existen... indicios de depravación... (¡Diablos, esta goma es una porquería!), depravación sexual... ni de alcoholismo. Juventud normal, transcurrida en una granja. Apariencia también normal..., aunque algo raquíca. (¿Cómo se escribirá esta última palabra?)

—Puedes vestirte —dijo el sargento de Reclutamiento—. No pienso perder todo el día contigo. ¿Cómo diablos te han enviado solo?

—Mis papeles estaban equivocados —respondió Andrews.

—Diez años en... prueba B —siguió diciendo el individuo que escribía a máquina—. Sen..., digo men... mentalidad infantil, igual a la de un niño de ocho años. Al parecer, no sabe ni... (Es lo que yo llamo una letra endiablada... ¿Cómo voy

a copiarlo si ni siquiera entiendo lo que dice?)

—Perfectamente. Quedas aceptado. Claro que aún hay ciertos requisitos que cumplir. Ven conmigo.

Andrews siguió al sargento de Reclutamiento hasta una mesa situada en el extremo opuesto de la habitación. El *clic, clic, clic* de la máquina de escribir era desde allí menos perceptible, y la voz enojada del hombre que escribía parecía menos estridente.

... olvida al instante las órdenes recibidas. No responde a ninguna forma de persuasión... Memoria, nula...

—Bien. Preséntate en el cuartel B, cuarto pabellón a la derecha. ¡Chócala, muchacho! —dijo el sargento de Reclutamiento.

Andrews aspiró a pleno pulmón el aire puro del exterior. Por unos momentos se detuvo en los escalones de madera que daban acceso al departamento que acababa de abandonar, y contempló la fila de pabellones que formaban el cuartel, todos contruidos con demasiada prisa. Muchos de ellos estaban pintados de verde; otros eran de madera blanca, y algunos tan sólo el esqueleto del edificio. Sobre su cabeza, unas nubes rosadas cruzaban lentamente el ancho espacio. Contempló unos árboles muy altos, que el otoño había hecho casi amarillos, más allá de los límites del campamento, hasta que, por último, fijó los ojos en el lugar donde terminaba la fila de edificios que formaban el cuartel, en la verja de entrada y en el centinela que se movía sin cesar, arriba y abajo, abajo y arriba... Por un momento frunció el entrecejo. Después, adoptando un aire bravucón, se encaminó hacia el cuarto pabellón a la derecha.

Subido a una escalera, John Andrews estaba limpiando ventanas. Vestido con un mono azul bastante sucio, frotaba con un paño mojado los pequeños cristales de las ventanas del cuartel. Hasta su nariz llegaba el olor inconfundible del polvo mezclado al del jabón de mala calidad.

En otra escalera parecida, y siguiendo el mismo itinerario, un individuo de corta estatura, que tenía un lado de la cara más rojo e hinchado que el otro (estaba mascando tabaco), pasaba un trapo seco por los cristales que Andrews había mojado antes, hasta dejarlos limpios y relucientes, reflejando el cielo salpicado de nubes.

Andrews estaba fatigado. Le dolían las piernas de tanto subir y bajar la escalera, y tenía las manos llagadas a causa de la sosa del jabón. Miró hacia abajo sin dejar de trabajar. Y se fijó en los camastros con las mantas dobladas del mismo modo. En muchos de ellos descansaban unos hombres en las posiciones más absurdas. Por raro que parezca, no pensó nada. Se extrañó de que esto pudiese sucederle. A decir verdad, desde hacía unos días parecía haber perdido hasta la facultad de pensar. Su mente era como un cable sin ánimas.

—¿Hasta cuándo debemos hacer esto? —preguntó a su compañero de trabajo.

Pero éste siguió masticando tabaco. Andrews creyó que ni siquiera contestaría.

Cuando iba a hablar otra vez, su compañero dijo tambaleándose en lo alto de la escalera:

—Hasta las cuatro.

—Entonces, ¿no terminamos hoy la faena?

Su interlocutor negó con la cabeza, escupió e hizo una extraña mueca.

—¿Hace mucho que estás aquí? —preguntó Andrews.

—No. Muy poco.

—¿Cuánto?

—Tres meses. No es mucho tiempo... —Escupió otra vez, bajó de la escalera, se apoyó en la pared y aguardó a que Andrews terminase de enjabonar otra ventana.

—Si me obligan a permanecer aquí tres meses me volveré loco... Sólo hace una semana que vine —murmuró Andrews entre dientes, mientras bajaba de la escalera y la acercaba a la ventana siguiente.

Ambos volvieron a subir a sus respectivas escaleras.

—¿Por qué estás en servicios auxiliares?

—Tengo los pulmones destrozados.

—Si es así, ¿cómo no te licencian?

—Creo que no tardarán en hacerlo.

Siguieron trabajando en silencio. Andrews estudió atentamente el ángulo superior de la derecha y siguió enjabonando los cristales de la ventana. Bajó después, movió la escalera de sitio y procedió a la limpieza de la ventana de al lado. Algunas veces, y para variar, empezaba por el cristal del centro en vez de hacerlo por el de abajo o por el de arriba.

Súbitamente, mientras trabajaba, sintió como si su mente despertase, como si por el cable a que antes la había comparado circulase una nueva corriente de energía. Sintió una melodía, un ritmo que condensaba la suciedad y el polvo de cuanto le rodeaba, las filas de hombres que aguardaban en el campo de instrucción, la monotonía horrible de las pisadas de aquellos pies que se movían al unísono, del polvillo que el batallón levantaba al marchar de un lado a otro del campo de instrucción.

Sintió como si ese ritmo pudiese penetrar hasta lo más hondo de su ser, sacudiéndose desde sus manos llagadas hasta sus piernas fatigadas por el continuo ir de aquí para allá y por el esfuerzo de acordar su paso al de otros muchos millones de piernas.

Aunque no fuera más que por costumbre, su mente tenía que recoger ese ritmo. Sintió que debía componer con él una hermosa melodía. Llegó hasta imaginar que una gran orquesta la ejecutaba, y su corazón latió más aprisa. Sí, tenía que expresar en música todo aquello. Haría lo posible porque las cosas quedasen bien grabadas en

su interior, para poder luego expresarlo en notas musicales y componer una melodía que fuese como el símbolo de cuanto le rodeaba. Para que la tocasen las grandes orquestas y, al oírla, la gente se estremeciera de emoción.

Continuó trabajando. La tarde le parecía interminable. Siguió subiendo y bajando la escalera y enjabonando con un trapo los cristales de las ventanas del cuartel. De pronto, una frase absurda surgió en su mente, reemplazando al ritmo que hasta entonces había percibido: *Arbeit und Rhythmus*. Repitió para sí la frase una y otra vez: *Arbeit und Rhythmus*.

Luchó por borrarla de su imaginación y seguir pensando sólo en la música que le había inspirado cuanto le rodeaba y que debía condensar la suciedad y el polvo, la monotonía, el esfuerzo heroico de aquellos cuerpos sudorosos por dominar todo ímpetu, todo gesto, toda aspiración y convertirse en algo anodino, según un mismo molde o patrón, como si, al igual que los soldados de juguete, necesitasen también de un molde en que quedar encasillados.

Mas, a pesar de todo, la frase siguió sonando en sus oídos, como si la gritase una voz ronca: *Arbeit und Rhythmus*, ahogándolo todo, matando todo ritmo, destruyendo toda inspiración.

De repente se echó a reír a carcajadas. Acababa de darse cuenta de que la frase era alemana, y de que él había ingresado en aquel cuartel para aprender a matar a los hombres que la inventaron, para matar a todo aquel que se atreviese a pronunciarla, él y todos aquellos hombres cuyas pisadas podía escuchar en el campo de instrucción y que al atravesarlo de uno a otro lado se esforzaban en acordar la marcha de sus pies.

III

Era un sábado por la mañana. Tres soldados, que vestían mono azul barrían la calle flanqueada por los diversos pabellones del cuartel, para dejarla limpia de hojas. Un cabo dirigía la Operación. Era italiano, llevaba bandas arrolladas a los tobillos y, a pesar del obligado régimen alimenticio del cuartel, olía siempre ligeramente a ajo.

—Sois más lentos que las tortugas. ¡Vamos! Dentro de veinticinco minutos empieza la inspección —gritó el cabo.

Los soldados continuaron barriendo obstinadamente, sin prestarle atención.

—Veo que os importa un comino lo que, digo. Si no está todo listo para la inspección, soy yo y no vosotros quien paga el pato. ¡Vamos, ánimo! ¡Eh, tú, ven acá y recoge esas malditas colillas!

Andrews disimuló una mueca y se inclinó para recoger las asquerosas colillas. Al hacerlo, su mirada tropezó con la del soldado que, en igual posición, trabajaba junto a él. Los oscuros ojos del muchacho reflejaban una cólera intensa. Y su rostro casi infantil estaba rojo de furor.

—No me enrolé en el Ejército para que un cochino como ése me dé órdenes... —murmuró.

—Poco importa quién dé la orden. La cuestión es que siempre hay que obedecer —respondió Andrews.

—¿De dónde eres, amigo?

—De Nueva York. Pero mi familia procede de Virginia —repuso Andrews.

—Yo soy del estado de Indiana, la tierra de los tornados. Continuemos trabajando. Ese cochino cabo viene por la esquina del pabellón.

—No es necesario que las cojáis una a una. Mejor será barrerlas —gritó el cabo.

Andrews y el muchacho de Indiana cogieron una escoba y un cubo y dejaron el suelo limpio de colillas, pedazos de tabaco masticado y papeles sucios.

—¿Cómo te llamas? Mi nombre es Chrisfield, pero todos me llaman Chris.

—El mío es Andrews, John Andrews.

—Mi padre tenía un jornalero que se llamaba Andy. Murió el verano pasado. ¿Crees que tardaremos mucho en salir para ultramar?

—¿Cómo diablos puedo saberlo?

—Tengo ganas de conocer aquellas tierras.

—¿De veras?

—¿Tú no?

—Y que lo digas.

—Pero ¡por todos los demonios!, ¿qué estáis haciendo? ¡Vamos! Vaciad de una vez los cubos de basura. ¡Pronto! —gritó el cabo, contoneándose junto a ellos para

lucir las bandas de las piernas. Luego se dijo en voz alta, mientras contemplaba la larga hilera de pabellones que formaban el cuartel—: ¡Diablos! Es casi la hora de la inspección. ¡Maldita sea! Esta vez sí que me la cargo.

Su rostro cambió súbitamente de expresión, hasta adoptar una respetuosa inmovilidad. Se llevó la mano al borde de la gorra y se cuadró. Un grupo de oficiales pasó junto a él y penetró en el edificio más próximo.

John Andrews, que volvía de vaciar unos cubos de basura, se dirigió a la puerta trasera del cuartel.

—¡Fir... mes! —gritó una voz al otro extremo. Andrews se quedó rígido, con el cuello y los brazos tensos.

En el silencio absoluto del cuartel distinguíase claramente el crujir de las pisadas de los oficiales que estaban llevando a cabo la inspección.

Andrews se encontró frente a un rostro cetrino, de ojos hundidos y mandíbulas casi cuadradas. Le miró fijamente, y vio que el oficial tenía unos pelillos rojos sobre la nuez y una insignia flamante a ambos lados del cuello.

—Sargento, ¿quién es este hombre? —preguntó el oficial de rostro cetrino.

—No lo sé, señor. Un nuevo recluta. Cabo Valor!, ¿quién es este hombre?

—Se llama Andrews —dijo en tono obsequioso el cabo italiano.

El oficial se dirigió a Andrews y dijo con voz recia:

—¿Cuánto tiempo hace que estás en el Ejército?

—Una semana, señor.

—¿Acaso no sabes que para la inspección del sábado debes estar limpio y afeitado a las nueve de la mañana?

—Estaba limpiando los pabellones, señor.

—Para enseñarte a no contestar cuando un oficial te dirige la palabra... —comenzó a decir el oficial con lentitud, como si quisiera recrearse en la frase. Pero al darse cuenta de que el comandante que se hallaba a su lado no parecía complacido, cambió de actitud y de tono y añadió—: En todo caso, puedes estar seguro de que si esto se repite serás castigado según el reglamento. ¡Fir... mes! —gritó al ver que al otro extremo del cuartel un soldado había hecho un movimiento.

La inspección continuó. De nuevo, en medio del silencio absoluto, sonaron claramente las pisadas de los oficiales al alejarse.

—Y ahora, muchachos, todos a una —gritó el individuo de la Y. M. C. A.^[3] con los brazos abiertos. Se había situado ante la pantalla cinematográfica.

El piano empezó a tocar, y los soldados que llenaban el recinto cantaron:

*¡Salve! Aquí estamos todos
para coger al Káiser,*

*para coger al Káiser,
para coger al Káiser,
ahora mismo.*

Sus voces atronaron el espacio. En la cara del individuo de la Y. M. C. A. se pintó una extraña expresión.

—Alguien ha querido tomarme el pelo y cambiar la letra diciendo: «¿Qué diablos nos importa?», pero me consta que es sólo una broma. Sé perfectamente que sí os importa, ¿no es verdad, muchachos?

Se oyó un ligero rumor de carcajadas.

—Ahora, otra vez —gritó el hombre—. Con ánimos... Como si al decir «Káiser» estuviésemos realmente acabando con él. Vamos... A coro.

La película había empezado. John Andrews miró furtivamente alrededor. Vio detrás de él al muchacho de Indiana con los ojos fijos en la pantalla. Y vio también muchos rostros curtidos y morenos, muchas cabezas iguales que surgían del uniforme caqui.

A la pálida luz que se reflejaba en la pantalla podía ver de vez en cuando los ojos brillantes de algún espectador, y también escuchar las exclamaciones y las risas que sonaban ocasionalmente. Todos los muchachos eran iguales; tan iguales, que John llegó a creerlos una sola persona. Eso era precisamente lo que había buscado al alistarse. Fue en aquel obligado anónimo donde quiso hallar refugio, huyendo del vendaval del mundo. Estaba harto de luchar, harto de pensar, harto de llevar auestas, como un pesado estandarte en una manifestación, el sentido de su propio individualismo. Era mejor así. Era mejor olvidarlo todo, hasta su loco impulso de compositor, y hundirse en el fango de la esclavitud. Aún se sentía furioso. No había olvidado las palabras que el oficial pronunció aquella mañana: «Sargento, ¿quién es este hombre?» El oficial le había mirado como suele mirarse un mueble, un objeto.

—¿Verdad que es una gran película? —dijo Chrisfield volviéndose hacia él sonriente. Su sonrisa borró en Andrews toda huella de cólera, al hacerle partícipe de tan agradable camaradería.

—Ahora viene lo mejor —dijo el individuo que estaba sentado al otro lado de Andrews—. La he visto en San Francisco. Hay que reconocer que, después de verla, odia uno mucho más a los alemanes.

El hombre que estaba sentado al piano aprovechó el descanso entre una y otra parte de la película para seguir tocando alegremente.

El muchacho de Indiana se apoyó en el respaldo de la silla y Andrews puso un brazo sobre los hombros de éste y murmuró dirigiéndose al otro individuo:

—¿Eres de San Francisco?

—Sí.

—¡Estupendo! Tú, de la costa; éste, de Nueva York, y yo del centro, de la antigua Indiana.

—¿A qué batallón te han destinado?

—A ninguno todavía... De momento, éste y yo estamos sin destino.

—Os compadezco... Mi nombre es Fuselli.

—Yo me llamo Chrisfield.

—Y yo, Andrews.

—¿Cuánto tiempo se tarda en salir de aquí?

—¡Cualquiera sabe! Unos dicen que tres semanas y otros que seis meses. Puede que te destinen a nuestra división. Hace unos días se licenciaron a varios soldados, y el cabo dice que han de reemplazarlos nuevos reclutas.

—¡Maldita sea! Lo que yo quiero es marchar pronto a ultramar.

—Allí todo es maravilloso, magnífico, pintoresco... Eso al menos he oído decir. Las gentes van vestidas de aldeanos. Un tío mío me contaba siempre cosas de allá. Era de Turín.

—¿Hacia dónde cae eso?

—No sé. Creo que está en Italia.

—¿Y cuánto tiempo se tarda en llegar a ultramar?

—Una o dos semanas —dijo Andrews.

—¿Tanto?

La segunda parte de la película había empezado.

Era una sucesión de escenas en las que aparecían grupos de soldados de casco puntiagudo entrando en pequeños pueblecillos belgas. Mujeres ancianas, vestidas con trajes típicos, y algunos carretones cargados de leche y tirados por perros, cruzaban las calles. De vez en cuando se veía una bandera alemana, y los gritos de «¡Abajo!» y «¡Muera!» atronaban el local. Al contemplar el avance de las tropas y ver cómo los soldados hundían sus bayonetas en los cuerpos de la inocente población civil — hombres que vestían los pantalones bombachos holandeses y mujeres tocadas con el típico gorro almidonado—, los espectadores lanzaban juramentos e improperios. Andrews observó que el odio cobraba vida propia y se adueñaba por completo de los corazones de cuantos le rodeaban. Se sintió como perdido en aquel odio, arrollado, igual que si estuviera en medio de un rebaño salvaje que huyese a la desbandada. Sintió miedo, como si unas manos terribles apretasen cruelmente su: garganta. Miró los rostros de quienes le rodeaban y los vio enrojecidos y sudorosos, porque el calor era allí agobiante.

Al salir al exterior, arrastrado por una masa de soldados que, como él, se dirigían a la puerta, oyó que una voz decía:

—La verdad es que nunca se me ocurrió la idea de violar a una mujer. Pero ¡por Dios vivo!, he cambiado de modo de pensar. Daría cualquier cosa por poder violar a

una de esas malditas mujeres alemanas.

—También yo las odio —dijo el otro—. A las mujeres, a los hombres y a los niños, antes y después de nacer. Voy creyendo que los alemanes, o son completamente estúpidos, o están locos. Tal vez, como a sus jefes, se les haya subido a la cabeza la fiebre del poder. En caso contrario, no comprendo cómo se dejan gobernar por un hatajo de guerrilleros que no están en sus cabales.

—Me gustaría agarrar a un oficial alemán. Primero le obligaría a lustrar mis botas, y después le pegaría un tiro y acabaría con él para siempre —dijo Chris a Andrews, mientras recorrían la distancia que les separaba de su cuartel.

—¿De veras?

—Claro que, a decir verdad, tal vez me decida a terminar con alguien a quien conozco —murmuró Chris apasionadamente— y a quien tengo mucho más cerca. Te juro que lo haré, si ese individuo no deja de mortificarme como ha venido haciendo últimamente.

—¿De quién estás hablando?

—De Anderson, de ese grandullón que ayer, durante la instrucción, estaba junto a mí. Según parece, cree que porque es muy alto y yo muy bajo puede hacer conmigo lo que le venga en gana.

Andrews se volvió sorprendido y miró el rostro de su compañero. El tono áspero del muchacho le había impresionado. No estaba acostumbrado a nada parecido. Siempre había creído poseer un carácter apasionado, pero nunca sintió la tentación de matar a un hombre.

—¿Hablas en serio? ¿Sientes realmente deseos de matarle?

—En este momento, no. Pero cuando empieza a burlarse de mí, pierdo los estribos y entonces... Ayer estuve a punto de clavarle un cuchillo. Tú no estabas presente. ¿No te diste cuenta durante la instrucción, de mi agitación?

—Sí, pero... Vamos a ver, Chris, ¿qué edad tienes?

—Veinte años. Tú eres mayor que yo, ¿verdad?

—Sí. Tengo veintidós.

Se habían apoyado en uno de los muros del cuartel, y contemplaban el cielo cuajado de estrellas.

—Oye, ¿sabes si las estrellas son en ultramar tan brillantes como éstas?

—Supongo que sí —repuso Andrews riendo—, aunque la verdad es que nunca he estado allá para poder comprobarlo.

—No estoy muy instruido —admitió Chris—. A los doce años hube de dejar la escuela. La verdad es que hacía pocos progresos, y, además, mi padre se emborrachaba a menudo y me necesitaban en la granja.

—¿Qué cultiváis en tu tierra?

—Maíz, y también algo de trigo y de tabaco. Además, criamos ganado, y... A

propósito, tal vez sea mejor que te diga que ya una vez estuve a punto de matar a un hombre.

—Cuéntame.

—Estaba borracho. Los chicos de Tallyville éramos una plaga. Trabajábamos sólo para ganar dinero y gastarlo armando jaleo, jugando a las cartas y bebiendo whisky. Lo que voy a contarte sucedió en la época en que desgranábamos las mazorcas. No sé siquiera lo que pudo originar la discusión, pero de pronto me hallé peleando con un muchacho de quien hasta hacía poco había sido buen amigo. Él me dio un puñetazo. No sé lo que hice después. Antes de que me diera cuenta me hallé amenazándole con el cuchillo que tenía en la mano. ¿Sabes cómo son esos cuchillos? Te aseguro que una herida de ellos ha de ser terrible. Cuatro hombres se abalanzaron sobre mí y me sujetaron, pero no pudieron evitar que le alcanzase y le hiciera una rozadura en el pecho antes de que me obligasen a soltar el cuchillo. Estaba borracho como una cuba, lo confieso. Bueno, ¿para qué hablar de lo que sucedió después? Tenía el traje destrozado y la camisa hecha jirones. Al dirigirme a casa caí en una zanja y allí permanecí toda la noche. Cuando desperté era de día. Estaba cubierto de fango de la cabeza a los pies. Te aseguro que desde entonces no he vuelto a beber.

—Veo que tienes prisa en marchar a ultramar, Chris. Lo mismo que yo.

—Pero te advierto que si me toca viajar junto a ese cochino de Anderson pienso arrojarlo al mar —dijo Chrisfield riendo. Hizo una pausa y añadió pensativo—: De todos modos, hubiese sido horrible que matara a aquel chico. Te digo honradamente que me hubiera arrepentido toda la vida.

—Violinista... Eso sí que es un buen oficio —dijo una voz.

—Estáis equivocados —murmuró un individuo alto y delgado, de voz melancólica, que se hallaba sentado con la cara apoyada entre las manos y los brazos sobre las rodillas—. Da para comer y nada más... Para comer y nada más.

Había muchos hombres reunidos en aquel rincón del cuartel. De allí partían las largas filas de camastros, iluminados por unas bombillas de poca potencia, que morían a la misma puerta de entrada, junto al lugar en que se hallaba colocada la mesa del sargento.

—Van a licenciarte, ¿verdad? —preguntó un hombre con acento irlandés. Tenía la cabeza de un gorila y la cara de un color rojo subido, pero de expresión muy jovial. Sin duda había sido camarero en otro tiempo.

—Sí, Flannagan, en efecto —dijo tristemente el individuo melancólico.

—Qué mala suerte, ¿verdad? —murmuró otra voz con ironía.

—Sí, muy mala suerte, amigo —dijo el individuo melancólico, mirando a los que le rodeaban con ojos hundidos—. Siempre la he tenido. Ya lo veis... Podría ganar cuarenta dólares a la semana, y aquí me tienes, conformándome con siete, y en el Ejército por añadidura.

—Al hablar de mala suerte me refería a tu licenciamiento, al hecho de que abandones este maldito Ejército.

—El Ejército, el Ejército, el Ejército democrático —cantó alguien en voz baja.

—Sin embargo, a mí no me desagradaba marchar a ultramar y echar un vistazo a los alemanes —dijo Flannagan, que hablaba de una manera muy extraña, combinando el acento irlandés con la jerga de los barrios bajos londinenses.

—¿A ultramar? —le interrumpió el individuo melancólico—. Si yo hubiese podido estudiar allí, tal vez ganase ahora lo mismo que Kubelik. Puedo aseguráros que tengo madera de gran artista.

—Entonces, ¿por qué no vas ahora? —preguntó Andrews, que se hallaba cerca, junto a Chris y a Fuselli.

—Porque no me dejan. ¿Es que no te has fijado en mi aspecto? Estoy tuberculoso —dijo el individuo melancólico.

—Pues lo que es yo, confío en que me envíen pronto para allá —dijo Flannagan.

—Debe de ser divertido no entender lo que dice la gente. Según parece, dicen «nosotros» cuando deberían decir «sí»^[4].

—Puede uno hablar por señas, ¿no os parece? —dijo Flannagan—. Y estoy seguro de que un irlandés puede hacerse entender en todas partes. Además, no es hablar precisamente lo que queremos hacer con los alemanes, ¿verdad? Por otra parte, pienso establecerme en cuanto llegue. ¿Qué os parece? —Todos rieron la ocurrencia—. Será magnífico. Abriré una taberna irlandesa en el propio Berlín. Llenaremos la ciudad de O'Casey, O'Ryan, O'Reilly y O'Flarrey... Y tal vez el propio rey de Inglaterra visite mi establecimiento y obligue a beber un trago a ese endiablado Káiser.

—No te preocupes, Flannagan... Para entonces, el Káiser habrá sido colgado del palo mayor...

—Tendrían que hacer algo más. Torturarlo y lincharle, como hacen con los negros en algunos lugares del Sur.

Sonó un toque de corneta en la lejanía, seguramente en el patio del cuartel. Todos guardaron silencio repentinamente y cada cual se dirigió a su camastro.

John Andrews se tumbó y arregló las mantas para estar lo más cómodo posible. Había decidido meditar antes de conciliar el sueño. Tenía necesidad de hallarse echado en el catre, despierto, en la noche silenciosa, pensando... Era el único sistema de no dejar que se truncase para siempre el hilo de su vida, de aquella vida que un día u otro tendría que ser suya otra vez. Desechó la idea de la muerte. No la hallaba lo suficientemente interesante. Morir no le importaba, pero le hubiese gustado tocar el piano otra vez, componer alguna melodía. No debía permitir que el ambiente le ahogara, que su nueva personalidad de soldado ganase por completo la partida. Era un deber conservar el dominio de su voluntad.

Mas no era en esto en lo que se había propuesto pensar. ¡Pensar en sí mismo era tan aburrido! Tenía que hacer lo imposible por olvidar a John Andrews. Desde su primer año de estudios no había hecho sino eso: pensar en sí mismo, hablar de sí mismo... Sólo en aquel lugar, en la más abyecta degradación, en la más desoladora esclavitud, podía llegar a olvidar su personalidad e intentar reconstruir su vida siguiendo cauces más humanos. El trabajo, la camaradería, el desdén... El desdén, sí. Eso era lo que más profundamente necesitaba.

La vida que había llevado antes de la semana que acababa de transcurrir le parecía un sueño, o, mejor aún, una novela, o un cuadro contemplado en cualquier escaparate... ¡Tan distintas eran, ésta y aquella! ¿Acaso era posible que ambas vidas perteneciesen al mismo mundo? No. Tal vez estuviese en otro; tal vez hubiese muerto y no lo supiera; quizás hubiese nacido por segunda vez en aquel infierno... Su vida había transcurrido en un caserón arruinado, rodeado de castaños y de viejos robles, y situado junto a un camino por donde apenas pasaban algunos calesines y carretas de bueyes. Nada turbaba la armonía de los surcos que surgían dulcemente de los campos verdes. Por entonces le gustaba soñar. Tumbado bajo un macizo de arrayán, al extremo del jardín, se pasaba el tiempo pensando en los bellos atardeceres de Virginia, mientras los moscardones zumbaban al sol, como adormilados. Soñaba en el mundo en que tendría que vivir, cuando se hiciese hombre. ¡Había hecho tantos planes! Pensó en ser general, como César, y en conquistar el mundo para morir después asesinado en un vestíbulo de mármol. También pensó ser trovador, y caminar de un lado a otro por diversos países, cantando siempre, gozando de interminables aventuras. O en ser un músico genial, sentarse ante el piano y tocar, como Chopin, hasta hacer llorar a hermosas mujeres y obligar a muchos caballeros a esconder la cara entre las manos. Sólo en una cosa no soñó: en la esclavitud. Hacía demasiados años que su raza dominaba el mundo. Y al fin y al cabo, ¿qué es el mundo, sino una larga y variada serie de esclavitudes?

John Andrews siguió tumbado en su camastro, mirando al techo, mientras los que le rodeaban dormían y roncaban en la oscuridad del dormitorio. Sintió como un extraño y súbito terror. En una semana, toda la estructura de su romántico mundo, un mundo lleno de colorido y de armonía, que subsistió a sus años de estudiante y aun de principiante en Nueva York, cuando luchaba por el éxito, se había desplomado en torno suyo todo quedó hecho trizas. Estaba vencido.

«Es completamente estúpido —pensó—, porque éste, mi mundo de ahora, no es sino el mundo corriente y normal de la mayoría de los hombres. Es lo que pudiéramos llamar la mitad inferior de la pirámide.»

Pensó en sus amigos, en Fuselli, en Chrisfield y en Eisenstein, aquel hombrecillo tan divertido. Parecían felices en su nueva vida. No les preocupaba la pérdida de su libertad. Claro que ninguno de ellos vivió en otro mundo más brillante y hermoso.

Quiso otra vez sentir desdén. Quiso despreciarlos, y no pudo. Los recordó cantando a coro, dirigidos por el miembro de la Y. M. C. A.:

*¡Salve! Aquí estamos todos
para coger al Káiser,
para coger al Káiser,
para coger al Káiser,
ahora mismo.*

Pensó en sí mismo y en Chrisfield. Se vio junto a éste recogiendo colillas y escuchando el rumor de muchas pisadas en el patio de instrucción. ¿Dónde estaba la lógica? ¿Acaso era todo aquello poco más que locura? Llegar de mundos tan distintos, para unirse en aquello... ¿Qué pensaban de su situación todos los seres que en aquellos momentos dormían en torno suyo? ¿Es que de niños y de muchachos no soñaron también? ¿O es que sus familiares les prepararon para pasar lo que estaban pasando, para vivir únicamente aquella vida?

Pensó en sí mismo... Se vio tumbado bajo el macizo de arrayán, en el anochecer cálido y rumoroso, mientras contemplaba unas flores de color pálido que resaltaban en el verde césped.

Al verse envuelto en unas mantas, tumbado en su camastro, entre tantos hombres dormidos, sintió un lacerante dolor en los músculos y un loco deseo de saltar y de huir, de salir a respirar un aire más puro. De pronto, la oscuridad envolvió su mente.

Despertó sobresaltado. Acababa de oír un toque de corneta en el exterior.

—¡Vamos, vamos, deprisa! —gritaba el sargento.

Había que enfrentarse con un nuevo día.

IV

Cuando Fuselli, medio dormido todavía, salió al exterior, en el cielo brillaban todavía las estrellas. Temblaban en el firmamento oscuro y aterciopelado como minúsculos pedazos de brillante jalea. Fuselli sintió como si algo temblase también de emoción en su interior.

—¿Sabe alguien dónde está el interruptor? —preguntó el sargento, que sin duda estaba de muy buen humor—. Aquí está —añadió.

La bombilla colocada a la puerta del pabellón se encendió e iluminó la cara redonda y jovial y el bigotillo rubio del sargento. Tenía entre los labios un cigarrillo todavía sin encender. Los soldados que formaban la compañía se agruparon en torno suyo. Llevaban puestos capotes y gorras, y todos apoyaban la mochila en sus rodillas.

—Bien. Alineaos.

Muchos ojos curiosos se fijaron en Fuselli, que se había apresurado a obedecer la orden. Había sido destinado a aquella compañía la noche anterior.

—¡Firmes! —gritó el sargento. Luego frunció levemente el ceño para estudiar con detención el papel que llevaba en la mano, mientras los soldados a sus órdenes le miraban con afecto—. El que oiga su nombre debe limitarse a decir «Presente». Allan...

—¡Sí! —repuso una voz chillona al extremo de la fila.

—Anspach...

—¡Presente!

Entretanto, del exterior llegaba el rumor de unas voces que gritaban unos nombres. Sin duda también pasaban lista.

Súbitamente se oyó a lo lejos un alegre «¡Viva!».

—Bueno, muchachos, creo que ya es hora de que os dé la noticia —dijo el sargento en tono de tranquila suficiencia, cuando hubo terminado de pasar lista—. Salimos para ultramar.

Todos lanzaron exclamaciones de alegría.

—¡A callar! ¿Queréis que nos oigan los alemanes?

La compañía entera prorrumpió en una carcajada, mientras la cara redonda del sargento se iluminaba con una amplia sonrisa.

—Parece que tenemos suerte con el sargento —dijo Fuselli al individuo que estaba junto a él—. Es simpático.

—Más que eso. Es estupendo —repuso el otro con voz que denotaba afecto y devoción—. Te aseguro que nuestra compañía es algo serio en todos los aspectos.

—Y que lo digas —murmuró el soldado que le seguía—. Nuestro cabo estuvo en el campamento de Red Sox.

En el área luminosa que la luz de la bombilla proyectaba en la parte exterior del

cuartel, apareció la figura del teniente. Era un muchacho de cara sonrosada. Su gabardina le estaba un poco grande, pero era completamente nueva, y tan tiesa que debía de molestarle al andar.

—¿Todo en orden, sargento? ¿Todo en orden? —preguntó una y otra vez. Se había detenido y se apoyaba primero en un pie y luego en otro.

—Listos para partir, señor —respondió el sargento con entusiasmo.

—Perfectamente. Dentro de pocos minutos daremos la orden de marcha.

Fuselli sintió un extraño zumbido en los oídos, debido tal vez al nerviosismo que sentía. Aquellas frases: «Partir», «Orden de marcha», eran sinónimos de acción. Trató de imaginar la sensación que experimentaría al hallarse en las trincheras y saberse expuesto al fuego enemigo. Recordó las escenas de guerra que había visto en películas.

—¡Voto al diablo! Estoy loco de alegría al pensar que salimos de este maldito agujero —dijo al individuo que tenía a su lado.

—Quizás el próximo en que caigas sea todavía más agujero y más maldito —dijo el sargento, que seguía caminando de un lado a otro con su andar majestuoso y confiado.

Todos rieron la ocurrencia.

—Nuestro sargento es un tío —dijo el hombre que se hallaba junto a Fuselli—. Tiene talento. ¡Vaya si lo tiene!

—Ahora pueden romper filas —siguió diciendo el sargento—, pero debo hacer constar que si alguien se atreve a salir del cuartel quedará automáticamente arrestado, y estará encerrado hasta que... hasta que le haya crecido la barba.

Todos rieron otra vez. Fuselli observó, con disgusto, que el individuo alto que había respondido el primero cuando el sargento pasaba lista no se dignaba ni sonreír. En vez de eso, escupió con desprecio e hizo una mueca.

«Siempre ha de haber una nota discordante», pensó Fuselli.

Amanecía, y el cielo iba aclarando gradualmente. Fuselli empezaba a cansarse de estar de pie. Le dolían las piernas. En el patio, y ante los diversos pabellones del cuartel, distinguió el mismo espectáculo: filas y filas de soldados, que aguardaban.

El sol salió e iluminó con sus cálidos rayos el cielo sin nubes. Algunos gorriones se posaron sobre las planchas de zinc que servían de techo a los pabellones.

—Todavía no partimos.

—¿Por qué? —preguntó furiosamente una voz.

—Porque las tropas salen siempre de noche.

—¡Maldita sea!

—Ahí viene el sargento.

Todos volvieron la cabeza en la dirección indicada.

El sargento se acercó. Sus labios esbozaban una sonrisa casi misteriosa.

—Quitaos los capotes y que cada uno saque su cazuela.

Los soldados obedecieron. Se oyó el entrechocar de las cazuelas, que poco después relucían y brillaban al sol.

Los soldados se dirigieron al lugar donde servían el rancho y regresaron. Luego formaron de nuevo en fila, con la mochila auestas, y aguardaron una vez más.

La espera empezaba a cansarlos. Todos parecían impacientes. Fuselli no cesaba de preguntarse en dónde estarían sus amigos, los muchachos de la compañía a la que había pertenecido hasta el día anterior. Eran buenos chicos. Chris, sobre todo. Y aquel otro, Andrews, tan culto y educado. Fue mala suerte que no pudieran ser trasladados con él.

El sol seguía elevándose en el firmamento. Los soldados entraron de uno en uno en el cuartel y se dejaron caer sobre los desmantelados camastros.

—¿Qué os apostáis a que tardamos todavía una semana en salir de aquí? —preguntó una voz.

A mediodía volvieron a alinearse y de nuevo fueron a comer. Lo hicieron deprisa y hasta de mala gana. Cuando salía del comedor, tabaleando sobre la cazuela de aluminio, Fuselli tropezó con el cabo, que le dijo en voz baja:

—Limpia bien la cazuela, muchacho. Tal vez tengamos inspección antes de marchar.

El cabo era un individuo delgado, de cara pálida y piel rugosa a pesar de su evidente juventud. Tenía una boca extraña que al abrirse y cerrarse formaba como un arco, lo mismo que esas bocas de papel que suelen hacer los niños.

—Bien, cabo —respondió Fuselli en tono optimista, porque quería causar buena impresión. Entretanto pensaba: «Pronto podrán decir los muchachos esta frase: "Bien, cabo", refiriéndose a mí». Se le ocurrió una idea que al instante se esforzó en desechar: que el cabo aquel no parecía muy fuerte y que tal vez no viviera mucho en ultramar. Imaginaba a Mabe escribiéndole y dirigiendo la correspondencia al «Cabo Dan Fuselli, O. A. R. D. 5».

Cuando la tarde declinaba, el teniente se presentó inesperadamente en el cuartel. Estaba sofocado, y su gabardina parecía más tiesa que antes.

—Sargento —exclamó con voz entrecortada—, puede alinear a sus hombres.

En el patio comenzaban a agruparse los soldados, en filas y por compañías. Partían en columnas de a cuatro, deteniéndose de vez en cuando. Cada hombre llevaba su correspondiente mochila. En el atardecer, todo adquirió un tono ambarino. Tocaron a retreta. El cerebro de Fuselli trabajaba activamente. El sonido de la corneta y de la banda de música, que tocaba la marcha *La bandera sembrada de estrellas*, fue como un símbolo para él, el símbolo de lo que iba a ser su vida en aquel otro mundo a que se dirigían. Se vio a sí mismo en un lugar lleno de ancianas y de campesinas, como en la canción *Cuando florecen los manzanos en Normandía*, mientras unos

hombres que llevaban cascos puntiagudos —más que soldados, parecían bomberos— se lanzaban al ataque. Eran como misteriosos afiliados al Ku-Klux-Klan, de aquéllos que algunas veces salían en las películas. Avanzaban a lomos de sus caballos, asaltaban, incendiaban y arrasaban, como verdaderos salvajes, ensartando a inocentes criaturitas en sus largas espadas... Eran los hunos.

Pero de repente vio unas banderas que ondeaban al viento y escuchó las notas de una banda militar. Llegaban los yanquis... Luego, la escena se perdía en una sucesión de imágenes completamente cinematográficas, en las que abundaban los regimientos vestidos de caqui que avanzaban con gran rapidez. Imaginando el ruido que armaría el público al contemplar esa escena, Fuselli dejó incluso de meditar.

«No obstante —murmuró para sí—, los fusiles no estarán precisamente silenciosos.»

—¡Fir... mes!

—¡De frente! ¡Mar... chen!

El eco interminable de las pisadas se dejó oír en el patio del cuartel, que muy pronto quedó desierto.

Al atravesar la verja de entrada, Fuselli distinguió a Chris. Estaba de pie junto a Andrews, con un brazo apoyado en su hombro. Los dos le saludaron. Fuselli esbozó una sonrisa y ensanchó el pecho. Estaba orgulloso de marchar a ultramar mientras sus dos amigos se quedaban allí como simples reclutas.

La mochila pesaba más de la cuenta y hacía el avance más difícil y fatigoso. Llegó a creer que las suelas de sus botas eran de plomo.

Gruesas gotas de sudor cubrían su cabeza rapada y tocada con la gorra del uniforme, le llegaban a los ojos y bajaban por ambos lados de la nariz. Entre el ruido de las pisadas oyó el rumor confuso de unos «¡Vivas!», lanzados por el público congregado a ambos lados de la calle. Ante él, sólo le era posible distinguir el mismo espectáculo: la espalda de muchos cuerpos, las mochilas al hombro, las figuras, cada vez más empequeñecidas por la distancia, que avanzaban manzana tras manzana, calle arriba. Sobre sus cabezas ondeaban banderas en la oscuridad. El peso de la mochila obligó a Fuselli a bajar la cabeza, hasta el punto de no distinguir más que las suelas de las botas, las bandas de las piernas y las correas de la mochila del soldado que marchaba ante él. La mochila era muy pesada; tanto, que su peso bastaba para obligarle a seguir avanzando por el asfalto de la calle. El rumor de las pisadas y el tintineo producido por el chocar de los utensilios que llevaba encima era lo único que podía oír en torno suyo. Estaba bañado en sudor. Creyó percibir el vapor que emanaba de todos los cuerpos que se movían junto a él. Pero gradualmente lo fue superando lodo, olvidándolo todo, menos la mochila que pesaba sobre sus espaldas y que casi le hacía arrastrar muslos y tobillos; el ritmo monótono de sus pies al crujir sobre el pavimento, y, delante y detrás, por todas partes, el pesado e interminable

crujido de otros pies.

El tren olía a uniformes nuevos, a sudor y a tabaco barato. Fuselli se despertó sobresaltado. Se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Bill Grey. Era ya de día. El tren avanzaba lentamente por un laberinto de vías en los suburbios de alguna ciudad. Abundaban los almacenes cubiertos de hollín. Los vagones de carga formaban una hilera interminable. Más allá se divisaban algunas extensiones de tierra húmeda y oscura, y otras de agua gris como la pizarra.

—¡Por todos los diablos! Eso debe de ser el océano Atlántico —gritó Fuselli en el colmo de la excitación.

—¿Eso? ¿Acaso lo habías visto nunca? Es el río Perth —murmuró Bill Grey con cierta acritud.

—¿Cómo quieres que lo haya visto? Soy del otro lado de la costa. De San Francisco.

Los dos sacaron la cabeza por la misma ventanilla. Estaban tan cerca que sus mejillas se tocaban.

—¡Cielos! Mira lo que hay allí... Faldas, si no me equivoco —dijo Bill Grey.

El tren se había detenido. Junto a la vía, dos desaliñadas muchachas de cabello rojo saludaban moviendo las manos.

—¡Dadnos un beso! —gritó Bill.

—Desde luego —repuso una de las muchachas—. Nuestros soldaditos lo merecen todo.

Se irguió cuanto pudo sobre la punta de los pies, y Grey hizo un esfuerzo para sacar más aún la cabeza y rozar con sus labios la frente de la joven.

Fuselli se estremeció, como sacudido por una furiosa ráfaga de deseo.

—¡Que me ahorquen si dejo de besarla! —gritó.

Sacó el cuerpo por la ventanilla, extendió los brazos, sujetó a la muchacha por los hombros cubiertos por un modesto traje de color de rosa, la levantó en vilo y la besó salvajemente en los labios.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritó ella.

Los soldados que estaban asomados a las otras ventanillas empezaron a gritar y a aclamar a su camarada.

Fuselli la besó otra vez. Luego la soltó.

—Creo que eres demasiado impetuoso —dijo muchacha enfadada.

Desde una ventanilla cercana, un soldado gritó burlescamente:

—Se lo diré a mamá...

La risa fue general. El tren se puso en marcha. Fuselli miró a cuantos le rodeaban. Se sentía orgulloso de sí mismo. La imagen de Mabe, que le entregaba al despedirse una caja de bombones de cinco libras, acudió un momento a su imaginación.

—¡Bah! —dijo en voz alta—. Sólo ha sido una broma. No hice nada malo.

—Espera a que lleguemos a Francia. ¡Lo que nos vamos a divertir con las *madimerzels*! ¿Eh, muchacho? —gritó Bill Grey golpeando las rodillas de su compañero.

*Hermosa Katy,
Ka... Ka... Ka... Katy,
eres la única que adoro.
Y cuando la luna brille
sobre el establo
yo te esperaré a la puerta
de la co... co... cocina.*

La canción se hizo general. El chirriar de las ruedas sobre los rieles les servía de acompañamiento. Fuselli contempló a los muchachos de su compañía, tumbados sobre pertrechos y mochilas, en aquel vagón lleno de humo.

—Ser soldado es algo maravilloso —le dijo Bill Grey—. Puede uno hacer cuanto le viene en gana.

—Esto es sólo un campamento provisional —dijo el cabo, mientras la compañía penetraba en el interior de un cuartel idéntico al que habían abandonado dos días antes—. Embarcaremos pronto... Sólo que, a la verdad, me gustaría saber hacia dónde nos dirigimos. —Quiso sonreír, pero su sonrisa resultó forzada. Después gritó en tono casi lúgubre—: Tocan a rancho.

En aquella parte del campamento reinaba una profunda oscuridad. Las bombillas eléctricas eran escasas, y apenas iluminaban una pequeña área con su luz débil y rojiza. Fuselli escudriñaba el paisaje con ojos ansiosos, esperando distinguir los mástiles de una embarcación. Los muchachos se acercaron al pabellón en donde iba a servirse la comida. Alguien llenó sus cazuelas de un rancho no demasiado apetitoso. Tras las cocinas pudieron ver a las clases: el sargento, tan jovial; el otro sargento, más serio, que tenía aspecto de capellán, y el cabo del rostro arrugado y marchito que había estado en el campamento de Red Sox. Todos comían buenos filetes. El olorcillo a carne frita llegaba a los soldados y hacía que el pobre rancho fuera todavía más insípido.

Fuselli miró en aquella dirección con evidente envidia. Se consoló pensando en el día en que también él fuera oficial. «Tengo que espabilarme», se dijo gravemente. En ultramar, o, mejor aún, en primera línea de fuego, tendría ocasión de demostrar a todos cuánto valía. Se complació en imaginar escenas heroicas. Se vio a sí mismo llevando sobre los hombros a un capitán herido, perseguido por feroces soldados de largas patillas y cascos puntiagudos como los de los bomberos.

El rasguear de una guitarra sonó de una forma extraña en el recinto oscuro del cuartel.

—Según parece, tenemos concierto —dijo Bill Grey, que, cabizbajo y con las manos en los bolsillos, se hallaba junto a Fuselli.

Salieron a la puerta del cuartel. Un grupo de soldados rodeaba a una pareja de negros. Éstos eran de alta estatura y sus rostros y sus pechos brillaban a la pálida luz como si fueran de azabache.

—Vamos, Charley, canta otra —dijo alguien.

¿Lo tomo ahora o espero un poco?

Uno de los negros había empezado a cantar, acompañado a la guitarra por el otro.

—No. Ésa no. Canta la del Titanic.

El rasguear de la guitarra se hizo cada vez más sincopado.

*Éste es el himno del Titanic
que cruza el mar...*

La guitarra siguió sonando. En la voz del negro había tal emoción que el rumor de las conversaciones cesó en torno suyo. Los soldados le miraron con intensa curiosidad.

*Como el Titanic chocó con aquel helado iceberg,
como el Titanic chocó con aquel helado iceberg en medio del mar.*

Su voz era suave, dulcísima. El acompañamiento de guitarra, todavía sincopado, parecía un lamento. Verso tras verso, la voz fue creciendo de tono, y el rasguear de la guitarra se hizo más rápido.

*Del Titanic, que se hundía en el profundo azul,
que se hundía en el profundo azul, profundo azul,
que se hundía en el mar.
¡Oh! Las mujeres y los niños flotaban en el mar.
¡Oh! Las mujeres y los niños flotaban en el mar
alrededor del helado iceberg,
y cantaban: «Hacia ti vamos, Señor»;
cantaban: «Hacia ti vamos, Señor.
Hacia ti...»*

La guitarra seguía atacando los compases del himno. El negro cantaba aún. Tenía tensos los nervios del cuello, y casi parecía sollozar.

El individuo que estaba junto a Fuselli suspiró. Luego escupió en un cubo de aserrín que había en medio del círculo de soldados inmóviles.

El compás de la guitarra se animó otra vez. Ahora parecía casi burlón. El negro cantó en tono bajo y confidencial:

*¡Oh! Las mujeres y los niños se hundían en el mar.
¡Oh! Las mujeres y los niños se hundían en el mar
alrededor de aquel frío iceberg.*

Antes de que acabase la canción, una corneta sonó a lo lejos. El grupo se disolvió. Fuselli y Bill Grey entraron de nuevo en el cuartel.

—Debe de ser horrible ahogarse en el mar —dijo Grey arropándose con las manos—. Si uno de esos malditos submarinos...

—Me importan un comino los submarinos —dijo Fuselli.

Pero más tarde, tendido en el camastro, en medio de la oscuridad, sintió que le invadía una repentina sensación de pánico. Por un momento pensó en desertar, en fingirse enfermo, en hacer cualquier cosa que le impidiera embarcar.

*¡Oh! Las mujeres y los niños se hundían en el mar
alrededor de aquel frío iceberg.*

Sintió como si estuviera hundiéndose en el agua helada.

«Tiene muy poca gracia que envíen a uno tan lejos con peligro de ahogarse...», se dijo. Pensaba en las calles empinadas de San Francisco, en la gloriosa puesta de sol en los muelles, en los barcos que entraban y salían por la Golden Gate. Su mente fue oscureciéndose gradualmente, y quedó dormido.

La columna era como una extraña alfombra de color caqui que cubría las calles en toda su extensión visible. La compañía de Fuselli estaba inmóvil. Los hombres, impacientes, se apoyaban ora en un pie, ora en otro, y murmuraban para sí: «¿A qué diablos aguardamos ahora?»

Junto a Fuselli se hallaba Bill Grey, con los hombros curvados hacia delante, como para contrarrestar el peso de la mochila. Habían hecho un alto en el cruce de dos caminos, y como el terreno era bastante elevado podían distinguir los diversos pabellones del cuartel, que se extendían en todas direcciones, formando manzanas y manzanas, separadas tan sólo por el borrón grisáceo de los campos de instrucción. Frente a ellos, la columna cubría el camino hasta perderse tras una pequeña colina en

la que abundaban las casas de color amarillo de mostaza, sin duda viviendas suburbanas.

Fuselli estaba muy nervioso. No podía dejar de pensar en lo ocurrido la noche anterior. El sargento le había pedido que le ayudase a distribuir las raciones de emergencia. Habían tenido que cargar cajas y cajas de pan duro, y contarlas sin cometer un error. Estaba lleno de buenos deseos. Quería hacer muchas cosas, demostrar que podía ser útil.

«Esta guerra ha sido una suerte para mí —se dijo—. A no ser por ella estaría aún en la *R. C. Vicker Company*, y allí me quedaría sin lograr un aumento en cinco años. En cambio, en el Ejército, ¡tengo tantas oportunidades de triunfar!

A lo lejos, la vanguardia de la columna comenzó a moverse. En la clara atmósfera de la mañana sonaron unas voces fuertes que gritaban órdenes. Fuselli oyó también el desenfrenado galope de su corazón. Estaba orgulloso de sí mismo y de la compañía a que pertenecía. «La mejor compañía del Ejército.»

Pronto les tocó a ellos avanzar.

—¡De frente! ¡Mar... chen!

El monótono ruido producido por los pies de los soldados al avanzar apagó el rumor de sus pasos.

Nubes de polvo cubrían el camino. Por él, arrastrándose como un inmenso gusano oscuro, la columna seguía avanzando.

Los sorprendió un desagradable olor cuyo origen desconocían.

—¿Para qué nos meten aquí?

—¡Maldito si lo sé!

La bodega del barco se abría ante ellos como un tenebroso agujero. Algunos soldados habían empezado a bajar. Todos llevaban en la mano una tarjeta azul con el número correspondiente. Llegaron por fin a un recinto oscuro y vacío, que parecía un almacén. El sargento dijo:

—Según parece, es aquí donde tenemos que alojarnos. Procuremos sacar todo el partido posible de la situación —y desapareció.

Fuselli miró en torno suyo. Se había sentado sobre una litera, sobre la cual había dos más. Eran todas de rústica construcción, a base de listones de madera de pino.

Aquí y allá unas bombillas iluminaban el lunar con una leve claridad rojiza. Sólo junto a las escalerillas, las bombillas, mucho más potentes, brillaban intensamente. El ruido de las pisadas y el producido por las mochilas al caer sobre las literas apagaba cualquier otro rumor.

Mientras tanto, seguían bajando soldados por las escalerillas, en un desfile interminable.

En el pasillo sonó la voz de un oficial, que gritaba a sus hombres:

—¡Vamos, vamos, deprisa!

Fuselli se acomodó en su litera y contempló la confusión que le rodeaba. Estaba asombrado; y humillado a la vez. ¿Cuántos días tendrían que permanecer en aquel horrible agujero? Sintió una repentina cólera. Nadie tenía derecho a tratar así a un ser humano. Era un hombre, y no una bala de heno que se puede transportar de un lado a otro.

—Si torpedean el barco, no creo que tengamos oportunidad de subir a cubierta y salvarnos —dijo en alta voz.

—Han colocado centinelas para evitar que lo hagamos —afirmó otro.

—¡Así revienten! Nos tratan como si fuésemos cabezas de ganado que llevaran al matadero.

—Pues no creas que van muy descaminados. Yo diría que somos carne de cañón.

El que acababa de hablar era un hombre pequeño de rostro cetrino. Estaba tumbado en una litera de la fila más alta. Tenía una expresión extraña, contraída, como si aquellas palabras se hubiesen escapado de sus labios a pesar de hacer esfuerzos por retenerlas.

Todos le miraron con enojo.

—Es Eisenstein. ¡Maldito judío!

—¡Tendremos que encerrar al toro rebelde! —gritó Bill Grey en tono festivo.

—¡Idiotas! —murmuró Eisenstein, dándole la espalda y escondiendo la cara entre las manos.

—No comprendo por qué huele tan mal aquí abajo —murmuró Fuselli.

Fuselli estaba tendido sobre cubierta, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Si miraba hacia lo alto, sólo distinguía un mástil de color plomizo que se balanceaba en un cielo sembrado de nubes, unas claras, grises y plateadas, y otras oscuras, casi moradas, con extraños bordes amarillos. Si volvía un poco la cabeza podía ver también la cara descolorida, las facciones vulgares de Bill Grey, el pelo oscuro, que le cubría la barbilla, porque no se había afeitado, y la boca contraída, porque sostenía en ella un cigarrillo apagado.

Más allá sólo distinguía cabezas y cuerpos, una masa confusa de figuras envueltas en capotes de color caqui y salvavidas. Cuando las olas se estrellaban contra el barco y éste se balanceaba, veía también el mar, unas olas rizadas de color verdoso, un barco gris y blanco en lontananza, la línea oscura y tensa del horizonte, rota sólo por las olas.

—Creo que voy a morirme —dijo Bill Grey, contemplando con aire vengativo el cigarrillo que acababa de quitarse de los labios.

—Pues yo no estaría tan mal si esto no apestase tanto. Siento incluso ganas de vomitar —dijo Fuselli en tono lastimero, mirando la punta del mástil que parecía un lápiz oscilando sobre el papel inmenso que era el cielo sembrado de nubes.

—¿Te duele la barriga otra vez? —preguntó un individuo que se hallaba tumbado

al otro lado de Fuselli. Tenía la cara redonda, la piel morena, las cejas espesas y negras, de cabello rizado y crespo y la frente cubierta de arrugas.

—¡Vete al diablo!

—Debes de estar muy grave, muchacho —dijo el individuo. Su tono era cordial y su expresión simpática—. Es curioso. Si estuviese en mi pueblo y alguien se hubiera atrevido a mandarme al diablo, habría sacado la pistola y...

—Es natural que esté furioso —dijo Fuselli en tono todavía irritado—. ¿Crees que es agradable pertenecer a la K. P.?

—Pues lo que es yo, hace tres días que no pruebo bocado. Me extraña, porque, siendo de donde soy, un lugar que no es precisamente montañoso, el agua debía ser mi elemento. No obstante, confieso que no me gusta el mar.

—¡Diablo! Hay que ver la cara de esos infelices a quienes tengo que servir el rancho —dijo Fuselli más animado—. No comprendo por qué están así. Los muchachos de nuestra compañía son más valientes. ¿Te has fijado en los otros, Meadville? Parecen temer siempre que alguien los ataque.

—¿Y qué se puede esperar de unos pobres muchachos que han vivido siempre en la ciudad, que no ven la diferencia que existe entre la culata y el cañón de un fusil y que no saben lo que es la silla de un caballo, pues sólo han montado sobre una escoba? Es natural que parezcáis corderos y que os traten como a un rebaño de terneras.

Dicho lo cual, Meadville se levantó y se acercó a la borda, avanzando con paso inseguro por entre los grupos de hombres que llenaban la segunda cubierta. Tenía las piernas arqueadas del *cowboy*.

—Entiendo perfectamente por qué obligan a los muchachos a quedarse en aquel horrible agujero —dijo una voz nasal.

Fuselli se volvió y vio que era Eisenstein el que acababa de hablar. Había ocupado el sitio que Meadville dejó vacante.

—¿De veras?

—Sí. Es parte del sistema. Hay que convertir a los hombres en bestias, si se quiere lograr que se comporten después como bestias. ¿Has leído alguna vez a Tolstoi?

—No, pero... ¿Sabes que puedes buscarte un disgusto charlando por ahí de ese modo? Deberías tener más cuidado —dijo Fuselli bajando la voz, como quien quiere hacer confidencias—. He oído decir que en el campamento de Merrit fusilaron a un muchacho por irse de la lengua.

—No me importa morir. Estoy desesperado —respondió Eisenstein.

—¿Y mareado? ¿No estás mareado? Porque lo que es yo me siento morir... ¡Hola, Meadville! Supongo que has cambiado la peseta.

—¿Por qué diablos no podemos hacer la guerra a caballo? Pero, escucha, si mal

no recuerdo, ése era mi sitio.

—Lo encontré vacío y me lo apropié —dijo Eisenstein inclinando la cabeza con sombrero además.

—Te doy tres segundos para que lo abandones —dijo Meadville, irguiéndose y ensanchando el pecho.

—Bueno, eres más fuerte que yo —murmuró Eisenstein levantándose.

—¡Voto al diablo! No me acostumbro a estar sin un fusil —dijo Meadville tumbándose de nuevo—. ¿Sabes, muchacho? Cuando me notificaron que había sido destinado al Cuerpo de Sanidad tuve un disgusto terrible. La verdad es que me alisté pensando en los tanques. Es la primera vez en mi vida que me encuentro sin un arma. Creo que cuando estaba en la cuna ya tenía un fusil al lado.

—Es curioso —dijo Fuselli.

De pronto apareció el sargento en medio del grupo. Estaba sofocado.

—Muchachos —dijo en voz baja—, hay que bajar inmediatamente y arreglar las literas. Pero, ¡por todos los diablos!, daos prisa. Tenemos inspección. Es lo que yo llamo una gran sorpresa.

Todos se lanzaron rápidamente escalera abajo hasta llegar a aquel antro apestoso, iluminado por la escasa y rojiza luz de unas bombillas de poca potencia.

Apenas había hallado cada cual su litera cuando alguien gritó: «¡Fir... mes!», y tres oficiales penetraron en el recinto. Su porte, debido al vaivén del barco, no era demasiado marcial. Con la cabeza erguida, recorriendo el lugar de uno a otro extremo, revisando litera por litera. Sus miradas eran escrutadoras y crueles. Parecían gallinas que buscasen gusanillos.

—Fuselli —dijo el brigada—, lleve el Libro Registro a mi camarote. Número 213, cubierta inferior.

—A sus órdenes —dijo Fuselli con presteza. Admiraba al brigada. Deseaba ardientemente poseer su soltura, su jovialidad, su aire dominante.

Era la primera vez que iba a la parte superior del barco. Le pareció un mundo distinto. Los largos corredores ornados de rojas alfombras, la pintura blanca, las molduras doradas de las paredes, los oficiales que cruzaban por aquí y por allá... De pronto, todo aquello hizo que acudiera a su memoria el recuerdo de los grandes transatlánticos que entraban y salían por la Golden Gate, aquellos barcos en los cuales algún día, cuando fuese rico, embarcaría con destino a Europa. ¡Oh! ¡Pensar que sólo con llegar a ser brigada podría hacer suyo todo aquel esplendor! Encontró el camarote que buscaba y llamó a la puerta. En el interior se oían voces y carcajadas.

—Un momento —gritó una voz desconocida.

—¿Está aquí el sargento Olster?

—¡Oh! Es de mi compañía —oyó que decía la voz del sargento—. Podemos dejarle pasar. Estoy seguro de que no va a delatarnos.

Por fin se abrió la puerta. Fuselli vio al sari gento Olster y a dos suboficiales jóvenes. Estaban cómodamente sentados, con los pies apoyados en las tablas pintadas de rojo que sostenían las literas. Charlaban alegremente, y sostenían unas copas en las manos.

—Os digo que París es algo serio —decía uno de los suboficiales—. Me han asegurado que las chicas abrazan a uno en medio de la calle.

—El Libro Registro, sargento —dijo Fuselli cuadrándose lo mejor que supo.

—¡Oh! Gracias. Puedes retirarte —dijo el sargento en tono más jovial que de costumbre—. Pero procura no caerte por la borda, como le ocurrió hace poco a un muchacho de la compañía C.

Fuselli se echó a reír. Luego, al cerrar la puerta, quedó súbitamente serio. Había visto que uno de los jóvenes allí reunidos llevaba la insignia dorada de alférez.

«¡Atiza! —se dijo—. Debía haber saludado.»

Esperó unos momentos junto a la puerta cerrada del camarote, escuchando las charlas y las risas y deseando encontrarse allí para hablar de mujeres y de París. Empezó a cavilar y a hacer cálculos. Estaba seguro de ascender tan pronto llegaran a ultramar. En pocos meses llegaría a cabo. Si comprobaban su buena voluntad, podría hacer una brillante carrera.

«Tengo que esmerarme si quiero ascender. Tengo que esmerarme», se dijo al bajar la escalera para hundirse de nuevo en el agujero. Pero pronto olvidó sus ilusiones. En cuanto aspiró el fétido olor que allí reinaba volvió a sentirse mareado.

La cubierta oscilaba, formando unas veces pendiente y otras una cuesta. Oleadas de agua sucia invadían el corredor de un extremo a otro. Cuando Fuselli llegó hasta la puerta se detuvo vacilante. Puso la mano en el picaporte y aguardó durante un buen rato. En realidad, el rugido del viento, al filtrarse por las rendijas de la puerta, le había impresionado. Cuando al fin se decidió a abrirla, se encontró a merced del viento. La cubierta estaba desierta. El viento movía a sus anchas las jarcias, que chorreaban agua. El rumor de las olas que chocaban contra la embarcación y levantaban montañas de blanca espuma llegó a hacerse estruendoso.

Fuselli avanzó por la cubierta, sin cerrar la puerta tras de sí, agarrándose lo mejor que sabía a la baranda. Entre las sombras, y, a veces por encima de la espuma, veía constantemente como una procesión de gigantescas olas verdosas.

El rugido del viento le confundía y le aterrorizaba. Le pareció que tardaba siglos en llegar a la puerta del otro corredor, que olía a drogas y a medicamentos. Había una larga hilera de hombres esperando para entrar en la enfermería. El balanceo del buque los lanzaba a unos contra otros.

—¿Enfermo? —preguntó uno de ellos a Fuselli.

—No. Estoy perfectamente. El sargento me envía a buscar sus medicinas para unos muchachos que están demasiado enfermos para venir.

—Hay muchos enfermos a bordo...

—Sí. Esta mañana murieron dos en ese camarote —dijo otro en tono solemne, señalando con un dedo—. Todavía no han podido echarlos por la borda. Hace mal tiempo...

—¿De qué han muerto? —preguntó Fuselli ansiosamente.

—¡Qué sé yo! Algo de la espina dorsal.

—Meningitis —dijo una voz desde el otro extremo de la fila.

—¡Atiza! Eso es grave, ¿verdad?

—Bastante.

—¿Y cuáles son los síntomas? —preguntó Fuselli.

—Pues... se hincha el pescuezo, y después se queda uno tieso —repuso el que había hablado al extremo de la fila.

Hubo una pausa. De la enfermería salía un hombre con un paquete de medicamentos en la mano y se alejó en dirección a la puerta.

—¿Hay muchos hombres ahí dentro? —preguntó Fuselli en voz baja, cuando el hombre pasaba por su lado.

—Bastantes... —repuso éste. Pero el resto de la frase se perdió entre el furioso rugido del viento cuando abrió la puerta.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, el muchacho que estaba junto a Fuselli empezó a hablar de nuevo. Era de alta estatura y anchos hombros, y tenía las cejas negras e hirsutas. Hablaba precipitadamente, como si dijera frases que durante mucho tiempo se había esforzado en retener.

—No sería justo que ahora enfermara y muriese... No sería justo... Tengo novia en el pueblo, y hace dos años que ni siquiera he tocado a una mujer. Todo por ella. Eso no es corriente.

—¿Por qué no te casaste antes de marchar? —preguntó alguien burlonamente.

—Porque ella no quiso ser eso que llaman «una novia de guerra». Dijo que soltera me esperaría mejor. —Muchos se echaron a reír—. Repito que no sería justo que ahora enfermara y muriese después de haberme portado tan bien con ella. No sería justo —repitió el muchacho como si hablara sólo con Fuselli.

Pero Fuselli pensaba en otra cosa. Creía verse a sí mismo tendido en su litera, con el pescuezo hinchado y los brazos y los pies tiesos, tiesos...

Otro individuo de cara roja que se hallaba en la mitad del pasillo, dijo de pronto:

—Cuando pienso en lo mucho que me necesitan los míos llego incluso a creer que nada malo puede sucederme. No sé por qué estoy seguro de que nada me ocurrirá —y rió jovialmente.

Nadie le imitó.

—¿Es contagiosa esa enfermedad? —preguntó Fuselli al individuo que estaba a su lado.

—Casi todas las enfermedades son contagiosas —respondió éste en tono solemne.

—Lo peor de todo —decía otro hombre con voz chillona e histérica— es tener que servir de pasto a los tiburones. ¡Diablos! No tienen derecho a hacerlo aunque estemos en guerra. No tienen derecho a tratar a un cristiano como si fuese un perro.

—Tienen derecho a hacer lo que quieran, muchacho —respondió el hombre de la cara roja—. Me gustaría saber quién puede evitarlo.

—Bueno, si el muerto fuese un oficial, no lo echarían al agua sin contemplaciones —dijo el individuo de la voz histérica.

—¡A callar! Es idiota complicarse la vida por irse de la lengua.

—¿Crees que es peligroso estar tan cerca del lugar donde guardan los cadáveres? —preguntó Fuselli al hombre que estaba a su lado.

—Supongo que sí —respondió éste sombríamente.

—Dejadme salir, muchachos. Voy a cambiar la peseta —gritó mientras pensaba: «¡Diablos, Diré que la enfermería estaba cerrada, pero yo me voy de aquí. No creo que venga nadie parí comprobar la mentira».

Abrió la puerta. Se vio a sí mismo arrastrándose hacia el camastro, con el pescuezo hinchado y las manos ardorosas de fiebre, con los brazos y piernas muy tiesas, hasta que todo en torno suyo quedaba velado por las sombras de la muerte.

Pero el rugido del viento y el rumor de las olas, que levantaban montañas de espuma al chocar contra el buque, borraron de su mente todo otro temor.

Fuselli y otro muchacho cargaron con el cubo de la basura y subieron la escalerilla. El cubo olía a grasa rancia, y de llevarlo tenían ambos las manos sucias de un líquido untuoso y de posos de café. Por fin llegaron a cubierta, el donde soplaba la fresca brisa de la noche. Se acercaron a la borda y volcaron el cubo. El ruido quedó amortiguado por el batir de las olas y el rumor de las aguas a ambos lados de la barca. Fuselli se apoyó en la borda y contempló el mar. Una leve fosforescencia era la única luz que aparecía en la oscura superficie. Nunca hubiera creído que existiera una oscuridad tan profunda. Crispó los puños, porque se sentía como perdido y terriblemente atemorizado ante aquella oscuridad. El rugir del viento y el ruido del agua no hicieron sino acrecentar su temor. Pero la única alternativa que le quedaba era permanecer soportando el hedor de aquel temible agujero.

—Yo me encargo de bajarlo, muchacho. Vete tranquilo —le dijo a su compañero, tabaleando al mismo tiempo en el fondo del cubo.

Siguió escudriñando la oscuridad. Pero las sombras que invadían hasta sus mismas pupilas parecían cegarle.

De pronto oyó unas voces. Dos hombres hablaban cerca de él.

—Nunca había visto el mar. No sabía que fuese así.

—Hemos entrado en zona peligrosa.

—Eso quiere decir que pueden hundirnos de un momento a otro.

—Sí.

—¡Cielos! ¡Qué oscuridad! Sería horrible ahogarse en una noche tan oscura.

—Pronto será de día.

—Oye, Fred, ¿has tenido alguna vez tanto miedo como hoy?

—Y tú, ¿tienes miedo?

—Coge mi mano, Fred. No... Aquí está... ¡Dios! Está todo tan oscuro que ni siquiera puede uno ver su propia mano.

—Hace frío. Pero ¿por qué tiemblas tanto? Daría cualquier cosa por echar un trago.

—Nunca había visto el mar. No sabía que fuese así...

Fuselli oyó claramente cómo los dientes del muchacho castañeteaban en las sombras.

—Muchacho, recóbrate. Anímate. No es posible que estés tan asustado.

—¡Oh, Dios!

Siguió una larga pausa. Durante un rato Fuselli sólo oyó el rumor del agua al chocar con la embarcación y el rugido del viento...

—Nunca había visto el mar, Fred. Casi no puedo resistirlo... Por si eso fuera poco, ¡hay tantos enfermos! Ayer echaron tres cadáveres por la borda.

—No pienses más en eso, muchacho.

—Bueno, Fred, pero... Oye, si tú te salvas y yo muero, ¿me prometes que les escribirás a los míos?

—Claro que lo haré. Pero sé positivamente que nada va a ocurrirnos ni a ti ni a mí.

—No digas eso. Y no olvides escribir también a la chica cuya dirección te di.

—Lo mismo debes prometerme tú.

—¡Oh, no, Fred! Nunca llegaré a tierra con vida. Es inútil. Estoy malo. Y no quiero morir. No puedo morir así.

—Si al menos no estuviese todo esto tan endiabladamente oscuro...

SEGUNDA PARTE

EL METAL FRÍO

I

Tras la ventana, el atardecer tenía un extraño color amarotado. La lluvia caía rápidamente azotando los cristales rotos. El repiqueteo de las gotas sobre las planchas de zinc del tejado resultaba monótono y desagradable. Fuselli se quitó el chorreante impermeable y quedó de pie junto a la ventana, contemplando tristemente el caer de la lluvia. A su espalda estaba la humeante cocina, a la que un individuo no cesaba de echar leña. Más allá había unas sillas de campaña bastante deterioradas. Tras el mostrador, un individuo sonriente servía chocolate a un grupo de soldados que hacían cola.

—Aquí, para obtener lo que se quiere, hay que hacer cola siempre, ¿verdad? —preguntó Fuselli.

—Es cuanto se puede hacer en este agujero —dijo un hombre a su lado, y añadió, señalando la ventana con un dedo—: ¿Ves cómo llueve? Hace tres semanas que estoy en este campamento y aún no ha dejado de llover. ¿Qué me dices de este endiablado país?

—Es muy distinto del nuestro —repuso Fuselli—, pero, en fin, voy por mi chocolate.

—Es una porquería.

—No importa. Lo probaré.

Fuselli se dirigió al final de la fila y esperó a que le llegase el turno. Pensaba en las calles de San Francisco, en el espectáculo del muelle, salpicado de luces ambarinas, tal como podía contemplarlo muchos atardeceres gloriosos al salir del trabajo y volver al hogar. Pensaba en Mabe, en el momento en que se despidieron, cuando ella le tendió aquella caja de bombones. Súbitamente le distrajo el rumor de unas voces que sonaban muy cerca. El hombre que estaba tras él, hablaba precipitadamente. Parecía nervioso. Fuselli creyó percibir su aliento en el cuello.

—¡Por vida de...! —exclamó—. Según parece, tú también estabas allí. Y bien, ¿dónde te hirieron?

—En la pierna, pero ya estoy casi bien.

—Yo no puedo decir lo mismo. Nunca volveré a ser el de antes. El médico dice que sí, que ya estoy bien, pero sé perfectamente que se equivoca. Es un estúpido embustero.

—Un mal asunto, ¿verdad?

—¡Por todos los diablos! No quisiera volver a vivir uno parecido. Ni de noche puedo dormir, pensando en la forma de los cascos de esos endiablados alemanes. ¿Has pensado alguna vez en la forma de esos malditos cascos?

—¿Acaso no son como todos? —preguntó Fuselli volviéndose y dirigiéndose a ambos individuos—. Los he visto en el cine —dijo sonriendo, como si con su sonrisa

quisiera excusarse.

—¿Has oído al novato, Tub? Dice que los ha visto en el cine —murmuró el hombre de la voz nerviosa, riendo de una forma forzada y extraña—. ¿Hace tiempo que estás aquí, muchacho?

—Dos días.

—Nosotros, sólo dos meses, ¿verdad, Tub?

—Cuatro meses, amigo. Creo que empieza a fallarte la memoria.

El hombre que servía el chocolate se volvió sonriendo hacia Fuselli y le llenó la taza.

—¿Cuánto es?

—Un franco —respondió amable y condescendentemente su interlocutor.

—Me parece un precio exagerado por una taza de chocolate —dijo Fuselli.

—Estamos en guerra, joven. No hay que olvidarlo —dijo el hombre con severidad—. Puede considerarse afortunado en poder tomarlo.

Fuselli sintió como si un escalofrío recorriese su espina dorsal. Volvió junto a la cocina para beber su taza de chocolate.

Evidentemente, estaban en guerra. Si el sargento le hubiese oído quejarse, tal vez... Sí, tal vez hubiese perdido una bonita oportunidad de prosperar, y habría perjudicado sus planes de llegar a cabo.

Tenía que ir con cuidado, limitarse a estar alerta y cumplir con su obligación. Estaba seguro de que sólo así triunfaría su ambición.

—Me gustaría saber por qué causa no nos sirven más chocolate —dijo la voz nerviosa del hombre que se hallaba tras él.

Todo el mundo volvió la cabeza en la misma dirección. El hombre que servía el chocolate movía la cabeza enérgica y negativamente, diciendo con voz airada:

—Ya le dije que no hay más chocolate. Salga de aquí.

—No tiene derecho a ordenarme que salga de aquí. Su obligación es darme más chocolate. ¡Usted nunca ha estado en el frente, maldito ladrón!...

Chillaba con toda la fuerza de sus pulmones, moviendo el cuerpo amenazadoramente. Su amigo intentaba en vano apartarle de allí.

—¡Vamos, basta ya! ¡Puedo denunciarle! —gritó el individuo que servía el chocolate—. ¿Es que no hay aquí ni un oficial?

—Haga lo que haga, me tendrá sin cuidado. Nunca será tan malo como lo que acabo de pasar —dijo el soldado en el paroxismo del furor.

—¿Es que no hay ningún oficial entre todos los presentes? —repitió su interlocutor, mirando a uno y a otro lado. En sus pequeños ojos brillaban la crueldad y el odio. Tenía los labios apretados, formando como una línea fina y dura.

—¡Cállese de una vez! —gritó el compañero del que inició la discusión—. Ya le convenceré para que me siga. ¿No comprende que el pobre no está...?

Fuselli sintió un súbito y extraño terror. Evidentemente, nunca pensó que las cosas pudiesen llegar a tales extremos. ¿Cómo imaginarlo, cuando en la sala de espectáculos del campamento contemplaba el desfile de tantos alegres soldados vestidos de caqui, entrando triunfalmente en las ciudades, persiguiendo a los aterrorizados alemanes a través de campos y campos de patatas y salvando a las campesinas belgas, en paisajes pintorescos y románticos?

—¿Sucede esto a menudo? —preguntó al soldado que tenía más cerca—. ¿Vuelven muchos... así?

—Algunos. Ten en cuenta que este campamento es de convalecientes.

El individuo que se hallaba ante el mostrador, acompañado de su amigo, se había acercado al calor de la cocina, y ambos hablaban en voz baja.

—Haz lo posible por recobrarte, muchacho —decía el segundo al primero.

—Ya pasó todo, amigo. Me encuentro perfectamente. Ese sinvergüenza me hizo perder los estribos. Eso fue todo.

Fuselli le miró con curiosidad. Tenía la piel amarilla y apergaminada, la frente ancha y enjuta y el cabello castaño, escaso y rizado. En sus ojos vidriosos brillaba una extraña expresión cuando tropezaron con los de Fuselli. No obstante, al verle, sonrió amablemente.

—¡Caramba! Ahí está el muchacho que sólo ha visto en el cine los cascos alemanes. Vamos, acércate. Echaremos un trago de cerveza en la cantina inglesa.

—¿Tenéis cerveza? ¿Podéis conseguirla?

—Sí. En el campamento británico.

Salieron. Seguía lloviendo torrencialmente. Era ya casi oscuro, pero el cielo tenía todavía un tono morado que se reflejaba sobre las tiendas húmedas y sobre el tejado de los cobertizos, cuyas siluetas se perdían en todas direcciones. Se encendieron algunas luces de un brillante color amarillo. Siguieron un camino hecho con tablas tendidas sobre los charcos. Al pisarlas con sus pesadas botas, las tablas se hundían en el barro y los salpicaban.

Al llegar a una tienda determinada se arrimaron a la húmeda tela y saludaron a un oficial que pasó agitando fachendosamente un bastoncillo.

—¿Cuánto tiempo suele uno permanecer en este campamento de descanso? —preguntó Fuselli.

—Depende de cómo vayan las cosas por allá —dijo Tub señalando al horizonte, más allá de las cercanas tiendas.

—No te preocupes, muchacho. Pronto saldrás de aquí —dijo el hombre de la voz nerviosa—. Y, a propósito, ¿en qué cuerpo sirves?

—En el de Sanidad.

—¿De Sanidad? Pues los que estaban en el Chateau no puede decirse que duraran mucho, ¿verdad, Tub?

—En efecto.

Fuselli protestó interiormente. «Pero yo duraré —se dijo—. Duraré hasta el fin.»

—Oye, Tub, ¿recuerdas a los chicos que marcharon a recoger el cuerpo del viejo cabo Jones? Que me ahorquen si quedó de ellos ni un solo botón de sus pantalones. —Se echó a reír breve y nerviosamente—. Según parece, tropezaron con un torpedo.

La cantina estaba llena de humo, y el ambiente olía agradablemente a cerveza. Estaba abarrotada de hombres. Casi todos tenían la cara roja, y en sus uniformes de color caqui brillaban los botones de metal. Algunos larguiruchos muchachos americanos figuraban también entre el público.

«Soldados», se dijo Fuselli.

Se puso en la fila y esperó hasta que le tocó el turno y desde el otro lado del mostrador le entregaron un vaso lleno de espumosa cerveza.

—¡Hola, Fuselli! —murmuró alguien dándole un golpe afectuoso en la espalda. Era Meadville, que añadió—: Parece que has encontrado pronto la fuente... Me refiero, naturalmente, a la cerveza —Fuselli se echó a reír—. ¿Puedo sentarme un rato con vosotros?

—Claro que sí —respondió Fuselli con evidente orgullo—. Estos amigos han estado en el frente.

—¿De veras? —inquirió Meadville—. Dicen que los alemanes son duros de pelar. Vamos a ver, ¿manejáis mucho el fusil, o se emplean más los cañones?

—Te diré... Después de tantos meses de hacer la instrucción y aprender el manejo del fusil, ni siquiera lo he usado una vez. Que me muera ahora mismo si miento. El caso es que en nuestro batallón sólo usamos granadas de mano.

En un extremo de la habitación, alguien estaba empezando a cantar:

¡Oh, mademoiselle de Armentières!

Parlevú?

Pero el hombre de la voz nerviosa siguió hablando, mientras la canción sonaba en torno suyo.

—No pasa una noche sin que piense en la extraña forma de los cascos de esos malditos alemanes. ¿No crees que son realmente unos cascos ridículos?

—Olvida esos cascos —dijo su amigo—. Ya has hablado de ellos en otra ocasión.

—Pero no os he dicho por qué no consigo olvidarlos, ¿verdad?

Un oficial alemán cruzó el Rin.

Parlevú?

Un oficial alemán cruzó el Rin.

Le gustaban las mujeres y el vino.

Parlevú?

—Escuchad mi historia, muchachos —siguió diciendo el individuo de la voz nerviosa, mirando a Fuselli directamente a los ojos—. Realizamos un pequeño ataque para ensanchar nuestras líneas, poco antes de que me hirieran. Abrimos luego, avanzamos, y cuando amanecía habíamos ocupado las trincheras alemanas. Que me ahorquen si no quedó aquello tan tranquilo como un pueblo en una mañana de domingo.

—Eso es verdad —dijo su amigo.

—Me quedaban todavía algunas granadas. Uno de los muchachos se acercó a mí y me dijo: «Hay un grupo de alemanes jugando a las cartas en cierta trinchera; evidentemente, no saben que han caído en nuestro poder. Tendremos que hacerlos prisioneros». Pero yo respondí: «¿Qué prisioneros ni qué diablos? Vamos a acabar con ellos para siempre». Nos acercamos sigilosamente al lugar para inspeccionarlo.

De nuevo empezó la canción:

¡Oh, mademoiselle de Armentières!

Parlevú?

—Sus cascos eran completamente ridículos. Tanto, que casi solté la carcajada. La verdad es que parecían hongos. Los vi sentados bajo la luz de una bombilla, jugando a las cartas, serios, solemnes. Como solían estar los alemanes en el *Rathskeller* de mi tierra.

Le gustaban las mujeres y el vino.

Parlevú?

—Durante un espacio de tiempo que se me antojó larguísimo, los estuve contemplando. Después agarré la granada y la arrojé precisamente en medio del grupo. Aquellos ridículos cascos parecidos a setas volaron por los aires. Alguien lanzó un grito. Se apagó la luz. La granada había hecho explosión. Seguidamente, y porque observé que alguno se movía aún lancé las que me quedaban. Uno de ellos debió de verme y disparó sobre mí...

Los yanquis no lo pasan demasiado bien.

Parlevú?

—Desperté pensando en esos endiablados cascos. La verdad es que su ridiculez es

capaz de perturbar a cualquiera.

Su voz se perdió en un murmullo, quebrándose al final, como la de un chiquillo que hubiese recibido unos azotes.

—Tienes que sobreponerte, muchacho, y olvidar todo eso —dijo su amigo.

—Lo que yo necesito es una mujer.

—¿Sabes dónde encontrarla? —preguntó Meadville—. También a mí me gustaría pasar con una linda francesita una noche lluviosa como ésta.

—No sería fácil llegar al pueblo con este tiempo —dijo Fuselli—. Además, creo que está todo lleno de policías militares.

—Conozco un buen camino —dijo el hombre de la voz nerviosa—. Vamos, Tub.

—No, gracias. Ya estoy harto de esas endiabladas mujeres francesas.

Salieron todos de la cantina.

Cuando los dos hombres desaparecían tras la esquina del edificio, Fuselli oyó la voz nerviosa por entre el monótono rumor de la lluvia, murmurando con insistencia:

—No consigo olvidar el ridículo aspecto de aquellos malditos cascos bajo la lámpara... No puedo lograrlo...

Bill Grey y Fuselli arreglaron las mantas para dormir juntos. Se tumbaron en el suelo de la tienda, muy cerca el uno del otro, escuchando el rumor de la lluvia que caía incesantemente sobre la lona que los cobijaba.

—¡Atiza, Bill! Creo que voy a pescar una pulmonía —dijo Fuselli sorbiendo por la nariz.

—Lo que más me asusta de todo esto es la idea de morir a consecuencia de cualquier enfermedad. He oído decir que ha muerto otro muchacho de... ¿Cómo lo llaman? ¡Ah, sí! De meningitis.

—¿Sabes si también fue eso lo de Stein?

—El cabo no quiere decirlo.

—¡Pobre cabo! Él tampoco tiene buen aspecto.

—La culpa la tiene este maldito clima —dijo Bill Grey en medio de un ataque de tos.

—¡Por lo que más queráis, dejad ya de toser! —gritó una voz desde el otro extremo de la tienda—. Quiero dormir.

—Puesto que tanto te desagrada esto, ¿por qué no buscas habitación en un hotel?

—Bien dicho, Bill. Recomiéndale uno.

—Si no os calláis de una vez tendré que arrestaros a todos —gritó a su vez la voz optimista del sargento—. ¿No sabéis que han tocado silencio?

Todos en la tienda quedaron callados. Sólo se oía el rumor de la lluvia y la tos de Bill Grey.

—Ese sargento me está resultando un poco antipático —murmuró Bill Grey con encono, arropándose mejor con las mantas.

Hubo una pausa. Después Fuselli dijo en voz muy baja, para que sólo su amigo pudiera oírle:

—Oye, Bill, ¿no te parece que todo está saliendo de una forma muy distinta a como nosotros habíamos imaginado?

—Sí.

—Quiero decir que a nuestros oficiales no les interesa vencer a los alemanes. Están demasiado ocupados en reñir a la tropa, ¿no crees?

—Son los peces gordos los que han de ocuparse en hacer planes —dijo Grey con énfasis.

—Pero es que yo creí que la guerra sería tan emocionante como en las películas.

—¡Bah! Todo aquello era fantasía.

—Puede que sí.

Fuselli decidió dormir aprovechando el agradable calorcillo que emanaba del cuerpo de Grey, tan próximo al suyo. La lluvia seguía azotando la lona del techo con desesperante monotonía. Se esforzó por recordar a Mabe, e intentó imaginarla tal como era, pero el sueño le vencía. Cerró los ojos.

El toque de una corneta los despertó cuando aún no era de día. Se pusieron en pie de un salto. Había dejado de llover. El aire era muy frío. Al azotar sus mejillas, cálidas todavía por las horas de sueño, les pareció nieve derretida. El cabo pasó lista, leyendo los nombres a la luz de una cerilla. Cuando dio orden de romper filas, oyó la voz del sargento desde el interior de su tienda. Indudablemente estaba todavía acostado, bien envuelto en sus mantas.

—Cabo, diga a Fuselli que se ocupe del arreglo de la habitación del teniente Stanford. Que se presente a las ocho en punto en la Residencia de Oficiales, habitación número 4.

—¿Has oído, Fuselli?

—A la orden —respondió éste, sintiendo que la sangre le hervía en las venas. Era la primera vez que le ordenaban trabajos propios de un criado. No se había alistado en el Ejército para que le esclavizara cualquier maldito oficial. El reglamento no daba instrucciones a tal efecto. Estuvo tentado de echarlo todo a rodar. No quería ser esclavo de nadie. Se acercó a la puerta de la tienda, pensando en lo que iba a decir al sargento, pero en aquel momento oyó toser al cabo y observó en su rostro una expresión de intenso dolor. Dio media vuelta y se alejó. ¿Para qué meterse en un lío? Lo mejor era cerrar el pico y obedecer. A fin de cuentas, el pobre cabo no viviría mucho. De nada le serviría protestar.

Fuselli, con la escoba en la mano, se presentó a los ocho en el lugar indicado. Cuando llamó a la puerta de madera blanca estaba todavía furioso.

—¿Quién es?

—Vengo a limpiar la habitación, mi teniente —dijo Fuselli.

—Vuelve dentro de veinte minutos —repuso el oficial.

—A sus órdenes, mi teniente.

Apoyado en un muro del cuartel, Fuselli se entretuvo en fumar un cigarrillo. Le dolían las manos al contacto del aire. Sintió como si se las apretasen con un cascanueces. Pasaron lentamente los veinte minutos fijados. Se sentía desesperanzado. ¡Estaba tan lejos de todas las personas que le amaban, tan perdido en aquella máquina inmensa! Empezaba a pensar que tal vez no llegase nunca adonde ambicionaba, que nunca tendría ocasión de demostrar su valor. Era como si hubiesen sometido a su cuerpo a una cruel tortura. Día tras día, su vida sería igual: la misma rutina, la misma desesperanza. Miró el reloj. Comprobó que habían pasado los veinte minutos. Cogió la escoba y se dirigió a la habitación del teniente.

—Adelante —dijo éste con indiferencia. Estaba en mangas de camisa y había empezado a afeitarse. En la oscura habitación de tabiques de madera, en la que en vez de muebles había unos baúles y tres camastros, se percibía un agradable aroma a jabón de afeitar. El teniente era un muchacho joven, de cara colorada, mejillas fofas y cejas muy oscuras. Había tomado el mando de la compañía hacía solamente uno o dos días. «Parece buen chico», pensó Fuselli.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el teniente sin dejar de mirarse en el pequeño espejo de níquel, mientras se pasaba la navaja por el cuello. Era un poco tartamudo. Fuselli pensó que debía de ser inglés.

—Fuselli, mi teniente.

—De ascendencia italiana, ¿no es cierto?

—Sí, mi teniente —repuso Fuselli con cierta acritud, separando de la pared uno de los camastros.

—*Parla italiano?*

—¿Quiere decir si hablo italiano? No, mi teniente —contestó Fuselli con énfasis—. Nací en San Francisco.

—¿De veras? Y ahora ¿quieres hacer el favor de traerme un poco más de agua?

Cuando regresó, Fuselli interrumpió la limpieza unos momentos, apoyó la escoba en las rodillas y se frotó las manos, que tenía amoratadas y casi dormidas por el esfuerzo que había hecho al cargar con un pesado cubo de agua. El teniente había acabado de vestirse y terminaba de abotonarse la guerrera. El cuello se hundía en su pescuezo sonrosado, dejando una marca muy roja.

—Muy bien. Cuando termines, preséntate a la compañía —dijo el teniente. Y salió contoneándose y poniéndose los guantes de color caqui con ademán satisfecho.

Más tarde, mientras se dirigía al lugar donde acampaba su compañía, Fuselli observó la larga hilera de tiendas que surgían de entre las primeras nieblas de la mañana y que todavía parecían gotear. Distinguió las planchas de zinc de la cocina del cuartel. Cocineros y ayudantes, vestidos con un sucio mono azul, se movían de un

lado para otro por entre los vapores de la comida.

El ademán del teniente al ponerse los guantes había impresionado profundamente a Fuselli. Había visto en las películas que muchos personajes —hombres elegantes, vestidos de etiqueta— hacían un ademán parecido. También el presidente de la Compañía de Óptica en cuyos almacenes trabajaba en San Francisco hacía de vez en cuando un ademán idéntico.

Se imaginó a sí mismo llevando un par de guantes, quitándoselos dedo por dedo y sonriendo, satisfecho de sí mismo, al dar por terminada la operación. Tenía que apresurarse para que le ascendieran a cabo.

*Hay un largo y espinoso trecho,
en Francia, en la tierra de nadie.*

La compañía entera cantaba con fuerza, mientras atravesaba la ruta gris que se extendía entre dos altas alambradas de espino artificial. Por encima de las alambradas veíanse las siluetas de algunos almacenes y las chimeneas de muchas fábricas.

El teniente y el brigada, andando uno junto al otro, sostenían una animada conversación. De vez en cuando unían sus voces a las de los soldados y cantaban también, pero con poco entusiasmo. El cabo, en cambio, cantaba con los ojos brillantes de dicha. Hasta el sargento serio y sombrío, que casi nunca dirigía la palabra a nadie, cantaba también. Y la compañía seguía avanzando... Sus noventa y seis piernas atravesaban decididamente los charcos cenagosos. Las mochilas se mecían alegremente de un lado a otro, como si fueran ellas y no las piernas las que avanzasen por aquella ruta.

*Hay un largo y espinoso trecho
en Francia, en la tierra de nadie.*

Por fin los enviaban a un lugar importante. Se habían separado del contingente de tropas que hasta entonces los había acompañado. Estaban solos. Empezaba su actuación. El teniente avanzaba orgulloso, convencido de que era un hombre importante. Y lo mismo hacía el sargento. Y el cabo. Y el centinela de la derecha, que se creía tal vez el más importante de todos. Un tremendo sentido de responsabilidad animaba el espíritu de todos aquellos hombres. Se les subía a la cabeza, como el vino, aligeraba el peso de correajes y mochilas y aliviaba la carga que soportaban cuellos y hombros, que ni siquiera se sentían fatigados por el esfuerzo. En suma, hacía que las noventa y seis piernas avanzasen alegremente, a pesar del barro y de los charcos.

En el oscuro cobertizo de la estación en donde hubieron de aguardar, hacía mucho frío. Unas luces que colgaban de las vigas del techo iluminaban con reflejos casi

tétricos varios montones de cajas de municiones e interminables hileras de granadas que se perdían en la oscuridad. El aire era helado. La atmósfera olía a polvo de carbón y a madera recién cortada. El capitán y el brigada habían desaparecido. Los hombres se sentaron formando grupos, envolviéndose en los pliegues de sus capotes y dando pataditas sobre el cemento del suelo para que sus pies entrasen en calor. Habían cerrado las puertas correderas, pero a través de ellas podía oírse el rumor monótono de las vagones que hacían maniobras, el chocar de los topes y, de vez en cuando, el silbido estridente de una locomotora.

—¡Diablos! Estos ferrocarriles franceses son una porquería.

—¿Qué sabes tú? —replicó Eisenstein con presteza. Estaba solo en un rincón, sentado sobre una caja. Tenía la cara apoyada en las manos, y al parecer concentraba su atención en sus botas cubiertas de fango.

—Basta echar un vistazo a eso —dijo Bill Grey señalando con desagrado el techo—. Fíjate. Gas... Ni siquiera conocen la luz eléctrica.

—Pero sus trenes son más veloces que los nuestros —dijo Eisenstein.

—A otro perro con ese hueso. Un muchacho que estaba en el campamento de reposo que acabamos de abandonar me dijo que para trasladarse de un sitio a otro se necesitan al menos cuatro o cinco días.

—¡Bah! Sin duda quiso tomarte el pelo —repuso Eisenstein—. Los trenes más rápidos del mundo han sido siempre los franceses.

—Pero nunca han llegado a correr lo que nuestro modelo *Siglo xx*. ¡Maldita sea! ¿Cómo quieres darme lecciones si soy ferroviario?

—Necesito cinco hombres que me ayuden a repartir provisiones —dijo el brigada surgiendo inesperadamente de las sombras—. Fuselli, Grey, Eisenstein, Meadville, Williams... Muy bien, vámonos.

—Escuche, mi brigada. Este mamarracho dice que los trenes franceses corren más que los nuestros. ¿Qué le parece a usted?

El brigada adoptó una cómica expresión, y tollos se dispusieron a reír.

—Bien, si prefiere los *Pullman* que hoy vamos a tomar a los vagones de la *Sunset Limited*, tanto mejor para él. Claro que yo los he visto y vosotros no.

Todos se echaron a reír. El brigada se volvió hacia los cinco hombres que habían penetrado tras él en una pequeña y bien iluminada habitación que parecía un despacho.

—Tenemos que poner en orden todo esto, muchachos —dijo confidencialmente—. ¿Veis esas cajas? Representan la ración de tres días para nuestra compañía. Quiero dividirlo en tres lotes. Uno para cada vagón. ¿Comprendido?

Fuselli abrió una de las cajas. Estaba llena de latas de carne de buey. Miró a Eisenstein de soslayo y le vio atento al trabajo, a pesar de su aparente indiferencia. El brigada les miraba trabajar con expresión radiante. Tenía las piernas abiertas. Dijo en

voz baja algo al cabo, y Fuselli creyó entender unas palabras. «Ascenso», le pareció oír, y sintió como si su corazón le saltase dentro del pecho. En pocos minutos habían terminado la tarea. Encendieron unos cigarrillos.

—Bien, muchachos —dijo el sargento Jones, aquel hombre sombrío que apenas hablaba—. Cierto que allá por los días en que tenía que romperme la cabeza dando clases y pronunciando sermones en la parroquia no me creí capaz de decir frases vulgares ni de jurar. Sin embargo, debo hacer una excepción. Os juro que nuestra compañía vale un imperio.

—Creo que llegará usted a decir frases mucho más vulgares y aun a jurar muchas veces cuando se encuentre bajo el fuego de las bombas de un maldito avión alemán —dijo el brigada dándole unos afectuosos golpecitos en la espalda—. Y ahora, vosotros cinco, haceos cargo de todo eso. El cabo se encargará esta noche del mando de la compañía. El sargento Jones y yo hemos de conferenciar con el teniente. ¿Comprendido?

Fuselli sintió que se hinchaba de orgullo. Al volver junto a los soldados, que seguían aguardando envueltos en los pliegues de sus capotes, intentó por todos los medios disimular la satisfacción que sentía y que su modo de andar casi traicionaba.

«He empezado mi carrera ahora mismo —se dijo—. Acabo de empezarla.»

El tren de carga avanzaba chirriando monótonamente sobre los rieles. Por entre las rendijas del suelo de madera pasaba un desagradable vientecillo helado. Los hombres agrupados en un extremo del vagón se acercaron más lo unos a los otros, encogiéndose, como suelen hacer los cachorros en un cesto. Era noche cerrada. Fuselli estaba medio adormilado; su cabeza era un hervidero de ideas y de extraños sueños. Sentía frío. Y sentía también alrededor, confusamente, el monótono chirrido de las ruedas, el calor de los cuerpos que, envueltos en los pliegues del capote, se acercaban a él cada vez más. Súbitamente salió de su sopor. Le castañeteaban los dientes. El estridente chirrido de las ruedas se le metía dentro, hasta tal punto que llegó a creer que sonaba en su cerebro. Sintió como si su cabeza se alejase de él, arrastrada sobre unos fríos rieles de hierro. Alguien encendió una cerilla. Las paredes oscuras del vagón de mercancías, las mochilas amontonadas en el centro, los cuerpos que formaban en un rincón una masa de color caqui en la que de vez en cuando se veían un par de ojos o una cara muy pálida, todo se iluminó un momento a la luz de la llama inesperada, para desvanecerse al instante entre las sombras. Fuselli apoyó la cabeza en el brazo de alguien e intentó dormir. Pero se lo impedía el chirrido de las ruedas. Permanecía con los ojos abiertos, escudriñando la oscuridad e intentando a la vez apartarse del lugar que ocupaba, porque por las grietas del suelo penetraba un airecillo helado.

Cuando las primeras luces del alba iluminaron el vagón, se pusieron en pie y empezaron a moverse, a golpear el suelo con los pies y aun a darse puñetazos para

entrar en calor.

Cuando el tren se detuvo era casi de día. Abrieron las puertas correderas. Se encontraban en una estación completamente extraña para todos.

En sus muros veíanse carteles de anuncios que para ninguno eran familiares.

Fuselli deletreó:

—*V-e-r-s-a-i-l-l-e-s*.

—¡Versalles! —gritó Eisenstein—. Aquí vivían nada menos que los reyes de Francia.

El tren volvió a ponerse en marcha. Vieron al brigada en el andén.

—¿Qué tal se ha dormido? —les preguntó cuando el vagón en que viajaban pasaba junto a él—. Oye, Fuselli, será mejor que empecéis enseguida con la tarea que se os encomendó.

—A sus órdenes, mi brigada —respondió Fuselli.

El brigada corrió entonces hacia el primer vagón y subió a él de un salto.

Sintiéndose verdaderamente importante, Fuselli empezó a dividir las provisiones: el pan a un lado, las latas de carne a otro y, por último, el queso. Después se sentó sobre su mochila y empezó a comer. El pan estaba duro y la carne era bastante insípida, pero Fuselli silbaba alegremente...

El tren seguía avanzando. Sus ruedas crujían y rechinaban sobre los rieles, que atravesaban la verde campiña que para Fuselli era completamente extraña.

Continuó silbando. Estaba alegre porque marchaba al frente y porque en el frente gozaría de emociones y alcanzaría la gloria. Silbaba alegremente. Estaba seguro de triunfar.

Era mediodía. En el cielo, de extraño color gris rojizo, brillaba un sol pequeño y pálido, como un balón de juguete que hubiese sido colgado en lo alto. El tren se había detenido en un apartadero situado en la mitad de una llanura de color bermejo. Unos álamos amarillos, desmayados y tenues como si fueran de humo, recortaban su frágil silueta en el cielo, sobre el fondo oscuro de un riachuelo que corría cerca de la vía. A lo lejos, se divisaba un campanario, y algunos tejados rojos resaltaban en el firmamento grisáceo.

Los soldados se entretenían en hacer movimientos violentos para entrar en calor. Al otro lado del río, un hombre que conducía una carreta de bueyes se había detenido y miraba con tristeza el tren.

—Oiga, ¿hacia dónde cae el frente? —gritó una voz.

Todos comenzaron entonces a gritar:

—Oiga, ¿hacia dónde cae el frente?

El anciano hizo una señal con la mano, movió la cabeza, lanzó una exclamación y miró a los bueyes, que reemprendieron su calmada marcha. El anciano caminaba ante ellos, silencioso, con los ojos fijos en el suelo.

—¡Atiza! ¿Serán sordos estos franceses?

—Dan —dijo Bill Grey, que acababa de separarse de un grupo de hombres con quienes había charlado durante un rato—, esos chicos dicen que vamos destinados al Tercer Ejército.

—¿Por dónde opera ahora?

—Por el bosque de Oregón —se aventuró decir una voz.

—En el mismo frente de combate, ¿no es eso?

En aquel momento se acercó a ellos el teniente. Llevaba una especie de bufanda de color caqui en torno al cuello, y las puntas le caían descuidadamente por la espalda.

—Muchachos —dijo en tono grave—, hay orden de no moverse del tren.

Contrariados, los soldados obedecieron. Un tren hospital pasó, cerca de ellos, en el cruce. Fuselli observó con atención las ventanillas oscuras y enigmáticas, las cruces rojas y a los enfermeros vestidos de blanco que los saludaban desde la plataforma. Alguien hizo observar que en el último coche, recién pintado de verde brillante, había extrañas grietas.

—Los hunos han atacado ese tren.

—¿Has oído? Dicen que los hunos intentaron volar el tren hospital.

Fuselli recordó el folleto titulado *Atrocidades cometidas por los alemanes*, que leyó una noche en el pabellón de la Y. M. C. A.

Seguidamente cruzaron por su mente extrañas imágenes, niños con los brazos cortados; otros ensartados en la punta de las bayonetas; mujeres atadas a una mesa y violadas por un soldado tras otro... Pensó en Mabe. ¡Ojalá estuviera ya en el campo de batalla! Quería luchar, luchar... Se veía a sí mismo matando a docenas de hombres vestidos de uniforme verde, mientras Mabe leía sus hazañas en los periódicos. Tenía que hacer todo lo posible porque le destinasen a primera línea. No quería seguir encuadrado en aquel batallón de Sanidad.

El tren se había puesto de nuevo en marcha.

Los campos rojizos, envueltos en la niebla, fueron desapareciendo, lo mismo que los árboles, que agitaban levemente sus ramas llenas de hojas amarillas y pardas, como encajes negros que resaltaban en el fondo gris rojizo del cielo.

Fuselli seguía pensando en que iba a tener muy buenas oportunidades para ser muy pronto ascendido a cabo.

Era de noche. Se hallaban en el poco iluminado andén de una estación. La compañía aguardaba otra vez. Dividida en dos grupos, cada hombre se había sentado sobre su mochila respectiva. En el andén de enfrente, una multitud de individuos de corta estatura, vestidos de azul, con abrigos tan largos que casi les rozaban los pies, aguardaban también, cantando y gritando. Fuselli los miró no demasiado complacido.

—¡Atiza! ¡Vaya cascos raros que lleva esa gente!

—Son, sin embargo, los mejores guerreros del mundo —murmuró Eisenstein—, y eso es mucho decir.

—Mira, aquí tenemos a un policía militar —dijo Bill Grey cogiendo a Fuselli por un brazo—. Podríamos preguntarle si estamos cerca del frente. Hace poco me ha parecido oír cañones enemigos.

—¿De veras? Supongo que no deben de estar lejos —dijo Fuselli.

—Dígame, amigo, ¿estamos muy cerca del frente? —preguntaron nerviosamente al unísono.

—¿Del frente? —dijo su interlocutor, un irlandés de cara roja y nariz chata—. ¡Pero estáis en el mismo corazón de Francia! —Escupió, como para disimular su desprecio, y añadió—: Podéis estar tranquilos. No creo que os envíen nunca al frente.

—¡Maldita sea! —exclamó Fuselli.

—Que me ahorquen si no logro llegar al frente, sea como sea —dijo Bill Grey apretando los labios.

Sobre el andén, que carecía de techado, caía una ligera lluvia. En el lado opuesto, los hombrecillos vestidos de azul seguían cantando una canción que Fuselli no podía comprender, y bebiendo de sus deterioradas cantimploras.

Fuselli dio la noticia a la compañía. Todos prorrumpieron en juramentos y exclamaciones de indignación. Pero ni aun la seguridad de saberse importante por la noticia que acababa de dar compensaba aquel otro sentimiento de encontrarse como perdido para siempre en una inmensa máquina, la seguridad de compararse a una pobre oveja en un gran rebaño.

Transcurrieron las horas. Pasearon por el andén, bajo la llovizna. Luego se sentaron sobre sus mochilas, formando una larga hilera. Esperaban órdenes. Detrás de los árboles apareció una faja gris. El andén adquirió reflejos de plata. Siguieron sentados sobre sus mochilas, aguardando...

II

En fila y en posición de firmes, la compañía aguardaba en el exterior, frente al cuartel. Era éste un gran pabellón de madera y techo de papel embreado. Frente a ellos se extendía un grupo de árboles no demasiado bien cuidados de tronco tan blanco que a la brillante luz del sol casi parecían de marfil. En el camino se veía una larga hilera de camiones franceses, con la parte superior gris y abultada como el lomo de un elefante. Más allá, otros árboles y una nueva fila de cuarteles con techos de papel embreado, ante los cuales otras compañías aguardaban también en posición de firmes.

A lo lejos sonó un toque de corneta.

El teniente se puso rígido. Los ojos de Fuselli recorrieron su figura, desde la punta reluciente de sus botas hasta los galones de la manga.

—¡Descansen ar... mas! —gritó el teniente con voz apagada.

Manos y pies se movieron al unísono.

Fuselli pensaba en el pueblo cercano. Después del toque de retreta podría atravesar la calle irregular sembrada de pedruscos que conducía desde el viejo lugar en donde estaba situado el cuartel hasta una plazuela en medio de la cual había una fuente de piedra gris y una taberna en donde sentarse ante una mesa de roble, y en la cual hasta se conseguía a veces cerveza, huevos y patatas fritas, servido todo por una muchacha de mejillas rojas y brazos gordezuelos y apetitosos.

—¡Fir... mes!

Manos y pies se movieron de nuevo al unísono. Apenas podían oír el lejano toque de la trompeta.

—Muchachos, tengo que comunicaros algunos ascensos —dijo el teniente. Se había situado frente a ellos, y, adoptando un tono casual, casi indiferente, añadió—: Habéis hecho un buen trabajo en el almacén, muchachos. Estoy orgulloso de teneros a mis órdenes. Espero que me sea posible gestionar muchos ascensos.

Fuselli tenía las manos heladas. Su corazón latía aceleradamente. Sus oídos zumbaban de tal forma que apenas podía oír.

—Los siguientes soldados pasan a ser de primera —dijo el teniente en tono completamente rutinario—: Grey, Appleton, Williams, Eisenstein, Porter... Eisenstein será escribiente de la compañía.

Fuselli estuvo a punto de echarse a llorar. Su nombre no figuraba en la lista.

Tras una pausa, se oyó la voz del sargento, suave como el terciopelo, que decía:

—Olvida usted a Fuselli, mi teniente.

—¡Oh! Es cierto —dijo el teniente con una risita seca—. Fuselli...

«Tengo que escribir hoy mismo a Mabe —se dijo Fuselli—. ¡Se sentirá tan orgullosa cuando lo sepa!»

—¡Rompan fi... las! —gritó el sargento. Y añadió después con voz suave:

¡Oh, mademoiselle de Armentières!

Parlevú?

¡Oh, mademoiselle de Armentières!

La taberna estaba abarrotada de soldados. Sus uniformes lo cubrían todo: los viejos campos de madera de roble, el borde de las mesas cuadradas y los ladrillos rojos del suelo. Se agrupaban alrededor de las mesas, en donde brillaban botellas y vasos entre una espesa cortina de humo de tabaco. Otros bebían vino junto al mostrador, riendo y restregando los pies en el suelo. Una muchacha gruesa, de mejillas rojas y brazos blancos y gordezuelos, se movía constantemente entre ellos, retirando botellas vacías, llenando otras llenas, cobrando y llevando el dinero a una vieja de aspecto desagradable, piel cetrina y ojos negros como el azabache, la que a su vez miraba con atención las monedas, las tocaba una por una y por último las hacía desaparecer en el fondo de un cajón.

En un rincón estaban el sargento Olster, muy sofocado, el cabo que estuvo en el campamento de Red Sox y otro sargento de alta estatura y cabello y bigote negros. Junto a ellos, con expresión respetuosa y diligente, se agrupaban Fuselli, Bill Grey, Meadville, el *cowboy* y Earl Williams, un muchacho rubio y de ojos azules que fue en otro tiempo dependiente de una droguería.

¡Oh! Los yanquis no lo pasan muy bien.

Parlevú?

Con las botellas que había sobre la mesa siguieron el ritmo de la canción.

—Es un buen asunto —dijo de pronto el sargento interrumpiendo la canción—. Podéis estar tranquilos, muchachos. Ya me he ocupado de que lo fuese. En cuanto a eso de marchar al frente, no debéis preocuparos, porque todos nos encontraremos allí un día u otro. Dicen que esta guerra durará diez años.

—Espero que para entonces seamos generales, ¿verdad, sargento? —dijo Williams—. En todo caso preferiría estar en la tienda preparando potingues.

—Será una vida magnífica, si no perdemos el ánimo y la confianza —murmuró Fuselli maquinalmente.

—Admito que la mía empieza a flaquear —dijo Williams—. Siento nostalgia de mi casa, no me importa confesarlo. Quisiera marchar ahora mismo al frente y acabar de una vez.

—¡Vamos, vamos, ánimo! Lo que necesitas, muchacho, es un buen trago —dijo el sargento golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Oiga, *mamselle*...!

—No creí que supiera usted francés, sargento —dijo Fuselli.

—¡Qué francés ni qué diablos! —respondió el sargento—. Williams es el único que sabe hablarlo.

—*Voulez-vous coucher avec moi?* Eso es todo lo que sé decir en francés.

Todos se echaron a reír.

—*Mamselle!* —gritó de nuevo el sargento—. *Voulez-vous coucher avec moi?* Nosotros..., nosotros... champaña.

Todos volvieron a reír estruendosamente.

La muchacha hizo un ademán con la cabeza. Parecía comprensiva y, desde luego, no estaba enfadada.

En aquel momento, un individuo entró en la taberna produciendo mucho ruido. Era de alta estatura, tenía los hombros muy anchos, y vestía uniforme inglés. Al andar se contoneaba, y a su paso vacilaban las botellas que había sobre las mesas. Canturreaba, y en su rostro ancho y colorado había una mueca burlona. Se acercó a la muchacha e intentó besarla. Ella se echó a reír y le dijo unas frases en francés.

—Ahí está el loco de Dan Cohan —murmuró el sargento de pelo negro—. Oye, Dan...

—Diga, sargento.

—Ven a echar un trago con nosotros.

—Nunca en mi vida rehusé esa oferta. —Le hicieron sitio en el banco—. A decir verdad, oficialmente estoy arrestado esta noche —prosiguió—. Y aquí me tienen... —Se echó a reír e inclinó la cabeza hacia un lado, con un ademán característico en él. Luego añadió—: *Compris?*

—¿No tienes miedo de que te atrapen? —preguntó Fuselli.

—¿Atraparme a mí? No pueden hacerme nada. He pasado ya por tres consejos de guerra y creo que éste va a ser el cuarto. —Inclinó la cabeza hacia un lado y se echó a reír—. Tengo influencia. Mi antiguo amo es ahora capitán, y se ocupará de solucionar este asunto. En otro tiempo, *moi* hasta se había metido en política, *compris?*

Llegó el champaña, y Dan Cohan, con sus dedos rojizos, sin duda alguna diestros en la materia, hizo saltar el tapón, que rozó el techo.

—Me preguntaba precisamente quién iba a invitarme a unas cosas —dijo—. La verdad es que no cobro mi paga desde que Cristo andaba por el mundo. Hasta he llegado a olvidar cómo es.

El champaña burbujeaba en los vasos de cerveza.

—Esto es vivir —dijo Fuselli.

—Tienes razón, muchacho, siempre que no te dejes agarrar —dijo Dan.

—¿Qué ha sido esta vez, Dan? ¿De qué te acusan?

—De asesinato.

—¿De asesinato? ¡Diablos! Pero ¿cómo...?

—Es decir, si el individuo muere.

—Eso es serio.

—La culpa la tuvo ese maldito convoy de Nantes. Bill Rees me acompañaba. Nos llamaban fuerzas de choque. ¡Eh, Marie! *Encoré champagne, beaucoup*. Estaba entonces en el Servicio de Ambulancias. (Sólo Dios sabe dónde estoy ahora.) Nuestra sección estaba *en repos*, pero nos enviaron a unos cuantos a Nantes para conducir un convoy de coches hasta Sandrecourt. Empezó la carrera. Llevábamos los chasis nada más, *savez*? Bill Rees y yo íbamos a la cola del maldito desfile. A la cabeza marchaba un perfecto imbécil que ni siquiera sabía si iba o venía.

—¿En dónde diablos está Nantes? —preguntó el sargento con repentina curiosidad.

—En la costa —respondió Fuselli—. Lo he visto en el mapa.

—Yo diría que, esté donde esté, se halla en el camino del infierno —dijo Dan Cohan tomando un sorbo de champaña, que retuvo en la boca haciendo una serie de ruidos, como un rumiante—. Como Bill Rees y yo íbamos a la cola de la columna, y había muchos cafés y tabernuchos en el camino, nos deteníamos de vez en cuando para decir *bonjour* a las chicas y charlar con la gente. Luego teníamos que correr como alma que lleva el diablo para cogerlos... Hasta que al fin... No sé si corrimos demasiado o si fueron ellos los que se desviaron, pero el caso es que no volvimos a ver el maldito convoy. Pensamos que, ya que lo habíamos perdido, era conveniente visitar un poco los contornos, *compris*? Y, ¡vive Dios!, eso hicimos. Llegamos a Orleans sin gasolina y calados hasta los huesos y, por si fuera poco, con un policía militar pegado al estribo.

—¿Fue entonces cuando te echaron el guante?

—¡Qué disparate! —repuso Dan Cohan inclinando la cabeza—. Nos dieron gasolina y provisiones y nos ordenaron salir por la mañana. Claro que nuestro discurso fue una maravilla, *compris*? Luego fuimos a un estupendo restaurante. Llevábamos uno de esos malditos uniformes británicos que nos entregaron cuando el policía militar no pudo discernir qué clase de pájaros éramos. Encargamos una buena comida y vino tinto y vino blanco en abundancia. Bebimos unas cuantas copas de coñac. Antes de que nos diéramos cuenta, estábamos sentados a la mesa con dos capitanes y un sargento. Uno de los capitanes estaba borracho. Nunca he visto un hombre tan borracho como él. ¡Buen chico! Comimos juntos. De pronto, a Bill Rees se le ocurrió decir: «¿Vamos por ahí a dar una vuelta?» Los capitanes dijeron que sí, y lo mismo habría dicho el sargento, pero estaba tan borracho que ni siquiera podía hablar. Salimos de allí y... ¡oh, muchachos, qué sed tengo! Habrá que pedir otra botella.

—Naturalmente —asintieron los demás.

Bonsoir, ma chérie.
Comment allez-vous?

—*Encore champagne, Marie gentille.*

—Pues bien, salimos de allí a toda marcha —continuó Dan—. Todo iba hasta entonces bastante bien. Pero de repente se le ocurrió a uno de los capitanes emprender una carrera. La emprendimos... *Compris?* Los chicos se portaron bien, pero lo peor del caso es que, entusiasmados con la carrera, olvidamos al sargento. Debió de caerse del coche sin que nadie se diera cuenta. Nos detuvimos al fin ante una tasca, y uno de los capitanes va y dice: «¿Dónde está el sargento?», y el otro contesta: «¿Qué sargento? Yo no recuerdo a ningún sargento». Bebimos una copa a su salud. Mientras tanto, uno de los capitanes seguía diciendo: «Es pura imaginación. Nunca ha existido este sargento. Yo no me exhibiría por ahí con un sargento, ¿verdad, teniente?» Desde el principio se empeñó en llamarme teniente. Resumiendo, éste fue el principio del fin. Alguien debió de recoger al sargento en bastante mal estado. Sufre conmoción cerebral, y si se muere... sólo el diablo sabe lo que puede sucederme a mí. *Compris?* En cuanto a los dos capitanes... Se habían emperrado en marchar a París. Nosotros les dijimos que sí, que nosotros mismos los llevaríamos. Pusimos en nuestro coche la gasolina del suyo y nos lanzamos a toda velocidad por los caminos. Todo habría ido bien de no haberme yo puesto bizco de la manera más inesperada. A los pocos momentos chocábamos contra un hermoso poste, en plena carretera. Uno de los capitanes se fracturó el brazo. Fue peor aún que haber perdido al sargento. Echamos a andar. Antes de que nos diésemos cuenta era de día y habíamos llegado a no importa qué maldito pueblecillo donde ya nos esperaban los policías militares. *Compris?* Como comprenderéis abandonamos a nuestros amigos los capitanes en cuanto pudimos. Les dimos esquinazo en cierto callejón y entramos en un cafetucho donde tomamos un horrible *café au lait* que no nos sentó del todo mal. Fue entonces cuando dije a Bill: «Bill, hemos de presentarnos en el cuartel y notificar el accidente casual antes de que la policía nos tome la delantera». Bill me respondió: «Tienes mucha razón».

»Pero en aquel momento vi por una rendija de la puerta que un policía se acercaba al café. Ni que decir tiene que echamos a correr en dirección al jardín y que quisimos saltar la tapia; logramos nuestro propósito, aunque dejé atrás una buena parte de mis pantalones. Pero también allí había policías, y por cierto armados hasta los dientes. Aún recuerdo cómo vi a Bill Rees por última vez. Había cerca una mujer que lavaba la ropa en una tina. Era muy gorda y llevaba un traje rosado. El pobre Bill tropezó con ella y en un decir Jesús se encontraron los dos dentro del agua. Así fue como lo cogieron. Yo logré escapar. Aún recuerdo a Bill Rees dentro del agua, chapoteando como si fuera a nadar, y a su oronda compañera, sentada en el suelo,

amenazándole con el puño. Bill Rees fue siempre para mí un buen camarada.

Hizo una pausa. Se sirvió el resto de champaña que quedaba en la botella y se enjugó el sudor de la frente con una mano grande y roja.

—No nos estarás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó Fuselli.

—Podéis preguntar al teniente Whitehead, mi defensor en el consejo de guerra que me han formado. Él os dirá si miento. He estado en primera línea, muchacho, y nadie que haya estado allí es capaz de mentir.

—Sigue, Dan —dijo el sargento.

—Desde entonces no he sabido nada de Bill Rees. Creo que le enviaron a las trincheras, en donde pronto le liquidarán. —Hizo otra pausa para encender un cigarrillo y prosiguió—: En cuanto a mí... Uno de los policías militares me persiguió disparando. Eché a correr como si me hubiesen nacido alas. Confieso que tenía mucho miedo. Pero tuve suerte. Un camión conducido por un francés pasó cerca. Salté a él y le dije al conductor que me perseguían los gendarmes. El pobre hombre se puso pálido, aceleró, y como el tráfico era muy intenso, porque nuestras fuerzas acababan de iniciar un endiablado ataque, pronto nos perdimos de vista. Así llegué a París. Todo habría marchado perfectamente de no haber tropezado en mi camino con Jane, una muchacha a quien conocía. Me quedaban todavía quinientos francos, y lo pasamos muy bien hasta que un día, en el Café de París, no pude pagar la cena. Jane escapó, pero a mí me atrapó un policía militar y me fastidió. *Compris?* Me encerraron en la Bastilla. ¡Magnífico lugar! Luego me enviaron a un maldito campamento a hacer la instrucción durante una semana. Luego nos metieron en un tren (éramos un grupo numeroso de desertores) y nos mandaron al frente. El final de Dan Cohan pareció inminente esta vez. Pero al llegar a Vitry-le-François, tiré mi rifle por la ventanilla, salté por otra y cogí el primer tren para París. Una vez allí me presenté en el Cuartel General y expliqué mi accidente y mi encarcelamiento en la Bastilla. Naturalmente, se pusieron furiosos. Me enviaron a una sección, en donde no lo pasé del todo mal, hasta que al fin fui destinado a este campamento. Si he de decir la verdad, no sé lo que piensan hacer conmigo.

—¡Diablos!

—Es una guerra estupenda, sargento. Le aseguro que es una guerra estupenda. Por nada del mundo quisiera perdérmela.

Alguien cantaba al otro extremo de la habitación.

—Vamos, muchachos, a coro... —gritó el sargento.

¡Oh, mademoiselle de Armentières!

Parlevú?

—Bien, tengo que marcharme —dijo Dan Cohan después de una pausa—. Estoy

comprometido. Me espera... otra Jane. *Compris?*

Salió de allí canturreando:

Bonsoir, ma chérie.

Comment allez-vous?

Si vous voulez

coucher avec moi...

La puerta se cerró tras él, y la habitación quedó silenciosa.

Muchos hombres salieron. Madame cogió su labor de punto, y Marie, la joven de los brazos gordezuelos, se sentó a su lado, apoyando la cabeza en las botellas que formaban hileras tras el mostrador.

Fuselli observó una de las puertas que había a ambos lados del mostrador. Uno tras otro, varios hombres la abrían, lanzaban una extraña mirada a la habitación que había al otro lado, y volvían a cerrar la puerta. De vez en cuando, alguno, al abrirla, sonreía, entraba arrastrando los pies y la cerraba cuidadosamente.

—Me pregunto qué habrá ahí dentro —dijo el sargento, que hacía rato que también miraba la puerta—. Tenemos que saberlo. —Y con la risa característica del beodo, repitió—: Tenemos que saberlo.

—No tengo la menor idea —dijo Fuselli, que sentía el champaña zumbándole en la cabeza, como una mosca cuando vuela junto al cristal de una ventana. Se sentía valiente e importante.

El sargento se levantó inmediatamente.

—Cabo, queda usted al mando del pelotón —dijo, y se dirigió hacia la puerta. La abrió con cuidado, miró al interior de la habitación, hizo un guiño a sus amigos, entró y cerró la puerta tras de sí.

El cabo siguió su ejemplo, dejando la puerta de par en par. Ésta fue inmediatamente cerrada desde dentro.

—Vamos, Bill. Tenemos que saber qué diablos guardan ahí dentro —dijo Fuselli.

—Vamos, muchacho —repuso Bill Grey.

Ambos se acercaron a la puerta, y Fuselli fue el primero en abrirla y mirar al interior. Inmediatamente lanzó un prolongado silbido.

—¡Diablos! Entremos, Bill —dijo sonriente.

La habitación era de pequeñas dimensiones. Una mesa cubierta con un tapete rojo casi la llenaba por completo. Sobre la repisa de la chimenea, que estaba apagada, había candelabros de cristal que a la luz de la lámpara lanzaban destellos rojos, amarillos y purpúreos. Había un espejo roto que parecía una ventana que comunicase con la habitación vecina. Los efectos de la humedad eran visibles en las paredes, pues el papel estaba despegado en algunos sitios. Olía a yeso, y ni la cerveza ni el humo

del tabaco lograba ahogar del todo el desagradable olor.

—Mírala bien, Bill. ¿Verdad que tiene carácter? —murmuró Fuselli.

Bill Grey asintió.

—Oye, ¿crees que la Jane de que nos habló aquel individuo sería como ésta?

A un extremo de la mesa se hallaba una mujer con la cara apoyada en ambas manos. Tenía el cabello corto, rizado y negrísimo, los ojos oscuros y los labios gruesos y rojos. Miraba con aire de desafío a todos los hombres allí reunidos, unos de pie, apoyados en las paredes, y otros sentados ante la mesa.

Los hombres, por su parte, la contemplaban en silencio. El que estaba más próximo a ella, un muchacho de alta estatura, cabello rojo y mandíbulas cuadradas, se le acercaba cada vez más. Alguien dio un puñetazo en la mesa, y las botellas y los vasos de licor que había en ella vacilaron.

—Te digo que no puede ser limpia. Tiene el pelo demasiado rizado —dijo el individuo que estaba junto a Fuselli.

La mujer pronunció unas palabras en francés.

Sólo uno de los presentes las entendió, y se echó a reír. Su carcajada sonó cavernosamente en el silencio de la habitación, y el hombre se calló de pronto.

La mujer estudió por espacio de algunos minutos las caras de los que la rodeaban. Se encogió de hombros y optó por poner en orden las cintas del sombrero que tenía sobre las rodillas.

—¿Cómo diablos ha podido llegar hasta aquí? Creí que la policía las había hecho marchar a todas en cuanto llegamos —dijo uno de los presentes.

La mujer seguía ocupada en arreglar las cintas de su sombrero.

—*Venez-vous de Paris?* —preguntó un muchacho de ojos azules y voz suave que estaba sentado cerca de ella. Su cutis, fino, aunque algo tostado por el sol, resaltaba entre el conjunto de caras rojas y morenas.

—*Oui, de Paris* —repuso ella tras una pausa, mirando al muchacho con inesperada fijeza.

—Puedo asegurarte que es una embustera —dijo el del cabello rojo, acercando la silla a la de la mujer.

—Le has dicho a uno que vienes de Marsella y a otro que vienes de Lyon —dijo sonriendo el muchacho del cutis fino—. *Vraiment d'où venez vous?*

—Vengo de todas partes —repuso ella, echándose el pelo hacia atrás.

—¿Has viajado mucho? —preguntó el muchacho.

—Un individuo me dijo en cierta ocasión que conoció a una mujer de esta clase que había estado en Turquía y en Egipto. Apuesto cualquier cosa a que ésta también ha corrido mundo.

Súbitamente, la mujer se levantó de su asiento lanzando un pequeño grito de furor. El hombre del cabello rojo se apartó asustado, levantó sus manos grandes y

sucias y exclamó:

—¡Atiza!

Pero nadie rió. La habitación estaba silenciosa. Sólo se percibía de vez en cuando el ruido de unos pies al golpear el suelo.

La mujer se puso el sombrero. Del bolso que tenía en la falda sacó una polvera y comenzó a empolvase mirándose en un espejo que sostenía en la otra mano.

Los hombres no dejaban de contemplarla.

—Tal vez crea que es la Reina de Mayo —dijo uno de ellos levantándose. Se acercó a la chimenea y escupió en el hogar apagado—. Me marchó al cuartel —añadió, y, dirigiéndose a la mujer, exclamó casi con odio—: *Bon soir!*

La mujer parecía muy ocupada en guardar la polvera en su bolsa. Ni siquiera le miró. La puerta se cerró violentamente.

De pronto, la mujer echó con decisión la cabeza hacia atrás y dijo:

—Bueno, a ver si terminamos de una vez. A todos os llegará el turno. ¿Por quién empiezo?

Nadie respondió. Todos la miraron en silencio. Durante un buen rato sólo se oyó el repetido ir y venir de los pies.

III

El rancho caía pesadamente sobre las cazuelas. Fuselli tenía los ojos todavía adormilados. Se sentó en un banco sucio y grasiento y bebió unos sorbos de café, que olía a trapos de cocina, lo cual bastó para espabilarlo. En el comedor reinaba el silencio. Los hombres, que quince minutos antes y al toque de corneta habían tenido que abandonar las mantas, estaban ahora sentados en hilera, comiendo, unos retraídos y otros haciéndose guiños al amparo de la penumbra. Se oía claramente el rumor de las pisadas sobre las cenizas del suelo, el entrechocar de los platos y, aquí y allá, la tos de algún hombre. Cerca del mostrador en donde se servía el rancho, uno de los cocineros juraba y se lamentaba sin cesar.

—Oye, Bill —dijo Fuselli—, me pesa la cabeza.

—No me sorprende —repuso Bill Grey—. Tuve que traerte a rastras al cuartel. Estabas empeñado en volver para hacer el amor a aquella endiablada chica.

—¿De veras? —dijo Fuselli riendo.

—No fue tan fácil hacerte pasar sin que la guardia te viera.

—Dadme un poco de coñac. Estoy malísimo —dijo Fuselli.

—Que me ahorquen si resisto esto mucho tiempo más.

—¿El qué?

Estaban lavando sus respectivas cazuelas en un gran barreño de agua caliente, sobre la cual flotaba una espesa capa de grasa, restos de las cien cazuelas que pasaron por allí antes que las suyas. Se hallaban en el exterior, frente al comedor. Una bombilla eléctrica iluminaba débilmente el tronco húmedo de un plátano, el agua en la que flotaban restos de rancho y posos de café, los cubos de basura con los letreros: «Basura seca» y «Basura mojada», y la fila de hombres que aguardaban turno para llegar hasta allí.

—¡Esta cochina vida! —gritó salvajemente Bill Grey.

—¿De qué estás hablando?

—De esto, de lo que hacemos durante todo el día: meter vendas en una caja y sacar vendas de otra. Voy a volverme loco. He intentado emborracharme, pero no da ningún resultado.

—Me sigue doliendo la cabeza —dijo Fuselli.

Bill Grey pasó una de sus manos fuertes y musculosas sobre la espalda de Fuselli, y ambos echaron a andar en dirección al cuartel.

—Oye, Dan, he decidido desertar.

—No debes hacer eso, Bill. Piensa que podemos prosperar si seguimos portándonos bien.

—Me importa un pepino. ¿Por qué crees que me alisté en este maldito Ejército? Sólo porque pensé que el uniforme me favorecería.

Bill Grey se metió las manos en los bolsillos y escupió ante él.

—Bill, ¿no comprendes que te cogerían y podrías cargártela?

—Lo que yo comprendo es que quiero irme al frente. Y que no quiero quedarme aquí hasta volverme loco y hacer que me formen consejo de guerra. ¿Por qué no me acompañas, Dan?

—Pero, Bill, eso no es posible. Seguramente hablas en broma. Ya nos enviarán un día u otro al frente, tal vez demasiado pronto. Yo quiero ir como cabo —dijo ensanchando el pecho—, para que vean lo que soy capaz de hacer. ¿Comprendes, Bill?

Sonó una corneta.

—Toque de faena. Y todavía no me he hecho la cama.

—Yo tampoco, Dan. No dejes que te dominen así. No te darán nada, Dan.

Se pusieron en fila. El camino estaba oscuro, y sus pies se hundían en el barro. En los surcos de agua cenagosa brillaba la luz de unas distantes bombillas eléctricas.

—Todos a trabajar en el Almacén A —exclamó con su voz triste y sombría el sargento que fue predicador—. Dice el teniente que para el mediodía debe estar todo listo, pues hoy mismo debe salir el material para el frente.

Uno de los soldados dejó escapar cierto significativo silbido de sorpresa.

—¿Quién hizo eso?

Nadie respondió.

—Rompan filas —dijo el sargento algo escamado.

Las figuras se perdieron en la oscuridad, en dirección a una de las luces. Los pies chapotearon en los charcos.

Fuselli se acercó al centinela que se hallaba a la entrada del campamento. Había cogido una fina ramita de pino con la cual se hurgaba pensativamente los dientes.

—Oye, Phil, ¿puedes prestarme medio dólar?

Fuselli se detuvo, se metió las manos en los bolsillos y miró atentamente al centinela. La ramita seguía entre sus labios, en un ángulo de la boca.

—Lo siento, Dan —respondió el centinela—. No tengo un centavo. Estoy así desde Año Nuevo.

—Me pregunto por qué diablos no nos pagan.

—¿Firmasteis ya la hoja de haberes?

—Naturalmente. Hace bastante tiempo.

Fuselli avanzó por el camino oscuro, hacia el poblado. El fango se había helado en los hondos surcos. El pueblo, con sus casas pequeñas de fachada agrietada y llena de manchas verdes y grises a causa de la humedad, sus techos de ladrillo rojo y sus callejas estrechas llenas de guijarros, que zigzagueaban por entre altos muros ornados de balcones, seguía siendo extraño para él. Cuando las sombras de la noche invadían el poblado y la oscuridad era completa, salvo en los lugares en que la luz de una

ventana o el rayo luminoso que surgía del interior de un café o una tienda iluminaban el suelo mojado, ni siquiera parecía real.

Fuselli se dirigió a la plaza principal, en donde cantaba la fuente. Se detuvo en medio de la plaza, indeciso. Llevaba la guerrera desabrochada y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, en donde sólo podía hallar tela. Durante un buen rato escuchó el rumor de la fuente y el ruido de los trenes que se movían junto a los cobertizos.

«Y esto es la guerra —pensó—. ¿No es extraño? La noche es aquí más tranquila que en mi propio hogar.»

Al final de la plaza, donde la calle terminaba, surgió una faja de luz blanca y brillante, sin duda producida por los faros de algún automóvil militar. Fueron esos faros como dos ojos que le mirasen con fijeza en la oscuridad, cegándole. El coche pasó rápidamente por su lado, dejando tras de sí un intenso olor a gasolina y el rumor de unas voces. El haz luminoso iluminaba a su paso las fachadas, mientras el vehículo avanzaba hacia la carretera principal. El poblado volvió a quedar oscuro y silencioso.

Atravesó la plaza en dirección al *Cheval Blanc*, el gran café frecuentado por los oficiales.

—¡Abróchate la guerrera! —gritó una voz severa.

Vio ante él una figura alta y erguida. Llevaba al cinto una pistola que colgaba sobre su muslo como un jamón de reducidas proporciones. Era sin duda un policía militar. Fuselli se abrochó la guerrera y se alejó rápidamente del lugar.

Se detuvo ante otro café, en cuya piedra podía leerse el siguiente letrero escrito con pintura blanca: *Huevos con jamón*.

Alguien que se había situado detrás de él le tapó los ojos con las manos. Fuselli hizo lo posible por librarse de ellas.

—¡Hola, Dan! —exclamó—. ¿Cómo no estás en chirona?

—Soy un buen chico, amigo mío —respondió Dan Cohan—. ¿Tienes dinero?

—Ni un cochino centavo.

—Entonces estás igual que yo —dijo Cohan—. De todos modos, entremos. Trataré de arreglarlo con Marie.

Fuselli le siguió no muy convencido. Dan Cohan le daba un poco de miedo. Recordó que la semana anterior habían formado consejo de guerra a un individuo por el simple hecho de salir de un café sin pagar la consumición.

Se sentó a una mesa próxima a la puerta. Dan había desaparecido en la trastienda. Fuselli recordaba con profunda nostalgia su hogar y a los suyos. Hacía mucho tiempo que no recibía carta de Mabe.

«Tal vez tenga otro novio», pensó amargamente.

Se esforzó en recordar sus facciones, pero tuvo que sacar el reloj y mirar la

fotografía que llevaba en su tapa para convencerse de si la nariz de Mabe era recta o chata.

Guardó el reloj en el bolsillo y levantó la cabeza. Marie, la muchacha de los brazos blancos, se acercaba riendo. Acababa de salir de la trastienda. Sus firmes y amplios senos se agitaban al reír, a pesar de que la blusa ajustada los oprimía. Tenía muy rojas las mejillas. Un mechón de cabello castaño le caía sobre los hombros. Mientras avanzaba, lo recogió rápidamente y lo fijó al moño con una horquilla. Dan Cohan, que la seguía, miró a Fuselli con una mueca burlona y dijo:

—Perfectamente, amigo. Le dije que pagarás cuando puedas. ¿Has tomado kummel alguna vez?

—¿Qué es eso?

—Ahora vas a verlo.

Se sentaron a la mesa del rincón —mesa privilegiada, en donde algunas veces, si madame no miraba, se sentaba también Marie—, ante una fuente de huevos fritos. Fueron muchos los que acercaban sus sillas, porque Dan Cohan tenía siempre auditorio.

—Parece que va a empezar otra ofensiva en Verdún —dijo Dan.

Alguien hizo un vago comentario sobre la situación. Otro observó:

—Es curioso que sepamos tan poca cosa de lo que en realidad ocurre en el frente. Sabía más de la guerra cuando estaba en mi casa, en Minneapolis, que ahora que estoy aquí.

—De todos modos —dijo Fuselli con alto sentido patriótico—, creo que les daremos una paliza.

—¡Bah! Esta época del año no es muy propicia para combatir —dijo Cohan, mientras en su cara ancha y roja se dibujaba una mueca burlona—. La última vez que estuve en el frente, los *boches* dieron un golpe de mano y capturaron una línea de trincheras.

—¿Qué trincheras?

—Americanas, de las nuestras.

—¡Diablos!

—Eso es una cochina mentira —gritó un individuo de pelo muy negro y cara sin afeitar, que acababa de entrar—. Los americanos no se dejan capturar así como así. Nunca lo han permitido y nunca lo permitirán.

—¿Has estado mucho tiempo en el frente, muchacho? —preguntó fríamente Cohan—. ¿O tal vez acabas de llegar de Berlín?

—Repito que el que diga que un americano es capaz de dejarse atrapar por un maldito alemán es un embustero indecente —dijo en tono airado el hombre sin afeitar, mirando en torno suyo.

—Será mejor que no digas eso delante de mí —dijo Cohan riendo y

contemplando uno de sus puños, rojo e imponente.

En el rostro de Marie se dibujó una ligera expresión de ansiedad. Miró el puño de Cohan, se encogió de hombros y se echó a reír.

Un nuevo grupo acababa de entrar en el café.

—Que me ahorquen si no es el loco de Dan. ¡Hola, muchacho! ¿Qué tal estás?

—¡Hola, Dook!

Un individuo de corta estatura, que llevaba una guerrera de corte tan perfecto que casi parecía un oficial, estrechó efusivamente la mano de Cohan. Llevaba galones de cabo y casquete de aviador británico.

—¿Qué haces en este agujero, Dook?

El llamado Dook apretó los labios, y su bigote negro formó una línea oblicua.

—G. O. 42 —dijo después.

—¿Batalla de París? —dijo Cohan amablemente.

—Batalla de Niza. Vuelvo enseguida a mi división. De haber seguido en ella nunca me hubieran formado consejo de guerra. Pero estuve en el Hospital número 15, con pulmonía...

—Mala suerte.

—Sí, mala suerte.

—Oye, Dook, tu división operaba conjuntamente con la nuestra en Chamfort, ¿verdad?

—¿Te refieres a cuando evacuamos el hospital?

—Sí. Fue algo infernal —dijo Cohan bebiéndose de un trago medio vaso de vino tinto. Luego hizo un ruido con sus gruesos labios y empezó a hablar con su habitual tono de orador—. Nuestra división acababa de llegar de Verdún, donde pasamos tres semanas terribles. En la carretera de Bras había un pequeño montículo. Al llegar allí teníamos que bajar a cada momento de los coches para empujarlos, porque el fango se oponía a nuestro avance. ¡Maldita sea! Aquello apestaba a demonios, porque las granadas, al estallar, removían el terreno lleno de *mackabbies*; como le llaman los *poilus*. Oye, Dook, ¿tienes dinero?

—No mucho —repuso Dook sin entusiasmo.

—Lo digo porque aquí sirven un estupendo champaña, y como soy el amo en este tabernucho te harían un buen descuento.

—Perfectamente.

Dan Cohan se volvió para decir unas palabras a Marie, quien desapareció riendo tras la cortina.

—Volviendo a lo de Chamfort, aquello fue mucho peor. Reinaba un nerviosismo general, porque se había recibido un mensaje de los alemanes avisando que nos daban tres días de tiempo para evacuar el hospital, transcurridos los cuales sembrarían el terreno de bombas.

—¿Eso hicieron los alemanes? ¡Bah! Estás bromeando —dijo Fuselli.

—Lo mismo hicieron en Souilly —afirmó Dook.

—¡Diablos, ya lo creo! Fue realmente cómico lo que sucedió allí. El hospital en cuestión estaba instalado en un gran edificio que parecía un hotel de Atlantic City. Teníamos la costumbre de dejar el coche en la parte trasera y dormir dentro de él. A ese hospital conducíamos a aquellos que sufrían de *shell-shock*^[5]. Casi todos eran muchachos asustados que temblaban continuamente y gritaban como locos. Otros estaban casi paralizados. Recuerdo a uno, que dormía en el ala opuesta al lugar ocupado por nuestro coche, a quien le dio por reír. Bill Rees estaba conmigo. Un día tendimos las mantas en el interior del vehículo y nos tumbamos. Pero de vez en cuando él o yo nos veíamos obligados a decir: «Es lo que llamo una broma pesada». Porque aquel hombre no cesaba un momento de reír, como si hubiese oído un chiste tan divertido que no le permitiese reprimir la carcajada. No era una risa de loco. Cuando la oí por primera vez creí que era un hombre normal, y su risa debió de ser contagiosa, pues reí también. Sólo que él dejó de reír. Bill Rees y yo seguíamos tumbados en el interior del coche. Estábamos temblando, porque en la lejanía se oía claramente el fuego de barrera, así como también el estruendo de alguna bomba de aviación. Y, dominando cualquier ruido, la risa incesante de aquel individuo, como si todo tuviese muchísima gracia. —Cohan bebió otro trago de champaña, inclinó la cabeza hacia un lado y añadió—: Aquella condenada risa duró hasta el mediodía siguiente. Para entonces, los practicantes del hospital se encargaron de acabar con él. Creo que le estrangularon.

Fuselli miraba hacia el otro extremo de la habitación. El individuo moreno que iba sin afeitar había iniciado un murmullo de protesta, apoyado por sus compañeros.

Fuselli pensaba que no le convenía la compañía de Cohan, un hombre que explicaba que los alemanes advertían con anticipación que iban a bombardear un hospital para que fuese posible la evacuación, un hombre a quien había juzgado un consejo de guerra. Podía comprometerle. Salió del café y se perdió en la oscuridad. Un airecillo húmedo soplaba por la calle y agitaba el reflejo de la luz en los charcos, produciendo un continuo rumor que no se sabía de dónde procedía.

Fuselli se dirigió de nuevo a la plaza principal. Miró con envidia al ventanal del *Cheval Blanc*, y vio cómo en su interior, en una habitación bien iluminada y pintada de blanco y dorado, unos oficiales jugaban al billar. Una muchacha que lucía una blusa de color de frambuesa estaba sentada en un alto taburete, tras el mostrador. Fuselli recordó al policía y se alejó apresuradamente. En cierta calleja, al otro lado de la plaza, se detuvo ante el escaparate de una pequeña tienda de comestibles y miró hacia dentro, teniendo buen cuidado de apartarse de la luz que iluminaba los guijarros cubiertos de hierba de la calle y el verde y el gris de las paredes de enfrente. Junto al mostrador había una muchacha. Apoyaba los pequeños pies calzados con zapatos

negros en ambos lados de un cajón lleno de rojas remolachas. Era baja y delgada. La luz de la bombilla brillaba sobre su negra cabellera. Fuselli no podía distinguir su rostro, que se hallaba en la sombra. Unos soldados se apoyaban torpemente en el mostrador y en el quicio de una puerta, sin dejar de mirar a la muchacha. Seguían sus movimientos, con los ojos, como un perro que mirara un plato de carne que alguien llevase de un lado a otro en el interior de una cocina.

Poco después, la muchacha enrolló su labor de punto y se puso en pie. Al hacerlo, la luz dio en su rostro. Éste era ovalado y muy blanco, con largas pestañas oscuras y una boca provocativa. Contempló a los soldados que la rodeaban, esbozó una sonrisa burlona y desapareció en la trastienda.

Fuselli anduvo hasta el final de la calle, en donde había una especie de riachuelo cruzado por un puente. Se apoyó en la fría barandilla de piedra y miró hacia abajo. El agua apenas era visible, pero se la oía deslizarse por entre el hielo de ambas orillas.

«¡Qué vida más cochina!», se dijo.

El aire frío le hizo estremecerse, pero siguió apoyado en la barandilla, mirando hacia abajo. A lo lejos resonaba el rumor incesante del tren, un rumor que infundía la más desoladora sensación de lejanía. Dieron las ocho en el reloj del pueblo. El toque de la campana resultó musical, como el sonido suave de una cuerda de guitarra. En la oscuridad, Fuselli creyó ver la cara de la muchacha, la mueca burlona de sus labios provocativos. Pensó en el cuartel, en tantos y tantos hombres sentados o tumbados sobre sus camastros. Le era imposible volver, al menos en aquellos momentos. Desde lo más íntimo de su ser deseaba tranquilidad, dulzura, sensaciones suaves... Volvió sobre sus pasos, y de nuevo recorrió la calle. Iba profiriendo juramentos con la más triste monotonía. Se detuvo ante la tienda de ultramarinos. Los soldados se habían marchado ya. Ladeó un poco su gorra, de forma que un mechón de su abundante pelo rizado le cayese sobre la frente, y entró decidido. Al abrir la puerta sonó una campanilla. La muchacha salió de la trastienda y le tendió una mano con indiferencia.

—*Comment ça va? Yvonne? Bon?* —dijo Fuselli.

Resultaba cómica su manera de chapurrear el francés. La muchacha esbozó una sonrisa que puso al descubierto unos dientecillos que parecían perlas.

—Bien —respondió en inglés.

Ambos rieron como niños.

—¿Me quieres por novio, Yvonne?

Ella le miró a los ojos y se echó a reír.

—*Non compris* —dijo luego.

—*Yo... Yo... Voulez-vous être ma fille?*

Ella se echó a reír y le dio unos golpecitos en la mejilla.

—*Venez* —dijo todavía riendo.

Fuselli la siguió. En la trastienda había una larga mesa de roble rodeada de sillas.

A un extremo de la misma estaba sentado Eisenstein, que charlaba animadamente con un soldado francés; ni siquiera se dio cuenta de quien entraba. Yvonne cogió al francés por los cabellos, le atrajo hacia sí y, riendo aún, repitió las palabras de Fuselli. El francés también se echó a reír. Luego, volviéndose a Fuselli, le dijo en inglés:

—Cuidado con tus palabras, muchacho.

Molesto, Fuselli adoptó una actitud ofendida y se sentó a un extremo de la mesa, sin apartar los ojos de Yvonne. La muchacha sacó del bolsillo del delantal su labor de punto, la cogió cómicamente con dos dedos, miró a un rincón oscuro de la habitación, en donde dormitaba una anciana tocada con una cofia de encajes, y se dejó caer sobre una silla exclamando:

—¡Patapum!

Fuselli rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Ella le imitó. Se sentaron, sin dejar de mirarse y sonreír, mientras Eisenstein y el francés seguían charlando. De pronto escuchó Fuselli una frase que le sorprendió:

—¿Qué haríais vosotros los americanos si en Francia estallase una revolución?

—Sólo lo que ordenase el Alto Mando —murmuró Eisenstein con amargura—. Al fin y al cabo, no somos más que una manada de esclavos.

Fuselli observó que la cara cetrina de Eisenstein enrojecía y que en sus ojos brillaba una extraña luz que nunca había visto hasta entonces.

—¿Qué es una revolución? —preguntó Fuselli sorprendido.

El francés volvió sus ojos negros y escrutadores hacia él.

—Me refiero a acabar de una vez con ésta carnicería, a derrocar al gobierno de capitalistas, a hacer la revolución social.

—Tengo entendido que en Francia existe ya la república.

—Una república como la vuestra.

—Hablas como un socialista —dijo Fuselli—. En América fusilan a quien se atreve a hablar así.

—¿Lo estás viendo? —dijo Eisenstein dirigiéndose al francés.

—¿Todos piensan igual?

—Menos unos cuantos. Créeme, esto no tiene arreglo —dijo Eisenstein escondiendo la cara entre las manos—. Algunas veces me dan tentaciones de pegarme un tiro.

—Siempre es mejor pegárselo a otro. Da resultados más positivos —repuso el francés.

Fuselli se estremeció en su silla.

—¿De dónde sacáis todas esas tonterías? —preguntó, mientras se decía mentalmente: «Un judío y un francés... Bonita combinación».

Miró a Yvonne, y ambos se echaron a reír. Yvonne le tiró el ovillo de lana, que cayó bajo la mesa, y ambos se agacharon para buscarlo debajo de las sillas.

—En dos ocasiones creí que estaba a punto de estallar la revolución —dijo el francés.

—¿En qué ocasiones?

—Hace poco, cuando salió una división para París, y cuando estaba en Verdún. ¡Bah! Estoy seguro de que estallará. Francia es el país de las revoluciones.

—Siempre estaremos aquí nosotros para sofocarla —dijo Eisenstein.

—Espera a que hayas estado en el frente. Un invierno en las trincheras predispone maravillosamente a un Ejército para hacer la revolución.

—Es imposible para nosotros llegar a conocer la verdad. Además, en la forzada tiranía del Ejército, un hombre se convierte en bestia o en el simple engranaje de una máquina inmensa. Recuerda que vosotros tenéis más libertad. Nosotros estamos todavía peor que los rusos.

—Es curioso. Siempre creí que erais la esencia de la civilización. He oído decir que los americanos son independientes y libres. ¿Por qué se dejan conducir pasivamente al matadero?

—No lo sé —repuso Eisenstein levantándose—. Bien, debemos volver al cuartel. ¿Vienes. Fuselli?

—Creo que sí —repuso Fuselli con indiferencia, sin levantarse.

Eisenstein y el francés salieron a la tienda.

—*Bonsoir* —dijo Fuselli dulcemente, apoyándose en la mesa para acercarse a la muchacha—. Adiós, nena.

Luego se inclinó sobre la mesa para llegar hasta ella, la abrazó y la besó. Toda sensación de prudencia había desaparecido ante la intensidad de su deseo.

Ella le apartó con un movimiento de sus pequeños y fuertes brazos.

—Cuidado —dijo en inglés, señalando con un movimiento de cabeza a la anciana que dormitaba en un rincón de la habitación. Por un momento quedaron inmóviles, el uno junto al otro, escuchando el jadeante ronquido de la durmiente.

Fuselli la abrazó otra vez y la besó largamente en los labios.

—*Demain* —dijo después.

Y ella asintió.

Fuselli salió al exterior. Andaba rápidamente por la oscura calleja. Sentía que la sangre corría con más fuerza por sus venas. Era feliz. Por fin alcanzó a Eisenstein.

—Oye, Eisenstein —dijo en tono de amable camaradería—, creo que no deberías hablar como lo dices. Te vas a meter en un lío de los gordos cualquier día de éstos...

—No me importa.

—Pero, chico, no creo que te interese una complicación de este estilo. Por decir menos de lo que tú has dicho hoy, han fusilado a muchos.

—Bueno. Que me fusilen.

—¡Por Cristo! ¡No seas idiota, hombre! —exclamó Fuselli nervioso.

—¿Qué edad tienes, Fuselli?

—Veinte años.

—Yo, treinta. Como ves, he vivido mucho más que tú. Sé lo que es bueno y lo que es malo. Y ésta carnicería me desagrada.

—Lo comprendo perfectamente. Es horrible. Pero ¿quién es responsable de ella? Si alguien hubiese matado al Káiser...

Eisenstein se echó a reír con amargura. A la entrada del campamento, Fuselli se detuvo un momento para ver cómo la pequeña figura de Eisenstein se perdía entre las sombras, con su peculiar modo de andar.

«Tendré que andarme con mucho cuidado al seleccionar mis compañías —se dijo—. Ese maldito judío, puede ser un espía alemán o un agente secreto.»

Se estremeció de miedo y olvidó su anterior sensación de dicha. Al andar, sus pies se hundían en los charcos y quebraban la capa de hielo que se había formado sobre ellos. Sintió como si muchas personas le espiasen entre las sombras, o como si le arrastrase un ser gigantesco que, con un puño cerrado sobre su cabeza, amenazase destrozarle.

—Oye, Bill, creo que he hecho una conquista en el pueblo.

—¿De quién se trata?

—De Yvonne... Pero guarda el secreto.

Bill Grey lanzó un leve y significativo silbido.

—Picas alto, Dan.

Fuselli produjo un ruido con los labios.

—Merezco lo mejor de lo mejor.

—Bien, lo que es yo, me voy —dijo Grey.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. No puedo soportar esta vida. Y no comprendo cómo puedes soportarla tú.

Fuselli no contestó. Se agitó entre las mantas tibias y agradables, pensando en cuando fuese cabo y... en Yvonne.

A la luz vacilante de la única bombilla, que formaba un pequeño círculo rojizo en el salón de la estación, Fuselli miró su permiso. Desde el toque de diana del día 4 de febrero hasta el toque de diana del día 5 del mismo mes, podía considerarse un hombre libre. Tenía los ojos todavía velados por el sueño, mientras caminaba de un lado a otro por el frío andén de aquella estación. Durante veinticuatro horas no tendría que obedecer órdenes de nadie. A pesar de su soledad, a pesar de tomar un tren en una noche fría y en un país extraño, Fuselli era feliz. Hizo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo.

Súbitamente apareció sobre la vía una luz roja que fue acercándose paulatinamente. Se oyó el ronco trepidar de la máquina, que pasó lentamente junto a

Fuselli, luciendo sus brillantes curvas. En la garita del maquinista, un hombre con los brazos desnudos y negros de carbón miró hacia fuera. La plataforma estaba iluminada por una luz amarillo rojiza que procedía del interior. Desfilaron los vagones de carga repletos de fusiles con los cañones hacia arriba, como los hocicos de los perros de caza. De vez en cuando surgía entre ellos la cabeza de un hombre. El tren casi se había detenido. Los vagones crujieron al chocar levemente unos contra otros. Fuselli vio frente a él un par de ojos y una mano saludándole.

—Adiós, amigo —murmuró una voz juvenil—. No comprendo qué diablo estás haciendo aquí, pero, de todas formas, adiós, y buena suerte.

—Adiós —repuso Fuselli—. ¿Vais al frente?

—¡Por todos los diablos, que has acertado! —murmuró otra voz.

El tren volvió a emprender la marcha. Cesó el entrechocar de los vagones, y pocos momentos después Fuselli los perdía de vista. La estación quedó otra vez oscura y vacía. Vio cómo la luz roja se iba haciendo cada vez más pequeña hasta desaparecer por completo en la oscuridad.

Cuando Fuselli bajó aquella tarde las escalinatas del palacio y se encontró en la calle bañada de sol, se sentía maravillado. En su mente se confundían la extraña visión de los brocados de oro, las sedas verdes y purpúreas y los complicados dibujos de amorcillos desnudos y rosados. El recuerdo de unos nombres —Napoleón, Josefina, el Imperio...—, que en otro tiempo nada significaron para él, brillaba fantásticamente en su imaginación como si fueran estatuas vivientes en el escenario de un teatro de *vaudeville*.

—Sin duda, esa gente debió de ser muy rica —dijo un soldado de aviación que estaba a su lado—. ¿Echamos un trago?

Fuselli estaba silencioso, absorto en sus pensamientos. Cuanto acababa de ver era como un suplemento obligado a sus antiguas visiones de gloria y de poder de las que en otro tiempo, al contemplar el ir y venir de los grandes transatlánticos, radiantes de luces, por la Golden Gate, hablaba con su amigo Al.

—No parecían tener reparo en rodearse de mujeres desnudas, ¿verdad? —dijo el soldado de aviación, un individuo de cara desagradable y peor conversación, que en otro tiempo trabajó en el ramo de la lana.

—¿Encuentras eso reprochable? —preguntó Fuselli.

—No, no, claro que no... —repuso el otro—. Según dicen, esa gente era inmoral —añadió vagamente.

Recorrieron con aire indiferente las calles de Fontainebleau; contemplaron los escaparates, miraron a las mujeres y se sentaron en los bancos del parque. En el atardecer, los rayos del sol, al filtrarse por entre las ramas de los árboles, formaban encajes purpúreos, carmesíes y amarillos que proyectaban sombras grisáceas en el asfalto.

—¿Echamos otro trago? —preguntó el soldado de aviación.

Fuselli miró el reloj. Aún faltaban algunas horas para coger el tren. Una muchacha que llevaba una blusa arrugada y sucia pasó un trapo sobre la mesa.

—*Vin blanc* —pidió el compañero de Fuselli.

—*Même chose* —dijo éste.

Su cabeza estaba llena de molduras doradas y verdes, de sedas, de terciopelos purpúreos y de complicados dibujos, entre los que sobresalían amorcillos de carne rosada en atrevidas posiciones.

«Algún día —pensó Fuselli— ganaré mucho dinero y podré vivir en una casa así, con Mabe... No, con Yvonne... o con otra cualquiera.»

—Ciertamente, aquella gente no sabía lo que era moralidad —dijo el soldado de aviación mirando a la muchacha de la blusa sucia.

Fuselli recordó una escena de cierta película titulada *Quo vadis?*, que representaba una bacanal. Muchas personas vestidas como si acabaran de salir del baño, con grandes copas en la mano, se movían de un lado para otro, volcando a su paso mesas cubiertas de manjares.

—Coñac, *beaucoup* —pidió el soldado de aviación.

—*Même chose* —dijo Fuselli.

—Hola, Fuselli —murmuró una voz junto a él.

Se hallaba de nuevo en el tren. Le zumbaban los oídos y le parecía que una tira de hierro oprimía sus sienas. Una pequeña bombilla que pendía del techo era lo único que iluminaba el lugar.

En el primer momento creyó Fuselli que la bombilla, que oscilaba ligeramente, era una carpa dorada metida en una pecera. Pero, naturalmente, se equivocaba. Era una bombilla que se movía en el techo.

—¡Hola, Fuselli! —dijo Eisenstein—. ¿Cómo te sientes?

—Perfectamente —repuso Fuselli con voz recia—. ¿Por qué no?

—¿Qué te pareció la casa?

—¡Por todos los diablos, no sé qué responder! Tengo sueño —murmuró Fuselli.

Su cabeza era un caos. Recordaba amplios salones, sedas verdes y doradas y grandes lechos con una corona en los que durmieron Josefina y Napoleón. ¿Quiénes habrían sido estas dos personas? ¡Ah, sí! El Imperio. ¿O tal vez la Abdicación? Seguía viendo guirnaldas de flores, de frutas y de amorcillos, un corredor oscuro, una escalera que olía a humedad y en la que cayeron él y el sargento de aviación... Aún no se había borrado de su memoria la impresión que sintió al rozar la roja alfombra que había en la escalera, ni la visión de las mujeres semidesnudas... ¿O es que éstas no existieron más que en los cuadros de la pared? Recordaba también un lecho rodeado de espejos. Abrió los ojos lentamente. Eisenstein le estaba hablando tal vez desde hacía rato.

—Mi opinión es que un hombre necesita un poco de eso si quiere mantenerse en buena salud. Ahora bien, si es abstemio y tiene cuidado de...

Fuselli se quedó dormido. De pronto le despertó una idea: tenía que pedir prestado a alguien aquel pequeño libro azul que contenía el reglamento del soldado. Siempre le sería útil conocerlo, por si algo sucedía. El cabo que estuvo en el campamento de Red Sox había sido trasladado a un hospital, porque, según el sargento Olster, estaba tuberculoso. Tendrían que nombrar un nuevo cabo. Contempló fijamente la bombilla que oscilaba en el techo.

—¿Quién te facilitó el permiso? —preguntó Eisenstein.

—¡Oh! El sargento se las ingenió para conseguirlo —respondió Fuselli con aire de misterio.

—Te llevas muy bien con el sargento, ¿verdad? —preguntó Eisenstein. Fuselli sonrió—. ¿Conoces a un muchacho llamado Stockton?

—¿El jovencito de rostro pálido que presta servicio en las oficinas instaladas al otro extremo del cuartel?

—Él mismo —respondió Eisenstein—. Me gustaría hacer algo por ayudarlo. No puede soportar la disciplina. Tendrías que ver su rostro cuando el sargento pelirrojo que allí tienen empieza a chillar. El muchacho parece más enfermo cada día.

—Pues su enchufe no es tan malo que digamos —dijo Fuselli.

—Crees que es muy sencillo, ¿verdad? Anteayer trabajé doce horas redactando informes —dijo Eisenstein indignado—. Pero el caso de ese muchacho es distinto. Todos se meten con él por un motivo u otro. La verdad es que no puedo soportar más tiempo el espectáculo. Debería estar en su casa, por no decir en la escuela.

—No le queda más remedio que aguantarse.

—Espera a que estemos en las trincheras y sepas lo que es ésta carnicería. También tendrás que aguantarte tú —dijo Eisenstein.

—¡Idiota! —murmuró Fuselli, y de nuevo se dispuso a dormir.

El sonido de la corneta hizo que Fuselli, todavía medio dormido, saltase del camastro.

—Bill, me duele la cabeza otra vez.

Bill no respondió. Sólo entonces notó Fuselli que en el camastro vecino no había nadie. Las mantas estaban cuidadosamente dobladas a los pies. Sintió un súbito pánico. Estaba seguro de que no podría acostumbrarse a la ausencia de Bill. ¿Con quién salir en adelante? Miró fijamente el camastro vacío.

—¡Fir... mes!

La compañía entera había formado en la oscuridad. Los pies se hundían en el fango. El teniente pasó revista. La parte trasera de su abrigo oscilaba al andar. Llevaba en la mano una linterna con la cual iluminaba los troncos húmedos de los árboles, las caras de los soldados, sus pies y los charcos del suelo.

—Si alguno de vosotros conoce el paradero del soldado de primera William Grey, que lo diga. De otro modo nos veremos obligados a declararle desertor. ¿Sabéis lo que eso quiere decir?

El teniente habló haciendo pequeñas pausas entre las frases, que resultaban glaciales. Al final, cada una se truncaba duramente, como cortada con un hacha.

Nadie respondió.

—Tal vez tenga permiso... —dijo alguien que estaba detrás de Fuselli.

—Además, he de daros otra noticia —dijo el teniente con naturalidad—. Fuselli, soldado de primera hasta hoy, queda ascendido a cabo.

Fuselli sintió que le temblaban las rodillas. Tenía ganas de cantar y de bailar. Se alegró de que aún fuese de noche, porque así nadie podría ver lo nervioso que estaba.

—Sargento, puede dar orden de que rompan filas —dijo el teniente recuperando su habitual tono militar.

—¡Rompan fi... las! —gritó jovialmente el sargento.

En grupos, hablando en voz baja, comentando animadamente los últimos sucesos, la compañía avanzó por el camino sembrado de charcos que conducía al comedor.

IV

Yvonne hizo saltar la tortilla en el aire. Cuando la tuvo de nuevo en la sartén, cogió ésta con una mano y se acercó a la luz. Tenía detrás el fogón oscuro, y encima una hilera de cacharros de bronce que brillaban en la oscuridad casi azulada. Sacó después la tortilla de la sartén y la colocó en la blanca fuente que había en el centro de la mesa, en donde daba de lleno la luz amarillenta de una lámpara.

—*Tiens* —dijo, apartando con la mano unos cabellos que se obstinaban en caer sobre su frente.

—Eres una estupenda cocinera —dijo Fuselli levantándose. Había estado hasta entonces sentado en una silla al otro lado del fogón, contemplando el cuerpecillo frágil de Yvonne que, en su traje negro y su delantal azul, se movía de un lado para otro, dentro y fuera del área luminosa, para preparar la cena. En la cocina olía a manteca derretida y a pimienta. A Fuselli se le hacía la boca agua.

«Esto sí que está bien —se dijo—. Es como si estuviese de nuevo en el hogar.»

Tenía las manos en los bolsillos y la cabeza erguida. Vio cómo Yvonne cortaba el pan, apoyándolo en el pecho. Luego se sacudió las migajas con una de sus manos finas y blancas.

—Eres mi novia, ¿verdad, Yvonne? —dijo Fuselli intentando abrazarla.

—*Sale bete!* —murmuró ella riendo y desasiéndose.

Sonaron unos pasos, y otra muchacha entró en la cocina. Era muy delgada, y tenía el cutis amarillento, la nariz afilada y los dientes largos.

—*Ma cousine... Mon petit américain.*

Ambas se echaron a reír. Fuselli enrojeció y estrechó la mano de la recién llegada.

—*Il est beau, hein?* —dijo Yvonne ceñudamente.

—*Mais, ma petite, il est charmant, votre américain.*

Volvieron a reír. Fuselli, que no había, entendido nada, se rió también, mientras pensaba: «Si no se sientan pronto se enfriará la cena».

—Ve a buscar a maman Dan —dijo Yvonne.

Fuselli se dirigió a la tienda, atravesando la habitación de la mesa de roble. A la luz de la cocina descubrió la cofia de encaje blanco de la anciana. El rostro quedaba en la sombra, pero sus ojillos brillaban como dos abalorios.

—La cena está servida, señora —gritó.

Gruñendo con su débil voz cascada, la anciana le siguió hasta la oficina. El humo que salía de la gran sopera, y que la luz de la lámpara hacía dorado, subía hasta el techo en forma de espiral. Sobre la mesa habían extendido un mantel muy blanco, y a un extremo de él habían colocado un pan. Los platos, con sus pequeñas guirnalda de rosas, eran para Fuselli, después de la experiencia del comedor del cuartel, los más bellos del mundo. La botella de vino que estaba junto a la sopera era oscura, y el vino

con que habían llenado los vasos reflejaba sobre el mantel una mancha de color de púrpura.

Silenciosamente, Fuselli se tomó la sopa. No entendía nada de lo que parloteaban las dos muchachas en francés. La anciana apenas hablaba, y cuando lo hacía, una de las jóvenes la interrumpía con una observación tajante y seguía hablando con la otra.

Fuselli pensaba en los hombres que se alineaban ante el oscuro comedor y en el sonido peculiar del rancho al caer en las cazuelas. Se le ocurrió una idea: tenía que presentar a Yvonne al brigada. Podían invitarle a cenar cualquier día. «Me conviene estar bien con él», pensó. Su nombramiento le preocupaba. Actuaba ya de cabo, pero aún no se había recibido confirmación oficial.

Empezó a comer la tortilla.

—Estupendamente *bon* —dijo con la boca llena dirigiéndose a Yvonne.

Ella le miró con fijeza.

—*Bon, bon* —dijo él de nuevo.

—Tú, Dan, tú *bon* —repuso ella, y se echó a reír. Su prima los miró con envidia, entreabriendo los labios en una sonrisa.

La anciana mascaba el pan con silenciosa preocupación.

—Hay alguien en la tienda —dijo Fuselli tras una larga pausa—. *J'irai*.

Puso la servilleta en la mesa y salió, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Eisenstein y un muchachito de cara muy pálida acababan de entrar.

—¡Hola! ¿Te has hecho cargo de la tienda? —preguntó Eisenstein.

—Naturalmente —dijo Fuselli con orgullo.

—¿Tienes chocolate? —preguntó el joven pálido con voz débil y tímida.

Fuselli, después de buscar en los estantes, cogió una tableta de chocolate y la puso sobre el mostrador.

—¿Algo más?

—No, gracias, cabo. ¿Qué vale eso?

Silbando *Hay un largo, un larguísimo trecho...*, Fuselli entró en la habitación contigua.

—*Combien chocolat?* —inquirió.

Cuando hubo cobrado, se sentó de nuevo a la mesa y sonrió dándose importancia. Tenía que escribirle a Al y contarle todo aquello. Aunque, ¡quién sabe! Tal vez Al hubiese sido ya movilizad.

Después de cenar, las mujeres charlaron animadamente mientras tomaban el café. Fuselli estaba algo nervioso. Su permiso terminaba a las doce, y eran casi las diez. Intentó mirar a Yvonne a los ojos, pero no pudo. La muchacha iba de un lado a otro de la cocina arreglando las cosas para la noche; ni siquiera parecía recordar su presencia. Por fin la anciana se dirigió a la tienda, y se oyó el chirriar de una llave en la cerradura. Cuando volvió a entrar, Fuselli dio a todos las buenas noches y salió por

la puerta trasera que daba al patio.

Algo deprimido, se apoyó en uno de los muros y aguardó en la oscuridad, escuchando los ruidos que procedían del interior. Un rayo de luz anaranjada que salía de una ventana iluminaba un espacio del suelo y los guijarros que en él había. Vio cómo unas sombras cruzaban el espacio luminoso. Luego, arriba, en otra ventana, se encendió también una luz, que iluminó las tejas del techo de la casa vecina, harto deterioradas. Se abrió el ancho portalón de piedra, y Fuselli pudo ver a Yvonne y a su prima, que charlaban animadamente. Fuselli se había escondido tras un tonel de grandes dimensiones que olía agradablemente a madera vieja impregnada de vino. Vio sobre las piedras la sombra de las dos muchachas y observó cómo finalmente las dos cabezas, cuya sombra también se proyectaba en el suelo, se juntaban. La prima salió a la calle solitaria. Pronto se extinguieron sus rápidos pasos. La sombra de Yvonne siguió junto a la puerta.

—Dan... —murmuró dulcemente.

Fuselli salió de su escondite sintiendo un estremecimiento de dicha. Yvonne señaló sus zapatos. Él se los quitó y los dejó junto a la puerta. Miró el reloj. Eran las once menos cuarto.

—*Viens* —dijo ella.

Fuselli la siguió por la empinada escalera. Las rodillas le temblaban ligeramente a causa de su excitación.

Apenas habían dado las doce en el viejo reloj del pueblo, cuando Fuselli atravesó la puerta del cuartel después de mostrar su permiso al centinela. Luego se encaminó hacia el pabellón que ocupaba. El interior estaba oscuro como boca de lobo, y se oía el eco de muchas respiraciones y algún que otro ronquido. Los uniformes de lana olían profundamente a sudor. Fuselli se desnudó sin prisa y estiró los brazos. Luego se tapó bien con las mantas. Estaba fatigado y tenía mucho frío. Pero se durmió con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Las compañías estaban alineadas, dispuestas para el toque de retreta, tiesos todos como soldaditos de plomo. El atardecer era casi caluroso. Una brisa ligera y primaveral jugueteaba con los pimpollos de los plátanos. El cielo tenía un extraño color violado. La sangre parecía correr más aprisa, casi dolorosamente, por los brazos y las piernas tensos de los soldados. Las voces de mando eran especialmente duras y metálicas, pues se rumoreaba que iba a presentarse un general en el campamento. Las órdenes se daban en tono violento.

De pie, tras la línea formada por su compañía, estaba Fuselli. Tanto ensanchó el pecho que los botones de su guerrera parecían a punto de saltar. Llevaba las botas bien lustradas y un par de bandas flamantes, tan apretadas a los tobillos que éstos casi le dolían.

Al fin, un toque de corneta rompió el silencio del campamento.

—¡Descansen ar... mas! —gritó el teniente.

Fuselli estaba saturado del reglamento militar que tanto estudió durante la última semana. Pensaba en un examen imaginario para llegar a ser cabo definitivamente. Porque lo lograría, sin duda.

Cuando fue dada la orden de romper filas, se acercó al brigada y le dijo familiarmente:

—Brigada, ¿tiene algo que hacer esta noche?

—¿Qué puede hacer un hombre cuando no tiene un céntimo? —preguntó el brigada.

—Acompáñeme al pueblo. Me gustaría presentarle a alguien.

—¡Estupendo!

—Brigada, ¿sabe si han enviado ya mi nombramiento?

—No, todavía no, Fuselli —repuso el brigada—. Pero lo mandarán —añadió como queriendo darle ánimos.

En silencio se encaminaron al pueblo. El atardecer tenía reflejos de plata y tonalidades violadas. Las pocas ventanas que estaban todavía iluminadas en las viejas casas de fachada verde gris adquirirían un tono anaranjado.

—Seguramente lo mandarán, ¿verdad?

Un coche militar pasó junto a ellos y les salpicó de barro. Distinguieron las siluetas de unos oficiales reclinados sobre los asientos.

—Claro que sí —repuso el brigada con su benevolencia característica.

Habían llegado a la plaza. Saludaron rígidamente a dos oficiales que acababan de pasar por su lado.

—¿Qué dice el reglamento sobre la posibilidad de casarse con una chica francesa? —preguntó Fuselli de pronto.

—No pensarás dejarte cazar, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió Fuselli ruborizándose—. Sólo deseaba saber lo que exige en ese caso.

—Que yo sepa, nada más que el permiso del comandante.

Se habían detenido ante la tienda. Fuselli se acercó a la ventana y miró al interior. Estaba lleno de soldados que se apoyaban en las paredes y en el mostrador. En medio de ellos, haciendo punto, se hallaba Yvonne.

—Vamos a echar un trago y luego volveremos por aquí —dijo Fuselli.

Fueron al café presidido por Marie, la de los blancos brazos. Fuselli pagó dos ponches de ron caliente.

—El caso es, brigada —dijo en tono confidencial—, que escribí a los míos que me habían hecho cabo, y ahora sería ridículo tener que rectificar.

El brigada bebía a pequeños sorbos el ardiente líquido. Se volvió a Fuselli, sonrió

y apoyó paternalmente una de sus manos sobre las rodillas del muchacho.

—No tienes por qué preocuparte. Lo tengo todo arreglado y no puede fallar —dijo, y añadió jovialmente—: Vamos ahora a ver a la chica.

Atravesaron las calles desiertas. La atmósfera, a pesar del olor a gasolina quemada y a campamento de soldados, estaba saturada de un perfume suave, tal vez a setas, quizás a primavera...

Yvonne se hallaba sentada en la tienda, bajo la lámpara central. Tenía los pies apoyados en un cajón lleno de latas de guisantes, y bostezaba tristemente. Tras ella, y sobre el mostrador, había una gran urna de cristal en cuyo interior podían verse quesos variados, unos amarillos y otros de color blanco verdoso. En los estantes, que casi rozaban el techo, brillaban en la oscuridad los tarros grandes y pequeños, las largas hileras de latas perfectamente colocadas, los frascos de cristal, las verduras... En un rincón, junto a la puerta ornada de cortinas que daba a la trastienda, colgaban embutidos grandes y pequeños, rojos, amarillos y moteados. Al ver entrar a Fuselli en compañía del brigada, Yvonne se levantó de un salto.

—¡Qué bueno eres! —exclamó—. *Je mourrais de cafará.*

Los tres se echaron a reír.

—¿Sabes lo que quiere decir la palabra *cafará*?

—Naturalmente.

—Sólo desde que tenemos guerra. *Avant la guerre on ne savait pas ce que c'était le cafará.* La guerra es detestable.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo Fuselli dirigiéndose al brigada—. Todavía no ha llegado a entender bien lo que es la guerra.

—No te preocupes. Llegará un día en que todos lo sabremos —dijo el brigada en tono sentencioso.

—Éste es el brigada, Yvonne —dijo Fuselli

—*Oui, oui, je sais* —repuso Yvonne sonriendo.

Se sentaron en la trastienda, bebiendo vino blanco y charlando lo mejor con Yvonne, que estaba muy linda con su vestido negro y el delantal azul, sentada en una silla y con los pies, enfundados en pequeñas zapatillas, muy juntos.

De vez en cuando, los ojos de la muchacha se fijaban con insistencia en los complicados galones que el brigada lucía en su brazo.

Fuselli entró en la tienda silbando familiarmente, pero al abrir la puerta de la habitación interior su silbido cesó bruscamente.

—¡Hola! —dijo en tono enojado.

—¡Hola, cabo! —repuso Eisenstein.

Éste, su amigo el soldado francés, un hombre flaco de barba negra y ojos oscuros y ardientes, y Stockton, el muchacho pálido, estaban sentados ante la gran mesa que casi llenaba la habitación, charlando íntima y alegremente con Yvonne. Ésta se

hallaba apoyada en la pared amarillenta, detrás del francés, y al reír mostraba sus dientecillos como perlas. En medio de la mesa de roble había un jarrón con jacintos y algunos vasos que contuvieron vino. El calor de la próxima cocina hacía más penetrante el perfume de los jacintos, que saturaba por completo la atmósfera.

Tras unos segundos de vacilación, Fuselli se sentó para aguardar a que los otros se marcharan. Hacía muchos días que había cobrado la última paga, de modo que tenía los bolsillos vacíos. No podía ir a ningún otro lugar.

—¿Qué tal te tratan ahora, muchacho? —preguntó Eisenstein a Stockton después de una pausa.

—Como siempre —murmuró Stockton con su débil voz, tartamudeando un poco—. Algunas veces desearía morir.

—¡Bah! —dijo Eisenstein con una comprensiva expresión en su flácido rostro—. Un día u otro nos quitaremos el uniforme.

—Yo no tendré esa suerte —dijo Stockton.

—¡Diablos! —exclamó Eisenstein—. Tienes que hacer lo posible por animarte. Yo creí morir en el barco que nos trajo al continente. Y también de niño, cuando llegué a América con los emigrados polacos, creí que iba a morir. Pero un hombre siempre puede resistir muchas más cosas de las que se cree capaz. Nunca creí que podría soportar el Ejército, la esclavitud, etc., y aquí estoy. No. Vivirás muchos años y serás muy feliz. —Apoyó una mano en el hombro de Stockton, que frunció el ceño y apartó la silla—. ¿Por qué has hecho eso? No pienso hacerte daño —dijo Eisenstein.

Aun a pesar, Fuselli los miró con interés.

—Te diré lo que deberías hacer, muchacho —dijo en tono condescendiente—. Conseguir el traslado a nuestra compañía. Un buen grupo, ¿verdad, Eisenstein? Magníficos chicos todos, y un estupendo brigada.

—El brigada a que te refieres estuvo aquí hace pocos minutos.

—¿De veras? —preguntó Fuselli—. ¿Sabes hacia dónde se dirigía?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

Yvonne charlaba en voz baja con el soldado francés y ambos reían de vez en cuando. Fuselli se recostó en la silla y los miró, deseando entender bien el francés para saber lo que decían en aquellos momentos. Golpeó el suelo con los pies en todas direcciones, furiosamente. Contempló el ramo de blancos jacintos, y pensó en los escaparates de las tiendas de flores de su ciudad, en las fiestas de Pascua, y en el ruido y la animación de las calles de San Francisco. «¡Diablos, cómo odio este agujero!», se dijo. Y, en todo caso, Yvonne era la mujer ideal. ¡Si pudiera tenerla para él solo! ¡Si pudiera llevársela lejos de allí, separarla de los demás hombres, de aquel maldito francés, incluso de su anciana madre! Pensó en la posibilidad de llevar a Yvonne al teatro. Cuando llegase a sargento podría hacerlo fácilmente. Contó los

meses. Estaban en marzo. Hacía cinco meses que se encontraba en Europa y sólo era cabo. Es decir, oficialmente ni eso. Apretó los puños. Cuando llegase a sargento todo iría mucho más deprisa. Este pensamiento le consoló.

Se acercó a la mesa y olió ruidosamente los jacintos.

—Huelen muy bien —dijo—. ¿Qué te parece, Yvonne?

Yvonne le miró como si hubiese olvidado que él se hallaba en la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Fuselli, y se echó a reír. La mirada bastó para reanimar a Fuselli, que volvió a recostarse en la silla y miró con un reconfortante aire de posesión la silueta flexible vestida de negro y la cabecita cuidadosamente peinada.

—Yvonne, ven un momento —dijo haciéndole señas con la cabeza.

Yvonne miró provocativamente al francés y luego a Fuselli. Después se acercó a éste y permaneció de pie junto a él:

—*Que voulez-vous?*

Fuselli miró a Eisenstein. Éste y Stockton discutían animadamente con el francés. Fuselli oyó aquella estúpida palabra que siempre, sin saber por qué, tenía la virtud de encolerizarle: «Revolución».

—Yvonne, ¿qué te parecería si nos casáramos?

—*Mariés? Toi et moi?* —preguntó Yvonne sorprendida.

—*Oui, oui.*

La joven le miró a los ojos durante un momento. Después echó hacia atrás la cabeza y lanzó una histérica carcajada.

Fuselli enrojeció intensamente, se levantó y salió dando un portazo que hizo retemblar los cristales. Volvió rápidamente al campamento. Una larga hilera de camiones grises, que avanzaban lentamente por la calle principal, iluminando cada uno con su foco amarillo la parte trasera del que iba delante, le salpicó repetidamente de barro. El cuartel estaba oscuro y casi vacío. Fuselli se sentó ante la mesa del sargento, cogió el Reglamento del Ejército y se puso a estudiar página tras página con verdadero ahínco.

La luna brillaba sobre la fuente que había en la plaza principal del pueblo. La noche era cálida y oscura. Algunas nubes cruzaban el cielo, y a través de ellas brillaba la luna como tras un palio de seda transparente.

Fuselli se detuvo junto a la fuente, fumando un cigarrillo y mirando al otro lado de la plaza, hacia las amarillas ventanas del *Cheval Blanc*, desde donde llegaba hasta él el rumor de voces y el chocar de unas bolas de billar.

Permaneció inmóvil, dejando que el humo acre del cigarrillo saliese libremente por su nariz. El cantarino rumor de la fuente llenaba sus oídos. Soplaban una ligera brisa del oeste, con ráfagas unas veces cálidas y otras heladas. Fuselli esperaba. De vez en cuando sacaba el reloj para consultar la hora, pero la luz era demasiado escasa. En el viejo campanario de la iglesia sonó por fin una campanada como una nota

truncada. Debían ser las diez y media.

Fuselli se dirigió lentamente a la calle donde estaba situada la tienda de Yvonne. La pálida luz de la luna iluminaba las casas grisáceas, los postigos cerrados de las ventanas y los tejados rojos salpicados de pequeñas vigas y claraboyas. Fuselli se sentía deliciosamente en paz con el mundo. Incluso creía sentir entre sus brazos el cuerpo de Yvonne. Sonrió al recordar las encantadoras muecas que ella solía hacerle. Pasó ante las ventanas y la puerta de la tienda, y se dirigió hacia la parte más oscura, donde estaba situada la puerta que daba al patio. Caminaba de puntillas, sigilosamente, pegado a la pared cubierta de musgo, porque había oído el rumor de unas voces en el patio. Miró hacia el edificio y vio que había un grupo de personas a la puerta de la cocina. Volvió a buscar amparo en las sombras. Tuvo tiempo de distinguir el tonel que había cerca de la cocina y que otras veces le había servido de escondrijo. Si lograba llegar hasta allí, se ocultaría hasta que toda aquella gente se marchase.

Aprovechando la oscuridad, fue dando la vuelta al patio y llegó al extremo opuesto. Cuando iba a esconderse tras el tonel se dio cuenta de que el lugar estaba ocupado. Otra persona había llegado antes que él. Contuvo la respiración. Su corazón latía fuertemente. El desconocido se volvió, y, a pesar de la oscuridad, Fuselli reconoció la cara redonda del brigada.

—A ver si te estás quieto de una vez —murmuró el brigada en tono desabrido.

Fuselli obedeció con los puños crispados. Sentía como si toda la sangre de su cuerpo afluyese a su cerebro, y produjese en él un extraño hormigueo.

Pero, a pesar de todo, el brigada era el brigada, y de nada le serviría ponerse a mal con él. Con paso de autómata, Fuselli se retiró a un extremo del patio, se apoyó en una pared húmeda y miró atentamente a las dos mujeres que charlaban a la puerta de la cocina y la sombra oscura que se hallaba tras el tonel. Sonaron unos besos. Las mujeres partieron. La puerta de la cocina se cerró. En el campanario de la iglesia sonaron triste y gravemente once campanadas. Cuando la última se hubo extinguido, Fuselli oyó unos discretos golpecillos y distinguió la silueta del brigada junto a la puerta. Después le vio entrar y oyó que murmuraba algo con su habitual tono amable. Yvonne se rió. La puerta se cerró, y el patio quedó iluminado sólo por el pálido reflejo del cielo.

Fuselli salió de allí haciendo todo el ruido que le fue posible al pisar el empedrado de guijarros. Las calles del poblado estaban silenciosas a la luz de la luna. En la plaza, el rumor de la fuente era ahora metálico y casi estridente. Mostró su permiso al centinela y penetró sombríamente en el cuartel. A la puerta tropezó con un individuo que llevaba una mochila al hombro.

—¡Hola, Fuselli! —murmuró una voz conocida—. ¿Está ahí todavía mi antiguo camastro?

—¿Qué diablos sé yo? —respondió Fuselli—. Creí que te habían enviado a casa.

El cabo que había estado en Red Sox repuso después de uno de sus acostumbrados ataques de tos:

—Nada de eso. Me detuvieron en el maldito hospital unos días hasta que se convencieron de que no iba a morir enseguida. Entonces me ordenaron volver. Y aquí me tenéis otra vez.

—Pero ¿no te han licenciado? —preguntó Fuselli con súbita ansiedad.

—Nada de eso. ¿Para qué? Supongo que... Bueno, me imagino que no habrán nombrado aquí un nuevo cabo, ¿verdad?

—No, no exactamente —contestó Fuselli.

V

De pie junto a la puerta que daba acceso al cuartel, Meadville contemplaba el desfile de los camiones por el camino principal. Los grises vehículos salpicados de barro avanzaban con dificultad, hundiéndose a menudo en los charcos. Formaban una hilera interminable, que por un lado se perdía en el poblado y por el otro en el extremo de la carretera.

Meadville escupió en mitad del camino y se volvió hacia el cabo que estuvo en Red Sox para decir:

—Que me ahorquen si esto no significa que algo fuerte se prepara.

—¡Y tan fuerte! —respondió el cabo afirmando con la cabeza—. ¿Has visto a Daniels, el chico que acaba de llegar del frente?

—No.

—Dice que se han desatado allí todas las furias del infierno. Todas las furias del infierno.

—¿Qué ha podido suceder? Menos mal que al fin tendremos un poco de jaleo —dijo Meadville haciendo un guiño picaresco—. ¡Por todos los diablos! Daría la mejor yegua de mi rancho con tal de entrar en acción.

—¿Pero tú tienes un rancho? —preguntó el cabo.

Los camiones seguían pasando monótonamente. Los conductores estaban tan cubiertos de barro que ni siquiera podía distinguirse con claridad el uniforme que llevaban.

—Pues, ¿qué te creías? ¿Que era un dependiente de ultramarinos?

Fuselli pasó junto a ellos; evidentemente, se dirigía al pueblo.

—Oye, Fuselli —gritó Meadville—. Dice el cabo que va a haber jaleo. Tal vez podamos aún conocer el olor de la pólvora.

Fuselli se detuvo y se acercó a ellos.

—El pobre Bill Grey debe de conocer de sobra ese olor —dijo.

—¡Ojalá me hubiese ido con él! —exclamó Meadville—. Si no nos trasladan pronto, creo que aprovecharé el buen tiempo para imitarle.

—Es arriesgada la aventura.

—¡Ésa sí que es buena! También será arriesgado estar en las trincheras. ¿O es que crees que vas a quedarte aquí siempre, cómodamente instalado?

—Nada de eso. Mi deseo es marchar al frente. No quiero quedarme en este agujero.

—¿Y bien?

—Pero nada sacaremos con precipitar los acontecimientos. Es mejor resignarse y cumplir el reglamento, siempre que sea posible.

—¿Qué sacaremos con ello? No creo que podamos volver antes a casa —dijo el

cabo.

—¡Atiza! ¿Y tú hablas así? ¿Tú, un cabo?

El ruido de una nueva columna motorizada que pasaba junto a ellos interrumpió la conversación.

Fuselli colocaba medicamentos en el interior de una caja. Estaba en un amplio almacén repleto de bultos, en donde la atmósfera estaba muy cargada. Por los cierres metálicos se filtraba un poco el sol, única luz que iluminaba el recinto. Fuselli oyó que Daniels decía a Meadville, su más próximo compañero de trabajo:

—Lo peor de todo son los gases. He visto a unos muchachos con los brazos llenos de ampollas e hinchados hasta el doble de su tamaño. Le llaman «gas mostaza»^[6].

—¿Y tú cómo ingresaste en el hospital? ¿Qué tuviste? —preguntó Meadville.

—Sólo una pulmonía —dijo Daniels—. Pero un amigo mío quedó partido en dos por el casco de una granada. Estaba junto a mí, tan cerca como tú estás ahora, silbando por lo bajo el *Tipperary*, cuando de repente sonó una detonación, vi un charco de sangre... y allí estaba él, con el torso partido y la cabeza colgando como sujeta por un hilo.

Meadville cambió de lado el tabaco que estaba masticando y escupió sobre el suelo cubierto de aserrín. Los hombres que trabajaban cerca de Daniels interrumpieron su trabajo para mirarle con admiración.

—Y bien, ¿qué crees tú que va a pasar ahora en el frente? —preguntó Meadville.

—Que me ahorquen si lo sé —respondió Daniels—. Sólo puedo decir que el maldito hospital de Orleáns estaba abarrotado, y que continuamente había camillas con heridos esperando en el exterior. Oí decir que se habían desatado todas las furias del infierno. Si queréis que os diga la verdad, me parece que los alemanes están ganando terreno.

Meadville le miró con incredulidad.

—¿Los alemanes? —dijo Fuselli—. Imposible. Están muertos de hambre.

—¡Cuentos chinos! —dijo Daniels—. Veo que os tragáis cuanto leéis en los periódicos.

Muchos ojos se fijaron en Daniels con expresión indignada. Los hombres siguieron trabajando en silencio.

El teniente entró de pronto en el almacén. Parecía muy nervioso.

—¿Sabe alguien dónde puedo encontrar al sargento Osler?

—Estaba aquí hace unos minutos, mi teniente —dijo Fuselli.

—Bien, ¿dónde se encuentra ahora? —preguntó el teniente con acritud.

—Lo ignoro, mi teniente.

—Ve a buscarle y trata de dar con él.

Fuselli se dirigió al otro extremo del almacén. Una vez en el exterior, se detuvo para encender un cigarrillo. La sangre le hervía en las venas. ¿Cómo diablos podía

saber él dónde se hallaba el sargento? ¿Qué esperaban de él? ¿Tal vez que leyera el pensamiento y adivinase dónde estaban los demás? Toda la amargura que desde hacía días iba acumulándose en su alma surgió de repente. En realidad, nadie se había portado bien con él. Se sentía como ligado al imponente engranaje de un molino, y este pensamiento le ponía furioso. La interminable procesión de los días, el tener que obedecer las mismas órdenes, la monotonía de la instrucción diaria y de las listas, todo acudió a su mente para atormentarle. Llegó a decirse que no podía soportarlo más, a pesar de saber que tenía que seguir resistiendo, que no podía detenerse, que sus pies serían irremisiblemente arrastrados por la rueda del molino.

Vio que el sargento se dirigía al almacén atravesando un sendero cubierto de musgo verde y jugoso, en donde se abrían los surcos dejados por las ruedas de los camiones.

—El teniente desea verle en el almacén B, mi sargento —dijo Fuselli con aire misterioso.

Luego volvió a su trabajo, llegando a tiempo de oír cómo el teniente preguntaba severamente al sargento:

—Sargento, ¿sabe usted preparar los papeles necesarios para formar consejo de guerra a un soldado?

—Sí, mi teniente —dijo el sargento evidentemente sorprendido. Y salió al exterior siguiendo al oficial.

Fuselli sintió por un momento que el terror se apoderaba de él. Pero siguió trabajando, a pesar de que sus manos temblaban. Buscaba en su memoria alguna infracción del reglamento, algo que pudieran achacarle a él. Pero el miedo pasó tan rápidamente como había llegado. No tenía nada que temer. Sonrió de sus propios temores. ¡Qué estúpido había sido asustándose! ¿Por qué habían de formarle consejo de guerra? Siguió trabajando con toda la rapidez y todo el cuidado de que era capaz. Y así pasó la larga y monótona tarde.

Por la noche, en el dormitorio, se reunió casi toda la compañía para hacer comentarios. Los dos sargentos habían salido. El cabo afirmó que no sabía nada de nada y se acomodó entre las mantas tosiendo a más y mejor.

Por fin dijo una voz:

—Apuesto cualquier cosa a que se trata de Eisenstein. Siempre dije que parecía un espía.

—También yo lo creo.

—Es extranjero, ¿verdad? Nacido en Polonia o algún otro endiablado lugar.

—Hablabas siempre de una forma comprometedor.

—Me cansaba de decirle que se buscaría un disgusto si seguía hablando así.

—¿Qué es lo que decía? —preguntó Daniels.

—¡Oh! Que la guerra es una equivocación, y a veces hasta hablaba en favor de

los malditos alemanes.

—¿Sabéis lo que pasó en el frente? —dijo Daniels—. Fue en la segunda división. Obligaron a dos muchachos a cavar su propia sepultura antes de fusilarlos. Y todo porque se atrevieron a decir que la guerra es una equivocación.

—¿Hablas en serio?

—Que me ahorquen si miento. Os aseguro, amigos, que no sale a cuenta irse de la lengua en este condenado Ejército.

—Por lo que más queráis, callad de una vez. Hace rato que tocaron silencio —gritó el cabo con acritud.

El dormitorio quedó a oscuras. Sólo se oía el rumor que hacían los hombres al desnudarse y algunos cuchicheos.

La compañía entera estaba formada. Era la hora del rancho matinal. El sol, que había salido hacía relativamente poco, brillaba con tonalidades rosadas por entre unas nubes suaves. Los gorriones cantaban locamente en la avenida de los plátanos. Su estridente piar sobresalía por entre el zumbido de los motores que alguien ponía en marcha en un pabellón cercano.

De pronto apareció el sargento. Pasó junto a ellos muy tieso, para que todos se diesen cuenta de que tenía algo importante que comunicar.

—¡Fir... mes! —se oyó el entrecocar de las cazuelas—. Cuando hayáis terminado el rancho, presentaos en el dormitorio y preparad las mochilas. Debéis estar alerta, dispuesto a recibir órdenes.

Los hombres lanzaron exclamaciones de alegría. Más de uno hizo chocar una cazuela contra otra, como si fuesen platillos.

—Podéis continuar —gritó jovialmente el sargento, y se alejó.

Pronto desaparecieron las gachas y el tocino que constituían el rancho, y todos, emocionados, corrieron presurosos al dormitorio para preparar las mochilas. Se sentían orgullosos de haber recibido aquellas órdenes, mientras que la compañía formada al otro extremo no recibió ninguna.

Una vez preparadas las mochilas, se sentaron sobre los camastros, golpeando nerviosamente el suelo con los pies.

—Supongo que no saldremos hasta que las cosas se calmen un poco en el frente —dijo Meadville terminando de atar la última correa de su mochila.

—Siempre pasa lo mismo. Nosotros, matándonos por obedecer con rapidez una orden, y ellos...

—¡Atención! —gritó el sargento asomando la cabeza por la puerta—. Todos al exterior. ¡Fir... mes!

El teniente, con su abrigo de campaña y unas polainas flamantes en las piernas, se enfrentó decididamente con la compañía. Parecía muy solemne.

—Soldados —dijo en tono tajante, mordiendo las palabras como si éstas fuesen

un caramelo duro—. Se le ha formado consejo de guerra a uno de vuestros camaradas por expresarse con deslealtad en cierta carta escrita a unos amigos. Lamento que eso haya ocurrido precisamente en mi compañía. No creo que otro hombre de los que la forman sea lo bastante mezquino para tener una ocurrencia parecida. —Los hombres ensancharon el pecho como para demostrar que no eran capaces de pensar nada que pudiera desagradar al teniente. Éste hizo una pausa y continuó—: Sólo he de añadir que si me equivoco y existe un hombre así entre vosotros, que tenga buen cuidado en guardar silencio y en redactar sus cartas. ¡Rompan filas!

Gritó la orden con voz lastimera, como si fuese una orden de ejecución...

—¡Maldito Eisenstein! —murmuró alguien.

El teniente oyó la exclamación cuando ya se retiraba.

—Sargento —dijo en tono más amable—, creo que todos los demás son buenos chicos.

La compañía volvió al interior del cuartel y aguardó.

En la oficina del brigada se escuchaba el rápido tecleo de las máquinas de escribir. El ambiente era casi sofocante. En el centro de la habitación había una estufa negra, por cuyo agrietado tubo escapaba de vez en cuando una pequeña columna de humo. El brigada, un individuo de corta estatura y cara fresca y juvenil, que al hablar tartamudeaba un poco, estaba sentado tras una máquina leyendo una revista que tenía en las rodillas.

Fuselli se acercó al brigada con la gorra en la mano.

—¿Qué buscas por aquí? —preguntó el brigada malhumorado.

—He oído decir que necesitan un individuo que entienda de óptica —repuso Fuselli con voz suave.

—¿Y bien?

—He trabajado durante tres años en una gran tienda de óptica de San Francisco.

—¿Cómo te llamas? ¿A qué clase de compañía perteneces?

—Daniel Fuselli. Soldado de primera. Compañía C. Almacén de Material para Hospitales.

—Perfectamente. Me ocuparé de ello.

—Mi brigada, es que...

—Vamos, vamos, desembucha. Pronto —dijo el brigada hojeando impaciente la revista.

—Es que mi compañía está a punto de marchar. El traslado tendría que decidirse hoy, mi brigada.

—¿Y por qué diablos no te presentaste antes? Stevens, redacta una orden de traslado al Cuartel General y que la firme el comandante tan pronto como sea posible. ¡Siempre la misma suerte perra! —exclamó echándose hacia atrás en su silla giratoria—. Todos acuden a mí precisamente en el último instante.

—Gracias, mi brigada —dijo Fuselli sonriendo.

El brigada se mesó los cabellos y con brusco ademán volvió a abrir la revista.

Fuselli regresó rápidamente al cuartel. La compañía todavía aguardaba. Un grupo de soldados jugaba a los dados en un rincón. Otros jugueteaban con sus mochilas o se habían sentado sobre los camastros. En el exterior había empezado a llover. Por la puerta abierta entraba un olor a tierra mojada y removida. Fuselli se sentó en el suelo, junto a su camastro, y se entretuvo en lanzar el cuchillo, clavándolo en el entarimado. Las horas transcurrían con lentitud. Oyó repetidas veces en la lejanía las campanadas del reloj del pueblo, que daba las horas.

Por fin, el sargento entró sacudiéndose el agua del impermeable que llevaba puesto. Su expresión era seria e importante.

—¡Inspección de botiquines! —gritó—. Que cada cual abra el suyo y lo ponga a los pies de su cama.

El teniente y un comandante aparecieron de pronto por un extremo. Se acercaron lentamente hacia ellos y empezaron a inspeccionar el material. Los soldados los miraban con el rabillo del ojo. Durante la inspección, ambos charlaban con soltura, como si hubiesen estado solos.

—Sí —decía el comandante—, esta vez no nos escapamos. Hemos tomado la ofensiva.

—Por fin nos será posible demostrar lo que valemos —dijo el teniente riendo—. Hasta hoy nunca tuvimos ocasión.

—¡Hum! Mejor será cambiar ese botiquín. Y, a propósito, ¿ha estado alguna vez en el frente?

—No, mi comandante.

—¡Hum! Bien, cuando haya estado allí tal vez vea las cosas de distinto modo —dijo el comandante. El teniente frunció el ceño—. En general, le diré que estoy satisfecho de la inspección, teniente. Nada tengo que decir con respecto a sus hombres. ¡Rompan filas!

Al llegar a la puerta, el teniente y el comandante se detuvieron para levantarse el cuello de sus abrigos. Después, sus figuras se perdieron entre la lluvia.

Al cabo de unos minutos volvió a entrar el sargento.

—Perfectamente. Poneos el capote y a formar.

La compañía, alineada en el exterior, soportó la lluvia durante un buen rato. Hacía un tiempo infernal. Las nubes tenían un color plomizo. La lluvia azotaba los rostros de los soldados y casi los hacía temblar. Fuselli miraba al sargento con ansiedad. Por fin apareció el teniente.

—¡Atención! —gritó—. Vamos a pasar lista.

Cuando terminó de leer los nombres a un extremo de la fila apareció otro individuo. Era de alta estatura y tenía los ojos saltones como una ternera.

—Soldado de primera Daniel Fuselli... Preséntese enseguida en las oficinas del Cuartel General.

Fuselli vio que en los rostros de sus compañeros se reflejaba la sorpresa. Miró a Meadville y esbozó una ligera sonrisa.

—Sargento, lleve a sus hombres a la estación.

—¡Media vuelta a la derecha! —gritó el sargento—. ¡Mar... chen!

La compañía se puso en marcha, avanzando bajo la lluvia.

Fuselli volvió al cuartel, se quitó la mochila y el capote y se secó el agua que le chorreaba por la cara.

A los primeros rayos del sol de la mañana, los rieles brillaban como si fuesen de oro. Por entre las vías había aún rojas pavesas. Los ojos de Fuselli siguieron la vía hasta alcanzar la curva en donde una húmeda montaña de arcilla adquiría a la luz diáfana una radiante tonalidad anaranjada. El andén estaba vacío. En el suelo, y como vestigio de la lluvia de la pasada noche, había algunos charcos de agua, que el viento rizaba y hacía brillar. Con las manos en los bolsillos, Fuselli daba vueltas por el andén. Había sido enviado allí para descargar determinado material que llegaba en el tren de la mañana. Desde que fue destinado al Cuartel General se sentía más libre y dichoso. Por fin tenía trabajo en que lucirse y demostrar lo que era capaz de hacer. Siguió caminando a un lado y a otro, silbando con fuerza.

Lentamente entró un tren en la estación. La máquina se paró para cargar agua. Chirriaron los ajustes de uno y otro vagón. De repente, el andén se llenó de hombres vestidos de caqui que corrían de un lado a otro moviendo los pies y gritando.

—¿Adónde vais? —preguntó Fuselli.

—A Palm Beach, de vacaciones. ¿Es que no se nos nota en la cara? —respondió una voz con sarcasmo.

Pero Fuselli había visto un rostro familiar. Poco después estrechaba las manos de los muchachos tostados por el sol cuyos rostros tenían una expresión fatigada, como si llevaran muchos días de viaje en trenes de carga.

—¡Hola, Chrisfield! ¡Hola, Andrews! —gritó—. ¿Cuándo llegasteis?

—Hará unos cuatro meses —dijo Chrisfield, fijando en Fuselli sus ojos oscuros y escrutadores.

—¡Oh! Ahora te recuerdo. Tú eres Fuselli. Estuvimos juntos en el campamento de Instrucción. ¿Te acuerdas de Fuselli, Andy?

—Naturalmente —dijo Andrews.

—¿Qué tal van las cosas?

—Pues muy bien —respondió Fuselli—. Estoy en el Departamento de Óptica.

—¿Dónde diablos está eso?

—Por ahí —dijo Fuselli, señalando con aire vago más allá de la estación.

—Hemos pasado casi cuatro meses cerca de Burdeos haciendo maniobras —dijo

Andrews—. Ahora, por fin, vamos al frente.

Sonó un silbato. La locomotora se puso en marcha y empezó a avanzar con dificultad. La estación se llenó de blancas nubes de vapor. Los soldados cruzaban de uno a otro lado, buscando cada cual su vagón.

—¡Buena suerte! —gritó Fuselli. Pero Andrews y Chrisfield habían desaparecido ya. Antes de que el tren desapareciera también, volvió a verlos: dos rostros morenos, sucios y fatigados entre muchos otros rostros fatigados, sucios y morenos.

Cuando el último vagón del tren se perdía tras la curva de la montaña de arcilla, las nubes de vapor adquirieron en el cielo diáfano un ligero tinte amarillo.

La vieja escoba levantaba a su paso nubes de polvo. La mañana era oscura, y en la pequeña habitación, repleta de grandes cajas blancas de embalaje, penetraba muy poca luz. Fuselli estaba barriendo. De vez en cuando hacía una pausa en su tarea y se apoyaba sobre la escoba. En la lejanía se oía el ruido de los trenes en los apartaderos, exclamaciones y pasos que marchaban al unísono, porque los soldados hacían instrucción en el patio. Sin embargo, el edificio en donde se encontraba estaba silencioso. Siguió barriendo, pensando en la compañía a que antes perteneció y a la que vio avanzar bajo la lluvia, y en pequeños muchachos que conoció en América — Andrews y Chrisfield— y que se dirigían al frente, hacia el mismo frente en donde el amigo de Daniels había quedado muerto, partido el pecho en dos por un casco de granada. Pensó también en que había escrito a su casa diciendo que era cabo.

¿Qué hacer cuando llegase correspondencia dirigida al cabo Dan Fuselli? Dejó la escoba y quitó el polvo de la silla amarilla y de la mesa cubierta de papeles situadas en medio de las cajas. Abajo se oyó el ruido de una puerta al cerrarse y el rumor de unos pasos que subían la escalera que daba al almacén. Un hombrecillo con gafas, de piel cetrina y cara de mono, entró en la habitación y se despojó de su abrigo. Parecía una pequeña haba que saliese de una vaina enorme.

Los galones de sargento parecían más anchos e importantes sobre su delgado brazo.

Saludó a Fuselli, se sentó ante la mesa y empezó a repasar los papeles.

—¿Trajo algo más el correo de la mañana? —preguntó a Fuselli con voz sonora.

—Todo está ahí, mi sargento —respondió Fuselli.

El sargento siguió examinando lo que había sobre la mesa.

—Tendrás que limpiar hoy mismo esa ventana —dijo tras una pausa—. El comandante puede presentarse de un momento a otro. En realidad, debió quedar limpia ayer.

—Bien, mi sargento —respondió Fuselli fríamente.

Se alejó hacia un rincón de la habitación, cogió la vieja escoba y empezó a barrer la escalera. El polvo que levantaba al barrer le hacía toser. Hizo una pausa en su trabajo y se apoyó en la escoba. Pensó en los días que habían transcurrido desde que

estuvo con Andrews y Chrisfield en el campamento de instrucción militar, allá en América, y en los días que le aguardaban. Siguió barriendo el polvo de los escalones.

Fuselli se sentó al borde de su camastro. Acababa de afeitarse. Era domingo por la mañana, y esperaba gozar de una tarde entera de libertad. Se frotó la cara con la toalla y se levantó. Afuera llovía torrencialmente. Tanto, que el ruido del agua sobre los tejados de papel embreado resultaba casi ensordecedor.

Fuselli vio que en la otra hilera de camastros había un grupo de hombres que parecían mirar lo mismo. Se bajó las mangas, se colgó la guerrera de un brazo y se acercó para enterarse de lo que sucedía. Por entre el rumor de la lluvia oyó una vocecilla que decía débilmente:

—Es inútil, sargento. Estoy enfermo y no pienso levantarme.

—El pobre muchacho está loco —dijo alguien junto a Fuselli, volviéndose de espaldas.

—¡Tienes que levantarte ahora mismo! —gritó el sargento. Era de alta estatura, cabello negro y, a juzgar por su aspecto, había sido leñador en otro tiempo. Se hallaba de pie junto al camastro, en donde, liado entre unas mantas, vio Fuselli el rostro pálido de Stockton. Tenía los dientes apretados y los ojos desorbitados, como si estuviese aterrorizado.

—¡Levántate inmediatamente! —gritó el sargento.

El muchacho quedó silencioso. Sus blancas mejillas parecieron temblar:

—Pero ¿qué demonios le pasa?

—¿Por qué no le arranca de ahí de una vez, sargento?

—Levántate enseguida —siguió diciendo éste sin hacer caso a los demás.

Los espectadores terminaron por alejarse. Fuselli, desde cierta distancia, contemplaba la escena como fascinado.

—Perfectamente. En tal caso, tendré que llamar al teniente. Esto requiere consejo de guerra. Vamos a ver... Morton y Morrison, vigilad a este hombre.

El muchacho siguió impasible entre sus mantas. Cerró los ojos. A juzgar por el ritmo con que su pecho subía y bajaba, su respiración era difícil y pesada.

—Pero, Stockton, no seas idiota, hombre. ¿Por qué no te levantas? ¿Es que vas a desafiar a todo el Ejército? —dijo Fuselli.

El muchacho no respondió.

—Está loco —murmuró Fuselli.

El teniente era un individuo grueso y de rostro rojizo. Entró resoplando tras el sargento de alta estatura, y se paró para sacudir el agua que chorreaba por su sombrero de campaña. La lluvia seguía sonando sobre el tejado y, el ruido era todavía ensordecedor.

—Vamos a ver. ¿Estás enfermo, muchacho?, si lo estás, debes presentarte en la enfermería —dijo el teniente con voz mecánicamente amable.

El muchacho le miró fríamente y no respondió.

—Ya sabes que cuando te habla un oficial debes levantarte y ponerte firme.

—No pienso levantarme —respondió la voz meliflua. La roja faz del oficial adquirió el tono de la púrpura.

—Sargento, ¿qué le pasa a este hombre? —preguntó encolerizado.

—No logro comprenderlo, mi teniente. Creo que se ha vuelto loco.

—¡Tonterías! Se trata simplemente de una insubordinación. Quedas arrestado, ¿me entiendes? —gritó el teniente dirigiéndose al hombre que yacía en el camastro—. Bajadle al calabozo aunque sea a la fuerza. —Y añadió encaminándose hacia la puerta—: ¡Ah! Y empiece los trámites para el consejo de guerra.

Salió dando un portazo.

—Ahora tendréis que levantarlo —dijo el sargento a los guardianes.

Fuselli se alejó.

—Hay personas estúpidas —dijo a un individuo que estaba al otro extremo del recinto. Se acercó a una ventana y contempló cómo caía la lluvia.

—Bien, levantadle —dijo el sargento.

El muchacho seguía con los ojos cerrados y su pálido rostro casi oculto por las mantas. Estaba inmóvil.

—Bueno, ¿te levantas y bajas tú solo, o tendremos que llevarte a costas? —gritó el sargento.

Los dos guardianes le agarraron rápidamente y le obligaron a sentarse.

—Muy bien. Sacadle ahora de la cama.

La frágil figura del muchacho, vestido con camisa caqui y calzoncillos blancos, permaneció un momento en pie entre aquellos dos hombres. De pronto se desplomó.

—Se ha desmayado, mi sargento.

—¡Por todos los diablos, ya lo veo! Morrison, avisa a uno de los practicantes de la enfermería que venga enseguida.

—No se ha desmayado. Está muerto —dijo el otro—. Vamos, échame una mano.

El sargento ayudó a colocar de nuevo el cuerpo en el camastro.

—¡Maldita sea! —exclamó el sargento.

Los ojos de Stockton se habían abierto. Los hombres taparon su cabeza con una manta.

TERCERA PARTE

MÁQUINAS

I

Los campos y los bosques, de un tono verde azulado, como envueltos en nieblas, desfilaban con lentitud, mientras el tren avanzaba sobre los rieles, deteniéndose de vez en cuando en un apartadero situado entre praderas. Por encima de una babel de voces de soldados podía oírse el canto de las alondras que volaban sobre los puentes y a lo largo de unos ríos de color verde jade, en cuyas aguas saltaba un pez de cuando en cuando y en cuyas orillas los álamos se cubrían de hojas. En la portezuela del vagón se agrupaban los hombres. Todos parecían fatigados y tristes. Apoyados en los hombros de su vecino, veían desaparecer los terrenos arados, los campos salpicados de ranúnculos y cubiertos de verde hierba que el sol hacía dorada, y los pueblecillos de rojos tejados que surgían entre árboles llenos de brotes y melocotoneros en flor. Por entre el olor a vapor, a humo de carbón y a cuerpos sucios podía percibirse también el aroma de los campos húmedos, de los abonos de la tierra recién sembrada y de los pastos floridos.

—La cosecha debe de ser estupenda en este país. No se parece en nada a aquel condenado Polignac, ¿verdad, Andy? —dijo Chrisfield.

—Tanto hacíamos la instrucción en los campos que no dejábamos ni crecer la hierba.

—Tienes razón. Me gustaría vivir aquí una temporada —dijo Chrisfield.

—¿Por qué no lo solicitamos? Tal vez nos hicieran caso.

—¿Y por qué el frente no puede ser como esto? —dijo Judkins sacando la cabeza por entre las de Andrews y Chrisfield y rozando con su hirsuta barba las mejillas de éste. Su cabeza, de grandes proporciones, estaba casi completamente rapada. Tenía los ojos de color azul de porcelana, y las pestañas, tan rubias que parecían blancas, contrastaban con su cara tostada por el sol. Sus mandíbulas eran cuadradas, y el pelo de la barba prácticamente blanco.

—Oye, Andy, ¿cuánto tiempo llevamos en este maldito tren? Ya he perdido la cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿Te vuelves viejo, Chris? —preguntó Judkins riendo.

Chrisfield había abandonado el lugar que ocupaba e intentaba colocarse en medio de Andrews y Judkins.

—Hace la friolera de cuatro días y cinco noches que estamos en este tren, y como sólo nos queda ración para medio día supongo que estamos llegando a nuestro punto de destino —dijo Andrews.

—No creo que el frente se parezca a esto.

—También en el frente ha de ser primavera —dijo Andrews.

Unas nubes de suave color violado cruzaban el cielo. En determinados lugares se hacían más oscuras, y hasta llegar al más profundo azul; en otros eran claras, y el sol

lucía con brillantez, poniendo en los álamos azuladas sombras y otra amarillas en el humo de la locomotora que seguía avanzando penosamente a la cabeza del largo tren.

—¿Verdad que es curioso que todo sea aquí tan pequeño? —dijo Chrisfield—. En Indiana no concebimos siquiera un maíz de ese tamaño. Eso me recuerda lo hermoso que es en mi tierra el campo en primavera.

—Me gustaría conocer la primavera en Indiana.

—Cuando termine la guerra y volvamos a casa, puedes ver realizado ese deseo. ¿Te parece bien, Andy?

—Naturalmente.

Habían llegado a los suburbios de una ciudad. A lo largo del camino divisábanse varias hileras de casas estucadas o de ladrillos. El cielo tenía reflejos violados y ambarinos. Empezó a llover. Los tejados de pizarra y las calles grises de la ciudad relucían bajo la lluvia casi alegremente. Los pequeños jardincillos eran de un intenso color verde esmeralda. Contemplaron el largo desfile de chimeneas rojas que resaltaban sobre los mojados tejados de pizarra, en los cuales se reflejaba el cielo. A lo lejos distinguieron el campanario gris purpúreo de una iglesia y la forma irregular de varios viejos edificios. Llegaron a una estación.

—Dijon —leyó Andrews. En el andén había varios soldados franceses con su guerrera azul y buen número de personas civiles.

—Las primeras que vemos desde que estamos en Europa —dijo Judkins—. No creo que aquellos condenados campesinos de Polignac pudieran ser llamados así. Por lo menos visten igual que en Nueva York.

Habían dejado atrás la estación y avanzaban lentamente por entre varios trenes de carga. Por fin el tren se detuvo en seco.

Sonó un silbido.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el sargento desde un vagón cercano.

—¡Maldita sea! Nos tienen en este condenado vagón como si estuviésemos prisioneros —murmuró Chrisfield.

—Me gustaría bajar y dar un paseíto por Dijon.

—¡Y que lo digas!

—Os juro que daría cualquier cosa por un buen vaso de leche —dijo Judkins.

—¿Crees que lo conseguirías en este endiablado país? No. Aquí lo único que tienen es vin blanc.

—Voy a dormir un rato —dijo Chrisfield. Se tumbó sobre un montón de enseres, en extremo del vagón.

Andrews se sentó a su lado y contempló sus botas llenas de fango, mientras pasaba una de sus grandes manos, tan morena ahora como las del propio Chrisfield, sobre su corto cabello.

Chrisfield contemplaba con los ojos semicerrados el rostro enjuto de Andrews, y

pensaba con ternura: «Es un buen chico». Después volvió a pensar en la primavera que triunfaba en las montañas del sur de Indiana, y en el sinsonte que cantaba a la luz de la luna en los floridos algarrobos que había detrás de su casa. Casi creía aspirar la fragancia intensa de los capullos, tal como solía hacer cuando por la noche se sentaba en los escalones del porche, fatigado de tanto arar, y escuchaba el ir y venir de su madre, que trajinaba en la cocina. No es que deseara hallarse allí, pero era agradable pensar en todo aquello de vez en cuando, recordar la granja de color amarillo y la verja roja cuy puerta nunca hallaba su padre momento para pintar, y el destartalado establo que continuamente amenazaba derrumbarse.

Pensó en cómo podía ser el frente. Indudablemente, no sería verde y amable como aquel campo que atravesaban. Quien volvía de él decía que era el infierno. Bien... ¿Qué importaba todo eso? Al fin se quedó dormido.

Despertó gradualmente, sintiendo por encima del bienestar que el descanso le había proporcionado un malestar intenso debido a la malísima posición en que había dormido. El clavo de una bota que había en la mochila en que se había apoyado se le había clavado violentamente en espalda. Andrews estaba sentado en la misma posición, y también parecía pensativo. Los demás hombres se habían sentado junto a la portezuela o sobre los enseres.

Chrisfield se levantó, estiró los brazos, bostezó y se acercó a la portezuela para mirar afuera. Unas pisadas hicieron crujir la grava del suelo. Un individuo de barba poblada y oscura, y cejas negras e hirsutas que se juntaban encima de la nariz, pasaba junto al vagón. Lucía en un brazo los galones de sargento.

—¡Atiza, Andy! —gritó Chrisfield—. Aquel condenado es nada menos que sargento.

—¿De quién hablas? —preguntó Andrews levantándose sonriente y fijando sus ojos azules en los negros de Chrisfield.

—Sabes perfectamente a quién me refiero.

Las tostadas mejillas de Chrisfield habían enrojecido. Bajo las pestañas oscuras sus ojos relampagueaban. Crispó los puños.

—Ya entiendo, Chris. Ignoraba que perteneciera a este regimiento.

—¡Mal rayo le parta! —murmuró Chrisfield en voz baja, tumbándose de nuevo en el lugar en que había dormido.

—Cálmate, Chris —dijo Andrews—, tal vez nos queda poco tiempo de vida. No vale la pena preocuparse por nada.

—Me importa un comino morir...

—Lo mismo digo —respondió Andrews sentándose junto a Chrisfield.

Al cabo de un rato, el tren se puso de nuevo en marcha. Las ruedas chirriaron sobre los rieles y el barro salpicó los astillados travesaños de la vía. Chrisfield, furioso todavía, apoyó la cabeza en un brazo y se quedó dormido.

A través de su mano entreabierta, Andrews contempló el vagón negruzco y oscilante, los hombres tumbados en el suelo, las cabezas que se movían de un lado a otro, las nubes de color de malva y algunos trozos de cielo azul que aparecían por entre las siluetas de los individuos que seguían junto a la portezuela. Las ruedas chirriaban incesantemente sobre los rieles.

El vagón se detuvo con una sacudida que despertó a los durmientes y casi hizo caer a los que estaban de pie. Se oyó un silbido estridente.

—¡Salid de los coches! ¡Vamos! ¡Pronto! —gritó el sargento.

Los soldados se fueron agrupando en el exterior, pasándose los pertrechos del uno al otro, hasta formar en el suelo un montón confuso de mochilas y fusiles. En la portezuela de cada vagón había la misma confusión de material y de hombres que luchaban por cumplir su cometido.

—¡Vamos! ¡Coged los equipajes! ¡En fila! —gritó el sargento.

Los soldados, con sus mochilas y sus fusiles, se alinearon lentamente. Junto a las columnas recién formadas, y muy cerca de unos montones de carbón que había en el apartadero, pasaban los tenientes, muy tiesos y erguidos dentro de sus abrigo de campaña.

—¡En su lugar, des... canso!

Los soldados obedecieron; apoyados en los fusiles, contemplaron un depósito de aguas verdosas sostenido por un trípode de madera cubierto con un raído trozo de lona. Cuando cesó el rumor de pisadas, se escuchó a lo lejos un ruido parecido al que produciría una persona que agitase perezosamente una pequeña lámina de hierro. Vieron en el cielo extraños destellos rojos, amarillos y purpúreos. Pero la puesta del sol, roja también, lo dominaba todo con su subido tono.

Se dio la orden de marcha. Comenzaron a andar por un camino lleno de surcos, en donde había charcos tan abundantes y profundos que para sortearlos tenían a menudo que romper filas. En un pequeño bosque de pinos, a un lado del camino, vieron varios furgones de municiones y muchos camiones que formaban largas hileras. En una cocina de campaña preparaban el rancho, y los conductores de los vehículos, tocados con la clásica gorra de ancha visera, se agrupaban en torno a ella. La columna prosiguió su avance, hasta llegar a un campo que se extendía junto a un grupo de casas de piedra con los tejados destrozados. Hicieron alto. El césped brillaba como una esmeralda. El bosque y las lejanas montañas estaban como velados por sombras azules, oscuras y claras. Sobre el campo se extendía una niebla suave de color azul pálido. En la verde alfombra había algunos claros, debidos tal vez al paso de algún animal extraño. Los soldados miraron esos claros con evidente curiosidad.

—Nada de luces. El enemigo podría vernos. Una simple cerilla puede aniquilar todo el destacamento —dijo el teniente en tono dramático, después de haber dado las órdenes necesarias para la instalación de las tiendas.

Cuando éstas estuvieron listas, los hombres se agruparon alrededor de ellas, comiendo sus raciones frías. La niebla aumentaba por momentos. Por todas partes se oían voces que refunfuñaban y se lamentaban.

—Entremos en una tienda antes de que se nos hielen los huesos, Chris —dijo Andrews.

Se habían colocado centinelas que caminaban de un lado a otro escudriñando con aire sospechoso el bosquecillo en donde acampaban los conductores de los camiones.

Chrisfield y Andrews entraron en una pequeña tienda y se abrigaron bien con las mantas, tumbándose lo más cerca posible el uno del otro. Al principio, el improvisado lecho les pareció duro y frío, y se agitaron nerviosamente. Pero pronto los consoló el agradable calorillo que sus cuerpos transmitían a las delgadas mantas, y los músculos se relajaron. Andrews fue el primero en dormirse. Chrisfield escuchó su respiración acompasada, y frunció el ceño. Estaba pensando en el hombre que vio cruzar ante el vagón, en la estación de Dijon. La última vez que vio a Anderson fue en el campo de instrucción, y sólo era cabo. Recordaba aún el día que fue ascendido a cabo. Aconteció poco tiempo después del día en que Chrisfield estuvo a punto de lanzarle un cuchillo. Fue una noche de cuartel. Menos mal que un compañero le sujetó el brazo a tiempo. Anderson palideció un poco y salió sin decir una palabra. Desde entonces no había vuelto a dirigirle la palabra a Chrisfield. Tumbado muy cerca del cuerpo delgado e inmóvil de Andrews, Chrisfield veía con los ojos de la imaginación la cara de aquel individuo, las cejas que se juntaban sobre la nariz y las mandíbulas siempre cubiertas de espesa barba negra, y que cuando acababa de afeitarse adquirían un tono azulado. Por fin cedió la tensión de su mente y pensó en mujeres, en una muchacha rubia que vio desde el tren. Súbitamente, el sueño embotó sus sentidos y todo se tornó negro alrededor. Se quedó dormido, experimentando tan sólo una sensación de frío y, a la vez, de calor al contacto del cuerpo de su camarada.

A medianoche se despertó y salió sigilosamente de la tienda. Andrews le siguió. Estiraron las piernas, que tenían algo entumecidas. Sus dientes castañeteaban. Hacía frío, pero había desaparecido la niebla. En lo alto brillaban las, estrellas. Se alejaron un poco de las tiendas, internándose en el campo para orinar.

De las tiendas llegaba un ligero rumor de respiraciones humanas, parecido al que haría un rebaño de animales dormidos. Los soldados descansaban. En algún rincón sonaba el cantarino murmullo de las aguas de un arroyo. Andrews y Chrisfield aguzaron los oídos, mas les fue imposible percibir cañonazos. De pie, muy cerca el uno del otro, miraron el cielo cuajado de estrellas.

—Ésa es Orión —dijo Andrews.

—¿De qué estás hablando?

—De ese grupo de estrellas. Le llaman Orión. ¿Las ves bien? Dicen que tiene la figura de un hombre con un arco en la mano, pero a mí siempre me ha parecido un

muchacho cruzando el firmamento.

—Hay muchas estrellas esta noche. ¡Atiza! ¿Qué es eso?

A intervalos, un resplandor iluminaba el cielo tras las montañas oscuras. Parecían los destellos de una fragua.

Andrews dijo tiritando:

—El frente debe de estar ahí.

—Creo que mañana lo sabremos con exactitud.

—Sí. Mañana por la noche sabremos dónde está el frente —dijo Andrews.

Quedaron un momento silenciosos, escuchando el murmullo del arroyo.

—¡Cielos, qué calma! El frente ha de ser muy distinto. ¿No notas un agradable perfume?

—¿De qué será?

—Parece como si tuviésemos cerca un manzano en flor. Bueno, entremos de nuevo en la tienda antes de que se hielen las mantas.

Pero Andrews estaba todavía contemplando el grupo de estrellas llamado Orión.

Chrisfield le tiró del brazo. Entraron de nuevo en la tienda, se tumbaron uno junto al otro y al cabo de poco, exhaustos, dormían profundamente.

Hasta donde podía alcanzar su vista, Chrisfield sólo veía mochilas y cabezas tocadas con gorras en ángulos distintos, pero moviéndose todos al unísono al compás de la marcha apresurada de los pies.

Caía una lluvia tibia y agradable, que, al resbalar por sus caras, se mezclaba al sudor. Hacía bastante rato que la columna avanzaba por un camino recto, de abundante tráfico. Los campos y los setos cuajados de capullos y flores amarillas habían desaparecido para dejar paso a una avenida de álamos. Los claros troncos húmedos, las rígidas ramas salpicadas de verde formaban una fila interminable. El rumor confuso de tantos pies y el entrechocar de los pertrechos que llevaban los soldados era también interminable.

—¿Vamos al frente?

—Que me ahorquen si lo sé.

—No hay frente en muchas millas a la redonda.

Las frases sonaban rápidas, tajantes, entrecortadas.

Los soldados se apartaron para dejar paso a una columna motorizada que avanzaba en dirección contraria. Chrisfield hubo de soportar las salpicaduras del barro que los camiones levantaban al pasar. Intentó limpiarse la cara con una de sus manos mojadas, pero la lluvia debía de haber ablandado la piel, porque al rascar el barro se hizo daño. Lanzó algunos juramentos en voz baja. El fusil le pesaba como si fuese una viga de hierro.

Entraron en un pueblo de casas de madera y yeso. Algunas puertas entreabiertas dejaban ver el interior de las cocinas hogareñas, el suelo de rojizos y brillantes

ladrillos y los relucientes utensilios de cobre. Frente a unas casas se extendían pequeños jardincillos llenos de jacintos y flores de azafrán. Los matorrales de boj, de un verde mucho más oscuro, resaltaban bajo la lluvia. Atravesaron la plaza, pavimentada de pequeñas piedras redondas y amarillas. Dejaron atrás la iglesia, un edificio de color rosáceo cuya puerta formaba un arco ojival, y los cafés que ostentaban diversos rótulos en la fachada. Asomados a puertas y ventanas, muchos hombres y mujeres los veían desfilar. Disminuyó la velocidad del avance, pero no obstante siguieron adelante. Conforme las casas fueron quedando atrás y desapareciendo, sus esperanzas de hacer un alto en el camino se desvanecieron. El ruido confuso de tantos pies al avanzar sobre el camino asfaltado los ensordecía. Sus pies parecían de plomo, como si el peso de sus mochilas recayese sobre ellos únicamente. Las espaldas, antes encallecidas, se habían suavizado por la humedad del sudor constante. Las cabezas se inclinaban vencidas. Los ojos de cada uno se fijaban en los talones del hombre que caminaba ante él, un talón que subía y bajaba, subía y bajaba, incesantemente. Era más que andar. Era como una lucha personal con la mochila, que parecía cobrar vida y convertirse en un ser maligno y viviente, empeñado en rendirlos.

Dejó de llover. El cielo fue aclarando hasta adquirir un tono amarillento, como si las nubes que velaban el sol se fueran haciendo cada vez más finas y transparentes.

La columna hizo un alto cuando llegaron a un lugar de la carretera desde el que podían verse varias granjas desperdigadas. Los soldados invadieron los campos, a ambos lados del camino, velando el verde brillante de la hierba con el color caqui de sus uniformes.

Chrisfield se tumbó boca abajo sobre la superficie húmeda. Le zumbaban los oídos. Sus brazos y sus piernas parecían adheridos al suelo. Sintió como si ya no pudiese despegarlos nunca de allí. Cerró los ojos, y permaneció inmóvil, hasta que experimentó una ligera sensación de frío por todo el cuerpo. Entonces se sentó y se quitó la mochila. Alguien le ofreció un cigarrillo; percibió el olor a la vez dulce y acre del humo.

Andrews estaba tumbado junto a él, con la cabeza apoyada sobre su mochila, fumando. Era él quien le ofrecía un cigarrillo, que sostenía en una de sus manos sucias de barro. Tenía el rostro sofocado y manchado también de barro, y en sus ojos azules había una extraña expresión.

Chrisfield aceptó el cigarrillo y buscó una cerilla en sus bolsillos.

—El paseo casi acaba conmigo —dijo Andrews.

Chrisfield lanzó un gruñido y empezó a fumar.

Sonó un silbido.

Los soldados fueron levantándose lentamente y poniéndose en fila. El peso del equipo casi los vencía.

Echaron a andar. Las compañías avanzaban por separado.

Chrisfield oyó cómo el teniente decía a un sargento:

—¡Valiente tontería! ¿Por qué diablos no nos enviaron aquí desde el principio?

—¿Así pues, no vamos al frente? —preguntó el sargento.

—¡Qué frente ni qué demonios! —gritó el teniente, un hombre de corta estatura con aspecto de jockey. Tenía la cara habitualmente roja, pero en aquel momento era purpúrea a causa de la ira.

—Parece que nos quedamos aquí —dijo una voz.

Inmediatamente empezaron todos a decir:

—Nos quedamos aquí. Nos quedamos aquí.

Aguardaron durante unos momentos, como si esperaran una información. Las mochilas que llevaban sobre los hombros resultaban cortantes como una hoja afilada.

Por fin gritó el sargento:

—Bien, muchachos, llevad todo eso arriba.

Casi pisándose los talones subieron a un oscuro desván que olía a heno y a excremento de vaca, porque el establo estaba precisamente debajo de él. En los rincones había un poco de paja, y los primeros en subir extendieron sus mantas sobre ella.

Chrisfield y Andrews se acomodaron en un lugar desde donde, a través de un agujero que había en el techo debido a unas tejas rotas, podían ver el exterior. El corral estaba lleno de pollos blancos y moteados, que se movían inquietos de un lado a otro. A la puerta de la granja había una mujer de edad madura, que miraba con ojos recelosos los grupos de soldados vestidos de caqui que invadían el corral. Un oficial que llevaba en la mano un pequeño libro rojo se acercó a ella e inició trabajosamente una conversación. El oficial estaba sofocado. Andrews se acomodó mejor en la paja, dio unas vueltas buscando la mejor posición posible, y se echó a reír. Chrisfield se rió también, aunque apenas sabía por qué. Sobre sus cabezas se oía el constante ir y venir de las palomas y sus dulces arrullos.

Pronto llegó a ellos un agradable olorcillo a grasa procedente de la cocina de campaña que había sido instalada en el corral.

—Espero que nos den una buena comida —dijo Chrisfield—. Tengo un hambre canina.

—Yo también —repuso Andrews.

—Ove, Andy, tú hablas un poco de francés, ¿verdad? —Andrews asintió con la cabeza, y Chrisfield prosiguió—: Tal vez consigas sacarle a esa matrona unos huevos o algo por el estilo. ¿Lo intentarás después del rancho?

—Lo intentaré.

Volvieron a tumbarse sobre la paja y cerraron los ojos. Tenían todavía las mejillas húmedas. Todo parecía pacífico. Aquí y allá, los muchachos charlaban en voz muy

baja. Llovía otra vez, y el agua batía suavemente las tejas del techo. Chrisfield pensó que nunca se había sentido mejor, a pesar de los zapatos mojados, los pies fríos y las rodillas húmedas y heladas. El rumor de la lluvia y las voces leves de sus compañeros fueron para él como una canción de cuna y no tardó en quedarse dormido.

Soñó que estaba otra vez en Indiana, en su hogar, pero que en vez de ser su madre la que guisaba en la vieja cocina familiar era la mujer francesa que vio a la puerta de la granja. Y soñó que al lado de ésta había un oficial con un librito rojo en la mano. Entretanto, él comía pan y maíz y un poco de jarabe en un plato roto. El pan era delicioso, tostado y crujiente; la mantequilla, fresca y dulcísima. Súbitamente, cesó de comer y prorrumpió en juramentos y exclamaciones, chillando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Maldita sea!», y repitiendo seguidamente: «¡Maldita sea!», como si realmente no tuviera nada más que decir. El teniente se volvió hacia él frunciendo las negras cejas que se juntaban sobre sus ojos. Era el sargento Anderson. Chris cogió el cuchillo y se abalanzó sobre él, pero cuando lo hubo hundido en su cuerpo se dio cuenta de que era Andy, su amigo, a quien había herido. Abrazó el cuerpo de Andy derramando lágrimas ardientes... y se despertó.

En el desván oscuro se oía un constante entrechocar de cazuelas. Los soldados habían empezado a bajar.

El canto de las alondras era como un constante repique de campanillas. Chrisfield y Andrews paseaban por un campo de tréboles blancos situado en la cima de una pequeña montaña. Abajo, en el valle, se veían los tejados rojos de las granjas y la blanca faja de la carretera, por la cual avanzaban una hilera de camiones que desde allí parecían escarabajos. El sol acababa de ocultarse tras unas montañas azules, al otro lado del valle sombrío. El ambiente olía al trébol y al blanco espino de los setos cercanos. Cruzaron el terreno aspirando la brisa.

—Es magnífico alejarse así de los otros —dijo Andrews.

Chrisfield caminaba en silencio, arrastrando los pies sobre la alfombra de tréboles. Algo pesaba sobre sus tobillos. Era como si los llevase envueltos en una especie de manta que le impidiese andar. También hablar resultaba un esfuerzo. Sin embargo, tenía los músculos tensos y vibrantes, lo mismo que los tuvo en otras ocasiones, antes de empezar una pelea o de hacer el amor a una mujer.

—¿Por qué diablos no nos mandan al frente de una vez? —preguntó de pronto.

—En efecto, todo sería mejor que esto. Esperar, esperar, esperar...

Siguieron andando, oyendo el canto incesante de las alondras, el rumor de sus pies sobre la hierba, el tintineo de unas monedas en el bolsillo de Chrisfield y, a lo lejos, el ronquido de un motor de aviación. Al andar, Andrews se detenía de vez en cuando para inclinarse y coger algunas blancas florecillas de trébol.

El avión se aproximaba. Pronto le vieron descender sobre el campo describiendo una curva y ahogando con su ruido estridente cualquier otro rumor. Antes de que el

avión, al remontarse, se perdiera entre unas nubes de color púrpura, divisaron las siluetas del piloto y del observador. Éste los saludó agitando una mano. Andrews y Chrisfield se quedaron todavía un rato en el campo, que iba llenándose de sombras, contemplando el cielo. Algunas alondras cantaban todavía.

—Me gustaría ser aviador —dijo Chrisfield.

—¿De veras?

—¡Maldita sea! Haría cualquier cosa con tal de salir de este condenado cuerpo de infantería. Esto no es vida para un hombre. Nos tratan peor que a negros.

—Desde luego. No es vida para un hombre.

—Si al menos nos mandasen al frente, a luchar, tal vez termináramos de una vez. Pero lo único que hacemos es instrucción, prácticas de lanzamiento de granadas, instrucción otra vez, prácticas de bayoneta... Y, para variar, instrucción e instrucción. Te digo que es como para volverse loco.

—Pero ¿de qué sirve hablar y quejarse, Chris? No por eso vamos a mejorar la situación —dijo Andrews riendo.

—Ahí está el avión otra vez.

—¿Dónde?

—Por allá. Detrás de ese bosque.

—Por allí debe hallarse el campamento.

—Se habrán divertido de lo lindo. Hace tiempo que cursé una instancia para el Cuerpo de Aviación, pero nunca he obtenido respuesta. De haberla conseguido, te aseguro que no estaría en este inmundo agujero.

—¡Pero si hoy, en la cima de esta montaña, se está maravillosamente bien! —repuso Andrews, mirando con ojos soñadores el horizonte de pálido color anaranjado, por donde poco antes se había ocultado el sol—. En fin, vamos hacia abajo a tomarnos una botella de vino.

—Eso es ponerse en razón. Me pregunto si estará allí la chica esta noche.

—¿Antoinette?

—¡Hum! Chico, ¡cómo me gustaría pasar una noche con ella!

Avanzaron por un sendero cubierto de césped y flanqueado de setos que conducía a un pueblo situado en la falda de la montaña. Junto a los matorrales, a ambos lados del camino, la oscuridad era más intensa. Las nubes rojas que cruzaban el cielo iban desapareciendo como barridas por una luz mortecina que se hacía cada vez más grisácea. Entre las hojas de los jóvenes arbustos gorjeaban los pájaros.

—Caminemos despacio —dijo Andrews, apoyando una mano en los hombros de Chrisfield—. Quisiera que este paseo fuese interminable.

Al pasar tocaba con cuidado las ramas de espino llenas de flores. Y cuando una de ellas quedaba prendida en su guerrera o en las bandas de sus tobillos, que llevaba muy flojas, parecía como si le doliese arrancarla de allí.

—¡Vamos, hombre! —dijo Chrisfield—. No vamos a tener tiempo de llenar la barriga. Se está haciendo tarde.

Apresuraron el paso hasta llegar a las primeras casas del poblado, todas con los postigos bien cerrados.

En mitad del camino había un policía militar. Estaba de pie, con las piernas abiertas, y movía la porra con aire lánguido. Tenía la cara roja, y miraba fijamente los postigos cerrados de una ventana, por una rendija de la cual salía un rayo de luz amarillenta. Por la posición de sus labios parecía a punto de silbar, pero ningún sonido salía de ellos. Se movía indeciso, como sin saber qué hacer. De la puertecilla verde de una casa que había ante el policía salió un oficial. El policía se cuadró marcialmente para saludar, llevando una mano hasta el gorro y manteniéndola allí mucho rato. El oficial se quitó el cigarrillo de la boca y saludó llevándose también una mano a la gorra. Cuando el oficial se hubo alejado y sus pasos apenas se oían por el camino, el policía volvió a recobrar su postura anterior.

Chrisfield y Andrews avanzaron por el otro lado, hasta llegar a la puerta de una pequeña casa destartada, cuyas ventanas, de pesados postigos de madera, aparecían herméticamente cerradas.

—Apuesto cualquier cosa a que hay pocos sinvergüenzas de esa clase en el frente —dijo Chris.

—Creo que en el frente no hay sinvergüenzas de ninguna clase —repuso Andrews riendo y cerrando la puerta tras ellos. Estaban en una habitación que fue en otro tiempo la mejor sala de una granja. El candelabro que había sobre la chimenea encima de un tapete de terciopelo rojo sucio de polvo, así lo atestiguaba. Tenía almendras de cristal y unas guirnaldas de azahar. Habían quitado todos los muebles y colocado en su lugar cuatro mesas cuadradas de roble. Ante una de esas mesas estaban sentados tres americanos, y ante otra un soldado francés de piel cetrina, que, inclinado sobre ella, parecía contemplar atentamente su vaso de vino.

Una muchacha vestida con un viejo traje de color de púrpura, que ceñía las fuertes curvas de sus pechos y de sus hombros, entró en, la habitación. Tenía las manos en los amplios bolsillos de su delantal azul, y lucía la dorada piel del antebrazo. También su cara, bajo la cascada de pelo rubio oscuro, tenía un delicioso matiz tostado. Al ver a los dos muchachos que acababan de entrar, sonrió. Al entreabrir sus delgados labios dejó al descubierto unos dientes feos y amarillentos.

—*Ça va bien, Antoinette?* —preguntó Andrews.

—*Oui* —respondió ella, mirando por encima de sus cabezas al soldado francés sentado al otro extremo de la habitación.

—Una botella de *vin rouge*. *Vite* —dijo Chrisfield.

—No hay que darse tanta prisa, Chris —dijo un cabo—. El sargento ha salido para un reconocimiento, y el teniente no está.

—Claro —dijo otro—. Esta noche podemos retirarnos a la hora que nos apetezca.

—No obstante, hay un policía militar en el pueblo —dijo Chrisfield—. Lo he visto con mis propios ojos. Tú también, ¿verdad, Andrews?

Andrews asintió con un ademán. Estaba mirando al francés, cuyo rostro quedaba en la sombra. Sus ojos estaban velados por las largas pestañas oscuras, y la piel cetrina de sus mejillas se había cubierto de rubor.

—Muchacho —dijo Chrisfield—. Este vino se traga sin sentir. Vamos a ver, ¿tienes coñac, Antoinette?

—Prefiero un poco más de vino —dijo Andrews.

—Bueno, Andy, bebe lo que quieras. En cuanto a mí, necesito algo que me caliente las tripas.

Antoinette llevó una botella de coñac y dos vasitos y se sentó en una silla baja con las manos rojizas cruzadas sobre el delantal. Sus ojos se fijaron primero en Chrisfield y luego en el francés. Después volvieron a fijarse en el primero. Chrisfield se volvió para mirar al francés, y por un momento sus ojos se cruzaron con los de éste, de un color pardo dorado.

Andrews se recostó en la pared, saboreando su vinillo de color oscuro y contemplando con los ojos semicerrados el candelabro de cristal y la modesta lámpara de aceite que se reflejaba en la pared de yeso algo agrietada.

Chrisfield le sacudió y dijo:

—Vamos, Andy, despierta. ¿Es que te habías dormido?

—No —repuso Andy, sonriendo.

—Bebe un poco de coñac.

Con mano insegura, Chrisfield sirvió dos copas. De nuevo contemplaba a Antoinette. Su traje purpúreo estaba abotonado hasta el cuello, pero llevaba desabrochados los tres primeros botones, el escote en forma de y mostraba la piel morada, casi dorada, y una ropa interior blanquísima.

—Andy —dijo rodeando el cuello de su amigo y hablando muy cerca de su oído—, intercede por mí. Hazlo, Andy. No quiero *que* ese condenado francés me la quite. ¡Por Dios vivo, que no he de permitirlo! Habla tú con ella, Andy.

Andrews se echó a reír.

—Lo intentaré —respondió—, pero acuérdate de la reina de Saba, Chris. —Y, dirigiéndose a la muchacha, añadió señalando a Chrisfield con su mano grande y sucia—: Antoinette, *j'ai un ami...* —Antoinette sonrió poniendo al descubierto sus imperfectos dientes—. *Joli garçon* —dijo Andrews.

Antoinette se puso seria, y, en consecuencia, volvió a estar hermosa. Chrisfield se recostó en su silla con un vaso vacío en la mano, contemplando admirado a su amigo.

—Antoinette, *mon ami vous... vous admire* —dijo Andrews en tono cortés.

Una mujer apareció en el umbral. Tenía el mismo rostro y el mismo pelo de

Antoinette, sólo con diez años más. Su piel, en vez de tener aquel color moreno dorado, era cetrina y estaba llena de arrugas.

—*Viens* —dijo la mujer con voz chillona.

Antoinette se levantó, rozó con su cuerpo las piernas de Chrisfield al pasar junto a él y desapareció. El francés, abandonando su rincón, se levantó, saludó gravemente y salió.

Chrisfield se levantó de un salto. La habitación se le antojó una caja blanca que diese vueltas en torno suyo.

—¡Ese endiablado francés se ha ido con ella!

—Nada de eso, Chris —gritó alguien desde la mesa vecina—. Ten confianza, muchacho. Todos nosotros votamos por ti.

—Siéntate y echa otro trago. Chris —dijo Andy—. Tengo que beber más. No he bebido nada esta noche —añadió, y le obligó a sentarse de un empujón. Chrisfield intentó levantarse de nuevo, y Andrews quiso oponerse sujetando la silla. En un segundo ambos rodaron por el suelo de ladrillos rojos.

—La cosa se pone buena —gritó una voz.

Chrisfield vio a Judkins de pie a su lado. En su ancho rostro se pintaba una expresión burlona. Se levantó y fue a sentarse. Estaba ceñudo. En cuanto a Andrews, había vuelto a ocupar su silla y estaba tan impasible como siempre.

La habitación se había llenado. Alguien cantaba con voz ronca:

¡Oh, los robles, los fresnos y los sauces llorones!

¡Oh, qué verde es la hierba en la tierra de Dios!

—¡Mi vieja Indiana! —gritó—. Ésa sí que es la tierra de Dios.

Súbitamente sintió el deseo de hablarle a Andy de su hogar, de los inmensos maizales que brillaban bajo la luz del sol de julio, y del riachuelo con sus orillas de arcilla roja en donde se bañaba. Creía percibir el olor a vino del silo; ver el ganado, con los hocicos casi siempre teñidos de verde, parado ante la valla, esperando entrar para lanzarse sobre el pilón de agua; oír el ruido de la trilladora; aspirar el polvillo del trigo y aquella brisa fresca que sobre un montón de heno cortado aquel mismo día llenaba su garganta y su cuello cuando se tumbaba bajo el sol ardiente... Pero no acertó a expresarse, y sólo pudo decir:

—Indiana es realmente la tierra de Dios, ¿verdad, Andy?

—¡Oh! Dios tiene muchas tierras —murmuró Andrews.

—Te juro por lo más sagrado que en mi pueblo he visto caer granizo de nueve pulgadas.

—Sería más mortífero que el fuego de barrera.

—¿El fuego de barrera? No hay nada tan mortífero como nuestras tempestades de

truenos y relámpagos —repuso Chris.

—Creo que nunca podremos juzgar. Todo el fuego de barrera que podremos contemplar se reduce a las prácticas de granada.

—No te apures, muchacho —dijo alguien desde el otro extremo de la habitación—. Con el tiempo sabremos de sobra lo que es eso. Esta maldita guerra no va a acabar nunca...

—Me gustaría enfrentarme con los hunos esta noche. Te juro, Andy, que me gustaría —murmuró Chris en voz baja. Tenía contraídos los músculos a causa de la cólera. Con los ojos semicerrados miró a los hombres que llenaban la habitación. Sus figuras estaban deformadas por las luces blancas y las sombras rojas. Se vio a sí mismo arrojando una granada, entre una muchedumbre de hombres. Vio después la cara de Anderson, un rostro pálido y grave, unas cejas que se juntaban sobre la nariz y una barbilla rasurada de color azulado.

—¿Dónde está ese hombre, Andy? Tengo que ir en su busca.

Andrews comprendió a quién se refería.

—Siéntate y bebe un trago, Chris —dijo—. Recuerda que esta noche vas a acostarte con la reina de Saba.

—No, si puedo lograr que ese maldito...

Pero su voz se perdió entre una incomprensible serie de juramentos.

¡Oh, los robles, los fresnos y los sauces llorones!

¡Oh, qué verde es la hierba en la tierra de Dios!

cantó una voz de nuevo.

Chrisfield vio a una mujer que estaba de espaldas y que recogía las botellas. Andy estaba hablando con ella.

—Antoinette —dijo.

Se levantó, se acercó a ella y le echó los brazos al cuello. Con un rápido movimiento de los codos, la mujer le empujó y le obligó a sentarse de nuevo. Luego se volvió. Chrisfield vio entonces la cara cetrina y los pechos flácidos de la hermana mayor, que lo miraba con sorpresa. Le vio medio borracho. Al salir le hizo una seña con la cabeza para que la siguiera. Chrisfield se levantó y se acercó a la puerta, empujando a Andrews para que le acompañase.

En la habitación interior había un gran lecho con cortinas, en donde dormían las mujeres, y el fogón donde guisaban. La oscuridad era completa, menos en el rincón en donde se refugiaron él y Andrews, pues en una mesa cercana brillaba una vela encendida. Más allá sólo podían distinguir sombras confusas y el lecho de pesadas cortinas y colcha roja.

El soldado francés repitió varias veces desde su oscuro rincón de la habitación:

—*Avions boches...* ¡Sss!

Todos guardaron silencio.

Sobre ellos se oía el roncar de muchos motores de aviación, como el zumbido de una mosca al rozar los cristales de una ventana.

Se miraron unos a otros con curiosidad. Antoinette estaba apoyada en el lecho. Su cara era absolutamente inexpresiva. Su abundante cabellera caía sobre sus hombros, formando ondas de oro. La mujer de más edad reía con una risita falsa y burlona.

—Vamos a ver qué pasa, Chris —dijo Andrews.

Salieron al exterior y comenzaron a andar por la oscura calleja del poblado.

—¡Al diablo con las mujeres, Chris! ¡Esto es la guerra! —gritó Andrews con la voz estridente del beodo, mientras, cogidos del brazo, subían por la calle.

—Y que lo digas... Es la guerra... Y tengo ganas de...

La mano de su amigo le tapó la boca. Chrisfield se dejó conducir dócilmente hacia un extremo de la calle.

En la oscuridad sonó la voz autoritaria de un oficial que dijo:

—Traedme a esos hombres.

—Sí, señor —respondió otra voz.

Unos pasos pesados avanzaron en su dirección. Andrews siguió empujando a su amigo a lo largo de la fachada de una casa, hasta que fueron a caer en un hoyo de estiércol.

—¡Por lo que más quieras, cállate! —murmuró Andrews, enlazando a Chris por el pecho. Percibieron un penetrante olor a estiércol fresco y oyeron cómo los pasos se acercaban. Parecían indecisos en seguir avanzando en la dirección en que ellos se hallaban. Entretanto, el ruido de los motores en lo alto se hacía cada vez más fuerte.

—¿Qué ocurre? —gritó el oficial.

—Imposible hallarlos, señor —respondió la otra voz.

—¡Tonterías! Esos hombres estaban borrachos —dijo el oficial.

—Sí, señor —repuso humildemente la otra voz.

Chrisfield sintió unas incontenibles ganas de reír.

Cesó el ruido de los motores, y en la noche reinó entonces un silencio de muerte.

Andrews se levantó de un salto. Se oyó un fuerte silbido y luego una ensordecedora explosión. En la pared más cercana al hoyo en donde se habían refugiado distinguieron un momentáneo resplandor rojizo.

Chrisfield se incorporó con la esperanza de contemplar ruinas humeantes, pero el poblado estaba tan tranquilo como siempre. El resplandor de la luna, baja todavía en el horizonte, iluminaba levemente el cielo. En la casa de enfrente había una ventana entreabierta; en su interior se divisaba una luz encendida y la silueta azul de un hombre con gorra y uniforme de oficial.

Bajo la ventana, en la calle, se había estacionado un pequeño grupo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la figura de la ventana con voz perentoria.

—Un avión alemán ha arrojado una bomba, mi comandante —repuso una voz jadeante.

—¿Por qué diablos no cierra esta ventana? —dijo otra voz—. Es un blanco magnífico... un blanco magnífico...

—¿Causó algún daño? —preguntó el comandante.

En el silencio de la noche volvió a oírse el zumbido de los motores sobre sus cabezas. Parecían mosquitos gigantes.

—Parece que se oyen más aparatos —dijo el comandante arrastrando las palabras.

—¡Oh, sí, mi comandante, muchos más! —respondió otra voz con ansiedad.

—¡Por amor de Dios, mi teniente, dígame que cierre la ventana! —murmuró otra voz.

—¿Y cómo diablos quiere que se lo diga? ¿Por qué no se lo dice usted?

—Van a matarnos a todos. Ésa es la verdad.

—No tenemos refugios de ninguna clase —gritó el comandante desde la ventana—. Eso es culpa del Cuartel General.

—La bodega puede servir —gritó de nuevo una voz ansiosa.

—¡Oh! —se limitó a decir el comandante.

Sonaron tres nuevas explosiones, que se sucedieron con la mayor rapidez y lo envolvieron todo en una nube roja. La calle se llenó de transeúntes que corrían en busca de refugio.

—Vamos, Andy, que a lo mejor pasan lista todavía —dijo Chrisfield.

—Será mejor que corramos a campo traviesa —repuso Andrews.

Con sumo cuidado salieron de aquel hoyo de estiércol. Chrisfield se sorprendió al ver que estaba temblando. Tenía las manos heladas y tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos para evitar que sus dientes castañetearan.

—Vamos a oler mal una semana entera.

—Vámonos de una vez de este condenado pueblo —dijo Chrisfield.

Corriendo, atravesaron un huerto, saltaron unos setos y escalaron la montaña a campo traviesa.

En el camino principal, un cañón antiaéreo había empezado a disparar, y en el cielo brillaban los fogonazos de las granadas. En algún lugar sonaba el tableteo de una ametralladora.

Chrisfield siguió avanzando por la montaña junto a su amigo. Tras ellos, las bombas iban sucediéndose, y sobre sus cabezas el aire parecía saturado de explosiones y del zumbido de los aviones. El coñac hacía hervir la sangre en sus venas. Al avanzar tropezaron varias veces el uno con el otro. Cuando estuvieron en la cumbre de la montaña, se volvieron para mirar atrás. Chrisfield sintió una intensa sensación de júbilo que aceleró los latidos de su corazón. Inconscientemente pasó un

brazo por el hombro de su amigo. Parecían los dos únicos personajes vivos en el mundo donde todo se tambaleaba.

Abajo, en el valle, una casa ardía envuelta en brillantes llamas. En todas direcciones sonaban los disparos de los cañones antiaéreos, mientras sobre sus cabezas continuaba oyéndose el imperturbable y pausado roncar de los motores de aviación.

Súbitamente, Chrisfield se echó a reír.

—La verdad es que cuando salgo contigo siempre me divierto, Andy —dijo.

Emprendieron el descenso por la otra parte de la montaña, corriendo hasta llegar al grupo de granjas en donde acampaban.

II

Hasta donde podía alcanzar su vista, y en todas direcciones, sólo veía los troncos verdes y brillantes de las hayas recubiertas de musgo por un lado. El suelo estaba sembrado de hojas muertas que al paso de los transeúntes, crujían estruendosamente. Frente a él, sus ojos sólo descubrían siluetas de color pardo aceitunado que se movían por entre los troncos de los árboles. Sobre su cabeza y por entre la jaspeada claridad y el verde oscuro de las hojas, veía de vez en cuando un trozo de cielo grisáceo, mucho más gris que los troncos plateados que al avanzar creía ver moverse en todas direcciones. Fijó luego sus ojos en todos aquellos senderos, hasta el punto de quedar casi cegado por la repetición del jaspeado gris y verde. De vez en cuando cesaba el crujido de las hojas del suelo, y las siluetas pardo aceitunadas quedaban inmóviles. Por encima del zumbido escuchó en la distancia el *pam, pam, pam, pam* de las baterías. Una granada de gran calibre pasó sobre la copa de los árboles, y el bosque se llenó de ruidos parecidos a los que suelen oírse cuando graniza. Por fin, la granada fue a caer con gran estruendo a muchas millas de distancia.

Chrisfield estaba empapado en sudor. Experimentaba la sensación de no tener piernas ni brazos. Concentraba todos sus sentidos en ver y oír y en la evidencia del fusil que tenía entre las manos. A cada momento imaginaba ver algo gris que se movía entre los árboles. Se veía disparando. Puso el dedo en el gatillo. «Tengo que afinar la puntería», pensó. Siguió soñando. Creyó ver cómo de detrás del tronco gris de un árbol surgía una silueta también gris. Casi oyó el disparo de su fusil, y presenció cómo la silueta gris rodaba por encima de las hojas muertas.

En aquel preciso instante se le enganchó el casco en una rama y cayó al suelo. Al chocar con las raíces de un árbol produjo un ligero ruido metálico.

Sintió que le invadía un súbito terror. Su corazón parecía saltar de un lado a otro del pecho. Quedó rígido, paralizado por unos momentos, hasta tal punto que no pudo inclinarse a recoger el casco. Sintió en su boca un extraño gusto a sangre.

—Me las pagarás —murmuró con los dientes apretados.

Cuando por fin pudo agacharse para recoger el casco, sus dedos temblaban todavía. Se puso el casco cuidadosamente, ciñéndose el barboquejo. Estaba furioso.

Las siluetas pardo aceitunadas se habían puesto otra vez en movimiento. Chrisfield continuó mirando ansiosamente a derecha e izquierda, deseando ver algo. Dondequiera que mirase, sólo distinguía el tronco plateado de las hayas. A su paso crujía la hojarasca.

Casi oculto por los árboles que parecían andar junto a él, divisó un tronco abatido. Pero no era un tronco, sino un montón de ropa de color verde gris. Sin detenerse a reflexionar. Chrisfield se acercó. Los troncos plateados de las hayas le cercaban por

doquier, como abrazándole. El hombre que estaba tendido en la hojarasca era un alemán. Chrisfield sintió una intensa alegría, a pesar de que la furia hacía hervir la sangre en sus venas.

Miró los botones que brillaban en la parte trasera del largo abrigo del alemán, y la faja roja de su gorro.

Le dio un puntapié, y a través del cuero de la bota creyó notar las costillas de aquel cuerpo. Le dio otro puntapié, y otro, y otro, con todas sus fuerzas. El cuerpo rodó y quedó boca arriba. No tenía cara. Chrisfield, sintió entonces que toda sensación de odio desaparecía. En el lugar donde debió estar la cara de aquel hombre sólo había una masa confusa y esponjosa de color de púrpura, roja y amarillenta. Parte de aquella masa quedó adherida a las hojas cuando el cuerpo cambió de posición. Grandes moscas de color verde brillante volaban codiciosamente en torno suyo. En la mano morena y sucia de barro del muerto había un revólver.

Chrisfield sintió que un estremecimiento corría su espina dorsal.

El alemán se había suicidado.

Chrisfield echó a correr desesperadamente para alcanzar al resto de la escuadra de reconocimiento. Las silenciosas hayas parecían danzar en torno suyo, moviendo en lo alto sus ramas retorcidas. El alemán se había suicidado. Por eso no tenía cara.

Chrisfield alcanzó a sus compañeros y se puso en fila. El cabo le aguardaba.

—¿Alguna novedad?

—Absolutamente nada —murmuró Chrisfield con voz apenas perceptible.

El cabo marchó a colocarse a la cabeza de la columna.

Chrisfield se halló solo otra vez. Bajo sus pies crujía ruidosamente la hojarasca.

III

Chrisfield tenía los ojos fijos en las hojas de las ramas más altas de los nogales, que en el cielo brillante y uniforme resaltaban con reflejos metálicos formando ondas y ribetes dorados en los lugares donde daba el sol. Erguido e inmóvil, había quedado en posición de firmes, a pesar del intenso dolor que sentía en el tobillo izquierdo, tan hinchado que parecía a punto de reventar la raída bota. Se daba cuenta de que había otros hombres a su lado y también más allá. Era como si la larga hilera de hombres vestidos de color pardo aceitunado —todos en posición de firmes y esperando que alguien los relevara de su forzada inmovilidad— se prolongase sin interrupción hasta los últimos confines del mundo. Chrisfield contempló la hierba pisoteada que cubría el campo adonde fue conducido su regimiento. Tras él escuchó un ruido de espuelas, sin duda pertenecientes a un oficial. Luego percibió en la carretera el zumbido de un motor que se calló de pronto, y a continuación el rumor de unos pasos que se acercaban a la columna. Un grupo de oficiales pasó apresurada e indiferentemente junto a ellos. Chrisfield distinguió unas águilas, unas estrellas y sobre éstas una oreja encarnada y una mata de cabello gris. Tan rápidamente pasó el general por su lado que Chrisfield ni siquiera logró verle la cara. Chrisfield se deshizo en secretas imprecaciones, pues el tobillo le dolía cada vez más. Volvió a fijar la vista en la hilera de árboles que resaltaban en el claro cielo.

Aquello era lo que sacaba de haber pasado tantas semanas en un refugio inmundo, de haberse echado tantas veces boca abajo en el barro, de haber disparado tantas balas en el vacío, sobre unas manchas grises que se movían entre el fango también gris.

Sintió que algo le corría por la espalda. Tal vez un piojo, o quizá sólo fueran imaginaciones suyas. Gritaron una orden. Automáticamente cambió de posición hasta descansar armas. Por un lado avanzaba un hombre de pequeña estatura, que se acercaba a la larga hilera de hombres vestidos de color pardusco. Se había levantado un vientecillo que agitaba las rígidas hojas de los nogales. Se oyó una voz, pero Chrisfield no acertó a comprender lo que decía. El viento, al mover las hojas de los árboles, producía un rítmico rumor, parecido al de las aguas del mar cuando la proa del transporte que los condujo al continente las cortaba. Por entre el encaje de las hojas se filtraban reflejos dorados y sombras verdosas. Las ramas se mecían sobre el fondo brillante del cielo, como barriendo algo ignorado. A Chrisfield se le ocurrió una idea. ¡Si aquellas ramas pudiesen describir curvas más grandes, mucho más grandes, hasta llegar al suelo y barrerlo todo, arrastrando tantas miserias humanas, incluso a los oficiales con sus hojas de acre, o sus águilas, o sus estrellas sencillas, dobles o triples sobre los hombros! Se imaginó a sí mismo vestido con su antiguo y cómoda mono, la camisa entreabierta para que el viento acariciase su garganta como si una chiquilla traviesa se entretuviera soplando sobre él, tumbado sobre un montón

de heno bajo el cálido sol de Indiana. «Es curioso que se me ocurra pensar en esto», se dijo. Antes de conocer a Andy nunca se le habría ocurrido. ¿Qué cambio se operó en él durante los últimos tiempos?

El regimiento entero se alejaba en columnas de a cuatro. El dolor que Chrisfield sentía en el tobillo se hacía más agudo a cada paso que daba. El uniforme le estaba algo estrecho, y por su espalda resbalaba el sudor. Le rodeaban rostros sudorosos, de expresión deprimida. En la tarde calurosa, las guerreras de lana de alto cuello eran como camisas de fuerza. Chrisfield avanzaba con los puños crispados. Sentía deseos de pegarle a alguien, de clavar la bayoneta en el cuerpo de un hombre del mismo modo que la clavó en un muñeco durante la instrucción. Deseaba desnudarse por completo, o apretar con fuerza las muñecas de una muchacha, hasta hacerla chillar.

Su compañía pasaba en aquellos momentos junto a otra que aguardaba inmóvil la orden de romper filas.

Estaban ante un granero abandonado, cuyo lecho se hundía en la parte central como el lomo de una vaca vieja. Con los brazos cruzados, un sargento miraba con aire de crítica a la compañía que desfilaba. Tenía la cara ancha y pálida, y unas cejas muy negras que se juntaban sobre la nariz. Chrisfield le miró con acritud al pasar, pero al parecer el sargento Anderson no le reconoció. Esto enojó a Chrisfield lo mismo que si un buen amigo le hubiera hecho un desaire.

La compañía fue disuelta al llegar a la gran choza de madera donde estaba acuartelada. Según contó a Chrisfield un individuo, la choza había sido construida por los franceses años atrás, cuando lo del Marne. Los soldados no tardaron en desabrocharse las guerreras y las camisas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Judkins jovialmente, dándole a Chrisfield un amistoso golpe en el costado—. ¿En Indiana?

Chrisfield crispó los puños y le asestó un puñetazo en la mandíbula, que Judkins supo esquivar a tiempo.

Judkins enrojeció de cólera y se abalanzó sobre él con un brazo extendido.

—Pero ¿qué es esto? ¿Dónde os creéis que estáis? —gritó una voz.

—¿Por qué intentó pegarme? —exclamó Judkins entrecortadamente.

Varios hombres se habían interpuesto entre los contrincantes.

—Dejad que le eche una mano.

—¡A callar, pedazo de idiota! —gritó Andy arrastrando a Chrisfield lejos de allí. El grupo se disolvió. Algunos soldados se tumbaron sobre la alta hierba, a la sombra de las ruinas de la casa, uno de cuyos muros servía de pared a la choza que hacía las veces de cuartel.

Andrews y Chrisfield caminaron en silencio por la carretera, hundiendo sus pies en el polvo. Chrisfield cojeaba. A ambos lados del camino los trigales llenos de espigas brillaban bajo la luz del sol.

A lo lejos, unas pequeñas colinas verdes llenaban de sombras azuladas, salvo en los dorados trigales. Un espeso grupo de árboles, una hilera de álamos desperdigados aquí y allá, alteraban la suave llanura. En los setos resaltaban los azules acianos, y las amapolas, luciendo una gama de rojos que iban desde el anaranjado hasta el carmesí, se mecían al viento en sus tallos flexibles. Al volver la curva del camino dejaron de percibir el ruido que producía la tropa. Sólo oían el zumbido de las abejas que libaban en el cáliz de las grandes flores rojas en el dorado corazón de las margaritas.

—Eres un loco, Chris. ¿Por qué diablos quisiste darle un puñetazo al pobre Judkins? ¿Es que no comprendes que puede romperte la cara si lo desea? Es muchísimo más fuerte que tú —Chrisfield siguió caminando en silencio—. Creí que ya tenías suficiente de todo eso, que y no deseabas hacer sufrir a la gente. Porque a ti no te gusta sufrir, ¿verdad? —Andrews hablaba con voz entrecortada, amargamente, sin levantar los ojos del suelo.

—Me parece que me disloqué este condenado tobillo cuando bajé ayer del camión.

—Mejor será que vengas a la enfermería para que te reconozcan. Y, a propósito, Chris, estoy harto de todo esto. Mejor es morir que seguir adelante.

—Estás deprimido, Andy. ¿Quieres que vayamos a andar un poco? Hay una laguna un poco más arriba.

—Tengo jabón en el bolsillo. Podremos asearnos un poco.

—Bueno, pero no andes tan deprisa. Andy, tú eres mucho más inteligente que yo. Tú podrías explicarme los motivos que obligan a un hombre a volverse loco... como a mí me sucede. Tal vez tengo un diablo dentro.

Andrews pasaba por su rostro el suave pétalo de una amapola.

—Me pregunto lo que podría ocurrirme si me comiese unas cuantas flores como éstas —dijo.

—¿Por qué?

—Porque, según dicen, si uno se tumba en un campo de amapolas se queda dormido fácilmente. ¿No te gustaría, Chris? ¿No te gustaría dormir hasta que la guerra hubiese terminado y pudiera uno ser otra vez un ser humano?

Andrews mordió la cápsula verde de la semilla, de la cual salió un líquido lechoso.

—Tiene un gusto amargo. Debe de ser opio.

—¿Y eso qué es?

—Un producto que hace dormir y tener bellos sueños. En China...

—¡Sueños! —le interrumpió Chrisfield—. Anoche tuve uno muy curioso. Soñé que, durante un reconocimiento que llevamos a cabo en el bosque de Bringy, veía a un individuo que se había suicidado.

—¿Quién era?

—¡Bah! Un alemán.

—Eso es aún mejor que el opio —dijo Andrews con voz temblorosa y excitada.

—Soñé también que las moscas que zumbaban en torno suyo eran aviones. ¿Recuerdas nuestra última noche de permiso en el pueblo?

—¿Y el comandante que no quería cerrar la ventana? ¡Pues claro que me acuerdo!

Se tumbaron en el terreno que se extendía desde el camino a la laguna. La carretera quedaba oculta por unos espesos cañaverales que el viento balanceaba dulcemente. En lo alto, unos cúmulos blancos formaban hileras, como fantásticos galeones que avanzaran por el mar a toda vela. Flotaban y cambiaban lentamente de lugar en el cielo verdoso. Las briznas de hierba que flotaban en las aguas de la laguna rompían el reflejo de las nubes sobre la plateada superficie. Permanecieron tumbados durante un rato antes de desnudarse, con los ojos fijos en el cielo, que les parecía inmenso y libre como el propio océano, o, mejor dicho, más inmenso y libre que éste.

—Dice el sargento que van a traernos una máquina para desinfectar la ropa.

—Buena falta nos hace, Chris. —Andrews empezó a desnudarse lentamente—. Es estupendo sentir sobre el cuerpo la caricia del aire y el sol, ¿verdad, Chris? —Se acercó a la laguna y se tumbó boca abajo sobre la fina y suave hierba de la orilla—. Es magnífico tumbarse así —dijo con voz soñadora—. Se siente la piel suave y flexible, y nada en el mundo es tan maravilloso como un músculo. No sé qué haría si no tuviese cuerpo, Chris.

Chrisfield se echó a reír.

—Fíjate en lo hermoso que está mi tobillo... ¿Qué, hay muchos bichos? —preguntó.

—Intentaré ahogarlos a todos —respondió Andrews—. Chris, quítate de una vez ese apestoso uniforme. Al contacto del sol y del aire volverás a sentirte como un ser humano, no como un soldado piojoso.

—¡Hola, muchachos! —gritó de pronto un voz estridente. Un individuo de nariz y barbilla afiladas había surgido a sus espaldas. Era de la Y. M. C. A.

—¡Hola! —respondió Chrisfield hoscamente, acercándose al agua cojeando.

—¿Quieres el jabón? —dijo Andrews.

—¿Vais a nadar un poco? —preguntó el recién llegado, y añadió con convicción—: Eso es magnífico.

—¿Por qué no lo hace usted también? —preguntó Andrews.

—Gracias, gracias... Y si me permitís una sugerencia, ¿por qué no os metéis en el agua de una vez? Hay dos francesitas que os miran desde la carretera —dijo el recién llegado con una risita burlona.

—Si a ellas no les importa... —repuso Andrews enjabonándose con verdadera furia.

—Creo que hasta les gusta —dijo Chrisfield.

—Sí, sí, ya sé que no son precisamente... morales, pero...

—Al fin y al cabo, ¿por qué no han de mirarnos? Tal vez dentro de poco nadie pueda hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ha visto alguna vez los efectos de un pequeño casco de metralla sobre el cuerpo humano? —preguntó Andrews ásperamente. Luego se arrojó al agua y avanzó nadando hasta la mitad de la laguna.

—¿Por qué no les dice que vengan y nos ayuden a matar bichos? —dijo Chrisfield, e imitó a su amigo.

Al llegar al centro de la laguna se detuvo a descansar junto a un banco de arena, allí donde el agua tibia tenía poca profundidad. Se volvió para mirar al individuo de la Y. M. C. A., que seguía en la orilla. Detrás de él distinguió otras figuras de hombres desnudos, la ropa interior amarillenta y muchas cabezas que surgían de las aguas y desaparecían a continuación. Al salir halló a Andrews sentado con las piernas cruzadas sobre su ropa. Chrisfield cogió la camisa y empezó a vestirse.

—No llego a decidirme a ponerme otra vez esa cochina indumentaria —dijo Andrews en voz baja, como si hablase consigo mismo—. Me siento así tan limpio, tan libre... Vestirse es como aceptar voluntariamente la suciedad, la esclavitud... Creo que voy a recorrer los campos tal como estoy...

—¿A servir a tu patria llamas esclavitud, amigo mío? —dijo a su lado el individuo de la Y. M. C. A. Había estado dando vueltas por entre los bañistas. Su impecable traje y sus botas y polainas lustrosas contrastaban enormemente con los uniformes manchados de barro y húmedos de sudor de cuantos le rodeaban.

—Precisamente.

—Vas a buscarte un disgusto hablando de ese modo, muchacho —dijo el otro con cierta reserva.

—¿Cómo define usted la palabra «esclavitud»?

—Recuerda que eres un simple voluntario en la causa de la democracia, que haces todo esto para que tus hijos puedan vivir en paz el día de mañana.

—¿Ha matado usted a alguien alguna vez?

—No, no, claro que no. Pero puedo aseguraros que me habría alistado en el Ejército si no tuviese un defecto en la vista.

—Me lo figuraba —dijo Andrews en voz baja.

—Recordad que vuestras mujeres, vuestras hermanas, vuestras novias y vuestras madres rezan en estos momentos por vosotros.

—Más valdría que en vez de rezar me envasen una camisa limpia —dijo Andrews empezando a vestirse—. ¿Hace mucho que está usted aquí?

—Tres meses justos —repuso el hombre. Y su rostro cetrino se iluminó de repente—. Y os aseguro, muchachos, que estos tres meses valen por todos los demás

años de mi... vida. He oído hablar del gran corazón de los americanos. No olvidéis que nuestra empresa es una empresa cristiana.

—Vamos, Chris, acabemos de una vez.

Dejaron a aquel individuo paseando entre los soldados que había junto a la orilla de la laguna los cuales, al contemplar el reflejo del cielo verdoso y plateado y de las grandes nubes blancas, sentían la inmensa libertad del ancho espacio. Cuando cruzaban el camino oyeron aún su voz estridente.

—Y para esto vivimos —dijo Andrews.

—Oye, Andy, ¡qué bien sabes hablar con esa clase de gente! —exclamó Chris admirado.

—¿De qué nos sirve hablar? Mira, todavía hay madre selvas en flor. ¿No te recuerda este perfume a nuestra patria, Chris?

—¿Cuánto les pagarán a esos individuos, Andy?

—Que me ahorquen si lo sé.

Llegaron al campamento en el preciso momento de alinearse para el rancho. Los soldados, animados por el olor cillo a comida y el entrecrocarse de las cazuelas, hablaban y reían. Cerca de la cocina de campaña, Chrisfield vio al sargento Anderson que hablaba con Higgins, sargento de su compañía. Ambos reían. Oyó la voz fuerte de Anderson, que decía en tono jovial:

—Esta vez hemos pasado lo peor, Higgins. Y creo que lo mismo haremos en el futuro.

Ambos sargentos se miraron. Luego contemplaron paternal y condescendentemente a sus hombres y se echaron a reír.

Chrisfield se sintió impotente como un buey bajo el yugo. Tenía que trabajar, que esforzarse hasta el máximo, que ponerse firme..., mientras aquel Anderson de pálido rostro podía holgazanear de un lado a otro como si el mundo le perteneciese. Extendió su cazuela. Un soldado echó el rancho en ella: carne con salsa. Chrisfield se apoyó en el muro cubierto de papel alquitranado de la choza, y mientras comía siguió mirando con encono a los dos sargentos, que charlaban y reían tranquilamente, entretanto que los soldados de dos compañías comían apresuradamente, como perros hambrientos, alrededor de ellos.

De pronto, Chrisfield miró a Anderson con fijeza. Éste se había sentado sobre la hierba, con los ojos fijos más allá de los trigales. El humo de su cigarrillo formaba espirales alrededor de su rostro y de su cabeza. Chrisfield crispó los puños, sintiendo que su odio crecía por momentos.

«Indudablemente, debo de tener un demonio en el cuerpo.»

Las ventanas estaban tan cerca del césped que la pálida luz tenía reflejos verdosos dentro de la choza que les servía de cuartel. Los soldados se hallaban tumbados en camastros hechos de alambres entrecruzados sobre un marco de madera. Sus rostros,

aunque tostados por el sol, parecían macilentos, con esa tonalidad enfermiza de los que suelen trabajar siempre en el interior de una oficina. En el tejado habían anidado las golondrinas, que dejaban huellas de su paso sobre el entarimado: unas manchas blancas en el trecho que mediaba entre las hileras de camas. En el suelo había también trozos cubiertos de hierba amarillenta que ni el frecuente pisar de los que entraban y salían había conseguido exterminar.

La choza estaba solitaria y Chrisfield percibía claramente el piar de las pequeñas golondrinas.

Se sentó silenciosamente en el borde de uno de los camastros y miró por la puerta entreabierta las sombras azuladas que empezaban a invadir la tierra y el césped de la pradera que se extendía por la parte trasera. Sus manos, del color de la terracota, colgaban entre sus rodillas. Silbaba quedamente. Sus ojos, cercados de largas y negrísimas pestañas, se fijaban en la lejanía, a pesar de que no estaba pensativo. Experimentaba una inefable sensación de paz y de dicha. Era maravilloso saberse solo en el cuartel mientras los demás hombres estaban en el campo, haciendo prácticas de lanzamiento de granadas. No, seguramente nadie le chillaría por el momento.

Le invadió una agradable somnolencia. Cerca de allí, en la cocina de campaña, cantaba un hombre:

¡Oh, mi novia es Lulú!

¡Es Lulú, mi hermosa novia!

En sus nidos, sobre el tejado, las jóvenes golondrinas piaban débilmente. Se oía de vez en cuando un batir de alas, y una golondrina de gran tamaño rozaba el techo. Chrisfield sintió en las mejillas un agradable calorcillo. Inclino la cabeza sobre el pecho. En el exterior, el cocinero seguía cantando una y otra vez, en voz baja y acompañado por el ruido de las sartenes, la misma canción:

¡Oh, mi novia es Lulú!

¡Es Lulú, mi hermosa novia!

Chrisfield se quedó dormido.

Se despertó sobresaltado. En el interior era casi oscuro. En el vano de la puerta se recortaba una alta figura masculina.

—¿Qué estás haciendo aquí? —refunfuñó una voz grave.

Chrisfield le miró con los ojos semicerrados. Automáticamente se puso en pie. Podía ser un oficial. Le miró escrutadoramente. Era Anderson que se interponía entre él y la luz del exterior, la verdosa oscuridad, la piel de su rostro partía tan blanca

como el yeso, y en ella resaltaban las espesas cejas, que se juntaban sobre la nariz, el pelo oscuro que apuntaba en su barbilla.

—¿Por qué no estás con la compañía?

—Estoy aquí de centinela —murmuró Chrisfield. Y sintió que la sangre le hervía en las venas y que el pulso le golpeaba en sus sienas sus muñecas. Sus ojos fulguraron. Los tenía fijos en el suelo, a los pies de Anderson.

—La orden era que saliese la compañía entera, sin dejar ningún centinela atrás.

—¡Ah!

—Cuando vuelva el sargento Higgins discutiremos la cuestión. ¿Está limpio el cuartel?

—Usted me llamó maldito embustero, ¿no es cierto? —preguntó Chrisfield, sintiendo un súbito júbilo. Se daba cuenta de que la cólera se apoderaba de él. Era como si su cuerpo se desintegrara, como si fuese otro quien contemplase de lejos crecer su propio furor.

—Habrá que limpiar todo esto. Ese endiablado general puede presentarse de un momento a otro a inspeccionar nuestro cuartel —siguió diciendo Anderson con frialdad.

—Usted dijo que yo era un maldito embustero, ¿no? —repitió Chrisfield con toda la insolencia de que fue capaz—. Supongo que ni siquiera se acuerda de mí.

—Sé perfectamente que un día quisiste arrojarme un cuchillo —dijo Anderson fríamente, encogiéndose de hombros—. Me figuro que habrás aprendido un poco más de disciplina. En todo caso, hay que limpiar esto. ¡Por vida de...! Ni siquiera han quitado los nidos. ¡Vaya una compañía! —dijo Anderson lanzando una pequeña carcajada.

—No pienso hacer lo que me dice.

—Mejor será que obedezcas. Si no lo hace será mucho peor —dijo el sargento con voz ronca y grave.

—Si salgo un día del Ejército, pienso matarle. Creo que ya ha abusado usted bastante de mí —dijo Chrisfield fríamente, tan fríamente como hubiera podido hablar Anderson.

—Veremos lo que opina de tu actitud un consejo de guerra.

—Me importa un bledo lo que usted haga.

El sargento Anderson giró sobre sus talones y salió retorciendo nerviosamente con sus grandes dedos uno de los botones de su guerrera. Afuera se oía el rumor de pasos. Una voz orden romper filas. Los soldados invadieron la choza charlando y riendo. Chrisfield seguía sentado al borde del camastro, mirando fijamente el vano de la puerta. Vio a Anderson que hablaba con el sargento Higgins. Vio también cómo se estrechaban la mano y cómo Anderson se alejaba. Luego oyó que el sargento Higgins gritaba:

—Creo que la próxima vez que te vea tendré que cuadrarme para saludar.

Anderson respondió con una risa que se perdió en la distancia.

El sargento Higgins entró en la cabaña, se acercó a Chrisfield y dijo en tono rudo:

—Quedas arrestado. Small, encárgate de este hombre. Toma su cartuchera y su fusil. Haré que te releven a la hora del rancho.

Salió de allí. Todos los ojos se fijaron curiosamente en Chrisfield. Small, un individuo de cara muy roja y larga nariz que casi rozaba su labio superior, se acercó tímidamente al camastro en donde estaba Chrisfield. Cogió el fusil, que, al apoyarlo en el suelo, hizo un ligero ruido. Alguien se echó a reír. Andrews se aproximó al grupo. A juzgar por la expresión de sus ojos azules y por las líneas que cruzaban sus mejillas tostadas por el sol estaba preocupado.

—¿Qué ha sucedido, Chris? —preguntó en voz baja.

—Le dije a aquel condenado que me importaba un bledo lo que hiciese —repuso Chrisfield con voz quebrada.

—Oye, Andy, creo que no debo permitir que los demás le hablen —dijo Small, evidentemente contrariado por tener que decir aquello—. No sé por qué el sargento me encarga siempre a mí todas las cosas antipáticas y desagradables.

Andrews se alejó sin contestar.

—Ánimo, Chris. No pueden hacerte nada —dijo Judkins desde la puerta, haciendo una cómica mueca.

—Me importa un bledo lo que hagan —volvió a decir Chrisfield.

Se tumbó en su camastro y contempló el techo. La choza se llenó de ruidos, pues la limpieza había comenzado. Judkins barría el suelo con una escoba hecha de ramas secas. Otro hombre quitaba los nidos de las golondrinas con ayuda de la bayoneta. Los nidos caían al suelo y sobre los camastros, levantando un revuelo de pluma y un olor a liza. Los pequeños pajarillos, con su escaso plumaje y su desproporcionado pico de color anaranjado, producían un suave rumor al caer sobre el entarimado y se quedaban allí piando levemente. Entretanto, las golondrinas grandes entraban y salían, rozando a veces el techo bajo.

—Podrías por lo menos recogerlo —gritó Small al ver que Judkins se limitaba a barrer los indefensos cuerpecillos junto con el polvo y la porquería.

Un corpulento individuo se entretuvo en recoger a los animalillos uno por uno. En sus labios se dibujaba una expresión de cálida ternura. Formó con ambas manos un hueco, como un nido, de donde salían los largos pescuezos y los anaranjados picos. A la puerta tropezó con Andrews.

—¡Hola, Dad! —dijo éste—. ¿Qué diablos pasa aquí?

—He recogido unos cuantos.

—¿Conque ni siquiera han podido dejar ahí a esos pobrecillos animales indefensos? ¡Dios! Por lo visto, sólo se proponen una cosa: hacer daño, no importa

que sea un pájaro, un animal o una persona.

—La guerra es la guerra, no una diversión.

—¡Maldita sea! No creo que eso pueda ser una razón para martirizar más de la cuenta a las demás personas.

En la puerta apareció un rostro de nariz y barbilla puntiaguda y cutis apergaminado.

—¡Hola, muchachos! —dijo el miembro de In Y. M. C. A.— Creo conveniente comunicaros que mañana abro una cantina en la última choza de la carretera de Beaucourt. Habrá chocolate, cigarrillos, jabón y... de todo.

Los soldados le aclamaron hasta hacerle enrojecer de alegría. Luego se fijó en los pajarillos que Dad tenía en las manos.

—¿Cómo pudo hacer eso? —preguntó—. Nunca creí que un soldado americano pudiese ser tan deliberadamente cruel.

—Sin duda tiene todavía muchas cosas que aprender —respondió Dad, y sus piernas se perdieron en las sombras.

Con ojos distraídos, Chrisfield había seguido la escena que acababa de desarrollarse en la puerta. Trataba afanosamente de dominar el nerviosismo que se había ido apoderando de él. Era inútil que se repitiese una y otra vez que aquello le importaba un bledo. La perspectiva de comparecer ante tantos oficiales, de soportar todas las preguntas de aquellas voces secas, le asustaba. Hubiese preferido que le azotasen. Seguramente no habría qué responder. Tal vez se hiciera un lío y dijese lo que no tenía que decir, o quizá no pudiera ni pronunciar una sola palabra. ¡Si Andy le acompañase! Andy era un muchacho educado, tan educado como los propios oficiales. Tal vez tuviera incluso más inteligencia que todos ellos juntos. Él sabría defenderse, y también defender a sus amigos, si se lo permitían.

—Me siento como aquellos pajarillos que se ponían al alcance de nuestros fusiles cuando estábamos en las trincheras de Boticourt —dijo Jenkins riendo.

Chrisfield escuchaba indiferente la charla de los que le rodeaban. Le parecía pertenecer a otro mundo distinto, como si ya hubiese sido apartado definitivamente de sus compañeros. Desaparecía sin que nadie se preocupase ni llegaran a saber lo que fue de él.

Tocaron a rancho. Los hombres fueron desfilando. Chrisfield oía sus voces en el exterior. Siguió tumbado en la oscuridad, mirando el techo. Por la puerta entraba una leve claridad azulada que ponía reflejos purpúreos en el rostro habitualmente rojo de Small y en su larga nariz ganchuda en cuya punta brillaba una gota.

Chrisfield encontró a Andrews lavando una camisa en el arroyuelo que corría por entre las ruinas del poblado, en el lado opuesto del camino junto al cual se hallaban situados los edificios en que acampaba la división. El cielo azul, sembrado de nubes blancas y rosadas, ponía en las aguas brillantes reflejos blanquecinos y azulados. En

el lecho del arroyo se veían cascos viejos, restos de equipos y latas vacías que en otro tiempo contuvieron carne. Andrews volvió la cabeza. Tenía un poco de barro en la nariz y espuma de jabón sobre el mentón.

—¡Hola, Chris! —dijo, fijando sus brillantes ojos azules en los de su amigo—. ¿Qué ha pasado? —Tenía el ceño fruncido, sin duda alguna por la ansiedad.

—Confiscación de dos tercios de una paga y reclusión en el cuartel —dijo Chrisfield alegremente.

—¡Atiza! Pues han sido clementes.

—¡Hum! Dijeron que era un buen tirador y que... En fin, que por esta vez me perdonaban.

Andrews siguió frotando la camisa.

—Está tan cochina que creo que nunca podré verla limpia —dijo.

—Quita de ahí, Andy. Yo la lavaré. Tú no sirves para estas cosas.

—Nada de eso. Tengo que hacerlo yo.

—He dicho que quites de ahí.

—Muchas gracias, Chris.

Andrews se levantó, alzó un brazo arremangado hasta el codo y con la mano se limpió el barro de la nariz.

—Tengo que terminar con ese canalla —dijo Chrisfield frotando la camisa.

—No seas idiota, Chris.

—Juro que he de acabar con él.

—¿A qué viene enfadarse ahora? El incidente terminó. Puede que nunca más vuelvas a verle.

—No hablo porque esté enfadado, sino porque he decidido acabar con él —dijo Chrisfield. Y arrollando cuidadosamente la camisa, se la arrojó a Andrews a la cara y murmuró:

—Aquí tienes.

—Eres un buen chico, Chris, aunque seas un perfecto idiota.

—He oído decir que nos mandan al frente un día de éstos.

—Por esa carretera pasa continuamente la artillería francesa, inglesa y de todos los viejos modelos.

—Dicen que el bosque de Oregón se ha convertido en un verdadero infierno.

Echaron a andar lentamente por el camino. Un correo motorizado pasó junto a ellos. El vehículo silbó a su lado.

—Ésos sí que se divierten —dijo Chrisfield.

—No creo que nadie se divierta en estos tiempos.

—¿Qué me dices de los oficiales?

—En realidad, están tan ocupados en darse importancia que creo que no tienen tiempo ni para divertirse.

La fría lluvia azotaba su rostro como si fuera un látigo. No se veían luces ni se oía ruido alguno, salvo el producido por la lluvia al caer sobre la hierba. Se esforzó por ver en la oscuridad, hasta que ante sus ojos aparecieron unas manchas rojas y amarillas que danzaban locamente. Caminaba despacio, con cuidado, apretando casi con cariño algo que llevaba en la mano bajo el impermeable. Sintió que su cólera se suavizaba de un modo extraño. Era como si anduviese detrás de su propia persona, espiando sus acciones y como si el espectáculo de lo que contemplaba le hiciese dichoso y le diera ganas de cantar.

Se volvió para que la lluvia acariciase de nuevo sus mejillas. Sintió bajo su casco el pelo bañado en sudor. Éste resbalaba por su rostro y se mezclaba a las gotas de lluvia. Apretó cuidadosamente los dedos sobre la suave superficie del objeto que tenía en la mano.

Se detuvo y cerró los ojos un momento. Por encima del rumor de la lluvia percibió el ruido de unas voces masculinas que hablaban dentro de una choza. Cerró los ojos porque había creído ver el blanco rostro de Anderson frente a él. Aquel mentón deficientemente afeitado. Aquellas cejas que se juntaban sobre la nariz...

Se dio cuenta de que había llegado junto a la pared de una casa. Extendió la mano, pero al rozar con ella el mojado y áspero papel alquitranado la retiró bruscamente, como si hubiese tocado a un muerto. Siguió avanzando a lo largo de la pared, pisando con cuidado. Notaba una sensación muy parecida a la que experimentó el día en que efectuó el reconocimiento en el bosque de Bringy. Como entonces, acudieron a su mente algunas frases. Entre ellas, una cuyo significado apenas entendía: «Luchad en pro de la democracia en el mundo». Eran consoladoras estas palabras. Llenaban por completo su cerebro. Las repitió una y otra vez. Y, entretanto, con su mano libre intentó abrir los postigos de madera de una ventana. El postigo se abrió un poco, crujiendo estrepitosamente con un ruido que ahogó el rumor de la lluvia sobre el tejado, del cual caía una cascada de agua que en aquellos momentos alcanzaba su rostro.

De pronto, un rayo de luz transformó el paisaje, partiendo en dos la oscuridad. La lluvia brillaba como una cortina de abalorios. Chrisfield contempló el interior de una pequeña habitación en la que había una luz encendida. Ante una mesa cubierta de impresos en blanco de distintos tamaños estaba sentado un cabo. Tras él había un camastro y un montón de enseres. El cabo leía una revista. Chrisfield le miró durante un buen rato. Sus dedos apretaron con fuerza el suave objeto que sostenían. No había nadie más en la habitación.

Chrisfield sintió una especie de pánico. Se apartó ruidosamente de la ventana y empujó la puerta.

—¿Dónde está el sargento Anderson? —preguntó entrecortadamente al primer hombre con quien tropezó.

—Ahí está el cabo por si se trata de algo importante —respondió el individuo—. Anderson se ha marchado al O. T. C.^[7] Salió anteayer.

Chrisfield se halló de nuevo a merced de la lluvia. Ésta azotaba su rostro, cegándole. Estaba temblando. Súbitamente se sintió aterrorizado. El suave objeto que apretaba en la mano se le antojó de pronto una ascua ardiente. Aguzó el oído, seguro de oír una explosión. Siguió andando por el camino, cada vez más rápidamente, como si quisiera huir de esa explosión. Tropezó con un montón de piedras. Automáticamente arrancó la cinta del seguro de la granada y la arrojó lejos.

Siguió un minuto de pausa.

En medio de un campo de trigo surgió una llamarada roja. El ruido fue ensordecedor.

Chrisfield continuó andando de prisa bajo la lluvia. Tras él, a la puerta de una choza, oyó el rumor de unas voces excitadas. Siguió andando, indiferente a todo, cegado por la lluvia. Cuando por fin alcanzó un espacio iluminado, ni siquiera acertó a ver quién había en la taberna.

—¡Por todos los diablos, Chris! —exclamó la voz de Andrews.

Chrisfield se enjugó las gotas de lluvia que temblaban en sus pestañas. Sentado ante una mesa llena de papeles, en la que había también una botella de champaña, Andrews escribía. La voz de éste fue un sedante para Chrisfield. Le hubiese gustado que su amigo siguiese hablando durante un buen rato.

—Que me ahorquen si no eres el mayor idiota de todos los tiempos —siguió diciendo Andrews en voz baja.

Cogió a Chrisfield por un brazo y le arrastró a la trastienda, en donde había una cama muy alta, cubierta con una colcha oscura y una mesa grande en la que se veían los restos de una comida.

—Pero ¿qué te sucede? Estás temblando como un chiquillo. ¿Qué demonios...? ¡Oh! Perdona, Crimpette. *C'est un ami*. Conoces a Crimpette, ¿verdad, Chris? —dijo Andrews señalando a una muchacha que acababa de salir de detrás de aquel lecho. Tenía la cara blanducha y rosada y unas profundas ojeras violáceas, tan oscuras que parecía haber recibido un golpe en los ojos. Llevaba el cabello revuelto y un traje de muselina gris bastante sucio, en el que faltaban varios botones, cubría sus grandes senos y sus carnes flojas. Chrisfield la miró codiciosamente, como si toda su cólera se fundiese ante la ardiente llama del deseo.

—¿Qué te pasa, Chris? ¿Estás loco? ¿Por qué saliste del cuartel?

—Déjame, Andy. Apártate de mi camino. Yo no soy de tu clase... Déjame.

—No estás en tus cabales. Pero prefiero ser de tu clase a ser de la clase de algunos otros. Vamos, echa un trago.

—Ahora no.

Andrews volvió a sentarse ante sus papeles y su botella, y empujó los platos con

restos de comida para dejar un espacio libre en la mesa grasienta. Luego bebió directamente de la botella, tosió, se llevó a la boca un extremo del lápiz y contempló gravemente el papel que tenía ante sí.

—Soy de tu clase, Chris —siguió diciendo—. Sólo que estoy domado. ¡Dios, qué bien domado estoy!

Chrisfield no escuchaba lo que su amigo decía. Miraba fijamente a la mujer que tenía enfrente. Ella le miraba también, con expresión estúpida y asustada. Chrisfield buscó dinero en sus bolsillos. Como acababa de cobrar, tenía un billete de cincuenta francos. Lo sacó y lo desdobló para que ella lo viese. Los ojos de la muchacha brillaron. Sus pupilas se hicieron más pequeñas al fijarse en el trozo de papel de varios colores. Chrisfield hizo con él una bolita y lo introdujo entre los amplios senos de Crimpette.

Momentos más tarde, Chrisfield se sentaba frente a Andrews. Llevaba todavía el impermeable mojado.

—Debes creer que soy un verdadero cerdo —dijo con voz normal—. Y lo peor es que tienes razón.

—Nada de eso —repuso Andrews. Obedeciendo a un impulso, apoyó una mano sobre la de Chrisfield.

—Dime, ¿por qué temblabas de aquel modo cuando entraste? Ahora pareces más tranquilo.

—No tengo la menor idea —respondió Chris con voz suave.

Hubo una larga pausa, durante la cual oyeron los pasos de la mujer que se movía tras ellos.

—Vámonos —dijo Chrisfield.

—Perfectamente. *Bon soir*, Crimpette.

Había cesado de llover. Un viento tormentoso barría las nubes. Aquí y allí surgían grupos de estrellas.

Anduvieron en silencio, cruzaron alegremente los charcos. En algunos, si el viento no agitaba las aguas, se reflejaban las estrellas.

—¡Cristo! Me gustaría ser como tú, Andy —dijo Chrisfield.

—No debes desearlo, Chris. No valgo nada. Soy simplemente un hombre sometido, domado. No sabes lo endiabladamente domado que estoy.

—Pero eres inteligente. Y eso ayuda a triunfar en el mundo.

—¿Y de qué sirve triunfar en un mundo que no vale la pena de ser tenido en cuenta? Chris, pertenezco a un mundo en donde la inteligencia no sirve para nada. Creo que lo mejor que puede sucedernos, es que nos maten en el transcurso de ésta carnicería. Somos una generación de hombres domados. Tú vales más que yo.

—¿Yo? ¡Pero si no sirvo para nada! Y me importa un bledo que... ¡Demonios,

qué sueño tengo!

Al entrar en el cuartel, el sargento miró escrutadoramente a Chrisfield.

—Corren rumores por los retretes, sargento. Los muchachos de la división 32 dicen que salimos el jueves para el frente.

—Parecen muy enterados.

—En todo caso, son las últimas noticias de los retretes.

—Comprendo. Bien, si lo que deseas son noticias frescas, te las daré, Andrews. Que me vuelva perro si eso no sucede antes del jueves —dijo el sargento Higgins con aire misterioso.

Chrisfield se dirigió a su camastro, se desnudó en silencio, se tumbó entre las mantas, estiró los brazos lánguidamente unas cuantas veces y, mientras Andrews seguía charlando con el sargento, se quedó dormido.

IV

La luna, entre las nubes del horizonte, parecía una calabaza que surgiera entre unas matas.

Chrisfield la contempló a través de las ramas de los manzanos cargados de fruto que daban al fresco ambiente un perfume delicioso. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el áspero tronco de un manzano y las piernas estiradas. Frente a él, apoyado en otro árbol, estaba Judkins. Entre ambos había dos botellas vacías de coñac.

Los murmullos del huerto los rodeaban por doquier. Los tallos curvados, movidos por las ráfagas del viento otoñal, producían una especie de crujido al chocar levemente. El ambiente olía a bosque y a humedad, a fruta pasada y a fermentos de unos campos en sazón. Chrisfield sintió el viento en la frente y en sus cabellos húmedos. A pesar del sopor en que le sumió el coñac que había bebido, oía el monótono ruido de las manzanas al caer al suelo a cada nueva ráfaga. Y el zumbido de los insectos nocturnos. Y más allá, a lo lejos, el estruendo de los cañonazos, como el compás de un tambor que ejecutase una danza salvaje.

—Oíste lo que dijo el coronel, ¿verdad? —preguntó Judkins con voz ronca de tanto beber.

Chrisfield eructó y asintió con un leve ademán. Recordaba la tranquila cólera de Andrews después que fue dada la orden de romper filas. Se había sentado en un madero, junto a la cocina de campaña, y contemplaba el pedazo de tierra que a fuerza de pisotear con su bota había dejado convertida en fango.

—Bien —siguió diciendo Judkins, intentando imitar el tono solemne del coronel—, hablando de prisioneros... —Hipó, hizo un ademán con la mano y continuó—: Hablando de prisioneros, prefiero dejar el asunto a vuestro criterio, muchachos, pero conviene recordar lo que los hunos hicieron en Bélgica. He de añadir, sin embargo, que como nuestras raciones son harto escasas, la presencia de prisioneros en nuestras líneas no haría sino acortarlas sensiblemente.

—Ésas fueron sus palabras, Judkie. Eso fue lo que dijo.

—La presencia de prisioneros en nuestras líneas no haría sino acortarlas sensiblemente —siguió diciendo Judkins, moviendo triunfalmente una mano.

Chrisfield cogió una botella de coñac. Al ver que estaba vacía, la levantó y la arrojó contra el árbol de enfrente: una lluvia de pequeñas manzanas cayó sobre la cabeza de Judkins, que se levantó inquieto.

—Os digo, amigos, que la guerra no es precisamente una diversión —dijo.

Chrisfield se levantó también, cogió una manzana e hincó en ella los dientes.

—Es dulce —dijo.

—¡Al diablo con lo dulce! —exclamó Judkins—. He dicho que la guerra no es

una diversión. Y óyeme bien, amigo, si después de lo que ha dicho el coronel coges a algún prisionero, te juro que me las pagarás. Lo mejor es atravesarles las tripas, lo mismo que hacemos con los muñecos durante la instrucción. Atravesarles las tripas... —Súbitamente, su voz cambió de tono. Parecía un pobre chiquillo asustado—. ¡Atiza, Chris! Me siento muy mal.

—Ten cuidado —dijo Chrisfield apartándole de un empujón. Judkins se apoyó en el tronco de un árbol para vomitar.

La luna llena había triunfado sobre las nubes y ponía en el huerto de manzanos fríos reflejos dorados. Las sombras de las ramas y de los tallos entrelazados al proyectarse en el suelo casi cubierto de manzanas formaban curiosos y fantásticos dibujos. El estruendo de los cañonazos sonaba cada vez más cerca. Era un ruido sordo y prolongado, como si alguien jugase a los bolos y lanzase las pelotas con fuerza, y, a la vez, como si moviesen incesantemente muchas planchas de hierro.

—Debe de ser un verdadero infierno.

—Me encuentro mejor —dijo Judkins—. Vamos a buscar más coñac.

—Pues yo tengo hambre —dijo Chrisfield—. Vamos a pedirle a la vieja que nos prepare unos huevos.

—Es demasiado tarde —gruñó Judkins.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Vendí mi reloj.

Atravesaron el huerto hasta llegar a un campo de calabazas que brillaban a la luz de la luna y proyectaban sombras profundas. A lo lejos se veían unas pequeñas montañas cubiertas de bosques.

Chrisfield arrancó una calabaza de tamaño mediano y la arrojó contra el suelo con toda la fuerza de que fue capaz. La calabaza se partió en tres pedazos, esparciendo las pepitas amarillas y húmedas.

—Hay que reconocer que tienes fuerza —dijo Judkins cogiendo la calabaza mayor que encontró.

—Mira, ahí hay una granja. Tal vez encontremos algún huevo en el corral.

—¡Endiabladas gallinas!

En aquel momento, el canto de un gallo rompió el silencio de los campos. Ambos corrieron hacia el oscuro edificio de la granja.

—Cuidado. Tal vez haya oficiales acuartelados.

Pasaron junto a las diversas dependencias de la granja. Reinaba un profundo silencio. No brillaba una sola luz. La gran puerta de madera que daba acceso al patio se abrió fácilmente, sin chirriar. Sobre el tejado la silueta del palomar se recortaba sobre el disco de la luna. Percibieron olor a establo al entrar de puntillas en la granja, cuyo suelo estaba parcialmente cubierto de estiércol. Bajo un cobertizo y sobre una mesa había muchas peras puestas a madurar. Chrisfield clavó los dientes en una de

ellas. El dulce jugo corrió por su barbilla. Se comió la pera rápida y nerviosamente y cogió otra.

—Lléname los bolsillos —murmuró Judkins.

—¿Y si nos echan el guante?

—¡Al diablo con todo temor! Salimos para el frente dentro de uno o dos días.

—Me gustaría llevarme unos huevos.

Chrisfield abrió la puerta de un granero. Inmediatamente percibió olor a queso y a leche.

—Vamos, acércate —murmuró—. ¿Quieres queso?

Sobre una repisa de madera, una hilera de quesos brillaban a la luz de la luna que penetraba por la puerta abierta.

—¡Maldita sea! No podría probar bocado —dijo Judkins, hundiendo pesadamente uno de sus puños sobre la suave superficie de un queso.

—No hagas eso.

—Al fin y al cabo, los hemos salvado de los hunos.

—¡Diablos!

—La guerra no es una diversión, ya lo sabes —dijo Judkins.

Abrieron otra puerta. En el suelo cubierto de paja dormitaban unos pollos que movían rítmicamente sus plumas produciendo un curioso rumor.

De pronto, todo se alborotó. Los pollos cacarearon asustados.

—¡Atiza! —exclamó Judkins corriendo en dirección a la puerta de la granja.

En el interior del edificio se oyeron exclamaciones de mujeres.

—*C'est les boches! C'est les boches!* —gritó una voz ahogando el cacareo de los pollos y de las gallinas de Guinea. Judkins y Chrisfield se alejaron corriendo, perseguidos por los gritos histéricos de las mujeres que atronaban la noche otoñal.

—¡Así revienten! —dijo Judkins sin aliento—. ¿Qué derecho tienen esos malditos franceses para tratarnos así?

De nuevo cruzaron el huerto. Judkins llevaba un pollo en la mano. El animal no cesaba de chillar. Chrisfield seguía oyendo los gritos de las mujeres. Judkins retorció con destreza el pescuezo del pollo, y siguieron su precipitado avance por el huerto, pisando las manzanas del suelo. Las voces se perdieron en la distancia, hasta quedar ahogadas por el rumor de los cañonazos.

—Me da mucho que pensar aquella mujer —dijo Chrisfield.

—Al fin y al cabo, la hemos salvado de los hunos.

—Andy no lo cree así.

—Bueno, mira, si quieres que te diga mi opinión acerca de Andy, te la diré. No le tengo por gran cosa. Creo que no pasa de ser un charlatán —dijo Judkins.

—Nada de eso.

—Oí que el teniente lo decía. Es un maldito charlatán.

Chrisfield profirió un juramento airado.

—En fin, ya veremos. Lo que sí te digo, amigo, es que, en efecto, la guerra no es una diversión.

—¿Y qué diablos vamos a hacer con este pollo? —dijo Judkins.

—¿Recuerdas lo que le sucedió a Eddie White?

—¡Atiza! Mejor será que lo dejemos aquí.

Judkins cogió al animal por el pescuezo, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó tan lejos como pudo, entre unos matorrales.

Avanzaban por un camino flanqueado de castaños que conducía al pueblo. La oscuridad era absoluta. Sólo en algunos trozos del camino brillaba la luna. En el centro, por entre las sombras que las ramas proyectaban, relucía el suelo blanco como la leche. Los envolvía la fresca fragancia de los bosques, de las frutas maduras, de las hojas secas y el fermento de los campos otoñales.

El teniente se hallaba sentado ante una mesa, al sol, en la calle del pueblo en donde estaban instaladas las oficinas de la compañía. Frente a él brillaban montones de monedas y billetes nuevos. A su lado, con aire solemne, estaban el sargento Higgins y otro sargento y el cabo.

Los soldados se habían puesto en fila. Avanzaban de uno a uno hasta situarse junto a la mesa y saludar con deferencia. Cobrada la paga, se retiraban con un aire de absoluta seguridad en sí mismos. Desde las ventanas de marcos oscuros de sus casas enjalbegadas y sencillas, algunos aldeanos contemplaban la escena. La hilera de soldados, bajo la cegadora luz del sol, proyectaba en el suelo una sombra irregular de color violáceo parecida a un gigantesco ciempiés.

Desde la mesa del café *Nos Braves Poilus*, Small, Judkins y Chrisfield, con la paga recién cobrada en sus bolsillos, podían ver fácilmente el jardincillo de la casa de enfrente. Tras un seto de anaranjadas maravillas, a la puerta de la casa, estaba Andrews charlando con una mujer. Era una anciana que, sentada en una silla baja, tomaba el sol en el interior del porche. Su cabeza blanca y pequeña se inclinaba sobre la rubia del muchacho.

—Ahí le tienes —murmuró Judkins en tono solemne—. Ni siquiera se acuerda de su paga. Ese chico se cree un personaje importante.

Chrisfield enrojeció, pero no dijo nada.

—Se pasa el día charlando con esa vieja —dijo Small con una mueca burlona—. Puede que le recuerde a su madre.

—¡Bah! Se conoce que le gustan mucho los franceses. Hasta me parece que prefiere echar un trago con un francés que con un americano.

—Puede que quiera aprender el idioma.

—No creo que prospere en el Ejército —dijo Judkins.

Las pequeñas casas que flanqueaban el camino brillaban rojas en la puesta de sol.

Andrews se levantó despacio, y con lánguido ademán se despidió de la anciana. Ésta se levantó también. Era una figura pequeña y temblorosa, cubierta con un chal de seda negra. Andrews se inclinó hacia ella y la besó repetida y vigorosamente en ambas mejillas. Luego cruzó el camino en dirección al lugar donde se alojaban las fuerzas. Llevaba el gorro en la mano y miraba el suelo pensativamente.

—Lleva una flor detrás de la oreja, como si fuese un cigarrillo —dijo Judkins con desprecio.

—Bueno, mejor será que nos vayamos —dijo Small—. Tenemos que estar a las seis en el cuartel.

Guardaron silencio durante un rato. A lo lejos, los cañonazos seguían sonando lo mismo que un monótono tambor.

—Me parece que no tardaremos en vernos en medio del fregado.

Chrisfield sintió un escalofrío y se pasó la lengua por los labios resecaos.

—Aquello es un infierno —dijo Judkins—. Yo siempre digo que la guerra no es una diversión.

—Me importa un bleo —repuso Chrisfield.

Alineados en la calle del pueblo y con la mochila al hombro los soldados aguardaban la orden de partida. Una niebla suave envolvía los árboles y cubría los pequeños jardines. El sol no había salido aún. En el cielo, de un pálido color azul, brillaban unos grupos de nubes con tonalidades doradas y rojas. La fila de soldados no era demasiado regular. El peso de los equipos hacía que las figuras se inclinasen un poco, que se moviesen hacia delante y hacia atrás, golpeando el suelo con los pies o cruzando los brazos con impaciencia. La fresca brisa de la mañana había hecho enrojecer sus orejas y sus narices. El vapor producido por su aliento se elevaba sobre sus cabezas.

Un automóvil de color oscuro avanzó lentamente por la carretera, todavía envuelta en brumas, hasta detenerse frente a la columna. De la casa de enfrente salió precipitadamente el teniente poniéndose los guantes. Los soldados miraron con curiosidad el vehículo. Vieron que tenía dos neumáticos deshinchados y un cristal roto. La oscura pintura estaba agrietada en algunos lugares, y tres grandes agujeros en la portezuela hacían el número ilegible. Por la fila de soldados corrió un ligero rumor. Se abrió la portezuela con dificultad y un comandante que vestía un abrigo claro bajó del coche. Llevaba un brazo vendado y sujeto con un pañuelo a manera de cabestrillo. Las vendas tenían manchas de sangre. Estaba muy pálido, y en su rostro se reflejaba el dolor. El teniente saludó.

—¿Dónde hay un taller de reparaciones? —preguntó el comandante con voz recia pero temblorosa.

—En esta aldea no hay ninguno, mi comandante.

—¿Dónde demonios podemos hallar uno?

—No lo sé —repuso el teniente en tono humilde.

—¿Y por qué diablos no lo sabe? Esta organización es deficiente. Es infame... Acaban de matar al comandante Stanley. Dígame, ¿cómo se llama este condenado pueblo?

—Thiocourt.

—¿Y dónde diablos está eso?

El chófer bajó del coche. No llevaba gorra, y tenía el cabello cubierto de polvo.

—El caso es, mi teniente, que tenemos que llegar a Châlons...

—Sí, eso es. A Châlons-sur... A Châlons-sur-Marne —dijo el comandante.

—El oficial de acantonamiento tiene un mapa —dijo el teniente—. La última casa a la izquierda.

—Vamos hacia allá. ¡Pronto! —gritó el comandante intentando abrir la portezuela.

El teniente la abrió por él, y al hacerlo dejó al descubierto el interior del coche. Los soldados que estaban más cerca pudieron ver un gran bulto envuelto en mantas apoyado en un asiento.

Antes de acomodarse, el comandante cogió con su brazo sano una alfombrilla de lana y la arrojó lejos de sí. El coche se alejó lentamente. Los hombres alineados en la calle del pueblo contemplaron con curiosidad los tres agujeros de la portezuela.

El teniente miró la alfombra que había quedado abandonada en mitad del camino. La tocó con el pie. Estaba empapada en sangre, que en algunos lugares se había coagulado.

El teniente y los soldados de su compañía la contemplaron en silencio. El sol, que había salido ya, brillaba sobre los tejados de las pequeñas casas enjalbegadas.

A lo lejos, al otro extremo de la carretera, el regimiento se había puesto en marcha.

V

Descansaron al llegar a la cima del montículo. Chrisfield se sentó sobre la arcilla roja, colocó el fusil entre las rodillas y miró alrededor. Frente a él, al otro extremo de la carretera, había un cementerio francés. Las pequeñas cruces de madera, inclinadas en todas direcciones, se recortaban sobre el cielo. Las coronas de abalorios brillaban a la luz del sol. A lo largo de la carretera veíase una especie de largo gusano, roto de vez en cuando por la silueta de unos camiones, un inmenso gusano oscuro que descendía por la ladera, dejando atrás las casas sin tejados de la aldea y que escalaba las cumbres de las cercanas montañas sembradas de bosques trágicamente destrozados. Chrisfield se esforzó por mirar más allá, hacia las montañas lejanas que, veladas por la niebla, parecían azules y tranquilas. El río brillaba por entre los pilares del casi destrozado puente de piedra y desaparecía después tras unos grupos de álamos amarillentos. En un rincón del valle retumbaba un cañón. La metralla se perdía seguramente en aquellas montañas, distantes, azules y tranquilas.

El regimiento de Chrisfield avanzaba otra vez. Los pies de los soldados resbalaban sobre el fango, mientras descendían a grandes pasos por la ladera soportando el peso de la mochila y la tirantez del correa.

—¿Verdad que es un país maravilloso? —dijo Andrews, que caminaba junto a él.

—Preferiría estar en un O. T. C., como ese cochino de Anderson.

—¡Al diablo con él! —dijo Andrews. Llevaba todavía una maravilla en uno de los ojales de su sucia guerrera. Andaba con la cabeza erguida y las aletas de la nariz dilatadísimas, como si quisiera gozar mejor del perfume de aquel brillante día de otoño.

Chrisfield se quitó de la boca el cigarrillo apagado y escupió furiosamente en los talones del individuo que caminaba ante él.

—Esto no es vida para un cristiano —murmuró.

—Prefiero verme así que... que como aquéllos —dijo Andrews con amargura, señalando con la cabeza un coche lleno de oficiales que estaba parado a un lado de la carretera. Éstos tenían aire de excursionistas domingueros, y bebían en un termo que se pasaban de uno a otro constantemente. Con evidente relajación del sentido de la disciplina, saludaron con la mano a los soldados que pasaban por allí. Un teniente de bigote negro y retorcido gritó varias veces:

—¡Corren como conejos, muchachos! ¡Corren como conejos!

De la columna surgía de vez en cuando un alegre murmullo, con el cual saludaban los muchachos a los ocupantes del coche.

El gran cañón resonó de nuevo. Chrisfield, que esta vez se hallaba cerca, sintió como si le golpearan con fuerza la cabeza.

—Es una monada —dijo una voz detrás de él.
Alguien había empezado a cantar:

*Buenos días, míster Zip,
con su cabello cortado,
con su cabello cortado,
con su cabello cortado
tan corto como el mío.*

Todos le imitaron. El ritmo de sus pasos se ajustó al compás de la canción al atravesar las calles pavimentadas que zigzagueaban por entre las semiderruidas casas de la aldea. Las ambulancias pasaban junto a ellos, grandes camiones llenos de hombres de rostro macilento y amontonados unos sobre otros, que olían a sudor, a sangre y a ácido fénico.

Alguien siguió cantando:

*Cenizas a cenizas
y polvo a polvo...*

—No me gusta cantar eso —dijo Judkins—. Trae mala suerte.

Pero todos seguían entonando la canción. Chrisfield observó que los ojos de Andrews chispeaban.

«Sin duda, es un hombre extraño», se dijo, pero gritó con toda la fuerza de sus pulmones lo mismo que hacían los demás:

*Cenizas a cenizas
y polvo a polvo...
Si los gases no te matan,
te matarán las granadas.*

De nuevo ascendían una montaña. En el camino por donde avanzaban se abrían hondos surcos y algunos agujeros formados por las balas al caer. Estaban llenos de agua cenagosa, en la que fácilmente se hundía el pie. Empezaban los bosques, o, mejor dicho, el esqueleto ruinoso de unos bosques. Abundaban los lugares en donde estuvo emplazada la artillería, y los refugios subterráneos. El suelo estaba cubierto de latas vacías y cajas de metal que sin duda contuvieron municiones. A ambos lados, los árboles estaban festoneados de alambradas telefónicas, cable sobre cable, hasta formar verdaderas enredaderas.

Cuando se detuvieron otra vez, Chrisfield vio que se hallaba en la cumbre de la

montaña, junto a una batería francesa del 75. Miró con curiosidad a los franceses, que en mangas de camisa jugaban a las cartas y fumaban, sentados sobre unos leños. Su actitud le irritó.

—Diles que seguimos avanzando —murmuró dirigiéndose a Andrews.

—¿Estás seguro? —dijo Andrews—. En fin... *Dites-doncs, les Boches courent-ils comme des lupins?* —gritó.

Uno de los hombres volvió la cabeza y se echó a reír.

—Dice que llevan cuatro años corriendo —dijo Andrews. Se quitó la mochila, la dejó en el suelo y se sentó sobre ella. Luego buscó un cigarrillo.

Chrisfield se quitó el casco y se alisó el pelo con una de sus sucias manos. Después cogió un trozo de tabaco de mascar y se sentó, con las manos crispadas sobre las rodillas.

—¿Tendremos que esperar mucho esta vez? —murmuró.

Las sombras de los árboles medio destruidos Invadían el camino. Los artilleros franceses cenaban en aquellos momentos. Una larga hilera de camiones pasó a su lado, salpicando de barro a los individuos agrupados a ambos lados del camino. Se puso el sol. Abajo, en el valle, unas baterías habían roto el fuego, haciendo imposibles las conversaciones. En el aire, por encima de sus cabezas, silbaban las balas. Los franceses se estiraron, bostezaron y bajaron a sus refugios subterráneos. Chrisfield los miró con envidia. Detrás de los altos árboles mutilados brillaban las estrellas. Chrisfield sintió que las piernas le dolían de frío. Comenzó a desear ansiosamente que algo sucediese. Pero, inmóviles en la creciente oscuridad, los hombres seguían aguardando. Chrisfield masticó rápidamente su tabaco, intentando olvidar todo lo que no fuese el sabor del mismo.

Al fin, la columna volvió a ponerse en movimiento. Al llegar a la cima de otra montaña, Chrisfield percibió un dulce perfume que le hizo dilatar las aletas de su nariz. «Gas», pensó. Lleno de terror, llevó la mano a la máscara que coleaba de su cuello. Pero no quiso ser el primero en ponérsela. No había oído ninguna orden a tal efecto. Siguió andando, profiriendo imprecaciones contra el sargento y el teniente. ¿Y si los dos hubiesen muerto ya a consecuencia de la emanaciones del gas? Tuvo entonces una especie de visión. El regimiento entero caía exánime en medio del camino a causa de las emanaciones del gas.

—¿No hueles a nada, Andy? —preguntó cautelosamente.

—Sí. Es como una mezcla de caballos muertos, nardos, aceite de plátano, el helado que acostumbrábamos a comer en el colegio y ratas muertas en la buhardilla. Pero ¿qué importa ahora todo eso? —dijo Andrews sonriendo burlescamente—. Estamos metidos en el mayor fregado que se ha conocido en la historia.

«Se ha vuelto loco», se dijo Chrisfield. Contempló las estrellas que brillaban en el oscuro cielo y que parecían avanzar al mismo paso que la columna. O tal vez ellos, y

con ellos las estrellas, estuvieron inmóviles, y fuesen los árboles los que se movieran, los que se alejasen diciéndoles adiós con sus brazos destrozados, escuálidos y desnudos. Apenas percibía el rumor de las pisadas de tantos pies sobre el camino, tal era el estruendo de los cañones delante y detrás de ellos...

De vez en cuando estallaba un cohete. Sus luces rojas y verdes se mezclaban por espacio de breves momentos con las estrellas del cielo. En los demás lugares se encendían resplandores blancos y rojizos que se apagaban casi inmediatamente. Era como si el horizonte entero estuviese ardiendo.

Al descender por la ladera de la montaña empezaron a escasear los árboles. Vieron frente a ellos un valle iluminado por el resplandor de los cañones y la pálida luz de las estrellas. Era como mirar una chimenea llena de leños encendidos. En la ladera que iban dejando atrás se oían continuas y estruendosas detonaciones y se distinguían amarillas lenguas de fuego. Hallaron una batería junto al camino. El ruido de los cañonazos repercutía en sus cerebros. Al intermitente resplandor rojizo de los disparos se divisaban, en actitudes casi fantásticas, las oscuras siluetas de los artilugios. Aturdidos, cegados, siguieron camino abajo. Chrisfield llegó a creer que de un momento a otro caerían en la rugiente boca de un cañón.

Al pie de la montaña, junto a un grupo de árboles milagrosamente ilesos, se detuvieron otra vez. Una nueva columna motorizada —camiones que eran como borrones en la oscuridad— pasaba junto a ellos. No había baterías en las proximidades, y pudieron oír el chirriar de los engranajes al avanzar los camiones por el camino irregular, hundiéndose en los hoyos abiertos por las granadas.

Chrisfield se había refugiado en una especie de zanja, en donde crecían los helechos, y dormitaba con la cabeza apoyada en su mochila. En torno suyo dormían también otros hombres. Alguien había apoyado la cabeza en su muslo. El ruido fue disminuyendo. Semidormido como estaba, Chrisfield podía oír cómo otros hombres hablaban quedamente, como si tuviesen miedo de hacerlo en voz alta. En la carretera, los conductores de los vehículos que seguían desfilando se llamaban unos a otros sin cesar. Todos parecían nerviosos, exasperados. De pronto cesaron de sonar los motores. Por un momento el silencio fue casi completo, y entonces Chrisfield se quedó dormido.

Algo le despertó. Estaba aterido y horrorizado. Por un momento pensó que le habían dejado solo. Creyó que la compañía había continuado avanzando sin él, puesto que ningún cuerpo rozaba el suyo.

Oyó en lo alto un extraño zumbido como el que podrían producir unos mosquitos gigantes, y percibió el estridente grito del teniente:

—¡Sargento Higgins! ¡Sargento Higgins!

La figura del teniente se recortó ante la llamarada roja que surgió al fondo. Chrisfield vio perfectamente que llevaba el gorro alto inclinado y el abrigo de

campana ceñido a la cintura y muy rígido en la parte de las rodillas. Sintió la fuerte sacudida de una explosión. Luego, la oscuridad reinó otra vez. Chrisfield se levantó. Le zumbaban los oídos. La columna avanzaba otra vez. En la oscuridad, muy cerca, escuchó unos gemidos. Pero el ruido de las pisadas y el entrechocar de los pertrechos ahogaron los demás rumores.

El continuo roce de la mochila había llegado a llastar sus hombros. De vez en cuando, al resplandor de una bomba de aviación, se divisaban a un lado del camino camiones medio destrozados. Una ametralladora disparaba desde algún sitio. Pero la columna siguió avanzando, vencida por el peso de las mochilas y por una fatiga casi mortal.

Cuando Chrisfield se detuvo, la turbulenta oscuridad salpicada de llamaradas dejaba paso a las primeras luces grises del amanecer. Los párpados le quemaban como si sus pupilas fuesen de fuego. Sus pies y sus piernas estaban entumecidos. El cañoneo incesante le martilleaba el cerebro. Avanzaban lentamente, en fila india. Chrisfield tropezaba a menudo con el soldado que le precedía. A ambos lados había unos muros de arcilla que destilaban humedad. Tropezó con unos escalones que conducían a un refugio subterráneo en donde reinaba la más profunda oscuridad. Percibió un desagradable y extraño olor que le intranquilizó, pero sus pensamientos parecían no pertenecerle a juzgar por lo lejanos que se hallaban. Tanteó las paredes. Sus rodillas chocaron con un camastro y unas mantas. Un segundo después se hallaba tumbado en él y dormía como un leño.

Cuando despertó, sus ideas habían aclarado mucho. El tejado del refugio estaba hecho de troncos. Por la puerta, situada en un apartado extremo, entraba un rayo de luz. Deseó desesperadamente no hallarse de guardia para poder descansar. Se preguntó por dónde andaría Andy. Luego recordó que se había vuelto loco. Judkins le había llamado «maldito charlatán». Se sentó con cierta dificultad, se quitó las botas y las bandas y se arrojó con las mantas. En torno suyo sólo se oían ronquidos y el hondo respirar de la persona exhausta que al fin logra conciliar el sueño. Cerró los ojos.

Soñó que era juzgado por un consejo de guerra. Él se hallaba de pie, con los brazos a lo largo del cuerpo, frente a una mesa ocupada por tres oficiales. Los tres tenían el mismo rostro pálido, el mentón azulado y las cejas espesas que se juntaban sobre la nariz. Leían en voz alta unos papeles que tenían en la mano, pero por mucho que aguzó el oído no logró entender lo que decían. Sólo distinguió un leve sollozar. Percibió un olor extraño que le produjo cierta inquietud. No logró mantenerse cuadrado, aunque desde todos los ángulos le contemplaban furiosamente muchos oficiales.

—Anderson, sargento Anderson, ¿a qué huele? —preguntó con voz lastimera una y otra vez—. Díganme, por favor, ¿a qué huele?

Pero los tres individuos que estaban sentados frente a él, seguían leyendo las

hojas que tenían en la mano. Los sollozos crecieron y crecieron hasta hacerle gritar angustiado...

Después se encontró con una granada en la mano. Tiró de la cuerda y arrojó la granada lejos de sí. Por entre las llamas divisó la silueta del teniente vestido con su abrigo de campaña. Alguien se abalanzó sobre él, y poco después luchaba con Anderson. Pronto Anderson se transformó en una mujer de grandes y flácidos senos. Chrisfield la apretó contra sí y se volvió para defenderse de tres oficiales que le atacaba. Todos llevaban el abrigo muy ceñido a la cintura de avispa.

De pronto, todas las imágenes se desvanecieron y despertó. Seguía percibiendo aquel extraño e inquietante perfume. Se sentó al borde del camastro y empezó a rascarse. Estaba lleno de piojos.

—¡Atiza! Resulta divertido pensar que acampamos en donde hasta hace poco estuvieron lo alemanes —oyó que decía una voz.

—Por fin avanzamos —dijo otra voz.

—¡Diablos! Es una extraña manera de avanzar. Todavía no he visto a un alemán.

—Pues yo hace rato que los huelo —dijo Chrisfield levantándose de repente.

El sargento Higgins acababa de aparecer en la puerta.

—¡Alinearse! —gritó. Y luego, en tono normal, añadió—: Ha llegado el momento de atacar, muchachos.

Chrisfield se había enganchado una de las bandas de los tobillos en una zarza al borde de un claro del bosque, y luchaba violentamente por libertarse, moviendo la pierna en todas direcciones. Lo logró al fin, no sin romper la banda que desde entonces arrastraba al andar. En mitad de aquel claro, y a la luz del sol, distinguió la silueta de un hombre vestido de color pardo aceitunado, arrodillado junto a algo que había en el suelo. Un alemán estaba tendido boca abajo, tenía un rojo agujero en la espalda. El individuo registraba los bolsillos del cadáver. Se quedó mirando a Chrisfield directamente al rostro.

—*Souvenirs* —murmuró después.

—¿A qué compañía perteneces, camarada?

—A la 143 —dijo el hombre levantándose con lentitud.

—¿Dónde diablos estamos?

—Que me ahorquen si lo sé.

En el claro no había nadie, excepto los dos americanos y el alemán del agujero de la espalda. A lo lejos resonaba la artillería, y más cerca el tableteo de alguna ametralladora solitaria. Las hojas de los árboles que los rodeaban —pardas, amarillas y carmesíes— danzaban bajo el sol.

—Supongo que ese maldito dinero no sirve para nada, ¿verdad? —preguntó Chrisfield.

—¿El dinero alemán? Desde luego que no. Sin embargo, mira qué reloj tan

formidable. —Y el individuo, sin dejar de mirar a Chrisfield con aire sospechoso, sacó un reloj de oro.

—Hace poco vi a uno que tenía una espada con la empuñadura de oro —dijo Chrisfield.

—¿En dónde?

—Por ahí, por el bosque —repuso Chrisfield, señalando vagamente—. Ando en busca de mi batallón. ¿Vienes conmigo? —añadió dirigiéndose al otro extremo del claro.

—No. Estoy perfectamente aquí —repuso el otro, y se tumbó sobre la hierba al sol.

Chrisfield cruzó solo el bosque. Las hojas crujían bajo sus pies. Tenía miedo de su propia soledad. Avanzaba con toda la rapidez que podía, arrastrando la banda. Así llegó hasta una alambrada de espino artificial, casi oculta por las hojas que habían ido cayendo de unas hayas cercanas. A pesar de que la alambrada había sido cortada por un sitio, al cruzarla se enganchó el muslo en un pincho. Se arrancó entonces la banda rota y la ató por encima de sus pantalones. Sintió que un hilillo de sangre corría por su pierna.

Llegó al fin a una pequeña senda que cruzaba el bosque y en la que abundaban los surcos. El fango de los charcos tenía un color parecido al de las bandas de sus piernas. A cierta distancia vio a pleno sol una figura humana. Chrisfield avanzó corriendo hacia ella. Era un hombre joven, de cabello rojo y cutis blanco y sonrosado. Por el galón dorado que lucía en el cuello de la camisa comprendió que se trataba de un teniente. No llevaba guerrera ni gorra y la parte delantera de su camisa y de sus pantalones estaba manchada de barro, como si hubiese permanecido de bruces en un charco durante mucho rato.

—¿Dónde vas?

—No lo sé, mi teniente.

—Muy bien. Puedes venir conmigo —dijo el teniente, y echó a andar rápidamente por el sendero. Al avanzar movía los brazos con violencia.

—¿Viste muchos nidos de ametralladoras?

—Ni uno.

—¡Hum! ¡Hum!

Chrisfield siguió al teniente, que andaba tan deprisa que se hacía difícil seguirle, pisando los charcos con absoluta indiferencia.

—Me gustaría saber dónde se mete nuestra artillería —gruñó el teniente, deteniéndose de pronto y alisando con una mano sus rojos cabellos—. ¿Dónde diablos está la artillería? —Miró a Chrisfield con una expresión salvaje en sus ojos verdes—. De nada sirve un avance sin preparación artillera. —Y reanudó la marcha.

De pronto vieron ante ellos una gran claridad y muchos uniformes de color pardo

aceitunado Una lluvia de balas cayó en torno suyo. Eran las ametralladoras. Sin darse cuenta, Chrisfield echó a correr por un campo cubierto de rastrojos de brotes de tréboles, entre un grupo de hombres a quienes no conocía. El latigazo de los fusiles se unió al rápido balbucear de las ametralladoras. Por encima de sus cabezas, en el cielo azul, se levantaban nubecillas de blanco humo. Distinguió frente a él un grupo de casas, todas blancas, con sombras azuladas.

Chrisfield penetró en una de ellas. Llevaba una granada de piña en cada mano. De nuevo le asustó la soledad. En el exterior sonaban las ametralladoras, y de vez en cuando el tronar de un cañón. Miró el suelo de rojas baldosas y un cromo que representaba una mujer dando de mamar a un niño y que pendía de la pared enjalbegada que tenía delante. Se hallaba en una cocina de reducidas dimensiones. El hogar estaba encendido, y algo hervía en un cacharro muy negro. Chrisfield se acercó de puntillas y miró al interior del cacharro. Entre las burbujas vio cinco patatas. Al otro extremo de la cocina distinguió otra puerta. Se acercó a ella arrastrando los pies. Las baldosas parecían temblar a cada paso que daba. Puso mano en el picaporte, pero la retiró casi inmediatamente. Contempló la puerta durante unos instantes, conteniendo la respiración. Por último, la empujó temerariamente. Sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos, había un hombre. Era joven y rubio. Chrisfield se sintió lleno de júbilo al darse cuenta de que su uniforme era verde. Fríamente, tiró de la cuerda, alzó la granada y la arrojó muy cerca de él, retrocediendo inmediatamente al centro de la cocina. El muchacho rubio ni se movió siquiera. Sus ojos azules seguían mirando fijamente...

Una vez en la calle, Chrisfield tropezó con un hombre de alta estatura que avanzaba corriendo que dijo cogiéndole del brazo:

—El cañoneo se va acercando.

—¿Qué cañoneo?

—El nuestro. Tenemos que correr. Estamos lejos de la línea de fuego.

Hablaba con voz entrecortada. Tenía la cara llena de manchas rojas. Corrieron juntos por las desiertas calles de la aldea. Al pasar vieron ni teniente de cabello rojo apoyado en un muro. Sus piernas eran sólo una masa confusa de sangre y jirones de tela. Sin duda estaba delirando, pues chillaba con voz estridente:

—¿Dónde está nuestra artillería? Me gustaría saber dónde diablos está nuestra artillería.

Sus gritos los persiguieron durante mucho talo, mientras corrían por el camino desierto.

Los bosques grisáceos estaban húmedos por el rocío del amanecer. Completamente entumecido, Chrisfield se levantó del montón de hojas sobre el que había dormido. Estaba hambriento y aterido, y se sentía muy solo lejos de su batallón. Por doquier le rodeaban soldados de una división que no era la suya. Un capitán de

rizado bigotillo, envuelto en una manta, paseaba por el camino, tras un grupo de hayas. Chrisfield le estaba viendo pasar por detrás de los húmedos troncos de los árboles casi desde que empezó a amanecer.

Pisando la húmeda hojarasca, Chrisfield se alejó del grupo. Al parecer, nadie advirtió su marcha. En torno suyo sólo veía árboles mojados, unos de color gris verdoso y otros oscuros casi negros, y las hojas amarillas de los brotes que se alzaban en todas direcciones. Se preguntaba cuál había sido el motivo que le obligó a marchar. De pronto se le ocurrió la idea de que tenía que hallar a su batallón. Al sargento Higgins, a Andy, a Judkins, a Small... ¿Qué habría sido de todos ellos? Pensó en su compañía alineada para el rancho, en aquel olorcillo a grasa y a comida que emanaba de la cocina de campaña. Estaba hambriento, desesperadamente hambriento. Se detuvo y se apoyó en un tronco cubierto de musgo.

La herida de la pierna le dolía y latía como si en ella se agolpase toda la sangre de su cuerpo. Ahora que habían cesado incluso sus pisadas, reinaba en el bosque un silencio absoluto, roto únicamente por el leve rumor de las gotas de rocío al desprenderse de las ramas y las hojas al caer al suelo. Aguzó los oídos para descubrir cualquier otro rumor. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba ante un árbol lleno de rojas y pequeñas manzanas silvestres. Ansiosamente se llevó una a la boca, pero eran ácidas y duras y no hicieron sino acrecentar su hambre. Dio una patada al fino tronco, y sus ojos se llenan de lágrimas. Lanzando juramentos e imprecaciones en tono lastimero, siguió avanzando a través del bosque sin levantar la vista del suelo. Muchas ramas azotaban su rostro, se enganchara en otras, pero siguió adelante. De pronto tropezó con algo oculto entre las hojas del suelo. Quedó inmóvil, mirando asustado en torno suyo. Tenía dos granadas a sus pies. Un poco más al recostado en el tronco de un árbol, había hombre. Tenía la boca abierta y los ojos cerrados. Chrisfield creyó al principio que dormía. Observó atentamente las granadas. No habían hecho explosión. La cuerda estaba en su sitio. Se metió una en cada bolsillo, lanzó una mirada al individuo que parecía dormir y se alejó otro sendero del bosque, en cuyo extremo brillaba el sol. El cielo estaba cubierto de nubes purpúreas con manchas amarillas. Avanzó hacia el espacio iluminado por el sol. Sólo entonces pensó que debía haber registrado los bolsillos del durmiente para ver si llevaba un poco de pan duro. Se detuvo vacilando unos instantes, pero después siguió avanzando hacia la luz.

En la línea irregular que formaban el sol y las sombras, Chrisfield vio que algo relucía. Sentado en el suelo había un hombre. Llevaba la gorra tan inclinada que casi le ocultaba los ojos. El sol brillaba sobre el galón dorado de la gorra. Lo primero que se le ocurrió pensar fue que aquel hombre podía llevar consigo algunas provisiones.

—Mi teniente —gritó—, ¿sabe dónde se puede hallar comida?

El teniente alzó lentamente la cabeza. Chrisfield se quedó helado al ver el pálido y ancho rostro de Anderson. Su cuadrado mentón estaba oscurecido por la barba. Una

gran herida le cruzaba la mejilla izquierda desde una ceja hasta la boca.

—Dame un poco de agua, muchacho —dijo Anderson con voz débil.

Chrisfield le tendió la cantimplora en silencio, con acritud. Observó que Anderson llevaba el brazo en cabestrillo y que bebía con ansia, derramando el agua sobre la barbilla y el brazo herido.

—¿Dónde está el coronel Evans? —preguntó Anderson con voz leve pero petulante.

Chrisfield no respondió. Se limitó a mirarle airado. La cantimplora se le escurrió de entre las manos y cayó al suelo. El agua brilló a la luz del sol, mojando la hojarasca. Se había levantado el viento. El bosque se llenaba de ruidos.

Una lluvia de hojas amarillentas cayó sobre ellos.

—Primero era usted cabo, después sargento, y ahora es teniente —dijo Chrisfield pausadamente.

—Mejor será que me digas dónde está el coronel Evans. Tienes que saberlo. Debe de estar en algún recodo de ese camino —dijo débilmente Anderson, tratando de ponerse en pie.

Chrisfield se alejó sin contestar. Metió la mano en el bolsillo, y su mano fría acarició una granada. Siguió alejándose mirando al suelo.

De pronto se dio cuenta de que había tirado de la cuerda y luchó por sacar la granada del bolsillo, que era bastante estrecho. Por un momento le pareció tener paralizados la mano y el brazo. Pronto sintió un júbilo intenso. Había conseguido su propósito. La había arrojado lejos.

En aquel preciso instante. Anderson había conseguido ponerse en pie, y vacilaba hacia delante y hacia atrás. La explosión retumbó en todo el bosque. Una cascada de hojas amarillentas invadió el suelo. Anderson quedó otra vez tendido. Tan tendido que parecía hundido en la tierra.

Chrisfield tiró de la otra cuerdecilla y arrojó la segunda granada con los ojos cerrados. Ésta estalló sobre las hojas que acababan de caer.

Empezó a llover. Chrisfield siguió avanzando rápidamente por el sendero. Se sentía lleno de fuerza y de vida. Una lluvia fría y despiadada azotaba su espalda.

Caminaba con los ojos fijos en el suelo. Una voz que hablaba en idioma desconocido le hizo detenerse. Un hombre cubierto con verdes andrajos se hallaba ante él con los brazos en alto. Tenía la barba sucia de barro. Al verle, Chrisfield se echó a reír.

—Vamos —dijo—. Echa a andar.

El individuo obedeció. Temblaba de tal modo que tropezaba a cada paso.

Chrisfield le dio una patada. El otro siguió andando sin volverse para mirar atrás. Chrisfield le dio otra patada. Sintió el contacto de la «e» pina dorsal y de las blandas nalgas del prisionero en los dedos de su pie. Tanto rió que siquiera se fijó por dónde

avanzaba.

—¡Alto! —gritó una voz.

—Traigo un prisionero —dijo Chrisfield sin dejar de reír.

—No sé si a eso puede llamársele un prisionero —repuso el soldado apuntando al alemán con su bayoneta—. Creo que se ha vuelto loco. En fin, yo me encargo de él. De poco ha de servirnos.

—Bien —dijo Chris riendo todavía—. Dime, amigo, ¿dónde podría comer algo? Hace día y medio que no pruebo bocado.

—Algo más arriba encontrarás una patrulla de reconocimiento. Ellos te darán de comer. Y dime, ¿cómo van las cosas por ahí? —preguntó señalando el camino.

—¡Dios! ¿Cómo quieres que lo sepa? Hace día y medio que no como.

El perfume delicioso que salía de la cazuela llegó a su nariz. De pie, sin dejar por un momento de llenarse la boca de grasientas y suaves patatas en salsa, mientras otros hombres congregados en torno suyo le hacían preguntas, se sintió reconfortado e importante. Estaba satisfecho y alegre. Le invadió un invencible deseo de dormir. Sin embargo, tuvo que coger un fusil y seguir avanzando con la patrulla de reconocimiento por el mismo camino que había recorrido a través del bosque.

—Un oficial muerto —gritó el capitán que marchaba a la cabeza, chascando para demostrar su contrariedad—. Que dos de vosotros vuelvan atrás, cojan una manta y lo lleven al cruce. ¡Pobre muchacho!

El capitán siguió andando, chascando continuamente.

Chrisfield miró hacia delante. Ahora, en medio de las filas, no se sentía solo. Sus pasos marchaban al compás de otros pasos. Ya no tendría que vacilar en avanzar hacia la derecha o hacia la izquierda. Haría simplemente lo que hicieran los demás.

CUARTA PARTE

MOHO

I

De uno de los charcos negruzcos que había junto al camino surgieron unas pequeñas ranas verdes. John Andrews salió un momento de la columna, que avanzaba lentamente, para mirarlas. En mitad del charco vio las cabecillas triangulares de las ranas. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas para contrarrestar el peso del equipo que llevaba a la espalda. Pudo distinguir incluso los ojuelos de color de topacio que brillaban como dos minúsculas joyas. Al contemplar los cuerpecillos de los animales sintió tal conmiseración que sus ojos se llenaron de lágrimas de ternura.

Su instinto le decía que tenía que seguir adelante para ocupar su puesto en la columna y seguir avanzando entre el barro. Pero siguió inmóvil ante el charco, contemplando las ranas. Sólo entonces se dio cuenta de que el agua reflejaba su imagen, y la miró con curiosidad. Con gran trabajo logró distinguir el contorno de un rostro sucio y contraído como una máscara y detrás de éste el cañón de un fusil. Así pues, aquello era lo que habían hecho de él. De nuevo fijó sus ojos en las ranas, que nadaban con movimientos rítmicos entre las aguas oscuras.

Distraído, como si nada de lo que sucedía en torno suyo tuviera que ver con él, oyó el ruido de unas granadas que estallaban junto al camino. Se irguió trabajosamente y dio un paso hacia delante. De pronto se dio cuenta de que, en vez de alejarse, estaba hundiéndose en las aguas del charco. Le invadió una inefable sensación de alivio. Hundió más las piernas en el agua y se quedó inmóvil junto al barro de la orilla. Las ranas habían desaparecido. De algún sitio surgió una pequeña cinta roja que empezó a teñir las aguas cenagosas. Vio a lo lejos cómo la columna de hombres vestidos de color pardo aceitunado vacilaban al avanzar. En sus oídos resonó el eco monótono de las pisadas. Se sintió triunfalmente separado de todos, como si estuviese en la ventana de una casa contemplando un desfile militar, o en el palco de un teatro presenciando la representación de una comedia aburrida. La columna se fue alejando, alejando... Las figuras humanas se hicieron tan pequeñas como soldados de plomo olvidados en una buhardilla llena de polvo.

La claridad era escasa y apenas podía ver. Sólo se oía el rumor incesante de aquellos pies que avanzaban por entre el fango.

Subido a una escalera que oscilaba de un modo horrible, con una esponja sucia en la mano, John Andrews limpiaba las ventanas del cuartel. Había empezado por el ángulo de la izquierda, y enjabonaba uno tras otro los pequeños cristales cuadrilongos. Los brazos le pesaban como si fueran de plomo. Experimentaba la sensación de que iba a caer de la escalera. Cada vez que miraba hacia abajo para saltar veía la parte superior de la gorra de un general y su barbilla saliente bajo la

visera. Escuchaba una voz que gritaba: «¡Fir... mes!», y al sobresaltarse creía sentir que la escalera oscilaba más. El interior del recinto cuyas ventanas limpiaba estaba brillantemente iluminado. Siguió enjabonando un cristal tras otro. Las ventanas se le antojaban espejos. En cada cristal podía contemplar su rostro macilento, y tras éste el cañón de su fusil. De pronto, la escalera dejó de moverse y la oscuridad lo envolvió.

Una voz chillona cantaba junto a su oído:

*Hay una chica en Maryland
cuyo corazón me pertenece.*

John Andrews abrió los ojos. En torno suyo todo era negro, excepto unos cuadrilongos amarillos y brillantes que parecían ascender al cielo cuajado de estrellas.

Todo iba aclarándose en su cerebro. Empezó a pensar en sí mismo de una forma casi precipitada. Estiró el cuello. En la oscuridad distinguió la silueta de un hombre tendido junto a él, que movía la cabeza de un lado a otro y que con voz estridente y angustiada cantaba con toda la fuerza de sus pulmones. En aquel instante percibió un fuerte olor a ácido fénico que dominaba cualquier otro, incluso al ya familiar de la sangre y de las ropas empapadas de sudor. Movié los hombros hasta tocar con ellos los dos travesaños de la camilla. Después fijó de nuevo los ojos en los tres rectángulos brillantes que surgían de la oscuridad. Naturalmente, tenían que ser ventanas. Pasaba cerca de un edificio.

Movié los brazos. Le pesaban como si fuesen de plomo, pero no le dolían. Se dio cuenta entonces de que eran las piernas las que le dolían. Intentó moverlas, pero experimentó un dolor tan intenso que la oscuridad le envolvió de nuevo.

La voz estridente seguía cantando junto a él:

*Hay una chica en Maryland
cuyo corazón me pertenece.*

Se oyó entonces otra voz más suave, de tiernas inflexiones, que no cesaba de parlotear.

—Y dijo que iban a llevarme al Sur, a una casita junto a la playa, en donde todo era tranquilo y amable...

La canción del individuo que estaba a su lado siguió sonando. Era áspera, sin armonía, como un gramófono descompuesto.

*Maryland fue el País de las Hadas
Cuando ella aseguró que iba a ser mía...*

Sonó una nueva voz, que sollozaba entrecortadamente y profería juramentos complicadísimos. La otra voz dulce y suave seguía hablando. Andrews se esforzó por escucharla y entender lo que decía. Oyéndola sentía un inesperado alivio, como si alguien derramase un perfumado bálsamo sobre su cuerpo.

—Y habrá un jardín lleno de flores, de rosas y malvas, allá en el Sur. El ambiente será cálido y tranquilo. El sol brillará todo el día. El cielo será muy azul...

Andrews sintió que sus labios repetían aquellas palabras como una plegaria.

—El ambiente será cálido y tranquilo. No habrá ruidos. El jardín estará lleno de rosas y de...

Pero las demás voces seguían sonando y ahogaban el dulce murmullo de la otra con sus lamentos e imprecaciones.

—Dijo que podría sentarme en el porche y que el sol sería cálido y el ambiente tranquilo. Que el jardín estaría lleno de perfumes, que la playa sería muy blanca y que el mar...

De pronto notó Andrews que elevaban primero su cabeza y después sus pies. Cesó la oscuridad. Se hallaba en un brillante y blanco corredor. Las piernas le dolían de un modo horrible. Un rostro se inclinó sobre él. Tenía un cigarrillo entre los labios. Una mano buscó en su cuello la etiqueta, y alguien leyó en voz alta:

«Andrews», 1.432.286.»

Pero no era eso lo que escuchaba, sino la voz que tras él, en la oscuridad, cantaba con la estridencia del que delira:

*Hay una chica en Maryland
cuyo corazón me pertenece.*

Sólo entonces se dio cuenta de que también él se quejaba y gemía. Su mente vibraba al compás de los gemidos. La única parte del cuerpo que sentía eran las piernas. Entretanto, algo seguía gimiendo en su garganta. Gimiendo y gimiendo... Era imposible dominar aquellos gemidos. Unas figuras blancas se movían en torno suyo. Vio a un hombre en mangas de camisa con los peludos brazos desnudos hasta el codo. Tan pronto brillaban como se apagaban unas luces. Percibió extraños perfumes que hacían estremecer todo su cuerpo. Pero nada conseguía acallar sus gemidos.

Sintió que la lluvia azotaba su rostro. Movié la cabeza de un lado a otro, porque de pronto iba cobrando plena consciencia de sí mismo. Tenía la boca seca, como si fuera de cuero. Sacó la lengua y trató de mojarla con una gota de lluvia. La camilla que ocupaba experimentó un violento vaivén. Levantó la cabeza con cuidado, dichoso al comprender que aún podía levantarla.

—Agacha la cabeza, ¿quieres? —dijo una voz a su espalda.

—Cuidado con mi pierna —se lamentó él una y otra vez, sin detenerse a pensar lo

que decía.

Tras una fuerte sacudida y un golpe en la cabeza con los travesaños de la camilla, se encontró bajo techado, es decir, contemplando un techo de madera del que en muchos rincones se caía la pintura. Olió a gasolina y escuchó el trepidar de un motor. Pensó en el pasado... ¿Cuánto tiempo estuvo contemplando las ranas del charco? La imagen de las aguas cenagosas y de las cabecillas triangulares estaba muy clara en su imaginación. Pero parecía lejana, tan lejana como su propia infancia. Su vida entera le pareció cortísima comparada con el rato que pasó en el camión, desde que éste se puso en marcha. Seguía estremeciéndose en la camilla, agitándose al compás de su continuo vaivén, agarrándose con fuerza a los travesaños. Las piernas le dolían cada vez más. Había llegado a olvidar el resto de su cuerpo. Bajo él sonaba una voz estridente, que chillaba cada vez que la ambulancia se movía. Luchó contra un intenso deseo de gemir. Por fin se declaró vencido, y se perdió en un monótono estribillo de lamentos.

Por un momento volvió a sentir en su rostro la caricia de la lluvia. Se dio cuenta de que alguien ladeaba su cuerpo. Divisó en la línea del cielo plomizo la silueta de unas casas, unas chimeneas y unos árboles de color bermejo.

Pronto cambió el paisaje, y en vez de todo aquello vio el techo de una casa y la artesonada bóveda de una escalera. Andrews seguía gimiendo levemente. Sus ojos se fijaron con súbito interés en los escudos de armas del artesonado. Después se halló frente al rostro del individuo que sostenía la parte inferior de la camilla en que le transportaban. Era un rostro pálido, de claros ojos azules y mirada bondadosa. Tenía algunos granos junto a la boca. Andrews le miró a los ojos e intentó sonreír, pero el individuo ni siquiera le miraba.

Tras unas interminables horas de agitarse en la camilla y un verdadero calvario de dolores, se sintió levantado por unas manos que le depositaron sin contemplaciones sobre una especie de litera, en donde quedó tendido, jadeante, aspirando el fresco perfume a desinfectante que trascendía de las sábanas. Unas voces resonaron por encima de su cabeza.

—La herida de la pierna no es tan grave como parecía. Creí que habías dicho que era necesario amputar...

—Entonces, ¿qué tiene?

—Tal vez padezca *shell-shock*...

Andrews sintió que un sudor helado resbalaba por su cuerpo. Siguió inmóvil, con los ojos cerrados, sofocando todo intento de rebeldía. No, todavía no habían acabado con él. Aún podía dominar sus nervios. Se repitió estas palabras una y otra vez. No obstante, se dio perfecta cuenta de que sus manos, cruzadas sobre el vientre, temblaban violentamente. Hasta el dolor lacerante de las piernas desaparecía, arrollado por su propio pánico, mientras luchaba desesperadamente por concentrar su

atención en algo que estaba muy por encima de él. Intentó recordar una canción cualquiera con que distraerse, pero de nuevo oyó la voz estridente que cantaba el mismo estribillo que creía haber oído muchos años atrás:

*Hay una chica en Maryland
cuyo corazón me pertenece.*

La voz chillona, la confusa canción y el dolor de las piernas formaron como una extraña amalgama hasta confundirse en una sola cosa. El dolor le pareció una pulsación más que aquella absurda música.

Abrió los ojos. La oscuridad daba paso a un leve resplandor amarillento. Más seguro de sí mismo, movió la cabeza y los brazos. Estaba muy débil, pero experimentaba una agradable sensación de paz y de frescor. Seguramente durmió un buen rato. Se pasó una mano áspera y sucia por la cara. Su piel era también fresca y suave. Apretó una mejilla contra la almohada y sonrió satisfecho, sin saber por qué.

La reina de Saba se acercaba, llevando en la mano una sombrilla adornada de campanillas rojas, que al andar se movían y producían un alegre tintineo. Llevaba un peinado alto, y el cabello empolvado con polvos azules. En la larga cola de su traje, cuyo extremo sujetaba un mono, estaban bordados en colores brillantes todos los signos del zodiaco. Sólo que no era precisamente la reina de Saba la que se acercaba, sino una enfermera cuyo rostro ni siquiera podía divisar en la oscuridad. La enfermera pasó un brazo por detrás de su cabeza, con ademán completamente profesional, y le obligó a beber de un vaso sin mirarle siquiera.

Él dijo «Gracias», en tono tan natural que le sorprendió a sí mismo. Pero ella se alejó de su lado sin responder. Entonces Andrews se dio cuenta de que lo que produjo el alegre tintineo que había oído fue una bandeja llena de vasos que ella llevaba.

A pesar de la oscuridad se dio cuenta del aire de seguridad con que silenciosamente se acercaba a la próxima cama con su bandeja llena de vasos. Se volvió para ver cuán cuidadosamente levantaba la cabeza de aquel otro hombre y le daba de beber.

«Es una virgen —murmuró Andrews para sí—. Sí, es una virgen», repitió, y disimuló una risita burlona, sin importarle el dolor de las piernas. Sintió como si su espíritu hubiese despertado de pronto de un largo sopor. El desaliento que le dominó durante tantos meses desaparecía. Se sintió libre. Acababa de ocurrírsele que mientras permaneciese en la cama del hospital nadie le daría órdenes, nadie le mandaría limpiar un fusil. No tendría que saludar a nadie, ni que fingir amabilidad ante el sargento. Podría permanecer todo el día tendido, ocupado en sus propios pensamientos.

Tal vez estuviese lo bastante grave para que le licenciaran. Al pensar en esto, su

corazón empezó a latir locamente. Aquello significaba que John Andrews, que se había considerado perdido; que se hundió resignado, sin lucha, en el fango de la esclavitud; que no creyó tener otra salida que la muerte, viviría... Él, John Andrews, podía vivir aún.

Le parecía imposible haber llegado a perder toda esperanza, haber permitido que la disciplina arrollase así su personalidad. Se vio vivo otra vez, tal como lo estuvo antes de convertirse en un esclavo más en medio de otros muchos esclavos. Recordó el jardín en el que se había sentado a soñar durante su infancia, aquella mata de mirtos bajo la cual se tumbaba en las tardes de verano, cuando no tenía nada que hacer y contemplar los trigales que brillaban y crujían bajo el calor. Recordó el día en que le desnudaron en el centro de una habitación, para que un sargento le midiese. ¿Sería posible que todo eso hubiera ocurrido hacía solamente un año? Sí, aquel año había borrado los otros años de su vida. Ahora, sin embargo, podría vivir de nuevo. Dejaría de sentir miedo ante unos simples detalles externos. Recobraría su personalidad. Sería de nuevo valiente y arrojado.

El dolor que sentía en ambas piernas iba localizándose en las heridas. Tuvo que luchar con el sufrimiento físico para seguir pensando, pero el latido constante de las heridas parecía repercutir en su cerebro y le impedía meditar. Así, a pesar de sus heroicos esfuerzos por hacer surgir, aunque sólo fuese débilmente, los recuerdos de todo lo que en su vida fue lozano y vibrante, y por construir unos nuevos cimientos de fortaleza y valor con los que empezar de nuevo la lucha por la vida, fracasó... Es decir, siguió siendo un pobre despojo de la humanidad, un montón de carne sangrante, un esclavo casi destrozado por la rueda del martirio... Empezó a gemir.

Una fría y acerada claridad invadió la sala, venciendo al resplandor amarillento, que desapareció tras haberse hecho rojizo. Andrews se entretuvo en calcular las camas alineadas frente a la suya y en contemplar las vigas oscuras del techo.

«Esta casa debe de ser muy antigua», se dijo.

La idea le excitó ligeramente. Era curioso que hubiera pensado en la reina de Saba. Hacía siglos que la tenía olvidada. *Desde la muchachita que en una esquina canta bajo un farol callejero, hasta la patricia que se entretiene deshojando rosas desde lo alto del lecho, todos los aspectos imaginables y los sueños del deseo...* Así era la reina de Saba.

—*La reina de Saba. La reina de Saba* —repitió en voz alta. Y con la misma excitación que siendo niño sentía la noche de Navidad, al pensar en las novedades que le aguardaban, apoyó la cabeza en un brazo y se quedó tranquilamente dormido.

—Es muy propio de los franceses convertir este lugar en hospital —dijo el practicante, que se hallaba de pie entre la larga fila de camas, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las caderas, y hablaba para quien se sintiera con ánimos de oír—. Lo digo en serio. No sé cómo no la palmáis todos en este agujero. Hasta que

nosotros la instalamos ni siquiera tenían luz eléctrica. ¿Qué os parece? Eso demuestra lo poco que les importa a los condenados franceses el que...

El practicante era un hombrecillo de corta estatura, rostro cetrino y arrugado, y dientes largos y amarillentos. Cuando sonreía se acentuaban las arrugas de su frente y los surcos que cruzaban el espacio comprendido entre las comisuras de sus labios y las aletas de su nariz. Su cara, entonces, era digna de una película cómica.

—No está mal desde el punto de vista artístico —dijo Applebaum, un individuo muy flaco, de ojos grandes y asustados y cara absurdamente colorada, como si alguien se hubiese entretenido en arrancar de ella la piel. Ocupaba la cama vecina a la de Andrews—. Mira el trabajo de ese artesonado. Costaría lo suyo cuando lo hicieron.

—Arreglándolo un poco, no quedaría mal como salón de baile... Pero como hospital, ¡diablos!, no es muy adecuado.

Andrews, cómodamente tendido en su cama, miraba ante sí como si se hallara en otro mundo. No sentía el menor interés por lo que decían los hombres tendidos en las camas que llenaban el vestíbulo estilo Renacimiento, gimiendo unos y estremeciéndose otros en silencio. A la luz amarillenta de las bombillas eléctricas, más allá del rostro enjuto y la cabeza pequeña del practicante, divisaba la parte alta del tabique en donde se apoyaban las vigas que cruzaban el techo. Había en aquel lugar una hilera de escudos borrosos sostenidos por unas figuras esculpidas en el muro de piedra grisácea: sátiros con cuernos y barbilla de cabra y ojos hundidos; pequeñas figuras de guerreros y paisanos de sombrero cuadrado, en cuclillas, con la espada entre las rodillas; ramas secas a las que se enroscaban hojas de acanto... Todo era como una vaga visión.

Y cuando, a impulsos del aire que el practicante levantaba con su rápido paso, oscilaban las bombillas, todas aquellas figuras parecían cobrar vida, hacer guiños y burlarse de las largas filas de cuerpos que yacían a sus pies en la habitación.

No obstante, tenían para Andrews un aire familiar y amistoso. Con un nuevo gemido, quiso dominar su intenso deseo de subir allá arriba y cargar también con una viga para hacer muecas bajo las guirnaldas de granadas y de hojas de acanto, símbolos de una sensualidad pasada de moda, de unas hogueras que el tiempo se encargó de apagar. Se sentía muy a gusto en aquel espacioso vestíbulo, construido para servir de marco a gestas grandiosas y andares verdaderamente majestuosos. Allí, la pequeña rutina del Ejército parecía irreal; los heridos, simples autómatas sin importancia, juguetes rotos, amontonados en filas inútiles.

Andrews tuvo que abandonar sus meditaciones, porque Applebaum le estaba hablando. Volvió la cabeza.

—¿Te gusta estar herido, muchacho?

—¡Ya lo creo!

—Me lo figuraba. Es mejor que patrullar todo el día por ahí.

—Y tú, ¿qué tienes?

—Me han amputado un brazo. Pero no creas que me importa. A pesar de que ya no podré seguir ejerciendo mi oficio.

—¿Qué quieres decir?

—Era taxista.

—Buen trabajo, ¿verdad?

—Sí. Con suerte puede uno ganar mucho dinero.

—¿De modo que eras taxista? —interrumpió el practicante—. Buen oficio, muchacho. Cuando estaba en el Hospital de la Providencia, casi todos los heridos que ingresaban en él habían sido atropellados por taxis. Teníamos en la sala infantil a una chiquilla de seis años a la que un taxi le seccionó los dos pies por el tobillo. Era deliciosamente rubia. Las heridas se gangrenaron. Duró un día... En fin, ahora os dejo. Me imagino que a todos os gustaría acompañarme al lugar adonde me dirijo. Por lo menos, tenéis una ventaja: la de no preocuparos de la endiablada cuestión profiláctica... —Irguió la cabeza e hizo un guiño picaresco.

—¿Quiere hacerme un favor? —preguntó Andrews.

—Naturalmente, si es cosa fácil.

—¿Puede comprarme un libro?

—¿Es que no tienes bastante con los de la biblioteca de la Y. M. C. A.?

—No. Esta vez quiero un libro muy especial —dijo Andrews sonriendo—. Un libro francés.

—Conque un libro francés, ¿eh? Bien, trataré de complacerte. ¿Cómo se titula?

—Es una obra de Flaubert. Si tiene una hoja de papel y un lápiz anotaré el título. —Apuntó el título al dorso de un impreso y se lo entregó murmurando—: Aquí tiene.

—¿Quién diablos es Antoine? Debe de ser un gran libro. Me gustaría saber francés. Pero me temo que con esa clase de literatura te escapes cualquier día del hospital y te presentes en el número cuatro de la calle de Villiay.

—¿Tiene ilustraciones? —preguntó Applebaum.

—Un muchacho se escapó hará un mes aproximadamente. Según parece, no podía aguantar más. La herida se le abrió de nuevo, tuvo una hemorragia, y ahora está en la sala de los graves. Bueno, me marchó. Buenas noches.

El practicante se dirigió al otro extremo de la sala y desapareció. Se apagaron todas las luces, excepto la bombilla que brillaba sobre la mesa de la enfermera, situada junto a la puerta de entrada. Unas pesadas guirnalda esculpidas en la piedra gris surgían por encima del biombo de lona blanca colocado ante la puerta.

—¿De qué trata el libro, amigo? —preguntó Applebaum, inclinando la cabeza y volviendo su delgado cuello para mirar a Andrews fijamente.

—De un individuo que deseaba intensamente poseerlo todo y que un día se dio

cuenta de que nada en el mundo es digno de ser deseado.

—Pareces instruido —dijo Applebaum con sarcasmo.

Andrews se echó a reír.

—Precisamente iba a decirte que yo también he sido taxista, y que ganaba mucho dinero cuando entré en el Ejército. ¿Qué te pasó a ti? ¿Llamaron tu quinta?

—Sí.

—Lo mismo me ocurrió a mí. Y no creas que me impresionan todos esos individuos que se muestran tan orgullosos porque se alistaron de voluntarios. ¿Y a ti?

—Me importan un comino.

—¿De veras? —dijo un tartamudo con débil voz al otro lado de Andrews—. Pues bien, puedo asegurarnos que de no alistarme habría arruinado mi negocio. Así nadie puede echarme nada en cara.

—Bueno, eso es sólo una opinión —dijo Applebaum.

—En efecto.

—¿No crees que, a pesar de todo, tu negocio está igualmente arruinado?

—No, señor. Puedo reorganizarlo en el momento que lo desee. Me he labrado una excelente reputación.

—¿Cuál es tu oficio?

—Era dueño de una funeraria. Heredé el negocio de mi padre.

—Mejor hubiese sido que te quedaras en casita —dijo Andrews—. Habrías sido más útil.

—No tienes derecho a hablarme así —dijo enfadado el tartamudo—. Soy un ser humano. No podía quedarme tranquilo en casa en medio de tan espantosa carnicería.

La enfermera pasó en aquel momento junto a ellos.

—¿Por qué decís cosas tan horribles? —preguntó—. Mejor será que os calléis, muchachos. Las luces están ya apagadas. Y usted —añadió, arreglando las sábanas del dueño de la funeraria—, recuerde lo que hicieron los hunos en Bélgica con la pobre miss Cavell, una simple enfermera como yo.

Andrews cerró los ojos. En torno suyo se hizo súbitamente el silencio, sólo turbado por los ronquidos y la fatigosa respiración de los hombres que le rodeaban.

«¡Y yo que la creí la reina de Saba!», se dijo haciendo una mueca.

Luego pensó en la música que quiso componer para realzar la figura de la reina de Saba mucho antes de someterse a la esclavitud de aquella habitación en donde le midieron y le convirtieron en soldado. De pie, inmóvil en el oscuro desierto de su propia desesperación, escuchó el rumor de una caravana distante: el retiñir de los frenos, el roce de los cuernos, el rebuzno de los asnos y las roncadas voces de los hombres que cantaban esas canciones que suelen entonarse al avanzar por caminos desiertos. Si miraba hacia arriba podía distinguirse fácilmente, junto a unos asnos silvestres que echaban espuma por la boca, tres verdes jinetes que inmóviles, le

señalaban con sus largos dedos. La música entonces sería como un torbellino que todo lo agitase, un sonido confuso de flautas, tambores, estridentes cuernos y gaitas lastimeras. Las antorchas amarillas y rojas brillarían en la noche, formando un círculo de luz. En los límites de ese círculo se agruparían las mulas enjaezadas, los conductores de tez morena, los camellos de brillantes gualdrapas y los elefantes con sus arneses cuajados de pedrería. Y los esclavos desnudos inclinarían sus brillantes y oscuras espaldas para tender una alfombra en el suelo. Por entre el resplandor de las antorchas, la reina de Saba, cubierta de esmeraldas y de adornos de oro, con un mono sujetando el extremo de la larga cola de su traje, colocaría una de sus manos, de uñas fantásticamente largas, sobre sus hombros. Y él, mirándola a los ojos, vería súbitamente colmados todos los sueños que en su imaginación pudo engendrar el deseo.

¡Oh, si fuese libre para trabajar! Todos los meses que había desperdiciado en su vida formaban ahora como una procesión fantasmagórica que desfilaba ante él. Siguió tendido en la cama, contemplando el techo con los ojos muy abiertos, deseando desesperadamente que sus heridas tardasen mucho en cicatrizar.

Applebaum estaba sentado en el borde de la cama. Vestía un uniforme limpio del que pendía una manga vacía en la que se veían aún las arrugas debidas al tiempo que permaneció guardado.

—De modo que te vas —dijo Andrews, volviendo la cabeza sobre la almohada para verle mejor.

—Apuesta lo que quieras, Andy, porque ganas. También tú podrías marcharte si hablastes con ellos.

—¡Ojalá pudiera! No es que tenga mucho empeño en volver al hogar, pero si tan sólo pudiera librarme del uniforme...

—Te comprendo, amigo. En fin, la próxima vez no nos dejaremos engañar tan fácilmente. Para entonces seré presidente de una Junta Local.

Andrews se echó a reír.

—Si no fuera un pobre pelele como soy...

—No has sido el único —murmuró tartamudeando el dueño de la funeraria.

—¡Vamos, enterrador! ¡Y yo que creí que te alistaste convencido!

—Claro que lo hice, pero en realidad no creí que las cosas fueran como son...

—¿Qué creíste? ¿Que la guerra era una diversión?

—No me importa no poder divertirme. Ni me importan los gases. Ni tampoco morir. Lo que pasa es que creí que luchando podríamos arreglar el mundo. Mi negocio era floreciente, como lo fue en tiempos de mi padre. Trabajábamos mucho en Tilletsville.

—¿Dónde? —le interrumpió Applebaum, riendo.

—En Tilletsville. ¿Es que no sabes geografía?

—Sigue hablando. Cuéntanos cosas de Tilletsville —dijo Andrews amablemente.

—Cuando murió el senador Wallace, ¿quién creéis que se hizo cargo del cuerpo para embalsamarlo y conducirlo a la estación, y quién llevó a cabo los trámites necesarios? Pues nosotros. Además, iba a casarme con una chica estupenda. Ganaba lo suficiente para ir tirando y hasta para ahorrar. Pero entonces, ¿qué se me ocurre hacer? Pues nada menos que portarme como un estúpido y alistarme en infantería. ¡Voto al diablo! Claro que todos hablaban de ir al frente para salvar al mundo por medio de la democracia. Decían que si uno no se alistaba, nunca podría ganarse la vida honradamente con su negocio. —Empezó a toser, y el acceso duró un buen rato, como si no pudiera evitarlo. Por fin, añadió tartamudeando, entre golpe y golpe de tos —: En fin, qué le vamos a hacer... Ya no hay remedio.

—Democracia. ¿Y a esto llaman democracia? Mientras nosotros comemos un rancho asqueroso, ahí está la gorda de la Y. M. C. A. comiendo *soufflé* de chocolate en compañía de más de un coronel. Una democracia perfecta. Os digo que hemos sido unos idiotas.

—Lo malo es que el mundo está lleno de ellos —dijo Andrews.

—Barnum dijo que nace uno cada minuto. Guiando un taxi se aprende a apreciar la verdad de esta máxima. Menos mal, porque guiando un taxi no se pueden aprender muchas cosas más. No, señor. Pienso intervenir en la política. Tengo buenas amistades en la calle Ciento Veinticinco. Mi tía Mrs. Sollie Schulzt, tiene un hotel en la calle Treinta y Tres. Supongo que habéis oído hablar de Jim O’Ryan. Pues bien, es buen amigo de mi tía. Y como los dos son católicos... En fin, voy a dar una vuelta. Me han dicho que hay muchachas estupendas en el pueblo.

—Eso lo dice para atormentarnos —tartamudeó el dueño de la funeraria.

—Me gustaría acompañarte —dijo Andrews.

—Pronto estarás repuesto, Andy, y en disposición de ser soldado de la clase A, de empuñar un fusil y de atacar. Tal vez los alemanes tengan mejor puntería la próxima vez. Y hablando de personas idiotas, creo que no he conocido a nadie que lo sea tanto como tú. ¿Por qué se te ocurrió decirle al teniente que ya no te dolían tus piernas? Antes de que te des cuenta te habrán echado de aquí. En fin, voy a dar un vistazo a las mademoiselles.

La figura de Applebaum, flaca y huesuda, cubierta con su arrugado uniforme, se acercó a la puerta. Todos le miraron con envidia.

—¡Caray! Cualquiera diría que van a nombrarle presidente —dijo con encono el dueño de la funeraria.

—Todo es posible —respondió Andrews. Y se tumbó en la cama, para meditar, como solía hacer a menudo, en el sufrimiento constante que le producían las heridas de sus muslos, que cicatrizaban lentamente. Intentó con desesperación olvidar el dolor que sentía. Tenía muchas cosas en qué pensar. ¡Si pudiese descansar,

permanecer Inmóvil y tranquilo, y ordenar sus pensamientos, empeñados en escapar a todo dominio! Contó los días que llevaba en el hospital. Quince. ¿Tanto tiempo? Sí. Y aún no había podido meditar. Como había dicho acertadamente Applebaum, pronto le clasificarían en la clase A y volvería al martirio del frente, sin haber logrado siquiera reconquistar su valor, el dominio sobre sí mismo. Fue un cobarde al rendirse tan abiertamente. El individuo que estaba a su lado seguía tosiendo. Durante unos minutos, Andrews se entretuvo en mirar la cara pálida, de nariz afilada y ojos anhelantes, que resaltaba sobre la almohada. Pensó en la funeraria, aquel negocio tan floreciente; en los guantes negros, en las caras alargadas y las voces tenues de sus empleados. Aquel muchacho, y antes que él su padre, se habían pasado la vida simulando una serie de cosas que no sentían, disfrazando la realidad con toda clase de engaños y falsedades. Para aquella clase de gente, nadie moría. Fallecía, simplemente; o pasaban a mejor vida. No obstante, tales personas tienen que existir. ¿Qué haríamos si no pudiésemos recurrir a las funerarias? Su negocio era tan respetable como podían serlo los de los demás. Fue por conservar su negocio por lo que aquel muchacho se alistó como voluntario. Por eso, y por salvar la democracia. La frase surgió en su cerebro acompañada de una sinfonía, de un alud de cantos populares y números patrióticos en el escenario de cualquier teatro de *vaudeville*. Recordó las grandes banderas que ondeaban triunfantes en la Quinta Avenida, y a las multitudes que vitoreaban. Todo eso eran razones, motivos poderosos, para el dueño de la funeraria. Pero para él... ¿Qué importancia podían tener para John Andrews? No tenía ningún negocio. No había entrado en el Ejército impulsado por la opinión pública. Tampoco se había dejado arrastrar por una confianza ciega en las frases de los propagandistas vendidos a la política. Lo que a él le sucedió fue simplemente que no se consideró con fuerzas para seguir viviendo. Pensó en los individuos que a través de esa larga tragedia que llamamos Historia habían sacrificado gustosamente sus vidas por sus ideales. Él no fue lo bastante valiente para mover un músculo por su libertad. ¿Qué hizo en vez de eso? Jugarse la vida como soldado de una causa en la que ni siquiera creía. ¿Tenía derecho a seguir viviendo, él, un hombre lo bastante cobarde como para someterse sin luchar por sus ideales, por sus sentimientos, por su personalidad, por todo aquello que le daba categoría de individuo y no de esclavo, esperando con la gorra en la mano a que le dictara órdenes otro más fuerte que él?

Sintió una depresión comparable a la fatiga del mareo. Dejó de meditar, de componer frases secretas. Se entregó por entero a esa depresión, como hombre que, acostumbrado a beber sin perder el dominio de su voluntad, se ve incapaz de hacer frente a una gran contrariedad y se entrega un día a la bebida.

Siguió inmóvil con los ojos cerrados, escuchando los rumores de la sala del hospital, las voces de los enfermos y los accesos de tos de su compañero más próximo. Seguía sintiendo el mismo dolor desesperante en los muslos. Tenía hambre,

y se preguntó si faltaría mucho para la cena. ¡La comida del hospital era tan escasa!

—¿Qué hora es, Stalky? —le preguntó al individuo que ocupaba la cama frente a la suya.

—Seguramente ya han empezado a servir el rancho. ¿Tienes buen apetito para atacar el bistec, las cebollas y las patatas fritas a la francesa?

—¡A callar!

El rumor de los platos de latón, al otro extremo de la sala, hizo que Andrews moviera con inquietud la cabeza sobre la almohada. A su memoria acudieron unos versos de *El muchacho de Shropshire*, y burlonamente repitió para sí:

*Aún el mundo era el mismo viejo mundo,
y yo era yo. Mis cosas empapadas
estaban. Y únicamente un remedio
tenía: volver a empezar el juego.*

Después que hubo comido cogió un libro, *Tentation de Saint Antoine*, que tenía sobre el lecho, junto a las piernas inmóviles, y buscó refugio en sus páginas, deleitándose en las frases maravillosamente escritas y hundiéndose en la lectura como si el libro fuese una droga capaz de hacerle olvidarse de sí mismo.

Apartó el libro y cerró los ojos. En su mente flotaba un vivo resplandor misterioso e intangible, como un océano en una noche cálida, cuando las olas al romper parecen llamas pálidas y de las aguas oscuras surgen blancas y extrañas fosforescencias que tan pronto brillan como se desvanecen.

Permaneció absorto, sintiendo que una corriente de fluida armonía recorría su cuerpo, lo mismo que el cielo grisáceo del anochecer se llena algunas veces de luces cambiantes, de colores y sombras distintas.

Cuando quiso dominar sus ideas, o, mejo dicho, expresarlas mentalmente por medio de la música, halló que era imposible. Su cerebro estaba vacío, como la ensenada de un río en la que abundan los peces, que huyen en cuanto se acerca un ser humano, el cual, en vez de ver el ir y venir de miles de cuerpecillos brillantes, sólo divisa el reflejo de su propia silueta sobre las aguas.

John Andrews despertó al sentir el fresco contacto de una mano en su frente.

—¿Se siente bien? —preguntó una voz a su oído. Alzó los ojos y vio una cara redonda de nariz afilada y ojos grises circundados de oscuras ojeras. Andrews observó que aquellos ojos le miraban inquisitivamente. Vio un triángulo rojo en la manga caqui del hombre.

—Sí —respondió.

—Si no le importa, amigo, quisiera que charlásemos un rato.

—No me importa —repuso Andrews sonriendo—. ¿Por qué no se sienta?

—Comprendo que no tenía derecho a despertarle, pero el caso es que... Le tocaba a usted, y temí olvidarle si le pasaba por alto.

—Comprendo —dijo Andrews, y añadió, repentinamente decidido a tomar la iniciativa en la conversación—: ¿Hace tiempo que está usted en Francia? ¿Le gusta la guerra?

El individuo de la Y. M. C. A. sonrió tristemente y repuso:

—Parece usted muy listo. Supongo que tiene prisa por volver al frente a liquidar a unos cuantos alemanes más. —Sonrió de nuevo con aire indulgente. Andrews no respondió—. La verdad es que no me gusta esta tierra —añadió el hombre tras una pausa—. Quisiera estar en casa. No obstante, es agradable la sensación del deber cumplido.

—Sí, debe de serlo —dijo Andrews.

—¿Se ha enterado de los grandes *raids* aéreos que nuestras fuerzas han iniciado? Han bombardeado Francfort. ¡Si pudiesen barrer del mapa la ciudad de Berlín!

—Parece que los odia usted mucho —dijo Andrews en voz baja—. Si esto es cierto, le daré una noticia que le hará estremecer de emoción. Acérquese. —El individuo se acercó con curiosidad—. Cada tarde, a las seis, algunos prisioneros alemanes se presentan en este hospital para recoger las basuras. Si, tanto los odia, sólo tiene que pedir prestado su revólver a un oficial amigo y acabar con ellos.

—Pero, oiga, ¿usted de dónde sale? —dijo el hombre de la Y. M. C. A., irguiéndose alarmado—, ¿no sabe que los prisioneros de guerra son sagrados?

—¿Sabe usted lo que dijo nuestro coronel antes de la ofensiva de Argonne? Pues que la presencia de los prisioneros significaba la disminución de las raciones. ¿Sabe usted lo que hacíamos con los prisioneros que caían en nuestro poder? Pero, dígame usted, ¿por qué odia tanto a los alemanes?

—Porque son unos bárbaros, enemigos de la civilización. Le supongo lo bastante culto para haberse dado cuenta de eso. —Evidentemente, empezaba a impacientarse—. ¿Qué religión profesa?

—Ninguna.

—Vamos, muchacho, eso es imposible. En América no hay herejes. Todos los cristianos han sido bautizados y profesan o han profesado alguna religión.

—Pero es que yo no pretendo siquiera ser cristiano —dijo Andrews cerrando los ojos y volviendo la cabeza. Comprendió que el hombre de la Y. M. C. A. vacilaba, sin saber qué partido tomar. Cuando al cabo de un rato abrió los ojos, le vio inclinado sobre el lecho inmediato.

Por la ventana que había al otro lado de la sala, se veía un trozo de cielo azul sembrado de nubes blancas con sombras de color de malva. Contempló el cielo hasta que las nubes doradas del atardecer lo cubrieron por completo. Sintió que le invadía una cólera sorda, desesperada. ¡Cómo les gusta odiar a los hombres!

Mejor estaba en el frente. Los hombres son más humanos cuando se matan entre sí que cuando hablan de matar. ¿Qué era la civilización, sino un vasto edificio de mentiras? En cuanto a la guerra, no significaba el derrumbamiento de todo eso, sino su mayor exaltación. En el mundo tenía que existir algo más que codicia, odio y crueldad. ¿O es que las frases gigantescas que flotaban como cometas de brillantes colores sobre la humanidad eran también únicamente engaños? Cometas, sí. Pedazos de papel de seda sujetos a una cuerda. Juguetes indignos de ser tomados en serio. Pensó en la larga lista de hombres que intentaron demostrar la extraordinaria futilidad de la vida humana y que lucharon por cambiar el estado de cosas y predicar sus teorías. Figuras enigmáticas y sombrías: Demócrito, Sócrates, Epicuro, Cristo... Eran muchos, y su recuerdo era tan vago entre las nieblas de la historia que hasta parecían producto de su fantasía. Lucrecio, San Francisco, Voltaire, Rousseau y tantos otros... Desconocidos unos, célebres otros, a través de la tragedia de los siglos... Unos lloraron y otros rieron. Sus frases fueron como brillantes pompas de jabón que se elevaron en el firmamento para ser admiradas y estallar enseguida. Sintió un loco deseo de unirse a los que fueron olvidados reconocerse vencido por completo, de vivir la vida a su antojo, pese a todo, de proclamar un vez más la absoluta falsedad de los evangelios cuya sombra y amparo crecen la codicia y el temor, haciendo todavía más dolorosa la ya insoportable agonía de la vida humana.

Tan pronto como saliese del hospital desertaría. En su mente surgió esta decisión momentánea, haciendo vibrar gloriosamente la sangre de sus venas. Sólo le quedaba un camino: ¡Desertar!

Se vio a sí mismo huyendo al amparo de la oscuridad, cojeando, arrancándose a jirones el uniforme, ocultándose en cualquier rincón perdido de Francia o pasando la frontera de España, camino de la libertad. Estaba dispuesto a todo, a enfrentarse con cualquier clase de muerte, para lograr aunque sólo fuesen unos meses de libertad que le hicieran olvidar la degradación forzosa del año último. Aquél sería su último viaje con la mochila auestas.

Estaba terriblemente excitado. Por primera vez en su vida parecía decidido a actuar. Todo lo demás no pasó de vanas intentonas. Le zumbaban los oídos. Fijó los ojos en las figuras que en la pared de enfrente sostenían los escudos en los que se apoyaban las vigas. Todas parecían abandonar su posición encorvada, para erguirse, sonreírle y darle ánimos. Le pareció ver a todos los guerreros de viejas leyendas en marcha hacia el bosque encantado para exterminar a algún dragón. Los hábiles artesanos, los amorcillos, los sátiros y los faunos abandonaron el lugar que ocupaban para conducirlo al son de las flautas a un último y desesperado ataque a las ciudadelas del dolor.

Se apagaron las luces. Un practicante se acercó para servirle chocolate, el cual, al caer en la taza de latón, produjo un rumor agradable, consolador. Con el gusto del

chocolate en la boca y un nuevo calorcillo en el estómago, John Andrews se quedó dormido.

Cuando despertó notó mucho movimiento en la sala. Por la ventana de enfrente penetraban los rojizos rayos del sol, y del exterior llegaba confusamente el tañido de unas campanas y el sonido de unos pitos.

Andrews miró por encima de sus pies, hacia el lecho que ocupaba Stalky, el cual se había sentado. Sus ojos abiertos parecían notas de solfeo.

—Muchachos, la guerra ha terminado.

—¡A callar!

—¡Que lo encierren!

—¡Está como una cabra!

La sala se llenó de exclamaciones parecidas.

—Muchachos —dijo Stalky alzando aún más la voz—, estoy seguro de lo que digo. La guerra ha terminado. He soñado que el Káiser me visitaba en la calle Catorce y me pedía prestada una moneda para tomar un vaso de cerveza. La guerra se acabó. ¿No oís los pitos?

—Entonces ya podemos irnos a casita.

—¡Callaos de una vez! ¿Es que os habéis propuesto no dejarme dormir?

Se hizo el silencio en la sala, pero los ojos de todos quedaron muy abiertos. Seguían inmóviles en sus lechos, aguardando anhelantes.

—Lo único que debo añadir —gritó de nuevo Stalky— es que fue una gran guerra mientras duró... Bien, ¿qué os estaba diciendo?

Mientras hablaba se había movido el blanco biombo que tapaba la puerta principal, y un comandante, con el gorro torcido y la cara sofocada, entró en la sala. Llevaba una campana de cobre en la mano, y la agitaba frenéticamente al avanzar.

—¡Muchachos —gritó con voz ronca, como si anunciara el resultado de un partido de *baseball*—, la guerra ha terminado esta madrugada a las cuatro y tres minutos! ¡Ha sido firmado el armisticio! ¡El Káiser puede irse al diablo!

Volvió a tocar la campana y empezó a bailar por entre las filas de camas, cogiendo de la mano a la enfermera jefe, quien cogió a su vez la mano de un teniente de cabello rubio. Éste cogió la de otra enfermera, y así sucesivamente. Alineados, empezaron a cantar. Los primeros entonaban *La bandera sembrada de estrellas*, y los últimos *Los yanquis vienen*. El comandante seguía tocando la campana. Los hombres que se hallaban con ánimos suficientes se sentaron en el lecho para gritar también. Los otros se movieron inquietos, aturridos por el estruendo.

Recorrieron toda la sala, sembrando la contusión tras ellos. La campana siguió sonando en todos los rincones del edificio.

—Bueno, ¿qué opinas de todo esto, enterrador?

—Nada.

—¿Cómo es eso?

El dueño de la funeraria fijó sus ojillos negros y anhelantes en la cara de Andrews.

—Supongo que sabes lo que me pasa, aparte de la herida.

—No, no lo sé.

—Pues no es difícil adivinarlo al escuchar mi tos. Estoy tísico.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mañana me sacan de aquí para trasladarme a la sala de tuberculosos.

—¡Malditos sean! —murmuró Andrews. Su voz se perdió entre el acceso de tos que acababa de sufrir su compañero.

*Al hogar, muchachos, al hogar;
en el hogar deseamos estar.*

Cantaban los que se sentían con ánimos para hacerlo. Stalky dirigía el coro. Estaba de pie junto a su cama, vestido con el pijama rosado de la Cruz Roja, que le quedaba demasiado pequeño y dejaba al descubierto sus piernas escuálidas cubiertas de vello rojizo. Para llevar el compás se valía de dos cacerolas que había sacado de la cama y que hacía chocar entre sí.

—El hogar... Jamás volveré a él —dijo el dueño de la funeraria cuando el estruendo decreció un poco—. ¿Sabes lo que me gustaría? Pues que la guerra durase todavía, para acabar con todos esos canallas.

—¿Qué canallas?

—Los responsables de que estemos aquí —repuso el tartamudo, y de nuevo empezó a toser débilmente.

—Ésos estarán a salvo siempre que haya otros que... —empezó a decir Andrews. Pero le interrumpió una voz estridente que procedía del otro extremo de la sala.

—¡Atención!

*Al hogar, muchachos, al hogar;
en el hogar deseamos estar.*

La canción seguía sonando. Stalky miró hacia la puerta, y al ver que entraba el comandante dejó caer las cacerolas, que cayeron al suelo, junto a sus pies, y se metió en la cama, tapándose lo mejor que pudo con las mantas.

—¡Atención! —gritó el comandante.

En la sala se hizo un súbito y desagradable silencio, roto tan sólo por la tos del muchacho que ocupaba el lecho vecino al de Andrews.

—Si vuelvo a oír ruido en esta sala os echo a todos del hospital. El que no pueda

andar tendrá que salir arrastrándose. La guerra ha terminado, es cierto, pero estáis todavía en el Ejército. Conviene que no lo olvidéis.

El comandante miró a ambos lados para inspeccionar las hileras de camas, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Al acercarse al biombo, su gesto era airado.

La sala quedó silenciosa. Afuera repicaban locamente las campanas de las iglesias, sonaban los pitos y de vez en cuando cantaban unas voces.

II

La nieve azotaba las ventanas y caía con monótono ruido sobre la hojalata del colgadizo construido al lado del hospital y que hacía las veces de *solarium*.

El lugar, bastante sucio, estaba decorado con guirnaldas de papel cubiertas de polvo, que uno de los hombres de la Y. M. C. A. había colgado de las vigas que atravesaban el techo con motivo de las fiestas de Navidad. Había varias mesas cubiertas de revistas y un mostrador con muchas tazas blancas y algo rotas cuidadosamente alineadas, en espera de aquellas raras ocasiones en que era posible servir cacao.

En medio de la pared que lindaba con el edificio principal ardía una estufa, en torno a la cual se agrupaban varios individuos en pijama que charlaban en voz baja. Sentado junto a una ventana, Andrews los observaba atentamente, fijándose en las anchas espaldas inclinadas sobre la estufa y en las manos apoyadas negligentemente sobre las rodillas. La atmósfera estaba muy cargada. Olía a una mezcla de emanaciones de carbón y ácido fénico, del cual estaban impregnados los trajes de todos, y a tabaco barato. Por detrás de las tazas amontonadas sobre el mostrador surgía la cabeza pelirroja de un pecoso individuo de la Y. M. C. A. que leía la edición parisiense del *New York Herald*.

Desde su asiento junto a la ventana, John Andrews sentía como si el ambiente se fuese infiltrando en él, estancando por completo sus ideas. Sobre las rodillas tenía unos papeles cubiertos de notas musicales hechas con lápiz, los cuales desenrollaba y volvía a enrollar nerviosamente, mirando la estufa y los hombros inmóviles de los individuos sentados alrededor de ella.

La estufa hacía ruido, crujía el periódico que leía el hombre de la Y. M. C. A., se oían de vez en cuando los murmullos de las voces de los que charlaban y, en el exterior, la nieve que azotaba los cristales de la ventana continuaba produciendo el mismo monótono rumor.

Andrews se vio vagamente a sí mismo atravesando rápidamente unas calles. La nieve azotaba su rostro, y la ciudad llena de vida vibraba en torno suyo. Vio muchos rostros enrojecidos por el frío, ojos que brillaban bajo el ala de los sombreros y que se fijaban en los suyos al pasar por su lado, siluetas esbeltas de mujeres, envueltas en chales que ponían de relieve el contorno de sus senos y sus caderas.

Se preguntó si alguna vez sería libre para vagar por las calles de cualquier ciudad. Estiró las piernas y las sintió rígidas y extrañamente temblorosas. Le parecieron de plomo, y no a causa de sus heridas, sino de la monotonía del ambiente que le rodeaba. La vida parecía como paralizada en torno suyo, y esta paralización penetraba en lo más hondo de su espíritu, hasta hacerle creer que nunca podría reaccionar.

Todos eran allí como seres sin vida propia, simples autómatas destrozados y

sucios, cuyas piernas, a fuerza de hacer la instrucción no podían concebir movimientos más personales. Por eso seguían sentados, inmóviles, aburridos, esperando órdenes.

De pronto, algo le distrajo de sus meditaciones. Contemplaba la brillante danza de los copos de nieve al otro lado de los cristales cuando tuvo que volver la cabeza atraído por el ruido producido por alguien que se frotaba las manos muy cerca de él. Vio que había un hombre junto a la ventana. Estaba de pie, frotándose con fuerza las manos gordezuelas y blancas. Su respiración era jadeante. Andrews observó que un cuello blanco como el que suelen llevar los sacerdotes circundaba su garganta rosada, y que bajo las bien cortadas mangas de su uniforme de oficial asomaban unos puños almidonados. Su corraje y sus polainas brillaban, y al cuello llevaba una pequeña y modesta cruz de plata. Cuando Andrews, después del detenido examen, volvió a mirar el rostro del recién llegado, tropezó con una mirada acerada y unos ojos escrutadores que le contemplaban atentamente.

—Parece usted completamente repuesto, hijo mío.

—Sí, debo de estarlo.

—¡Espléndido, espléndido! —Y añadió en tono suplicante—: ¿Tendría inconveniente en situarse al otro extremo de la habitación? Eso es. Primero rezaremos un poco, y luego os diré algunas cosas interesantes, muchachos.

El individuo pelirrojo dejó su asiento, avanzó hasta el centro de la habitación con el periódico en la mano y dijo con voz monótona:

—Por favor, muchachos, agrupaos en ese rincón. Silencio. Silencio, por favor.

Los soldados, sumisos, se acercaron a las sillas plegables situadas en un extremo. Pronto cesó todo murmullo y se hizo el silencio. Unos salieron de la habitación y otros se acercaron de puntillas en el último instante y ocuparon un asiento de primera fila. Andrews, con un movimiento de desesperada resignación, se dejó caer sobre una silla, apoyó la cara en las manos e inclinó la cabeza.

—Muchachos —siguió diciendo el pelirrojo—, permitidme que os presente al reverendo doctor Skinner. —Su voz adquirió súbitamente un tono de honda emoción patriótica y añadió—: Acaba de llegar de Alemania, en donde entró con el Ejército de ocupación.

Las palabras «Ejército de ocupación» fueron como un mágico resorte. Al oírlas, todos prorrumpieron en vítores y aplausos. El reverendo doctor Skinner, confiado y sonriente, contempló a su auditorio y levantó las manos pidiendo silencio. Todos pudieron ver sus palmas sonrosadas y regordetas.

—En primer lugar, mis queridos amigos, dediquemos una plegaria al Supremo Creador. —Su voz subía y bajaba de tono, como quien está acostumbrado a practicar la liturgia ante un selecto público de fieles bien vestidos y bien comidos—. A Él debemos nuestra salvación, y es Él quien mitiga nuestras penas. Oremos para que,

cuando llegue el momento que Él crea oportuno, quiera su divina misericordia conducirnos indemnes y limpios de culpa hasta el seno de nuestras familias, al lado de nuestras mujeres, de nuestras madres o de aquellas a quienes honraremos algún día con el nombre sagrado de esposa, las cuales esperan anhelantes nuestro regreso. Oremos también para que empleemos el resto de nuestras vidas en ser útiles a nuestro gran país, por cuya seguridad y gloria acabamos de sacrificar gustosos nuestra juventud. ¡Oremos!

En la habitación se hizo el silencio. Andrews sólo oía la respiración tranquila de quienes le rodeaban, el ruido monótono de la nieve al caer sobre la hojalata del colgadizo y el rumor de unos pies al moverse impacientes. Tras una larga pausa, la voz del reverendo doctor Skinner sonó de nuevo:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Al llegar al «Amén», todos levantaron alegremente la cabeza, carraspearon y movieron las sillas. Indudablemente, los hombres se disponían a escuchar.

—Y ahora, amigos míos, intentaré en pocas palabras daros una idea de cómo viven vuestros camaradas del Ejército de ocupación que luchan por abrirse camino entre los hunos. Hice en Colonia mi comida de Navidad. ¿Qué os parece? Nunca creí posible pasar semejante fiesta lejos de mi hogar y de mi familia. Pero en el mundo suceden tantas cosas inesperadas... Sí, pasé las navidades en Coblenza, bajo la bandera americana. —Hizo una pausa, hasta que dejaron de sonar unos aplausos aislados, y continuó luego—: Os aseguro que el pavo fue magnífico. Sí, nuestros muchachos no carecen de nada en Alemania, y sólo aguardan la orden de seguir su glorioso avance hasta Berlín, suponiendo que fuese necesario. Lamento tener que confesarlo, muchachos, pero los alemanes no han cambiado de modo de pensar, tal como esperábamos nosotros. Ha cambiado el nombre de sus instituciones, pero no su espíritu. Imagino la decepción de nuestro buen Presidente, que ha hecho lo imposible porque los alemanes entrasen en razón y hacerles comprender el horror que por su causa ha assolado al mundo. Pues bien, ¿creéis que han reconocido su error? Nada de eso. Por el contrario, con toda clase de propagandas insidiosas, han intentado minar la moral de nuestras tropas.

Los soldados prorrumpieron en exclamaciones de indignación. El reverendo doctor Skinner alzó de nuevo sus manos gordezuelas y sonrosadas y sonrió con benevolencia.

—Sí, han intentado minar la moral de nuestras tropas, hasta tal punto que el general en jefe ha tenido que dictar órdenes severas para evitarlo. Temo, mis queridos amigos, que nuestro victorioso avance haya sido interrumpido demasiado pronto. Alemania debió ser aplastada por completo. Todo lo que podemos hacer es vigilar y aguardar, y someternos a la decisión de esos grandes hombres que dentro de poco se reunirán en la Conferencia de París. Permitidme, muchachos, que exprese mis votos

sinceros para que vuestras heridas sanen rápidamente y estéis de nuevo en disposición de ser útiles a nuestro glorioso Ejército, que durante mucho tiempo habrá de permanecer vigilante para seguir defendiendo como americanos y como cristianos la civilización que acabamos de salvar de una furia satánica. Unamos nuestras voces para cantar el himno *Defendamos, defendamos a Jesús*. Estoy seguro de que todos lo conocéis.

Todos, excepto, naturalmente, aquellos que no tenían piernas, se pusieron en pie y entonaron con voz insegura la primera estrofa del himno. Las voces luego fueron cesando, y al terminar la segunda estrofa sólo se oía la del reverendo doctor Skinner y la del pelirrojo, que cantaban con toda la fuerza de sus pulmones.

El reverendo doctor Skinner sacó su reloj de oro y murmuró frunciendo el ceño:
—Voy a perder el tren.

El pelirrojo le ayudó a ponerse el amplio abrigo de campaña, y ambos se dirigieron a la puerta.

—¡Qué polainas tan estupendas lleva el tío! —dijo un individuo sin piernas que estaba hundido en un asiento junto a la estufa. Era un hombre de pómulos salientes y vigorosas mandíbulas. Su boca de trazo fino y delicado y sus ojos de color castaño claro daban a su rostro un agradable aspecto.

Andrews, que se hallaba sentado junto a él, se echó a reír.

—Oí decir que vendría alguien de la Cruz Roja para darnos cigarrillos. Esta vez me engañaron —dijo.

—¿Quieres uno? —dijo el inválido, tendiéndole un paquete de cigarrillos con su mano larga y contraída, pálida y transparente como el alabastro.

—Gracias. —Después de encender una cerilla, Andrews se inclinó para dar fuego a su compañero, y sin poderlo evitar miró su cuerpo mutilado. Bajo la guerrera, vio los pantalones que colgaban vacíos sobre la silla. Sintió un escalofrío. Pensó en las cicatrices que zigzagueaban por sus muslos.

—También a ti te hirieron en las piernas, ¿no es verdad, muchacho? —preguntó calmosamente el inválido.

—Sí, pero tuve suerte. ¿Hace tiempo que estás aquí?

—Desde que Cristo era cabo. En realidad, no lo sé. Llegué aquí dos semanas después de haber sido destinado al frente. Eso fue el dieciséis de noviembre de mil novecientos diecisiete. Como ves, sé poco de la guerra. Aunque creo que no he perdido gran cosa.

—No. En cambio, sabes mucho del Ejército.

—Eso es verdad. Y te diré una cosa. No me importaría tanto la guerra si no fuese por el Ejército.

—Te enviarán pronto a casa, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿De dónde eres?

—De Nueva York —respondió Andrews.

—Y yo de Cranston, Wisconsin. ¿Conoces el país? Es célebre por sus lagos. Puede navegarse días enteros a través de ellos, en canoa, sin cargamento alguno. Tenemos un campamento en el lago Big Loon, y en él nos divertíamos mucho viviendo como salvajes. Una vez hice un viaje de tres semanas sin ver una sola casa. ¿Has viajado en canoa?

—Menos de lo que hubiese querido.

—Es magnífico para la salud. Lo primero que se hace al despertar es saltar de las mantas y echarse al agua. Es estupendo nadar en el lago envuelto todavía en las nieblas del amanecer y ver cómo sale el sol por entre las copas de los abedules. ¿Conoces el olorillo que desprende el tocino al freírse? Me refiero al tocino frito en una sartén, sobre una hoguera hecha de ramas de pino y de haya, en mitad del bosque. Te aseguro que es un olor estupendo. Pero más estupendo aún es sentarse junto al fuego en cuyas cenizas se asa una trucha, y escuchar el crujido del tocino en la sartén, después de haber remado todo el día y sentirse fatigado y saturado de sol. Eso es vida, muchacho —dijo estirando los brazos.

—He tenido la tentación de retorcerle el cuello a ese maldito cura —dijo Andrews de pronto.

—¿De veras? —dijo el inválido sonriendo y fijando en él sus ojos castaños—. Yo no le creo mucho peor que los demás. Supongo que también en Alemania hay gente así.

—¿Crees que realmente hemos salvado la democracia en el mundo?

—¿Qué diablos puedo saber yo? Apuesto cualquier cosa a que nunca has conducido un camión lleno de hielo. Yo lo hice en mi pueblo durante todo un verano. Aquello era vivir. Levantarse a las tres de la mañana y llevar de ciento a doscientas libras de hielo a la nevera de los demás. Tenía que estar sano a la fuerza. Mi ayudante era un noruego gigantesco llamado Olaf. Era el hombre más fuerte que he conocido. ¡Y cómo bebía! Aquello sí que era beber, muchacho. Le vi una vez tragarse veinticinco martinis y luego atravesar el lago a nado. Yo pesaba entonces ciento ochenta libras. Sin embargo, me levantaba en vilo con una sola mano y me cargaba sobre sus hombros. Aquello sí que era vida. Y no importaba que nos acostásemos tarde la noche anterior. A las tres en punto de la madrugada saltábamos de la cama con la agilidad de un gato.

—¿Qué hace ahora tu amigo?

—Murió en el transporte que le traía a Europa. De la gripe. Hablé con un muchacho de su regimiento. Le arrojaron al mar a la altura de las Azores. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Yo no he muerto de la gripe. ¿Otro cigarrillo?

—No, gracias —dijo Andrews.

Guardaron silencio. El fuego seguía crujiendo en la chimenea. Los hombres

parecían medio dormidos en sus asientos. De vez en cuando, alguien escupía.

Andrews miró al exterior y contempló de nuevo la danza suave de los blancos copos. Los tobillos le pesaban. Sentía como si el polvo hubiese estancado sus ideas lo mismo que se estanca la vida en las buhardillas y trasteras donde entre pedazos de máquinas destrozadas y loza trágicamente rota se amontonan los juguetes viejos.

John Andrews estaba sentado en un banco de una plaza flanqueada de tilos. El pálido sol de invierno daba de lleno en su cara y en sus manos. A través de las pestañas veía el sol, que tenía el color de la miel. Luego, medio deslumbrado todavía, recorrió con la mirada los encajes oscuros de las ramas, los troncos verdes de los árboles y, al fin, el banco de enfrente, en el que se hallaban dos niñeras. En medio de éstas había una niña de rostro sonrosado e inexpresivo como el de una muñeca. Llevaba un traje lleno de volantes bajo los cuales surgían sus piernecillas marfileñas, enfundadas en blancos calcetines y calzadas con sandalias amarillas. Sobre el halo dorado del pelo flotaba un globo de brillante color carmesí atado a un fino cordel que la chiquilla sujetaba por un extremo. El sol brillaba a través de él como a través de un vaso de clarete. Andrews contempló arrobado la deliciosa figura de la niña sentada entre los voluminosos cuerpos de las niñeras.

De pronto se dio cuenta de que habían transcurrido muchos meses —¿eran sólo meses?— desde que sus manos tocaron algo suave y desde que vio una flor. La última, una anaranjada maravilla, se la dio una anciana de cierta aldea de la región de Argonne. Recordó la suavidad de los labios que rozaron su mejilla cuando la anciana se inclinó para besarle. Su mente se iluminó de pronto como si una melodía vibrase en ella. Sintió toda la dulzura de esas vidas tranquilas que transcurren en los campos y en las calles grises de cualquier pequeña ciudad provinciana, y en las viejas cocinas que huelen a hierbas y a humo de hogar, con sus ventanas llenas de macetas de albahaca en flor.

Sin poder contenerse, se levantó, se acercó a la niña y le cogió una mano. La niña le miró sorprendida, y al ver su figura larguirucha, su cara enjuta y su cabello de color de paja que escapaba bajo el gorro demasiado pequeño, lanzó un grito y soltó el globo, que se mecía un instante en el aire y comenzó luego a ascender. La niña se echó a llorar desconsoladamente. Andrews, desconcertado ante la mirada de indignación de ambas niñeras, permaneció inmóvil, sonrojado, murmurando atropelladamente una excusa tras otra, sin saber qué hacer.

Ambas niñeras inclinaron sus cabezas para intentar consolarla.

Andrews se apartó descorazonado, mirando de vez en cuando el globo que seguía elevándose y que resaltaba como una mancha negra sobre las nubes grises y de color de topacio.

—*Sale américain!* —oyó exclamar a una de las niñeras.

Pero era su primera hora de libertad, su primer momento de soledad en muchos

meses. Tenía que vivir. Pronto le enviarían de nuevo a su división. Le invadió una ola de deseos, un ansia de goces puramente carnales; de gustar ricos manjares sazonados con salsas y especias, de emborracharse con vinos generosos, de tumbarse sobre una rica alfombra entre los brazos desnudos de una mujer sensual...

Atravesaba las calles grises y tranquilas de una ciudad provinciana de casas bajas, chimeneas rojizas y tejados de pizarra azul. En un reloj sonaron estruendosamente cuatro campanadas. Andrews se echó a reír. Tenía que estar a las seis en el hospital. Estaba fatigado y le dolían las piernas.

A pesar de la escasez debida a la guerra, el escaparate de una confitería le pareció tentador. Había un rótulo en inglés que decía: «Té». Entró y se encontró en un pequeño saloncito muy animado. Las mesitas estaban cubiertas de manteles rojos, y de las paredes, cubiertas con un papel que imitaba al brocado, pendían grabados de tonos verdes y rosados. Bajo uno de ellos, que representaba un lecho con cortinas frente al que se inclinaban saludando dieciocho o veinte personas, y que se titulaba *Secret d'Amour*, se hallaban sentados tres jóvenes oficiales, que lanzaban glaciales y hasta irritadas miradas al soldado que con la insignia del hospital había entrado en el salón de té. También Andrews los miraba con encono.

Mientras bebía a sorbos el té caliente y perfumado, escuchaba sin proponérselo la charla de los oficiales. Hablaban de Ronsard. Andrews oyó el nombre con sorpresa y con irritación. ¿Qué derecho tenían a hablar de Ronsard? Él sabía mucho más de Ronsard que aquellos oficiales. En su cerebro se formaban frases orgullosas y encolerizadas. Él era tan sensible, humano e inteligente como pudieran ser los otros. ¿Qué derecho tenían a mirarle con tanta frialdad, como queriendo demostrarle cuál era el puesto que le correspondía?

Posiblemente, esta actitud era tan inconsciente e inevitable, como su propio sentimiento de envidia. La idea de que, si uno de los tres se acercaba, tendría que saludar y contestar humildemente, no por educación, sino por miedo a un castigo, era tan amarga como el ajeno.

Sintió un ansia infantil de demostrar a todos cuánto valía, lo mismo que cuando sus compañeros de colegio le trataban mal, deseaba que el edificio ardiese para poder portarse como un héroe y salvarles.

En la habitación contigua había un piano y varias sillas colocadas boca abajo sobre las mesas. Sintió la tentación de acercarse al piano y empezar a tocar, para demostrar a todos aquellos hombres, que le creían un simple autómatas, algo intermedio entre el hombre y el perro, mediante una acción brillante, que no sólo era igual sino superior a ellos.

—La guerra ha terminado. Quiero empezar a vivir. *Vino rojo, gritó el ruiseñor a la rosa* —dijo uno de los oficiales.

—¿Qué os parece si nos fuésemos a París, aunque no tengamos permiso?

—Es muy arriesgado.

—¿Qué pueden hacernos? No somos reclutas. Todo lo que puede suceder es que nos manden a casa, y eso, al fin y al cabo, es lo que estamos deseando.

—Si os parece bien, vamos al *Cochon Bleu* a tomar un *cocktail* y a pensarlo mejor.

—*El león y el lagarto tienen su corte en...* ¿Cómo diablos se llama? De cualquier forma, divirtámonos y bebamos todo lo posible mientras el comandante Peabody sigue muy satisfecho con su corte en Dijon.

Los tres oficiales se marcharon haciendo tintinear sus espuelas. John Andrews se sintió deprimido y avergonzado de su pasada cólera. Si hubiera estado en Nueva York tocando el piano ante un grupo de amigos y hubiese entrado un hombre pobremente vestido, ¿no habría sentido un involuntario desprecio? Es inevitable que el afortunado odie al desgraciado, porque le teme.

Todos estos pensamientos empezaban a cansarle. Apuró su té y entró en la tienda para preguntar a la anciana que estaba sentada ante un escritorio blanco al final del mostrador, y que lucía un bigote negro sobre sus labios pálidos, si le importaba que tocase el piano.

En el desierto saloncito, sus dedos torpes y poco flexibles recorrieron el teclado. Lo olvidó todo. En su cerebro se abrían de par en par puertas que durante mucho tiempo permanecieron cerradas, dejando al descubierto salones suntuosos.

La reina de Saba, grotesca como un sátiro irradiando un mundo de deseos como la gran diosa e implacable Afrodita, estaba de pie a su lado y apoyaba una mano sobre su hombro, haciendo correr por su cuerpo descargas eléctricas y murmurando en su oído palabras impregnadas de voluptuosidad.

Un reloj asmático sonó en un rincón, en la oscuridad.

—Las siete —murmuró John Andrews. Pagó, se despidió de la vieja del bigote y salió a la calle precipitadamente.

«Soy como la Cenicienta en el baile», pensó, y echó a andar en dirección al hospital, a través de unas calles mal iluminadas, acortando cada vez más sus pasos.

«¿Por qué volver? —seguía diciendo una voz en su interior—. Todo es mejor que aquello. Es preferible arrojarse al río que tener que volver.»

Creó ver el montón de sus ropas de color pardo aceitunado sobre los juncos de la orilla y a sí mismo, completamente desnudo, rompiendo la capa de hielo y hundiéndose en las aguas tan negras como la tinta china. Tal vez al llegar al otro extremo, fatigado, jadeante, pudiera comenzar la vida como si hubiese acabado de nacer. ¡Qué fuerte se sentiría si pudiese empezar a vivir de nuevo! ¡Y qué loca, qué alegremente viviría ahora que la guerra había terminado!

Había llegado ante las puertas del hospital. Sintió un estremecimiento de pena. Y permaneció de pie, mudo, en actitud humilde, mientras un sargento le reconvenía por

llegar tarde.

Andrews contempló durante largo rato la línea de escudos que había en lo alto de la pared, frente a su lecho, en la que se apoyaban las vigas oscuras del techo. Los emblemas estaban borrosos y las figuras de piedra gris que se encorvaban bajo los escudos: el sátiro de las peludas piernas de cabra, el paisano del sombrero cuadrado y el guerrero de la espada entre las rodillas, habían quedado malparados en el transcurso de otras guerras. A la fuerte claridad de la tarde se veían tan deterioradas que eran casi irreconocibles. Se maravilló al recordar que el primer día de su llegada, cuando se halló en el lecho, sintiendo el tormento de las heridas, todos aquellos personajes le habían consolado. No obstante, les dirigió una mirada de afecto antes de salir de la sala.

Abajo, en la oficina, cuya atmósfera estaba cargada y olía a barniz, a papeles polvorientos y a humo de tabaco, tuvo que aguardar mucho rato de pie.

—¿Qué deseas? —preguntó el sargento pelirrojo mirándole por encima de un montón de papeles que había sobre una mesa.

—Espero una orden de traslado.

—¿No eres tú el individuo a quien dije que volviese a las tres?

—Es que son las tres.

—¡Hum! —exclamó el sargento, y siguió con la vista fija en los papeles, que crujían al moverlos de uno a otro montón. Al otro extremo de la habitación sonaba lenta pero ruidosamente una máquina de escribir.

Andrews vio una cabeza oscura y una espalda inclinadas sobre la máquina de escribir. Junto a la estufa negra y redonda que había junto a la pared, un hombre de largo bigote, que lucía los complicados galones de sargento de Sanidad, leía una novela de tapas encarnadas.

Tras una larga pausa, el sargento pelirrojo levantó la cabeza de los papeles y dijo de pronto:

—Ted.

El individuo que escribía a máquina se volvió pausadamente, mostrando una cara ancha y roja y sus ojos azules.

—Dígame —repuso arrastrando las sílabas.

—Entra a ver si el teniente ha firmado los papeles.

El otro se levantó, se desperezó y desapareció tras una puerta que había junto a la estufa. El sargento pelirrojo echó hacia atrás su silla giratoria y encendió un cigarrillo.

—¡Por todos los diablos! —exclamó bostezando.

El hombre que estaba sentado junto a la estufa soltó el libro, que resbaló de sus rodillas cayó al suelo, y bostezó también.

—Este endiablado armisticio ha terminado con la ambición —dijo después.

—¡Maldita sea! —exclamó el sargento pelirrojo—. ¿Sabes que me iban a enviar a un O. T. C. 7 ¡Qué suerte más perra! ¡Mira que tener que volver a casa sin un Sam Browne^[8]!

El otro individuo regresó y se sentó de nuevo ante la máquina de escribir. El teclear lento ruidoso volvió a oírse.

Andrews movió los pies ligeramente.

—Bueno, ¿qué hay de esa orden de traslado —preguntó el sargento.

—El teniente ha salido —repuso el otro sin dejar de escribir.

—¿No lo habrá dejado sobre la mesa? —preguntó furioso el sargento.

—No pude encontrarlo.

—Supongo que tendré que buscarlo yo mismo. ¡Cielos! —exclamó el sargento, y salió de la habitación. Poco después reapareció con un montón de papeles en la mano—. ¿Te llamas Jones? —le preguntó a Andrews.

—No.

—¿Snivisky?

—No. Andrews. John Andrews.

—¿Por qué diablos no lo has dicho antes?

El individuo del bigote que se hallaba junto a la estufa se levantó de pronto con expresión atenta y sonriente.

—Buenas tardes, capitán Higginsworth —dijo alegremente.

Un hombre de cara ovalada y boca grande, que llevaba un cigarro entre los labios, entró en la habitación. Al hablar, el cigarro se movía de un lado a otro.

Sus guantes de gamuza verde le estaban demasiado ajustados, y sus oscuras polainas brillaban como la caoba.

El sargento pelirrojo se volvió y saludó.

—¿Va a otra fiesta estupenda, mi capitán? —preguntó.

El capitán asintió con una mueca de picardía.

—¿Tenéis cigarrillos de la Cruz Roja? Sólo tengo puros, y no me parece correcto ofrecer un puro a la dama. —E hizo otro gesto de picardía.

Los demás rieron comprensivamente.

—¿Tendrá bastante con dos paquetes? Los tengo aquí —dijo el sargento pelirrojo abriendo un cajón de su mesa.

—¡Magnífico! —exclamó el capitán, que los guardó en el bolsillo y salió abrochándose su guerrera de color de ante.

El sargento volvió a sentarse a la mesa, sonriendo con presunción.

—¿Encontró la orden de traslado? —preguntó Andrews tímidamente—. He de coger el tren de las cuatro y dos minutos.

—Aún no la he encontrado. Dijiste que te llamabas Anderson, ¿verdad?

—Andrews, John Andrews.

—Aquí está. ¿Por qué no viniste a buscarla antes?

Al aspirar el aire frío del crudo anochecer de invierno, que le pareció vivificante tras los desagradables olores del hospital, John Andrews se sintió liberado.

Mientras atravesaba con paso rápido las calles grises, que en algunos lugares, y a la luz de los escaparates, brillaban con tonalidades anaranjadas, se dijo varias veces que acababa de terminar otra época de su vida. Pensó que ya no vería más aquel hospital ni las gentes que había en él, y sintió un ligero alivio. Recordó a Chrisfield. Hacía semanas, muchas semanas, que ni siquiera pensaba en él. Sin embargo, con los ojos de la imaginación vio claramente el rostro del muchacho de Indiana, y experimentó un hondo sentimiento de ternura. Era un rostro ovalado y muy tostado por el sol. Sus mejillas conservaban algo de la primitiva redondez infantil. Sus largas pestañas eran negras, lo mismo que las cejas. No sabía siquiera si Chrisfield vivía. Sintió una súbita y casi salvaje alegría al pensar que él, John Andrews, estaba vivo y que aún podía hallar en el mundo mejores compañeros de los que hasta entonces encontró, seres más inteligentes con quienes conversar, hombres más fuertes y sabios de quienes aprender.

Aspiró el aire frío que penetraba por su nariz y llegaba hasta sus pulmones. Sintió los brazos fuertes y ligeros. Notó la contracción de los músculos de sus piernas al andar, y el pisar seguro de sus pies sobre el irregular empedrado de guijarros.

En la sala de espera de la estación hacía frío. Olía a uniformes sucios. En los bancos dormitaban algunos soldados franceses, que vestían largos abrigos azules. Otros soldados, agrupados en los rincones, comían pan y bebían de sus cantimploras. Una lámpara de gas que colgaba en medio del techo iluminaba la sala con su triste luz. Desesperadamente resignado, Andrews se sentó en un rincón. Faltaban cinco horas para llegar el tren. Las piernas le dolían y estaba fatigado. La excitación que sintió al dejar el hospital y al caminar por las calles oscuras aspirando el aire fresco de la noche, desapareció para dar paso a la más honda desesperación.

Su vida seguía siendo esclavitud, la misma esclavitud de los cuerpos sucios hacinados en lugares de ambiente irrespirable. Seguía siendo el engranaje de la inmensa y lenta máquina que es el Ejército. ¿Importaba algo que la lucha hubiese terminado? Los Ejércitos seguían siempre destrozando vidas, estrujando carne contra carne. ¿Podría volver a sentirse libre y solo, para vivir horas alegres que le compensaran de la tragedia y del martirio pasados? Había perdido toda esperanza. Aquella estación, triste y maloliente, en donde los hombres vestidos de uniforme dormían y respiraban el aire fétido en espera de una orden de partida o de cuadrarse rígidamente, formados en hileras interminables, inútiles, como soldados de plomo olvidados por un niño en el desván, era el símbolo de su vida.

De pronto, Andrews se levantó y salió al andén desierto. Soplaba un vientecillo helado. Una máquina resopló ruidosamente, y la mal iluminada estación se llenó de

blancas nubes de humo. Andrews paseaba de un lado a otro, con la barbilla hundida en el cuello de la guerrera y las manos en los bolsillos, cuando alguien tropezó con él.

—¡Maldita sea! —exclamó una voz, y un hombre corrió hacia una puerta de cristales bastante sucia en la que se veía el siguiente rótulo: *Buvette*.

Andrews le siguió con aire distraído.

—Lo siento. Creí que eras un policía militar —dijo el hombre, un soldado americano sin duda, volviéndose para mirar a Andrews con aire escrutador. Tenía las mejillas muy rojas y un bigotillo cínico de color castaño. Hablaba despacio, arrastrando ligeramente las palabras, como suelen hacer los de Boston.

—No tiene importancia.

—Echemos un trago —dijo el individuo—. Estoy aquí sin permiso. Y tú, ¿dónde vas?

—Cerca de Bar-le-Duc. He salido del hospital y vuelvo a mi división.

—¿Has estado mucho tiempo en el hospital?

—Desde octubre.

—¡Atiza! Bebe un poco de curasao. Te sentará bien. Te encuentro un poco pálido. Me llamo Henslowe, y sirvo en una ambulancia, con el Ejército francés.

Se sentaron ante una mesa de mármol bastante sucia en la que se marcaban los círculos de los vasos de vino y de licor sobre la capa de hollín.

—Voy a París —dijo Henslowe—. Mi permiso terminó hace tres días, pero voy a París. Una vez allí, enfermaré, no importa si de peritonitis, pulmonía doble o lesión cardíaca. El Ejército es un asco.

—No creas que es mucho mejor el hospital —dijo Andrews suspirando—. A pesar de todo, cuando me hirieron y tuve que abandonar temporalmente el Ejército, sentí una alegría inmensa. Creí que estaba tan grave que me mandarían a casa.

—Por nada del mundo hubiese querido perderme un momento de la guerra, pero ahora que todo ha concluido sólo me queda el recurso de viajar. He pasado dos semanas entre los Pirineos, Nimes, Arlés, Les Baux, Carcasona, Perpiñán, Lourdes, Gavarnie y Toulouse. ¿Qué te parece el viajecito? Y tú, ¿en qué cuerpo servías?

—En infantería.

—Debió de ser un infierno.

—Lo es todavía.

—¿Por qué no te vienes conmigo a París?

—No quiero que me agarren —murmuró Andrews.

—No hay cuidado. Conozco el asunto. Lo que debes hacer es alejarte del Olimpia y de las estaciones de ferrocarril. Andar deprisa, llevar los zapatos limpios y... Supongo que tendrás ingenio, ¿verdad?

—No mucho. Echemos ahora un trago. ¿Sería posible comer algo?

—No. No me atrevo a salir de la estación por miedo al policía militar que hay a la

puerta. Cenaremos en el expreso de Marsella.

—Pero yo no puedo ir a París.

—¡Claro que sí! Vamos a ver, ¿cómo te llamas?

—John Andrews.

—Bien, John Andrews, veo que has perdido personalidad. ¿Por qué permites que te dominen de ese modo? Reacciona. Diviértete, a pesar de ellos. ¡Que se vayan todos al diablo!

Dio sobre la mesa un golpe tan fuerte con la botella que rompió ésta y el vino tinto se derramó sobre el sucio mármol y cayó al suelo.

Unos soldados franceses, agrupados junto al mostrador, volvieron la cabeza.

—*Voilà un gars qui gaspille le bon vin* —dijo un hombre de alta estatura, cara muy roja y grandes patillas.

—*Pour vingt sous je mangerai la bouteille* —gritó otro individuo pequeñito, adelantándose y apoyándose en la mesa. Parecía borracho.

—Hecho —dijo Henslowe—. Oye, Andrews, dice que por un franco es capaz de comerse la botella.

Colocó un franco de plata sobre la mesa, junto a los restos de la botella rota. El individuo cogió el gollete de la botella con una mano negra que parecía una garra.

Su aspecto era cadavérico. Iba increíblemente sucio. Sus bigotes y su barba eran del color de la estopa. Su uniforme estaba manchado de barro. Cuando los otros se acercaron para disuadirle de su propósito, exclamó:

—*M'en fous, c'est mon métier!* —y giró los ojos de tal forma que la córnea brilló a la luz sombría como los ojos de un caballo muerto.

—¡Será capaz de hacerlo! —gritó Henslowe.

Los dientes del hombre brillaron al clavarse en el borde del vidrio roto. Se oyó un crujido impresionante. El individuo blandió de nuevo el cuello de la botella.

—¡Cielos! ¡Se lo está comiendo! —gritó Henslowe riendo a carcajadas—. ¡Y pensar que tú tienes miedo de ir a París!

Una locomotora entraba en la estación. El vapor, al escapar, producía continuos silbidos.

—¡Atiza! ¡El tren de París! *Tiens!* —Colocó el franco en la sucia mano del hombre y añadió dirigiéndose a John—: Vamos, Andrews.

Al salir de la *buvette* oyeron otra vez el extraño crujido del vidrio al ser masticado. Indudablemente, el individuo atacaba otro trozo de botella.

Andrews siguió a Henslowe a través del andén lleno de humo, hasta la puerta de un vagón de primera. Subieron a él. Inmediatamente Henslowe corrió la cortinilla negra sobre la lámpara. El compartimento estaba vacío. Henslowe se dejó caer sobre los suaves cojines de color de ante lanzando un suspiro de satisfacción.

—Pero ¿cómo diablos...? —empezó a decir Andrews.

—*M'en fous, c'est mon métier!* —le interrumpió Henslowe.
El tren salió de la estación.

III

Henslowe llenó los vasos con el vino contenido en un oscuro recipiente de barro. Brilló en ellos el líquido del color de las grosellas. Andrews se echó hacia atrás, y con los ojos semicerrados contempló el blanco mantel que cubría la mesa, los panes pequeños, morenos y tostados que había sobre él, y, al otro lado de la ventana las amarillentas luces de gas y las siluetas pequeñas y oscuras de algunas casas.

Sentado a una mesa situada junto a la pared de enfrente se encontraba un muchacho cojo de rostro pálido e imberbe y dulces ojos de color violado. Muy cerca de él se hallaba una muchacha sin sombrero, con los ojos fijos constantemente en él y las manos apoyadas en sus muletas. En el centro de la habitación había una estufa encendida. Por una puerta entreabierta se veía una cocina iluminada y se oía el ruido de algo que se freía en una sartén.

De la pared pendían unos dibujos del Cerro tal como fue en otro tiempo, con anchos campos y molinos de viento. Eran dibujos oscuros, saturados de los riquísimos olores a comidas y exquisitos guisados que hubieron de absorber a través del tiempo, desde el día que su autor los dejó allí.

—Quiero viajar —decía Hanslowe, arrastrando las palabras—. Abisinia, Patagonia, Turquestán, el Cáucaso... Ir a cualquier parte. Mejor dicho, a todas partes... ¿Qué te parece si nos fuésemos a Nueva Zelanda a criar ganado?

—¿Y por qué no nos quedamos aquí? No creo que exista en el mundo un lugar más maravilloso que éste.

—Puedo aplazar una semana mi marcha a Nueva Guinea. ¿Qué diablos puedo hacer? Después de lo que acabamos de pasar no podría quedarme mucho tiempo en el mismo sitio. Se me ha subido a la cabeza tanta muerte, tanta sangre... Esta guerra me ha convertido en un vagabundo, en un aventurero.

—¡Ojalá hubiese hecho de mí algo igualmente interesante!

—Haz un lío de tus escrúpulos, átalos a una piedra y arrójalos por la barandilla del Pont Neuf. Luego empieza otra vez. Muchacho, es un momento único para vivir del ingenio.

—Sigues perteneciendo al Ejército.

—¿Y eso qué importa? Pienso alistarme en la Cruz Roja.

—¿Cómo?

—Conozco un truco.

Una muchacha de rostro ovalado y una sombra de bigote oscuro sobre el labio superior sirvió la sopa, una sopa espesa de color verdoso, que humeaba de manera reconfortante.

—Si me dices cómo puedo salir del Ejército me salvas la vida —dijo Andrews seriamente.

—Hay dos sistemas... Pero ya hablaremos de eso después. Tratemos ahora de algo más importante. ¿Has dicho que eres compositor?

Andrews asintió.

Tenían ante ellos una tortilla de pálido color amarillo con trozos de verdura y unos pedacitos de dorada manteca adheridos todavía a los bordes.

—Hablemos de música —dijo Henslowe.

—Pero, siendo un aventurero sin escrúpulos, ¿cómo puedes ser sólo un soldado raso?

Henslowe bebió un trago de vino y se echó a reír ruidosamente.

—Eso es lo gracioso del caso.

Durante un rato comieron en silencio. La pareja sentada frente a ellos charlaba en voz baja y suave. El fuego chisporroteaba en la estufa, y en la cocina batían algo en una ponchera. Andrews se reclinó en la silla.

—Todo esto es tan pacífico y amable... —murmuró—. Es fácil olvidar aquí hasta que la alegría existe en el mundo.

—¡Bah! Yo comparo la vida a un desfile de circo.

—¿Hay algo más triste que un desfile de circo? ¡Oh, esos tipos que quieren ser graciosos y no lo consiguen!

—Justine, *encore du vin* —dijo Henslowe.

—Veo que sabes su nombre.

—Es natural, puesto que vivo aquí. Este Cerro es como la parte central de un escudo o el eje de una rueda. Por eso es tan tranquilo como el centro de un ciclón o del gran desfile de circo a que antes me refería.

Con sus manos rojas, que habían lavado muchos platos en donde otros comieron ricos guisos, Justine colocó ante ellos una langosta de color escarlata. Las patas del animal rozaron el mantel manchado de vino. La salsa era amarilla y suave como la pechuga de un canario.

—¿Sabes una cosa? —dijo Andrews hablando rápidamente y con excitación, mientras apartaba de su frente un mechón de pelo rubio—. Me dejaría matar gustosamente sólo por gozar de un año de permanencia aquí, con un piano y un millón de hojas de papel pautado. Creo que vale la pena de ofrecer la vida por una temporada así.

—Este lugar no es para quedarse, sino para volver. Imagínate que vuelves de un viaje a las montañas del Tíbet, donde estuviste a punto de que te arrancaran el cuero cabelludo o de perecer ahogado, y en donde pudiste hacerle el amor a la hija de un jefe afgano, una muchacha cuyos labios perfumados con *loukoumi* dejaron en su boca un sabor dulcísimo... —dijo Henslowe acariciando suavemente su bigotillo castaño.

—Pero ¿de qué sirve ver las cosas y sentir las si no sabe uno expresarlas?

—¿De qué sirve vivir, al fin y al cabo? ¿Qué sacamos de la vida aparte de la

diversión, muchacho?

—Para mí, la única diversión posible es... —empezó a decir Andrews—. ¡Dios! Daría todas las alegrías del mundo por componer una sola página de música inspirada. ¿Sabes que hace muchos años que no hablaba así con nadie?

Los dos miraron silenciosamente el exterior. La niebla era espesa y formaba nubes como de algodón en rama; sólo que la niebla era todavía más suave que el algodón y tenía un tono dorado verdoso.

—Seguro que esta noche no nos echa el guante ningún policía militar —dijo Henslowe dando un puñetazo sobre la mesa—. Tentaciones me dan de ir a la rue Ste. Anne y dejar mi tarjeta al jefe de policía. ¡Por todos los diablos! ¿Recuerdas al individuo que se comió la botella? Al parecer, todo le importaba un bledo. Y tú hablas de expresión... ¿Por qué no expresas eso? Sería un punto culminante de tu carrera. Por eso has venido a París, no lo niegues.

Ambos rieron estruendosamente, agitándose en sus sillas. Por la expresión de los ojos violados del muchacho inválido y de los oscuros de su compañera comprendió Andrews que su risa resultaba contagiosa.

—¿Por qué no les contamos lo ocurrido? —dijo sin dejar de reír. Su rostro, al que los meses de permanencia en el hospital habían vuelto pálido, adquirió un tono rosado.

—*Salut* —dijo Henslowe volviéndose hacia ellos y alzando su vaso—. *Nous rions parce que nous sommes gris de vin gris.* —Luego les contó la aventura del hombre que masticaba vidrio. Se puso en pie, hablando con lentitud, arrastrando las palabras y accionando. Justine estaba de pie, muy cerca de él, con una fuente de tomates rellenos en las manos. La roja piel de los frutos surgía bajo una capa de espesa salsa oscura. La muchacha sonreía, y al hacerlo se hinchaban sus carrillos y le daban el aspecto de una gatita blanca.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Andrews cuando todos dejaron de reír.

—Siempre. Bajo poco a la ciudad. Es difícil para mí, con esta pierna... —dijo el inválido sonriendo como el chiquillo que habla de un juguete nuevo.

—¿Y usted?

—¿Podría acaso vivir en otro sitio? —respondió la muchacha—. Es una desgracia, pero no tengo más remedio. —Al hablar golpeó el suelo con las muletas, produciendo el mismo ruido que una persona al andar valiéndose de ellas. El muchacho se echó a reír y apretó más el brazo con que rodeaba el cuello de su compañera.

—Me gustaría vivir aquí también —dijo Andrews.

—¿Por qué no se queda?

—¿No te das cuenta de que es soldado? —dijo ella precipitadamente.

Su compañero frunció el ceño y dijo:

—Supongo que no lo será por gusto.

Andrews no contestó. Se sentía avergonzado ante aquellas personas que no habían sido soldados ni nunca podrían serlo.

—Decían los griegos —murmuró, expresando una frase que hacía tiempo tenía en la cabeza— que cuando un hombre pasa a la categoría de esclavo pierde desde el primer instante la mitad de su virtud.

—Cuando un hombre pasa a la categoría de esclavo —repitió dulcemente el muchacho— pierde desde el primer instante la mitad de su virtud.

—¿De qué sirve la virtud? —dijo ella—. Lo que necesitamos es amor.

—Me he comido tu tomate, amigo Andrews —dijo Henslowe—. Justine nos traerá más —añadió, y llenó los vasos con el vino que quedaba.

En el interior, la niebla lo cubría todo con su manto oscuro. Junto a las luces de la calle, la oscuridad se teñía de amarillo y de rojo. Andrews y Henslowe emprendieron el camino que llevaba desde la tranquila oscuridad del Cerro hasta las luces confusas y el ruido del tráfico. La niebla se introducía en sus gargantas y en sus narices. Acariciaba sus mejillas un hálito de humedad.

—¿Por qué hemos salido del restaurante? Me hubiese gustado charlar un rato con aquella pareja —dijo Andrews.

—Recuerda que no hemos tomado café. Y que estamos en París, de donde pronto nos iremos. No podemos perder demasiado tiempo en un mismo sitio. Pronto cerrará todo.

—Aquel muchacho dijo que era pintor. Se gana la vida pintando juguetes, elefantes de madera y camellos para el Arca de Noé. ¿Lo sabías? —Caminaban deprisa por una calle en pendiente. Pronto divisaron el resplandor de un bulevar. Andrews siguió hablando como si lo hiciese consigo mismo—. ¡Qué espléndido sería poder vivir allá arriba, en una pequeña habitación desde donde contemplar la inmensa extensión gris y rosada de la ciudad! Y con un trabajo absurdo como el de ese muchacho, ganas para ir tirando... Componer música en las horas libres, ir a los conciertos. Sería una existencia maravillosa. Por contraste, piensa en mi vida. Esclavizado en ese Nueva York metálico y frío, escribiendo sobre absurdos temas musicales en un periódico dominguero. ¡Dios! Aquí, en cambio...

Se habían sentado ante la mesa de un animado café, cuyas brillantes luces se reflejaban en los ojos, en las botellas, en los vasos y en los labios rojos pegados al áspero borde de éstos.

—¿No te gustaría quitarte la guerrera? —dijo Andrews—. Quisiera arrancar botón por botón y arrojarlos a los vasos de licor y a las caras de todos esos elegantes oficiales franceses que parecen tan orgullosos sólo por haber vivido lo suficiente para poder llamarse victoriosos.

—El café de aquí tiene fama —dijo Henslowe—. Únicamente lo he tomado mejor

en un pequeño *bistro* de Niza, durante mi último permiso.

—Siempre estás hablando de lugares nuevos.

—Precisamente. Siempre, siempre lugares nuevos. Bebamos un poco de licor de ciruelas. Licor de ciruelas de antes de la guerra.

El camarero tenía aspecto solemne. Su barbilla recortada era digna de un primer ministro. Llevó una botella con un ademán casi reverente. Al verter el brillante y claro líquido en los vasos apretó los labios como si fuese necesario reconcentrarse. Al terminar, volvió la botella hacia abajo para demostrar que no quedaba ni una gota. Su movimiento fue casi trágico.

—Es el fin de los buenos tiempos pasados —dijo.

—¡Al diablo los buenos tiempos pasados! —gritó Henslowe—. Brindemos por los buenos tiempos futuros, por los muchos desfiles de circo de que aún vamos a gozar.

—Me pregunto si todo el mundo estará preparado para esos desfiles de que tanto hablas —dijo Andrews.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó Henslowe.

—No lo sé. Supongo que encontraré un hotel o algo por el estilo.

—¿Por qué no me acompañas a casa de Berthe? Probablemente estará allí alguna de sus amigas.

—No es que desprecie a las amigas de Berthe, pero... —dijo Andrews—, tengo ansias de soledad.

Completamente solo, Andrews avanzaba por las calles envueltas en la niebla. De vez en cuando, un taxi pasaba junto a él y se perdía pronto en la oscuridad. Unos grupos de personas transitaban cerca, o, mejor dicho, sus pisadas parecían hundirse primero y flotar después en el manto de niebla.

Andrews caminaba sin rumbo fijo, avanzando, avanzando... Cruzó largas y populosas avenidas en donde la luz tejía entre las brumas encajes de oro. Dio la vuelta a plazas anchas y desiertas. Se metió por callejas en las que de vez en cuando se detenía para escuchar tras los suyos el rumor de otros pasos que pronto se perdían en el silencio, oyendo entonces únicamente el rumor distante y apagado de la vida ciudadana.

Llegó por fin a un lugar cercano al río en donde la niebla era aún más espesa y fría y desde el cual podía oír el murmullo del agua al deslizarse entre los pilares de los puentes. Las luces brillaban y se oscurecían, mientras Andrews seguía andando. En ocasiones divisaba las ramas desnudas de los árboles comprendidos en el halo que rodeaba a las luces. La niebla le acariciaba suavemente. Las sombras seguían pasando junto a él, ofreciéndole a ráfagas suaves curvas de mejillas y miradas de ojos brillantes por entre la niebla y la oscuridad.

El espacio sombrío en donde no podía ver nada, pareció llenarse de seres

familiares. El apagado murmullo de la ciudad le emocionaba como el sonido de unas voces amigas.

Desde la muchachita que en una esquina canta bajo un farol callejero, hasta la patricia que se entretiene deshojando rosas desde lo alto del lecho, todos los aspectos imaginables y los sueños del deseo...

Siguió escuchando el murmullo de la vida que cantaba en torno suyo e iba formando frases largas y perfectamente moduladas en sus oídos, frases que le infundían una amable sensación de contento, como si estuviese contemplando un bajorrelieve de figuras danzando, producto del laborioso esfuerzo de unos pobres obreros en un taller del África.

Se detuvo y permaneció durante un rato apoyado en el poste de un farol húmedo y frío. Vio que dos sombras se perfilaban con creciente claridad conforme se iban acercando. Eran un muchacho inválido y una muchacha sin sombrero, que caminaban estrechamente abrazados. En los ojos violados del primero brillaba una expresión inteligente. John Andrews aguardó anhelante a que algo sucediera. Llegó a creer que la pareja se acercaría para tocarle un brazo y hacerle una revelación de importancia decisiva para su porvenir. Pero cuando llegaron junto al farol y la luz les dio de lleno se dio cuenta de que se había equivocado, de que no eran el muchacho y la muchacha con quienes habló en el Cerro.

Huyó precipitadamente y se hundió en otras calles tortuosas. De vez en cuando se detenía para mirar por la ventana iluminada de una tienda. Veía un grupo de personas tranquilamente sentadas en torno a una mesa, bajo una lámpara, o el interior de un bar en donde un muchachito fatigado, con los párpados hinchados por el sueño y la camisa arremangada, lavaba vasos, o donde una pobre mujer, un montón confuso de ropas oscuras, fregaba el suelo. En algunos portales oyó charlas y risas suaves. De muchas ventanas abiertas surgía un rayo de luz amarillenta que cortaba la niebla.

En uno de esos portales, al vago resplandor de una luz que había en la pared, vio dos figuras fundidas en estrecho abrazo.

Cuando Andrews pasó por su lado haciendo resonar las pesadas botas sobre el suelo húmedo, se separaron lentamente. Él tenía los ojos de color de violeta. Ella no llevaba sombrero, y no apartaba la vista de su compañero.

Andrews sintió que su corazón saltaba dentro del pecho. Por fin los había encontrado. Se acercó a ellos, pero se apartó inmediatamente y no tardó en perderse entre la fría niebla. De nuevo se había equivocado.

La niebla seguía envolviéndolo todo en torno suyo, ocultando rostros amigos de inteligente expresión, manos tendidas para estrechar las suyas, ojos dispuestos a quemar con el fuego de sus miradas, labios fríos de humedad que él gustosamente hubiese estrujado con los suyos...

Desde la muchachita que en una esquina canta bajo un farol...

Siguió avanzando, solo, entre la niebla.

IV

Andrews salió de la estación de mala gana, temblando entre la niebla gris que envolvía las casas y las hileras de camiones. Las pocas figuras de soldados franceses, arrebujados en sus anchos y largos abrigos, resaltaban como oscuras manchas a la confusa luz del amanecer. Andrews tenía el cuerpo entorpecido y el rostro sofocado, debido a la noche que pasó respirando el aire fétido de un compartimiento demasiado lleno. Estiró los brazos, bostezó y, con la mochila cargada a la espalda y la actitud indecisa, permaneció inmóvil en medio de la calle. Más allá de la mole oscura formada por los edificios de la estación, en donde brillaban escasas luces, se oyó el silbido de una locomotora, y el chirriar de un tren a lo lejos. Andrews escuchó los murmullos que surgían de la niebla con un sentimiento de intensa desesperación, porque el tren que se alejaba era el que le llevó de París, el que le devolvió a su división.

Parado allí, temblando bajo la niebla, recordó la desesperación que sintió en otros tiempos, cada vez que volvía al pensionado tras unas vacaciones y cómo seguía siempre el camino más largo que había de conducirle al colegio, aprovechando hasta el último instante su amada libertad. También sus pies parecían ahora de plomo, y se negaban a moverse, lo mismo que antes se opusieron a conducirle a través del camino que llevaba al colegio.

Durante un rato vagó sin rumbo por las calles desiertas de la aldea, en espera de hallar un café donde sentarse unos minutos y despedirse de su propia personalidad antes de hundirse de nuevo en el vil anónimo del Ejército. No había luces encendidas en ninguna parte. Los postigos de todas las pequeñas y modestas casas de ladrillo y yeso estaban cerrados. Con paso lento y triste tomó el camino que le señalaron en la R. T. O.^[9]

El cielo iba aclarando. La niebla que cubría la tierra se movía, ondulante, en todas direcciones. Sobre el terreno helado, sus pasos resonaban fuertemente. De vez en cuando, la silueta de un árbol resaltaba junto al camino, con el tronco envuelto todavía por la niebla y las ramas altas iluminadas por la luz del sol.

Andrews no dejaba de repetirse que la guerra había terminado y que pasados unos meses recobraría su libertad. ¿Qué importaban unos meses más o unos meses menos? Toda idea quedaba superada, barrida por la terrible tormenta de pánico que era en su interior como la furiosa desbandada de un ganado salvaje. Imposible sobreponerse. Su espíritu se contraía rebelde, su carne se crispaba, y unas manchas oscuras danzaban ante sus ojos.

Llegó a preguntarse si habría perdido la razón. Del inmenso tumulto de su mente surgían sin cesar vastos planes que al momento se disolvían como el humo en la atmósfera. Pensó en escapar. Si le cogían, siempre podría suicidarse. Pensó en

amotinar a toda la compañía, en convencer con sabias palabras a sus compañeros y hacer que se negaran a ser autómatas con un fusil y se rieran de los oficiales cuando éstos, sofocados, gritasen órdenes. Y que la división entera iniciase un extraño desfile por las montañas, sin armas, sin banderas, llamando a los soldados de otros Ejércitos para que se uniesen a ellos, y con ellos avanzasen cantando y riendo, felices al saberse libres de la pesadilla. ¿Es que nunca una ráfaga de luz avivaría la comprensión humana? ¿De qué sirve que terminen las guerras si los Ejércitos continúan en pie?

Claro que todo esto era simple retórica. Pero su mente estaba como inundada de retórica, tal vez para conservar mejor su cordura. Su mente destilaba retórica, la cual era como una esponja invisible que fuese borrando toda posible huella de locura.

Entretanto, el rumor de sus fuertes pisadas sobre el suelo helado seguía resonando en sus oídos, acercándole cada vez más al lugar en donde acampaba su división.

Subió una cuesta larga y empinada. La niebla iba desapareciendo. Brillaba más cada vez la luz del sol. Pronto llegó a la cima del montículo y avanzó a pleno sol, bajo un cielo de color azul pálido. A sus espaldas, lo mismo que frente a él, sólo se veían valles todavía envueltos en niebla. Más allá, nuevas hileras de altas montañas, coronadas de bosques de un tono rojo violado, brillaban levemente al sol.

En el valle que se extendía a sus pies, y bajo el montículo en donde se hallaba, vio el campanario de una iglesia y algunos tejados que surgían de la niebla como si subiesen a flor de agua. Por entre los grupos de casas sonó una corneta tocando a rancho. El eco alegre de las notas metálicas, al romper el silencio, fue para él una agonía. ¡Qué largo sería el día! Miró el reloj. Eran las siete y media. ¿Cómo servían el rancho tan tarde?

Después de su paseo bajo el sol, al hundirse de nuevo en la niebla, le pareció ésta doblemente fría y lúgubre. Las gotas de sudor se helaron en su rostro. Sintió el cuerpo empapado por el esfuerzo de cargar con la mochila. Tuvo escalofríos.

En las calles del pueblo, Andrews tropezó con un desconocido a quien preguntó dónde estaban las oficinas del Ejército. El individuo, que masticaba algo, señaló silenciosamente una casa de postigos verdes que había en el lado opuesto de la calle.

Ante una mesa estaba sentado Chrisfield fumando un cigarrillo. Al verle, se levantó de un salto. Andrews observó que llevaba en el brazo los galones de cabo.

—¡Hola, Andy!

Se estrecharon las manos calurosamente.

—¿Estás bien del todo, muchacho?

—Perfectamente —repuso Andrews con extraña reserva.

—Me alegro —dijo Chrisfield.

—Te felicito. Veo que eres cabo...

—Sí. Ascendí hará cosa de un mes.

Quedaron silenciosos. Chrisfield volvió a sentarse en su silla.

—¿Qué tal es este pueblo?

—Un agujero inmundo, muchacho, un agujero inmundo.

—¡Vaya un panorama!

—Pero he oído decir que pronto nos trasladaremos. Ejército de ocupación...

Claro que no he debido hablar de esto. No se lo digas a nadie, ¿eh?

—¿Dónde se aloja nuestro batallón?

—No vas a conocerlo. Tenemos quince muchachos nuevos. No te inquietes. Son reclutas de la segunda quinta.

—¿Hay muchos paisanos en el pueblo?

—¡Ya lo creo! Ven conmigo, Andy. Haré que el cocinero te dé algo de comer. No. Espera un poco y evitarás el tener que cargar con el fusil. Desde ese endiablado armisticio tenemos que hacerlo cada día. Hay orden de redoblar la instrucción.

Se oyó una voz que gritaba órdenes en el exterior. Las estrechas calles se llenaron del rumor de muchas botas que marchaban al unísono. Andrews se volvió de espaldas a la ventana. Sus piernas se escapaban y querían conducirlo junto con las demás piernas.

—Por ahí van —dijo Chrisfield—. Hoy está el teniente con ellos. ¿Quieres comer algo? El rancho no está tan mal desde el armisticio.

La habitación estaba oscura y vacía. A través de los sucios cristales de las ventanas se veían, además de los campos, un cielo plomizo. Una pesada claridad de color de ocre hacía que los árboles desnudos de hojas y el terreno cubierto de rastrojos adquiriesen toda una gama de colores muertos, desde el gris al pardo. Andrews estaba sentado ante el piano, pero no tocaba. Pensaba en sus sueños de llegar a expresar acertadamente todo el absurdo vacío de esta existencia. Las piernas agrupadas, formando líneas rectas; la monotonía del servilismo... Inconscientemente, sus dedos buscaron un acorde en las teclas. Pero como el piano estaba desafinado, resultó estridente.

—¡Qué estupidez! —murmuró, apartando las manos.

De pronto empezó a tocar fragmentos de piezas conocidas, cambiando los tiempos, mutilando hábilmente los ritmos, alternándolos con compases sincopados. Vibraban las teclas bajo sus manos, llenando de estruendo la habitación vacía. Súbitamente se interrumpió. Sus dedos recorrieron el teclado desde el tono grave al sobreagudo. Luego empezó a tocar en serio.

A su espalda sonó una tos tan discreta como artificial. Andrews siguió tocando sin volver la cabeza. Entonces oyó que decía una voz:

—¡Magnífico, magnífico!

Andrews se volvió y se encontró con un rostro de forma triangular, frente ancha, párpados gruesos y ojos saltones de color castaño. Llevaba el uniforme de la Y. M. C.

A., tan ceñido que junto a cada botón de la guerrera se formaban varios pliegues.

—Siga tocando, por favor. Hacía muchos años que no oía a mi Debussy.

—No era de Debussy.

—¿De veras? En todo caso, era maravilloso, Siga tocando y yo continuaré escuchando desde aquí.

—No puedo tocar más —dijo Andrews en tono desabrido.

—Claro que sí, muchacho. ¿Dónde aprendió? Daría un millón de dólares (si lo tuviera, naturalmente) por tocar como usted. —Andrews le miró en silencio—. Supongo que es usted uno de los que acaban de llegar del hospital, ¿no es cierto?

—Sí, por desgracia.

—¡No! No le reprocho cuanto pueda decir. Estos pueblos franceses son tan aburridos... A pesar de todo, adoro a Francia. ¿Y usted? —su voz tenía un ligero acento plañidero.

—Todos los lugares son aburridos cuando se está en el Ejército.

—Escuche. Me interesa mucho que trabemos amistad. Mi nombre es Spencer Sheffield. Spencer B. Sheffield. Aquí, entre nosotros, le confieso que no hay en toda la división nadie con quien valga la pena conversar. Es terrible no poder hablar con nadie culto e inteligente. Supongo que es usted de Nueva York. —Andrews asintió— ¡Hum! Yo también. Tal vez haya usted leído algún artículo mío en *Vain Endeavor*. ¿Cómo? ¿Que nunca ha leído el *Vain Endeavor*? Supongo que será porque no frecuenta los grupos intelectuales. Eso suele sucederle a muchos músicos. No me refiero a los del pueblo, naturalmente. Entre ellos sólo hay anarquistas y damas de alta sociedad.

—No frecuento ninguna clase de grupos. Y tampoco...

—Bueno, bueno, no importa. Remediaremos eso cuando volvamos a Nueva York. Siéntese ahora al piano y toque *Arabesque*, de Debussy. Sé que lo adora tanto como yo. Pero, dígame, ¿cómo se llama usted?

—Andrews.

—¿Oriundo de Virginia?

—Sí —dijo Andrews levantándose.

—Entonces es usted pariente de los Pennelton.

—Lo mismo que puedo serlo del Káiser.

—Los Pennelton. Eso es. Mi madre era una Spencer, de Spencer Falls, Virginia. Y su madre era una Pennelton. De modo que usted y yo somos primos. ¿No es una casualidad?

—Primos lejanos... Pero, en fin, ahora he de volver al cuartel.

—Venga a verme siempre que lo desee —dijo Spencer B. Sheffield—. Ya sabe por dónde entrar. Por la puerta trasera. Y llame dos veces para que yo sepa de quién se trata.

Antes de entrar en la casa donde le alojaron, Andrews tropezó con el nuevo sargento, un individuo delgado con gafas y un bigotillo que por su color y su aspecto parecía un estropajo.

—Carta para ti —dijo—. Será mejor que mires la lista de K. P.

La carta era de Henslowe. Andrews la leyó sonriente, a la luz incierta del atardecer, recordando la constante manía de Henslowe de hablar de lugares lejanos en los que nunca había estado, al hombre que masticaba vidrio y aquel día y medio de paso en París. La carta decía:

Andy:

Hallé la solución. El 15 de febrero se abre el curso en París. Solicité permiso para estudiar algo, no importa qué, en una universidad parisiense. Presenta tu solicitud al comandante. Recurre a cuantas mentiras quieras, pues todas son válidas. Busca todas las influencias que puedas. De sargentos y de tenientes, de sus amantes o de sus lavanderas. Tuyo.

HENSLOWE

Su corazón latió fuertemente. Andrews corrió tras el sargento. Tan distraído iba, que no saludó a un teniente que pasaba por su lado.

—Oye, oye, ¿qué es eso? —gritó el oficial. Andrews se cuadró—. ¿Por qué no me saludaste?

—Tenía prisa, mi teniente, y no le vi. Llevaba un recado urgente para la compañía.

—Recuerda que aunque se haya firmado el armisticio estamos todavía en el Ejército. Puedes retirarte.

Andrews saludó. El teniente saludó también, giró sobre sus talones y se alejó.

Andrews corrió hasta alcanzar al sargento.

—Mi sargento, ¿puedo hablarle un instante?

—Tengo mucha prisa.

—¿Ha oído hablar de un cuerpo de estudiantes del Ejército que serán enviados a las universidades francesas? La iniciativa se daba a la Y. M. C. A.

—No creo que comprenda a los reclutas. No he oído hablar de eso. ¿Es que quieres volver al colegio?

—Si fuese posible me gustaría terminar mi carrera.

—Estudiante, ¿eh? Yo también lo soy. En fin, te diré algo si se reciben órdenes a tal efecto. No puedo hacer nada sin la disposición oficial, Aunque me parece que todo esto es sólo un rumor.

—Creo que tiene razón, mi sargento.

La calle estaba oscura. Vencido por una sensación de total impotencia y por unas

desesperadas ansias de rebelión, Andrews apresuró el paso hacia los edificios en donde se alojaba su compañía. Llegaría tarde para el rancho. La calleja gris estaba desierta. Aquí y allá, un rayo de luz que surgía desde una ventana proyecta en la pared de enfrente un brillante espacio rectangular.

—¡Maldita sea! Si no crees lo que te habla con el teniente. Vamos a ver, Toby, no corrimos nosotros mucho más riesgo que cualquier endiablado cuerpo de ingenieros?

Toby acababa de entrar en el café. Era de alta estatura; su cara morena parecía la de un bulldog, y tenía una cicatriz en la mejilla izquierda. Hablaba poco, y cuando lo hacía su tono era solemne, con acento yanqui de las costas de Maine.

—Desde luego —se limitó a decir, y se sentó ni un banco junto al otro individuo, que siguió diciendo en tono amargo:

—Sabía que dirías eso. ¡Por todos los diablos! Vamos a ver, ¿qué puede saber de la guerra un pobre zapador?

—¡Un pobre zapador! —exclamó con furia el que pertenecía al cuerpo de ingenieros dando un fuerte puñetazo sobre la mesa. Su cara enjuta y curtida enrojeció intensamente—. Estoy seguro de que no hemos abierto la mitad de las zanjas que ha abierto la infantería en esta guerra. Y si las abrimos, no fue para meternos dentro de ellas, como malditos conejos.

—¿Qué sabéis vosotros del frente si nunca os acercasteis a él?

—Como malditos conejos... —repitió el del cuerpo de ingenieros entre estruendosas carcajadas—. ¿No es así? —preguntó, mirando en torno suyo como buscando aprobación. Pero los bancos que había a ambos lados de la larga mesa estallan llenos de soldados de infantería que le miraban con encono. Al darse cuenta de que carecía de partidarios, moderó su ira—. Comprendo que la infantería es necesaria. Lo admito. Pero, ¿qué sería de vosotros si nosotros no rompitiésemos las alambradas de espino?

—En el bosque de Oregón, donde estaba nuestra Compañía, no había alambradas, amigo. ¿De qué sirven las alambradas de espino cuando se lleva a cabo un avance?

—Vamos a ver. Apuesto una botella de coñac, a que tuvimos más víctimas que vosotros.

—Acepta la apuesta, Joe —dijo Toby interesándose de pronto por la conversación.

—De acuerdo. Aceptada.

—Tuvimos quince muertos y veinte heridos —anunció su interlocutor en tono triunfal.

—¿Muy graves?

—¿Qué importa eso? Vamos, venga el coñac.

—¡Qué coñac ni qué diablos! Nosotros también tuvimos quince muertos y veinte heridos: ¿No es verdad, Toby?

—Desde luego —dijo Toby.

—¿Es o no es cierto lo que digo? —preguntó el otro dirigiéndose a toda la Compañía.

—Completamente cierto —murmuraron al unísono varias voces.

—En ese caso, es inútil seguir discutiendo.

—Nada de eso. Pensemos en los heridos. Quien cuente en su Compañía al herido más grave si lleva el coñac. ¿Qué os parece?

—Muy bien.

—Hemos enviado ya siete heridos a casita —dijo el del cuerpo de ingenieros.

—Nosotros, ocho. ¿Es verdad o no?

—¡Verdad, verdad! —gritó toda la sala.

—¿Estaban muy graves?

—Dos de ellos han quedado completamente ciegos —dijo Toby.

—¡Maldita sea! —gritó el otro como si estuviese jugando al póquer y hubiera ligado—. Uno de los nuestros volvió a su casa sin brazos ni piernas, y tres se quedaron tuberculosos a causa de los gases.

John Andrews, que durante ese intervalo había estado sentado en un rincón, se levantó de pronto. Inesperadamente había recordado al muchacho del hospital que solía decir: «Aquello sí que era una vida sana. Levantarse a las tres de la madrugada, saltar del lecho con la agilidad de un gato...» Recordó también los pantalones de color pardo aceitunado que colgaban vacíos en la silla.

—Eso no es nada. A un sargento nuestro tuvieron que hacerle de nuevo los agujeros de la nariz.

La calle del pueblo estaba oscura y llena de fango. Andrews vagó de un lado a otro, indeciso. Sólo había otro café, que sería exactamente igual al que acababa de abandonar. No podía volver al lugar triste y solitario donde dormía. Era aún demasiado temprano para dormir. Soplaba un vientecillo frío, y en el cielo se movían vagamente unas nubes oscuras. El fango, helado en parte, crujía bajo sus pies. Sentía que el agua entraba hasta el interior de sus zapatos. Se detuvo frente al establecimiento de la Y. M. C. A., se echó a reír, dio la vuelta al edificio y llamó a la puerta de la habitación de su amigo.

Llamó dos veces, con la vaga esperanza de que nadie le respondiese. Pero la voz plañidera de Sheffield preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Andrews.

—Adelante. Es usted precisamente la persona a quien deseaba ver.

Andrews abrió la puerta y se detuvo junto a ella, con la mano sobre el picaporte.

—Siéntese, por favor. Está usted en su casa.

Spencer Sheffield estaba sentado ante una mesa escritorio de reducidas

proporciones. La habitación tenía una sola ventana, y sus paredes eran de troncos sin pulir. Tras la mesa se amontonaban las latas de galletas y de cigarrillos. A un lado, y en la pared que lindaba con la habitación vecina, había una estrecha ventanilla, parecida a la taquilla de una estación de ferrocarril. A través de ella vendía Sheffield sus mercancías a una larga hilera de hombres que aguardaban durante horas y horas en la habitación contigua.

Andrews buscó una silla.

—Olvidé que no tengo más silla que ésta en que estoy sentado —dijo Spencer Sheffield riendo y torciendo los labios, lo cual hizo que su pequeña boca se pareciese a la de un camello, al mismo tiempo que entornaba sus grandes ojos saltones.

—No tiene importancia. Vine para hacerle una pregunta. ¿Ha oído usted hablar de...?

—Venga conmigo a mi habitación —le interrumpió Sheffield—. Tengo una deliciosa salita con chimenea junto al cuarto del teniente Bleezer... Allí hablaremos mejor de... todo. Esto ansioso por tener una charla espiritual con alguien.

—¿Sabe algo acerca de un plan para enviar reclutas a las Universidades francesas con el fin de que terminen sus estudios? Me refiero a quienes no hayan acabado la carrera, naturalmente.

—Es una magnífica idea. Nadie como el Gobierno de los Estados Unidos para tener grandes ideas.

—Por favor, ¿ha oído decir algo?

—No, pero me enteraré. ¿Tiene inconveniente» en apagar la luz? Y ahora, sígame. Necesito descansar. He trabajado mucho desde que a esos caballeros de Colón se les ocurrió venir. Es vergonzoso cómo intentan aplastar a la Y. M. C. A. Bien, ahora podemos charlar tranquilos. Hábleme de usted.

—¿Es cierto que nada ha oído decir acerca del plan universitario? Tengo entendido que el curso se abrirá el quince de febrero.

—Hablaré con el teniente Bleezer de ese asunto —dijo suavemente Sheffield, pasando un brazo por los hombros de Andrews y obligándole a pasar delante.

Atravesaron un oscuro vestíbulo hasta llegar a una pequeña habitación con chimenea, en la que ardía un fuego brillante. Las llamas rojas y amarillas iluminaban una mesa cuadrada, de roble oscuro, y dos amplios sillones con respaldo de cuero y asiento brillante como la laca.

—¡Es maravilloso! —dijo Andrews involuntariamente.

—Yo lo encuentro romántico. Recuerda a Dickens, ¿verdad?, y el Locksley Hall.

—Sí —dijo Andrews en tono vago—. ¿Hace mucho que está en Francia? —preguntó, mientras se sentaba en uno de los sillones y miraba el danzar de las llamas por entre los leños entendidos—. ¿Quiere fumar? —añadió, ofreciendo a Sheffield un tosco cigarrillo.

—No, gracias. Sólo los fumo especiales. Estoy delicado del corazón. Por eso no me admitieron en el Ejército. Me parece magnífica su idea de alistarse como soldado raso. Era uno de mis sueños favoritos. Ser uno más entre la masa anónima.

—Pues yo lo encuentro estúpido, por no decir criminal —dijo airadamente Andrews contemplando fijamente el fuego.

—No creo que diga lo que siente. ¿O es que imagina usted tener cualidades que le hubiesen hecho ocupar otro puesto en el cual habría sido más útil para su nación? Tengo algunos amigos que piensan así.

—No. Y no veo motivo para retractarme de lo dicho. No creo que andar por ahí matando gente pueda ser beneficioso para nadie. Sin embargo, he actuado como si lo fuese, bien sea por indiferencia o por cobardía. Y eso es horrible.

—No debe hablar así —dijo Sheffield precipitadamente—. Es usted músico, ¿verdad? —preguntó con aire jovial y confidencial a la vez.

—Tocaba el piano. Supongo que es eso lo que quiere decir —dijo Andrews.

—La música no fue nunca mi arte preferido. Pero reconozco que algunas piezas han logrado emocionarme intensamente. Por ejemplo, Debussy. Y esas deliciosas composiciones de Nevin. Ya sabe usted a lo que me refiero. Siempre he preferido la poesía. Cuando era joven, más joven que usted, casi un adolescente... ¡Oh, si la juventud durase siempre! Tengo treinta y dos años.

—No creo que la juventud en sí sea algo tan estupendo. No obstante, reconozco que es una maravillosa ayuda... para otras cosas —dijo Andrews—. En fin, ahora tengo que irme —añadió—. Si por casualidad se entera usted de alguna noticia acerca del plan universitario de que antes le hablé, dígamelo, por favor.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí.

Su apretón de manos fue violento y casi dramático. Andrews se alejó por el oscuro vestíbulo dando traspiés. Una vez en el exterior, al sentir la brisa fresca de la noche, suspiró profundamente. Se detuvo bajo el rayo de luz de una ventana para mirar el reloj. Tenía tiempo de pasar por la oficina del brigada del regimiento antes del toque de retreta.

En el extremo opuesto de la calle había una casa de forma cúbica, algo apartada de todas las demás y rodeada de una extensión cubierta de césped que, debido al tránsito constante de los camiones y los coches militares, había quedado convertido en un cenagal sembrado de surcos. Con listones de madera habían formado un pasadizo que llevaba de la calle principal a la puerta del edificio. Cuando se hallaba precisamente a la mitad de ese camino, tropezó Andrews con un oficial, y automáticamente le cedió el paso y saludó.

La oficina del regimiento estaba situada en una habitación de grandes dimensiones, en otro tiempo decorada con pinturas murales bastante rudimentarias realizadas en colores apagados, al estilo de Puvis de Chavannes. Pero después de

cinco años, de ocupación militar, las paredes estaban desconchadas y las pinturas apenas eran reconocibles. Por entre los mapas y los impresos con órdenes colocados en los murales se divisaban algunos trozos de carne desnuda y de velos flotantes. A un extremo de la habitación, y bajo un cartel que exaltaba el empréstito de la guerra a Francia, surgía un grupo de ninfas de colores verde Nilo y azul pastel. El techo estaba decorado con guirnaldas de flores y amorcillos de yeso a la manera de un bajorrelieve, pero también se hallaban en un deplorable estado de conservación. En algunos lugares quedaba al descubierto el listonado. La oficina estaba casi vacía. Las mesas desiertas y las máquinas de escribir silenciosas daban al lugar un aspecto desolador. Con aire decidido, Andrews se dirigió a la mesa del fondo, en la que, apoyado en la máquina de escribir, se veía un letrero rojo con la siguiente Inscripción:

BRIGADA DEL REGIMIENTO

Tras la mesa escritorio, inclinado sobre un montón de informes escritos a máquina, había un hombre sentado. Tenía el cabello escaso y áspero, y era muy bajo. Al ver que Andrews se aproximaba, levantó los ojos y preguntó sonriente:

—¿Qué, lo arreglaste?

—¿Si arreglé el qué? —dijo Andrews.

—¡Oh! Le había confundido con otra persona —repuso el brigada, y la sonrisa desapareció de sus fríos labios—. ¿Qué desea?

—Mi brigada, ¿podría usted decirme algo acerca de un plan para enviar soldados a las Universidades de este país? ¿A quién debo dirigirme para presentar una solicitud?

—¿Hay alguna orden sobre eso? ¿Quién le ha dicho que acuda a mí para informarse?

—¿Sabe usted algo acerca de ese plan?

—No. Nada definitivo. De todos modos, ahora estoy ocupado. Pregúntele a un cabo o a un sargento de su compañía —dijo, y se inclinó de nuevo sobre los papeles.

Cuando, sofocado por la cólera, se dirigía hacia la puerta, Andrews observó que un individuo sentado ante la mesa le hacía un ademán, señalando primero al sargento y luego la puerta. Andrews asintió sonriendo. Cuando hubo salido se encontró junto a un ordenanza que leía un estropeado ejemplar del Saturday Evening Post. Andrews se dispuso a aguardar. El vestíbulo debió de formar parte en otro tiempo de un salón de baile a juzgar por el entarimado y por las molduras azules y doradas de las paredes las diales en otro tiempo sirvieron sin duda para colgar tapices. El tabique de tablas sin pulir que dividía la estancia cortaba el techo profusamente decorado, en el que sobre un mar de nubes rosadas y azules danzaban unos amorcillos, luciendo el rosado trasero o agrupados tras pesadas guirnaldas de flores de invernadero, mientras los

cuernos de la abundancia derramaban abundantes frutos en torno suyo. Al contemplar aquello Andrews experimentó una extraña sensación de inseguridad.

—Oiga, ¿es usted Kappa Mu? —Andrews bajó los ojos que aún tenía fijos en el techo y vio junto a él al individuo que pocos momentos antes le hizo una seña en la oficina—. ¿Es usted Kappa Mu? —volvió a preguntar.

—No. Nada de eso —repuso Andrews realmente sorprendido.

—¿En qué escuela estudió?

—En Harvard.

—Harvard... Creo que allí no tenemos sucursal. Soy del Noroeste. Pero, en todo caso, usted quiere ingresar en una Universidad francesa, yo también.

—Venga conmigo y echaremos un trago.

Su interlocutor frunció el ceño, inclinó más el gorro sobre su frente estrecha y le miró con aire misterioso.

—Está bien —murmuró.

Juntos atravesaron la calle cubierta de barro.

—Nos quedan trece minutos antes del toque de retreta. Me llamo Walters. ¿Y tú? —dijo en tono bajo, empleando frases cortas y escuetas.

—Andrews.

—Bien, Andrews, tenemos que llevar este asunto en secreto. Si se entera todo el mundo, fracasaremos. Es una pena que no seas Kappa Mu pero, en todo caso, los estudiantes deben ayudarse los unos a los otros. Al menos, ésa es opinión.

—Guardaré el secreto —dijo Andrews.

—Es demasiado maravilloso para que pueda ser verdad. No ha salido todavía la disposición oficial, pero he leído una circular preliminar. ¿En qué Universidad quieres ingresar?

—En la Sorbona de París.

—Bien. ¿Conoces la salita interior de la casa de Baboon?

Súbitamente, Walters torció por una calleja y se introdujo por una brecha abierta en un seto de espinos.

—Hay que tener los ojos bien abiertos para prosperar en el Ejército, ¿sabes? —indicó.

Atravesaron la puerta trasera de una casita. Andrews vio la línea ondulada de un tejado de ladrillos que resaltaba en el cielo oscuro. Se sentaron en un banco que había junto a la chimenea, en la que llameaban unos leños.

—*Monsieur désire?* —preguntó una muchacha de cara roja que llevaba un niño en brazos.

—Es Babette. O Baboon, como yo la llamo —dijo Walters riendo. Y añadió—: *Chocolat.*

—Para mí también. Y recuerda que soy yo quien invita.

—No lo olvido. Pero volvamos al asunto. Hay que llenar una solicitud. Yo lo haré por ti, a máquina, mañana mismo. Espérame a las ocho en este lugar y te la daré. La firmas y se la entregas al sargento. ¿Entendido? Es sólo una solicitud preliminar. Cuando se publique la disposición oficial tendrás que presentar otra.

La misma mujer que antes surgió de la oscuridad, pero en vez de llevar el niño en brazos llevaba dos tazas desportilladas de las que salía una columnita de humo que a la luz del candelabro que sostenía la muchacha tenía un color amarillo verdoso.

Walters se bebió de un trago el contenido de su taza, y tras unos gruñidos siguió diciendo:

—Dame un cigarrillo, por favor. Tienes que actuar con rapidez, porque una vez se haga pública la disposición no habrá soldado en la división que no quiera ingresar en una u otra Universidad. ¿Cómo te enteraste?

—Me escribió un amigo de París.

—¿Has estado en París? —preguntó Walters—. Dime, ¿es tan maravilloso como lo pintan? ¡Voto al diablo! Hay mucha inmoralidad en esta tierra. ¿Has visto a esa muchacha? Es capaz de acostarse con el primero que se presente. Tiene un crío...

—¿Quién se hace cargo de las solicitudes presentadas?

—El coronel, o la persona en quien éste delegue. ¿Eres católico?

—No.

—Ni yo tampoco. Eso es lo malo, porque el brigada del Regimiento sí lo es.

—¿Y qué importa?

—¿No te has dado cuenta de cómo van las cosas en el Cuartel General de la división? No hay ni un solo masón. Es más, parece la sucursal de una catedral. En fin, espero que salgamos adelante. Si me ves por la calle, simula que no me conoces. ¿Entendido?

—Entendido.

Walters salió precipitadamente. Andrews se quedó solo, contemplando las llamas de la chimenea y bebiendo a sorbos el chocolate.

Recordó el discurso que pronunciaba un personaje en una obra romántica, bastante mala por cierto, que vio siendo muy niño. *Y lanzo sobre tu cabeza... la maldición de Roma.*

Se echó a reír, moviéndose en el banco cuyo asiento habían pulimentado, a fuerza de sentarse en él generaciones enteras de personas que quisieron calentarse los pies junto al hogar. La mujer del rostro enrojecido lo miró con los brazos en jarras, evidentemente sorprendida al verle reír.

—*Mais quelle gaieté, quelle gaieté!* —repitió una y otra vez.

La paja del jergón crujía cada vez que Andrews, medio dormido, se movía entre las mantas. La corneta sonaría al cabo de un momento. Tendría que saltar del camastro, vestirse rápidamente y alinearse en la calle llena de fango. Parecía

imposible que sólo hubiese transcurrido un mes desde que salió del hospital. No. Había pasado toda una vida en aquella aldea. Saltando de las mantas tibias cada mañana al toque de corneta; temblando alineado en el exterior a la hora de pasar lista; avanzando en hilera hasta la cocina de campaña en busca del rancho; acercándose a los cubos de basura para arrojar las sobras y lavar su cazuela en el agua grasienta donde otros cien hombres lo habían hecho antes que él; formando en columna para la instrucción y para la marcha por caminos llenos de barro en donde interminables filas de camiones le salpicaban; alineándose dos veces más durante el mismo día para comer, y, por último, acostándose en el camastro para dormir con un sueño pesado, aspirando el olor de la ropa de lana impregnada de sudor y de las mantas llenas de polvo que hacían el ambiente casi irrespirable. Al cabo de un momento se oiría la corneta, y su sonido ahogaría incluso aquellos pobres pensamientos, volviéndole a la categoría de autómatas que espera recibir órdenes. Le invadió una sensación de despecho completamente infantil. ¡Si el corneta muriese de repente! Le veía ya con su pequeña figura, su ancho rostro, sus mejillas verdosas, su bigotillo rojo y sus piernas arqueadas, tendido en el mostrador de mármol de una carnicería, sobre sus mantas... Pero, ¡qué tontería! Pondrían otro corneta en su lugar. Se preguntó cuántos cornetas habría en el Ejército. Creía verlos en pequeños pueblecillos sucios, en cuarteles de piedra, en ciudades, en grandes campamentos cuyos edificios negruzcos y estrechos ocupaban millas y millas de terreno, todos de pie, con los pies separados, golpeando ligeramente sus cornetas de metal antes de hinchar las mejillas, y llevárselas a los labios y convertir a un millón y medio —o tal vez dos o quizá tres millones— de cuerpos vibrantes y llenos de vida en autómatas a quienes había que mover para que no perdiesen la costumbre del ejercicio, hasta que sonase de nuevo la hora de matar.

Sonó la trompeta. Al terminar las notas airozas, todo se puso en movimiento.

El cabo Chrisfield estaba subido en la escalera de mano que daba al patio. Su cabeza quedaba al nivel del suelo.

—Vamos, muchachos, daos prisa. Ya sabéis que al que llega tarde a pasar lista le castigan una semana en la cocina.

Al pasar por su lado abrochándose todavía la guerrera, Andrews oyó que su amigo le decía:

—Me han dicho que volvemos al servicio activo, Andy. Al Ejército de ocupación.

Erguido, en posición de firmes, dispuesto a responder en cuanto el sargento le nombrara, Andrews sintió que su cerebro se perdía en un torbellino de ansiedad. ¿Y si daban la orden de partir antes de que se publicase la disposición oficial con respecto al plan universitario? Seguramente su solicitud se perdería en la confusión de la marcha, en cuyo caso se vería condenado a arrastrar la misma vida durante semanas o meses. ¿Llegaría a compensar una vida futura de trabajo y de dicha la humillación, la

agonía el servilismo de los tiempos presentes?

—¡Rompan... filas!

Corrió precipitadamente hacia la escalera en busca de su cazuela para comer, y a los pocos momentos se hallaba de nuevo alineado en la calle del pueblo, en donde las casas se iban perfilando a la luz incierta que invadía lentamente el cielo plomizo. Un ligero olorcillo a tocino frito y a café estimulaba su apetito y casi ahogaba en él toda idea que no fuese la de aquella comida grasienta que había de comer precipitadamente, o la de aquel café aguado que llenaría su taza de latón y que tendría que beber de un trago. Desesperado, se decía interiormente que tenía que tomar una determinación, que tenía que luchar contra la aplastante rutina que le anulaba.

Más tarde, mientras barría el suelo de malicia del cuartel, tuvo la misma inspiración musical que había tenido anteriormente (a Andrews le parecía que todo aquello sucedió en otra vida, en otra encarnación de su persona), cuando limpiaba los cristales de una interminable serie de ventanas, en el campamento de instrucción, con jabón y una esponja grasienta.

Muchas veces, durante el año recién transcurrido, le asaltó la misma idea y pensó en condensar todo aquello en una melodía capaz de expresar la aplastante monotonía de sus días bajo el yugo. Bajo el yugo... Sería un buen título. Creía escuchar el golpe seco de la batuta del director de orquesta y las primeras notas, que sonarían amargas en los atentos oídos de muchas mujeres y hombres. Pero en cuanto intentaba concentrar su cerebro en la música surgían los obstáculos; otras cosas se interponían, borrando por completo toda inspiración. Seguía sintiendo el ritmo de la reina de Saba. La veía cabalgar a lomos de un elefante ricamente enjaezado, avanzando por entre la luz de las antorchas, para colocar una de sus manos, de largas uñas doradas y dedos llenos de anillos, sobre su hombro, mientras él sentía un estremecimiento de dicha y las más voluptuosas imágenes del deseo llenaban su imaginación, hasta consumirle en la llama voraz de lo irrealizable y lo fantástico. Luego, el sonido de los cuernos, de los trombones y de los contrabajos se mezclaban de una forma extraña. Y, por encima de todo, se oía un flautín que atacaba los primeros acordes de *La Bandera sembrada de estrellas*.

Había dejado de barrer. Sorprendido, miró alrededor. Estaba solo. Oyó en el exterior una voz que gritaba airada: «¡Firmes!», y se precipitó hacia la escalera, para colocarse el último de la lila alineada en el exterior. El teniente le miró airadamente con sus ojos pequeños, negros y de dura expresión, muy pegados a la nariz larga y afilada; parecían los ojos de un cangrejo.

La compañía se puso en marcha a través del barro de la calle, en dirección al campo de instrucción.

Después del toque de retreta, Andrews se dirigió a la parte trasera de la cantina de la Y. M. C. A. Llamó, y al no obtener respuesta se encaminó con paso decidido al

domicilio del propio Sheffield.

Al ver que tardaban unos minutos en abrirle, Andrews, angustiado, sintió que su corazón latía con fuerza. El sudor le bañaba su frente.

—¡Hola, muchacho! ¿Qué sucede? Estás descompuesto —dijo Sheffield en el umbral.

—¿Puedo pasar? Quisiera hablar con usted —dijo Andrews.

—Creo que no habrá inconveniente. El caso es que un oficial me ha honrado con su visita y... —Evidentemente, su tono era vacilante. De pronto dijo con súbito entusiasmo—. En fin, pasa, pasa. El teniente Bleezer es muy aficionado a la música. Teniente, éste es el muchacho de quien le he hablado. Hemos de convencerle para que toque un poco el piano. Estoy seguro de que si tuviese una buena oportunidad llegaría a ser famoso.

El teniente Bleezer era un joven moreno de nariz ganchuda. Llevaba lentes y tenía la guerrera desabrochada y un cigarrillo en la mano. Sonrió, tratando evidentemente de tranquilizar al recién llegado.

—Sí, soy un gran aficionado a la música. A la música moderna, se entiende —dijo, y se apoyó en la repisa de la chimenea—. ¿Es usted profesional?

—No exactamente, pero... casi —dijo Andrews, metiéndose ambas manos en los bolsillos del pantalón y mirando a los dos con aire desafiador.

—Supongo que tocaría en una orquesta. ¿Cómo no está en la banda del Regimiento?

—No conozco más banda que la de Pierian.

—¿La de Pierian? ¿Ha estado en Harvard?

—Sí.

—También yo me eduqué allí.

—¡Vaya, qué coincidencia! —dijo Sheffield—. Me felicito de haber insistido en que entrase.

—¿En qué año se graduó? —preguntó el teniente Bleezer cambiando de tono y atusándose el bigotillo negro.

—En el quince.

—Yo todavía no me he graduado —dijo el teniente riendo.

—Lo que quería decirle, mister Sheffield...

—Vamos, vamos, muchacho, me conoces ya lo suficiente como para tutearme —le interrumpió Sheffield.

—Lo que quiero saber —dijo Andrews lentamente—, es si podría usted ayudarme para que me enviasen a la Universidad de París. Sé que, aunque la disposición oficial no ha aparecido todavía, existe una lista previa. Las clases de mi compañía no me tienen mucha simpatía, y no veo manera de conseguir mi propósito sin contar con la ayuda de alguien. El caso es que no puedo resistir por más tiempo esta vida —añadió

crispando los puños, sonrojándose y mirando al suelo.

—Creo que, en efecto, un hombre como usted merece ingresar en donde sea —dijo el teniente Bleezer en tono ligeramente vacilante—. Yo voy a entrar en Oxford.

—Ten confianza en mí, muchacho —dijo Sheffield—. Te prometo que trataré de arreglarlo. Sellemos el pacto con un buen apretón de manos —añadió, y cogió una de las manos de Andrews y la estrechó entre las suyas húmedas de sudor—. Haré cuanto sea posible, cuanto sea humanamente posible.

—Bueno, tengo que dejarles —dijo el teniente Bleezer dirigiéndose a la puerta—. He prometido a la marquesa mi asistencia. Adiós. ¿Quiere un cigarro? —preguntó mostrando a Andrews tres cigarros puros.

—No, gracias.

—¿No le parece simplemente maravillosa esta aristocracia francesa? El teniente visita casi cada noche a la marquesa de Rompemouville. Dice que es una dama cultísima y espiritual. Algunas veces encuentra en sus salones al comandante en jefe.

Andrews se había dejado caer en una silla. Tenía el rostro escondido entre las manos, y a través de los dedos entreabiertos contemplaba el fuego, en donde unas intermitentes llamas blancas iban consumiendo el tronco grisáceo de un haya.

Su mente buscaba febrilmente argumentos.

De pronto se levantó y gritó con voz estridente:

—No puedo seguir viviendo así, ¿me entiende? Nada en el futuro puede compensarme de este horrible presente. Si no consigo que me envíen a París, desertaré... Desertaré, sí, y me tendrán sin cuidado las consecuencias...

—Ya te he prometido hacer cuanto sea posible para...

—Será mejor empezar enseguida —dijo Andrews brutalmente.

—Perfectamente. Hablaré con el coronel. Le diré que eres un gran músico y que...

—Vamos los dos. Ahora mismo.

—Muchacho, eso podría parecer extraño.

—He dicho que me importa un bledo. Háblele. Según parece, está usted muy bien relacionado con la oficialidad.

—Aguarda que me ponga presentable.

—Bien.

Andrews salió a la calle y comenzó a pasear de un lado a otro, sin importarle el barro, y castañeteando los dedos de pura impaciencia. Sheffield salió al fin, y ambos caminaron en silencio. Al llegar a la casa blanca con la fachada cubierta de parras en donde vivía el coronel, se detuvieron.

—Espera aquí un momento —murmuró Sheffield.

Tras unos minutos de espera, Andrews se halló ante la puerta de un salón profusamente iluminado. La atmósfera estaba cargada de un denso humo de cigarros

puros. El coronel, un hombre de edad avanzada y barba bondadosa, estaba de pie ante él. Tenía una taza de café en la mano. Andrews se cuadró.

—Acabo de enterarme de que es usted un buen pianista. Lamento no haberlo sabido con anterioridad —dijo el coronel amablemente—. Según creo, su deseo es ir a París a estudiar aprovechando el nuevo plan universitario, ¿no es eso?

—Sí, mi coronel.

—Es una lástima. La lista está completa. Claro que tal vez en el último momento alguno de los apuntados no pueda ir. Su nombre podría entonces ocupar ese sitio —dijo el coronel sonriendo amablemente, y se alejó en dirección a la habitación contigua.

—Gracias, mi coronel —dijo Andrews saludando.

Sin decir nada a Sheffield, salió al exterior y se encaminó al cuartel.

Andrews se detuvo en medio de la ancha calle, en cuyo suelo el barro se había endurecido. Un ligero airecillo movía la superficie del agua en los escasos charcos que todavía quedaban. Se paró ante el café para mirar por la ventana y ver si había en su interior alguien conocido que le prestara dinero para echar un trago. Hacía dos meses que no cobraba, y tenía los bolsillos vacíos.

El sol acababa de ponerse, y la tarde era prematuramente primaveral. Una cálida claridad violada bañaba los tejados de ladrillo, el cielo y las casas grisáceas. Al respirar la brisa fresca y percibir en ella como un hálito de tierra húmeda, de vida nueva, Andrews sintió que su tedio se transformaba en cólera. No cesaba de repetirse que estaba ya a primeros de marzo, y que había confiado estar en París, libre, o al menos casi libre, para trabajar, a mediados de febrero. Sin embargo, estaba en marzo, y seguía en el mismo lugar; indefenso, atado aún a la rueda del martirio; incapaz de un esfuerzo definitivo; recorriendo en sus horas libres la calle llena de barro como pudiera hacer un perro vagabundo; caminando desde la cantina de la Y. M. C. A., en un extremo del pueblo, hasta la iglesia, la fuente situada en su mitad y el cuartel general, al otro extremo; volviendo luego sobre sus pasos, hasta el punto de partida; atisbando indiferente por las ventanas; contemplando los rostros de los transeúntes, distraído, como si no los viese. Había perdido toda esperanza de salir para París. Ya no pensaba en ello. Mejor dicho, ya no pensaba en nada. Sólo el tedio y el furor de la desesperación dominaban su cerebro, dando vueltas y más vueltas en el mismo lugar, como un disco de gramófono estropeado.

Después de mirar un buen rato por la ventana del café de *Les Braves Alliés*, siguió caminando hasta detenerse de nuevo, en igual actitud, ante otro local, el *Repos du Poitu*, en donde un letrero con la inscripción *American spoken* cubría media ventana. A su lado pasaron dos oficiales, y automáticamente alzó la mano para saludar. Estaba oscureciendo. Al cabo de unos instantes, y como la brisa era cada vez más fresca empezó a sentir frío, y echó a andar calle abajo.

En dirección contraria avanzaba un hombre, Andrews reconoció a Walters, y ya iba a seguir su camino sin saludarle cuando éste se acercó a él, murmuró a su oído: «Te espero en casa de Baboon» y siguió adelante dándose importancia como de costumbre.

Andrews permaneció inmóvil un momento, con la cabeza inclinada, en actitud vacilante. Después torció por la calleja con paso no demasiado elástico, y cruzando el seto se metió en la cocina de Babette. El fuego estaba apagado. Deprimido, contempló las cenizas, hasta que oyó a su lado la voz de Walters.

—Tengo arreglado tu asunto.

—¿Qué quieres decir?

—Pero, hombre, ¿estás dormido? Quiero decir que han eliminado a uno de la lista. Nada más que eso. Y que si no te toma alguien la delantera, puedes estar en París antes de que te des cuenta.

—Eres muy amable molestándote tanto por mí.

—Toma. Aquí tienes la solicitud —dijo Walters sacando un papel del bolsillo—. Preséntala al coronel y consigue su visto bueno. Corre después a presentarte personalmente en las oficinas del brigada. Están redactando las órdenes de traslado. Hasta luego.

Walters desapareció, y Andrews quedó otra vez solo, contemplando las cenizas. De pronto se levantó de un salto y se dirigió rápidamente al Cuartel General.

En la antesala de la oficina del coronel esperó durante un buen rato, mirando fijamente sus botas cubiertas de barro. «Con estas botas causaré una mala impresión», se dijo una y otra vez. Un teniente aguardaba también para entrevistarse con el coronel. Era joven. Tenía las mejillas rosadas y la frente blanca como la leche. Llevaba la gorra en la mano, junto con los guantes de cabritilla, y con la otra se alisaba el cabello claro y bien peinado. Andrews, consciente de su uniforme mal cortado, se sintió sucio y maloliente. La presencia de aquel muchacho, con sus pantalones perfectos, sus uñas cuidadas y sus brillantes polainas, tuvo la virtud de exasperarle. Le hubiese gustado luchar con él, para demostrarle que valía más, que podía vencerle y hacerle olvidar su categoría y su aire superior. El teniente entró en el despacho del coronel.

Andrews se entretuvo leyendo una lista fija en la pared, en la que figuraban nombres, cifras y fechas. Pero no logró comprenderla.

—Bien, ahora le toca a usted —murmuró el ordenanza.

Antes de que pudiera reaccionar se hallaba con la gorra en la mano ante el coronel, que le miraba severamente, mientras con su mano nervuda hojeaba los papeles que tenía sobre la mesa.

Andrews saludó. El coronel hizo un gesto de impaciencia.

—¿Puedo hablarle del plan universitario, mi coronel?

—Supongo que tiene permiso de alguien para venir aquí.

—No, mi coronel —dijo Andrews, luchando por encontrar una buena excusa.

—Será mejor que vaya a buscarlo y vuelva cuando lo haya conseguido.

—No tengo tiempo, mi coronel. Han empezado a redactar las órdenes de traslado. Tengo entendido que han borrado un nombre de la lista.

—Es demasiado tarde.

—Pero, mi coronel, usted no sabe lo importante que es este asunto para mí. Soy músico de oficio, y si no practico un poco me será imposible hallar colocación cuando nos desmovilicen. Tengo que mantener a mi madre y a mi tía, mi coronel. Sólo a costa de grandes esfuerzo puedo ganar lo suficiente para ofrecerles todo aquello a que están acostumbradas. Un hombre de su posición, mi coronel, ha de comprender forzosamente lo que para un músico pueden significar varios meses de estudios en París.

El coronel sonrió.

—Veamos esa solicitud —dijo.

Andrews se la dio con mano temblorosa, coronel hizo una señal con lápiz en un ángulo de la hoja.

—Ahora, si llega a tiempo para que el brigada incluya su nombre en la lista, tanto mejor para usted.

Andrews saludó y salió precipitadamente. Sentía náuseas, y hubo de hacer grandes esfuerzos para dominarse y no romper el papel. Profiriendo maldiciones se dirigió rápidamente al edificio solitario y cuadrado en donde estaban instaladas las oficinas del regimiento.

Se detuvo jadeante ante la mesa, en la que había un letrero rojo con la siguiente inscripción: «Brigada del regimiento», y observó que éste en persona le miraba con aire arrogante.

—Traigo una solicitud de ingreso en la Sorbona, mi brigada. El coronel Wilkins dijo que la trajese enseguida. Añadió que le gustaría verla debidamente cumplimentada.

—Demasiado tarde —respondió el brigada.

—Pero el coronel dijo que...

—No puedo hacer nada. Es demasiado tarde —repuso el brigada.

Andrews se estremeció. Súbitamente, la habitación, los individuos en mangas de camisa que estaban sentados ante las máquinas de escribir y hasta las ninfas que surgían tras el cartel anunciador del empréstito de guerra a Francia, todo empezó a girar en torno suyo. Luego oyó que una voz murmuraba a sus espaldas:

—¿Es Andrews el nombre que figura en la solicitud? ¿John Andrews?

—¿Cómo diablos quiere que yo lo sepa? —gritó el brigada.

—Lo digo porque ese nombre figura ya en la lista. No sé quién puede haberlo

incluido.

Evidentemente, era la voz fría y severa de Walters.

—Entonces, ¿para qué viene usted a molestarme a mí? Vamos, déme ese papel —dijo el brigada, lanzando a Andrews una mirada furiosa y arrebatándole la hoja que tenía en la mano—. Perfectamente. Mañana mismo saldrá usted de aquí —gruñó después—. Mañana por la mañana le será remitida a su compañía una copia de la disposición.

Al salir, Andrews miró a Walters fijamente, pero éste simuló no verle. Cuando se encontró de nuevo en el exterior, estaba más furioso y amargado que antes. Sus ojos se llenaron de lágrimas de humillación. Se alejó del pueblo por la carretera principal, hundiéndose indiferente en los charcos y en los surcos llenos de barro. Una voz interior, como la voz de un herido que se desahoga en lamentos, murmuraba sin cesar imprecaciones y juramentos. Después de andar un rato se detuvo de pronto con los puños crispados. Había oscurecido. La luna, velada por unas nubes, apenas iluminaba el cielo con una leve claridad marmórea. A ambos lados del camino se erguían los altos esqueletos grises de los álamos. Al cesar el rumor de sus pisadas oyó Andrews un murmullo de agua corriente. Inmóvil en mitad del camino, sintió que gradualmente iban tranquilizándose sus sentidos.

—Eres un maldito idiota, John Andrews —dijo en voz alta una y otra vez.

Y, pensativo, regresó a la aldea.

V

Andrews sintió que alguien le rodeaba el cuello con un brazo.

—Te he buscado hasta en el infierno, Andy —dijo Chrisfield a su oído, sacándole de su abstracción. Andrews observó que el aliento de su amigo olía intensamente a coñac.

—Mañana me voy a París, Chris —dijo.

—Ya lo sé, muchacho. Por eso precisamente quería verte. No creo que vayas a París por tu voluntad. ¿Por qué no vienes con nosotros a Alemania? Me han dicho que allí viviremos como reyes.

—Ven —dijo Andrews—. Vamos al reservado de Babette.

Chrisfield se apoyó en su hombro y caminó junto a él con paso vacilante. Al llegar al seto, tropezó y ambos estuvieron a punto de caer al suelo. Se echaron a reír, y riendo aún penetraron en la cocina oscura, en la que se encontraban la mujer de cara roja y su hijo sentados junto al fuego. El resplandor de las llamas era la única luz que iluminaba el recinto. El chiquillo empezó a llorar en cuanto advirtió la presencia de los soldados. La mujer se levantó y fue a buscar vino y una lámpara, sin dejar de hablar con el niño.

Andrews contempló el rostro de su amigo. Sus mejillas habían perdido la redondez infantil que tenían cuando habló con él por primera vez mientras recogían colillas frente al cuartel, en el campo de instrucción.

—Repito que deberías venir a Alemania con nosotros. En París no hay más que... golfas.

—El caso es, Chris, que no deseo vivir como un rey. Ni siquiera como un sargento o un comandante en jefe. Quiero vivir como John Andrews, simplemente.

—¿Y qué harás en París, Andy?

—Estudiar música.

—Espero que algún día, cuando en un cinematógrafo enciendan las luces, veré sentado al piano nada menos que a mi viejo amigo Andy.

—Precisamente. ¿Qué tal te va de cabo, Chris?

—No sé qué decirte —dijo Chris escupiendo—. Es curioso, ¿verdad? ¡Quién había de decir e aquellos tiempos en que tú y yo éramos camaradas, que yo llegaría a ser cabo! —Andrews no respondió, Chrisfield se sentó y contempló silenciosamente el fuego. De pronto dijo—: En cuanto a aquel tipo... acabé con él. Fue sencillísimo.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que acabé con él. Eso es todo.

—¿Quieres decir que...?

Chrisfield asintió.

—¡Hum! En el bosque de Oregón —dijo. Andrews no contestó. De pronto se

sintió muy fatigado. Recordó el aspecto de algunos cadáveres. Chrisfield añadió—: Nunca creí que pudiera ser tan fácil.

La mujer apareció en un extremo de la cocina con una vela en la mano. Chrisfield guardó silencio.

—Mañana me voy a París —dijo Andrews bulliciosamente—. Eso significa el final de mi vida de soldado.

—Creo que lo pasaremos muy bien en Alemania, Andy. Dice el sargento que vamos a Cob... ¿Cómo se llama esa ciudad?

—Coblenza.

Chrisfield se sirvió un vaso de vino, lo bebió de un trago y se secó luego los labios con el dorso de la mano.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos, Andy? Reuníamos colillas del suelo en aquel maldito campamento de instrucción.

—Ha llovido mucho desde entonces.

—Lo más probable es que nunca volvamos a vernos.

—¡Voto al diablo! ¿Por qué no?

De nuevo quedaron silenciosos, contemplando los leños que se iban apagando. A la luz vacilante de la vela vieron a la mujer, que, con los brazos en jarras, los miraba fijamente.

—La verdad es que si saliese del Ejército en este momento no sabría lo que hacer, Andy.

—Adiós, Chris. Me voy —dijo Andrews con voz ronca, levantándose de un salto.

—Adiós, Andy, viejo amigo. Yo pagaré esto —dijo Chrisfield, indicando a la mujer de cara roja que se acercase. Ésta avanzó con lentitud hacia el espacio iluminado.

—Gracias, Chris.

Andrews salió al exterior. Caía una llovizna fría y cortante. Alzó el cuello de su guerrera y echó a correr por la calle llena de barro en dirección al cuartel.

VI

En el rincón opuesto del compartimiento, Andrews vio que Walters dormitaba encorvado, con el gorro sobre los ojos y la boca abierta; su cabeza se movía incesantemente con los vaivenes del tren. La pantalla que cubría la bombilla sumía el compartimiento en una penumbra azulada. El cielo nocturno y la silueta de las casas y de los árboles que danzaban al otro lado de la ventanilla parecían muy próximos. Andrews no tenía ganas de dormir. Durante un buen rato permaneció sentado, con la cabeza apoyada en el marco de la ventanilla, contemplando las sombras que huían, las lucecillas rojas y verdes que hallaban al paso, el resplandor de las estaciones que parecían encenderse de repente para perderse luego entre las sombras oscuras de unas casas, entre unos árboles, entre unas montañas negruzcas... Pensaba en que casi todas las épocas importantes de su vida comenzaron con un viaje nocturno por ferrocarril. El rumor de las ruedas hacía circular más rápidamente la sangre en sus venas y le hacía sentir con doble intensidad el chirriar del tren, de aquel tren que avanzaba dejando atrás, desdeñosamente, campos, árboles y casas, y que iba poniendo millas y más millas entre su pasado y su futuro.

Abrió la ventanilla. La fresca brisa de la noche, al entrar a ráfagas en el vagón, tuvo la virtud de excitarle, como suele excitarnos la sonrisa momentánea de un rostro desconocido en medio de una calle repleta de gente. No pensaba en lo que había dejado atrás. Se esforzaba por escudriñar ansiosamente en la oscuridad, vislumbrar la vida vibrante que en adelante sería suya. Habían terminado para siempre la humillación y el tedio. Era libre para trabajar, para escuchar música, para tener amigos... Suspiró hondamente, porque al suspirar una cálida ola de energía salía de sus pulmones y, pasando por su garganta, llegaba hasta la punta de sus dedos, recorriendo todo su cuerpo hasta los músculos de sus piernas. Miró su reloj. La una. Al cabo de seis horas estaría en París. Durante seis horas seguiría sentado en el mismo lugar, mirando las sombras fugaces del paisaje, sintiendo hasta en su sangre el trepidar del tren, regocijándose con cada nueva milla que avanzaba, porque esto significa alejarse más y más del triste pasado.

Walters, con la boca abierta y la cabeza apoyada en su abrigo enrollado, seguía durmiendo. Andrews se asomó al exterior y sintió un ligero cosquilleo en la nariz, producido por el vapor y el humo del carbón. Recordó una frase de cierta traducción de la *Ilíada*:

Noche divina.

Noche divina e interminable...

No obstante, mucho mejor que sentarse alrededor de una hoguera en un

campamento, bebiendo vino y agua y escuchando las absurdas historias de los aqueos, era avanzar rápidamente a través de los campos; huir de la monotonía vergonzosa y de las desdichas pasadas, vislumbrando la vida y la felicidad.

Andrews pensó en los muchachos que dejaba atrás. A aquella hora debían de dormir en graneros y cuarteles. Otros estarían de guardia, erguidos, con los pies húmedos y las manos frías apoyadas en el todavía más frío cañón del fusil, sintiendo su contacto como una quemadura.

Cierto que él se alejaba, que se apartaba del rumor de los pies que avanzaban al unísono, del terrible olor del cuartel en donde dormían los hombres hacinados como si fuesen bestias. No obstante, seguiría siendo uno de ellos. Nunca, al pasar junto a un oficial, podría evitar un movimiento de servilismo, ni oiría el toque de una corneta sin sentir en su alma un odio profundo. Si acertara a expresar en una melodía la triste vida de todos aquellos seres, la miserable monotonía de aquella industrialización del crimen, casi merecería la pena haber sufrido tanto. Al menos para él, ya que no para los otros, que nunca hallarían compensación.

«Pero ¿qué es eso, John Andrews? Razonas como si hubieses salido para siempre del Ejército. Olvidas que eres soldado todavía.»

Estas palabras surgieron en su imaginación con igual claridad que si las hubiera pronunciado en voz alta. Sonrió con cierta amargura, y de nuevo se dispuso a contemplar el desfile de árboles, setos, casas y montañas que se perfilaban sobre el cielo oscuro.

Cuando se despertó, el cielo era ya gris. El tren avanzaba con lentitud, chirriando con más fuerza en las agujas, por entre una ciudad en donde los húmedos tejados de pizarra se recortaban fantásticamente sobre el fondo de neblina azulada.

Walters fumaba un cigarrillo.

—¡Diablos! Estos trenes franceses son una calamidad —dijo al ver que Andrews estaba despierto—. Es el peor país que he visitado. Nadie aquí es eficiente.

—Puedes irte al diablo con tus opiniones —dijo Andrews levantándose de un salto y estirando los brazos, al paso que abría la ventana—. El calor es también demasiado eficiente. Creo que estamos muy cerca de París.

El aire frío invadió el compartimiento. Respirarlo era delicioso. Andrews sintió una especie de bulliciosa alegría. El chirrido de las ruedas era como un canto delicioso en sus oídos. Se tumbó en un asiento, sobre la tapicería azul llena de polvo, y levantó las piernas y los pies como un chiquillo atolondrado.

—¡Anímate, hombre, por lo que más quieras! —gritó después—. Estamos llegando a París.

—Somos dos tíos con suerte —dijo Walters haciendo una mueca. Se había puesto el cigarrillo en un extremo de la boca—. Voy a ver si encuentro a los demás.

Cuando se encontró solo en el compartimiento, Andrews, sin darse cuenta,

empezó a cantar con toda la fuerza de sus pulmones.

Conforme el día iba aclarando, la neblina desaparecía, dejando al descubierto campos de tilos verdes entre los que se intercalaban algunas hileras de álamos desnudos de follaje. Las casas de color de salmón y techo azul que les salían al paso tenían un sello indefinible de gran ciudad. Pasaron junto a hornos de ladrillos y canteras de arcilla, con sus respectivas balsas llenas de agua rojiza. Cruzaron junto a un río de color verde jade, por el que se movía una larga hilera de pequeños barcos con la popa pintada de tonos brillantes. La locomotora lanzó al aire un silbido estridente. Entraban en una estación de mercancías. Inmediatamente empezaron a divisar por doquier grupos de casas hasta formar verdaderos suburbios. Al principio eran sólo grupos desperdigados, separados por trozos de jardín. Luego los grupos se fueron ordenando y formaron calles rectas, con tiendas en las esquinas. Un muro húmedo de color gris oscuro surgió entre ellos, obstruyendo el paisaje. El tren siguió avanzando con menos velocidad, pasando por diversas estaciones repletas de gente que acudía al trabajo, un público normal y corriente, vestido de distintas formas. Sólo de vez en cuando se distinguía entre la multitud un uniforme caqui o azul. Siguieron más muros de color grisáceo, y la forzada oscuridad de unos puentes anchísimos, en los que unas lámparas de aceite brillaban con tonos anaranjados y rojizos. Las ruedas crujían con sonido estridente al pasar por allí. Luego más estaciones de mercancías, otros trenes repletos de figuras y de rostros... Al fin se detuvieron en una estación.

Antes de que se diera cuenta, Andrews se encontró pisando el suelo de cemento gris del andén. Percibía un extraño olor a madera, a vapor y a mercancías. La mochila y la manta enrolla que llevaba a cuestas se le antojaron una cruz. El fusil y las cartucheras los había dejado cuidadosamente ocultos bajo su asiento en el vagón. Por el andén avanzaban, luchando por abrir paso entre la multitud, Walters y cinco muchachos más. Unos llevaban la mochila a cuestas otros a rastras.

En el rostro de Walters se reflejaba el temor.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—¿Hacer? —gritó Andrews. Y se echó a reír.

Junto al camino, los cuerpos vestidos de color pardo aceitunado, tendidos sobre el suelo, ocultaban el césped tierno y jugoso. La compañía descansaba. Sentado sobre un poste, Chrisfield se entretenía en tallar un bastón con un pequeño cuchillo de bolsillo. Judkins estaba tumbado junto a él.

—¿Por qué diablos tenemos que hacer es maldita instrucción, cabo?

—Tal vez tengan miedo de que perdamos agilidad.

—Vale más esto que andar vagando por ahí, de un lado a otro, pensando, maldiciendo y deseando volver a casa —dijo el individuo que estaba al otro lado de Chrisfield, apretando con su grueso dedo índice el tabaco dentro de su pipa.

—Me parece malo este estúpido avanzar en columnas todo el día, para que nos

contemplan los cochinos franceses y para que...

—¡Lo que deben de divertirse a costa nuestra! —interrumpió una voz.

—Pronto nos trasladarán al Ejército de ocupación —dijo Chrisfield en tono optimista—. En Alemania lo pasaremos mejor.

—¿Sabes lo que esto significa? —dijo Judkins irguiéndose de repente—. ¿Sabes que esas tropas van permanecer en Alemania quince años?

—¡Maldita sea! No creo que piensen dejarnos tanto tiempo.

—Harán lo que les dé la gana, y tendremos que resignarnos. Siempre saldremos perdiendo, no somos tan afortunados como ese sabelotodo Andrews, el sargento Coffin y algunos más. Ellos han sabido apañárselas. Han conquistado a los de la Y. M. C. A., y a los oficiales y se han salido con la suya. Nosotros sólo podemos hacer una cosa: cuadrarnos, saludar, decir: «Sí, mi teniente», o: «No, mi teniente», y dejar que hagan con nosotros lo que se les antoje. Lo que digo es tan verdad como el Evangelio, ¿no es así, cabo?

—Creo que tienes razón, Judkins. Nosotros siempre llevamos las de perder.

—¡Y pensar que ese cochino charlatán, ese Andrews, se ha ido a París, a estudiar, con los estudios pagados!

—¡Calla, Judkins, por todos los diablos! Andrews no es un cochino charlatán.

—¿Que no? Entonces, ¿por qué andaba siempre por ahí pronunciando discursos, como si fuera más sabio que el mismo teniente?

—Creo que porque verdaderamente era más sabio que el teniente —dijo Chrisfield.

—De todos modos no podrás decir que éstos que han tenido la suerte de irse a París tuviesen más méritos que nosotros. ¡Dios! Yo todavía no he tenido ni un permiso.

—De nada sirve gruñir.

—No. Pero cuando volvamos a casa y la gente se entere de cómo nos tratan habrá una investigación. Estoy convencido de ello —dijo uno de los nuevos soldados.

—Me pone negro pensar que puedan pasar estas cosas. Figuraos a todos esos tíos en París, bebiendo y divirtiéndose con mujeres. Y nosotros, entretanto, limpiando fusiles y haciendo la instrucción. ¡Qué suerte más perra! Me gustaría tropezar con uno de ellos cara a cara.

Sonó un pito. El verde césped fue otra vez uniforme. Los soldados se alinearon a un lado del camino.

—¡A formar! —gritó el sargento.

—¡Fir... mes!

—¡Media vuelta a la derecha!

—¡De frente! ¡Por todos los diablos, meted la barriga, muchachos! ¡A ver si os ponéis firmes de una vez!

—¡Pelotón! ¡Derecha! ¡Mar... chen! ¡Un..., dos..., un..., dos!

La compañía emprendió la marcha por el camino cubierto de barro. Sus pasos eran iguales. Sus brazos se movían con el mismo ritmo. En sus rostros se reflejaba la misma expresión. Sus pensamientos eran exactos. El eco de sus pisadas se perdió al fin en el camino.

Los pájaros cantaban en los árboles llenos de brotes. Sobre el césped tierno y jugoso, junto al camino, se veían todavía las huellas que dejaron los cuerpos de los soldados.

QUINTA PARTE

EL MUNDO EXTERIOR

I

Andrews y seis hombres de su división estaban sentados en la terraza de un café, frente a la Gare de l'Est. Andrews se recostó en su silla, y por encima de la taza de café que sostenía en su mano alzada, contempló las casas de piedra con sus fachadas llenas de balcones. Bebió unos sorbos. El humo que salía de la taza olía deliciosamente a café con leche. En sus oídos zumbaba el ruido del tráfico y de las pisadas de los pies que cruzaban el pavimento húmedo, de modo que ni siquiera podía oír lo que decían sus compañeros. Éstos hablaban y reían. Inconscientemente, Andrews miraba por encima de sus uniformes de color caqui y de sus gorros en forma de barco. El olor del café y el de la niebla le llevaban muy lejos de allí. Un débil y rojizo rayo de sol se reflejó sobre la mesa y sobre la fina capa de barro que cubría el pavimento asfaltado. Al mirar hacia la avenida, más allá de la estación, las casas —de color gris verdoso las que estaban en la sombra, y de color violado las que estaban al sol— parecían envueltas en nieblas lejanas. Unas letras doradas brillaban en algunos balcones. En primer término distinguió muchos rostros, enrojecidos por el frío airecillo matinal hombres y mujeres que transitaban por allí rápidamente. El cielo tenía un tono gris rosa. En aquel momento hablaba Walters:

—Lo primero que quiero visitar es la torre Eiffel.

—¿Por qué quieres verla? —preguntó un sargento de corta estatura, bigote negro y grandes círculos alrededor de los ojos, como un orangután.

—¿Cómo? ¿Será posible que ignores que el progreso empezó precisamente con la torre Eiffel y que si no fuese por ella no habría rascacielos?

—¿Qué me dices del edificio Flatiron y puente de Brooklyn? Creo que fueron construidos los dos antes que la torre Eiffel —dijo uno de Nueva York.

—La torre Eiffel es la primera construcción de vigas que podemos llamar completa en el mundo entero —repuso Walters en tono dogmático.

—Pues a mí lo que me interesa conocer, primer lugar, es el *Follies Bergère*. Las chicas alegres, vamos...

—Será mejor que olvides a las chicas alegres, Bill —dijo Walters.

—Yo no pienso ni mirar a una mujer —dijo el sargento del bigote negro—. Conocí demasiadas en mis buenos tiempos... Además, la guerra ha terminado.

—Sí, sí... Ya verás cuando tropieces con una auténtica parisiense —dijo riendo estruendosamente un individuo que iba sin afeitarse y lucía en su brazo los galones de cabo.

Andrews se abstraigo de nuevo y no prestó atención a la conversación. Con los ojos semicerrados contemplaba la calle recta y larga, en donde de los tonos verdes, violados y pardos, debido a la distancia, formaban un fondo monocromo y grisáceo. Deseaba estar solo, vagar al azar por la ciudad, contemplar a su antojo las personas,

las cosas, dirigir la palabra a los hombres y las mujeres que quisiera, hundir su propia existencia entre las nieblas brillantes de aquellas gentes llenas de vida. El perfume de la niebla despertó en su cerebro un recuerdo. No pudo, al principio, precisarlo, hasta que de repente lo logró. El perfume le recordaba su cena con Henslowe, los rostros del muchacho y de la muchacha con quienes habló en el Cerro. Tenía que buscar a Henslowe enseguida. Sintió como una especie de extraño resentimiento hacia los hombres que le rodeaban. ¡Cristo! Tenía que alejarse de ellos. ¡Le había costado tanto conseguir su libertad! Ahora debía gozarla, apurarla hasta las heces.

—Lo que es yo, no pienso separarme de tu lado, Andy —dijo Walters rompiendo su ensueño—. Desde hoy te nombro intérprete primero.

Andrews se echó a reír.

—¿Sabes el camino de nuestro Cuartel General?

—Me dijeron en la R. T. C. que debía coger el Metro.

—Yo prefiero ir a pie —dijo Andrews.

—¿No crees que puedes perderte?

—Desgraciadamente, no —dijo Andrews levantándose—. Os veré en el Cuartel General, esté donde esté. Hasta luego.

—Allí te espero, Andy —gritó Walters.

Andrews torció por una calle cercana. Cuando supo solo, apenas pudo contener un grito de alegría. ¡Era libre! Tenía muchos días por delante para trabajar y pensar, para recobrar la agilidad de sus miembros, entumecidos por los forzados movimientos de autómatas. El perfume de las calles y de la niebla, un perfume punzante, era como el humo de un fantástico incienso que penetraba en su cerebro formando extrañas espirales. Estaba deslumbrado y a la vez ansioso... Sentía extrañamente flexibles y ágiles los brazos y las piernas, listos para gozar de cuanto se presentase, lo mismo que el gato cuando se prepara para saltar. Más que pisar el pavimento húmedo, sus pies calzados con pesadas botas parecían danzar. Caminaba deprisa, deteniéndose de vez en cuando junto a un carro de verduras para estudiar los vegetales verdes, rojos y anaranjados, para echar un vistazo a las calles intrincadas o para escudriñar en el oscuro interior de una taberna, junto a cuyo mostrador bebían vino blanco unos obreros. Rostros, muchos rostros, unos ovalados y delicados; otros, con barba y algunos, delgados, de mujeres jóvenes. Muchachos de mejillas rojas, y ancianas arrugadas que ocultaban tras la terrible fealdad de la vejez toda la belleza de una extinguida juventud, toda la tragedia de una vida pasada. Los rostros de todas las personas que pasaban por su lado le emocionaba como la música, como el ritmo de una orquesta.

Después de mucho andar y de seguir continuamente la calle que más sugestiva le parecía, llegó a una extensión de terreno con una estatua impresionante en el centro que representaba a un personaje montado sobre un caballo a punto de saltar. Leyó el

nombre; «Place des Victoires», y lo encontró divertidísimo. Miró inquisitivamente las facciones heroicas del Rey Sol, y se alejó riendo.

«Supongo que en aquellos días hacían las cosas en grande», se dijo, y siguió andando, pareciéndole la situación aún más divertida. Pensaba que todos aquellos hombres cuyos nombres rozaban los suyos nunca verían inmortalizada su figura en medio de una plaza, sobre un caballo a punto de saltar, para conmemorar una victoria.

Llegó hasta una avenida recta y ancha, en que tropezó con varios oficiales americanos a quienes hubo de saludar, así como también a algunos policías militares. Vio muchas tiendas con lujosos escaparates, en los que brillaban costosos objetos. «Otra clase de victoria», pensó, al torcer por una calle cercana y divisar la mole grisácea de la Ópera, con sus ventanales impresionantes y las estatuas de bronce que representaban mujeres desnudas y que servían de soporte a las lámparas.

Se encontraba en una calle estrecha en la que abundaban los hoteles y las peluquerías de lujo. El ambiente estaba saturado de olor a perfumería cosmopolita, a casino, a salones de baile y a recepciones diplomáticas. Vio que un comandante americano avanzaba hacia él con paso vacilante. Era un hombre de cierta edad y alta estatura, rostro colorado y nariz de beodo. Se cuadró para saludar.

El comandante se detuvo también, pero siguió tambaleándose ligeramente. Luego dijo en tono lastimero:

—Muchacho, ¿sabes dónde está el bar de Henry?

—No, mi comandante —repuso Andrews, percibiendo olor a *cocktails*.

—¿Me ayudarás a dar con él, muchacho? Es horrible buscarlo y no poder encontrarlo. El teniente Trevors me espera en el bar de Henry.

Mientras hablaba, el comandante se acercó más a Andrews y apoyó una mano en su hombro. Luego, dirigiéndose a un transeúnte que pasaba por su lado, le preguntó en un francés incomprensible:

—*Dite-donc, monsieur, où ai le bar d'Henry?*

El individuo siguió su camino sin responder.

—¡Vaya! Se necesita ser francés para no entender ni su propio lenguaje.

—Ahí está el bar de Henry —dijo Andrews de pronto—. Al otro lado de la calle.

—*Bon, bon* —respondió el comandante.

Cruzaron la calle y entraron en el local. Junto al mostrador, y apoyado todavía en el hombro de Andrews, el comandante le dijo a éste en el oído:

—Estoy aquí sin permiso, ¿comprende? ¿Comprende? Todo el maldito cuerpo de Aviación está aquí sin permiso. Eche un trago conmigo. No importa que sea soldado raso. Aquí no importa nada de todo eso. La guerra ha terminado. La democracia reina en el mundo.

Cuando Andrews se llevaba a los labios un *cocktail* de champaña, mirando con expresión algo burlona la multitud de paisanos y oficiales americanos agrupados ante

el mostrador de caolín, oyó una voz que exclamaba a sus espaldas:

—¡Por todos los diablos!

Se volvió y se encontró con el rostro moreno de Henslowe y su bigotito sedoso. Abandonó al comandante a su destino.

—Muchacho, ¡qué alegría volver a verte! Temí que no pudieras arreglar las cosas —dijo Henslowe arrastrando las palabras.

—Estoy loco de alegría, Henry. Llegué hace unas horas, y...

Se echaron a reír. Riendo aún, siguieron hablando, interrumpiéndose mutuamente y sin terminar las frases.

—¿Cómo diablos se te ocurrió entrar?

—Me trajo el comandante —dijo Andrews riendo.

—¿Qué comandante?

—Ése —dijo Andrews al oído de su amigo—. El pobre está muy grave. Me pidió que le trajese al bar de Henry, y me invitó a un *cocktail* en memoria de la democracia, que en paz descanse. Pero, y tú ¿qué haces aquí? Este lugar no es precisamente... exótico.

—Estaba citado aquí con un individuo que debía de decirme lo que debo hacer para trasladarme a Rumania con la Cruz Roja. Pero ese asunto puede esperar. Salgamos de aquí. ¡Qué diablo! La verdad es que temía que no lograses poner en práctica nuestro plan.

—Tuve que humillarme y casi besar los pies de algunos... Fue terrible. Pero, en fin, aquí estoy.

Salieron a la calle y avanzaron por ella gesticulando.

—*Libertad, libertad, allons, ma femme!* —como diría Walt Whitman— gritó Andrews.

—Es lo más maravilloso del mundo. Hace tres días que estoy aquí. Mi compañía ha vuelto a la patria. Dios los bendiga.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—¿Hacer? Pues nada. Ni la más pequeña, maldita o endiablada cosa. Además, ¿qué quieres que haga? Está todo tan mal, que no hay sistema arreglarlo.

—Yo quisiera ir a la Schola Cantorum para hablar con...

—Te sobra tiempo para hacerlo. Nunca llegarás a ninguna parte si tomas la música tan ni serio.

—Por último —dijo Andrews—, tengo que hacer algo de suma importancia para mí. Buscar dinero, sea donde sea.

—Eso es ponerse en razón —dijo Henslowe, y sacó de un bolsillo interior de la guerrera una libretita de piel oscura en la que había grabadas unas florecillas rojas. La golpeó ligeramente y dijo—: De Mónaco. —Apretó los labios y sacó algunos billetes de cien francos, que puso en la mano de Andrews.

—Dame uno solamente —dijo Andrews.

—O todos o ninguno. No te durarán más de cinco minutos cada uno.

—Es demasiado pensar que he de devolver tanto dinero.

—¿Devolverlos? Pero ¿qué diablos estás diciendo? Vamos, guárdatelos y calla de una vez. Tal vez en otra ocasión me encuentres sin un céntimo, con que aprovéchate ahora que puedes. Te advierto que a fin de semana estarás sin blanca.

—Bueno, lo acepto. La verdad es que estoy muerto de hambre.

—Sentémonos en la terraza y meditemos en dónde vamos a comer para celebrar la llegada de «Miss Libertad». No creas que me gusta ese nombre. Se parece demasiado a Liverpool, y Liverpool es un lugar horrible.

—Llamémosla *Freiheit* —dijo Andrews.

Se sentaron en unos sillones de mimbre, bajo el sol rojo dorado.

—Eso es subversivo. Mereces que te corten la cabeza.

—Nada de eso —dijo Andrews—. La carnicería ha terminado. Tú, yo y todas las personas volveremos a ser pronto seres humanos. Humanos, completamente humanos.

—Sí, sí. Por el momento no hay más que dieciocho guerras en curso —murmuró Henslowe.

—Hace siglos que no leo la prensa. Dime, ¿a qué te refieres?

—En todas partes hay lucha, menos en el frente occidental —dijo Henslowe—. Y ahí es precisamente donde yo intervengo. La Cruz Roja envía trenes con provisiones para que puedan resistir... En fin, por poco que pueda me marcharé a Rusia.

—Pero, ¿y la Sorbona?

—La Sorbona puede irse al diablo.

—Bueno, Henry, si no me llevas a algún sitio en donde pueda comer me desmayaré aquí mismo.

—¿Te gustaría comer en un lugar solemne, con sillones tapizados de felpa o de brocado de color salmón?

—¿Por qué precisamente en un lugar solemne?

—Porque eso es sinónimo de buena comida. Sólo en un restaurante de aspecto solemne, casi religioso, pueden profesar verdadero culto por las cosas del estómago. ¡Ya está! Iremos a Brooklyn.

—¿Dónde has dicho?

—A la Rive Gauche. Conozco a un individuo que se empeña en llamarla Brooklyn. Un buen chico, por cierto, sólo que nunca está sereno. Tengo que presentártelo.

—Tendré mucho gusto en conocerlo. A decir verdad, exceptuándote a ti, hace siglos que no conozco a nadie interesante. No puedo vivir sin rodearme de una multitud abigarrada de personas interesantes. ¿Y tú?

—Creo que te sentirás satisfecho en este bulevar. Hay aquí serbios, franceses, ingleses, americanos, australianos, rumanos, checoslovacos... ¡Voto al diablo! ¿Crees que hay algún uniforme militar que no se halle aquí representado? Te aseguro, Andy, que la guerra ha sido una gran cosa para quien ha sabido aprovecharse de ella. Fíjate en las polainas de toda esa gente.

—Me parece que también sabrán aprovecharse de la paz.

—Desde luego. Queda todavía lo mejor... Pero, vamos, Andy, seamos derrochadores por un día y tomemos un taxi.

—Ésta es como la calle principal de Cosmópolis.

Avanzaron por entre la multitud, en donde ahondaban los uniformes, el brillo, los colores radiantes... Los transeúntes se dividían en dos grupos: los que bajaban y los que subían por anchas aceras, ente los cafés y los troncos de unos árboles desnudos de hojas. Subieron a un taxi, y en él atravesaron rápidamente unas calles en donde a la pálida luz del sol se mezclaban confusamente el gris verdoso y el gris violado con diversas tonalidades de azul y otros colores claros, como sucede con las plumas que cubren la pechuga de una paloma. Dejaron atrás los jardines de las fullerías, exentos de vegetación, y los patios interiores del Louvre, con sus rojas buhardillas y sus chimeneas. Durante un momento pudieron vislumbrar el río, de un triste verde jade, y los árboles, con manchas pardas de color crema, a lo largo de los muelles. Luego se perdieron en un laberinto de callejas oscuras. Estaban en los barrios viejos.

—Aquello era Cosmópolis, y esto es París —dijo Henslowe.

—Por el momento —repuso Andrews alegremente— no soy exigente.

La plaza frente al Odeón era como una mancha blanca, y la columnata como un borrón oscuro. El taxi torció por la primera esquina y siguió adelante, bordeando el Luxemburgo, donde, a través de la negra verja de hierro, se veían los colores pardos y rojizos de las ramas sin hojas que rozaban las estatuas y las balaustradas y que formaban curiosos dibujos en el paisaje envuelto en nieblas. El coche se detuvo bruscamente.

—La Place des Médicis —dijo Henslowe.

Al final de la calle, que era recta, pero empinada, y entre brumas, se divisaba la cúpula del Panteón. En medio de la plaza, por entre tranvías amarillos y bajos autobuses verdes, había un tranquilo estanque donde la sombra horizontal de las fachadas de las casas de enfrente se reflejaba con perfecta claridad.

Se sentaron junto al ventanal que daba a la plaza.

Henslowe encargó la comida.

—¿No recuerdas haber leído en algunas novelas sentimentales que un prisionero, después de permanecer varios años en la cárcel, no sabe qué hacer al salir y regresa a su celda?

—¿Te gustó el lenguado a la *meunière*?

—Cualquier cosa. Mejor dicho, me gusta todo. Pero volviendo a lo que te decía. Es una tontería, pero si he de ser sincero he de decir que nunca me sentí tan feliz como ahora. ¿Sabes, Henslowe? Creo que lo que a ti te pasa es que tienes miedo a la felicidad.

—No seas morboso. En el mundo sólo hay una desgracia que podamos llamar horrible: tener que estar siempre en el mismo lugar sin poder abandonarlo. He pedido cerveza. Éste es el único lugar de París donde sirven buena cerveza.

—Pienso asistir a todos los conciertos. El domingo empezaré con Colonne y Lamoureux... Te diré: en el mundo sólo hay una desgracia verdaderamente horrible, y es no poder oír música o no poder componerla. Estas ostras son dignas de Lúculo.

—¿Por qué no decir dignas de John Andrews y de Bob Henslowe? ¡Qué diablos! No comprendo por qué cada vez que comemos ostras tenemos que nombrar a los pobres romanos. Creo que nuestra opinión vale tanto como la suya. Por mi parte, juro que no he de permitir que ningún Lúculo me tome la delantera, aunque sólo hubiese comido lampreas en mi vida.

—¿Quién habla aquí de comer lampreas, Bob? —dijo a su lado una voz ronca.

Andrews miró al recién llegado y vio un rostro redondo y pálido y unos grandes ojos grises casi ocultos tras las gafas de gruesa montura de metal. Exceptuando el detalle de las gafas, ese rostro tenía algo de oriental.

—¡Hola, Heinz! Mister Andrews, mister Heineman.

—Encantado de conocerle —dijo Heineman con voz ronca y jovial—. A juzgar por lo que hay encima de la mesa, os alimentáis bien, muchachos.

Andrews observó que, además de una voz ronca, Heineman tenía acento yanqui.

—Será mejor que te sientes y comas tú también —dijo Henslowe.

—Encantado —repuso Heineman. Luego añadió volviéndose hacia Andrews—: ¿Sabe cómo llamo yo a este hombre? Simbad.

*Simbad estaba mal en Tokio y en Roma,
y se sentía mal también en Trinidad,
mas donde se encontraba peor era en su casa.*

cantó estentóreamente, llevando el compás con una barra de pan.

—Cállate, Heinz. Nos echarán de aquí como nos echaron del Olimpia la otra noche.

Ambos se echaron a reír.

—¿Te acuerdas de monsieur Le Guy y de su chaqueta?

—¿Que si me acuerdo? ¡Cielos!

Los dos rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Heineman tuvo que quitarse las gafas para secar los cristales. Luego se volvió hacia Andrews y dijo:

—¡Oh! París es todavía lo mejor del mundo. Primer absurdo: la Conferencia de la Paz y sus novecientos noventa y nueve derivados. Segundo absurdo: los espías. Tercero: los oficiales americanos que están aquí sin permiso; las siete hermanas que han jurado matar a...

Se interrumpió y volvió a reír. Su cuerpo rechoncho se estremeció convulsivamente en la silla.

—¿Qué es eso de las siete hermanas?

—¡Oh! Tres de ellas han jurado matar a Simbad, y las otras cuatro han jurado matarme a mí. Pero esa historia es demasiado complicada para explicarla durante el almuerzo. Prosigamos. Octavo: el socorro de las damas. Especialidad de Simbad. Noveno: el propio Simbad.

—Cállate, Heinz. Vuelves a uno loco —balbució Henslowe.

Heineman cantó:

Simbad estaba mal en todos los lugares...

De pronto dijo con petulancia:

—Pero ¿qué es esto? Todavía no me han dado de beber. —Y añadió—: *Garçon, une bouteille de Macón pour un cadét de Gascogne...* ¿Cómo sigue? Sólo sé que termina con *vergogne*. ¿Habéis visto la obra? La mejor que se representa estos días. Yo la he visto dos veces ser no y siete... Bueno, siete sin estar sereno.

—¿Cyrano de Bergerac?

—Exactamente. *Nous sommes les Cadets d Gascogne*. Eso rima con *ivrogne* y con *vergogne*. Habré de aclarar que pertenezco a la Cruz Roja. ¿Sabes una cosa, Simbad? El viejo Peterson es un gran chico. En este momento cree que esto fotografiando a niños tuberculosos. Soy fotógrafo de profesión, y a mucha honra... El caso es que he pedido las fotos prestadas en el hospital y así podré estar tres meses sin hacer nada con quinientos francos para gastos de viaje. Muchachos, mi única oración es la siguiente: «Seño concedednos permisos, la Cruz Roja hará el resto». —Se echó a reír, y los vasos vacilaron sobre la mesa. Luego se quitó las gafas, y con fingida tristeza limpió los cristales—. Yo llamo la Cruz Roja «Los Cadetes» —gritó después de lanzar otra carcajada.

Andrews bebía su café a pequeños sorbos, mientras miraba a la calle y a la gente que por ella transitaba. En la esquina próxima, sentada en una pequeña silla de junco, había una anciana que vendía flores. Los distintos colores de éstas —rosado, amarillo y azul violado— parecían acentuar el suave tono pajizo y el gris azulado el sol de invierno y de las sombras de la calle. Una muchacha vestida con un traje negro ceñido y bien cortado, y tocada con un sombrero también negro, se detuvo junto al puesto de flores para comprar un ramo de margaritas. Luego pasó ante el ventanal del

café y siguió andando en dirección a los jardines. Su rostro marfileño, su cuerpo esbelto y sus oscuros ojos hicieron que Andrews se estremeciese al contemplarla. La esbelta figura desapareció por la verja que daba acceso a los jardines.

De pronto, Andrews se levantó.

—Tengo que irme —dijo con voz extraña—. Acabo de recordar que en el Cuartel General de Estudiantes me espera un individuo.

—Déjale que espere.

—Todavía no ha tomado el licor —dijo Heineman.

—No, pero ¿dónde podré encontraros más tarde?

—A las cinco en el café Rohan, frente al Palais Royal.

—Nunca darás con él.

—Claro que sí —dijo Andrews.

—Toma el Metro hasta la estación del Palais Royal —le gritaron cuando ya salía.

Andrews corrió hacia los jardines. Había mucha gente sentada en los bancos, tomando el sol. Unos chiquillos, vestidos con trajes de vivos colores, corrían tras de sus aros.

Una mujer vendía globos verdes, carmesíes y purpúreos. Parecían un racimo de uvas colocado al revés sobre su cabeza. Andrews recorrió varios senderos y observó muchos rostros. Pero la muchacha había desaparecido. Se apoyó en una balaustrada grisácea y contempló un estanque vacío en donde aún se veían las huellas de la explosión de una granada. Andrews se dijo que no era más que un estúpido, porque aunque hubiese localizado a la muchacha no se habría atrevido a hablarle. Ciertamente gozaba de unos días de libertad, mas no por verse libre momentáneamente del Ejército debía creer que había vuelto la edad de oro de su corazón.

El pensamiento le hizo sonreír. Salió de los jardines y cruzó unas calles en las que abundaban las viejas casas estucadas de blanco o gris, con buhardillas de pizarra y fantásticas y complicadas chimeneas. Por fin, llegó frente una iglesia de fachada clásica y pesadas columnas, tan pesadas que al mirarlas se experimentaba la sensación de que se derrumbarían sin esfuerzo.

Preguntó a una mujer que vendía periódicos el nombre de aquella iglesia.

—*Mais, monsieur, c'est Saint-Sulpice* —respondió la mujer sorprendida.

—Saint-Sulpice! —Pensó en los cantos de M non; en la melancolía sentimental del París de siglo XVIII con sus salas de juego en el Palais Royal, en donde muchos, aun en presencia de sus severos y catonianos padres, perdían el honor; en sus *billets doux* escritos en pequeñas mesas doradas; en sus coches que avanzaban por entre el lodo de los caminos, procedentes de provincias, penetraban por la puerta de Orleans o por la de Versalles... Pensó en el París de Diderot, de Voltaire y de Rousseau, en el París de las calles llenas de barro y de las fondas en donde se comían bizcochos, buñuelos y gallina mechada, un París radiante, de doradas magnificencias, saturado

del más aparatoso tedio del pasado y de una absurda esperanza en el futuro.

Siguió avanzando calle abajo. Era una calle estrecha en la que abundaban las tiendas de antigüedades y las librerías de lance. Inesperadamente, terminaba en el río, frente a la estatua de Voltaire. Leyó un nombre en la esquina: «Quai Malaquais». Andrews se acercó al río, y durante un buen rato estuvo contemplándolo.

Frente a él, y surgiendo por entre los encajes que formaban las ramas de los árboles, desnudas de hojas, se divisaban los rojos tejados del Louvre, con sus altos picachos y sus interminables filas de chimeneas. Detrás, estaban las viejas casas del Quai, y a un lado la balaustrada ornada de grandes jarrones de piedra gris que coronaba la parte alta de un edificio majestuoso, cuyo nombre Andrews ni siquiera conocía.

Unas gabarras marchaban río arriba, levantando una estela de espuma en las aguas verdes y densas. Tiraba de ellas un pequeño remolcador oscuro, de chimenea inclinada, para no tropezar con los puentes. El remolcador dejó oír su débil pero estridente sirena. Andrews echó a andar río abajo. Al llegar a la esquina del Louvre cruzó mi puente, volvió la espalda al arco que hizo construir Napoleón para recibir a los famosos caballos de San Marcos —un arco rosado que casi parecía de dulce—, y se dirigió a las Tullerías, en donde muchos paseaban y otros tomaban el sol. Abundaban los niños de cara de muñeco, las niñeras de complicada cofia y los perros pequeños de pelo sedoso. Una dulce somnolencia se apoderó de Andrews. Se sentó en un banco, al sol. Sólo veía las sombras alargadas que los cuerpos de los paseantes proyectaban sobre el suelo. Por entre los rumores del tráfico lejano llegaba a sus oídos un eco vago de voces y de risas. Oyó a lo lejos una banda militar que tocaba una marcha. Sobre la grava roja y amarilla, las sombras de los árboles tenían un tono gris azulado. Junto a esas sombras resaltaban las de los paseantes que seguían deambulando sin interrupción. Andrews se sintió lánguido y dichoso.

De pronto se levantó sobresaltado y preguntó a un anciano de hermosa y blanca barba puntiaguda qué camino debía tomar para llegar al Faubourg Saint Honoré.

Después de equivocarse el camino unas cuantas veces, llegó a su punto de destino y subió unos escalones de mármol en donde charlaban varios individuos vestidos de caqui. Vio a Walters apoyado en una puerta. Al acercarse oyó que le decía al individuo que estaba junto a él:

—La torre Eiffel es la primera construcción de vigas que podemos llamar completa. Eso debe verlo enseguida un hombre listo.

—Me han dicho que la Ópera es lo mejor que hay aquí —respondió el otro.

—Si hay vino y mujeres en ese sitio, voy contigo enseguida.

—Y música. No olvides la música.

—No es tan interesante como la torre Eiffel —insistió Walters.

—¡Hola, Walters! Confío en que no me estabas esperando —murmuró Andrews.

—No. Estaba haciendo cola para ver al encargado de los cursillos. Quiero poner en orden las cosas lo antes posible.

—Yo lo veré mañana —dijo Andrews.

—¿Buscaste alojamiento, Andy? ¿Quieres que compartamos una habitación?

—Bueno, pero quizá no te guste el lugar que yo escoja, Walters.

—¿Es que piensas vivir en el Barrio Latino? Pues no me importa. Quiero conocer a fondo la vida parisiense mientras resida aquí.

—Bien, pero hoy es demasiado tarde para buscar alojamiento.

—Pasaré la noche en la Y. M. C. A.

—Yo creo que un amigo podrá solucionar mi problema por esta noche. Mañana será otro día. Bueno, adiós —dijo Andrews, y comenzó a andar.

—Espera. Voy contigo. Daremos una vuelta por la ciudad.

—Perfectamente —repuso Andrews.

El conejo no tenía una forma muy perfecta. Su pelo era sedoso. En medio del cristal rosa de sus ojos, en los que se reflejaba una expresión de locura, brillaba un pequeño círculo negro. Saltaba como un gorrión sobre el suelo, su lomo surgía un tubo de goma terminado en una pera, que sostenía un individuo que al ser apretada por éste ponía al animalito en movimiento. No obstante, el conejo era perfecto.

Cuando lo vio por primera vez, Andrews no pudo contener la risa. El vendedor, que llevaba al brazo una cesta repleta de conejos iguales, al ver cómo Andrews se reía, se acercó tímidamente a la mesa. Tenía la tez rosada, los labios finos, la boca pequeña, como un conejo verdadero, unos ojos grandes y asustados de apagado color castaño.

—¿Los hace usted mismo? —dijo Andrews sonriendo.

El vendedor puso el conejo sobre la mesa con ademán negligente.

—*Oui, oui, monsieur, d'après la nature* —repuso, y apretando con fuerza la pera que tenía en la mano hizo que el conejo diese un salto mortal. Andrews se echó a reír, y lo mismo hizo el vendedor.

—¡Pensar que un hombre fuerte y sano como éste se gane así la vida! —dijo Walters con desprecio.

—Todo lo hago yo... *de matière première au profit de l'accapareur* —dijo el vendedor.

—¡Hola, Andy! Debe de ser tardísimo. Lo siento —dijo Henslowe dejándose caer sobre una silla a su lado.

Andrews le presentó a Walters. El vendedor de conejos se quitó el sombrero, saludó y siguió su camino, haciendo saltar al animal ante él por el bordillo de la acera.

—¿Dónde se ha metido Heineman?

—Ahí viene —dijo Henslowe.

En efecto, un taxi acababa de detenerse junto a la acera del café. La portezuela

estaba abierta. En su interior vieron a Heineman, sentado junto a una mujer que llevaba un traje rosado, unas pieles de armiño y un sombrero verde esmeralda. Heineman sonreía burlonamente. Mientras el coche se alejaba, se acercó a la mesa con la misma sonrisa burlona en los labios.

—¿Por dónde anda el cachorro de león? —preguntó Henslowe.

—Según dicen, tiene una pulmonía.

—Mister Heineman, mister Walters.

Heineman dejó de sonreír.

—Encantado de conocerle —dijo cortésmente, pero miró a Andrews con furia y se sentó en una silla.

Se había puesto el sol. El cielo estaba teñido de rojo, de violado y de un brillante color de púrpura. Por entre las sombras azuladas, empezaba a surgir el resplandor amarillo verdoso de los faroles, la claridad violada de los arcos voltaicos y los rayos rojizos que proyectaban los escaparates de las tiendas.

—¿Por qué no entramos? Hace un frío infernal —dijo Heineman en tono airado. Todos se dirigieron al interior, seguidos por el camarero que llevaba las copas.

—Estuve en la Cruz Roja toda la tarde, Andy. Creo que arreglaré el asunto de Rumania. ¿Quieres acompañarme? —murmuró Henslowe al oído de Andrews.

—Si puedo conseguir un piano y dar unas cuantas lecciones, nadie logrará arrancarme de París mientras se sigan celebrando conciertos, verdad es que la ciudad se me está subiendo la cabeza. Pasarán muchos días antes de que pueda meditar siquiera una opinión.

—¿Para qué quieres meditar? Bebe —dijo Heineman con cara de pocos amigos.

—Hay dos cosas de las que pienso apartarme en París: del vino y de las mujeres. Sabido que ambas marchan muy juntas —dijo Walter.

—Cierto, y ambas le están haciendo mucha falta —dijo Heineman.

Pero Andrews no los escuchaba. Había cogido una copa de vermut y la hacía girar distraídamente. Pensaba en la reina de Saba, y con los ojos de la imaginación la veía bajar de su elefante, brillando con resplandores fantásticos, a la luz de unas antorchas crepitantes. Una melodía se infiltraba en su mente como suele infiltrarse el agua en un hoyo hecho en la arena de una playa. Sentía por todo el cuerpo la tensión del ritmo y de las frases, que iban tomando forma, pero que, faltas todavía del toque final, no podían ser perfectamente captadas. *Desde la muchachita que en una esquina canta bajo el farol callejero, hasta la patricia que se entretiene deshojando rosas en lo alto del lecho, todos los aspectos imaginables y los sueños del deseo...* Pensó en la muchacha del rostro marfileño que vio en la Place des Médicis. La cara de la reina de Saba era igual que la de aquélla en su imaginación: tranquila, inescrutable...

De pronto sonó en sus oídos un alegre tintineo de platillos, y su corazón latió más aprisa. Al fin estaba libre de todas las fantasías del deseo, libre para deambular por

los cafés y contemplar las mesas, libre para llenar cuerpo y cerebro y con el eco de todos aquellos ritmos que producían mujeres y hombres al moverse en el friso de la vida, ante sus ojos... Aquellos seres eran poco más que autómatas de madera, que se movían al compás de la diaria rutina. Pero a la vez eran seres dúctiles, distintos, llenos de energía y de tragedia.

—¡Por todos los diablos, vámonos de aquí! Este sitio me pone malo —dijo Heineman dando un puñetazo sobre la mesa.

—Bueno —repuso Andrews levantándose y bostezando.

Henslowe y Andrews echaron a andar. Walters los siguió en compañía de Heineman.

—Vamos a cenar a *Le Rat qui Danse* —dijo Henslowe—. Es un sitio divertidísimo. Tenemos tiempo de ir andando y llegar con buen apetito.

Siguieron la larga y mal alumbrada Rue de Richelieu hasta llegar a los bulevares, donde los arrastró la muchedumbre durante un buen trecho. Las luces brillantes parecían salpicar de oro la atmósfera. Los cafés y las mesas de las terrazas estaban llenos de público. El ambiente olía extrañamente a una mezcla de vermut, café, humo de cigarrillos y de gasolina quemada de los taxis.

—Esto es la locura —dijo Andrews.

—A las siete de la tarde es siempre carnaval en los grandes bulevares.

Se dirigieron a Montmartre a través de unas calles empinadas. En una esquina tropezaron con una muchacha de facciones duras, mejillas demasiado empolvadas y labios pintados. Iba riendo, cogida del brazo de un soldado americano de rostro cetrino y ojos verdes y tristes que brillaron al recibir la luz de un farol cercano.

—¡Adiós, Stein! —dijo Andrews.

—¿Quién es?

—Un muchacho de mi división. Llegó esta mañana conmigo.

—Tiene unos labios muy raros para ser judío —dijo Henslowe.

En el cruce de dos calles había un restaurante. Los cristales de las pequeñas ventanas estaban cubiertos de papel rojo, y la luz, a través de ellos, quedaba amortiguada. El recinto estaba lleno de mesas de roble y ornado con un alto zócalo también de roble en cuya parte superior había una repisa en la que se veían diversos objetos: balas vacías, un par de calaveras, unos platos rotos de mayólica y varias ratas disecadas. Las únicas personas que se encontraban allí eran una mujer gruesa y un hombre de cabello gris y larga barba, los cuales, sentados en el centro de la habitación, charlaban gravemente. Ambos tenían sendas copas delante. Una camarera, con cofia y delantal estilo holandés y con cara de pocos amigos, entraba y salía por una puerta interior por la que salía un fuerte olor a pescado frito en aceite de oliva.

—El cocinero es marsellés —dijo Henslowe sentándose a una mesa para cuatro.

—Me pregunto si los otros se habrán perdido —dijo Andrews.

—Es más probable que el amigo Heinz haya querido echar un trago por el camino —dijo Henslowe—. Mientras aguardamos podemos tomar unos entremeses.

La camarera les sirvió una colección de fuentecitas ovaladas con ensaladillas de distintos colores —roja, amarilla y verde— y dos pequeños recipientes de madera con anchoas y arenques.

Cuando se disponía a marcharse, Henslowe le preguntó:

—*Rien de plus?*

La camarera, con los brazos cruzados sobre los amplios senos, contempló trágicamente los entremeses y repuso:

—*Que voulez-vous, monsieur? C'est l'armistice.*

—El mayor engaño de toda la guerra ha sido la paz. No admitiré que la guerra ha terminado hasta que los entremeses sean tan abundantes tan como antes.

La camarera dejó escapar una breve risita y dijo antes de volver a la cocina:

—Las cosas han cambiado.

En aquel momento entró Heineman dando un portazo que hizo retemblar el cristal. La mujer gorda y el hombre de la barba se estremecieron en sus sillas. Heineman se dejó caer en su asiento y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Qué le ha pasado a Walters?

Heineman secó cuidadosamente los cristales de sus gafas y repuso:

—Se ha muerto de tanto beber jarabe de frambuesa. —Luego, en un francés gutural e imperfecto, le pidió a la camarera una botella de borgoña—. Acabo de encontrar a Le Guy —añadió—. Me aseguró que vendría enseguida.

El restaurante se fue llenando gradualmente de hombres y mujeres, entre ellos muchos americanos, unos de uniforme y otros no.

—Odio a la gente que no bebe —gritó Heineman sirviéndose vino—. Un hombre que no bebe no hace más que molestar a los demás.

—¿Qué harás en América cuando aprueben la ley seca?

—Vale más no hablar de ello. Aquí tenemos a Le Guy. No quiero que se entere de que he nacido en un país en donde el Gobierno prohíbe los licores exquisitos. Monsieur Le Guy, monsieur Henslowe y monsieur Andrews... —continuó diciendo, poniéndose de pie, ceremoniosamente.

Un hombrecillo de bigote retorcido y una pequeña barba a lo Van Dyck ocupó el cuarto asiento. Tenía la nariz roja y los ojos pequeños y chispeantes.

—Es delicioso poder cenar en tan amable compañía —murmuró haciendo un ademán con el brazo que puso al descubierto su puño almidonado—. Cuando uno se hace viejo, la soledad es insoportable. Sólo cuando se es joven puede uno permitirse el lujo de pensar. Después sólo se puede pensar en una cosa: en la vejez.

—El trabajo es siempre una buena distracción —dijo Andrews.

—El trabajo es una forma de esclavitud. Cualquier trabajo es eso nada más: esclavitud. ¿De qué sirve tener talento si lo vende uno al primer postor?

—¡Tonterías! —exclamó Heineman sirviéndose vino de otra botella.

Andrews miraba a una muchacha sentada a la mesa próxima, frente a un soldado francés de tez muy pálida que se parecía a ella extraordinariamente. La joven tenía los pómulos salientes. En su frente, bajo la piel ligeramente aceitunada, casi se entreveía la forma del cráneo. Llevaba su abundante cabello castaño recogido en un moño. Hablaba despacio, y cuando sonreía apretaba los labios. Comía deprisa y pulcramente, como suelen hacer los gatos.

El restaurante se llenó por fin por completo. La camarera y el dueño, un hombre grueso con una faja roja arrollada a la cintura, se movían con dificultad por entre las mesas. En un rincón, una mujer de tez pálida como la de un muerto y mirada provocativa reía sin cesar con una risa ronca y fuerte. Por la expresión de sus ojos se adivinaba que tomaba estupefacientes. Llevaba un sombrero adornado con plumas que en otro tiempo fueron blancas. Tenía la cabeza apoyada contra la pared. El rumor de los platos y de los vasos era constante. Olía a comida, a vino y a trajes de mujer.

—¿Quiere usted que le diga lo que realmente hice con su amigo? —murmuró Heineman acercándose a Andrews.

—Espero que no le habrá arrojado al Sena.

—Comprendo que no me he portado con él amablemente, pero, ¡qué diablos!, tampoco era muy amable su actitud al no querer beber. Estar junto a un hombre que no bebe es perder el tiempo. Pues bien, le llevé a un café y le dije que iba a telefonar. Le pedí que me aguardase. Supongo que debe de estar todavía esperando. Era uno de los peores cafés del bulevar Clichy —añadió riendo. Y con su francés gutural empezó a explicar la aventura a monsieur Le Guy. Andrews enrojeció de cólera, pero luego se echó a reír.

Heineman había empezado a cantar:

*Simbad estaba mal en Tokio y en Roma,
y se sentía mal también en Trinidad,
mas donde se encontraba peor era en su casa.
Simbad estaba mal en todos los lugares.*

Todo el mundo le aplaudió. La mujer de la tez pálida que estaba sentada en una esquina gritó: «¡Bravo, bravo!» Su voz era como la de una pesadilla.

Heineman saludó con una mueca burlona, levantando e inclinando la cabeza como algunas finuras chinas de porcelana.

—*Lui est Simbad* —gritó señalando a Henslowe con ampuloso ademán.

—Vamos, Heinz, sigue cantando —dijo Henslowe riendo.

*Altas muchachas morenas
en las costas italianas
y rubias holandesitas
a orillas del Zuiderzee*

Los aplausos se repitieron. Andrews seguía mirando a la muchacha que se hallaba sentada a la mesa vecina. Sofocada por la risa, se tapaba la boca con un pañuelo y repetía una y otra vez:

—*O qu'il est drôle, celui-là! Qu'il est drôle!*

Heineman cogió un vaso, y antes de vaciarlo de un trago lo levantó para brindar. Muchos se pusieron en pie para llenar sus vasos de vino tinto o blanco. El soldado francés sentado a la mesa vecina cogió la cantimplora que había dejado en el suelo y la colgó al cuello de Heineman. Éste, cada vez más sofocado, saludó en todas direcciones y se puso a cantar. Esta vez, su tono fue más solemne:

*Hulas, hulas y hulas temblaban en sus labios.
Sus redondas caderas quitáronle el sentido.*

Empezó a bailar. Su cuerpo rechoncho se estremeció al ritmo de una imaginaria música sincopada. La mujer del rincón siguió el compás moviendo los brazos, que tenía levantados sobre su cabeza.

—Parece una encantadora de serpientes —dijo Henslowe.

*¡Oh! Todas las mujeres alegres le adoraban.
Podía volver locas a un tiempo a diez mujeres.
Simbad estaba mal en todos los lugares.*

Heineman volvió a agitar los brazos, señaló a Henslowe y se dejó caer en su asiento, diciendo teatralmente:

—*C'est lui Simbad.*

La muchacha de la mesa vecina se cubrió la cara con el mantel, estremecida por la risa. Andrews oyó que su vocecilla exclamaba entrecortadamente:

—*O qu'il est rigolo!*

Heineman se quitó la cantimplora y se la entregó a su vecino, el soldado francés, diciendo solemnemente:

—*Merci, camarade.*

—*Eh bien, Jeanne, c'est temps de ficher le camp* —dijo el francés a su

compañera. Ambos se levantaron. Él estrechó la mano de los americanos. Andrews miró a la muchacha, y los dos se echaron a reír. Andrews la siguió con los ojos. Le impresionó su manera de andar, tan erguida, tan ligera.

Andrews y sus amigos salieron casi inmediatamente.

—Tenemos que darnos prisa para llegar al *Lapin Agile* antes de que cierren. Tengo necesidad de beber unas copas —dijo Heineman, hablando todavía en tono teatral.

—¿Ha sido usted artista alguna vez? —preguntó Andrews.

—¿A qué clase de arte se refiere, caballero? Porque ahora también soy artista. Artista fotógrafo, nada menos. Y cuando por fin se decidan a firmar la paz, Moki y yo pensamos dedicarnos al cine.

—¿Quién es Moki?

—Moki Hadj, la dama del traje rosado —dijo Henslowe al oído de Andrews, como hubiera podido hacer el apuntador durante una representación—. Tiene un cachorro de león que se llama *Bubu*.

—Nuestro primogénito —dijo Heineman.

Las calles estaban desiertas. Un fino rayo de lima surgía de vez en cuando por entre densas nubes, iluminando las casas bajas, las calles de tosco empedrado y los escalones que, alumbrados por extrañas luces colocadas en las paredes, conducían al Cerro.

Ante la puerta del *Lapin Agile* había un gendarme. En la calle se veían unos grupos que acababan de salir del local, oficiales americanos y mujeres de la Y. M. C. A. con algunos franceses.

—Vamos —gruñó Heineman—, llegaremos tarde.

—¿Qué importa, Heinz? —dijo Henslowe—. Le Guy nos llevará a ver a De Clocheville, como la otra noche. ¿Verdad, Le Guy? —y Andrews le oyó añadir, dirigiéndose a un individuo en quien no reparó hasta entonces—: Vamos, Aubrey. Después te presentaré a los demás.

Siguieron calle arriba. La atmósfera olía a jardines húmedos. El silencio sólo era roto por el crujir de los pies sobre los guijarros. Heineman abría la marcha, bailando una especie de giga. Se detuvieron ante una casa muy alta, de aspecto señorial y subieron una desvencijada escalera de madera.

Andrews oyó decir a Aubrey:

—Hablando de chismes de actualidad... amigo mío, que conoce bien el asunto, me dicho que la Conferencia de la Paz...

A juzgar por su acento y por la manera pronunciar la erre, era de Chicago.

—Cuenta, cuenta... —dijo Henslowe.

—¿Has dicho que la Conferencia de la Paz no es más que un chisme de actualidad? —gritó Heineman, que seguía a la cabeza del grupo, subía la escalera

resoplando.

—Calla, Heinz.

Subieron los escalones que conducían a la puerta de una espaciosa buhardilla. El suelo de ésta era de ladrillos. Un hombre alto y delgado vestido con una bata de color castaño que parecía el hábito de un monje, salió a recibirlos. Una única vela iluminaba la habitación. Su resplandor hacía que las sombras de los cuerpos que se movían de uno a otro lado adquiriesen formas fantásticas al proyectarse en las paredes. Es una de éstas había tres altas ventanas cuyos cristales, alguno de ellos rotos y sustituidos con periódicos, llegaban del suelo al techo. En la pared de enfrente había dos canapés materialmente cubiertos de mantas; junto a otra pare una masa confusa de telas pintadas, cuadro amontonados unos sobre otros.

*C'est le bon vin, le bon vin,
c'est la chanson du vin.*

cantaba Heineman. Se sentaron en los canapés El alto individuo de la bata de color castaño sacó una mesa de las sombras, colocó sobre ella unas botellas oscuras y unos vasos pesados y acercó una banqueta, en la que tomó asiento.

—Le gusta vivir así... Dicen que nunca sale a la calle. Se queda aquí y pinta... Cuando vienen amigos a verle, les sirve vino y les cobra el doble de lo que vale. Eso explica que pueda seguir viviendo.

El aludido sacó unos cabos de vela de un cajón de la mesa y los encendió. Andrews vio que sus piernas, bajo el gastado borde de la bata, estaban desnudas. El resplandor de las velas iluminaba el rostro de los hombres y los amarillos, los verdes de los cuadros colgados de las paredes, en donde se proyectaba la sombra de unos tarros llenos de pinceles.

—Y volviendo al chisme de actualidad, Henny —siguió diciendo Aubrey—, me consta que nuestro presidente va a abandonar la Conferencia, pero que antes de hacerlo piensa decir a todos que son unos canallas. Luego saldrá a los acordes de la Internacional, que interpretará una banda.

—¡Cielos! ¡Eso es una noticia asombrosa! —gritó Andrews.

—Es como reconocer abiertamente a los soviets —dijo Henslowe—. Desde luego, me voy con la misión de la Cruz Roja que va a salvar los pobres rusos que se mueren de hambre. ¡Estupendo, chico! Te escribiré una postal desde Moscú. Andy, suponiendo que permitan allí el uso de postales. A lo mejor lo consideran un lujo burgués.

—Tengo quinientos dólares en títulos rusos. Me los dio una muchacha llamada Vera. Si vuelve el zar, valdrán cinco millones, o tal vez diez o quince. Soy partidario del padrecito blanco —gritó Heineman—. Moki dice que está vivo; que Savarof le

tiene encerrado en el Ritz. Y Moki sabe siempre lo que dice.

—Moki sabe muchas cosas, desde luego —dijo Henslowe.

—Pensadlo bien —dijo Aubrey—. Eso significa la revolución mundial, con los Estados Unidos a la cabeza. ¿Qué os parece?

—Moki no lo cree así —dijo Heineman—. Y Moki sabe siempre lo que dice.

—Ella sólo sabe lo que pueden decirle una pandilla de reaccionarios partidarios de la guerra —repuso Aubrey—. En cuanto a la noticia que os he dado, me la dio a su vez un amigo mío, que se hospeda en el *Crillon* (quisiera poder daros su nombre), y que acaba de saberla por boca de... En fin, ya puedes imaginártelo —dijo volviéndose hacia Henslowe, que sonrió comprensivamente—. En estos momentos hay una comisión en Rusia tratando la paz con Lenin.

—¡Eso es una canallada! —gritó Heineman dando tal puñetazo sobre la mesa que hizo caer al suelo una botella.

Sin hacer comentarios, el individuo larguirucho recogió pacientemente los pedazos de vidrio.

—Puedo asegurar que una nueva era se abre ante nosotros —siguió diciendo Aubrey—. El antiguo orden está a punto de desaparecer, vencido por un cargamento de penalidades y de crímenes... Éste es el primer paso importante en pro de un mundo nuevo y mejor. No existe otra alternativa, ni se presentará una oportunidad mejor. Hemos de seguir adelante, valientemente o hundirnos en los horrores de la anarquía y guerra civil. La paz, o la era de las tinieblas otra vez.

Hacia rato que Andrews sentía sueño, se tumbó en el canapé y se tapó con una manta. Las voces que discutían acaloradamente y pronunciaban frases enfáticas sonaron vagamente sus oídos. Al fin se quedó dormido.

Cuando despertó fijó los ojos en un techo desconocido, cuya pintura estaba desconchada e muchos lugares. Al principio no acertó a discernir dónde podía hallarse. En el canapé de lado, envuelto en otra manta, Henslowe dormía también. El silencio sólo estaba turbado por fuerte respiración de Henslowe. Por las amplias ventanas entraba a raudales la luz gris y plateada. Al mirar al exterior divisó Andrews un cielo parcialmente cubierto de nubes grises brillantes. Se sentó con cuidado. Durante la noche debió quitarse la guerrera, las botas y las polainas, que estaban en el suelo, junto al canapé. La mesa y las botellas habían desaparecido. El individuo larguirucho no se veía por ninguna parte.

Andrews se acercó a la ventana. Llevaba puestos los calcetines, pero no los zapatos. París era a sus pies como una alfombra turca de color ceniciento. Una faja de plateada neblina señalaba el río. Por entre la neblina, como un hombre tulle vadease las aguas, surgía la torre Eiffel. Aquí y allá se elevaban hacia el cielo columnas de humo pardo y azulado, que se perdían en el palio de niebla oscura que se extendía sobre las casas. Andrews permaneció mucho rato apoyado en el alféizar de la

ventana, hasta que oyó tras él la voz de Henslowe.

—*Depuis le jour où je me suis donnéé.*

—Eso me recuerda a Louise.

Andrews se volvió. Henslowe estaba sentado ni el borde del canapé, con el pelo en desorden, peinándose el sedoso bigotillo con un peine de bolsillo.

—¡Atiza! Me duele la cabeza —dijo—. Tengo la lengua como un rallador. ¿Y tú?

—Yo, no. Me siento como un gallo de pelea.

—¿Qué te parece si fuéramos al Sena y nos turnáramos en el establecimiento de Benny Franklyn?

—¿Qué es eso? Parece prometedor.

—Te garantizo el mejor desayuno de tu vida.

—¡Magnífico! Pero, dime, ¿dónde están los demás?

—Supongo que el amigo Heinz estará con su Moki. En cuanto a Aubrey, habrá vuelto al *Crillon* en busca de más chisme de actualidad, hice que a las cuatro de la madrugada se retiran los borrachos, y que ésa es la mejor hora para el buen periodista.

—¿Y el individuo que parecía un monje?

—Cualquiera da con él.

La calle estaba llena de hombres y muchachas que sin duda se dirigían al trabajo. Todo brillaba, y parecía recién barrido. De las panaderías que hallaban al paso salía un delicioso olor a pan caliente; de los cafés, un agradable aroma de café tostado. Cruzaron los mercados, llenos de carretones que avanzaban de un lado a otro y mujeres con capazos de malla llenos de verduras. El ambiente estaba saturado de un extraño olor, mezcla de hojas de col aplastada, zanahorias y barro húmedo. En los quais soplaba una brisa fría y cortante, que hizo enrojecer sus mejillas y dejó sus manos heladas.

El establecimiento de baños estaba instalado en una gran barcaza, en la que se había construido una vivienda en forma de rombo. Para llegar hasta ella tuvieron que atravesar una especie de andamiaje de madera, en donde se veían varias macetas de geranios. El encargado les dio dos habitaciones vecinas, en la cubierta inferior pintada de gris. A través de los cristales de las ventanas, empañados por el vapor, Andrews pudo ver las aguas verdes del río. Rápidamente se despojó de sus ropas. La bañera era de cobre barnizado y su parte interior de metal blanco. El agua salía por dos grifos de cobre que tenían la forma del cuello de un cisne. Cuando Andrews iba meterse en el agua caliente y verdosa, abrió una ventanilla que daba a la habitad vecina y Andrews oyó a Henslowe que decía:

—Para que luego hablen de modernismos. Aquí puede uno charlar mientras se baña.

Andrews se enjabonó con soltura, empleando una pastilla de jabón rosado, y

chapoteó en agua como si fuera un niño. Después se puso de pie, se enjabonó todo el cuerpo, y se hundió en la bañera, salpicando de agua el sueño.

—¿Qué es eso? ¿Has creído que eres una foca? —gritó Henslowe.

—¡Es todo tan absurdo! —gritó Andrews, riendo como un loco—. Moki tiene un cachorro león llamado *Bubu*. Nicolás Romanoff vive en Ritz. Y una Revolución ha de estallar pasado mañana a las doce del día exactamente.

—Dejémoslo para el primero de mayo —respondió Henslowe chapoteando—. ¡Atiza! ¡Con que a mí me gustaría ser Comisario del Pueblo! Sería capaz de liar hasta al propio Gran Lama del Tíbet.

—¡Oh, es todo tan deliciosamente absurdo! —gritó Andrews, hundiéndose otra vez en la bañera.

II

Dos policías militares pasaron ante la ventana. Andrews contempló sus pistolas, de amarilla piel de cerdo, hasta que desaparecieron, y sintió la alegre seguridad de saberse a salvo. La figura del camarero que estaba de pie junto a la puerta, con una servilleta en el brazo, contribuyó a aumentar esa sensación de seguridad, hasta el punto de hacerle sonreír. Sobre la mesa de mármol tenía un pequeño vaso de cerveza, una cartera llena de hojas de papel pautado y unos cuantos lápices amarillos. La cerveza, de color topacio a la pálida luz grisácea que penetraba por la ventana, proyectaba sobre la mesa un reflejo amarillo claro con un círculo brillante en medio. Afuera, por el bulevar, pasaban rápidamente los transeúntes. Algún carretón vacío, que sin duda volvía del mercado, pasaba también de vez en cuando. Sentada en un banco, una mujer envuelta en su toquilla de punto negro, con un montón de periódicos sobre las rodillas, contaba amorosamente unas monedas.

Andrews miró el reloj. Le faltaba una hora para acudir a la Schola Cantorum.

Se levantó, pagó al camarero su consumición y echó a andar por el centro del bulevar, pensando amablemente en las páginas que había escrito, y en las que iba a escribir. Se sentía dichoso, contento de vivir.

La mañana era gris. Nieblas amarillentas triunfaban por doquier. En el suelo húmedo se reflejaban con toda claridad los trajes de las mujeres, las piernas de los hombres y las líneas quebradas de los taxis. En un puesto de flores, las violetas y los claveles rojos y rosados ponían el suelo, de un gris pardusco, irregulares manchas de color. Al pasar junto al puesto de flores percibió Andrews un ligero olor a violetas, y recordó entonces que se aproximaba la primavera, aquella primavera de la que no quería perder ni un solo instante. Se dijo que la seguiría paso a paso, desde el momento en que apareciesen las primeras violetas. Tenía que vivir, que vivir intensamente, para recuperar los años que había perdido.

Siguió paseando por el bulevar. Recordaba perfectamente cómo aquella noche, en el restaurante, la muchacha a quien un soldado llamó Jeanne había correspondido a su carcajada y le había mirado con simpatía. En aquellos momentos le hubiese gustado pasear con una muchacha así por el bulevar, en la mañana brumosa riendo...

Vagamente se preguntó en qué parte de París debía de hallarse, pero era demasiado dichoso para que la idea le preocupara. ¡Qué hermosas y qué largas eran esas horas tempranas del día!

En un concierto de la Sala Gaveau escuchó el día anterior los *Nocturnos*, de Debussy, y *Les Sirènes*. En aquellos ritmos se centralizaban a la sazón todos sus pensamientos. Ante el fondo de la calle gris y de la niebla pardusca que velaba toda perspectiva, empezaron a surgir ritmos de su propia invención, modulaciones, frases luminosas, que nacían para desvanecerse al instante, pero que, al triunfar del estrépito

de la calle, eran por un momento como fastuosos estandartes que alguien agitase sobre su cabeza.

Observó que pasaba ante un edificio de grandes proporciones y largas hileras de ventanas, a cuya puerta se congregaban grupos de soldados norteamericanos. Inconscientemente apresuró el paso, temeroso de tropezar con algún oficial a quien tendría que saludar. Pasó junto a los soldados sin mirarlos. Una voz le obligó a detenerse.

—¡Eh, Andrews!

Al volverse se encontró con un muchacho de baja ja estatura y cabello rizado. Su rostro no le era desconocido, pero no acertó a identificarle. Había abandonado uno de los grupos para acercarse a él.

—¡Hola, Andrews! Tu nombre es Andrews, verdad?

—Sí —repuso Andrews, y, tratando de recordar, estrechó la mano que le tendían.

—Me llamo Fuselli... ¿Te acuerdas de mí? La última vez que te vi marchabas al frente con Chrisfield... Chris, como le llamábamos. Fue en Cosne, ¿no recuerdas?

—Claro que sí.

—Y bien, ¿cómo anda Chris?

—Le han hecho cabo —dijo Andrews.

—¡Maldita sea! ¡Y pensar que una vez estuve yo también a punto de serlo!

Fuselli llevaba un pantalón de color pardo aceitunado bastante sucio, unas bandas mal arrolladas a los tobillos y el cuello desabrochado. Su camisa azul olía a grasa rancia. Andrews reconoció inmediatamente aquel olor: era el de las cocinas del Ejército. Se vio a sí mismo haciendo cola, en la mañana fría y oscura, y oyó el ruido del rancho al caer en las cazuelas...

—¿Por qué no te ascendieron, Fuselli? —preguntó con voz forzada tras una breve pausa.

—¡Qué sé yo! Supongo que caí en desgracia.

Se habían apoyado en un muro bastante sucio del edificio. Andrews miró a sus pies. El bario del suelo había salpicado la parte inferior de la pared hasta formar en ella como una especie de friso que Andrews se entretenía en rascar con el zapato.

—Bueno, ¿cómo van las cosas? —preguntó de pronto, levantando la cabeza para mirar a su interlocutor.

—He estado en un batallón de trabajo. Con eso está dicho todo.

—¡Sí que es mala suerte!

Andrews deseaba profundamente alejarse. Tenía miedo de llegar tarde adonde se dirigía. Pero no acertaba a despedirse.

—Contraje una enfermedad... —dijo Fuselli irónicamente—. Creo que todavía estoy mal Me clasificaron en G. O. 42. Es indecente la forma en que le tratan a uno, ¿verdad? Como un trapo sucio.

—¿Estuviste en Cosne todo el tiempo? Es colmo de la mala suerte, Fuselli.

—Cosne es un agujero inmundo, desde luego. Tú, en cambio, habrás estado en el frente y ni habrás podido luchar. ¡Voto al diablo! ¡Cuánto te habrás alegrado de no pertenecer a Sanidad!

—No sé si me alegro de haber estado en frente. Supongo que sí.

—La verdad es que lo pasé bastante mal hasta que llevaron a cabo la investigación de mi caso. Los consejos de guerra son muy severos, aun después del armisticio... ¡Dios! ¿Por qué no nos mandarían a casa de una vez?

Una mujer vestida de azul pasó junto a ellos, Andrews vio una cara empolvada y unas caderas tan ondulantes que parecían temblar con la jalea, bajo la falda azul, cada vez que uno de sus altos tacones pisaba el suelo.

—¡Atiza! ¡Pero si es Jenny! Menos mal que no me ha visto —dijo Fuselli riendo—. Tenía una cita con ella una noche de la semana pasada, pero estaba borracho y no acudí.

—¿No te hace daño emborracharte con la enfermedad que tienes?

—¡Bah! ¿Qué más da? Todo me importa un bledo.

—Pero, hombre... —Andrews se interrumpió de pronto y añadió en otro tono—: ¿En qué destacamento estás ahora?

—En el servicio permanente del K. P. —dijo Fuselli, señalando con su dedo pulgar la puerta del edificio ante el cual se hallaban—. No está del todo mal. Dos días libres, buena comida, nada de instrucción... Al menos come uno cuanto quiere. Claro que vaciar la basura y andar siempre con la pala en la mano no es muy saludable. La prueba es que me he quedado en los huesos.

—Pronto volverás a casa. No pueden licenciarte hasta que te curen.

—Cualquiera sabe lo que puede pasar. Dicen que algunas enfermedades de esta clase son incurables.

—¿No encuentras tu trabajo actual demasiado monótono?

—¡Bah! No es peor que otros. Y tú, ¿qué haces en París?

—Destacamento universitario.

—Y eso, ¿qué es?

—Soldados que deseaban estudiar en las universidades de aquí y que lo consiguieron...

—¡Caray! Pues me alegro de no estar en tu pellejo. Cualquiera vuelve al colegio otra vez.

—Bueno, adiós, Fuselli.

—Adiós, Andrews.

Fuselli se volvió y se dirigió al grupo de individuos que seguían charlando junto a la puerta, Andrews se alejó apresuradamente. Al llegar a esquina se volvió para mirar, y vio a Fuselli con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas, recostado en el

muro cercano a la puerta del cuartel.

III

La lluvia, al caer dentro del tenue círculo luminoso de los faroles, brillaba como hilillos de oro en el fondo oscuro. Andrews estaba ensordecido con el ruido que producía el agua correr por cañerías y canalones y por el incesante batir de la lluvia sobre el pavimento. Como era bastante tarde, todo estaba cerrado, incluso las persianas de los cafés. Andrews llevaba la gorra chorreando. El agua le resbalaba por la frente y por ambos lados de la nariz y nublaba sus ojos. Sintió los pies empapados, lo mismo que las rodillas, que recibían toda el agua que chorreaba el borde de su abrigo. La calle extendía ante él, ancha y oscura, iluminada por el ocasional reflejo verdoso de un farol. Al avanzar a grandes zancadas se dio cuenta de que lo hacía al mismo compás de una mujer que llevaba un paraguas abierto. La figura de ésta era grácil, y sus pasos, cortos pero decididos cruzar el bulevard. Cuando Andrews observó su presencia sintió una súbita y loca esperanza. Recordó el escenario de un pequeño teatro vulgar las potentes luces de las candilejas y el cutis moreno pintado de la muchacha. El color de aquella tez le hizo pensar en unas anchas planicies bañadas por el sol y en las danzarinas de los vasos griegos. Desde que vio por primera vez a aquella muchacha —y de esto sólo hacía dos días— no dejaba de pensar en ella. No desistió hasta saber su nombre: Naya Selikoff.

Al mirar a la mujer que caminaba tan cerca él sintió una absurda esperanza. Pensó que podía ser la muchacha que danzando sobre sus ágiles tobillos había monopolizado sus pensamientos.

La miró con los ojos todavía nublados por la lluvia. Evidentemente, había sido un estúpido, era demasiado temprano. A aquella hora, ella estaría trabajando aún en el teatro. Otros ojos ansiosos contemplarían su grácil figura, otras manos anhelarían acariciar su piel bronceada.

Siguió avanzando bajo el fuerte aguacero que azotaba su rostro y sus manos. Un escalofrío recorrió su espalda. Se estremeció ante el intenso y repentino vértigo del deseo, y crispó las manos en el fondo de los bolsillos de su abrigo. Se sintió morir. Fue como si se hinchasen sus venas y la sangre estuviese a punto de estallar. El agua, al caer, formaba como una cortina de abalorios. El rumor de las gotas ponía sus nervios en tensión y producía en su piel un ligero cosquilleo. En el murmullo del agua que corría entre caños y canalones creyó oír el eco de varias orquestas tocando voluptuosas melodías. La misma ardiente excitación de sus sentidos creaba en sus oídos la ilusión de unos ritmos febriles.

—*Oh, ce pauvre poilu! Qu'il doit être mouillé* —murmuró tras él una vocecilla trémula.

Andrews se volvió. La muchacha le ofrecía el amparo de su paraguas.

—*Oh, c'est un américain!* —dijo ella, hablando aún como consigo misma.

—*Mais ça ne vaut pas la peine.*

—*Mais oui, mais oui.*

Andrews se situó bajo el paraguas.

—Permítame que lo lleve yo.

—Bien.

Andrews cogió el paraguas y la miró. La sorpresa le inmovilizó.

—¡Pero si es la joven de Le Rat qui Danse!

—Y usted es el muchacho que estaba con el que cantaba en la mesa vecina a la nuestra.

—Tiene gracia, ¿verdad?

—*Et celui-là! Oh, il était rigolo...*

Se echó a reír. Su cabeza, tocada con un sombrero negro y redondo, se agitó bajo el paraguas. Andrews también se echó a reír. Al cruzar el bulevard Saint Germain estuvieron a punto de ser atropellados por un taxi, que los salpicaron de barro. Ella apretó el brazo de su acompañante y se detuvo para reír.

—*Oh, quelle horreur! Quelle horreur!* —exclamó una y otra vez. Andrews no pudo contener la risa—. Por favor, tenga el paraguas derecho —dijo ella—. Está usted dejando que se moje mi mejor sombrero.

—Se llama usted Jeanne, ¿verdad?

—¡Impertinente! Supongo que oyó cómo mi hermano me llamaba. ¡Pobrecillo! Volvió al frente aquella misma noche. Es muy inteligente. Y sólo tiene diecinueve años. ¡Dios mío, qué feliz soy al pensar que ha terminado la guerra!

—¿Es usted mayor que él?

—Sí, tengo dos años más. Soy el cabeza de familia. Una grave responsabilidad, créame.

—¿Siempre ha vivido en París?

—No, somos de Lyon, pero la guerra...

—¿Refugiados?

—No nos llame usted así. Nos gusta trabajar, —Andrews se echó a reír—. ¿Va usted muy lejos? —preguntó ella mirándole fijamente.

—No. Vivo por aquí. Y me llamo como usted.

—¿Jean? ¡Qué cosa más graciosa!

—Y usted, ¿adónde va?

—A la Rué Descartes. Detrás de St. Etienne.

—Cerca de mi casa.

—Le ruego que no me acompañe. La portero es una verdadera fiera. Etienne la llama madame Clemenceau.

—¿Quién? ¿Saint Etienne?

—¡Oh! No sea usted bobo. Me refiero a mi hermano Etienne, es tipógrafo de

L'Humanité. Y además socialista.

—¿De veras? Leo a menudo L'Humanité.

—¡Pobrecillo! Juraba que nunca sería soldado. Su plan era marchar a América.

—Nada hubiese solucionado con ello —dijo Andrews amargamente—. Y usted, ¿qué hace?

—¿Yo? —dijo ella con súbita amargura y gesto arisco—. ¿Por qué he de decírselo? Trabajo en un taller de modista.

—¿Como Louise?

—¿Conoce usted la obra? ¡Oh, cuánto lloré al verla!

—¿Por qué la entristeció?

—¡Oh! Pues la verdad es que no lo sé. Estoy aprendiendo taquigrafía y... Pero ya hemos llegado.

La gran mole del Panteón surgía entre la lluvia ante ellos. Divisaron también el campanario de Saint Etienne-du-Mont. Continuaba lloviendo torrencialmente.

—Estoy chorreando —dijo Jeanne.

—Escuche. Pasado mañana ponen Louise en Ópera Cómica. ¿Quiere acompañarme?

—No. Lloraría demasiado.

—Yo también lloraré.

—Pero es que...

—Por el armisticio —la interrumpió Andrews.

Ambos se echaron a reír.

—Perfectamente. Espéreme en el café que hay al final del bulevar Michelet, a las siete y cuarto. Claro que lo más probable es que no acuda usted a la cita.

—Le juro que sí —dijo Andrews ansiosamente.

—Ya lo veremos —repuso ella, alejándose por una calle cercana a St. Etienne-du-Mont.

Andrews quedó solo. Entre el estruendo de la lluvia y el ruido tumultuoso del agua en los canalones, se sentía tranquilo y en calma.

Cuando llegó a su habitación se dio cuenta de que no tenía cerillas. Por la ventana, a través de la cual podía oír el murmullo constante de la lluvia al caer en el patio, no penetraba un solo rayo de luz. Tropezó con una silla.

—¿Estás borracho? —preguntó Walters. Su voz sonó apagada. Evidentemente, tenía la cabeza tapada con las sábanas—. Encontrarás cerillas sobre la mesa.

—¿Y dónde diablos está la mesa?

Por fin logró dar con ella, y tanteando con una mano encontró la caja de cerillas.

La llama roja y blanca casi le cegó. Parpadeó. Unas gotas de lluvia brillaban todavía en sus pestañas. Cuando hubo encendido una vela y colocado ésta sobre la mesa, junto a unos papeles de música, se desnudó.

—Acabo de conocer a una chica encantadora, Walters —dijo, mientras, completamente desnudo junto al montón de su ropa, se secaba con una toalla—. Estaba calado hasta los huesos... Te aseguro que es la persona más simpática que he conocido desde que estoy en París.

—Creí que no querías complicarte la vida con mujeres.

—Con mujeres públicas, debí decir.

—¿Y qué otra cosa puede ser ésa que acabas de conocer, si la has conocido en la calle?

—No seas absurdo.

—Creo que en este maldito país no hay ninguna mujer decente. ¡Dios! Tengo ganas de tropezar con una dulce muchachita americana —Andrews no respondió. Apagó la vela y se metió en la cama—. Te advierto que he encontrado trabajo —continuó Walters—. Desde hoy presto servicio en las oficinas del Destacamento Universitario.

—¿Por qué diablos has dicho eso? Creí que habías venido para estudiar en la Sorbona.

—Desde luego. Y asisto a todas las clase. Pero me gusta estar bien situado en el Ejército. Para que nadie me tome la delantera, ¿comprendes?

—Puede que tengas razón.

—La tengo, amigo. El único modo de salir adelante es estar ojo avizor y no dejar que tus superiores olviden que existes. ¡Cualquiera sabe! A lo mejor un día de éstos se arma un nuevo jaleo. Esos endiablados alemanes no parecen demasiado resignados, a pesar de lo mucho que el Presidente ha hecho en su favor. En todo caso, espero salir de aquí con los galones de sargento.

—Bueno, voy a dormir —dijo Andrews hoscamente.

John Andrews se hallaba sentado a una mesa en la terraza del café de Rohan. El sol se había puesto ya. Todo en torno suyo estaba bañado por una luz violada y por tristes sombras verdosas. En el cielo, de un brillante color lila, flotaban algunas nubes ambarinas. Las luces de los escaparates del *Magazin du Louvre*, situado en la acera de enfrente, estaban encendidas, y los cristales brillaban como espejos en la creciente oscuridad.

En el peristilo del Palais Royal, las sombras eran cada vez más profundas y el frío se hacía más intenso. Una oleada de gente entraba sin cesar en el Metro y salía de él. Los autobuses verdes, repletos de pasajeros, pasaban sin cesar. El estruendo del tráfico, el sonido de las pisadas y el rumor de las voces eran para Andrews como una melodía... Música de baile...

Súbitamente vio ante sí al vendedor de conejos. Un animalillo colgaba olvidado de un extremo del tubo de goma.

—*Et ça va bien, le commerce?* —preguntó Andrews.

—Regular —repuso el vendedor, mientras distraídamente hacía dar al conejo un salto mortal. Andrews contempló durante unos instantes a la gente que entraba en el Metro—. ¿Se divierte el caballero en París? —preguntó tímidamente el vendedor de conejos.

—¡Oh, sí! ¿Y usted?

—No puedo quejarme —respondió sonriendo el vendedor—. Las mujeres están bellísimas a esta hora de la tarde —añadió con timidez.

—No hay nada tan hermoso... como un atardecer en París.

—O como las mujeres parisienses —dijo vendedor con los ojos brillantes—. Pero, perdóneme, señor —añadió—. He de procurar vender mi mercancía.

—*Au revoir* —dijo Andrews tendiéndole la mano.

El vendedor de conejos se la estrechó calurosamente y se alejó haciendo saltar a uno de los animalitos por el bordillo de la acera. Pronto se perdió entre la multitud.

En la plaza empezaban a encenderse los arcos voltaicos. Tras el enrejado brillaban los globos como otras tantas lunas sobre el pavimento.

Henslowe ocupó una silla vacía junto a Andrews.

—¡Hola! ¿Cómo anda Simbad?

—Simbad sigue en funciones, muchacho. Per dime, ¿no estás helado?

—¿Qué diablos quieres decir, Henslowe?

—Que debes de tener mucho calor, para estar aquí sentado con este clima casi polar.

—Nada de eso. Pero, dime, ¿cómo te van las cosas? —preguntó Andrews riendo.

—Mañana salgo para Polonia.

—¿Cómo?

—Sí, encargado de conducir un tren de abastecimiento de la Cruz Roja. Te advierto que si quieres acompañarme estamos a tiempo. Vamos a la Cruz Roja antes de que se vaya el comandante Smithers. O tal vez sea mejor que le invitemos a cenar.

—Pero, Henry, yo prefiero quedarme aquí.

—¿Por qué te empeñas en permanecer en este agujero?

—Porque me encanta. El curso de orquestación a que asisto es todavía mejor de lo que me figuraba; conocí el otro día a una chica estupenda, y, además, París me tiene loco.

—Te advierto que si te metes en un lío de mujeres te romperé la cabeza con una cachiporra polaca. Comprendo que hayas conocido a una chica... Yo conozco muchas. Pero también hay chicas en Polonia, y hasta podremos bailar con ellas la polonesa.

—No, no. Ésta a que me refiero es encantadora. Tú también la conoces. Estaba con un soldado en *Le Rat qui Danse* la noche que estuvimos allí. El día de mi llegada precisamente. Después fuimos juntos a ver *Louise*.

—Me figuro que sería algo muy sentimental. ¡Por vida de...! Reconozco que también yo tengo aventurillas de vez en cuando, pero nunca permito a una mujer que me complique la existencia —murmuró Henslowe con enojo. Ambos quedaron silenciosos durante un momento—. Te veo peor que Heinz con su Moki y su *Bubu*, el cachorro de león —añadió Henslowe—. A propósito, ¿sabes que éste ha muerto? Bueno, ¿quieres que cenemos juntos?

—Estoy comprometido con Jeanne... He de encontrarme con ella dentro de media hora. Lo siento. Henry. Pero ¿por qué no cenas con nosotros?

—¡Menudo panorama! No, no. Tendré que buscar a ese idiota de Aubrey y soportar sus noticias sobre la Conferencia de la Paz. Heinz no se atreve a dejar a Moki. La pobre tiene ataques de histerismo desde que ha perdido a *Bubu*. Probablemente no tendré más remedio que ir a ver a Berthe. Eres un mal amigo.

—Mañana organizaremos una fiesta de despedida en tu honor, Henry.

—Espera un momento. Olvidaba un encargo que tengo para ti. Aubrey te espera en el *Crillon* mañana a las cinco. Quiere que conozcas a Geneviève Rod.

—¿Y quién demonios es Geneviève Rod?

—Que me ahorquen si lo sé. En fin, Aubrey dijo que te conviene conocerla. Es, según él, una intelectual.

—Lo que más odio en el mundo.

—Bueno, ya eres mayorcito para saber lo que debes hacer. ¡Hasta la vista!

Andrews permaneció un rato sentado en el café. Soplaba un airecillo helado. El cielo era ahora de un azul oscuro y profundo, y el pálido reflejo de los arcos voltaicos daba a todo un triste aspecto funerario. En el peristilo del Palais Royal, las sombras eran cada vez más severas y tristes. En la plaza iba escaseando el público. Las luces de los escaparates del *Magazin du Louvre* se habían apagado. Del interior del café salía un suave olorcillo a comida recién hecha que saturaba la fría atmósfera del exterior.

Andrews vio que Jeanne avanzaba por el suelo grisáceo de la plaza. Su silueta oscura y grácil resaltaba bajo las luces. Corrió precipitadamente a su encuentro.

La estufa redonda que había en el centro dejaba escapar un murmullo suave. Frente a ella dormitaba un gato blanco hecho una bola, en la que sólo resaltaban las manchas rosadas de las orejas y la nariz, parecidas a esas manchas que suelen tener los pétalos de las rosas blancas. A un lado de la estufa, junto a la mesa que había cerca de la ventana, estaba sentado un anciano de tez morena y pómulos salientes y rojos. Su traje, que apenas tenía forma de tal, era de pana, del mismo color oscuro de su piel. Tenía en las manos sarmentosas una cuchara, y con ella removía continuamente el líquido amarillo y humeante contenido en un vaso que tenía ante sí. Por la ventana que había a su espalda se divisaba el cielo plomizo de la tarde invernal y el granizo que caía azotando los cristales. Al otro lado de la estufa había un

mostrador de zinc, con botellas amarillas y verdes y un grifo de cuello muy largo, como el de una jirafa, junto a la columna de madera barnizada que decoraba el rincón. Sobre esta columna había una gran maceta de helechos. Desde el asiento que Andrews ocupaba, en un extremo de la habitación, veía el fondo de helechos de la parte izquierda de la ventana, el cual formaba oscuros encajes. En el lado derecho se distinguía el contorno sombrío de la cabeza del anciano, tocada con una gorra ladeada. La estufa ocultaba a sus ojos la puerta y el gato blanco y formaba el centro de su universo visible.

Sobre la mesa de mármol que Andrews tenía ante sí había unas rebanadas de pan tostado untadas de mantequilla, un tarro de mermelada de albaricoque y una taza de café con leche caliente del que salía una columnita de humo que se elevaba hacia el techo en forma de espiral. Llevaba la guerrera desabrochada, y tenía su cara apoyada en ambas manos, mirando a través de los dedos entreabiertos el montón de papel pautado lleno de notas, unas hechas con lápiz y otras con tinta. De vez en cuando anotaba algo con lápiz en los papeles. Junto al montón de hojas había dos libros, uno amarillo y el otro blanco y manchado de café.

El fuego seguía chisporroteando, el gato dormía y el anciano de la tez morena continuaba removiendo el líquido de su vaso y llevándose a los labios en contadas ocasiones. El batir del granizo en los cristales se hacía a veces tan intenso que podía percibirse en el interior. A través de la puerta trasera llegaba un rumor de platos y de cacharros de cocina.

El reloj de sucia esfera que colgaba sobre el espejo que había detrás del mostrador dejó oír una campanada. La media. Andrews ni siquiera levantó la cabeza. El gato siguió durmiendo frente a la estufa, que continuaba produciendo un monótono y amable murmullo. El anciano de la tez morena movía aún el líquido amarillo de su vaso. Las manecillas del reloj avanzaban cada vez más hacia la hora.

Andrews tenía las manos frías. Temblaban sus muñecas, y algo temblaba también dentro de su pecho. Era como si un rayo luminoso infinitamente potente, pero también infinitamente lejano, bañase lo más hondo de su ser, produciendo toda una gama de sonidos que le hicieran temblar hasta la misma punta de los dedos; sonidos perfectamente modulados, que formaban ritmo que se movían de un lado a otro, entrecruzándose como las olas del mar en una gruta; sonidos que iban cristalizando en armoniosas melodías.

Y, por encima de todo, la reina de Saba, surgida de una página de Flaubert, extendía su fantástica mano de uñas largas y doradas, y la apoyaba en el hombro de Andrews; y él avanzaba al margen de la vida. Pero la imagen era vaga como una sombra surgida entre el brillo de su mente.

Dieron las cuatro en el reloj.

El gato deshizo lentamente la bola que formaba su cuerpo y abrió los ojos. Los

tenía redondos y amarillos. Estiró una pata sobre el suelo de ladrillos, luego otra; sacó la garra de color gris rosado; levantó la cola hasta ponerla tiesa como el mástil de un barco, y con paso lento y ceremonioso se dirigió a la puerta.

El anciano de tez morena bebió de un trago el líquido amarillo y chascó ruidosa y gravemente.

Andrews levantó la cabeza, soltó el lápiz, se echó hacia atrás hasta apoyarse en la pared y estiró los brazos. Luego cogió la taza de café con ambas manos y bebió un sorbo. Estaba frío. Untó una tostada de mermelada y lamió la que había quedado en sus dedos. Después miró al anciano de tez morena y dijo:

—*On est bien ici, n'est-ce pas, monsieur Morue?*

—*Oui, on est bien ici* —repuso el anciano con voz áspera y desagradable. Luego se levantó con gran parsimonia y añadió—: Bien. Vuelvo a la barca. ¡Chipette!

—*Oui, monsieur.*

Por la puertecilla trasera entró corriendo una chiquilla que llevaba un delantal negro. Tenía la cabeza pequeña y alargada como una bala el cabello recogido en dos trenzas muy tiesas.

—Toma. Dale esto a tu madre —dijo el anciano de tez morena entregándole unas monedas.

—*Oui, monsieur.*

—Será mejor que se quede aquí. La temperatura es muy agradable —dijo Andrews bostezando.

—Tengo que trabajar. Sólo los soldados pueden hacer el vago —repuso el anciano con acritud.

Cuando se abrió la puerta penetró una ráfaga de aire helado. Se oyó el rugir del viento y el rumor del granizo al caer sobre el lodo. El gato se refugió de nuevo junto a la estufa, de espaldas a ella y agitando la cola. La puerta se cerró, y la oscura silueta del anciano, azotada por el viento, cruzó ante el espacio gris de la ventana.

Andrews se dispuso de nuevo a trabajar.

—Trabaja usted mucho, ¿verdad, monsieur Jean? —dijo Chipette, apoyando la barbilla en la mesa, junto a los libros, y mirándole con sus ojuelos brillantes como dos negros abalorios.

—Eso mismo me digo yo.

—Cuando sea mayor no quiero trabajar. Voy a pasarme todo el día paseando en coche.

Andrews se echó a reír. Chipette le miró un instante y se retiró llevándose la taza vacía.

El gato se había acurrucado frente a la estufa y se lamía rítmicamente una de las patas delanteras con su lengüecilla parecida a un pétalo de rosa.

Andrews silbó unas notas mirando al gato.

—¿Qué te ha parecido, *Mimet*? —dijo—. Es la reina de Saba... la reina de Saba. El gato se hizo otra vez una bola y se quedó dormido.

Andrews pensó en Jeanne y se sintió repentinamente más tranquilo. Siempre que paseaba con ella en el anochecer por calles llenas de mujeres y de hombres experimentaba la misma lánguida sensación de calma, y la tensión de sus nervios cedía. Ciertamente su proximidad le excitaba, pero de una manera dulce y suave que le hacía olvidar incluso la rigidez de sus miembros dentro del uniforme. Desaparecía todo deseo febril. Al sentir el contacto del cuerpo de Jeanne se dejaba arrastrar sin esfuerzo por la corriente de las vidas humanas que sentía palpar junto a él. Y era tal la languidez que experimentaba ante todos aquellos amores tranquilos, que hasta los ásperos muros de su personalidad se desplomaban, desapareciendo entre las brumas y la suave penumbra de las calles. Al pensar en todo esto creyó sentir el aroma de unas flores llenas de polen, del musgo húmedo y de la savia joven. Algunas veces, mientras se bañaba en las agitadas aguas del océano, había experimentado una sensación parecida de tranquila alegría cuando, al nadar hacia la orilla, le envolvía una ola imponente y encrespada y le impulsaba con rapidez hacia la playa.

No obstante, en aquella tarde gris, sentado pacíficamente en la taberna vacía, sintió que la sangre bullía en sus venas con renovada fuerza, como bullía en las ramas de los árboles cuajadas de brotes, en los campos de tierra fructífera aunque árida superficie, en los pequeños animales de peludo lomo que habitaban en el bosque y en el ganado que recorre los pastos ensuciando y removiendo la fresca superficie del suelo.

El reloj dio las cinco.

Andrews se levantó de un salto y se acercó a la puerta, luchando todavía con el abrigo. En la plaza soplaba un airecillo helado. Las aguas del río, de un sucio color gris verdoso, rugían triunfantes. Había dejado de granizar, pero el suelo estaba cubierto de fango y en la calle se formaban charcos cuyas aguas agitaba el viento. Todo —casas, puentes, cielo y río— tenía el mismo tono gris verdoso y sombrío. Sólo una línea quebrada de color de ocre rompía en el cielo tanta uniformidad. Sobre ese fondo resaltaba la mole de Notre-Dame y la esbelta aguja roja de su crucero.

Andrews siguió andando a grandes zancadas, hundiendo los pies en los charcos hasta llegar al bajo edificio de la Morgue, en donde tomó un autobús verde lleno de viajeros.

Ante el *Crillon* había varios coches de color nardo con números blancos en sus portezuelas. Los conductores se agrupaban ante el pórtico, todos llevaban el cuello de sus abrigos pardos subido hasta casi ocultar las caras rojas. Andrews pasó junto al portero y, atravesando por la puerta giratoria, entró.

El vestíbulo le parecía familiar. Oía, lo mismo que los vestíbulos de los hoteles de Nueva York, a humo de cigarrillos y a barniz de muebles. A un lado había una

puerta que daba a un gran comedor en donde muchos hombres y mujeres tomaban el té. Olía deliciosamente a pasteles y a manjares delicados. Frente a él, sobre la roja alfombra, en el extenso vestíbulo, se agrupaban los militares y los paisanos charlando en voz baja. Se oía el tintineo de las espuelas y el entrechocar de unos platos que alguien manejaba en el restaurante. Muy cerca de Andrews, hundido en un sillón de cuero, con una pierna sobre la otra, había un individuo muy grueso. Llevaba un sombrero de fieltro negro que casi le tapaba los ojos, y la larga cadena de oro del reloj colgaba sobre su abultado vientre. De vez en cuando carraspeaba desagradablemente y escupía en el escupidor que tenía a su lado.

Andrews vio al fin a Aubrey, con sus pálidas mejillas y sus gafas de montura de concha.

—Sígueme —le dijo a Andrews cogiéndole por un brazo. Y añadió—: Llegas un poco tarde. —Luego, cuando salían por la puerta giratoria, murmuró al oído de su amigo—: Han pasado cosas estupendas en la Conferencia de la Paz. Lo sé de buena tinta.

Cruzaron el puente en dirección al pórtico de la Cámara de los Diputados, con su gran frontón y sus columnas grisáceas. Río abajo divisaron la torre Eiffel. Estaba envuelta en nieblas, que parecían una telaraña tendida entre la ciudad y las nubes.

—¿Es imprescindible que visitemos a esas señoras, Aubrey?

—Sí. Ya no es posible volverse atrás. Geneviève Rod quiere documentarse sobre música americana.

—¿Y qué diablos sé yo de música americana?

—¿No hay un tal Mac Dowell que se volvió loco o algo por el estilo?

Andrews se echó a reír.

—Ya sabes que no soy demasiado sociable... En fin, supongo que tendré que decir que Foc es un pequeño dios.

—Si prefieres callar, puedes hacerlo. Son gente moderna.

—Perfectamente.

Mientras hablaban habían llegado a una calera alfombrada de color oscuro con grabad en cada rellano. El ambiente olía ligeramente comida rancia y a basura. Llegaron al piso alto. Aubrey se detuvo ante una puerta barnizada y llamó a la campanilla. La puerta se abrió inmediatamente, y una joven apareció en el umbral. Llevaba un cigarrillo en la mano. Tenía la tez pálida, y bajo su abundante mata de pele castaño rojizo brillaban unos ojos de color pardo claro, tan grandes como los de las pinturas que representaban a Artemisa o a Berenice y que se hallaron en las tumbas de Fayum. Vestía un sencillo traje negro.

—¡Enfin! —dijo estrechando la mano a Aubrey.

—Éste es mi amigo Andrews.

Ella le tendió la mano a Andrews con ademán indiferente, sin dejar de mirar a

Aubrey.

—¿Habla francés? Bien... Por aquí.

Los guió hasta una habitación de grandes proporciones en donde había un piano una da de cierta edad, de cabello gris, dientes amarillos y grandes ojos como su hija, estaba de pie junto a la chimenea.

—*Maman, enfin ils arrivent ces messieurs.*

—Geneviève temía que no viniesen usted —dijo madame Rod sonriendo y dirigiéndose a Andrews—. Monsieur Aubrey nos ha hablado tanto de su talento y de su modo de tocar el piano que incluso estamos nerviosas... Adoramos la música.

—Quisiera poder hacer algo más en materia de música que adorarla simplemente —dijo Geneviève Rod con presteza. Luego se echó a reír y añadió—: Pero olvidaba presentarlos. Monsieur Andrews... Monsieur Ronsard...

Señaló con un ademán a Andrews y luego a un joven francés que vestía un traje ceñido y lucía un bigotillo pequeño. El joven se inclinó ante Andrews.

—Ahora tomaremos el té —dijo Geneviève Rod—. Hasta la hora del té todo el mundo está demasiado serio. Sólo después de tomarlo puede una persona resultar divertida. —Corrió las cortinas que cubrían la puerta que daba a la habitación vecina—. Comprendo perfectamente que Sarah Bernhardt le entusiasmaran las cortinas —añadió—. Dan a la existencia un aire dramático. No hay nada tan sublime como las cortinas.

Se sentó a la cabecera de una mesa de roble en la que había varias fuentes de porcelana con pastelillos de diversos colores, un viejo recipiente de peltre bajo el que ardía un reverbero de alcohol, una tetera de porcelana de Dresde verde y amarilla y tazas, platos y fuentes decorados de color rojo vivo.

—*Tout ça* —dijo Geneviève, señalando todo lo que había sobre la mesa— *c'est boche*. Pero, como no tenemos otro servicio, tendremos que conformarnos con éste.

La dama que estaba a su lado murmuró unas palabras a su oído y se echó a reír.

Geneviève se puso unas gafas de montura de roncha y comenzó a servir el té.

—Debussy bebió una vez en esa misma taza. Tenga cuidado, porque está resquebrajada —dijo alargándole una taza a John Andrews—. ¿Conoce algo de Mussorgsky para tocar después del té?

—No puedo tocar absolutamente nada. Vuelva a pedírmelo dentro de tres meses.

—No crea que espero milagros de la audición. Me basta con que toque, sencillamente. Es cuanto deseo.

—Lo dudo.

Andrews bebió a sorbos su té, mirando de vez en cuando a Geneviève, que había entablado una rápida conversación con Ronsard. La joven tenía un cigarrillo entre los dedos de su mano larga y fina.

En sus grandes ojos de color castaño claro, se reflejaba una eterna sorpresa, como

si acabara de abrirlos a la luz. Una leve sonrisa aparecía y desaparecía en la curva de su mejilla, sin rozar siquiera los labios pequeños y firmes.

La dama de más edad seguía mirando a sus invitados con aire hospitalario y amable, mostrando al sonreír sus dientes amarillos.

Volvieron al saloncito, y Andrews se sentó al piano. La muchacha tomó asiento en una silla baja que había junto a él. Andrews recorrió el teclado con los dedos, primero en una dirección y luego en otra.

—¿Dice usted que reconoció a Debussy?

—Yo no lo recuerdo. Venía a ver a papá cuando yo era niña. Me he educado en un ambiente musical. Con eso creo que queda demostrada la estupidez femenina, ya que no tengo el meno talento para la música. Soy lo que llaman sensible a la música, pero me imagino que lo mismo debe de sucederle a las sillas y a las mesas de esta habitación por el mero hecho de haber escuchado tantos conciertos.

Andrews comenzó a tocar una pieza de Schumann. Pronto se interrumpió.

—¿Canta usted? —preguntó.

—No.

—Quisiera oír las *Proses Lyriques*. Nunca pude escucharlas.

—En cierta ocasión intenté cantar *Le Soir* —dijo ella.

—¡Estupendo! Pruebe otra vez.

—Pero es demasiado difícil.

—¿De qué sirve que le guste la música si no siente la ambición de crear, aun a riesgo de destruirla? Prefiero oír a cualquier individuo improvisando *Auprès de ma Blonde* que escuchar a Kreisler interpretando una pieza de Paganini con tanta perfección que llega a dar asco.

—Pero existe lo que llamamos término medio...

Sin dejarla terminar, Andrews comenzó a tocar de nuevo. Aun sin mirarla, sentía los ojos de la joven fijos en él. Sabía que estaba de pie, a su espalda, y que le escuchaba atentamente. Sintió que una de sus manos se posaba en su hombro. Dejó de tocar.

—Lo siento —dijo ella.

—¿Por qué? Había terminado.

—¿Tocaba algo suyo?

—¿Ha leído *La Tentation* de Saint Antoine?

—¿De Flaubert?

—Sí.

—No es su mejor obra. Creo que es lo que pudiéramos llamar un interesantísimo fracaso.

Andrews se levantó trabajosamente del piano, haciendo esfuerzos por dominar su enojo.

—Al parecer, ésa es una opinión general y aceptada —murmuró. Súbitamente recordó que ellos estaban solos en la habitación. Se acercó a madame Rod y añadió —: La ruego que me excuse, pero tengo una cita. Aubrey, no te molestes por mí. Es tarde, y he de apresurarme.

—Vuelva otro día a visitarnos.

—Gracias —murmuró Andrews.

Geneviève Rod le acompañó hasta la puerta.

—Tenemos que ser buenos amigos —le dijo—. La verdad es que me ha gustado su brusca manera de despedirse.

—No soy una persona muy correcta —respondió Andrews sonrojado, y estrechando la mano delgada y fría de la joven—. Es conveniente que ustedes los franceses recuerden que somos bárbaros. Algunos son bárbaros arrepentidos, pero yo no.

Ella se echó a reír. John Andrews bajó la escalera y salió a la calle grisácea, en donde brillaban unas luces amarillo verdosas.

Tenía la vaga sensación de haber hecho el ridículo, y esto le enfurecía. A grandes zancadas recorrió la Rive Gauche, por donde deambulaba muchos transeúntes que salían del trabajo y volvían al hogar, hasta llegar a la pequeña taberna del Quai de la Tournelle.

Era una mañana de domingo. Unas ancianas envueltas en chales negros entraban en la iglesia de St. Etienne-du-Mont. Cada vez que se abrían las puertas, una bocanada de incienso invadía la calle y saturaba con su perfume la brisa matinal. Tres palomas caminaban a saltitos sobre el empedrado, avanzando con aire de importancia sus patitas de color de coral. La fachada ojival de la iglesia, su esbelto campanario y su cúspide proyectaban sobre la plaza azuladas sombras. Las de las viejas que cruzaban la plaza desaparecían en cuanto éstas penetraban en el templo. La parte de enfrente, así como la balaustrada del Panteón y su muro más alto, estaban en aquellos momentos bañados por la anaranjada luz del sol.

Andrews caminaba de un lado a otro ante la iglesia, contemplando el cielo, las palomas, la fachada de la librería de Ste. Geneviève y las escasas personas que transitaban por la plaza. Observaba con calma y con deleite las formas, los colores y los pequeños y cómicos detalles de las cosas, saboreándolo todo con marcada complacencia. Sentía como si su música progresase de una manera definitiva ante el simple hecho de poder vivir diariamente y sin tropiezos al compás y al ritmo de ella. Sentía ágiles el cerebro y los dedos. Los pesados moldes que antes aprisionaban su espíritu, se fundían. Mientras paseaba ante la iglesia, esperando a Jeanne, hizo una especie de inventario espiritual y llegó a la conclusión de que era muy dichoso.

—*Eh bien?*

Jeanne estaba a su lado. Cogidos de la mano, echaron a correr como dos

chiquillos y atravesaron la plaza llena de sol.

—Todavía no he desayunado —dijo Andrews.

—Sin duda te levantas muy tarde. Ahora tendrías que esperar a que lleguemos a la Porte Maillot, Jean.

—¿Por qué?

—Porque yo lo mando.

—Pero eso es cruel.

—No tardaremos mucho en llegar.

—Estoy hambriento. Tal vez muera de hambre en el camino.

—Procura comprenderme. Cuando lleguemos a la Porte Maillot estaremos lejos de nuestra vida cotidiana, y el día nos pertenecerá. No me gusta tentar al destino.

—Eres una muchacha extraña.

No había demasiada gente en el Metro. Andrews y Jeanne se sentaron el uno frente al otro sin pronunciar una sola palabra. Andrews miraba las manos de la joven, que ésta había colocado sobre su falda. Eran manos de obrera. Sus dedos tenían en algunos lugares pequeñas cicatrices, y sus uñas eran desiguales y quebradizas. Súbitamente, Jeanne se dio cuenta de lo que él miraba. Se sonrojó y dijo alegremente:

—Un día todos seremos ricos, como los príncipes y las princesas de los cuentos de hadas.

Ambos se echaron a reír.

Cuando llegaron a la estación de término, bajaron del tren. Él rodeó con su brazo la cintura de la muchacha. Ésta no llevaba corsé, y los dedos de Andrews temblaron al sentir bajo el vestido la carne blanda. Abrumado por un repentino temor, apartó el brazo.

—Ahora —dijo ella con calma, cuando estuvieron en la ancha avenida llena de sol y de árboles desnudos de follaje— puedes tomar todo el café con leche que quieras.

—Tú me acompañarás.

—¿Por qué esa extravagancia? Ya he tomado mi *petit déjeuner*.

—Quiero ser extravagante todo el día. ¿Por qué no empezar ahora mismo? Soy muy dichosa, sin que pueda definir la causa. Anda, tomaremos unos bollos.

—Sólo la gente rica pueden tomar bollos en estos tiempos.

—¿Sí? Pues ahora verás.

Entraron en una pastelería. Una anciana de rostro enjuto y tez amarilla los atendió. Al envolver en un papel fino los ricos bollos dorado entornó los ojos y miró con envidia.

—¿Van a pasar el día en el campo? —preguntó con ansiosa vocecilla, devolviendo el cambio a Andrews.

—Sí —respondió éste—. Lo ha adivinado usted.

Cuando estaban a la puerta la oyeron murmurar:

—*Oh, la jeunesse, la jeunesse!*

Hallaron una mesa vacía en un café frente a la Porte Maillot. Desde allí podían contemplar cómo entraban y salían por ella los transeúntes los coches de caballos y los automóviles. Más allá, unas murallas cubiertas de musgo daban al paisaje un aire ochocentista.

—¡Cómo me gusta la Porte Maillot! —exclamó Andrews suspirando.

Ella le miró y dijo riendo:

—¡Qué buen humor tienes hoy!

—La Porte Maillot me encanta. Es un rincón de París en donde siempre me encuentro bien. Al salir parece que uno abandona la ciudad, al entrar se experimenta siempre la agradable sensación de volver. Pero ¿por qué no tomas unos bollos?

—He comido uno. Cómete tú los otros. Tienes mucho apetito.

—Jeanne, creo que nunca en mi vida fui tan feliz como ahora. Casi merece la pena haber estado en el Ejército para apreciar y gozar de la libertad actual. Cuando recuerdo aquella horrible vida... ¿Qué sabes de Etienne?

—Está en Maguncia. Bastante aburrido.

—Jeanne, hemos de vivir intensamente, nosotros, los que tenemos la fortuna de gozar de libertad. Vivir por todos los que están condenados al aburrimiento.

—No veo que con ello remedemos su situación —repuso ella riendo.

—Es curioso, Jeanne. Yo me alisté como voluntario. Estaba harto de ser libre y de no hacer nada que valiese la pena. Ahora, en cambio, he aprendido una cosa: que la vida hay que vivirla, y no simplemente tenerla en la mano, como una de esas cajas de bombones que nadie come. —Ella le miró sin comprenderle—. Lo que quiero decir es que todavía no saco bastante partido de la vida, Jeanne —añadió Andrews—. Vámonos de aquí.

Se levantaron.

—No acabo de entenderte —dijo ella lentamente—. Creo que lo mejor es conformarse con lo que la vida quiera darnos. No hay otro remedio. Pero, mira, ahí está el tren de la Malmaison. Tenemos que correr.

Jadeando pero sonrientes subieron a la plataforma trasera, en donde la gente empujaba y saltaba. El tren se puso en marcha hacia Neuilly. La multitud de mujeres y hombres que los rodeaba seguía empujando, y sus cuerpos se apretaron el uno contra el otro. Andrews rodeó con mi brazo la cintura de Jeanne y se inclinó para mirar la pálida mejilla que rozaba su pecho. El negro sombrero de paja, adornado con una flor roja, le llegaba justamente a la barbilla.

—No veo nada —dijo ella todavía riendo.

—Yo me encargo de describirte el paisaje —dijo Andrews—. En este momento cruzamos el Sena.

—Debe de ser precioso.

Un anciano de barba blanca y puntiaguda que estaba de pie a su lado sonrió con benevolencia.

—¿Es que no le gusta el Sena? —le preguntó Jeanne mirándole con descaro.

—Sin duda, sin duda... Pero me hizo gracia mi manera de decirlo —respondió el anciano—. ¿Van a Saint Germain? —preguntó dirigiéndose a Andrews.

—No. A la Malmaison.

—Deberían ir a Saint Germain. Allí verían el museo prehistórico de monsieur Reinach, que muy hermoso. No debe volver a su patria sin verlo.

—¿Hay monos en ese museo? —preguntó Jeanne.

—No, no hay monos —respondió el anciano volviéndole la espalda.

—Me encantan los monos —dijo Jeanne.

El tren avanzaba por un ancho y solitario bulevar flanqueado de árboles, de pequeñas extensiones de césped, de almacenes y de grupo desperdigados de casas. Los viajeros habían ido desalojando el vagón y estaban más holgados, pero Andrews seguía abrazando a Jeanne por la cintura. El contacto incesante de su cuero producía en él una indefinible sensación de languidez.

—¡Qué bien huele! —dijo la joven.

—Es la primavera.

—Quisiera tumbarme sobre la hierba y comenzar a comer violetas. ¡Oh, Jean, qué bueno has sido trayéndome aquí! Debes de conocer muchas señoritas distinguidas que se alegrarían de salir contigo. ¡Eres tan educado! No comprendo cómo puedes ser soldado raso.

—¡Cielos! Por nada del mundo quisiera ser oficial.

—¿Por qué? Me parece que ser oficial ha de ser muy agradable.

—¿Crees que a Etienne le gustaría ser oficial?

—Es distinto. Etienne es socialista.

—Supongo que yo también debo ser socialista. Pero, en fin, cambiemos de conversación.

Andrews se dirigió al otro extremo de la plataforma. Pasaban junto a una carretera flanqueada de pequeñas villas rodeadas de jardines llenos de flores amarillas y rosadas. De vez en cuando la atmósfera olía suavemente a violetas. El sol se había ocultado tras unas nubes grises purpúreas. El viento amenazaba lluvia.

Andrews pensó de pronto en Geneviève Rod. Fue curioso que recordara con tanta exactitud su rostro, sus ojos grandes y abiertos y su manera especial de sonreír sin mover siquiera los labios. Se enfadó consigo mismo. ¡Qué estúpidamente se había conducido el día de su precipitada huida! Se dio cuenta de que anhelaba volver a verla, de que tenía muchas cosas que decirle.

—¿Te has dormido? —preguntó Jeanne cogiéndole de un brazo—. Hemos

llegado.

Andrews se sonrojó de cólera.

—¡Oh, qué hermoso es esto, qué hermoso es esto! —exclamó Jeanne.

—Son ya las once —dijo Andrews.

—Tenemos que visitar el palacio antes de muertos —gritó Jeanne, y echó a correr por una avenida de tilos, en los cuales los brotes verdosos formaban como pequeños abanicos rizados. En las zanjas que había a ambos lados del camino nacía la hierba fresca y nueva. Andrews echó a correr tras ella, aplastando con los pies la húmeda grava del suelo. Cuando al fin la alcanzó, la abrazó y la besó en la boca jadeante. Jeanne logró desasirse y dijo apartándose y poniendo en orden su sombrero:

—¡Monstruo! He estrenado el sombrero precisamente para salir contigo, y tú te complaces estropearlo...

—¡Pobre sombrero! —exclamó Andrews—. Pero me parece todo tan hermoso, y tú, Jeanne, es tan linda...

—El gran Napoleón —murmuró Jeanne solemnemente— debió de decir algo por el estilo a tu emperatriz Josefina, y después... ya sabes lo que hizo con ella.

—Ella debió de aburrirse profundamente a su lado desde hacía mucho tiempo.

—No —dijo Jeanne—, lo cual demuestra que las mujeres somos tontas.

Atravesaron la ancha verja de hierro y entraron en el parque del Palacio.

Más tarde se sentaron ante una mesa, el jardín de un pequeño restaurante. El sol pálido, brillaba de nuevo, y sus rayos iluminaban levemente los tenedores, los cuchillos y vino blanco que llenaba sus vasos. Todavía habían empezado a comer. Se miraban el uno al otro detenidamente y en silencio. Andrews estaba preocupado y melancólico. No se le ocurría ningún tema de conversación. Jeanne jugueteaba con unas pequeñas margaritas blancas con manchas rosadas, colocando los pétalos en forma de círculos o de cruces sobre la mesa.

—¿Verdad que tardan mucho en servir?

—Pero se está tan bien aquí... —repuso ella sonriendo—. ¿Por qué te has puesto triste pronto? —Le arrojó al rostro un puñado margaritas y añadió burlescamente—: Todo esto te pasa porque tienes hambre, querido. ¡Dios santo, cuánta importancia tiene el estómago para los hombres!

Andrews vació de un trago su vaso de vino. Estaba seguro de que le bastaría con un único esfuerzo para desvanecer la melancolía que le iba invadiendo y que amenazaba aplastarle.

Un individuo vestido de caqui, con la cara y el cuello de color de escarlata, apareció en el jardín. Arrastraba tras de sí una bicicleta cubierta de barro. Se dejó caer en una silla hierro, y la bicicleta cayó ruidosamente a sus pies.

—¡Eh! —gritó el recién llegado con voz ronca.

Inmediatamente apareció un camarero que le miró con aire sospechoso. El

individuo vestido de caqui tenía el cabello tan rojo como la tez, el rostro bañado en sudor. Iba sin guerrera, su camisa estaba rota, y tenía los pantalones y las polainas cubiertos de barro.

—¡Cerveza! —gritó.

El camarero se encogió de hombros y alejó.

—*Il demande une bière* —dijo Andrews.

—*Mais, monsieur...*

—Tráigasela. Yo pago...

El camarero desapareció.

—Gracias, americano —dijo el hombre vestido de caqui.

El camarero reapareció llevando un vaso amarillo, alto y estrecho. El hombre vestido de caqui se lo quitó de las manos, lo vació de un trago y lo devolvió a continuación. Después escupió, se secó los labios con el dorso de la mano, se levantó con paso vacilante y dando traspiés se acercó a la mesa de Andrews.

—Supongo, americano, que ni a usted ni a la señorita les molestará que me acerque a charlar un rato.

—Claro que no. Dígame, ¿de dónde viene?

El individuo vestido de caqui cogió la silla de hierro y la arrastró hasta colocarla junto a la mesa. Antes de sentarse saludó a Jeanne inclinando solemnemente la cabeza y echando hacia atrás un mechón de su rojo cabello. Después de las vacilaciones sacó del bolsillo un pañuelo de cenefa y se secó la cara con él, dejando un hilillo de grasa en su frente.

—Soy portador de un importante mensaje secreto, americano —dijo al sentarse en la pequeña silla de hierro—. Soy un correo, ¿comprende?

—Parece usted fatigado.

—Nada de eso —respondió—. Tuve un poco de ajeteo en el bosque. Eso es todo. Alguien intentó echarme el guante.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que se conoce que tenían referencias acerca de mi misión. Soy portador de un importante secreto que envía el Cuartel General a vuestro presidente, americano. Atravesaron en motocicleta cierto espeso bosque (me es del todo punto imposible recordar el condenado nombre de la región) a una velocidad de treinta millas, pues el camino no era fácil, cuando de repente divisé un grupo de cuatro individuos que me parecieron sospechosos. Aceleré la marcha me precipité sobre ellos. Todo salió a pedir de boca. Pero entonces empezaron a disparar sobre mí e hicieron blanco en la motocicleta. Caí en una zanja, y eso me salvó. Al cabo de un rato salí de mi escondrijo y me perdí en el bosque, Por fin llegué a otro condenado pueblecillo, en donde me agencié este trasto para seguir adelante. Dígame, ¿hay muchos kilómetros de aquí París?

—Creo que unos quince o dieciséis.

—¿Qué dice ese hombre, Jean?

—Dice que le asaltaron en el camino. Es correo.

—¡Cuidado que es feo! ¿Es inglés?

—Irlandés.

—Sí, señorita. Irlandais. Le felicito, americano. La muchacha es bonita. Espere a que yo llegue a París. Pienso ganar cien libras con este asunto. ¿De qué parte de América es usted?

—De Virginia, pero vivo en Nueva York.

—Yo he estado en Detroit. Y pienso volver allí en cuanto ahorre más dinero, para meterme en el negocio de automóviles. Europa está podrida y apesta, americano. No es lugar propio para la juventud. Repito que está podrida y que apesta.

—Se vive mejor aquí que en América. Pero dígame, ¿le suceden a menudo contratiempos como el de hoy?

—A mí nunca me pasó nada parecido, pero algunos compañeros míos no pueden decir mismo.

—¿Quiénes cree que podían ser los asaltantes?

—¡Cualquiera sabe! Alguno de esos malditos agentes secretos que andan husmeando lo relativo a la Conferencia de la Paz. Pero, en fin, tengo que marcharme. El mensaje es urgente.

—Bien. No se preocupe por la cerveza, le invito.

—Gracias, americano. —El individuo se levantó, estrechó las manos de Andrews y de Jeanne montó en la bicicleta y salió del jardín, camino de la carretera, sorteando las mesas y las sillas que halló en el camino.

—¡Vaya un cliente extraño! —exclamó Andrews riendo—. La vida tiene cosas divertidas. —El camarero les sirvió una tortilla, y ambos empezaron a comer—. Eso te dará una idea de como ruge la lava dentro del volcán —añadió Andrews—. En ningún sitio puede bailarse tan bien como en la cima de un volcán.

—No me gusta que hables así —dijo Jeanne soltando el cuchillo y el tenedor que tenía en las manos—. Es terrible. Es como decir que hemos sacrificado nuestra juventud por nada. Nuestros padres fueron felices cuando eran jóvenes, y de no haber estallado la guerra también lo hubiésemos sido Etienne y yo. Mi padre tenía una pequeña fábrica de jabón y de perfume. Etienne hubiese tenido un brillante porvenir, y yo no habría necesitado trabajar. Teníamos una hermosa casa. Me habría casado...

—A cambio de todo esto, Jeanne, tienes libertad.

Ella se encogió de hombros y repuso:

—¿De qué sirve la libertad? ¿Qué podemos hacer con ella? Lo que deseamos es la vida o, por lo menos, lo que yo deseo, es vivir cómodamente, tener una casa hermosa y gozar del respeto de los demás. ¡Oh! ¡Era tan dulce la vida en Francia

antes de la guerra!

—No creo que la vida que describes valga la pena de ser vivida —dijo él brutalmente, haciendo lo posible por contenerse.

Siguieron comiendo en silencio. El cielo se fue nublando por momentos. Unas gotas cayeron sobre el mantel.

—Tendremos que tomar el café en el interior —dijo Andrews.

—Y pensar que te parece divertido que un individuo atravesase un bosque en su motocicleta, que otros le asalten y disparen sobre él... Yo lo encuentro horrible, horrible —dijo Jeanne.

—Mira. Ya está lloviendo.

Cuando arreció la lluvia entraron en el restaurante y se sentaron a una mesa situada junto a la ventana, desde donde podían contemplar las gotas de lluvia que danzaban sobre las mesas de hierro pintadas de verde. Por la puerta abierta llegaba hasta ellos un aroma a tierra mojada y a hojarasca. Un camarero cerró las vidrieras y echó el cerrojo.

—Pretende que la primavera no invada todo esto, pero no lo conseguirá —dijo Andrews.

Se miraron y sonrieron por encima de sus tazas de café. La antigua corriente de simpatía quedó restablecida entre ambos.

Cuando dejó de llover salieron a dar una vuelta por los campos mojados. Recorrieron un sendero lleno de charcos de agua clara en los que se reflejaban el cielo azul y las nubes blancas y de color de ámbar. Las sombras de las nubes sobre el agua adquirirían un extraño color gris purpúreo. Caminaban despacio, cogidos del brazo, apretando sus cuerpos uno contra el otro. Estaban, sin saber por qué, muy fatigados y de vez en cuando se paraban a descansar apoyándose en los troncos húmedos. Junto a un estanque, al que el reflejo del cielo daba un tono azul, plateado y ambarino, había un haya enorme y un prado de violetas silvestres, de las que Joanne se apresuró a formar un ramo con las pequeñas margaritas blancas manchadas de rosado. Cuando llegaron a la estación suburbana se sentaron silenciosos en el mismo banco, muy cerca el uno del otro. De vez en cuando aspiraban el perfume de las flores. Sentían tal languidez que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para subir al vagón de tercera clase lleno de gente que, como ellos, regresaba de pasar el día en el campo. Todos llevaban violetas, rosas de azafrán y ramal llenas de capullos. Los trajes de aspecto cuidado olían a campo húmedo y a bosque verde. Cuando el tren pasaba por un puente o por un túnel, chillaban las muchachas y se abrazaban a los hombres que las acompañaban. Todos reían por el menor motivo. Cuando el tren llegó a su punto de destino, los viajeros lo abandonaron de mala gana, como si comprendieran que desde aquel momento tenían que reanudar la diaria rutina de su vida de trabajo. Andrews y Jeanne atravesaron el andén sin rozarse siquiera. Tenían

los dedos sucios y pegajosos de coger flores y de estrujar hojas tiernas y verdes tallos. Tras la agradable y perfumada humedad de los bosques, la atmósfera de la ciudad les pareció densa e irrespirable.

Cenaron en un pequeño restaurante del Quai Voltaire, y luego, lentamente, se encaminaron hacia la Place St. Michel. La comida y el agradable calorcillo del vino dieron un nuevo vigor a sus cuerpos cansados. Andrews rodeó con su brazo los hombros de ella. Charlaban en voz baja en tono íntimo, sin mover apenas los labios, mirando a los enamorados abrazados estrechamente en los bancos y a las parejas que sin cesar pasaban por su lado, charlando también en voz muy queda, tan cerca el uno del otro como ellos lo estaban.

—¡Cuántos enamorados hay en el mundo! —dijo Andrews.

—¿Tú crees que nosotros merecemos ese calificativo? —preguntó Jeanne con una risa extraña.

—No lo sé... ¿Has estado alguna vez locamente enamorado, Jeanne?

—No sé qué contestarte. En Laon había un chico llamado Marcelin que... Pero entonces yo no era más que una niña tonta. Las últimas noticias que recibí de él eran de Verdún.

—¿Has tenido después muchos amigos... como yo?

—Creo que nos estamos poniendo sentimentales —gritó ella riendo.

—No, pero me interesa una contestación. Sé poco de la vida, Jeanne.

—Te diré —respondió Jeanne más seria—. He procurado divertirme cuanto he podido, pero no soy frívola... Y hay pocos hombres que verdaderamente me hayan gustado... Es natural que huya tenido pocos amigos... ¿O es que prefieres que los llame amantes? A mí no me gusta ese nombre. Un amante es lo que suelen tener las mujeres casadas en una obra teatral. La verdad, me parece ridículo.

—Hasta hace relativamente poco —dijo Andrews— soñaba yo en un amor romántico, con escalar los muros de un castillo agarrándome a la hiedra, en besos apasionados en un balcón, a la luz de la luna...

—Como en la Opéra Comique —dijo Jeanne riendo.

—Comprendo que es absurdo, pero aun ahora hay tantas cosas que pediría a la vida y que la vida no me podría dar...

Se apoyaron en el parapeto y escucharon el rumor —ya fuerte, ya suave— del río que corría a sus pies. Las luces de la orilla opuesta se reflejaban en las aguas y oscilaban como serpientes de oro.

Andrews notó que alguien se había detenido cerca de ellos. A la claridad verdosa y triste da un farol reconoció en el recién llegado a aquel muchacho cojo con quien meses atrás habló en el Cerro.

—¿Se acuerda usted de mí? —preguntó Andrews.

—Usted es el americano que estaba en el restaurante de la Place du Tertre, no sé

cuándo exactamente, pero, desde luego, hace mucho tiempo.

Se estrecharon las manos.

—Según veo, está usted solo —dijo Andrews.

—Sí. Yo siempre estoy solo —repuso con firmeza el muchacho cojo, y de nuevo le tendió la mano.

—*Au revoir* —dijo Andrews.

—Buena suerte —murmuró el muchacho cojo, Andrews pudo oír el ruido de sus muletas al chocar contra el suelo, cuando se alejaba por el quai.

—Jeanne —murmuró Andrews de pronto—, subirás a mi casa, ¿verdad?

—Creí que vivías con un compañero.

—Está en Bruselas y no volverá hasta mañana —contestó Andrews en voz baja.

—Es lógico que pague mi cena de algún modo —dijo Jeanne maliciosamente.

—¡Cielos, no digas eso! —respondió Andrews tapándose el rostro con las manos. El monótono murmullo del río que corrían bajo los puentes llenaba sus oídos. Sintió unos desesperados deseos de llorar. La misma fuerza del deseo —un deseo amargo como el odio— le hizo sentir un extraño hormigueo en las carnes. Deseaba ardientemente estrujar las manos de ella entre las suyas—. Vamos —añadió bruscamente.

—No he querido molestarte —dijo ella con voz amable y fatigada—. De todos modos, ya sabes que no soy una muchacha bien educada.

El reflejo verdoso del farol iluminó sus ojos y el contorno de su mejilla cuando irguió la cabeza. Un triste sentimentalismo se apoderó de Andrews. Experimentó la misma sensación que cuando, siendo niño, su madre le contaba viejos relatos y él se dejaba arrastrar por la dulce corriente de su voz hasta llegar, sin poder evitarlo, a un lugar desconocido y triste.

Echaron otra vez a andar, y dejando atrás el Pont Neuf, se encaminaron hacia la iluminada Place St. Michel. Tres nombres danzaban en su imaginación: Arsinoe, Berenice y Artemisa. Se sintió sorprendido al pensar en esto, y luego recordó que Geneviève Rod tenía los ojos inmensos, la frente suave y los labios firmes y finos de aquellas mujeres cuyos retratos podían admirarse en las cajas de las momias del Fayum. Sólo que las patricias de Alejandría no tenían el cabello castaño con reflejos cobrizos, aunque, bien mirado, podían habérselo teñido.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jeanne.

—Me río de la estupidez de las cosas.

—Deberías decir de la estupidez humana —dijo ella mirándole de reojo.

—Tienes razón.

Siguieron caminando en silencio hasta llegar a la puerta de la casa en que vivía Andrews.

—Sube tú primero y comprueba que no hay nadie —dijo Jeanne fríamente.

Andrews tenía las manos heladas. Al subir la escalera sintió que su corazón latía aceleradamente.

La habitación estaba vacía. En la pequeña chimenea había unos leños dispuestos para ser encendidos. Andrews limpió un poco la mesa, con el pie metió bajo la cama un montón de ropa sucia que había en un rincón. De pronto pensó que solía hacer lo mismo en su habitación del colegio cuando sabía que algún pariente iba a visitarle.

Bajó de puntillas la escalera.

—*Bien. Tu peux venir, Jeanne* —dijo.

La muchacha se sentó rígidamente en el sillón que había junto a la chimenea.

—¡Qué hermoso es el fuego! —dijo.

—Jeanne, creo que estoy locamente enamorado de ti —murmuró Andrews con voz excitada.

—Como en la *Opéra Comique* —dijo ella encogiéndose de hombros—. No está mal la habitación —añadió—. ¡Oh, qué cama tan grande!

—Eres la primera mujer que traigo a esta habitación, Jeanne. ¡Oh, qué odioso resulta el uniforme!

Súbitamente, Andrews pensó en todos los cuerpos que, enfundados en el rígido uniforme, se movían como autómatas, en la odiosa farsa del proceso que convierte a los hombres en máquinas. ¡Oh! Si con un simple gesto pudiera liberarlos, hacerles gozar de la vida, de la dicha de la libertad... Durante un instante, la idea dominó cualquier otro pensamiento.

—Te has arrancado un botón —dijo Jeanne riendo histéricamente—. Tendré que cosértelo.

—¿Qué importa el botón? ¡Si supieras de qué modo los odio!

—Tienes la piel blanca como la de una mujer —dijo Jeanne—. Debe de ser porque eres rubio.

El ruido de la puerta, que alguien empujaba violentamente, despertó a Andrews. Se levantó de un salto y por espacio de unos instantes permaneció de pie en medio de la habitación, intentando poner en orden sus ideas. La puerta seguía moviéndose y la voz de Walters gritó:

—¡Andy, Andy!

Andrews sintió tanta vergüenza que tuvo náuseas. Se sentía irritado con Walters, con Jeanne, consigo mismo. Creyó que debía moverse furtivamente, como el individuo que ha cometido un hurto. Se acercó a la puerta y murmuró entreabriéndola:

—Walters, no sabes cuánto lo siento, pero no puedo dejarte entrar. Hay una chica conmigo... Me figuré... Creí que no volverías hasta mañana.

—Supongo que eso será una broma, ¿verdad? —dijo Walters desde el oscuro vestíbulo.

—No —respondió Andrews, y cerró la puerta con llave.

Jeanne seguía durmiendo. Su negra cabellera se derramaba sobre la almohada. Andrews la arropó cuidadosamente.

Después se acostó en la otra cama. Durante largo rato permaneció despierto, contemplando el techo pensativamente.

IV

Los que pasaban por el bulevar contemplaban con evidente curiosidad la hilera de hombres que vestidos del mismo color pardo aceitunado, hallaban formados en el patio al otro lado la verja. Se movían lentamente hacia una mesa en donde un oficial y dos soldados hojeaban largas listas de nombres y montones de billete de colores pálidos y de francos de plata que relucían a la luz del sol. La atmósfera estaba saturada de humo de tabaco, y el rumor de las voces y de los pies que pisaban la grava del suelo era incesante. El individuo que acababa de recibir su paga se alejaba alegremente, haciendo tintinear las monedas en su bolsillo.

Los hombres sentados ante la mesa tenían la cara roja y contraída. Su expresión era seria. Con voz metálica como el sonido de una máquina pronunciaban secamente el nombre de cada soldado y colocaban con rudeza el dinero en la mano de éste.

Andrews vio que uno de los hombres que hallaban ante la mesa era Walters, y cuando llegó el turno sonrió y murmuró: «¡Hola!» Walters ni siquiera levantó los ojos de la lista.

Mientras esperaba que pagasen al soldado que estaba antes que él, oyó Andrews la siguiente conversación:

—Aquello era un verdadero infierno. ¿Te acuerdas del pobre chico que murió en el cuartel?

—¡Ya lo creo! Por entonces estaba yo en el mismo batallón de Sanidad. Un maldito sargento de la compañía se empeñó en que el muchacho se levantara. El teniente acudió también y dijo que le formarían consejo de guerra... Antes de que se dieran cuenta, estaba el pobre de cuerpo presente.

—¿De qué murió?

—Supongo que le fallaría el corazón, pero cualquiera sabe. Nunca fue fuerte.

—Aquel maldito agujero de Cosne era como para acabar con la salud de cualquiera.

Cuando le tocó el turno, Andrews recogió su paga. Antes de marchar se acercó a los dos individuos a quienes había oído hablar.

—¿Estuvisteis en Cosne, muchachos?

—Sí.

—¿Conocisteis a un chico llamado Fuselli?

—No sé si...

—¡Pues claro! —le interrumpió el otro—. ¿No le acuerdas de Dan, Dan Fuselli, el pobre infeliz que creyó que le habían hecho cabo?

—Y su suerte fue muy distinta —dijo el otro.

Ambos se echaron a reír.

Andrews se alejó algo enojado. Había muchos soldados en el bulevar

Montparnasse. Torció por una calle, sintiéndose repentinamente humilde, como si de un momento a otro tuviera que oír a su lado la brusca voz de un sargento que le gritaba una orden.

Las monedas de plata tintineaban alegremente en su bolsillo al andar.

Andrews se apoyó en la balaustrada de la galería y contempló la plaza que se extendía ante la Opéra Comique. Se sentía todavía aturdido por la emoción de la maravillosa música que acababa de oír. En las profundidades de su mente bullía un ritmo inmenso como el del mar. La gente que llenaba la galería charlaba ruidosamente, pero Andrews no las oía. Para él sólo contaba la noche llena de brumas grises y cruzada de encajes de luces verdosas o doradas. El ritmo intenso barría su mente como las olas del mar...

—Estaba casi segura de hallarle aquí —dijo a su lado la voz tranquila de Geneviève Rod.

Andrews sintió un nudo en la garganta. La miró en silencio durante unos minutos y al fin dijo:

—Me alegro de verla.

—Supongo que estará entusiasmado con *Pelléas*.

—Es la primera vez que lo oigo.

—¿Por qué no ha vuelto a casa? Han pasado dos semanas... La verdad es que esperábamos su visita.

—No supuse que... Pero, en fin, iré cualquier día. No conozco a nadie con quien hablar de música.

—Me conoce usted a mí.

—Debí añadir «con excepción de usted».

—¿Trabaja mucho?

—Sí, pero esto —añadió señalando su uniforme— me tiene un poco atado. Afortunadamente, espero ser pronto completamente libre. Voy a presentar una solicitud de desmovilización.

—Trabajaré mejor cuando lo haya conseguido. La seguridad del deber cumplido es siempre una fuerza.

—No estoy de acuerdo.

—Dígame, ¿qué fue lo que tocó en mi casa?

—*Los Tres Jinetes Verdes en sus onagros* —repuso Andrews sonriendo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Se trata del preludio de *La Reina de Saba* —respondió Andrews—. Si no opinara usted igual que monsieur Emile Faguet y todos los demás acerca de *La Tentación de St. Antoine* le explicaría lo que quiere decir.

—Comprendo que aquel día dije una tontería. Pero si vamos a tener en cuenta todas las tonterías que se dicen sin mala intención, tendríamos que pasarnos la vida

eternamente encolerizados.

Andrews no pudo ver sus ojos en la penumbra, pero sí la mejilla que surgía bajo el ala del sombrero y extendía su curva hasta la barbilla puntiaguda, que estaba extrañamente iluminada.

Tras ella distinguió los rostros de otras personas que no cesaban de charlar. La luz procedente del vestíbulo daba de lleno en ellos.

—Siempre me ha fascinado ese pasaje de La Tentación en que la reina de Saba visita a Antonio. Eso es todo —dijo Andrews bruscamente.

—¿Es su primera obra? Me recuerda un poco el estilo de Borodine.

—Es al menos la primera de mis obras con aspiraciones. Probablemente se trata de una mezcla de toda la música que he oído.

—No, es realmente buena. Supongo que está inspirada en sus gloriosos y terribles días del frente. ¿Es para piano o para orquesta?

—Para piano por el momento. Pero espero orquestrarla. Claro que por ahora es tonto hablar de ello. No sé bastante... Necesito trabajar de firme durante muchos años si quiero llegar a alguna parte. Y he perdido tanto tiempo... Eso es lo peor, porque la juventud es tan corta...

—La señal. Debemos volver al salón. Hasta el próximo intermedio —dijo ella, y desapareció tras las vidrieras. Cuando Andrews volvió a su sitio estaba nervioso, intranquilo y exaltado. Los primeros acordes de la orquesta fueron casi lacerantes, tan intensamente los sintió.

Al terminar salieron juntos y recorrieron en silencio una calle oscura, huyendo de los animados bulevares.

Al llegar a la Avenue de l'Opéra, dijo ella:

—¿Piensa usted quedarse en Francia?

—Sí, suponiendo que sea posible. Mañana presentaré mi solicitud de desmovilización en suelo francés.

—¿Qué hará cuando lo haya conseguido?

—Buscaré un trabajo cualquiera. Me basta con ganar lo suficiente para estudiar en la Schola Cantorum.

—Es usted valiente.

—Me olvidé de preguntarle si prefería coger el Metro.

—Prefiero andar.

Pasaron bajo el arco del Louvre. La atmósfera estaba saturada de humedad y de niebla. Los faroles de la calle tenían un vago halo luminoso.

—Siento en mis venas la música de Debussy —dijo Geneviève extendiendo los brazos.

—Es imposible expresar los sentimientos en palabras. Las palabras sirven de poco.

—Depende...

Atravesaron silenciosamente los quais. La niebla era tan espesa que ni siquiera veían el río. Cuando se acercaban a un puente oían el rugir del agua bajo los arcos.

—Francia —dijo Andrews de repente— ahoga a uno lentamente, con suaves lazos de seda. América le aplasta la cabeza con una porra de policía.

—¿Qué quiere usted decir? —murmuró ella algo picada.

—Pues que saben ustedes tanto que hacen que el mundo parezca más hermoso...

—Creo recordar que antes expresó su deseo de quedarse aquí —dijo ella riendo.

—Es que para mí no puede existir otro lugar. Sólo en París se puede aprender música. Pero yo soy uno de esos seres que nunca están contentos.

—Sólo los corderos están siempre contentos.

—He sido más feliz durante el mes que llevo aquí que en toda mi vida pasada. Parece que haya pasado seis meses en vez de uno, tantas cosas han sucedido en ese tiempo.

—Por mi parte, donde me siento más dichosa es en Poissac.

—¿Dónde está eso?

—Tenemos allí una casa de campo muy vieja y muy deteriorada. Dicen que Rabelais pasaba algunas temporadas en el pueblo, pero nuestra casa es posterior a esa época. Data de los tiempos de Enrique IV. Poissac no está lejos de Tours. Comprendo que el nombre es feo, pero a mí me parece bellísimo. La casa está rodeada de huertos, y las rosas amarillas rozan el alféizar de mi ventana. Hasta tenemos un torreón como el de Montaigne.

—Cuando me licencien voy a enterrarme en cualquier rincón del campo, para trabajar y trabajar...

—La música tendría que escribirse siempre en el campo, cuando los árboles se llenan de savia nueva...

—*D'après nature*, como diría el hombre de los conejos.

—Un individuo muy simpático —repuso Andrews echándose a reír—. Algún día le conocerá usted. Vende conejos de trapo en la terraza del café de Rohan.

—Bueno, ya hemos llegado. Gracias por acompañarme.

—¿Está segura de que hemos llegado? ¡Parece imposible. No hemos tardado nada...

—Sí. Ésta es mi casa —dijo riendo Geneviève Rod, y le tendió una mano, que él estrechó ansiosamente. La llave sonó en la cerradura—. ¿Por qué no viene mañana a tomar el té?

—Encantado.

La gran puerta barnizada, con su picaporte en forma de anillo, se cerró tras ella. Andrews se alejó con paso ágil. Se sentía animado y alegre.

En el camino de vuelta, mientras avanzaba por el *quai* envuelto en brumas hasta

la Place St. Michel, no dejó un solo momento de sentir el rumor de las aguas del río al rozar los pilares de los puentes.

Halló a Walters dormido. En la mesa de su habitación había una postal de Jeanne. Andrews la acercó a la vela para leerla. Decía:

¿Cuánto tiempo hace que no te veo? Pasaré por el café de Rohan, frente al Magazin du Louvre, el miércoles a las siete.

La postal era una vista de la Malmaison.

Andrews se sonrojó, sintiendo la más amarga melancolía. Con lánguidos movimientos se acercó a la ventana y miró hacia el atrio oscuro. De otra ventana que había bajo la suya salía un rayo de luz que cortaba la niebla y la oscuridad, iluminando unas macetas de helechos que había sobre las húmedas losas. Percibió un intenso olor a jacintos. En su mente fueron sucediéndose las ideas una tras otra. Se vio a sí mismo limpiando los cristales de las ventanas en el campamento de instrucción. Recordó el contacto desagradable la áspera esponja. Al pensar en aquellos días se sentía avergonzado sin poder evitarlo.

«Todo aquello terminó para siempre», se dijo. Pensó en Geneviève Rod con cierto sentimiento de cólera. ¿Qué clase de persona era Geneviève? Recordaba perfectamente su rostro, sus ojos inmensos, su barbilla puntiaguda, su cabello castaño cobrizo recogido sencillamente sobre la blanca frente... Pero le era completamente imposible recordar su perfil. Tenía las manos delgadas y los dedos muy largos, unas manos hechas para tocar bien el piano. Cuando se hiciera vieja, ¿se parecería a su madre? ¿Tendría los mismos dientes amarillos, la misma sonrisa amable? No podía imaginarla vieja. Estaba llena de vida. Era demasiado vibrante, y en sus gestos maliciosos se reflejaba una pasión contenida.

La imagen de Geneviève Rod fue desapareciendo para dejar sitio a la de Jeanne, con sus pequeñas y encallecidas manos de obrera, con la piel de los dedos estropeada de tanto coser. El perfume a jacintos que llegaba del atrio envuelto en brumas fue como una esponja que borraba toda idea de su cerebro. El airecillo húmedo estaba saturado de aquel olor intenso y dulcísimo. Una lánguida melancolía le fue invadiendo.

Lentamente se desnudó y se metió en la cama. El aroma de los jacintos llegaba todavía hasta él, pero tan tenue que no sabía si era simple producto de su imaginación.

La oficina del comandante estaba instalada en una habitación de grandes proporciones, pintada de blanco, con complicadas molduras y un espejo en cada una de las cuatro paredes. Mientras esperaba de pie, con la gorra en la mano, el momento

oportuno para acercarse a la mesa escritorio, Andrews pudo ver la silueta pequeña y redonda del comandante, su cara rosada y su cabeza calva, reflejadas ininidad de veces en los espejos grises y brillantes.

—Y usted, ¿qué desea? —preguntó el comandante levantando la cabeza y apartando los ojos de los papeles que estaba firmando.

Andrews se acercó un poco más. A ambos lados de la habitación, una insignificante figurilla caqui, repetida ininidad de veces, se acercó a una interminable fila de mesas de caoba. Cada silueta se confundía con la inmediata.

—Quisiera que pusiese el visto bueno a esta solicitud de desmovilización, mi comandante.

—¿Qué alega para ello? —murmuró el comandante entre dientes, echando un vistazo a la solicitud.

—Deseo ser desmovilizado para estudiar música en este país.

—Esto no basta. Necesita una declaración jurada que garantice que tiene usted dinero para vivir y costear sus estudios. De manera que músico, ¿eh? ¿Cree que tiene talento? Se necesita un gran talento para estudiar música.

—Sí, mi comandante... ¿Hace falta alguna otra cosa, aparte de esa declaración jurada?

—No. Con ella conseguirá su propósito, sin duda alguna. Nos complace licenciar a los soldados que tienen una buena hoja de servicios. ¡Williams!

—Dígame, mi comandante.

Un sargento que ocupaba una mesa cerca de la puerta se acercó.

—Explique a este hombre lo que necesita para ser desmovilizado en Francia.

Andrews saludó. Con el rabillo del ojo miró a su espejo y vio que una interminable hilera de figuras saludaba en el larguísimo corredor.

Cuando salió a la calle se detuvo ante el blanco y enorme edificio en donde estaba instalada la oficina del comandante. Se sentía completamente desamparado. Junto al bordillo de la acera se alineaban muchos vehículos de todos los tamaños pintados del mismo color pardo. De vez en cuando salía del blanco edificio de mármol algún personaje, con las polainas y el corraje relucientes como espejos, y subía a un automóvil. Alguna que otra motocicleta se detenía con gran estruendo ante el ancho portalón, y un oficial con gafas de motorista y el abrigo de campaña manchado de barro desaparecía tras puerta giratoria. Andrews creía verle avanzar por los espaciosos salones, tras cuyas puertas se oía el monótono teclear de las máquinas de escribir. Creía ver las paredes cubiertas de ficheros que llegaban al techo, las mesas barnizadas de amarillo repletas de papeles y a los pálidos empleados vestidos de uniforme. Se imaginaba a los cocheros creciendo de día en día y a los cajoncillos llenos de tarjetas aumentando sin cesar. Andrew creyó por un momento que el edificio de mármol estallaría a causa de los papeles que se almacenaban en él, y que

un alud de tarjetas inundaría el suelo de la ancha avenida.

—¡Abróchate la guerrera! —gritó una voz a su oído.

Andrews se volvió y vio junto a él a un policía militar de severa expresión y nariz larga y afilada.

Andrews obedeció en silencio.

—Comprenda que no puede exhibirse de ese modo —dijo el policía.

Andrews se sonrojó y se alejó sin volver la cabeza. Sentía una profunda humillación. Una voz furiosa repetía en su interior que era un cobarde. Que tendría que haber iniciado una protesta por pueril que fuese. Por su mente cruzaron imágenes grotescas de rebelión. Recordó que de niño, siempre que le reconvenía una persona mayor, solía experimentar la misma desagradable sensación de orgullo herido. Comprendía la inutilidad de su propia desesperación. Se comparó a un pobre pájaro que batiera las alas contra los barrotes de su jaula.

¿Es que no había solución? ¿No era posible un rasgo decisivo? ¿Tendría que seguir así día tras día, tragando la amarga hiel de su indignación, renovada ante cada nuevo símbolo de esclavitud?

Caminaba con paso agitado por el Jardín des Tuilleries, lleno de niños, de mujeres que paseaban a sus perros y de niñeras de cofia almidonada. De pronto se encontró frente a Geneviève Rod y su madre. Geneviève vestía un traje de color gris perla, demasiado elegante para complacer a Andrews. Madame Rod vestía de negro. Frente a ellos un *terrier* corría de un lado a otro con movimientos nerviosos. Sus patitas temblaban como si fueran muelles de acero.

—¿Verdad que hace una mañana deliciosa? —exclamó Geneviève.

—No sabía que tuviesen ustedes un perro.

—¡Oh! Nunca salimos sin «Santo». Es una buena protección para dos mujeres solas —dijo riendo madame Rod—. *Viens, «Santo», dis bonjour au monsieur.*

—Generalmente vive en Poissac —dijo Geneviève.

El perrillo ladró furiosamente al ver a Andrews. Fue un ladrido estridente como el chillido de un niño.

—Veo que recela de los soldados —dijo Andrews—. Hace bien, pues creo que si fuera posible casi todos los soldados cambiarían su suerte por la suya. *Viens, «Santo», viens. «Santo». ¿Quieres cambiar tu vida por la mía, «Santo»?*

—Tiene usted el aspecto de haberse peleado con alguien —dijo Geneviève Rod en tono ligero.

—En efecto. Acabo de pelearme conmigo mismo. Pienso escribir un libro acerca de la psicología de la esclavitud. Será divertidísimo —dijo Andrews con brusquedad, respirando entrecortadamente.

—Hemos de darnos prisa, querida —dijo madame Rod—, si no quieres llegar tarde al sastre.

Y tendió a Andrews su mano enguantada.

—¿Por qué no viene esta tarde a tomar el té? Podría tocar algo más de *La reina de Saba* —dijo Geneviève.

—Temo que no me sea posible, pero, en fin, tal vez vaya. Gracias, de todos modos.

Se alegró de quedarse solo. Tenía miedo de no poder contenerse y hacer una escena, como un chiquillo. ¿Qué lástima que Henslowe no hubiese vuelto! Podía haberle confiado sus penas, su desesperación, como ya hizo otras veces. Pero Henslowe ya no pertenecía al Ejército. Comprendió que tendría que empezar otra vez a intrigar y a adular, tal como había hecho antes de ir a París. Pensó en el edificio de blanco mármol, en los oficiales de lustradas polainas que salían y entraban, en las máquinas que tecleaban en cada habitación... Tan impotente, tan desamparado se sintió ante toda aquella complicada maquinaria que no pudo evitar un estremecimiento.

Se le ocurrió una idea, y para ponerla en práctica corrió hacia la escalera del Metro. Aubrey conocería sin duda a alguien del *Crillon* que pudiera ayudarle...

Pero cuando llegó a la estación de la Concorde, no se vio con ánimos para bajar. Sintió que una súbita repugnancia le incapacitaba para todo esfuerzo. ¿De qué le serviría humillarse, implorar el favor de los demás? Era completamente inútil. Roto el dique de su indomable orgullo una voz interior parecía decirle que él, John Andrews, no tenía por qué humillarse, y que por el mero hecho de ser más sensible a la emoción, por sufrir y gozar con más intensidad y porque tenía facultades para expresar todos esos sentimientos y hacer que otros los compartiesen, tenía derecho a imponerse, a hacerse obedecer.

«Más detalles acerca de la psicología de la esclavitud», se dijo, sintiendo que su egoísmo se desvanecía como si fuera una pompa de jabón.

El Metro llegó a la Porte Maillot.

Andrews se detuvo en medio del bulevar lleno de sol, frente a la estación del Metro. En los plátanos brotaban ya las hojas, pequeñas y de color dorado. Aspiró el perfume que llegaba de un puesto de flores cercano, ante el cual una mujer ataba con hábiles y distraídos movimientos un ramito tras otro de violetas. Sintió un repentino deseo de perder de vista la ciudad, de alejarse de las casas y de las gentes. Vio que un crecido número de personas formaban cola para comprar billetes para St. Germain. Las imitó, indeciso todavía... Antes de que pudiera darse cuenta avanzaba a través de Neuilly en el remolque verde del tren eléctrico, que se bamboleaba violentamente como la cola de un pato, cuando la máquina avanzaba con rapidez.

Recordó la última vez que montó en aquel tren con Jeanne. Deseó intensamente haber podido enamorarse de ella, enamorarse loca y románticamente, hasta el punto de olvidarse de sí mismo, del Ejército y de todo cuanto le rodeaba.

Cuando llegaron a St. Germain se quedó inmóvil durante unos momentos para poner en orden sus ideas. Sintió el tormento de una intensa desesperación, que latía en él como late una herida infectada.

Se sentó en un café frente al Château, contemplando los muros de color rojo claro, los pesados ventanales de piedra, los aiosos torreones y las chimeneas que surgían por encima de la clásica balaustrada ornada de grandes jarrones que rodeaba el tejado. En el parque, que se divisaba tras la alta verja de hierro, abundaban los contornos bermejos y pálidos y el follaje nuevo... ¿Sería cierto que la gente del Renacimiento supo vivir con más intensidad? Andrews imaginó a los caballeros de sombreros ornados de plumas, de capas cortas y complicadas casacas bordadas, paseando por la tranquila plaza que había frente al Château, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada. Pensó también en la ráfaga de libertad que sopló de pronto procedente de Italia y que redujo a polvo dogmas y esclavitud. En contraste, el mundo de hoy le parecía extrañamente árido. Los hombres caían destrozados por la misma fuerza de las complicadas maquinarias de su invención. Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Aretino, Cellini... ¿Surgirían acaso figuras de esa talla, capaces todavía de dominar el mundo? Todo estaba hoy como congestionado. Todo era obra del remolino de las masas. Los hombres se habían convertido en hormigas. Quizá fuera inevitable que las multitudes se hundiesen más caí vez en el abismo de la esclavitud. Ganara quien ganase —la tiranía de los de arriba o las organizaciones espontáneas de los de abajo—, el individualismo ya no podía existir.

Atravesó la verja del jardín, en el cual había varios parterres de pensamientos. Por entre la oscuras hileras de olmos se divisaba el cielo brillante, y de vez en cuando, recortándose en él, las siluetas de unas estatuas parcialmente cubierto de musgo verde. Al final de un sendero halló una terraza. Más allá de la barandilla de hierro que formaba complicadas curvas se extendían un campos de color verde pálido —que allá, en lejanía, adquirirían un tono azulado— salpicado de casas rosadas o pizarrosas y sembrados de rieles de ferrocarril. A sus pies se extendía Sena, brillante como la hoja ondulada de su espada.

Cruzó la terraza a grandes zancadas y siguió otro sendero que le condujo al bosque. Su andar rápido y precipitado, los murmullos del bosque, el musgo de color de esmeralda que cubría parcialmente los troncos de los árboles, el cielo que aparecía gris y suave por entre los azulados encajes de las ramas, todo contribuyó a hacerlo olvidar la monotonía de sus ideas. El verde bosque y los troncos retorcidos le recordaron el primer acto de *Pelléas*. Con la guerrera desabrochada, abierto el cuello de la camisa y las manos hundidas en los bolsillos, siguió su camino, silbando como un colegial.

Tras una hora de andar por el bosque llegó a una carretera. Avanzó por ella y se situó junto a una carreta de dos ruedas que andaba al mismo paso que él a pesar de

sus esfuerzos por adelantarla.

Un muchacho le gritó desde arriba:

—¡Eh, americano! ¿Quiere subir?

—¿Adónde vas, muchacho?

—A Conflans-Ste.-Honorine.

—¿Hacia dónde cae eso?

El muchacho señaló vagamente hacia delante con su látigo, por encima de la cabeza del caballo.

—Bueno —dijo Andrews.

—Llevo patatas —explicó el muchacho—. Vamos, acomódese.

Andrews le ofreció un cigarrillo, que el muchacho aceptó tomándolo entre sus dedos manchados de barro. Tenía la cara ancha, las mejillas rojas y las facciones más bien gordezuelas. Llevaba un casquete bastante sucio, bajo el cual se veía su cabello de color castaño rojizo.

—¿Adónde has dicho que ibas?

—A Conflans-Ste.-Honorine. ¿No le parece estúpido que haya tantos pueblos con nombres de santos? —Andrews se echó a reír—. Y usted, ¿adónde va? —preguntó el muchacho.

—No lo sé. De momento estaba paseando.

El muchacho se inclinó hacia Andrews y murmuró a su oído:

—¿Desertor?

—No. Tenía el día libre y decidí echar un vistazo al campo.

—Pensé que podría ayudarle si fuese usted desertor. Debe de ser estúpida la vida de soldado, una vida cochina... En fin, veo que le gusta el campo. A mí también me gusta. Claro que esto no es precisamente el campo. Yo no soy de aquí, sino de Bretaña. Aquello sí que es verdadero campo. París me ahoga. Tanta gente, tantas casas...

—Yo lo encuentro maravilloso.

—Porque usted es soldado y todo es mejor que el cuartel, *hein?* Yo nunca seré soldado. ¡Vida más perra! Prefiero ser marino. Me alistaré en la Marina mercante, y así, cuando tenga que hacer el servicio, lo haré en el mar.

—Supongo que será más agradable.

—Sobre todo gozaré de libertad. Además, el mar es para mí muy importante. Ya sabe usted que nosotros los bretones morimos a causa del alcohol o del mar.

Ambos se echaron a reír.

—¿Hace tiempo que estás por aquí? —preguntó Andrews.

—Seis meses. Trabajo en una granja, pero me aburro mucho. De momento soy capataz de un grupo de un huerto de frutales, pero eso durará poco. Tengo un hermano que es marinero. Cuando llegue a Burdeos pienso alistarme y acompañarle.

—¿Para ir adónde?

—A América del Sur. Al Perú... ¡Cualquier sabe!

—También a mí me gustaría embarcar —dijo Andrews.

—¿De veras? A mí me parece maravilloso viajar y conocer países nuevos. Tal vez me quede allá...

—¿En dónde, exactamente?

—¡Cualquiera sabe! Suponiendo que el lugar me guste... La vida está mal en Europa.

—Es espantoso —murmuró Andrews pensativo—. Tantas naciones, tantos odios... Y, no obstante, es hermoso. La vida es horrible en América.

—Echemos un trago. Ahí tenemos un *bistro*.

El muchacho saltó de la carreta y ató el caballo a un árbol. Entraron en una pequeña taberna con un mostrador y una mesa cuadrada de madera de roble.

—¿No temes llegar tarde? —preguntó Andrews.

—Y eso, ¿qué importa? Me gusta charlar. ¿A usted no?

—Sí. A mí también.

Encargaron vino a una mujer de edad avanzada que se acercó a ellos. Llevaba un delantal verde, y al hablar dejaba al descubierto tres grandes dientes salientes y amarillentos.

—No he comido nada —dijo Andrews.

—Espere un poco —dijo el muchacho. Salió, se acercó al carro y volvió al poco tiempo con una talega de lona de la que sacó medio pan y un pedazo de queso—. Me llamo Marcel —dijo cuando se hubo sentado y bebido unos sorbos de vino.

—Y yo Jean... Jean André.

—Tengo un hermano que se llama Jean y mi padre se llama André. Es curioso, ¿verdad?

—Trabajar en un huerto de árboles frutales debe de ser magnífico —dijo Andrews comiendo pan y queso.

—Lo pagan bien, pero es pesado estar siempre en el mismo sitio. Claro que eso no me sucedería en Bretaña... —Marcel hizo una pausa. Se agarró a su taburete por entre las piernas abiertas y se balanceó hacia delante y hacia atrás durante un rato. Una extraña luz brilló en sus ojos grises. Luego siguió diciendo con voz dulce—: Allí, en los campos, todo respira paz. Y desde las montañas puede verse el mar... Es estupendo, ¿no le parece? —preguntó sonriente, volviéndose hacia Andrews.

—Eres muy afortunado, porque tienes libertad —dijo Andrews con amargura, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pronto será usted desmovilizado. La carnicería terminó... Podrá volver a su hogar. No está mal, hein?

—A veces creo que eso no es bastante. Soy tan inquieto...

—¿Qué otra cosa puede esperar?

Había empezado a llover. Se acomodaron sobre los sacos de patatas, y el caballo emprendió la marcha a trote corto. Sus finas patas de color castaño brillaban bajo la lluvia.

—¿Pasea usted a menudo por aquí? —preguntó Marcel.

—No. Pero pienso hacerlo de ahora en adelante. Es el lugar más hermoso de los alrededores de París.

—Tiene usted que venir cualquier domingo y daremos una vuelta. El castillo es precioso. Además, podremos ir a la Malmaison, el lugar donde vivieron el gran Emperador y la emperatriz Josefina.

Andrews recordó súbitamente la postal de Jeanne. Era miércoles. Imaginó su silueta oscura avanzando por entre la multitud, frente al café de Rohan. Sin duda, no había remedio. Su desesperación fue tan intensa que le pareció casi dulce.

—¿Y las muchachas? —preguntó de repente a Marcel—. ¿Son bonitas por aquí?

Marcel se encogió de hombros.

—Mujeres no faltan, si se tiene dinero —respondió. Andrews se avergonzó, sin saber exactamente por qué—. Mi hermano escribe que en América del Sur las mujeres son morenas y apasionadas —añadió Marcel, pensativo y sonriente—. Pero a mí lo que me interesa es viajar y leer buenos libros. Ahora, si ha de coger el tren para París —añadió, obligando al caballo a detenerse—, será mejor que baje, cruce ese campo por un sendero que hallará en él y siga hacia la izquierda hasta dar con el río. Allí encontrará un barquero. El pueblo se llama Herblay, y tiene estación. Puede volver cualquier domingo. Me hallará por la tarde en el número 3 de la Rue des Evêques, en Reuil. Me gustaría que diésemos juntos un paseo.

Se estrecharon las manos. Andrews se alejó por los campos húmedos. La charla con Marcel fue un dulce e inexplicable lenitivo para su espíritu. Por encima de todo, en algún lugar ignorado, creía oír el ritmo libre y grandioso del mar...

Acudió a su memoria la escena ocurrida aquella misma mañana en la oficina del comandante, Vio el reflejo repetido de su pobre e insignificante figura en los espejos, parado junto a la brillante mesa de caoba, en humilde actitud. Ni si quiera allí, en medio del campo, ante el espectáculo de la tierra húmeda y vibrante, ante el triunfo de la vegetación, podía considerarse libre. Era allí, en aquel edificio, en aquellos salones de mármol blanco en los cuales se oía incesantemente el tintineo de las espuelas de los oficiales, en los archivos, en los papeles escritos a máquina, en donde se hallaba su verdadera personalidad, aquel ser a quien otros tenían el derecho de suprimir si así lo deseaban, porque no era más que un número y un nombre en medio de una lista de millones de nombres y de números.

Su otra personalidad, aquel ser lleno de posibilidades, de esperanzas y de deseos, no era sino un pobre fantasma, una sombra, que dependía del otro yo, que sufría por

ser y al que había de someterse forzosamente. Le era imposible olvidar la imagen de sí mismo, su figura flaca dentro del uniforme mal cortado, repitiéndose innumerables veces en los dos espejos de las paredes blancas, en la oficina del comandante.

Súbitamente, por entre unos álamos desnudos de hojas, divisó el Sena.

Echó a correr por el camino, chapoteando en los charcos brillantes que hallaba al paso, hasta llegar a un desembarcadero. El río era muy ancho en aquel lugar. En las aguas plateadas se reflejaban los tonos verdes, violados y pajizos del cielo del atardecer. En la orilla opuesta había varios grupos de casas amarillentas que se extendían por la verde colina hasta llegar a una iglesia.

Bajaba la corriente muy crecida, y parecía a punto de desbordarse, como sucede con el agua que roza los bordes de un vaso demasiado lleno. El rumor de las aguas era como un susurro que cambiaba de tono y que sonaba en los oídos de Andrews con un ritmo dulcísimo.

La inspiración musical que vibraba en él se hizo tan intensa que llegó a olvidar todo lo que fuese eso. Había música en la sangre que corría por sus venas, en los varios colores del cielo y del río y en el rítmico sonido de las aguas que se deslizaban cerca.

V

—**E**n todo caso —dijo Andrews riendo—, decidí prescindir de él.

—¡Qué divertido! —gritó Geneviève—. Además no creo que se atrevieran a ser demasiado severos. Chartres está muy cerca. Casi a las puertas de París.

Estaban solos en el compartimiento. El tren había salido de la estación y atravesaba los suburbios. Los árboles de los jardines estaban llenos de follaje. Por encima de las rojas tapias de las pequeñas villas surgían las ramas de los árboles frutales.

—De todas formas, no quise perder la oportunidad.

—Una de las ventajas del soldado debe de consistir en prescindir de vez en cuando del reglamento. Me pregunto si Damocles no hallaría divertido lo de la espada. ¿Qué le parece a usted? —Se echaron a reír—. Mamá no se quedó muy tranquila con nuestra excursión. Es muy buena, y se empeña en ser liberal y moderna, pero en el último momento siempre se asusta. En cuanto a mi tía, cuando nos vea aparecer creerá que ha llegado el fin del mundo.

Pasaron unos túneles, y cuando el tren se detuvo en Sèvres contemplaron el valle del Sena. Una ligera niebla azulada cubría la suave tonalidad verde de las hojas. El tren siguió corriendo a través de anchos campos de cebada tierna y de trigales dorados, húmedos todavía de lluvia, que se perdían en el horizonte de color de púrpura. La sombra azul del tren se proyectaba sobre la hierba y los setos.

—¡Qué hermoso es salir de la ciudad a esta hora! ¿Tiene piano su tía?

—Sí, uno muy viejo y desafinado.

—Sería estupendo que pudiera tocarle todo lo que tengo escrito de *La reina de Saba*.. Sus observaciones son siempre atinadas.

—Es porque todo lo suyo me interesa. Creo que puede usted llegar muy lejos.

Andrews se encogió de hombros.

Quedaron silenciosos, con los oídos llenos del rumor de las ruedas sobre los rieles, mirándose de vez en cuando casi furtivamente. Entretanto, los campos, los setos, los espacios floridos, los álamos ligeramente salpicados de verde: todo se extendía ante ellos como un pergamino que alguien fuera desenrollando tras los postes del telégrafo y los alambres que adquirirían reflejos cobrizos a la luz del sol. Andrews descubrió que el brillo cobrizo de los alambres tenía el mismo tono que el reflejo de los cabellos de Geneviève. Berenice, Artemisa, Arsinoe... Los tres nombres cruzaron de nuevo por su imaginación. Al mirar al exterior, a los cables que oscilaban al otro lado de la ventanilla, creía ver su rostro —los claros ojos castaños, la boca pequeña, la frente ancha y suave— reproducido en la pintura al encausto de la caja en que estaba encerrada la momia de cualquier muchacha de Alejandría.

—Dígame —preguntó ella—, ¿cuándo empezó a componer música?

Andrews se echó hacia atrás el cabello rubio que caía en desorden sobre su frente.

—Creo que esta mañana ni siquiera me he peinado —dijo—. ¡Estaba tan nervioso pensando que iba a Chartres con usted! —Ambos se echaron a reír—. Cuando era niño me enseñó mi madre a tocar el piano —añadió con repentina seriedad—. Vivíamos en una vieja casa de Virginia que había pertenecido siempre a su familia. Aquella vida era distinta a todo lo que pueda usted haber conocido. No creo que en toda Europa pueda uno estar tan aislado como estábamos nosotros en Virginia. Mi madre fue muy desgraciada. Su vida fue una tragedia, como sólo puede llegar a serlo la vida de una mujer. Me contaba cuentos y yo les ponía música. Con cualquier motivo componía una canción. Recuerdo que mi mayor éxito fue la que dediqué a una flor, a un diente de león —dijo riendo—. Recuerdo perfectamente a mi madre, sentada ante su escritorio, con la cabeza algo inclinada y los labios apretados. Era muy alta, y como nuestro viejo salón era bastante oscuro tenía que inclinarse para ver bien. Pasaba muchas horas copiando las canciones que yo componía. Mi madre es la única persona que ha tenido importancia para mí en la vida. Pero, volviendo a mi música, lo que me falta es técnica.

—¿Cree que eso es tan importante? —dijo Geneviève inclinándose hacia él para que la trepidación del tren no ahogara su voz.

—Puede que no... No lo sé.

—Creo que a la técnica perfecta se llega siempre, más tarde o más temprano, siempre que no falte sensibilidad.

—No obstante, a veces es horrible sentir y no poder expresar lo que se siente. Por ejemplo: una idea cruza nuestro cerebro y va creciendo hasta adquirir proporciones desmesuradas, pero no podemos captarla porque carecemos de técnica para expresarla. Es como estar parado en una esquina y ver pasar una hermosa procesión sin que nos sea posible unirnos a ella, o como abrir una botella de cerveza y ver que su contenido se escapa en espuma sin que tengamos un vaso donde recogerla.

Geneviève se echó a reír.

—Siempre queda el recurso de beber por la botella, ¿verdad? —dijo con los ojos chispeantes.

—Eso es lo que estoy intentando hacer —dijo Andrews.

—Ya hemos llegado. Mire, ahí está la catedral. Pero hoy no se ve —dijo Geneviève.

Se levantaron. Al salir de la estación dijo Andrews:

—Después de todo, lo más importante del mundo es la libertad. Cuando esté fuera del Ejército...

—Creo que, en efecto, tiene usted razón. Al menos por lo que a usted respecta. El artista debe ser libre. Ningún lazo ha de atarle...

—No veo que haya diferencia entre un artista y otro obrero cualquiera —dijo

Andrews bruscamente.

—No, pero mire...

Desde la plaza en que se hallaban divisaron, más allá del fondo verdoso de un pequeño parque, el edificio amarillo rojizo de la catedral, con sus dos torres —una ricamente adornada y otra más severa y el rosetón en medio—, que surgía por entre los tejados de las casas del pueblo, indiferente a cuanto la rodeaba.

Ambos la contemplaron en silencio, tan cerca el uno del otro que sus hombros se rozaban.

Por la tarde corrieron montaña abajo hasta llegar al río, que se deslizaba entre casas y molinos ruinosos y destartalados. Más allá, surgiendo por entre unos perales en flor y recortándose sobre el cielo claro divisaron el ábside de la catedral. Al llegar a un puente estrecho y muy antiguo, se detuvieron para mirar el agua, teñida de azul, verde y gris, porque en ella se reflejaba el cielo y las hojas tiernas y jugosas de los sauces de la orilla.

Sus sentidos estaban saturados de la belleza del día, de la complicada magnificencia de la catedral, de todo lo que habían visto y hablado.

—Todo consiste en adquirir el hábito del trabajo —dijo Andrews—. Para llegar a alguna parte hay que rendirse a la esclavitud. La cuestión estriba en encontrar al amo que nos esclavice. ¿No está usted de acuerdo?

—Sí. Supongo que todos los hombres que han dejado huella de su paso en la vida y que han influido en las de los demás han sido esclavos en cierto modo —murmuró Geneviève lentamente—. Y es que para vivir y gozar de algo intensamente hay que dar mucho, hay que dar una gran parte de nuestra propia vida. Creo que el sacrificio merece la pena —añadió, y miró a Andrews a los ojos.

—Sí, creo que en realidad la merece —dijo Andrews—. Pero necesito su ayuda. Soy como un hombre que sale de un oscuro sótano. Estoy como aturdido ante la belleza de las cosas. Menos mal que he logrado salir del sótano.

—¡Mire! —gritó Geneviève—. Acaba de saltar un pez.

—Tal vez pudiéramos alquilar un bote. ¿Verdad que sería muy divertido pasear en él?

Antes de que Geneviève pudiese responder oyeron una voz desconocida que decía:

—Su pase, por favor.

Andrews se volvió y se encontró con un soldado de tez morena y rojas mejillas que se había detenido junto a ellos. Andrews le miró fijamente. Tenía una cicatriz en forma de zigzag sobre el ojo izquierdo.

—Veamos ese pase —dijo otra vez el hombre. Su voz era fuerte y estridente.

—¿Es usted policía militar?

—Sí.

—Pertenezco al destacamento de la Sorbona.

—¿Qué diablos es eso? —dijo el policía con una risa leve.

—¿Qué dice? —preguntó sonriendo Geneviève.

—Nada. Tendré que acompañarle y dar una explicación al oficial —dijo Andrews con voz entrecortada—. Vuelva usted a casa de su tía. La iré a recoger en cuanto esto quede solucionado.

—No. Prefiero acompañarle.

—Haga lo que le digo, por favor. A lo mejor la cosa es seria. Iré a buscarla tan pronto como pueda.

Geneviève, con su paso ligero y decidido, se alejó por la montaña sin volver la cabeza.

—Mala suerte, muchacho —dijo el policía militar—. Es guapa la chica. No me importaría pasar un ratito con ella.

—Escúcheme. Pertenezco al destacamento universitario de la Sorbona, y vine sin el pase necesario. ¿Cómo podríamos arreglarlo?

—No se preocupe, que todo llegará —dijo con aspereza el policía militar—. Supongo que no estará usted disfrazado y pertenezca al Estado Mayor, ¿verdad? Destacamento universitario... ¡Atiza! Lo que se va a reír Bill Huggis cuando se entere... A pesar de todo, la chica era muy guapa. Y ahora, vamos —añadió en tono confidencial—. Si no hace resistencia, ni siquiera le pondré las esposas.

—¿Cómo sé que es usted realmente policía militar?

—Pronto podrá convencerse de ello.

Torcieron por una estrecha calleja y avanzaron por entre grises muros sucios de moho y con manchas de humedad.

Sentado en una silla junto a la ventana, en el Interior de un tabernucho, había un hombre fumando. En su uniforme se veía la roja insignia de la policía militar. Se levantó al verlos pasar y abrió la puerta, no sin colocar una mano sobre la pistola que llevaba al cinto.

—Atrapé a un pájaro, Bill —dijo el individuo que acompañaba a Andrews, empujando a éste para que entrase.

—¡Estupendo, Handsome! ¿Pacífico?

—¡Hum! —refunfuñó Handsome.

—Siéntate ahí. Si te mueves te levanto la tapa de los sesos.

El policía militar tenía las mandíbulas cuadradas, la tez cetrina y unas bolsas bajo los ojos grises y sin brillo.

—Dice que pertenece a no sé qué endiablado destacamento universitario. Creo que es la primera vez que le atrapan.

—Destacamento universitario... ¿Qué es eso? ¿Una especie de O. T. C.? —preguntó Bill, y se dejó caer riendo en su asiento, extendiendo piernas sobre el suelo.

—¿Verdad que tiene gracia? —dijo Handsome riendo estridentemente.

—¿Llevas documentación? Deberías llevarla.

Andrews buscó en sus bolsillos. Enrojeció.

—Debería llevar un pase.

—Naturalmente. En fin, el pobre chico es tonto —dijo Bill echando humo por la nariz—. Mírale la chapa, Handsome.

Éste se acercó a Andrews y comenzó a desabrocharle la guerrera. Andrews se echó hacia atrás.

—No la tengo. Olvidé cogerla esta mañana.

—Ni chapa ni insignia.

—Soy de Infantería.

—Ni documentación... Creo que hace bastante tiempo que la corre —dijo Handsome pensativo.

—Ponle las esposas. Será mucho mejor —dijo Bill bostezando.

—Esperemos. ¿Cuándo llega el teniente?

—Nunca viene antes de la noche.

—¿Seguro?

—Sí. No hay tren antes de la noche.

—¿Y si viene en motocicleta?

—Estoy seguro de que no —refunfuñó Bill.

—¿Y si tomáramos unas copas, Bill? Apuesto cualquier cosa a que este individuo lleva dinero encima. Supongo que nos invitas a coñac ¿verdad, «Destacamento Universitario»?

Andrews, erguido en su asiento, los miró silencio.

—Sí —murmuró—. Pidan lo que quieran.

—No le pierdas de vista, Handsome. Nunca sabe uno de lo que es capaz un individuo como éste, que parece tonto.

Bill Huggis salió. Su andar era torpe y pesado. Volvió al poco rato con una botella de coñac en la mano.

—Le dije a la patrona que tú pagabas, canijo —dijo al pasar junto a Andrews. Éste se limitó a asentir.

Los dos policías militares se acercaron a la mesa junto a la que Andrews se sentaba. Andrews no podía apartar la vista de ellos. Bill Huggis canturreaba mientras descorchaba la botella.

Es la sonrisa lo que te hace dichoso

Es la sonrisa lo que te hace infeliz.

Handsome le miraba con expresión burlona. Súbitamente ambos se echaron a reír.

—¡Y pensar que el pobre estúpido cree que pertenece a un destacamento universitario! —exclamó Handsome con voz chillona.

—Temo que vayas a parar a otro destacamento muy distinto, canijo —gritó Bill Huggis. Y ahoyó su risa con un largo trago de la botella. Se enjugó los labios y añadió—: No está del todo mal. —Luego volvió a canturrear:

Es la sonrisa lo que te hace dichoso

Es la sonrisa lo que te hace infeliz.

—¿Quieres, canijo? —preguntó Handsome mostrando a Andrews la botella.

—No, gracias —respondió Andrews.

—Te advierto que en el sitio adonde vamos a llevarte no verás ni sombra de coñac, canijo —gritó Bill Huggis riendo a carcajadas.

—Bueno. Echaré un trago.

Súbitamente acababa de ocurrírsele una idea.

—Oye, tú, este idiota quiere beber coñac.

—¿Tienes dinero para comprar otra botella?

Andrews asintió y se secó distraídamente los labios con el pañuelo. Había bebido el coñac sin saborearlo siquiera.

—Trae otra botella, Handsome —dijo Bill Huggis en tono indiferente. Tenía muy roja la parte inferior de las mejillas. Cuando su compañero volvió, exclamó—: ¡El último coñac que este pobre canijo del destacamento universitario beberá en mucho tiempo! Será mejor que eches un buen trago, canijo. No hay nada parecido allá en la granja... ¡Destacamento universitario! ¡Maldita sea! —Y se echó hacia atrás, agitado por la risa.

Handsome estaba sofocadísimo. Sólo la cicatriz en forma de zigzag que tenía sobre el ojo seguía siendo blanca. Mientras descorchaba la botella lanzaba juramentos en voz baja.

Andrews no podía apartar los ojos de aquellos dos rostros. De vez en cuando lanzaba una ligera ojeada al papel de la pared, que formaba cuadros amarillos y castaños, y al mostrador tras el cual se veían muchas botellas vacías.

Intentó contar esas botellas: «Una, dos, tres... Pero antes de que se diera cuenta se encontró contemplando de nuevo los ojos grises y sin brillo de Bill Huggis, que recostado en su silla, seguía echando humo por la nariz y cogiendo de vez en cuando la botella de coñac, sin cesar canturrear en voz muy baja:

Es la sonrisa lo que te hace dichoso

Es la sonrisa lo que te hace infeliz.

Handsome, sentado también junto a la mesa, había apoyado la cara entre sus dos manazas, Estaba sofocado, pero su cutis era suave como el de una mujer.

La claridad iba tornándose gris.

De pronto, Handsome y Bill Huggis se levantaron para saludar. Un joven oficial de facciones enérgicas, tocado con un gorro de campaña algo inclinado a un lado, entró y se detuvo con las piernas abiertas en medio de la habitación.

Andrews se acercó a él.

—Pertenezco al destacamento universitario de la Sorbona, mi teniente. Fui destinado a París.

—¿Es que no sabes saludar? —dijo el oficial mirándole de arriba abajo—. Veamos, que uno de vosotros le enseñe a saludar —añadió lentamente.

Handsome avanzó un paso, se acercó a Andrews y le asestó un fuerte puñetazo entre ceja y ceja. A Andrews le pareció que la habitación se iluminaba. Todo dio vueltas en torno suyo. Su cabeza chocó contra el suelo. Se levantó... Inmediatamente, el puño le golpeó en el mismo lugar, cegándole casi por completo. Las tres figuras y el rectángulo de la ventana oscilaron ante él. Cayó al suelo otra vez, arrastrando una silla. Un golpe seco en el cerebro le dejó momentáneamente sin sentido.

—Basta ya. Dejadle —oyó que murmuraba una voz que parecía sonar desde muy lejos, como al otro extremo de un túnel oscuro.

Cuando trató de levantarse, sintió como si un peso le mantuviese fijo al suelo. La sangre y las lágrimas le cegaban. Sintió un terrible sufrimiento, como si alguien atravesase con dardos su cabeza. Entonces vio que le habían esposado.

—¡Arriba! —gritó una voz airada.

Se levantó. Por entre las lágrimas que llenaban sus ojos se hizo otra vez la luz. Le ardía la frente cual si la oprimiesen carbones encendidos.

—¡Prisionero, fir... mes! —gritó la voz del oficial—. ¡Mar... chen!

Automáticamente adelantó Andrews un pie.

Luego otro. Sintió en la cara la brisa fresca del exterior. A su lado resonaban los pasos firmes de policía militar.

En su interior, una voz de pesadilla chillaba, chillaba...

SEXTA PARTE

BAJO LAS RUEDAS

I

Entrechocaban los cubos de basura que, destapados, iban siendo colocados uno a uno en el interior del camión. La atmósfera estaba saturada de polvo y de un desagradable olor a cosas putrefactas, mientras los hombres seguían su faena. De pie, con las piernas abiertas y la culata del fusil apoyada entre ellas, había un centinela. La niebla matinal era espesa y baja y ocultaba las ventanas de la parte alta del hospital. De la puerta junto a la que se alineaban los cubos de basura salía un penetrante olor a ácido fénico. Cuando el último cubo de basura estuvo en el camión, el centinela y los cuatro prisioneros subieron a éste y se acomodaron como mejor pudieron entre los cubos, de los que salían cenizas, trozos de vendas manchados de sangre y restos de comida podrida. El camión se dirigió al horno crematorio a través de las calles de París, que brillaban alegres a aquella hora de la mañana.

Los prisioneros no llevaban guerrera. Sus camisas y sus pantalones estaban manchados de grasa y de basura. Llevaban en las manos guantes de lona bastante rotos. El centinela era un muchacho de tez sonrosada y expresión tímida, que sonreía siempre como queriendo pedirles perdón; al parecer hallaba bastante complicada la tarea de conservar el equilibrio cada vez que el camión volvía una esquina.

—¿Cuántos días puede durar esta faena, Happy? —preguntó un muchacho de claros ojos azules, tez blanca y cabello rojo y rizado.

—Que me ahorquen si lo sé, «Chico». Pero supongo que tantos días como se les antoje —dije el que se hallaba a su lado, un hombre de cuello de toro, cara de boxeador y mandíbulas fuertes y salientes. Luego miró un momento al muchacho que estaba a su lado y añadió con una mueca de sorpresa—: Pero, «Chico», ¿quién te ha metido aquí? Es como si te hubiesen sacado de lo cuna.

—Robé un «Ford» —respondió alegremente el muchacho.

—¡Diablos! ¿Eso hiciste?

—Sí, y lo vendí después por quinientos francos.

Happy se echó a reír, teniendo que agarrarse a un cubo lleno de ceniza para no salir despedido del camión, que seguía dando saltos.

—¿Qué te parece, centinela? —gritó—. No está mal, ¿verdad?

El centinela lanzó una carcajada.

—No me enviaron a Leavenworth porque era demasiado joven —continuó diciendo el muchacho tranquilamente.

—¿Qué edad tienes, «Chico»? —preguntó Andrews, que se apoyaba en el asiento del conductor.

—Diecisiete años —repuso el muchacho sonrojándose y bajando los ojos.

—¡Lo que habrás tenido que mentir para conseguir entrar en el maldito Ejército! —exclamó el conductor con voz profunda, sacando un poco la cabeza y lanzando un

salivazo de jugo de tabaco.

El chófer frenó de pronto. Los cubos de basura chocaron entre sí.

—¡Vamos, ten cuidado! —se quejó el «Chico»—. Por poco me rompo una pierna.

El chófer lanzó una larga serie de juramentos.

—¡Así revienten todos esos cochinos franceses, que parecen que van por la calle durmiendo y mirando a las musarañas! ¿Por qué no se quitarán de en medio? Vamos, Happy, baja y dale a la manivela.

—Creo que sería una suerte romperse una pierna o cualquier otra cosa. ¿No te parece, «Canijo»? —dijo en voz baja el cuarto prisionero.

—Para salir de este batallón disciplinario hace falta algo más que una pierna rota, Hoggenback. ¿Verdad, centinela? —dijo Happy subiendo otra vez al camión.

El vehículo se puso de nuevo en marcha, dejando tras de sí una estela de polvo y ceniza y un horrible hedor a basura. Andrews se dio cuenta de que avanzaban por los *quais*, bordeando el río. El pálido sol y las brumas de la mañana daban a Notre-Dame un tono rosado como el de las lilas en flor. Andrews la miró fijamente durante un momento. Luego apartó los ojos. Se sentía muy lejos de todo aquello, como el hombre que desde el fondo de una zanja contempla las estrellas.

—Mi camarada fue enviado a Leavenworth por cinco años —dijo el «Chico» tras un rato de silencio, durante el cual oyeron el ruido de los cubos de basura en el interior del camión, que saltaba sobre el empedrado.

—Supongo que te ayudaría a robar el «Ford», ¿verdad? —dijo Happy.

—Nada de eso. Vendió un tren de municiones. Era ferroviario. Por ser masón sólo le condenaron a cinco años.

—Creo que cinco años en Leavenworth bastan para acabar con cualquiera —gruñó Hoggenback ceñudamente. Era un hombre moreno y de anchos hombros. Trabajaba siempre con la cabeza muy erguida.

—Nos conocimos en París. Estábamos en el Olimpia un día que se armó un jaleo de mil demonios, y allí fue donde nos echaron el guante. Nos llevaron a la Bastilla. ¿Habéis estado en la Bastilla?

—Yo sí —dijo Hoggenback.

—No es una broma que digamos, ¿verdad?

—¡Cristo! —exclamó Hoggenback enrojando de cólera. Volvió la cabeza para mirar a los paisanos que cruzaban rápidamente las calles, los camareros que en mangas de camisa limpiaban las mesas de los cafés y a las mujeres que empujaban carretones llenos de verdura de brillantes colores.

—Creo que lo que estamos pasando no puede compararse con nada —dijo Happy—. Para nosotros sería mejor que la guerra no hubiese terminado. Nos enviarían a las trincheras. Todo mejor que esto.

—Daos prisa —gritó el conductor, deteniendo el camión junto a un asqueroso

patio lleno montones de basura—. No podemos quedarnos aquí todo el día. Aún he de hacer cinco viajes.

El centinela bajó y se quedó muy tieso, mirándolos con expresión severa. Sin duda temía que hubiese un oficial por los alrededores. Los prisioneros empezaron a vaciar los cubos de basura, aspirando el fétido olor y casi sintiendo los labios un acre sabor a cenizas.

La atmósfera, en la casucha que servía de comedor, estaba cargada y saturada del humo procedente de la cocina que había a un extremo. Los soldados pasaban junto al mostrador, llevando en la mano las cazuelas, donde les servían el rancho. De vez en cuando se paraba uno más la cuenta para pedir con voz suplicante un aumento de ración. Luego se sentaban cerca unos otros ante unas largas y toscas mesas de madera llenas de manchas de grasa y de café. En aquellos momentos, las mesas estaban todavía húmedas a causa de una reciente limpieza. Andrew se había sentado al extremo de un banco, junto a la puerta por la cual se entreveía la semioscuridad del exterior. Comía despacio. Él mismo se sorprendía de poder comer, saboreando incluso el rancho grasiento, y de la resignación con que, aun a pesar de sí mismo, lo acataba todo. Hoggenback estaba a su lado.

—Es curioso —dijo Andrews—. No es tan malo como yo imaginaba.

—¿Te refieres a nuestro batallón? —repuso Hoggenback—. Lo cierto es que uno se acostumbra a todo. Ésa es la gran verdad que nos enseña el Ejército.

—La gente halla más cómodo conformarse con las cosas que hacer un esfuerzo por cambiarlas.

—Tienes mucha razón. ¡Maldita sea! ¿Me das un cigarrillo?

Andrews le dio uno. Se levantaron y salieron al exterior llevando sus cazuelas, que lavaron en un recipiente lleno de agua grasienta en la que flotaban trozos de comida por entre una espuma espesa. Hoggenback dijo de pronto, en voz baja:

—Así son las cosas, muchacho. Supongo que algún día se ajustarán las cuentas. ¿Eres religioso?

—No.

—Ni yo tampoco. En mi familia todos han tenido su religión particular. Mi padre, y antes que él mi abuelo, se suicidaron. Y es que llega un momento en que ya no se puede tragar más bilis.

—Desde luego, Hoggenback —dijo Andrews. Ambos se dirigieron al cuartel.

—¡Maldita sea! —gritó Hoggenback—. Llega un día en que ya no se puede más, y en que ya no consuela renegar. En ese momento se vuelve uno loco y no sabe lo que hace.

Alzó la cabeza y entró lentamente en el cuartel.

Andrews se apoyó en un muro y contempló el cielo. Intentaba casi desesperadamente meditar, atar algunos cabos de su vida en aquel pequeño intervalo

de la pesadilla. Al cabo de cinco minutos, y a un toque de corneta, tendría que entrar también en el cuartel. Pensó en una canción, y mentalmente la entonó durante unos momentos. Pero cuando recordó dónde la había oído la rechazó con desagrado de su imaginación.

*Es la sonrisa lo que te hace dichoso
Es la sonrisa lo que te hace infeliz.*

Era casi oscuro. Dos hombres se acercaban andando despacio.

—Sargento, ¿puedo hablarle? —murmuró un voz. El sargento asintió—. Hay dos muchachos que piensan escapar...

—¿Quiénes son? Recuerda que si intentas engañarme será peor para ti.

—Surley y Watson. Los oí hablar de eso el retrete.

—¡Estúpidos!

—Decían que prefieren la muerte a seguir aquí.

—¿Conque ésas tenemos?

—No hable tan fuerte, sargento. Nadie se beneficiaría si me oyesen. Y ahora, dígame, sargento —la voz se hizo lastimera, suplicante—, ¿cree que casi he cumplido ya mi condena?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? No es asunto mío.

—Pero, sargento, en otro tiempo presté servicios en las oficinas de mi batallón. ¿No hace falta nadie en las de éste?

Andrews entró en el cuartel. Estaba furioso. Silenciosamente se desnudó y se metió en cama.

Hoggenback y Happy hablaban cerca de él.

—No te preocupes —decía el primero—. Cualquiera día le echarán el guante a ese canalla.

—¿Quién se atrevería? En el campamento aquel estaban todos tan asustados que saltaban si alguien los tocaba en el hombro. Es la disciplina. Lo que yo siempre digo: llega un momento en que no se puede aguantar más.

Andrews siguió silencioso, escuchando la charla de los otros dos. Le dolían los músculos a causa del trabajo realizado durante el día.

—Me han dicho que le juzgó un consejo de guerra —prosiguió Hoggenback—. ¿Sabes cuál fue la sentencia? Pues retirarle media paga. Era comandante.

—¡Dios! Cuando salga de este maldito Ejército me volveré loco de alegría —dijo Happy.

Hoggenback le interrumpió:

—Olvidarás los malos ratos y dirás a todos que lo pasaste muy bien.

Andrews oyó el sonido burlón de una corneta en el exterior, un ruido capaz de

ensordecer a cualquiera. La voz de un sargento gritó: «¡Silencio!» desde un extremo del cuartel, y todas las luces se apagaron. Inmediatamente escuchó Andrews la pesada respiración de los que ya dormían. Siguió despierto en medio de la oscuridad. Su cuerpo parecía latir al compás monótono del trabajo que realizó aquel día. Creía escuchar aún el tono suplicante de aquel muchacho que en la penumbra había hablado al sargento.

«¿Será posible que yo caiga tan bajo?», se preguntó.

Cuando salía del retrete, Andrews oyó una voz que decía suavemente:

—«Canijo»...

—Dime —respondió.

—Acércate. Quisiera hablar contigo. —Era la voz del «Chico». En la maloliente casucha donde estaban instalados los retretes no había luz. Oyeron en el exterior cómo canturreaba el centinela, mientras paseaba de un lado a otro frente a la puerta del cuartel.

—¿Quieres que seamos camaradas, «Canijo»?

—Claro —contestó Andrews.

—¿Crees que hay posibilidad de escapar?

—Muy pocas —dijo Andrews.

—¿Por qué no será posible que demos un grito y nos veamos fuera de aquí?

Ambos se echaron a reír. Andrews puso una mano en el brazo del muchacho.

—«Chico», es un asunto peligroso y arriesgado. Por correr un riesgo me veo hoy encerrado aquí. No quiero empezar otra vez. Si te cogen te considerarán desertor, lo que significa a su vez veinte años o toda la vida en Leavenworth. Y eso es el fin.

—¿Y qué otra cosa es este infierno?

—No sé, pero un día u otro nos soltarán.

—¡Sss, sss!

De pronto el «Chico» puso su mano sobre la boca de Andrews. Ambos se quedaron rígidos. Podían oír claramente los latidos de sus corazones.

En la grava del exterior sonó un ligero rumor de pisadas. El centinela se paró para saludar. Los pasos se perdieron en la distancia, y el centinela volvió a canturrear.

—Por hablar como nosotros hacemos ahora metieron a uno en chirona, incomunicado, por un mes —murmuró el «Chico».

—Pero, «Chico», te aseguro que no tengo ánimo ni para pensar en un plan.

—Claro que sí, «Canijo». Tú y yo somos más listos que todos los otros juntos. ¡Cristo! No pueden tratarnos como a perros, siendo inteligentes como somos. Escucha: si algún día salgo de aquí haré carrera escribiendo guiones cinematográficos. Quiero llegar muy lejos, «Canijo».

—Pero, «Chico», si te escapas no podrás volver nunca a los Estados Unidos.

—¿Y eso qué importa? El mundo no termina en Nueva Rochelle. En Italia

también hacen películas, ¿no es verdad?

—Seguramente. Anda, vámonos a dormir.

—Bueno. Pero que conste, «Canijo», que desde hoy somos camaradas.

Andrews sintió que la mano de su amigo le apretaba el brazo.

En el recinto oscuro y mal ventilado, tumbado en su camastro y teniendo otros dos sobre el suyo, Andrews permaneció despierto durante un buen rato, escuchando los ronquidos de los que le rodeaban. Su cabeza era un hervidero de ideas, pero tan intensa era su desesperación que sólo sabía fruncir el ceño, morderse los labios, mover la cabeza de un lado a otro de la guerrera doblada que le servía de almohada y seguir escuchando con atención la fuerte respiración de los que dormían en torno suyo.

Cuando al fin logró quedarse dormido, soñó que estaba a solas con Geneviève Rod en el salón de conciertos de la Schola Cantorum, y que él se esforzaba en tocar al violín una pieza para ella. La música escapaba, huía de su mente, en la agonía de recordar se le saltaban las lágrimas, que resbalaban por sus mejillas. Después tomaba a Geneviève en sus brazos y la besaba, la besaba... hasta darse cuenta de que no era a ella a quien besaba, sino a una tabla de madera, una madera en la que había un rostro dibujado, un rostro de ancha frente, grandes ojos de color castaño claro y labios finos y pequeños. Entretanto, un muchacho, que era como una mezcla de Chris y del «Chico», repetía a su lado que huyese, porque se acercaba un policía militar. Loco de terror, se desplomó entonces en su asiento, con una botella en la mano, oyendo a sus espaldas cómo una voz desagradable cantaba así:

Es la sonrisa lo que te hace dichoso

Es la sonrisa lo que te hace infeliz.

Le despertó un toque de corneta. Se sentó tan sobresaltado que su cabeza tropezó con el camastro situado sobre el suyo. El dolor le hizo echarse hacia atrás con un gesto infantil. Se vistió apresuradamente para llegar a tiempo de la lista, pero cuando vio que el rancho no estaba listo aún y que los hombres se agrupaban junto a la cocina, moviendo los pies impacientes y haciendo entrechocar sus cazuelas a la temprana claridad de la fría mañana de primavera, sintió un alivio intenso. Se dio cuenta de que estaba junto a Hoggenback.

—¿Cómo va eso, «Canijo»? —murmuró Hoggenback con su voz baja y misteriosa.

—Bien. Creo que todos navegamos en el mismo barco —repuso Andrews con una carcajada.

—¡Ojalá se fuese a pique de una vez! —murmuró el otro—. ¿Sabes una cosa? —añadió tras una pausa—. No acabo de entender cómo un muchacho educado como tú

se ha metido en un lío capaz de traerte aquí. No es que yo no tenga cultura, pero tal vez no sea muy grande.

—Eso es corriente. Aunque no creas que tenga tanta importancia. Hay que sufrir en la vida, tanto si se es un analfabeto como si se posee una gran cultura.

—No sé qué decirte, «Canijo». Creo que el que ha llevado una vida perra tiene más aguante. Mira, «Canijo», voy a hacerte una confesión. De no haber sido yo tan impaciente mi situación sería distinta. Soy maderero. Mi padre hizo algunos ventajosos contratos con el Ejército y ganó algún dinero. Podía haberme metido en el Cuerpo de Ingenieros si yo no me hubiese apresurado a alistarme como voluntario.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Tengo un carácter tan inquieto! Quería correr mundo. Esta maldita guerra me tenía sin cuidado, pero quería ver cómo eran las cosas por aquí.

—Pues ya lo has visto.

—Sí, por cierto —dijo Hoggenback alargando su taza para que la llenaran de café.

Sentados en el interior del camión que los conducía al trabajo, apoyados en el respaldo que no cesaba de saltar, Andrews y el «Chico» charlaban casi a gritos para que sus voces no quedaran ahogadas por el ruido atronador del tubo de escape.

—¿Te gusta París? —preguntó el «Chico».

—No éste que ahora veo —dijo Andrews.

—Me dijo uno de los muchachos que hablas muy bien el francés. ¿Por qué no me enseñas? Para salir adelante en un país como éste hay que saber idiomas.

—Supongo que sabrás algo de francés, ¿no es cierto?

—Un francés para andar por casa —dijo el «Chico» riendo.

—¿Y bien?

—Si quiero escribir un guión cinematográfico para una compañía italiana, creo que no me bastará con repetir: *Voulez-vous coucher avec moi?* una y otra vez.

—Lo mejor es que aprendas el italiano, «Chico».

—Sí. También lo aprenderé. Pero, oye, «Canijo», ¿no te parece que nos llevan hoy muy lejos?

—Al muelle de Passy, a descargar piedra —refunfuñó una voz.

—No, cemento... Cemento para el estadio que regalamos a la nación francesa. ¿No lo has leído en el *Stars and Stripes*?^[10]

—Yo les regalaría un buen puntapié, y lo mismo que yo harían muchos.

—Así pues, tendremos que sudar como condenados descargando cemento, para que esos cochinos franceses tengan su estadio —dijo Hoggenback.

—Si no fuera eso sería otra cosa. ¿Qué más da?

—Todos tenemos familia a quien mantener y por quien trabajar —gritó Hoggenback—. ¿De qué nos va a servir tanto sudar? ¡Construir un estadio! ¡Maldita

sea!

—Afuera todos. ¡Pronto! —gritó una voz desde el asiento del conductor.

Por entre las nubes de polvo blanco, Andrews podía distinguir de vez en cuando las verdosas aguas del río; los remolcadores que avanzaban en medio de nubes de vapor y largas estelas de humo; las gabarras de redonda proa; los puentes por donde pasaban con rapidez tantos seres, en marcha hacia el trabajo o hacia donde quisieran... Los sacos de cemento pesaban mucho, y el trabajo, por lo desacostumbrado, resultaba doloroso. El áspero polvillo se le metía en las uñas, en la boca y en los ojos. Una frase le martilleaba sin cesar el cerebro durante toda la mañana: «Hay seres que se pasan la vida entera haciendo esto... Hay seres que se pasan la vida entera haciendo esto...»

Cruzando una y otra vez la estrecha tabla tendida entre la gabarra y la orilla, miró repetidamente las aguas negruzcas que conducían al mar, haciendo todo lo posible por no caer en ellas. No sabía por qué se esforzaba en luchar de aquel modo. Una mitad de su ser deseaba olvidar en el silencio negro de aquellas aguas toda lucha inútil. Ahogarse en ellas sería maravilloso...

En cierta ocasión vio al «Chico» parado ante el sargento. Parecía completamente exhausto. En sus ojos brillaba una conmovedora expresión de súplica, lo mismo que un chiquillo a quien acaban de dar una paliza. El espectáculo le divirtió. «Si yo tuviese las mejillas sonrosadas, la boca de un amorcillo y los ojos azules, tal vez me fuese mejor en la vida», pensó. Imaginó al «Chico» convertido en un grueso y seráfico anciano, saliendo de un automóvil blanco como los que se ven en las películas y mirando cuanto le rodeaba con sus cándidos ojos azules. Pero la agonía del peso de los sacos de cemento sobre su espalda y sobre sus caderas hizo que se olvidara de todo.

De nuevo en el camión, cuando volvían al cuartel para el rancho, el «Chico» — que, entre los demás hombres sudorosos a quienes el polvo blanco asemejaba a fantasmas, parecía extrañamente fresco y sonriente— procuró situarse junto a Andrews. Por entre las voces roncadas de los de más y el estruendo que producía el camión, preguntó a su amigo:

—¿Te gusta nadar, «Canijo»?

—Sí. Daría cualquier cosa por quitarme de encima este polvo de cemento —dijo Andrews distraídamente.

—Yo gané en cierta ocasión un concurso infantil de natación, en Coney... —dijo el «Chico». Andrews no respondió—. Cuando ibas al colegio, ¿pertenecías al equipo de natación, «Canijo»?

—No, pero opino que sería maravilloso estar ahora en el agua. En otro tiempo me gustaba bañarme en la bahía de Chesapeake de noche, cuando las aguas eran fosforescentes. —De repente Andrews se dio cuenta de que los ojos azules del

«Chico» brillaban como ascuas y le miraban con evidente nerviosismo—. ¡Atiza! ¡Qué estúpido soy! —murmuró.

El «Chico» le golpeó ligeramente en la espalda y dijo dirigiéndose a los demás:

—El sargento ha dicho que hoy trabajaremos hasta que sea de noche.

—Que me ahorquen si lo resisto —murmuró Hoggenback.

—¿Y tú eres maderero?

—No es por falta de fuerza. Si quisiera podría cargar con dos sacos a la vez. Es que hay momentos en que uno se harta de todo y en que ya no se aguanta más. Se vuelve uno loco. ¿Verdad, «Canijo»? —preguntó Hoggenback sonriendo y volviéndose hacia Andrews.

Andrews asintió.

Aquella tarde, después de haber cargado dos o tres sacos, Andrews creyó que había llegado al límite de su resistencia. Le dolía la espalda, y los muslos le temblaban de cansancio. Tenía la cara y los dedos casi llagados, debido al contacto del áspero polvillo de cemento.

Cuando atardecía y las aguas del río iban adquiriendo un tinte rojizo, vio Andrews que dos muchachos jóvenes, vestidos de paisano, con abrigos de color de crema y un bastón en la mano, los contemplaban trabajar.

—Creo que son periodistas, de éstos que escriben acerca de la rapidez con que el Ejército desmoviliza a sus hombres —dijo un muchacho con voz lastimera.

—Pues sí que han venido a un buen lugar para documentarse.

—Les habrán dicho que somos soldados que vuelven a su hogar y que estamos cargando nuestros equipajes.

Los periodistas repartían cigarrillos entre varios individuos que se habían agrupado alrededor de uno de ellos. Uno de ellos gritó:

—Nosotros aún tenemos suerte. Somos el batallón mimado de ese canalla de Pershing.

—Nos quieren tanto que no pueden prescindir de nosotros.

—¡Malditos sean! —murmuró Hoggenback sin levantar la vista del suelo, al pasar junto a Andrews—. Ya les diría yo unas cuantas verdades que iban a dejarlos sin respiración.

—¿Por qué no se las dices?

—¿De qué iba a servirme? No tengo suficiente cultura para hablar con esa clase de gente.

El sargento, un hombrecillo de cara roja y bigote muy recortado, se acercó al grupo que rodeaba a los periodistas.

—Vamos, muchachos —dijo con voz amable—, tenemos que descargar mucho cemento antes de que empiece a llover. Cuanto antes terminemos, antes nos marcharemos.

—¿No oyes a ese canalla? —murmuró Hoggenback, que volvía cargado con otro saco—. Se derrite de amabilidad porque tenemos compañía.

El «Chico» pasó junto a Andrews y dijo sin mirarle:

—Haz lo que yo haga, «Canijo».

Andrews no respondió, pero su corazón empezó a latir con fuerza. De pronto se sintió aterrorizado. Hizo lo imposible por dominar sus nervios y no hacer nada que no debiera hacer. Pero sin poderlo evitar recordó el momento en que el policía militar le dio el puñetazo y creyó que, como entonces, todo vacilaba en torno suyo. Le pareció incluso oír la fría voz del teniente que decía:

—Que uno de vosotros le enseñe a saludar.

Las horas se hacían interminables.

Por fin, al acercarse al muelle, vio Andrews que ya no quedaban más sacos a bordo. Se sentó junto a la pasarela, demasiado fatigado incluso para pensar. Las sombras grises y azuladas de la noche lo invadían todo. La silueta purpúrea del puente de Passy resaltaba a la claridad rojiza.

El «Chico» se sentó a su lado y apoyó en sus hombros un brazo tembloroso.

—El centinela mira ahora hacia el otro lado. No nos echarán de menos hasta que vayan a subir al camión. Vamos, «Canijo» —añadió con voz queda y tranquila.

Se agarró a la pasarela y se sumergió en el agua que corría a sus pies. Andrews le imitó casi sin darse cuenta. El contacto con el agua helada le hizo sentir un repentino vigor. Le pareció que su cuerpo despertaba. Al acercarse al gran timón de la gabarra divisó al «Chico» asido a una cuerda. Sin cruzar una sola palabra pasaron al otro lado del timón. La rápida corriente que casi los arrastraba dificultaba enormemente su avance.

—Aquí no pueden vernos —dijo el «Chico» con los dientes apretados—. ¿Crees que podrás quitarte los pantalones y los zapatos?

Andrews empezó a luchar con una de las botas. Con su mano libre, el «Chico» le ayudó a sostenerse a flote.

—Yo me he quitado ya las mías —dijo—. Vine preparado —añadió riendo a pesar de que sus dientes castañeteaban.

—Ya está. He roto los cordones —dijo Andrews.

—¿Sabes bucear?

Andrews asintió.

—Tenemos que llegar hasta aquel grupo de barcazas que hay al otro lado del puente. Los barqueros nos esconderán.

—¿Cómo lo sabes?

Pero el «Chico» ya había desaparecido.

Durante unos momentos, Andrews pareció vacilar. Después se soltó y empezó a nadar aprovechando en lo posible la corriente.

En un principio se sintió fuerte y animado, mas pronto fue quedando extenuado por el contacto helado de las aguas. Sus piernas y sus brazos estaban ateridos. Más que con el río, tenía que luchar con la parálisis que amenazaba sus miembros, pues a cada momento que pasaba sentía más rígidas las piernas. Salió a la superficie para respirar. Tuvo la visión momentánea de una figuras parecidas a soldados de plomo que accionaban enérgicamente sobre la cubierta de la gabarra. Un disparo de fusil dio la señal de alarma. Se sumergió otra vez. No quería pensar. Era como si su cuerpo y su cerebro trabajasen independientemente uno de otro.

Cuando volvió a salir a flote sintió que el frío casi le cegaba. Notó en la boca sabor a sangre. Comprendió, por la sombra que se proyectaba sobre su cabeza, que pasaba bajo el puente. Se colocó un momento boca arriba. Las luces del puente estaban encendidas.

La corriente le arrastró de una a otra barcaza. Tuvo entonces la absoluta seguridad de que se ahogaría. Una voz burlona parecía murmurar a su oído: «Y así fue cómo John Andrews se ahogó en el Sena... Se ahogó en el Sena... En el Sena...»

Reaccionó y luchó furiosamente con los cables que se oponían a su avance.

La sombra oscura de una gabarra que remontaba la corriente pasó por su lado. «¡Con qué rapidez avanzan!», se dijo.

De pronto, y casi sin darse cuenta, se halló agarrado a una cuerda. Sus hombros rozaban la proa de un pequeño bote. Ante él, sobre un cielo purpúreo, se perfilaba el timón. Una mano grande y cálida le asió por los hombros. Sintió que le levantaban por la parte de proa. El roce lastimó sus miembros entumecidos. Al fin se vio fuera del laberinto de cables que querían aprisionarle.

—Escondedme. Soy un desertor... —murmuró una y otra vez en francés.

Un rostro moreno y rojizo lleno de granos y protuberancias con una barba blanca e hirsuta surgió entre las brumas rosadas y se inclinó sobre él.

II

O *h qu'il est propre! Oh, qu'il a la peau Manche!*

Las voces femeninas surgían estridentes en la oscuridad. Alguien había cubierto su cuerpo con una suave frazada. Sintió un agradable calorcillo y a la vez sueño. Pero en lo más hondo de su cerebro, algo muy negro, parecido a una araña, avanzaba arrastrándose, desgarrando los velos rosados de su sopor. Cuando, transcurrido un buen rato, pudo volverse, echó un vistazo en torno suyo.

—*Mais reste tranquile* —dijo una voz de mujer.

—¿Y el otro? ¿No han recogido a nadie más? —murmuró Andrews.

—No se preocupe... Estoy secándolo junto al fogón —dijo otra voz femenina, profunda y ronca como la de un hombre.

—Mamá está secando su dinero junto al fuego. Está a salvo... ¡Qué ricos son los americanos!

—¡Y pensar que por poco lo echo por la borda con los pantalones! —dijo la otra mujer.

John Andrews miró alrededor. Estaba en un camarote bajo y oscuro. Tras él brillaba una luz amarillenta. De allí procedían sin duda las voces que oía. En el techo se reflejaban las sombras, desproporcionadas, de unas cabezas. En camarote cerrado olía a comida recién guisada. Creyó incluso percibir el crujir de la manteca derretirse en la sartén.

—Pero, ¿y el «Chico»? ¿No le han visto? —preguntó en inglés, haciendo un esfuerzo por recobrarle y poner en orden sus ideas. Luego añadió en francés y con voz más normal—: Me acompañaba un amigo.

—No hemos visto a nadie. Rosaline, pregúntale al viejo.

—Tampoco ha visto a nadie —dijo la muchacha con su voz chillona. Se acercó a la cama y arropó torpemente a Andrews.

Lo primero que de ella vio Andrews fue curva de sus senos y sus dientes grandes que brillaban a la luz. Luego, confundiéndose con las sombras, vio una mata de rizado cabello en desorden.

—*Qu'il parle bien français* —dijo la muchacha. Y, al mirarle, toda ella resplandecía.

Se oyeron unos pasos firmes, y la mujer más edad se acercó al lecho y le observó.

—*Il va mieux* —dijo con aire de persona entendida.

Era una mujer gruesa y de rostro ancho vulgar. Iba envuelta en chales. Tenía las cejas hirsutas y una especie de patillas grises que llegaban casi hasta las comisuras de los labios. En la barbilla tenía también algunos pelos erizados. Su voz, grave y áspera, parecía surgir de más profundo de su voluminosa persona.

Los pasos crujían por doquier. El anciano contempló a Andrews a través de sus

gafas, que llevaba en la punta de la nariz. Andrews reconoció el rostro irregular, lleno de granos y protuberancias.

—Muchas gracias —dijo.

Los tres le miraron silenciosamente durante algún tiempo. Después, el anciano sacó del bolsillo un periódico, lo desdobló cuidadosamente lo colocó ante los ojos de Andrews. A la escasa luz amarillenta, éste leyó el nombre: *Libertaire*.

—Por eso le he ayudado —dijo el anciano mirando fijamente a Andrews a través de sus gafas.

—Soy una especie de socialista —dijo Andrews.

—¡Los socialistas son unos inútiles! —gritó el anciano de mal talante. Y las rojas protuberancias de su cara parecieron enrojecer aún más.

—Siento gran simpatía por mis camaradas los anarquistas —dijo Andrews, que por un breve instante encontró la situación incluso divertida.

—Tuvo usted suerte en agarrarse a mi barca en vez de ir a parar a la próxima. Sin duda alguna, esa gente le habría entregado. *Sont des royalistes, cés salauds-lá*.

—Hay que darle algo de comer. Anda, mamá. No te preocupes, porque te pagará. ¿Verdad que pagarás, mi pequeño americano?

Andrews asintió con una inclinación de cabeza.

—Lo que me pidan —dijo.

—No. Puesto que se trata de un camarada, no quiero que pague ni un solo *sou* —dijo el viejo.

—Eso ya lo veremos —dijo la anciana lanzando un silbido de indignación.

—El caso es que... la vida está tan cara hoy en día —explicó la muchacha.

—Pagaré lo que pueda —dijo Andrews impaciente, volviendo a cerrar los ojos.

Durante un buen rato permaneció inmóvil, tumbado de espaldas.

Una mano se introdujo entre su espalda y la almohada y le levantó. Andrews se sentó en la cama. Rosaline estaba junto a él y le alargaba una taza de caldo. El humo rozó su cara.

—*Mange ça* —murmuró ella.

Andrews la miró sonriente. La joven estaba ahora muy bien peinada. En uno de sus hombros se balanceaba un loro de brillante plumaje verde con manchas rojas en las alas. El loro miró a Andrews con desagrado. Sus ojuelos parecían dos piedras preciosas.

—*Il est jaloux, «Coco»* —dijo Rosaline con una estridente risita.

Andrews tomó la taza de caldo y bebió unos sorbos.

—Está demasiado caliente —dijo apoyándose en el brazo de la muchacha.

El loro graznó unas palabras que Andrews no pudo entender. El anciano exclamó tras él:

—*Nom de Dieu!*

El loro volvió a graznar algo.

Rosaline se echó a reír.

—El viejo le enseñó la frase —explicó—. ¡Pobre «Coco»! No sabe lo que dice.

—Pero ¿qué dice? —preguntó Andrews.

—*Les bourgeois á la lanterne, nom de Dieu!* Es una canción —dijo Rosaline—. *Oh, qu'il est malin, ce «Coco».*

Con los brazos cruzados, Rosaline continuaba en pie junto a la cama. El loro estiró el cuello y acarició la mejilla de la muchacha, abriendo y cerrando sus ojos parecidos a dos piedras preciosas. La joven frunció los labios como para, dar un beso y murmuró con voz acariciadora:

—*Tu m'aimes «Coco», n'est-ce pas, «Coco»? Bon «Coco»..*

—¿Podría comer algo más? Estoy hambriento —dijo Andrews.

—¡Oh! Lo había olvidado —dijo Rosaline, y echó a correr con la taza vacía entre las manos.

No tardó en regresar, pero esta vez sin el loro. Llevaba la misma taza, llena de patatas guisadas con carne.

Andrews comió maquinalmente. Luego dijo:

—Gracias. Ahora quiero dormir.

Se acomodó en su litera. Rosaline le arropó cuidadosamente. Su mano rozó la mejilla de él, y su movimiento fue acariciador. Pero Andrews se había sumido de nuevo en una especie de sopor, dándose cuenta solamente del entorpecimiento de sus brazos y de sus piernas y de la comida que acababa de ingerir.

Cuando se despertó, la claridad era gris en vez de ser amarilla. Percibió un extraño ruido que no supo a qué atribuir. Aguzó el oído durante algún tiempo, tratando de adivinar la causa que lo motivaba. Por fin, con inmensa alegría, creyó saber a qué se debía: sin duda, la barca se movía.

Siguió tumbado de espaldas, mirando la leve claridad plateada del techo. No quería pensar. Sólo temía que alguien entrase y empezara a hablarle, a hacerle preguntas.

De pronto pensó en Geneviève Rod. Con los ojos de la imaginación se vio junto a ella, hablando de música. Geneviève le decía que debía terminar *La reina de Saba* y enseñarle la partitura a monsieur Gibier, gran amigo de cierto director de orquesta, que tal vez lograra que la pieza fuese ejecutada. ¿Cuánto tiempo hacía que habían hablado de algo parecido? No podía borrar de su mente las imágenes de Geneviève y la suya cuando, rozando su hombro el de ella, se habían detenido ante la catedral de Chartres para contemplar el templo que surgía triunfante por entre los tejados. Su imaginación retrocedía inexorablemente, haciéndole revivir todos los momentos de aquel día y sumiéndole en un abismo de indignación. Se rebelaba. ¡Cielos! ¿Tendría que pasarse toda la vida recordando la voz de un oficial que murmuraba: «Enseñadle

a saludar»? ¿Y a Handsome avanzando hacia él para darle un puñetazo? ¿Tendría que recordar aquello toda la vida?

—Hicimos un lío con el uniforme, le atamos una piedra y lo arrojamos al agua —dijo Rosaline tocándole ligeramente en el hombro.

—Fue una buena idea.

—¿No te levantas? Es casi la hora de comer. ¡Cuánto has dormido!

—Pero... no tengo nada que ponerme —dijo Andrews riendo. Y sacó de entre las sábanas un brazo desnudo.

—Te traeré algo del viejo. Pero, dime, ¿tienen todos los americanos la piel tan blanca como tú? Mira —y puso su mano morena, de uñas sucias y rotas, sobre el brazo de Andrews, un brazo blanco cubierto de sedoso vello rubio.

—Es porque soy rubio —dijo Andrews—. Cr que hay muchos franceses rubios, ¿no es cierto?

Rosaline se marchó riendo. Al poco rato regresó con unos pantalones de pana y una camisa de franela algo rota, que olía a tabaco de pipa.

—De momento podrás arreglarte con eso —dijo—. No hace frío. Estamos en abril. Esta noche te compraremos unos zapatos y algo ropa. ¿Adónde piensas ir?

—¡Qué diablos sé yo!

—De momento vamos a El Havre, en busca de carga. —Se llevó ambas manos a la cabeza e intentó poner en orden su abundante cabello rojizo—. ¡Dichoso pelo! —exclamó—. El agua tiene la culpa, ¿sabes? Es imposible tener un aspect respetable viviendo a bordo de una gabarra. Oye, americano, ¿por qué no te quedas con nosotros una temporada? Podrías ayudar al viejo en la faenas.

Andrews se dio cuenta de que ella le miraba con temblorosa ansiedad.

—No sé qué hacer —dijo indiferente—. ¿Cree que estaré seguro en cubierta?

Ella se volvió con mal humor y se dirigió la escalera para indicarle el camino.

—*Oh, voilà le camarade!* —gritó el viejo, que se hallaba apoyado en la alta caña del timón Ven acá y ayúdame.

La gabarra en que se hallaban era la última de una hilera de cuatro que, describiendo un ancho círculo, navegaban por en medio del río en cuyas aguas se reflejaban las manchas azuladas y verdes de unos pequeños álamos que creían en las orillas. El cielo tenía un luminoso tono gris y estaba salpicado de nubecillas del color de los huevos de petirrojo. Andrews aspiró la húmeda brisa del río, y, tal como le pedían, se apoyó en la caña del timón, respondiendo a cuantas concisas preguntas quiso el anciano dirigirle.

Cuando todos bajaron a comer, él se quedó junto al timón. Los colores pálidos, el rumor del agua y las orillas verdes y azuladas del río, que se sucedían continuamente, fueron para él tan dulces y reconfortantes como lo fue su profundo sueño. No obstante, todo aquello parecía un velo que cubriera la realidad, la realidad de los

hombres que formaban filas interminables, que avanzaban con rítmico paso en el campo de instrucción, que vestían de igual forma, que se arrastraban ante las mismas jerarquías de polainas y correaes brillantes; aquella realidad que tenía su origen en unas grandes oficinas llenas de índices y fichas, la realidad de un mundo en que sólo se oía el rumor de muchos pies que marchaban al unísono y el de unas voces glaciales que gritaban: «¡Enseñadle a saludar!»

Como un pájaro cogido en la trampa Andrews luchaba por librarse de aquella pesadilla.

Pensó después en la mesa de su habitación de París y en los papeles pautados que se amontonaban sobre ella. Súbitamente sintió que lo único que deseaba en el mundo era trabajar. Poco importaba lo que pudiera sucederle si disponía de tiempo para expresar en notas aquella armonía que recorría su cuerpo como corre la sangre por las venas. De pie apoyado en la caña del timón siguió contemplando los álamos verdes y azulados que desfilaban por las orillas del río y que se reflejaban en el espejo de las aguas. Sintió la brisa húmeda que jugaba con su vieja camisa y dejó de pensar.

Poco después el anciano subió a cubierta. Tenía el rostro purpúreo y lanzaba bocanadas de humo.

—Bueno, muchacho —dijo—; baja ya a comer.

Andrews se hallaba tumbado boca abajo sobre cubierta, con la barbilla apoyada en el dorso de las manos. La gabarra había anclado junto a la orilla, entre otras embarcaciones. Un perrillo de pelo suave, tendido junto a él, le ladraba furiosamente a un perro amarillento que había en tierra. Oscurecía. Por entre las grises nieblas del río se distinguían las ventanas iluminadas de las tabernas situadas a lo largo de la orilla. La luna nueva se ocultaba tras los álamos. El recuerdo del «Chico» le asaltó entre un torbellino de ideas. Había vendido un «Ford» por quinientos francos, se había ido de juerga con un individuo que vendió un tren de municiones, y pensaba escribir guiones cinematográficos para los italianos. No había guerra capaz de dar al traste con tal clase de personas.

Andrews miró sonriendo las aguas oscuras. Era curioso. Seguramente, el «Chico» había muerto. En cambio, él, John Andrews, estaba vivo y era libre. Y, sin embargo, allí estaba lamentándose y martirizándose por errores pasados. «¡Por Dios, procura ser un hombre!», se dijo.

Se levantó.

A la puerta del camarote halló a Rosaline, que jugaba con el loro.

—Dame un beso, «Coco» —decía con voz acariciadora—. Un besito. Un besito para Rosaline, para la pobrecita Rosaline...

El loro, al que apenas se veía en la oscuridad, se inclinó hacia ella agitando las alas y emitiendo sonidos de alegría.

Cuando Rosaline vio a Andrews, dijo:

—Creí que habías ido a echar un trago con el viejo.

—No. Me quedé aquí.

—¿Te gusta esta vida?

Rosaline colocó al loro en su alcándara, y éste empezó a protestar, balanceándose de un lado a otro y gritando:

—*Les bourgeois a la lanterne, nom de Dieu!*

Ambos se echaron a reír.

—Sin duda es una vida maravillosa. Después del Ejército, esta gabarra me parece la gloria.

—Pero los soldados americanos cobráis una buena paga.

—Siete francos diarios.

—Eso es una fortuna.

—En cambio hay que pasarse el día obedeciendo órdenes.

—Pero no hay gastos. Todo son ganancias. Los hombres sois muy graciosos. El viejo es igual que tú. ¡Qué bien estamos los dos solos! ¿Verdad, Jean? —Andrews no respondió. En aquel momento pensaba en la actitud que adoptaría Geneviève Rod cuando supiera que había desertado—. Yo odio esta vida —continuó Rosaline—. Es sucia, y, en el invierno, fría y miserable. Me gustaría ver a todas estas gabarras en el fondo del mar. Hablemos de las mujeres de París. ¿Te has divertido mucho con ellas?

—Sólo conocí a una. Salgo poco con mujeres.

—De todas formas, el amor es algo verdaderamente maravilloso, ¿verdad?

Estaban sentados sobre la barandilla, en la parte de proa. Rosaline se hallaba muy cerca de Andrews, y su pierna rozaba la de éste.

El recuerdo de Geneviève Rod se hacía cada vez más intenso. Pensaba en las cosas que ella solía decir, en las inflexiones de su voz al hablar, en su extraña manera de servir el té, en la expresión de eterna sorpresa que se reflejaba en sus grandes ojos castaños, en aquellos ojos que se parecían a los de las mujeres de las pinturas al encausto halladas en las tumbas del Fayutn...

—Mamá está charlando con la vieja de la lechería. Son muy buenas amigas. No volverá antes de dos horas —dijo Rosaline.

—¿Me traerá la ropa, verdad?

—Estás muy guapo así.

—Pero todo esto es de tu padre.

—¿Qué importa?

—Tengo que volver pronto a París. Hay alguien a quien debo ver allí.

—¿Una mujer? —Andrews asintió—. No creas que la vida de a bordo me desagrada tanto. Lo que pasa es que estoy muy sola. Me aburro entre tantos viejos. Por eso protesto. En cambio, si tú te quedases con nosotros podríamos pasarlo muy bien. —Apoyó la cabeza en el hombro de Andrews y puso una mano sobre el brazo

desnudo de éste. Luego añadió sonriendo—: ¡Qué fríos son estos americanos! — Andrews sintió que cabello de ella le rozaba la mejilla—. No. Hondamente debo reconocer que la vida en nuestra gabarra no está mal del todo —continuó Rosaline—. Lo malo es que sólo hay viejos en el río. Pasarse la vida entre gente vieja no es vivir. Quiero divertirme. —Apretó su mejilla contra la de Andrews. Éste sintió muy cerca su respiración alterada—. Bien mirado —prosiguió ella—, es delicioso tumbarse en verano sobre una cubierta tibia por el sol, y ver los árboles, y los campos, y las pequeñas casas que desaparecen a ambos lados del río... Si no hubiese tantos viejos... Los jóvenes se van todos a la ciudad... Yo odio a los viejos. Todos son sucios y lentos... ¿Por qué no aprovechar la vida mientras somos jóvenes? — Andrews se levantó—. ¿Qué pasa? —preguntó ella con aspereza.

—Rosaline —dijo Andrews en voz baja y suave—, sólo puedo pensar en una cosa: en marchar a París.

—¡Oh, esa mujer de París! —murmuró Rosaline desdeñosamente—. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa? En este momento ella no está aquí.

—No lo sé. Tal vez no vuelva a verla nunca —dijo Andrews.

—No seas tonto. Debes de procurar divertirme cuanto puedas. Recuerda que eres desertor, y que estás expuesto a que te agarren y te fusilen cuando menos lo esperes.

—¡Oh, ya lo sé! Tienes razón. Pero no puedo evitarlo.

—Será muy buena contigo, tu novia de París.

—Nunca la he tocado.

Rosaline echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada mordaz. Luego dijo:

—No estarás enfermo, ¿verdad?

—Lo que me pasa seguramente es que no consigo olvidar... Reconozco que soy un estúpido, Rosaline, porque eres encantadora.

Se oyeron unos pasos en la pasarela que conducía a la orilla. La vieja se acercaba jadeando. Llevaba un pañuelo en la cabeza y un gran paquete debajo del brazo. Miró a uno y a otro, procurando escudriñar sus rostros, apenas visibles en la oscuridad.

—Es peligroso... que estéis así... Sois jóvenes —murmuró entrecortadamente.

—¿Trae la ropa? —murmuró Andrews con indiferencia.

—Sí. Y, deduciendo su coste y lo que he gastado en su manutención estos días, le sobran aún cuarenta y cinco francos. ¿Le parece bien?

—Le agradezco todas las molestias que se han tomado por mí.

—No se preocupe. Ha pagado usted por ellas suficientemente —dijo la vieja. Y añadió, entregándole el paquete—: Aquí tiene, las ropas y los cuarenta y cinco francos. Si quiere, ajustamos la cuenta al detalle.

—Primero voy a ponerme eso —dijo él riendo. Y bajó la escala hasta llegar al camarote.

Las ropas nuevas, a las que no estaba acostumbrado, le agradaron. Se sintió más

fuerte y animado. La vieja le había comprado unos pantalones de pana, un par de zapatos baratos, una camisa de algodón azul, calcetines de lana y una americana de sarga azul de segunda mano. Cuando volvió a cubierta, la vieja levantó la linterna y la acercó a él para verle mejor.

—Está usted muy guapo —dijo—. Parece un francés.

Rosaline le volvió la espalda sin dirigirle la palabra. Momentos después, cogió la alcándara donde el loro se balanceaba medio dormido, y desapareció por la escalera.

—*Les bourgeois á la lanterne, nom de Dieu!* —gritó el viejo en la orilla.

—Está como una cuba —murmuró la vieja—. Ojalá no se caiga al cruzar la pasarela.

Al extremo de ésta acababa de aparecer una figura que avanzaba tambaleándose, iluminada por las luces de las casas situadas tras los álamos de la orilla.

Cuando llegó a la gabarra, Andrews le tendió la mano para ayudarle a saltar, pero el viejo cayó al suelo.

—No me riñas, querida —dijo, rodeando el cuello de Andrews con un brazo y señalando a su esposa—. He encontrado un compañero para nuestro americano.

—¿Cómo? —exclamó Andrews con aspereza. De pronto, el temor se apoderó de él. Sus uñas se clavaron en las heladas palmas de sus manos.

—Digo que le he traído a un americano para que le acompañe —repuso el viejo dándose importancia—. Ahí está.

Al otro extremo de la pasarela apareció de pronto una nueva figura.

—*Les bourgeois á la lanterne, nom de Dieu!* —gritó el viejo.

Andrews retrocedió al otro lado de la gabarra. Temblándole todos los músculos. Una voz metálica repetía en su cerebro: «Ahógate... Ahógate antes de que te cojan...»

Divisó la figura de un hombre en la pasarela. Las luces de las casas situadas tras los álamos iluminaban su uniforme...

«¡Cielos! ¡Si tuviese al menos una pistola!», pensó.

—Camarada —dijo una voz en inglés—, ¿dónde te has metido?

Ya en cubierta, la figura avanzó hacia Andrews, que quedó rígido, tensos todos los músculos de su cuerpo.

—¡Atiza! ¿Te has quitado el uniforme? Tranquilízate. No soy policía militar. Soy un desertor como tú. Chócala... —murmuró tendiéndole una mano. Andrews la estrechó con cierto recelo, sin moverse del rincón en que se hallaba—. Muchacho, creo que has hecho una tontería quitándote el uniforme. ¿No tienes otro? Si te atrapan de ese modo puede costarte la vida.

—Ya no hay remedio.

—Veo que todavía crees que soy un policía militar. Te juro que no es cierto. Tal vez lo seas tú, después de todo. ¡Maldita sea! ¡Qué vida más perra! No puede uno

fiarse de nadie.

—¿A qué división perteneces?

—¡Qué división ni qué diablos! Vine para advertirte que ese maldito francés se emborrachó y que se fue de la lengua en la taberna. Dijo que era anarquista, y que tenía escondido a un americano, a un desertor, anarquista como él. Entonces me dije: «Si cogen a ese pobre chico, le ahorcan». Me acerqué al viejo y le dije que me gustaría acompañarle para saludar a mi compatriota. Creo que será mucho mejor para los dos que ahuequemos el ala.

—Lamento haber sospechado de ti. Eres un buen chico. Cuando te vi tuve un susto mortal.

—Tus motivos tenías. Pero, vamos a ver, ¿por qué te quitaste el uniforme?

—Primero vámonos de aquí. Te lo contaré todo luego.

Andrews se despidió del viejo y de la vieja con un apretón de manos. Rosaline había desaparecido.

—Buenas noches... Y gracias —dijo, siguiendo a su compañero por la pasarela.

Lejos ya, en la carretera, oyeron todavía la voz del anciano que gritaba:

—*Les bourgeois á la lanterne, nom de Dieu!*

—Me llamo Eddy Chambers —dijo el americano.

—Y yo John Andrews.

—¿Cuánto tiempo hace que estás escondido?

—Dos días —Eddy lanzó un silbido—. Me escapé de un batallón disciplinario en París. Me cogieron en Chartres sin permiso.

—Yo hace más de un mes que me escapé. Pertenecía a Infantería. ¿Tú también?

—Sí. Me hallaba en el Destacamento Universitario de la Sorbona de París, cuando me cogieron. No me dieron oportunidad de explicar mi situación. Sin juzgarme siquiera, me enviaron a trabajar. ¿Has estado alguna vez en un batallón disciplinario?

—No, a Dios, gracias. Hasta ahora voy escapando bien.

Caminaban apresuradamente por una carretera muy recta que cruzaba la llanura, bajo el cielo salpicado de estrellas.

—Ayer hizo ocho semanas que me escapé. ¿Qué te parece? —preguntó Eddy.

—Tendrías mucho dinero para ir tirando.

—Sé lo que es pasarse quince días sin blanca.

—¿Cómo te las arreglaste?

—¡Qué sé yo! El caso es que salí adelante. Te explicaré mi historia desde el principio. Mientras estaba en el hospital, mi regimiento fue enviado a los Estados Unidos. Los muy canallas me clasificaron en Clase A, y pensaban mandarme al Ejército de ocupación. ¡Maldita sea! El hecho de que me trasladaran a una compañía en donde no conocía a nadie, mientras todos mis amigos desfilaban por Walter Street

a los acordes de una banda y recibían las frases de bienvenida del comité de recepción y los besos de las muchachas, me enloqueció. ¿Adónde vas ahora?

—A París.

—¡Atiza! Eso es arriesgado. Si me encontrara en tu pellejo no lo haría.

—Tengo buenos amigos en París. He de con seguir algún dinero.

—Yo, en cambio, no tengo ni un amigo. Creo que, a pesar de todo, debí de marchar adonde me destinaban. A decir verdad, debía estar desde el principio en Ingenieros, no en Infantería.

—¿Qué oficio tienes?

—Carpintero.

—Pero, muchacho, con ese oficio puedes ganarte la vida en cualquier parte.

—¡Por vida de...! Tienes mucha razón. Mas para que no me echen el guante he de vivir como los topos, en la oscuridad. Si consiguiera marcharme a un país en donde pudiese vivir como un hombre, me reiría de todo. Si algún día el Ejército abandona este país, y desaparecen para siempre esos malditos policías militares, me estableceré en cualquier pueblecillo de por aquí. Hablo un poco el idioma. Creo que hasta me casaré con cualquier chica y me convertiré en un buen francés. La verdad es que, después del jaleo del Ejército, la misma patria me importa un bledo. ¡Bah! ¡La democracia!

Carraspeó y escupió furiosamente en el suelo.

Siguieron andando en silencio. Andrews contemplaba el cielo, buscando entre los grupos de estrellas las constelaciones que conocía.

—¿Por qué no intentas marchar a España o a Italia? —preguntó tras una pausa.

—No conozco el idioma. No. Pienso ir a Escocia.

—¿Cómo llegarás hasta allá?

—Embarcando en los transportes que van desde El Havre a Inglaterra. Sé de otros que lo han hecho.

—¿Qué harás cuando llegues allá?

—¿Qué diablos sé yo? Tratar de ganarme la vida. ¿Qué puede hacer un hombre que no se atreve ni a asomar la cabeza por la calle?

—No obstante —dijo Andrews—, el mismo hecho de luchar de este modo para salir adelante tiene un aliciente.

—Espera a que haga dos meses que vivas como yo. Entonces te acordarás de mí y de lo que te digo. El Ejército es un infierno. Pero aún es peor infierno vivir fuera de él, si lo abandona uno por las malas.

—De todos modos, hace una noche maravillosa —dijo Andrews.

—A ver si encontramos algún almiar en donde dormir.

—Todo sería distinto si yo no tuviera buenos amigos en París —dijo Andrews de pronto.

—Comprendo. Una chica, ¿verdad? —preguntó Eddy con ironía.

—Sí. Nos llevábamos muy bien. Éramos dos buenos camaradas.

—Supongo que ni siquiera la habrás besado —refunfuñó Eddy—. Conozco algún caso como el tuyo. Un amigo mío salía con una chica en ese plan, y antes de que pudiera darse cuenta llevaba dos meses de matrimonio.

—Es tonto hablar de eso. No puedo explicarlo. Sin embargo, es delicioso confiar en alguien, saber que esa persona comprende cuanto uno hace.

—Supongo que te casarás con ella, ¿verdad?

—¿Para qué? Eso lo estropearía todo.

Eddy lanzó un silbido.

Anduvieron largo rato en silencio.

Sólo se oía el crujir de los pies sobre el suelo áspero. Sobre sus cabezas brillaban las estrellas. En los estanques, los pasos dejaban oír su monótono sonsonete. Por primera vez en muchos meses, Andrews sintió que despertaba su alegre espíritu aventurero. El ritmo de *Los tres Jinetes Verdes* —preludio de *La reina de Saba*— resonó insistente en su imaginación.

—Eddy, todo esto es maravilloso. Estamos solos contra el universo —dijo con voz alterada.

—Ya verás... Ya verás... —respondió Eddy.

Al salir de la Gare St. Lazare y pasar junto a un policía militar, Andrews sintió que sus m nos se helaban de terror.

El policía no le miró. Algo más allá de la estación se detuvo en mitad de la calle llena de gente para mirarse en el cristal de un escaparate. Sin afeitarse, con la gorra torcida y los pantalones de pana, tenía el aspecto de un joven obrero que llevase un mes sin trabajar.

«Verdaderamente, un traje puede cambiar por completo el aspecto de una persona», se dijo.

Sonrió al pensar en la cara que pondría Walters si le viese con semejante indumentaria, y echó a andar tranquilamente por las calles d París, en las que todo, a tan temprana hora de la mañana, bullía y se agitaba. Olían los bares a café caliente. En los escaparates de las panaderías se veía el pan recién cocido. Aún tenía tres francos en el bolsillo. En una callejuela le atrajo el aroma del café tostado y entró en un bar. Varios individuos discutían acaloradamente junto al mostrador. Uno de ellos volvió hacia Andrews su rostro colorado, enmarcado por unas patillas de color de estopa, y le dijo:

—*Et toi, tu vas chômer le premier mai?*

—Yo ya estoy en huelga —respondió Andrews riendo.

El hombre observó su acento y le miró con recelo durante un segundo. Luego volvió a tomar parte en la conversación, bajando la voz. Andrews se bebió el café y

salió del bar. Su corazón latía apresuradamente. Sin poderlo evitar, miró hacia atrás una y otra vez para comprobar si le seguía. Al llegar a una esquina se detuvo, crispó los puños y se apoyó en el muro de una casa.

«¿Y tu valor? ¿Dónde está tu valor?», se dijo.

De pronto reanudó la marcha, completamente decidido a no volver a mirar atrás. Intentó distraer su imaginación haciendo planes. Vamos a ver, ¿qué haría en primer lugar? Ir a su habitación y entrevistarse con Henslowe y con Walters. Luego vería a Geneviève. Después, trabajaría, trabajaría, olvidándolo todo en el trabajo, hasta que las fuerzas del Ejército americano volvieran a América y no tropezase uno con uniformes por las calles. En cuanto al futuro... ¿A quién le importaba el futuro?

Al volver una esquina y seguir la calle familiar en la que estaba situada la casa donde vivía, se le ocurrió una idea. ¿Y si encontraba a un policía militar aguardándole? Desechó la idea, encolerizado, y emprendió la marcha por la acera, hasta colocarse junto a un soldado que con los ojos bajos y las manos en los bolsillos, caminaba en la misma dirección que él. Cuando ya estaba a punto de adelantarse, precisamente al pasar junto a él, lo miró. El otro levantó los ojos y le miró también. Era Chrisfield.

Andrews le tendió la mano.

Chrisfield la estrechó ansiosamente y la retuvo durante un rato.

—¡Cristo! Creí que eras un francés, Andy. Veo que has sido desmovilizado. No sabes cuánto me alegro de encontrarte, chico.

—Me satisface mucho que me hayas confundido con un francés. ¿Hace tiempo que tiene permiso, Chris?

En la guerrera de Chrisfield faltaban dos botones. Tenía la cara sucia y las bandas de los tobillos llenas de barro. Miró a Andrews a los ojos con grave expresión. Luego hizo un ademán negativo y dijo:

—No. La verdad es que... soy un desertor, Andy —dijo en voz baja.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de semanas. Te lo explicaré con todos los detalles, Andy. Precisamente iba a verte. Estoy sin blanca.

—Pues hasta mañana no podré disponer de algún dinero. Estoy en tu mismo caso.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me han desmovilizado. Que los he mandado al cuerno. Que soy un desertor.

—¡Por todos los diablos! Es curioso que los dos hayamos hecho lo mismo. Dime, ¿por qué lo hiciste?

—Es muy largo de contar. Sube a mi habitación.

—No. Puede haber alguien arriba. ¿Conoces la casa del Chino?

—No.

—Me hospedo allí. Hay otros muchos que también están escondidos. El Chino tiene una taberna.

—¿En dónde?

—En el número ocho de la Rué des Petit-Jardins.

—¿Hacia dónde cae eso?

—Detrás de ese parque donde hay tantos animales.

—Podemos citarnos mañana por la mañana. Te llevaré algún dinero.

—Te esperaré a las nueve en el bar, Andy. No podrías pasar al interior sin mí. El patrón está muy escamado con los paisanos.

—Creo que podrías subir tranquilamente a mi habitación.

—No. Salgo pitando ahora mismo.

—Pero Chris, ¿por qué desertaste?

—¡Qué sé yo! Un muchacho del Destacamento Universitario me dio tu dirección.

—Chris, ¿has oído decir algo de mí?

—No, no he oído nada.

—Es extraño. Bueno, Chris, hasta mañana..., si doy con el lugar.

—Tienes que dar con él, muchacho.

—Sí, sí, desde luego —dijo Andrews sonriendo.

Se estrecharon las manos nerviosamente.

—Mira, Andy —murmuró Chrisfield sin soltar la mano de su amigo—, la culpa de que haya desertado la tiene un sargento. ¡Maldita sea! Llegó un momento en que no pude resistirlo... Hay un sargento que lo sabe todo.

—¿A qué te refieres?

—¿Te acuerdas de Anderson? Te conté lo que ocurrió, pero estoy seguro de que tú no se lo repetiste a nadie, Andy. —Soltó la mano de Andrews y miró a éste con los dientes apretados—: Juro por Dios que no le he contado a nadie más aquella historia, y sin embargo... estoy casi seguro de que un sargento de la Compañía C lo sabe todo.

—¡Por todos los diablos, Chris, no te desanimes así!

—No se trata de desanimarme. Estoy seguro de que ese individuo lo sabe todo —respondió Chrisfield con voz cortante.

—Bueno, Chris, no podemos seguir charlando en medio de la calle. Es peligroso.

—Tú puedes darme un consejo. Piénsalo, Andy. Tal vez de aquí a mañana hayas meditado un plan. Hasta la vista.

Chrisfield se alejó rápidamente. Andrews lo contempló durante un rato. Después entró en la casa donde habitaba.

Al pie de la escalera, escuchó la sorprendida voz de una anciana, que decía:

—*Mais, monsieur André, que vous avez l'air étrange!* Está muy raro vestido así.

Era la portera, que le sonreía desde su tabuco junto a la escalera. Era una mujercilla de nariz ganchuda como el pico de un pájaro y ojos hundidos entre un

laberinto de arrugas como los de un mono. Llevaba un pañuelo en la cabeza y hacía media.

—Sí. En el pueblo donde me desmovilizaron no pude encontrar nada mejor —murmuró Andrews entrecortadamente.

—¡Vaya, vaya! ¿Conque le han desmovilizado? Por eso estuvo fuera tanto tiempo, ¿no es cierto? Monsieur Walters dijo que no sabía su paradero. Estará contento, ¿verdad?

—Sí —dijo Andrews comenzando a subir la escalera.

—Monsieur Walters está arriba —siguió diciendo la anciana—. Ha llegado usted a tiempo para el primero de mayo.

—¡Ah, sí! La huelga... —dijo Andrews deteniéndose.

—Será terrible —prosiguió la anciana—. Espero que no salga de casa ese día. Los muchachos jóvenes siempre pueden meterse en líos. Sus amigos empezaban a preocuparse por su larga ausencia.

—¿De veras? —dijo Andrews, y siguió subiendo la escalera.

—*Au revoir, monsieur.*

—*Au revoir, madame.*

III

No, nada podría hacerme volver atrás. Ni siquiera vale la pena hablar de eso.
—Pero, muchacho, ¿te has vuelto loco? Desde luego, no estás bien de la cabeza. Un hombre solo no puede rebelarse de esta forma contra un sistema, ¿verdad, Henslowe?

Walters hablaba en tono solemne, apoyado en la mesa que había junto a la lámpara. Henslowe, sentado rígidamente al borde de una silla, asintió con los labios apretados. Andrews estaba fuera del círculo luminoso, tumbado en el lecho.

—Creo sinceramente, Andy —dijo Henslowe con voz quebrada—, que deberías seguir las indicaciones de Walters. De nada sirve el heroísmo en este caso.

—No pretendo ser un héroe, Henny —repuso Andrews, sentándose en la cama y cruzando las piernas a la manera de los sastres judíos. Luego añadió con calma—: Oíd: se trata de un asunto puramente personal. He llegado a un punto en que me tiene sin cuidado lo que pueda sucederme. Me da lo mismo morir que vivir hasta los ochenta años. Estoy harto de que me den órdenes. Ni aun llegando a los ochenta años me consideraría recompensado por tener que seguir obedeciendo. Eso es todo. Ahora, por lo que más queráis, hablemos de otra cosa.

—Pero, vamos a ver, ¿qué órdenes has tenido que obedecer desde que perteneces al Destacamento Universitario? Ni una sola. Además, es posible que acepten tu solicitud de desmovilización, y entonces...

Walters se levantó, derribando la silla que ocupaba. Se inclinó para recogerla y dijo:

—Voy a hacerte una proposición. No creo que en la oficina te hayan dado aún por desertor. Hay bastante desorden. Preséntate y di que has estado enfermo. Podrás incluso cobrar los atrasos. Nadie tendrá nada que objetar. Hablaré con el brigada, que es gran amigo mío. Trataremos de arreglarlo de un modo u otro. Pero, por lo que más quieras, no arruines tu vida por una absurda testarudez y por unas estúpidas ideas anarquistas que un hombre inteligente como tú no debió ni siquiera tener en cuenta.

—Tiene razón, Andy —dijo Henslowe en voz baja.

—No hablemos más del asunto. Ya me habéis repetido antes todo eso —dijo Andrews con aspereza. Se tumbó de nuevo en el lecho y se volvió de cara a la pared.

Siguió una larga pausa. En el patio se oyó un ruido de voces y pisadas.

—Vamos a ver, Andy —dijo Henslowe, atusándose nerviosamente el bigotillo—: Creo que tu trabajo tiene más importancia para ti que cualquier idea abstracta acerca del derecho a la libertad individual. Aun suponiendo que no te cojan (y sinceramente creo que, si eres listo, no te cogerán así como así), no tienes dinero para resistir mucho tiempo. No tienes dinero...

—¿Crees que no he pensado en todo eso? No estoy loco. He hecho con entera

calma una especie de balance. Lo que ocurre, amigos míos, es que no podéis comprenderme. ¿Habéis estado alguna vez en un batallón disciplinario? ¿Habéis pasado alguna vez por el trance de que un hombre con quien estabais hablando cinco minutos antes os derribase deliberadamente de un puñetazo? ¡Qué diablos! No sabéis de lo que estáis hablando. Tengo absoluta necesidad de ser libre, cueste lo que cueste. La libertad es lo único que importa.

Andrews se hallaba tumbado boca arriba, como si hablase con el techo.

Henslowe, que se había levantado y paseaba nerviosamente por la habitación, murmuró:

—Como si alguien consiguiera en la vida ser libre...

—No pienso haceros caso. Podéis decir cuanto se os antoje, incluso filosofar. Sin duda, la mejor política para sobrevivir es la cobardía. El que más deseos tenga de vivir más cobarde ha de ser. Seguid, seguid hablando...

La voz de Andrews era estridente y excitada, y algunas veces parecía quebrarse como la de un adolescente.

—¿Qué diablos te ha sucedido, Andy? ¡Dios mío, no sabes cuánto lamento tener que separarnos así! —dijo Henslowe tras una pausa.

—Saldré bien de todo, Henny. Tal vez vaya a verte a Siria disfrazado de jeque árabe —repuso Andrews riendo nerviosamente.

—Si creyese que podía ayudarte me quedaría, pero temo que no pueda hacer nada por ti. Cada cual arregla sus asuntos a su manera, por estúpida que ésta sea. Adiós, Walters.

Walters y Henslowe se estrecharon distraídamente las manos. Luego Henslowe se acercó a la cama y le tendió la mano a Andrews.

—Bueno, amigo, prométeme que tendrás todo el cuidado que puedas. Y escríbeme a la Cruz Roja Americana en Jerusalén. Voy a estar muy preocupado por ti.

—Anímate. Todavía haremos algún viaje juntos —repuso Andrews sentándose en el lecho y estrechando la mano de su amigo.

Oyeron cómo los pasos de Henslowe se perdían en la escalera, y luego sus pisadas en el patio.

Walters acercó su silla a la cama de Andrews.

—Ahora, Andrews, hablemos de hombre a hombre. Aunque quieras arruinar tu vida, ¿has pensado que no tienes derecho a hacerlo? ¿Has pensado en tu familia? ¿Has olvidado tu patriotismo? Recuerda que en el mundo existe algo que llamamos deber.

Andrews se sentó y dijo en voz baja, furiosa y entrecortadamente:

—No sé cómo explicarte que jamás volveré a vestir un uniforme. Así pues, ¡por amor de Dios, cállate!

—Perfectamente. Haz lo que te dé la gana. Tú y yo hemos terminado —repuso

Walters súbitamente indignado. Luego empezó a desnudarse en silencio. Durante un buen rato, Andrews siguió tumbado, mirando el techo. Después se desnudó, apagó la luz y se metió en la cama.

La Rué des Petits-Jardins era muy corta. Estaba situada en un barrio de almacenes. Un muro grisáceo sin ventanas impedía a un lado el paso de la luz. Al otro lado había un grupo de tres viejas casas, muy juntas unas a otras, como si las de los extremos tuviesen que sostener el techo saliente de la buhardilla de la casa del centro. Tras ellas se alzaba un edificio de vastas proporciones, con una serie interminable de ventanas oscuras. Andrews se detuvo un momento y miró alrededor. La calle estaba desierta. La tranquila calma que le rodeó desde que salió de su casa hasta que llegó a las cercanías del Panteón parecía culminar en aquel lugar, hasta transformarse en desolación. Tan grande era el silencio que pudo oír incluso el leve rumor de las pisadas de un perro que cruzaba por el otro extremo de la calle. La casa de la buhardilla era el número 8. La fachada del piso bajo había estado pintada en otro tiempo de color de chocolate. Aún podía descifrarse el siguiente letrero: *Charbon, Bois, Lhomond*. En la vieja ventana, junto a la puerta, se leía también: *Débit de Boissons*.

Andrews empujó la puerta, que cedió fácilmente. En algún rincón del interior sonó una campanilla. Debido al silencio de la calle, el ruido pareció doblemente estridente. De la pared que se hallaba frente a la puerta pendía un roto y manchado espejo en forma de estrella. Bajo éste había un banco con tres mesas de mármol. El mostrador de zinc ocupaba la tercera pared. En la cuarta había una puerta de cristales con periódicos pegados en las roturas. Andrews se acercó al mostrador. La campanilla había dejado de sonar. Esperó, sintiendo que un extraño desasosiego se apoderaba gradualmente de él. Pensó que estaba perdiendo el tiempo y que debía hacer algo por arreglar su futuro. Se acercó a la puerta de la calle, la abrió y la campanilla volvió a sonar. En el mismo instante entró un individuo por la puerta de cristales. Era un hombre grueso. Llevaba una camisa blanca, tan sucia que parecía de color castaño, unos pantalones de pana amarilla y un ancho cinturón muy ceñido a la cintura. Su rostro era flácido y de color verdoso. Miró fijamente a Andrews con sus ojos negros semicerrados, que parecían dos largas ranuras sobre los pómulos. «Debe de ser el Chino», pensó Andrews.

—¿Qué desea? —preguntó el individuo, situándose tras el mostrador con las piernas abiertas.

—Cerveza, por favor —dijo Andrews.

—No tenemos.

—Entonces, un vaso de vino.

El hombre asintió, y sin apartar los ojos de Andrews se dirigió a la puerta por donde había entrado.

Poco después entró Chrisfield bostezando, con el cabello en desorden y restregándose un ojo con los nudillos.

—¡Hola, chico! Acabo de despertarme. Entra conmigo, Andy.

Andrews le siguió hasta una pequeña habitación llena de mesas y bancos. Atravesaron luego un corredor que olía intensamente a amoníaco y subieron por una escalera llena de suciedad y basura. Chrisfield abrió una puerta que había al final de la escalera y ambos entraron en una espaciosa habitación con una ventana que daba al patio. Chrisfield cerró cuidadosamente la puerta y se volvió sonriente hacia Andrews.

—Sinceramente, tenía mucho miedo de que no dieras con el sitio, Andy.

—Así pues, ¿es aquí donde vives?

—Sí. Somos una pandilla.

Todo el mobiliario de la habitación estaba constituido por una cama de grandes proporciones sin ropa alguna. En ella dormía un hombre vestido de uniforme y envuelto en una manta.

—Dormimos tres en esa cama.

—¿Quién está ahí? —gritó el que estaba acostado, sentándose súbitamente.

—No te preocupes, Al. Es un amigo —murmuró Chrisfield—. Se ha quitado el uniforme.

—¡Caray, pues sí que tiene arrestos! —exclamó Al.

Andrews le miró con acritud. Tenía la cabeza envuelta en una especie de toalla en la que se veían manchas de sangre seca. Llevaba un brazo en cabestrillo y la mano vendada. Al apoyar lentamente la cabeza sobre la almohada no pudo evitar una mueca de dolor.

—¡Diablos! ¿Qué te pasa? —preguntó Andrews.

—Quise coger un tren en marcha, en Marsella.

—Para lo cual hace falta práctica —dijo Chrisfield, que estaba sentado en la cama quitándose los zapatos—. Me vuelvo a la cama, Andy. Estoy muerto de cansancio. Me pasé toda la noche cargando coles en el mercado... Allí al menos le dan a uno trabajo, pagan y no hacen preguntas.

—¿Un cigarrillo? —dijo Andrews sentándose al pie de la cama y tirándole uno a su amigo—. ¿Quieres fumar? —preguntó luego dirigiéndose a Al.

—No. Me sería imposible. Esta mano me trae loco. Me la aplastó una rueda. Tuve que cortar con la navaja de afeitar lo poco que quedaba del dedo meñique.

Andrews observó que por la mejilla del muchacho resbalaban gruesas gotas de sudor.

—¡Cristo! Ese chico está pasando lo suyo, Andy —dijo Chrisfield—. Tuvo miedo de llamar a un médico, y nosotros no sabíamos qué hacer...

—Me lo lavé con alcohol puro. Al menos no está infectado. Espero que todo vaya bien.

—¿De dónde eres, Al? —preguntó Andrews.

—De San Francisco. ¡Oh! Voy a intentar dormir. Hace cuatro noches que no he pegado un ojo.

—¿Por qué no tomas un somnífero?

—Estamos sin blanca, Andy.

—Si tuviéramos dinero viviríamos como los propios reyes —dijo Al con una risita nerviosa.

—Mira, Chris —dijo Andrews—, voy a hacerte una proposición. Tengo quinientos francos. Te ofrezco la mitad.

—¡Por todos los santos del cielo, chico, no bromees con estas cosas!

—Aquí tienes. Doscientos cincuenta. No es tanto como parece.

Andrews le tendió cinco billetes de cincuenta francos.

—Y tú, ¿cómo has llegado á esa situación? —preguntó Al volviéndose hacia Andrews.

—Me escapé una noche de un batallón disciplinario. Eso es todo.

—Cuéntame, amigo. Cuando hablo no me doy tanta cuenta del dolor. Por mi parte, estaría en casita de no haber sido una taberna de Alsacia. Y, a propósito, ¿verdad que la cofia que llevan allí las mujeres les favorece mucho? Cada vez que veía una me quedaba con la boca abierta. El caso es que volvía de Grenoble, donde estuve con permiso, y decidí pasar por Estrasburgo. ¡Estupendo lugar! Mi destacamento estaba en Coblenza. Allí conocí a Chris. En Estrasburgo armamos un jaleo de mil demonios. Un día entré en una taberna y... Bueno, la verdad es que aquél es un país encantador. Tan pintoresco como los lugares de los que hablaban con nostalgia unos italianos amigos de mi familia a quienes de niño me gustaba escuchar. Bueno, en aquella taberna encontré a una muchacha. Dijo que estaba allí porque buscaba a un hermano que se había alistado en la Legión Extranjera... —Andrews y Chrisfield se echaron a reír—. ¿De qué os reís? —dijo con voz alterada—. Os juro que me casaré con ella si salgo de esto. Es la chica más buena que he conocido en mi vida. Era camarera de un restaurante, y cuando no estaba de servicio vestía a la alsaciana. ¡Qué diablos! Me quedé allí. Cada día pensaba marcharme al día siguiente, pero... La guerra había terminado, y yo ya no servía para nada. ¿Por qué no vivir mi propia vida? Así siguieron las cosas hasta que un día la policía militar llegó a Estrasburgo para hacer limpieza. Salí a escape, y, ¡por Cristo!, me parece que no podré volver más.

—Oye, Andy —dijo Chrisfield de pronto—, ¿vamos a buscar algo para beber?

—Bien.

—Al, ¿quieres que te traiga algo de la farmacia?

—No. Pienso seguir haciendo lo mismo que hasta ahora: permanecer tumbado y lavar la herida con alcohol para que no se infecte. Además, hoy es primero de mayo y

creo que hacéis mal en salir. Pueden cogeros. Dicen que habrá jaleo.

—Es cierto. Olvidé la fecha —dijo Andrews—. Quieren declarar la huelga general para protestar de la guerra con Rusia.

—Me han dicho —le interrumpió Al con voz chillona— que se prepara una revolución.

—Vamos, Andy —dijo Chris desde la puerta.

En la escalera, Andrews sintió que Chrisfield le cogía de un brazo con rudeza. Después murmuró a su oído:

—Andy, tú eres el único que lo sabe. Ya sabes a lo que me refiero. Tú y el sargento. No digas nada... No quiero que los muchachos puedan siquiera sospecharlo.

—Bien, Chris, haré lo que dices. Pero ¡por todos los diablos!, no te acobardes así. No eres el único hombre que ha matado a un...

—Cállate, ¿quieres? —dijo Chrisfield bruscamente.

Bajaron la escalera en silencio. En la habitación que había junto al bar vieron al Chino leyendo un periódico.

—¿Es francés? —preguntó Andrews.

—Nadie conoce su nacionalidad. Pero apuesto cualquier cosa a que no es de nuestra raza —dijo Chris—. En todo caso, es honrado.

—¿Sabe lo que pasa por ahí? —preguntó Andrews en francés, dirigiéndose al Chino.

—¿Dónde? —repuso el Chino levantándose y mirando a Andrews de reojo.

—Por ahí, por las calles de París, en todas partes en donde pueda la gente moverse libremente y hacer de las suyas. ¿Qué opina de la revolución?

El Chino se encogió de hombros.

—Todo es posible —murmuró.

—¿Cree sinceramente que en el transcurso de un día puedan vencer al Gobierno y al Ejército?

—¿De quién estás hablando? —preguntó Chrisfield.

—Del pueblo, Chris. De la gente, de las personas vulgares que, como tú y como yo, están cansadas de recibir órdenes, de ser manejadas por otras personas tan vulgares como ellas pero que han tenido la suerte de situarse mejor en la vida.

—¿Sabéis lo que haré cuando llegue el momento de la revolución? —murmuró inesperadamente el Chino con entusiasmo, dándose un golpe en el pecho—. Pues correr hacia una de esas grandes joyerías de la Rué Royale, robar lo que pueda y volver a casa con los bolsillos llenos de brillantes.

—¿Qué lograría con ello?

—¿Que qué lograría? De momento los escondería en el patio. Los enterraría. No tardaría en llegar un día en que me hicieran falta. ¿Sabéis lo que significa esa

revolución de que habláis? Pues un nuevo régimen. Y cuando cambia un régimen siempre existe la posibilidad de comprar a los hombres con brillantes. El mundo es así.

—De nada valdrán entonces los brillantes. Sólo el trabajo ha de valer.

—Ya lo veremos —dijo el Chino.

—¿Crees que puede ser verdad tanta belleza, Andy? Una revolución... El fin del Ejército... Recobrar nuestra personalidad de paisanos... Me parece imposible. No podemos cambiar el régimen, Andy.

—Muchos regímenes se han hundido antes de ahora. El caso puede repetirse una vez más.

—Frente a la Gare de l'Est luchan con la Guardia Republicana —dijo el Chino con voz inexpresiva—. ¿Por qué salís? Mejor será que volváis arriba. Nunca se sabe lo que la policía puede hacer...

—Dame dos botellas de vino blanco —dijo Chrisfield.

—¿Cuándo lo pagarás?

—Ahora mismo. Este amigo acaba de darme cincuenta francos.

—Rico, según veo —murmuró el Chino mirando a Andrews. En su voz vibraba el odio—. A este paso pronto daréis al traste con el dinero. Esperad aquí.

Se dirigió al bar, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí. Se oyó el tintinear de la campanilla y un rumor de voces y pisadas. Andrews y Chrisfield se refugiaron en el oscuro corredor, en donde permanecieron durante un buen rato esperando. La atmósfera olía desagradablemente a yeso húmedo y a vino corrompido. El Chino regresó al fin con tres botellas en la mano.

—Tenías razón —dijo dirigiéndose a Andrews—. Están levantando barricadas en la Avenue Magenta.

En la escalera vieron a una muchacha que barría. Llevaba un pañuelo azul en la cabeza, anudado bajo la barbilla, del cual salían mechones de su desordenada cabellera. Tenía la cara gruesa y unos magníficos colores. Chrisfield se acercó a ella y la besó al pasar.

—La llamamos Cara de Perro —explicó Andrews—. Es la que limpia esto. Ayer casi me peleó con Slippery por culpa de ella. ¿Verdad, Slippery?

Andrews había entrado en la habitación siguiendo a Chrisfield. En el alféizar de la ventana había un hombre fumando. Vestía uniforme de teniente, llevaba las polainas muy bien lustradas y fumaba en una larga boquilla de ámbar. Tenía las uñas muy cuidadas y pintadas de color rosa.

—Éste es Slippery, Andy —dijo Chrisfield—. Te presento a un antiguo camarada, Slippery. Fuimos compañeros durante bastante tiempo, ¿verdad, Andy?

—Y que lo digas.

—Veo que te has quitado el uniforme —dijo Slippery—. Me parece una

estupidez. ¿Y si te cogen?

—Todo eso ha pasado a la historia. Además, no voy a permitir que me cojan así como así.

—Traemos vino —dijo Chrisfield.

Slippery había sacado unos dados del bolsillo y los arrojó pensativamente al suelo.

—¿Nos jugamos una botella, Chris? —dijo.

Andrews se acercó a la cama donde Al, con la cara muy roja y la boca crispada, se agitaba inquieto.

—¡Hola! —murmuró Al—. ¿Qué noticias hay?

—Dicen que han levantado barricadas junto a la Gare de l'Est. La cosa promete...

—Así lo espero. ¡Qué demonios! ¡Ojalá hicieran aquí algo por el estilo de lo que hicieron en Rusia! En tal caso, todos seríamos libres. Claro que tardaríamos en volver a la patria, pero perderíamos de vista a los policías militares que nos persiguen como a criminales. Voy a sentarme para charlar mejor —añadió Al riendo histéricamente.

—¿Quieres echar un trago? —preguntó Andrews.

—Puede que me siente bien. Gracias. —Bebió ansiosamente de la botella, derramando un poco de líquido sobre la barbilla.

—¿También estás herido en la cara, Al?

—No. Son unos rasguños nada más. La piel un poco levantada. Supongo que debo de estar precioso. Pero, dime, ¿has estado alguna vez en Estrasburgo?

—No.

—Aquello sí que es estupendo. Y las chicas vestidas de aquel modo... Es para volverse loco.

—Eres de San Francisco, ¿verdad?

—Sí.

—Tal vez conozcas a un chico que fue compañero mío en el campamento de instrucción. Era de San Francisco, y se llamaba Fuselli.

—¿Que si le conozco? ¡Por todos los santos del cielo, si es el mejor amigo que he tenido en la vida! ¿Sabes dónde se encuentra ahora?

—Le vi aquí en París hace dos meses.

—¡Por vida de...! ¡Ésa sí que es buena! —exclamó Al con excitación—. ¿Conque conociste a Dan en el campamento de instrucción? Hace un año que no sé nada de él. Acababan de nombrarle cabo. Dan es un chico inteligente y ambicioso, uno de esos hombres que se abren siempre camino en la vida. ¡Cielos! No me gustaría verle en la situación en que yo me encuentro. En otro tiempo, en San Francisco, estábamos siempre juntos. Me decía que triunfaría en la vida mucho antes que yo. Y tenía razón. Aseguraba que las mujeres serían mi perdición. ¿Sois buenos amigos?

—Sí. Recuerdo que me hablaba de un compañero suyo llamado Al. Me contó que

solíais ir de noche al puerto para ver cómo los grandes transatlánticos pasaban por la Golden Gate. Él te decía que cuando tuviese dinero vendría a Europa en uno de ellos.

—Por eso me acordé tanto de él en Estrasburgo —le interrumpió Al excitadísimo—. Es tan pintoresco aquel país... Te aseguro que hice todo lo posible por triunfar en el Ejército. ¿Sabes lo único que he conseguido? Un pobre destino en las oficinas del regimiento. Dan, en cambio... ¡Caray!, puede que sea oficial.

—No, no es oficial —dijo Andrews—. Oye, creo que, dado el estado de tu mano, deberías procurar no moverte tanto.

—¡Al diablo con mi mano! Cuanto menos me preocupe de ella, antes sanará. El caso es que resbalé del estribo en el mismo momento en que soltaban un vagón para hacer maniobras, el mismo en el que yo había subido. Claro que tengo que alegrarme de que no me aplastara. Pero cuando pienso que de no haber hecho el tonto con aquella chica estaría en estos momentos en mi casa...

—Dice el Chino que han puesto barricadas en la Avenue Magenta.

—Eso promete, chico...

—¡Qué diablos ha de prometer! —exclamó Slippery, que estaba sentado en el suelo, junto a la ventana, jugando a los dados con Chrisfield—. Un solo tanque y unos cuantos senegaleses ceñudos harán correr a vuestros pobres socialistas hasta Dijon. Tendríais que tener más sentido común, muchachos. —Se levantó y se acercó a la cama, agitando los dados en su mano cerrada—. Se necesita algo más que unos cuantos socialistas pagados por los *boches* para acabar con el Ejército. De no ser así, ¿creéis que no habríais terminado con él hace tiempo?

—Callad un momento. He oído algo —dijo Chrisfield de pronto, acercándose a la ventana. Todos contuvieron la respiración. Al se agitó inquieto y la cama crujió—. No ha sido nada —añadió Chrisfield—. Creí haber oído cantar.

—¡La *Internacional*! —gritó Al.

—¡Silencio! —dijo Chrisfield en voz baja y brusca.

En la escalera se oyeron unos pasos.

—Es Smiddy —dijo Slippery, y volvió a arrojar los dados al suelo.

La puerta se abrió lentamente y entró un individuo cargado de espaldas, de larga cara y dientes largos.

—¿Quién es ese francés? —preguntó sorprendido, con una mano apoyada aún en el picaporte.

—No tienes por qué preocuparte, Smiddy —dijo Slippery—. Es un amigo de Chris. Se ha quitado el uniforme.

—¡Hola, amigo! —murmuró Smiddy estrechando la mano de Andrews—. ¡Por vida de...! Pareces un francés.

—Me alegro —dijo Andrews.

—Puedes cargártela con todo el equipo —dijo Smiddy entrecortadamente—.

¿Recordáis a Gus Evans y a aquel chico de cabello negro que siempre iba con él? Les han echado el guante. Los he visto con unos policías militares en la plaza de la Bastilla. Un muchacho que durmió conmigo bajo un puente la noche pasada me ha dicho que van a limpiar de desertores toda la ciudad de París. Aunque tengan que registrar casa por casa.

—Pues si vienen aquí se encontrarán con algo que no esperan —murmuró Chrisfield.

—Yo me voy a Niza. Aquí las cosas se están poniendo feas —dijo Slippery—. Tengo una orden de traslado en el bolsillo.

—¿Cómo la conseguiste?

—Fue muy sencillo —repuso Slippery encendiendo un cigarrillo y lanzando con afectación una bocanada de humo—. Tropecé con un teniente en el Bar del Holandés. Nos emborrachamos y salimos con dos chicas amigas mías. Me desperté muy temprano, y ahora me encuentro con cinco mil francos, un permiso y una pitillera de plata. Entretanto, por ahí andará el teniente J. B. Franklin explicando que una ramera le robó cuanto llevaba encima. O tal vez crea más prudente callar. Al menos, eso es lo que yo haría en su caso.

—¡Por todos los diablos! No comprendo cómo puedes salir con un individuo, beber con él y luego robarle —dijo Al desde la cama.

—No veo que exista tanta diferencia entre eso y ganarle los cuartos jugando a los dados.

—Pero...

—Supón que él hubiese sabido que yo no era sino un infeliz soldado raso. ¿Crees que no me hubiese entregado inmediatamente a la policía militar?

—No, no lo creo —repuso Al—. Tienen tanto miedo como tú y como yo de meterse en un lío, pero no entregan a uno a la policía porque sí. Ha de existir una causa.

—¡Eso es una condenada mentira! —gritó Chrisfield—. Les gusta tiranizarnos. Un soldado no es para ellos más que un perro. Dispararían sin contemplaciones sobre cualquiera de ellos lo mismo que sobre un negro.

Andrews, que observaba el rostro de Chrisfield, vio que éste enrojecía de pronto. En sus ojos se reflejaba el miedo.

—Entre la oficialidad pasa lo mismo que entre los soldados. No todos son iguales —insistió Al.

—¿Por qué no dejáis de discutir, idiotas —gritó Smiddy—, y pensamos en lo que vamos a hacer? En mi opinión, aquí ya no estamos seguros.

Todos guardaron silencio.

Chrisfield dijo al fin:

—¿Tú qué vas a hacer, Andy?

—¡Qué sé yo! Tal vez vaya a St. Germain a preguntarle a un muchacho que conozco si estaré a salvo trabajando allí. En todo caso, no pienso quedarme en París. Además tengo que ver a una chica. Tengo que verla —repitió Andrews. De pronto se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—Sería mejor que tengas cuidado. Si te echan el guante te fusilan sin contemplaciones —dijo Slippery.

Andrews se encogió de hombros.

—Preferiría eso a que me enviaran a Leavenworth por veinte años. ¡Por Dios que es cierto lo que digo! —gritó Al.

—Vamos a ver. ¿Aquí cómo se come? —preguntó Slippery.

—Compramos comida y Cara de Perro nos la guisa.

—¿Tenéis algo para el mediodía?

—Yo saldré a ver lo que encuentro —dijo Andrews—. Para mí es menos arriesgado salir.

—Toma, aquí tienes veinte francos —dijo Slippery dándole a Andrews un billete.

Chrisfield siguió a Andrews hasta la escalera. Al llegar al corredor, puso una mano sobre el hombro de su amigo y dijo:

—Oye, Andy, ¿crees de veras en toda esa historia de la revolución? Nunca pensé que fuese posible derrocar a un régimen constituido.

—Ya lo hicieron en Rusia.

—Pero, en tal caso, todos seríamos paisanos otra vez, libres como antes de ser movilizados. Es imposible, Andy, es imposible...

—Ya veremos —dijo Andrews abriendo la puerta que daba al bar.

Nervioso, se acercó al Chino, cuya cabeza asomaba tras la hilera de botellas colocadas sobre el mostrador.

—¿Cómo van las cosas?

—¿Dónde?

—En la Gare de l'Est, donde levantaron las barricadas.

—¡Barricadas! —gritó un muchacho que llevaba una faja roja y bebía sentado ante una mesa—. Han roto las vallas de hierro que rodean a los árboles. Si a eso le llamáis barricadas... ¡Cobardes! Eso es lo que son. Cuando la policía carga sobre ellos, corren como conejos. ¡Cochinos cobardes!

—¿Crees que sucederá algo?

—¿Qué puede suceder con ese hatajo de cobardes?

—Y a usted, ¿qué le parece? —preguntó Andrews volviéndose hacia el Chino.

Éste movió la cabeza sin contestar.

Andrews salió a la calle.

Cuando volvió encontró únicamente a Al y Chrisfield. Éste paseaba de un lado a otro de la habitación, mordiéndose las uñas. En la pared, frente a la ventana, había un

espacio cuadrado bañado de sol.

—Vamos, Chris, márchate. Me encuentro muy bien —decía Al con voz débil y lastimera. Su rostro estaba contraído por el sufrimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrews, dejando a un lado un pesado paquete.

—Slippery acaba de ver a un policía militar husmeando frente a la taberna.

—¡Cielos!

—Todos se han ido. Pero Al está demasiado enfermo. Te juro que me quedaría gustosamente contigo, Al.

—No. Si sabes de algún sitio en donde refugiarte, vete, Chris. Yo me quedo con Al. Si sube un policía hablaré con él en francés. Veremos la manera de engañarle —dijo Andrews, que se sintió de pronto valiente y animado.

—Te juro que me quedaría contigo de buena gana. Si no fuese por aquel sargento que está enterado de... —dijo Chrisfield nerviosamente.

—Vete, Chris. Tal vez no haya tiempo que perder.

—Adiós, Andy —dijo Chrisfield, y se marchó.

—Es curioso, Al —dijo Andrews sentándose en el borde del lecho y abriendo el paquete de comida—. Ya no tengo miedo. Creo que es ahora cuando verdaderamente me he librado del Ejército. ¿Cómo va esa mano?

—No sé... Quisiera de todo corazón estar en Coblenza con mi regimiento. No estoy hecho para estos jaleos. ¡Si al menos estuviese Dan con nosotros! Es curioso que seas amigo de Dan. Él sabría encontrar mil maneras de salir del mal paso en que estamos metidos. En todo caso, me alegro de que no esté. Se metería conmigo por no haber sabido prosperar. ¡Dan es tan ambicioso!

—No es tan fácil prosperar en el Ejército, Al —dijo Andrews lentamente.

Ambos guardaron silencio.

Del patio no llegaba el menor ruido. Sólo oía el rumor lejano de un destacamento de caballería que cruzaba la calle.

El cielo se había ido nublando, y la habitación había quedado a oscuras. El yeso de la molduras, al caer de las paredes, había dejado en ellas unas manchas que en aquellos momentos tenían reflejos verdosos. La claridad procedente del patio era también verdosa y daba sus rostros una palidez de muerte. Tenían el aspecto de dos personas que se hubiesen pasado muchos días encerrados entre las húmedas paredes de una prisión.

—Fuselli tenía una novia que se llamaba Mabe, ¿verdad? —preguntó Andrews.

—Sí. Se casó con un reservista de la Armada. Fue una boda magnífica —repuso Al.

IV

—¡P or fin te encuentro!

John Andrews había visto a Geneviève sentada en un banco al extremo del jardín, bajo una parra. Cuando se levantó, un rayo de sol iluminó su cabello. Extendió ambas manos hacia él y exclamó:

—¡Qué guapo estás vestido de ese modo!

Pero Andrews sólo se dio cuenta de que tenía las manos de ella entre las suyas, de que podía mirar sus claros ojos castaños, de que el sol brillaba y de que las sombras verdes danzaban en torno suyo.

—Veo que has salido de la cárcel y que te han desmovilizado. ¡Es maravilloso! ¿Por qué no escribiste? He estado muy intranquila por ti. ¿Cómo has podido localizarme?

—Tu madre me dijo que te encontraría aquí.

—Y bien, ¿qué te parece mi Poissac? —preguntó Geneviève haciendo un amplio ademán con la mano.

Ambos guardaron silencio durante un instante, muy cerca el uno del otro, contemplando el paisaje que tenían ante ellos. Frente a la parra había un parterre rodeado de boj y lleno de rosas rojas, rosadas y de color de albaricoque. Más allá, un prado verde salpicado de margaritas se extendía hasta los muros de una vieja casona grisácea que tenía a un lado un torreón ancho y redondo y el tejado en forma de apagavelas. A corta distancia de la casa se alzaban unos altos álamos de un verde jugoso; entre ellos se veían las manchas plateadas de las aguas del río y las amarillentas de las arenas de la orilla. El ambiente estaba saturado de un dulce aroma a hierba recién segada.

—¡Qué moreno estás! —dijo Geneviève—. Creí que te había perdido... Puedes darme un beso, Jean.

Los músculos de sus brazos se tensaron al rodear los hombros de ella. Vio cómo brillaba su cabello. El viento, al mover las anchas hojas de la parra, lograba curiosos efectos de luz y de sombras.

—Tienes el cuerpo ardiendo —dijo Geneviève—. Me encanta el olor del sudor de tu piel. Debes de haber corrido mucho para llegar aquí.

—¿Recuerdas una noche de primavera en que te acompañé a tu casa después de ver *Pelléas et Mélisande*? ¡Cómo deseé entonces besarte así!

La voz de Andrews era ronca y extraña. Parecía hablar con dificultad.

—Ahí está el *château très froid et très profond* —dijo ella con una risa breve.

—Y tu cabello. *Je les tiens dans les doigts, je les tiens dans la bouche... Toute ta chevelure, toute ta chevelure, Mélisande, est tombée de la tour.* ¿Recuerdas?

—Eres maravilloso.

Se sentaron en el banco de piedra, muy cerca el uno del otro, pero sin tocarse.

—Es absurdo —dijo Andrews nerviosamente—. Deberíamos tener fe en nosotros mismos. No podemos vivir un momento romántico sin hacer a la vez literatura. Estamos tan saturados de literatura que ni siquiera sabemos vivir libremente nuestra propia vida.

—Jean, ¿cómo llegaste aquí? ¿Hace tiempo que estás desmovilizado?

—Vine andando casi desde París. Ya ves cuán sucio estoy.

—¡Es maravilloso! Pero a ver si consigo estarme callada. Tienes que contármelo todo, desde que me dejaste en Chartres.

—Más tarde hablaremos de Chartres —dijo Andrews ásperamente—. La última semana ha sido espléndida. Tal vez la mejor de mi vida. Caminar de día bajo el sol, por la carretera que se extendía ante mí como una cinta blanca, a través de montañas y a lo largo del río; contemplar los dorados lirios en flor; atravesar bosques llenos de mirlos; levantar, al andar, nubecillas de polvo, y, entretanto, saber que me acercaba a ti, que me acercaba a ti...

—¿Cómo va *La reina de Saba*?

—No lo sé. Hace tiempo que no pienso en eso. ¿Llevas aquí muchos días?

—Ni una semana. Pero, dime, ¿qué vas a hacer ahora?

—He alquilado una habitación frente al río, en casa de una mujer muy gorda, que tiene la cara colorada y unos pelos en la barbilla.

—Madame Boncour.

—Exacto. Supongo que conocerás a todo el mundo. ¡Es tan pequeño esto!

—¿Piensas permanecer aquí mucho tiempo?

—Tal vez para siempre. Quiero trabajar y hablar contigo. ¿Me dejarás practicar en tu piano de vez en cuando?

—Será maravilloso.

Geneviève Rod se levantó, se apoyó en uno de los retorcidos troncos de la parra y miró a Andrews fijamente. Las anchas hojas rozaban su cara. Una nube blanca, brillante como la plata, cubrió el sol, y durante un momento las aterciopeladas hojas y el césped movido por el viento adquirieron un tinte plateado. Dos mariposas blancas revolotearon un instante junto a la parra.

—Deberías vestir siempre así —dijo ella mirándole tras una pausa.

Andrews se echó a reír.

—Pero un poco más limpio —dijo—. En fin, ¡qué le vamos a hacer! No tengo más ropa que la que llevo puesta y, además, muy poco dinero.

—¿A quién le importa el dinero? —dijo Geneviève.

Andrews creyó notar en su voz una ligera afectación, pero hizo lo posible por desechar inmediatamente la idea.

—Me pregunto si habrá por aquí una granja donde pueda hallar trabajo.

—No puedes trabajar como los campesinos —dijo Geneviève riendo.

—Espera y verás.

—Te estropearás las manos para tocar el piano.

—¿Y eso qué importa? Tardará mucho tiempo en llegar... Antes que nada quiero terminar algo, una melodía que concebí durante mis primeros tiempos de soldado, cuando limpiaba los cristales de las ventanas en el campamento de instrucción.

—¡Qué gracioso eres, Jean! ¡Oh! ¡Es delicioso pensar que estás otra vez a mi lado! Pero, no sé, te encuentro muy solemne. ¿Es quizá porque te pedí que me besaras?

—Geneviève, un esclavo no logra enderezar su espalda en un solo día. ¡Estar aquí, en lugar tan maravilloso, contigo! Nunca he visto una vegetación tan exuberante como la de estos lugares. Además, piensa un poco en la semana que he pasado, andando a través de llanuras grises hasta Blois, para hundirme luego en la riqueza del Loira. ¿Has estado en Vendôme? Pasé por un pueblecillo muy curioso, entre Vendôme y Blois. ¿Te has fijado en mis pies? ¡Y qué baños fríos tan deliciosos he tomado a orillas del Loira! Espero que toda esta maravilla de tu tierra me haga olvidar pronto el ritmo de tantas piernas avanzando al unísono en los campos de instrucción, y la desesperanza, y el hastío de saberme encadenado.

Se levantó y estrujó suavemente una hoja entre los dedos.

—Mira cómo empiezan a formarse las uvas Fíjate en estos granos —dijo Geneviève, buscando entre las hojas que rozaban su cabeza—. Son las primeras uvas de los contornos. Pero ven, tengo que enseñarte mis dominios y presentarte a mis primas. Has de ver el gallinero... Has de verlo todo...

Le cogió de la mano y, como dos chiquillos, echaron a correr por los senderos flanqueados de boj.

—Lo que quiero decirte —murmuró Andrews siguiéndola a través del césped— es que si lograra de una vez expresar en música toda la miseria pasada, tal vez pudiera borrar para siempre de mi memoria esa época. Entonces sería libre para vivir mi propia existencia en medio de este carnaval de verano.

Al llegar a la casa, Geneviève se volvió hacia él.

—¿Ves esas figuras de mujer medio destrozadas que hay sobre la puerta? —dijo—. Se dice que son obra de un discípulo de Jean Goujon.

—Se amoldan perfectamente al paisaje, ¿verdad? ¿Te he hablado alguna vez de las esculturas que había en el hospital donde estuve cuando me hirieron?

—No, pero ahora quiero que te fijes en la casa. Ahí tienes el torreón; es todo lo que queda del edificio antiguo. Allí vivo yo... Debajo de mi cuarto hay una especie de aposento encantado que antes me daba un miedo horrible. Si he de decirte la verdad, me sigue dando miedo... Esta parte del edificio, que data del tiempo de Enrique IV, es sólo una cuarta parte de la casa tal como tenía que ser construida. Esta

extensión de césped debió ser el patio. Allí en donde están las rosas, fueron hallados fundamentos... Corren muchas leyendas acerca del por qué no fue terminada la mansión.

—Tienes que contármelas.

—Lo haré más adelante. Ahora debes acompañarme. Quiero presentarte a mi tía y a mis primas.

—Por favor, ahora no, Geneviève. No tengo ganas de hablar con nadie que no seas tú. ¡Tengo tantas cosas que decirte!

—Es casi la hora de comer, Jean. Después del almuerzo podemos seguir charlando.

—No, ahora no puedo hablar con nadie. Tengo que lavarme y ponerme un poco presentable.

—Como quieras. Pero no dejes de venir esta tarde a tocar el piano. Hay dos o tres invitados para el té. Serías muy amable si tocaras algo, Jean.

—¿Por qué no intentas comprenderme? Tengo ganas de estar contigo, nada más que contigo a solas.

—Como quieras —murmuró sonrojándose Geneviève, ya con la mano en el picaporte de hierro de la puerta.

—¿Puedo venir mañana a verte? Después de charlar un rato contigo tendré más ánimos para hacerlo con los demás. El caso es que... —Bajó los ojos y se detuvo. Luego añadió en voz baja y apasionada—: ¡Oh! ¡Si pudiera olvidar esa pesadilla! Los pies que marchaban al mismo ritmo, las voces que gritaban órdenes...

Su mano temblaba cuando estrechó la de Geneviève. Ésta le miró con calma, abriendo mucho sus grandes ojos castaños.

—Te encuentro muy raro hoy, Jean —dijo Geneviève—. De todos modos, ven pronto mañana —añadió, y se acercó a la puerta.

Andrews dio la vuelta a la casa y salió por la verja destinada al paso de carruajes. Luego se dirigió al pueblo por el camino flanqueado de tilos que se extendía a lo largo del río.

Una multitud de ideas mordían su cerebro, como muerden los gusanos la fruta podrida. Por fin había visto a Geneviève. La había abrazado y besado. Eso era todo. Sin embargo, sus planes para el futuro nunca llegaron más allá. No sabía siquiera lo que esperaba. Durante los días de sol que pasó caminando, lo mismo que durante el tiempo que permaneció en París, no pensó en nada más. Tenía que ver a Geneviève y contarle cuanto le sucedía, descubrirle su vida como si se tratara de un pergamino que pudiera desenrollar ante sus ojos. Ambos harían planes para el futuro. De pronto el terror se apoderó de él. Geneviève le había decepcionado. Quiso buscar excusas. Indudablemente, la culpa fue suya por haber esperado demasiado. Pensó que ella podía entenderle por instinto, sin necesidad de explicaciones. No le había dicho nada,

ni siquiera que era desertor. ¿Qué fue lo que le impidió confesárselo? No quiso ni formularse a sí mismo la pregunta. Pero en lo más hondo de su ser pesaba la certeza como una losa de hielo. Ella le había decepcionado. Estaba solo. ¡Qué estúpido había sido al confiar su vida entera a una simple sensación de simpatía! Pero no. Aquel morboso jugar con frases complicadas era también una equivocación. Se estaba comportando como una vieja solterona maniática al pensar en imaginarios resultados. «Acepta la vida en lo que vale», se repitió una y otra vez. De todas formas, ambos se amaban en cierto modo. Pero ¿esto qué importa? Lo esencial era que se amaban. Y que era libre para trabajar. ¿Es que aún no le parecía bastante?

¿Cómo esperar al día siguiente para verla, para contárselo todo, para romper las pequeñas y absurdas barreras que se alzaban entre los dos, para permitir que uno y otro pudieran bucear en lo más hondo de sus vidas?

Al llegar cerca del poblado, el camino abandonaba el curso del río para deslizarse junto a las tapias de unos jardines. A través de varias puertas entreabiertas pudo distinguir huertos perfectamente cultivados y muchas ramas llenas de hojas plateadas que se mecían bajo el cielo. Luego el camino se desviaba otra vez hasta perderse en el poblado, en una calle pavimentada y estrecha en la que se apiñaban las casas blancas y de color de crema con postigos verdes o grises y tejados de ladrillo rojo claro. Al final, dorada por el liquen que la cubría, la torre grisácea de la iglesia levantaba sus campanas al cielo en un campanario de anchos arcos ojivales. Al llegar frente a la iglesia, Andrews torció por un pequeño sendero que le condujo de nuevo al río, a un pequeño embarcadero construido a la sombra de unas finas acacias.

En la esquina, en una casa destartada cuy tejados y aleros se proyectaban en todas direcciones, se leía el siguiente letrero: *Rendez-vous de la Marine*. La habitación en donde penetró era de techo bajo, tan bajo que Andrews tuvo que inclinarse al cruzarla por temor a tropezar con las vigas oscuras. Detrás de una mesa de billar desvencijada había una puerta y junto a ella una escalera. Madame Boncour le salió al encuentro al pie de ésta. Era una mujer de edad avanzada, de carne flácida, ojos muy redondos y rostro ancho y rojizo. En sus labios vagaba una afectada sonrisa.

—*Monsieur payera un petit peu d'avance, n'est-ce pas, monsieur?*

—Muy bien —dijo Andrews sacando la cartera—. ¿Le parece bien una semana?

La mujer sonrió.

—*Si Monsieur désire...* ¡La vida está tan cara hoy en día! Los pobres apenas podemos ir tirando.

—Lo sé perfectamente —dijo Andrews.

—*Monsieur est étranger...* —comenzó a decir la mujer en tono más amable, cuando tuvo el dinero en su poder.

—Sí. Fui desmovilizado hace poco.

—¡Ah! *Monsieur est démobilisé. Monsieur remplira la petite feuille pour la póllice, n'est-ce pas?*

La mujer le tendió un pequeño impreso.

—Sí, sí; ahora mismo —dijo Andrews, sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

Sin pensar en lo que iba a hacer, apoyó la hoja sobre la mesa del billar y la llenó con los siguientes datos:

«Nombre: John Brown. Edad: 23 años. Naturaleza: Chicago, Illinois, Estados Unidos. Profesión: músico. Pasaporte número 1.432.286.»

—*Merci, Monsieur. À bientôt, Monsieur. Au revoir, Monsieur.*

La voz de la mujer le persiguió a través de los desvencijados escalones hasta su misma habitación. Sólo cuando hubo cerrado la puerta se dio cuenta de que había anotado como número de pasaporte el que tenía en el Ejército.

«¿Por qué habré puesto el nombre de John Brown?», se preguntó:

*El cuerpo de John Brown yace en la tierra
mas su alma marcha siempre hacia delante
¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!
Mas su alma marcha siempre hacia delante.*

Tan claramente creyó oír la canción que llegó incluso a pensar que alguien la cantaba junto a él. Se acercó a la ventana y se alisó el cabello con una mano. Afuera, el Loira se perdía en la distancia azul y plateada. Aquí y allá brillaba la arena de la orilla. Contempló frente a él la silueta de unos álamos y la extensión de unos campos verdes que formaban colinas en cuya cúspide el follaje se hacía más espeso y el color mucho más oscuro. En la cumbre desnuda de vegetación de la colina más alta, un molino movía perezosamente sus aspas sobre el fondo jaspeado del cielo.

John Andrews sintió que toda aquella paz se apoderaba gradualmente de él. Sacó del bolsillo una salchicha y un pedazo de pan, bebió un poco de agua del jarro que había al lado del lavabo y se sentó ante la mesa situada junto a la ventana, frente a un montón de papel pautado.

Pensativo, fue mordisqueando el pan y la salchicha. Luego escribió cuidadosamente: *Arbeit und Rhythmus* en la parte superior de una hoja. Luego, sin moverse, volvió a mirar hacia el exterior, contemplando las nubes que como barcos lentos y pesados cruzaban el cielo intensamente azul. De pronto borró lo que había escrito y puso en su lugar: *El cuerpo y el alma de John Brown.*

Se levantó y, con los puños crispados, comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—¡Qué extraño que haya escrito precisamente ese nombre! ¡Qué extraño que

haya escrito precisamente ese nombre! —dijo en voz alta.

Volvió a sentarse a la mesa y no tardó en olvidarlo todo, absorto en el sentimiento música que le invadía.

A la mañana siguiente salió a pasear por la orilla del río, para hacer tiempo hasta que fuese hora de ver a Geneviève.

El recuerdo de su primer día de vida militar —aquel día que pasó limpiando los cristales de las ventanas del cuartel, en el campamento de instrucción— era cada vez más vivido. De nuevo creyó verse desnudo en medio de una gran habitación, mientras el sargento de reclutamiento le tallaba. Ahora, en cambio, era un desertor. ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Había seguido su vida una dirección preconcebida desde que el azar quiso someterle y esclavizarle, o bien fue todo obra de la casualidad? ¿Acaso era él como un sapo que saltara en un camino por el que avanzase una apisonadora?

Se detuvo y miró alrededor. Más allá de un campo de tréboles se extendía el río, con sus playas de arena y sus anchas extensiones plateadas. Un muchacho vadeaba las aguas pescando con una red. Andrews observó la agilidad con que la lanzaba. También aquel muchacho sería un día soldado. Su cuerpecillo sería introducido en un molde que le transformaría en un cuerpo exactamente igual a otro; sus ágiles movimientos se harían mecánicos al manejar las armas; su curioso e impaciente cerebro sería reducido al servilismo. Construida la empalizada, ninguna oveja se atrevería a escapar. A los que no se conformaban con ser ovejas se les llamaba desertores, los cuales se veían amenazados por el cañón de todos los rifles y tenían pocas probabilidades de sobrevivir. Sin embargo, los hombres habían conseguido librarse de muchas otras pesadillas. El individuo que, erguido, aguarda valerosamente la muerte, ahuyenta toda pesadilla.

Andrews continuó avanzando despacio, hundiendo los pies en el polvo del camino, como un chiquillo. Se tumbó sobre el césped, bajo unas acacias. La intensa fragancia de sus flores y el zumbido de las abejas que revoloteaban ávidamente junto a los blancos racimos le adormecieron. Pasó un carro tirado por fuertes caballos blancos. Un viejo con la espalda curvada, como se inclinan en verano las flores en su tallo, caminaba detrás empleando el látigo como bastón. Andrews observó que el hombre le miraba con recelo. El pánico se apoderó de él. ¿Sabía el viejo que era un desertor? Pero carro y anciano habían desaparecido ya en la próxima curva del camino. Andrews escuchó durante un rato el crujido de los arneses en la distancia. Luego volvió a la paz de las perfumadas acacias y del zumbido adormecedor de las abejas.

Se sentó, y al hacerlo vio a través de un claro entre los árboles el puntiagudo tejado de la torre de la casa de Geneviève Rod. Recordó el primer día que vio a Geneviève y su deliciosa torpeza al servir el té. ¿Llegaría a sentirse, aunque fuese sólo un momento, absolutamente compenetrado con Geneviève? Se le ocurrió una

desagradable idea. «¿Querrá tal vez un pianista sumiso, un adorno más en la sala de recibo de una muchacha intelectual?» Se levantó de un salto y se dirigió al pueblo. Iría a verla enseguida, y de un modo u otro solucionaría aquella cuestión para siempre. En el reloj de la iglesia sonaron diez campanadas. Las notas vibraron con fuerza a través de los campos.

Mientras avanzaba hacia el pueblo pensó en el dinero. Su habitación costaba veinte francos semanales. Tenía ciento veinticuatro francos en la cartera, y después de buscar en los bolsillos encontró tres francos y medio más. Esto hacía un total de ciento veintisiete francos y medio. Si se las componía para vivir con cuarenta francos a la semana, podría disponer de tres semanas enteras para trabajar en *El cuerpo y el alma de John Brown*. Sólo tres semanas. Después tendría que buscar trabajo. De todos modos, lo mejor sería escribirle a Henslowe pidiéndole algún dinero, suponiendo que su amigo lo tuviese. No eran momentos para andarse con sensiblerías. En su caso, todo dependía del dinero. Se juró a sí mismo que trabajaría intensamente aquellas tres semanas. Sucediera lo que sucediese, trasladaría al papel toda la inspiración que latía en él. Martirizó su cerebro intentando recordar el nombre de alguna persona de América a quien escribir pidiendo dinero. Una intensa sensación de soledad se apoderó de él. ¿Y si Geneviève volvía a decepcionarle?

Cuando llegó a la entrada de los carruajes vio que Geneviève salía de la puerta principal.

Al verle corrió a su encuentro.

—Buenos días. Iba a buscarte —dijo, y le estrechó una mano calurosamente.

—Eres muy amable.

—Pero, Jean, no vienes del pueblo, ¿verdad?

—No. Salí a dar un paseo.

—Debes de levantarte muy temprano.

—El sol sale frente a mi ventana y da sobre mi cama. Tengo que levantarme a la fuerza.

Ella le condujo a la puerta principal. Atravesaron el vestíbulo y entraron en una espaciosa habitación de alto techo en la que había un gran piano y varias sillas de alto respaldo. Frente a las ventanas que daban al jardín había una mesa redonda de caoba llena de libros. Frente al piano se encontraban dos muchachas de alta estatura, vestidas con trajes de muselina.

—Mis primas —dijo Geneviève—. Por fin le tenemos aquí. Monsieur Andrews, mi prima Berthe, mi prima Jeanne... Ahora debes tocar un poco. Nos estamos muriendo de aburrimiento.

—Muy bien. Pero después tengo que hablar contigo a solas. He de decirte muchas cosas —dijo Andrews en voz baja.

Geneviève asintió con aire comprensivo.

—¿Por qué no tocas *La reina de Saba*, Jean?

—¡Oh, sí, sí, toque eso! —exclamaron a coro las dos primas.

—Si me lo permiten, preferiría tocar algo de Bach.

—En ese cofre hay muchas piezas de Bach —dijo Geneviève—. Es absurdo, pero en esta casa está todo saturado de música.

Ambos se inclinaron sobre el cofre, el cabello de Geneviève rozó la mejilla de Andrews, que percibió el intenso perfume que emanaba de él. Las primas continuaban junto al piano.

—Tengo que hablar contigo enseguida —murmuró Andrews.

—Bueno —dijo ella, enrojeciendo e inclinándose más sobre el cofre. Sobre las piezas de música había un revólver—. ¡Cuidado! Está cargado —añadió Geneviève al ver que él lo cogía. Andrews la miró inquisitivamente, y ella prosiguió—: Tengo otro en mi habitación. Mamá y yo nos quedamos solas muchas veces, y, además, me encantan las armas de fuego. ¿A ti, no?

—Las odio —murmuró Andrews.

—Aquí tienes unas tonadas de Bach.

—¡Estupendo...! Oye, Geneviève —dijo de pronto—, déjame ese revólver por unos días. Más tarde te diré para qué lo quiero.

—Perfectamente. Pero ten cuidado, porque está cargado —repuso ella, y se dirigió al piano con dos volúmenes bajo cada brazo.

Andrews cerró el cofre y, sintiéndose más optimista, se acercó al piano y abrió un volumen al azar.

—*A un amigo, para disuadirle de que emprenda un viaje* —leyó—. ¡Oh! Conozco eso.

Empezó a tocar, dando a la música inflexiones vigorosas y violentas.

En medio de un pasaje oyó que una de las primas de Geneviève murmuraba al oído de la otra:

—*Qu'il a l'air intéressant.*

—*Farouche, n'est-ce pas? Genre révolutionnaire* —respondió la otra riendo entre dientes.

Andrews se dio cuenta entonces de que madame Rod estaba presente y que le sonreía.

Se levantó.

—*Mais ne vous dérangez pas* —dijo ella.

Un individuo con pantalones de franela blancos y zapatos de tenis, y otro de barba grisácea y vivos ojuelos grises, acababan de entrar en la habitación. Los seguía una dama gruesa con sombrero y velo y largos guantes de algodón blanco. Cuando se hicieron las presentaciones, Andrews sintió que decaía su ánimo. Todas aquellas personas no hacían sino acrecentar la barrera que existía ya entre él y Geneviève. En

cuanto la miraba, una persona elegantemente vestida se acercaba a ella y le dirigía correctamente la palabra. Se sintió como prisionero en un círculo de convencionalismos, de personas bien vestidas, de gestos correctos y a la vez grotescos.

Durante el almuerzo sintió un loco deseo de levantarse y de gritar:

«¡Miradme! Soy un desertor. Estoy bajo las ruedas del régimen que vosotros representáis. Si ese régimen no consigue vencerme, si no logra acabar conmigo, es porque se debilita, y tendrá todavía menos fuerzas para acabar con otros.» Charlaban de su desmovilización, de su música y de la Schola Cantorum. Andrews tuvo la sensación de que le exhibían. «No saben lo que realmente exhiben al exhibirme a mí», pensó con una especie de amargo regocijo.

Después de comer se trasladaron bajo la parra, donde se sirvió el café. Andrews estaba silencioso y distraído. Hablaban de los muebles de estilo Imperio, y de los nuevos impuestos, mientras él contemplaba las anchas hojas de la parra bañada de sol. Recordaba cómo el día anterior las sombras y las luces jugaban con la cabellera de Geneviève, que parecía una roja llama, cuando estaban solos en aquel mismo sitio.

En aquellos momentos Geneviève estaba sentada a la sombra, y su cabello era de un rojo apagado.

Transcurría el tiempo lentamente. Por fin, Geneviève se levantó.

—Todavía no has visto mi bote —dijo dirigiéndose a Andrews—. ¿Quieres que demos un paseo? Yo remaré.

Andrews se levantó rápidamente.

—Vigílela bien, monsieur Andrews. ¡Es tan imprudente! —murmuró madame Rod.

—Estabas muerto de aburrimiento —dijo Geneviève cuando se alejaban por el camino.

—No. Es que toda esa gente levanta un muro todavía más alto entre nosotros. Y bien sabe Dios que el que ya existía no era pequeño.

Ella le miró escrutadoramente a los ojos durante un instante, pero no dijo nada.

Lentamente recorrieron la orilla cubierta de arena, hasta llegar junto a un viejo bote de fondo plano, pintado de verde con una franja anaranjada, que se hallaba en el cañaveral.

—Es probable que zozobremos. ¿Sabes nadar? —pregunto Geneviève riendo.

Andrews sonrió y repuso con voz firme:

—Sí, sé nadar. Nadando conseguí salir del Ejército.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando deserté...

—¿Cuando desertaste?

Geneviève se inclinó para empujar el bote. Él la ayudó. Mientras empujaban la

embarcación hasta el río, sus cabezas se tocaban.

—¿Y si te cogen?

—No sé... Pueden matarme. Pero como la guerra ha terminado, tal vez me condenen a cadena perpetua, o a veinte años...

—¿Cómo puedes hablar de todo eso con tanta frialdad?

—La idea no es nueva para mí.

—¿Qué te indujo a hacer semejante cosa?

—Estaba harto de sumisión.

—Ven, internémonos en el río. —Geneviève saltó y cogió los remos—. Empuja ahora, pero procura no caerte al agua.

El bote se deslizó sobre la superficie del río, Geneviève remaba lenta y rítmicamente. Andrews la miraba en silencio.

—Cuando te canses remaré yo —dijo tras una pausa.

Tras ellos se extendía el pueblo. Las casas blancas, amarillentas, bermejas y rosadas, de muros estucados y tejados de ladrillo, formaban como una pirámide irregular que culminaba en la iglesia. A través de los arcos ojivales del campanario, la silueta de las campanas se recortaba en el cielo. El pueblo entero se reflejaba en el río. Cuando el viento soplaba, una profunda hendidura de acerado color azul cruzaba el pueblo reflejado en las aguas.

Los remos que Geneviève seguía manejando crujían rítmicamente.

—Avísame cuando estés cansada —dijo Andrews después de una larga pausa.

—Desde luego, no sabes lo que es patriotismo —murmuró Geneviève.

—No entiendo el patriotismo como lo entiendes tú.

Doblaron una curva del río. La corriente era allí muy fuerte. Andrews, queriendo ayudar a Geneviève, colocó sus manos sobre las de ella, que seguía sujetando los remos. La proa del bote chocó con unos juncos que crecían bajo unos sauces.

—Quedémonos aquí —dijo ella sacando los remos del agua. Al moverlos, brillaron al sol con reflejo de plata. Geneviève cruzó las manos sobre las rodillas, y se inclinó hacia él—. Ahora comprendo por qué me pediste el revólver. Cuéntamelo todo desde que nos separamos en Chartres —añadió con voz ahogada.

—Me arrestaron y me enviaron a un batallón disciplinario, lo que vosotros llamaríais prisión militar. Ni siquiera me permitieron ponerme en contacto con el comandante en jefe de nuestro Destacamento Universitario. —Hizo una pausa. Un pájaro cantaba en un sauce. Una nube veló momentáneamente el sol. Más allá de las largas hojas verdes que se mecían a impulsos del viento se divisaba el cielo sembrado de nubes amarillas, grises y del color de los huevos de petirrojo. Andrews se echó a reír—. ¡Qué absurdas son esas pomposas, esas importantes palabras: destacamento, batallón, comandante en jefe...! Todo lo que ha sucedido tenía que suceder. Había llegado al límite de mi resistencia. No podía someterme más al martirio de la

disciplina. ¡Oh, esas impresionantes palabras romanas! Son como piedras de molino atadas al cuello. Desde el principio fui un pobre estúpido. Me comprometí a luchar y a matar alemanes, con quienes ni siquiera había tenido una ligera discusión. Lo hice por curiosidad o por cobardía. El caso es que he tardado mucho en darme cuenta de cómo es el mundo en realidad. Nunca hallé a nadie que me enseñara el camino. —Se interrumpió, tal vez esperando que ella hablase. El pájaro seguía cantando en el sauce. De pronto se movió una rama, y Andrews pudo verlo. Era un pájaro pequeño y gris, con la garganta hinchada por la fuerza que hacía al cantar—. En mi opinión —prosiguió calmosamente—, la sociedad humana ha sido y será siempre eso: una serie de organizaciones que por todos los medios ahogan y someten al individuo, y una serie de individuos que se rebelan ante ellas desesperadamente formando nuevas sociedades que aplastan a las viejas y que, lo mismo que éstas, acaban esclavizándolos también.

—Creí que eras socialista —dijo Geneviève de pronto, con una voz que, sin saber por qué, tuvo la virtud de herirle profundamente.

—Un muchacho del batallón disciplinario —dijo Andrews— me contó cómo en cierta ocasión habían torturado ante sus ojos a un pobre individuo, obligándole a tragarse cigarrillos encendidos. Pues bien, cada orden que me gritaban, cada nueva humillación ante los superiores, era para mí una agonía parecida a la de aquel martirio. ¿Es que no puedes comprenderme? —dijo elevando la voz súbitamente, hasta hacerla suplicante.

Ella asintió con la cabeza. Quedaron silenciosos. Las hojas de los sauces seguían meciéndose en las ramas movidas levemente por el viento. El pájaro se había marchado.

—Cuéntame cómo te escapaste. Debe de ser muy interesante.

—Trabajábamos en Passy, descargando cemento. Cemento para construir el estadio que nuestro Ejército regala a los franceses, un estadio hecho, como las pirámides, con el sudor de la esclavitud.

—¿En Passy? Allí vivió Balzac. ¿Estuviste alguna vez en su casa?

—Trabajaba conmigo un muchacho a quien llamábamos el Chico; *le Grosse*, como diríais en francés. De no haber sido por él, nunca me habría atrevido a hacer lo que hice. ¡Estaba tan deprimido! Creo que debió de ahogarse. Nadamos bajo el agua todo lo que pudimos, y como era casi oscuro salí a flote junto a una gabarra tripulada por una extraña familia de anarquistas. Ellos me cuidaron... No he vuelto a saber nada de el Chico. Compré estas ropas que tanto te han gustado, Geneviève, y volví a París sólo por verte.

—¿Tanto represento para ti? —murmuró Geneviève.

—Busqué a otra persona en París. A un muchacho llamado Marcel, que trabajaba en una granja de St. Germain, donde le había conocido tiempo atrás. Me dijeron que

se había enrollado de marinero. De no haber sido porque tenía que verte habría partido directamente para Burdeos o Marsella. Parece ser que en estos tiempos no se preocupan mucho por la identidad de los marineros.

—¿No te quedaste harto, durante tus tiempos de soldado, de esa horrible vida, de estar rodeado continuamente de personas sucias, sin educación, en lugares malolientes, tú, un hombre sensible, un artista? No me extraña que unos cuantos años de vivir así te hayan trastornado —dijo Geneviève apasionadamente, con los ojos fijos en él.

—¡Oh! No es ése mi caso —repuso Andrews con desesperación—. Esas personas a quienes tú desprecias casi me son simpáticas. En realidad, existe muy poca diferencia entre unos seres y otros... —Se interrumpió de pronto y se movió inquieto en el asiento, temiendo echarse a llorar. Observó el bulto que formaba el revólver que llevaba en el bolsillo.

—Pero ¿no puedes hacer nada para remediar la situación? Tendrás amigos —dijo Geneviève—. Te trataron con horrible injusticia. Tal vez consigas reincorporarte y luego ser desmovilizado legalmente. Verán que eres una persona inteligente. No pueden tratarte como a un cualquiera.

—Tal vez, como has dicho antes acertadamente, tengo el cerebro trastornado, Geneviève —dijo Andrews—, pero ahora que por azar he tenido un rasgo decisivo en favor de la libertad humana (no importa que el rasgo haya sido pequeño) siento como si... ¡Oh! Ya sé que soy un loco, Geneviève, pero has de aceptarme tal como soy.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y crispó las manos en las bordas de la embarcación. Tras una larga pausa, Geneviève dijo con voz leve y tono glacial:

—Bien. Tenemos que volver. Es hora de tomar el té.

Andrews levantó la cabeza. Una libélula se había posado en un junco. Tenía las alas plateadas y el largo cuerpo de color carmesí.

—Mira tras de ti, Geneviève.

—¡Oh, una libélula! ¿Qué pueblo las tenía como símbolo de su destino? ¿No eran los egipcios? En fin, lo he olvidado.

—Deja que reme yo —dijo Andrews.

La corriente empujaba rápidamente al bote. En pocos minutos se hallaron cerca de la orilla, frente a la casa de los Rod.

—Entra a tomar el té —dijo Geneviève.

—No. Tengo que trabajar.

—¿Algo nuevo? —Andrews asintió—. ¿Cómo se llama?

—*El alma y el cuerpo de John Brown*.

—¿Quién es John Brown?

—Un loco que quería liberar al pueblo. Existe ya una canción dedicada a él.

—¿Se basa tu música en temas populares?

—No. Es decir, no lo sé. Se me ocurrió el nombre ayer precisamente, por una curiosa coincidencia.

—¿Vendrás mañana?

—Si no estás demasiado ocupada...

—Déjame pensar. Los Boileau vienen a comer. No tenemos invitados para el té. Puedes venir a esa hora. Lo tomaremos solos.

Él le cogió una mano. Su ademán fue torpe, como el de un niño ante una nueva compañera de juegos.

—Perfectamente. Vendré a las cuatro. Y si no hay nadie, tocaremos un rato —dijo él.

Geneviève se desasíó rápidamente de la mano que aprisionaba la suya, dijo adiós con una gravedad inusitada y cruzó el camino hasta la verja sin volverse para mirar atrás.

Andrews sintió la tentación de correr a su habitación, cerrar la puerta y arrojarle de bruces en la cama. En cierto modo, la idea fue graciosa, al menos para una parte de su ser, porque era esto lo que, siendo niño, solía hacer siempre que el mundo le parecía una carga demasiado pesada. «¿Seré capaz de echarme a llorar?», se preguntó.

Madame Boncour bajaba la escalera cuando él se disponía a subirla. Se detuvo un momento para dejarla pasar, y cuando ella llegó abajo dijo algo resentida:

—Según veo, monsieur es amigo de madame Rod, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe?

En las mejillas de la mujer, muy cerca de la boca, aparecieron dos hoyuelos.

—Ya sabe que en el campo se entera uno de todo —repuso.

—*Au revoir* —dijo él comenzando a subir.

—Pero monsieur debió advertírmelo. De haberlo sabido no le habría pedido anticipo. Monsieur tiene que perdonarme.

—¿Está bien?

—*Monsieur est américain?* Como ve, estoy enterada de muchas cosas —dijo riendo. Y al reír temblaron sus fofas mejillas—. Monsieur conoce a madame y a mademoiselle Rod desde hace tiempo. Es un antiguo amigo. Además es músico.

—Sí. *Bonsoir* —dijo Andrews subiendo la escalera.

—*Au revoir, monsieur.* —La voz cantarina de la mujer le siguió mientras subía.

Al llegar a su habitación, Andrews cerró la puerta y se arrojó sobre la cama.

Cuando despertó a la mañana siguiente lo primero que hizo fue contar las horas que le faltaban para ver a Geneviève. Después recordó su charla del día anterior, y se preguntó si merecía la pena verla de nuevo. Su desesperación se apoderó lentamente de él. Sintió como si fuese el único ser viviente en un mundo de máquinas muertas, o como si fuera un sapo que saltase en una carretera por donde avanzaba una

apisonadora.

Súbitamente recordó a Jeanne. Pensó en sus pobres dedos estropeados descansando sobre la falda. La imaginó paseando de un lado a otro de la calle, frente al Café de Rohan, aguardándole. ¿Qué hubiese hecho Jeanne en el lugar de Geneviève? A pesar de todo, los seres humanos están siempre solos. No importa que el amor que los una sea muy grande. No existe, no puede existir entre dos personas la verdadera unión. Los que viajan en primera clase no pueden identificarse con los otros, con los pobres sapos que saltan en medio del camino. No, no sentía rencor hacia Geneviève.

Se distrajo tomando el café y comiendo el pan seco que constituía su desayuno. Después se fue a dar una vuelta. Mientras paseaba por la orilla del río sintió como si su cuerpo y su cerebro se tornasen fluidos, sutiles; como si temblase a impulsos de la inspiración musical que le poseía; como se mece un álamo, a impulsos del viento. Sacó punta a un lápiz y subió de nuevo a su habitación.

Ninguna nube cruzaba el cielo. Sentado ante su mesa, veía a través de la ventana abierta el espacio azul, las montañas, el molino de la cumbre y las aguas plateadas del río. Escribía unas veces con rapidez, sin pensar en nada, sin sentir nada, sin ver nada, pero en otras ocasiones se interrumpía durante un rato, contemplaba el cielo y el molino y se sentía feliz. Jugeteaba con algunas ideas que surgían en su mente y desaparecían casi enseguida, como la polilla que de vez en cuando penetraba por la ventana abierta, revoloteaba por la habitación, rozaba el techo y desaparecía sin que él se diera cuenta.

Cuando el reloj dio las doce se dio cuenta de que tenía hambre. Hacía dos días que sólo se alimentaba de pan, salchicha y queso. Cuando bajó encontró a madame Boncour limpiando vasos tras el mostrador, y le encargó el almuerzo. Ella le sirvió inmediatamente un estofado y una botella de vino. Con los brazos en jarras y dos hoyuelos en sus mejillas gruesas y rojas, le contempló mientras comía.

—Monsieur come menos que ninguno de los jóvenes que he conocido hasta hoy.

—Trabajo mucho —respondió Andrews.

—Precisamente cuando se trabaja mucho hay que comer mucho también.

—¿Y si no se tiene dinero? —preguntó Andrews sonriendo.

Ella le miró con ojos acerados.

—No hay mucha gente ahora en el pueblo, monsieur, pero, sin embargo, debería visitarlo un día de mercado. ¿Desea monsieur algo de postre?

—Queso y café.

—¿Nada más? Estamos en la estación de las fresas.

—Nada más. Gracias.

Cuando madame Boncour volvió con el queso, dijo:

—Tuve una vez aquí unos americanos, monsieur. ¡En buen jaleo me metieron!

Eran desertores, y se fueron sin pagar, perseguidos por los gendarmes. Espero que les hayan echado el guante y enviado al frente. ¡Los muy inútiles!

—Hay muchas clases de americanos —dijo Andrews en voz baja. Estaba furioso consigo mismo, porque su corazón latía aceleradamente—. Bien. Voy a dar un paseo. *Au revoir, madame.*

—Monsieur va a dar un paseo... *Amusez-vous bien, Monsieur. Au revoir, Monsieur.*

El sonsonete le persiguió hasta que salió.

Un poco antes de las cuatro, Andrews llamaba a la puerta principal de casa de las Rod. Oyó a «Santo», el perrillo negro y canelo, ladrar en el interior. La propia madame Rod le abrió la puerta.

—¡Ah, es usted! —exclamó al verle—. Entre, entre y tome una taza de café. ¿Trabajó mucho hoy?

—¿Y Geneviève? —murmuró Andrews con voz entrecortada.

—Fue a dar un paseo en coche con unos amigos. Dejó una nota para usted. La encontrará sobre la mesa de té.

Sin darse cuenta, Andrews se encontró tomando el té, comiendo pastas y haciendo y contestando preguntas. Toda la escena parecía velada por blancas brumas.

La nota de Geneviève decía:

Jean: Estoy tratando de encontrar una solución. Tienes que marchar a un país neutral. ¿Por qué no hablas conmigo antes de rechazar toda posibilidad de reincorporarte? Te espero mañana a esta misma hora.

Bien à vous,

G. R.

—¿Le importaría que tocara un rato el piano, madame Rod? —preguntó Andrews, casi sin darse cuenta de lo que decía.

—No, no, de ningún modo. Puede tocar cuanto guste. Más tarde volveremos a escucharle.

Sólo cuando salió de la habitación se dio cuenta de que había estado hablando no sólo con madame Rod, sino también con las dos primas.

Mientras tocaba el piano lo olvidó todo y recobró su extraña animación. Encontró en un bolsillo papel y lápiz y tocó la melodía que había concebido el día que limpiaba cristales subido a lo alto de una escalera en el campamento de instrucción. Arregló la música y la moldeó a su antojo, olvidado de todo, absorto en los ritmos y cadencias. Cuando dejó de trabajar había oscurecido.

Geneviève Rod, con la cabeza cubierta por un velo, estaba de pie junto a la ventana que daba al jardín.

—Te he estado escuchando —dijo—. Continúa.

—He terminado. ¿Qué tal tu paseo en coche?

—Espléndido. No tengo muchas oportunidades de pasear en automóvil.

—Tampoco yo las tengo de hablarte a solas —dijo Andrews amargamente.

—A juzgar por tu modo de hablar, cualquiera diría que tienes derechos sobre mí. Lo lamento. Nadie los tiene —dijo Geneviève, como si no fuese la primera vez que meditase sobre esto.

Andrews se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar.

—Geneviève, ¿tanto te ha hecho cambiar el saber que soy un desertor?

—No, claro que no —repuso ella rápidamente.

—Creo que sí, Geneviève. ¿Qué te gustaría que hiciera? ¿Que me entregase? Conocí en París a un chico que se entregó. Pero llevaba el uniforme, y, según parece, hay una gran diferencia entre llevarlo y no llevarlo. Era un buen chico. Se llamaba Al y era de San Francisco. No creas que era cobarde. Tuvo valor para amputarse por sí mismo el dedo meñique cuando un vagón de carga le aplastó la mano.

—¡Oh! Todo esto es horrible. Estoy segura de que habrías llegado a ser un gran compositor.

—¿Por qué dices «habrías llegado a ser»? Estoy convencido de que lo que ahora estoy componiendo es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Sí, sí, desde luego, pero necesitas estudiar, darte a conocer.

—Si resisto seis meses estaré a salvo. Para entonces, el Ejército americano se habrá marchado de este país. No creo que a los desertores les sea concedida la extradición.

—Sí, pero entretanto, tendrás que arrastrar una vida vergonzosa, con el peligro constante de ser descubierto.

—Hay en mi vida muchas cosas de las que me avergüenzo, Geneviève, pero no de ésta. De ésta casi estoy orgulloso.

—Debes comprender que no todas las personas opinan como tú sobre la libertad individual.

—Tengo que irme, Geneviève.

—Vuelve pronto.

—Sí, un día de éstos.

Andrews se encontró en la penumbra del camino con sus papeles de música en la mano. Soplaba el viento, y el cielo estaba sembrado de nubes que presagiaban tormenta. Por entre las nubes veíanse espacios iluminados con reflejos rojizos y de color de ópalo. Unas gotas de lluvia fueron arrastradas por el viento, que agitaba las anchas hojas de los tilos, hacía ondular los trigales como si fueran las olas del mar y oscurecía las aguas del río, que se deslizaba entre bancos de arena rosada. Empezó a llover.

Andrews echó a correr, porque no quería estropear su único traje. Cuando llegó a su habitación, encendió cuatro velas y las colocó en los ángulos de su mesa de trabajo. A pesar de la lluvia, afuera aún había una pálida y leve claridad. El resplandor de las velas daba a la habitación un aspecto sepulcral. Andrews se tumbó en la cama, y mientras contemplaba la luz vacilante que se reflejaba en el techo intentó pensar.

«Bien, ahora estás completamente solo, John Andrews —se dijo en voz alta después de haber reflexionado durante media hora. Se puso en pie, se desperezó y bostezó. En el exterior seguía cayendo la lluvia rápida y ruidosamente—. Hagamos inventario general —murmuró—. Es probable que transcurra un mes antes de que me conteste mi amigo Howe, que está en América. Tal vez tarde más aún en saber de Henslowe. Y he gastado ya veinte francos en comida. Esto no puede continuar. Pasemos a los bienes materiales. Poseo un volumen de versos de Villon, un libro sobre contrapunto, un mapa de Francia roto en dos pedazos y un cerebro medianamente sensato.»

Colocó los dos libros en medio de la mesa, sobre un desordenado montón de papeles de música y de libretos. Después siguió colocando junto a ellos sus bienes personales, tal y como los iba recordando: Tres lápices; una pluma estilográfica... Automáticamente buscó su reloj, pero recordó que se lo había dado a Al para que lo empeñase, suponiendo que éste decidiera no entregarse y necesitase dinero. Un cepillo de dientes; una maquinilla de afeitar; un pedazo de jabón; un cepillo para el pelo, y un peine roto. ¿Quedaba algo más? Buscó en la bolsa de hule que colgaba a los pies de su cama. Una caja de cerillas; una navaja en la que faltaba una hoja, y un cigarrillo aplastado. Mientras contemplaba cómo crecía el montón, Andrews fue hallando la situación cada vez más divertida. Recordó que en un cajón tenía una camisa limpia y dos pares de calcetines sucios. Eso era todo. Absolutamente todo. Nada era vendible, con excepción del revólver de Geneviève. Lo sacó del bolsillo. El reflejo de las velas hizo brillar el metal. No. Podía necesitarlo. Era una cosa demasiado valiosa para desprenderse de ella. Lo apuntó hacia sí. Según decían, lo mejor era disparar bajo la barbilla. Se preguntó que si se encontrara en ese caso, con el revólver apoyado bajo el mentón, se atrevería a apretar el gatillo. ¡No! Cuando se le acabase el dinero vendería el revólver. Sería un fin demasiado lujoso para un pobre individuo muerto de hambre. Se sentó en el borde del lecho y se echó a reír.

Sólo entonces se dio cuenta de que tenía hambre.

Dos comidas en un mismo día... «¡Qué extravagancia!», se dijo. Silbando alegremente, como un colegial, bajó la escalera para encargarse de la cena a madame Boncour.

Cuando se dio cuenta de lo que silbaba experimentó un ligero sobresalto. Era nada menos que:

*El cuerpo de John Brown yace en la tierra,
mas su alma sigue siempre hacia delante...*

Los tilos estaban en flor. Por la ventana abierta penetraba la fragancia de un árbol que había en la parte trasera de la casa. Era un perfume intenso, como el incienso. Andrews había inclinado la cabeza sobre la mesa. Tenía los ojos cerrados y una mejilla apoyada sobre el montón de papel pautado. Estaba muy cansado. Había escrito todo el primer tiempo de *El alma y el cuerpo de John Brown*. Sonaron las dos en el reloj del pueblo. Se levantó y miró distraídamente hacia fuera a través de la ventana abierta. Era una tarde bochornosa. Grandes nubes bajas se cernían sobre el río. El molino de la cumbre estaba inmóvil. Creyó oír la voz de Geneviève, que, como la última vez que la vio, hacía ya tanto tiempo, murmuraba: «Estoy segura de que habrías llegado a ser un gran compositor.» Se acercó a la mesa y hojeó los papeles sin mirarlos. «Habrías llegado a ser...» Se encogió de hombros. Al parecer en el año 1919 no se podía ser un buen compositor y a la vez un desertor. Probablemente, Geneviève estaba en lo cierto. Pero, de todas formas, tenía que comer.

—Es ya muy tarde —dijo madame Boncour cuando su huésped le pidió que le sirviera la comida.

—Ya sé que es muy tarde. Pero acabo de terminar la tercera parte del trabajo que estoy realizando.

—¿Cobraré mucho dinero cuando lo termine del todo? —preguntó madame Boncour, y al sonreír aparecieron los dos hoyuelos en sus anchas mejillas.

—Tal vez... algún día.

—Estará muy solo, ahora que se han marchado las Rod.

—¡Ah! ¿Se han marchado?

—¿No lo sabía? ¿No fue a despedirse? Se han ido a la playa. En fin, voy a hacerle una tortilla.

—Gracias.

Cuando madame Boncour volvió con la tortilla y unas patatas fritas, le dijo en tono misterioso:

—Últimamente no ha visitado con tanta frecuencia a las Rod.

—No.

Madame Boncour permaneció de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre los senos, mirándole y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Cuando vio que Andrews se levantaba para subir de nuevo a su habitación, dijo de pronto:

—¿Y cuándo piensa pagarme? Hace dos semanas que no cobro.

—Pero, madame Boncour, ya le he dicho que no tengo dinero. Si pudiese esperar

uno o dos días... Estoy seguro de que recibiré un giro postal. No puede tardar más de uno o dos días.

—Esa historia está muy gastada.

—He intentado buscar trabajo en varias granjas de los alrededores.

Madame Boncour echó la cabeza hacia atrás y rió enseñando los dientes negruzcos de su mandíbula inferior.

—Escúcheme. Le doy esta semana de plazo —dijo al fin—. Entonces, o me paga o... Y le advierto que tengo el sueño muy ligero, monsieur. —Su voz adquirió de pronto el sonsonete habitual.

Andrews se precipitó hacia la escalera y se encerró en su habitación.

«Tengo que levantar el vuelo esta misma noche», se dijo. Pero ¿y si al día siguiente llegaba el giro que esperaba? Pasó la tarde atormentado por la indecisión.

Al anochecer fue a dar un paseo. Pasó junto a la casa de las Rod y vio que los postigos estaban cerrados. Casi se alegró de saber que Geneviève ya no vivía en las cercanías. Ahora su soledad era completa.

«¿Y por qué —se preguntó— en vez de escribir música, que podría haber servido de algo de no haber sido un desertor, no me esforcé en reaccionar, en tener un rasgo, no importa que hubiese sido débil o desesperado, en pro de la libertad de los demás?» Ciertamente él pudo librarse del martirio, pero esto se debía en realidad a un puro azar. ¿Por qué no luchó por ayudar a los otros? Si pudiera empezar su vida otra vez...

No. Desde luego, no era digno de llamarse John Brown.

Cuando volvió al pueblo había oscurecido completamente. Estaba resuelto a esperar otro día.

A la mañana siguiente empezó a trabajar en el segundo tiempo. Sin piano, la tarea era doblemente dificultosa; no obstante, estaba decidido a anotar cuanto pudiera, ya que tal vez tardase mucho tiempo en gozar de una tranquilidad parecida para poder hacerlo.

Una noche, cuando ya había apagado la vela, se acercó a la ventana para contemplar el reflejo de la luna sobre las aguas del río. Oyó unas leves pisadas en el rellano de la escalera, al otro lado de su habitación. Crujió el entarimado, chirrió una llave en la cerradura, y los pasos se alejaron otra vez. John Andrews se echó a reír. La ventana estaba sólo a veinte pies del suelo, y abajo había un arriate. Se metió en la cama satisfecho. Tenía que procurar dormir. A la noche siguiente saltaría por la ventana y tomaría el camino de Burdeos.

A la mañana siguiente empezó a trabajar en el segundo los papeles mientras trabajaba. Afuera, el río formaba franjas pizarrosas, azules y plateadas. Las aspas del molino giraban con rapidez sobre un fondo de nubes. De vez en cuando, una ráfaga de viento llevaba hasta Andrews el aroma de los tilos. A pesar suyo, *El cuerpo de John Brown* se deslizaba entre sus ideas. Sentado, con un lápiz en la mano, Andrews

silbó suavemente la melodía. En su interior, un gran coro parecía cantar:

*El cuerpo de John Brown yace en la tierra,
mas su alma sigue siempre hacia delante...
¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!
Mas su alma sigue siempre hacia delante.*

¡Si sólo con «seguir hacia delante» pudiese uno conquistar la libertad!
Súbitamente quedó rígido. Sus manos se crisparon en el borde de la mesa.

Bajo su ventana acababa de oír una voz que murmuraba con acento americano:
—¿Crees que esa mujer nos toma el pelo, Charley?

Andrews quedó aturdido, como si acabara de caer desde lo alto de una cumbre.
¡Dios! ¿Es que podía la vida repetirse así? Creyó oír varias voces que murmuraban a su oído: «¡Vamos! Que uno de vosotros le enseñe a saludar».

Se levantó de un salto y abrió un cajón. Estaba vacío. La mujer había cogido el revólver.

«Todo estaba previsto. Lo sabía...», se dijo.

De pronto le invadió una sensación de paz.

Río abajo pasaba un bote tripulado por un hombre. El bote estaba pintado de verde. El hombre llevaba una extraña chaqueta de color castaño y tenía en la mano una caña de pescar.

Andrews volvió a su silla. Dejó de ver el bote, pero siguió viendo el molino, cuyas aspas giraban y giraban incesantemente sobre el fondo de blancas nubes.

Oyó pasos en la escalera.

Dos golondrinas pasaron gorjeando junto a la ventana, tan cerca, que Andrews pudo ver el color de las alas y sus patitas plegadas sobre el vientre grisáceo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo con firmeza.

—Usted perdone —dijo un soldado que llevaba en la mano una gorra con una cinta—. ¿Es usted el americano?

—Sí.

—La mujer de abajo cree que sus papeles no están en regla —dijo el recién llegado con visible embarazo.

Sus miradas se cruzaron.

—No. Soy un desertor —murmuró Andrews.

El policía militar se llevó un silbato a los labios y sopló con fuerza. Un silbato parecido respondió desde el exterior, al otro lado de la ventana.

—Coja sus cosas.

—No tengo nada que coger.

—Bien. En marcha. Pase adelante, y sin correr.

Afuera, las aspas del molino seguían girando y girando sobre el fondo de blancas nubes.

Andrews se volvió hacia la puerta. El policía militar la cerró en cuanto salieron y le siguió escalera abajo.

Sobre la mesa de trabajo de John Andrews quedaron unas amplias hojas de papel con las que inmediatamente empezó a jugar el viento.

Primero cayó una, después otra, hasta cubrir el suelo...



JOHN DOS PASSOS. Nació en Chicago en 1896. En su adolescencia estudió en Inglaterra y viajó por Bélgica y México. En 1916 se graduó en la Universidad de Harvard, en la rama de Arte. Marchó a España a estudiar arquitectura, y allí le sorprendió la Primera Guerra Mundial. Se trasladó a Francia y luego a Italia, donde fue miembro voluntario del servicio de ambulancias. Al entrar los EEUU en el conflicto, se integró al Cuerpo Médico del Ejército. Participó en las movilizaciones contrarias al proceso y ejecución de Sacco y Vanzetti y fue encarcelado por ello. Al estallar la Guerra Civil regresó a España y luchó en pro de la causa republicana. Sostuvo una posición activa contra el nazismo y, finalizada la Segunda Guerra Mundial, trabajó como periodista en el juicio de Nuremberg. Tuvo problemas durante el «maccarthysmo», pese a lo cual se mantuvo activo como escritor hasta edad muy avanzada. Murió en Baltimore en 1970.

Notas

[1] Kitchen Parade. Soldados destinados a la cocina y a efectuar trabajos de limpieza.
(*N. de la T.*) <<

[2] Puerta Dorada. Llámase así la entrada del puerto de San Francisco. <<

[3] «Young Men's Christian Association». Asociación d Jóvenes Cristianos, —la cual solía tener una especie d cantinas para recreo de los soldados. (*N. de la T.*) <<

[4] Juego de palabras intraducible: «Nosotros» («we») se pronuncia en inglés de la misma forma que «sí» («oui») en francés. (*N. de la T.*) <<

[5] Llamábase así, en la guerra de 1914, a las neurosis producidas por el disparo del cañón. (*N. de la T.*) <<

[6] Cierta gas asfixiante, con olor a mostaza, empleado en la guerra de 1914. (*N. de la T.*) <<

[7] «Officers Training Camp». Campamento en el que se hacen los cursillos para oficiales. (*N. de la T.*) <<

[8] «Sam Browne». Cierta correa usada por los oficiales ingleses durante la guerra del 14. (*N. de la T.*) <<

[9] «Railway Transport Office». Oficina de Transportes por ferrocarril. (*N. de la T.*)

<<

[10] Estrellas y galones. <<